



BARBARUS

LA CONQUISTA DE ROMA

SANTIAGO
CASTELLANOS

Autor del best seller *Martyrium*.



BARBARUS
LA CONQUISTA DE
ROMA

Santiago Castellanos



1.ª edición: marzo 2015

© Santiago Castellanos, 2015

© Mapa: Antonio Plata, 2015

© Ediciones B, S. A., 2015

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

www.edicionesb.com

DL B 4865-2015

ISBN DIGITAL: 978-84-9019-998-5

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Contenido

PARTE I

1. Guerreros
2. Los hijos de las haliarunas
3. La fiesta del dios
4. Regreso a Oium
5. El banquete de Enguz
6. Éxodo
7. Caravana al gran río
8. A orillas del Imperio
9. En deuda

PARTE II

10. Refugiados
11. Gautas el centinela

12. Eldes vive
13. Mercado negro
14. Vamos a morir
15. Perros
16. Martirio
17. Deserción
18. Nieva
19. Ruodwoulfo *el Tuerto*
20. Las puertas de Marcianópolis
21. Segga y Uanda, Uanda y Segga
22. La muñeca *Aurora*
23. Las prisas de Valente
24. El desastre de Adrianópolis
25. La sangre de los héroes
26. Una tierra para los godos
27. Magia
28. El collar de Ermionda
29. Seréis felices
30. Libres
31. Unos botines para Eldes
32. Waldo *el Guerrero*

33. Celos
34. El viajero
35. Alquimia

PARTE III

36. Ostia
37. El pan de Pamaquio
38. *Ouroboros*
39. Bajo la ley de Moisés
40. La fábrica de Cleón
41. Un paseo por Roma
42. *Barbarus!!!*
43. Malos augurios
44. El baúl
45. El triunfo de Honorio
46. Los días de Saturno
47. Rufio
48. La taberna del puerto
49. Esto se acaba
50. Esperando a Alarico
51. Gacha

- 52. El oro de Roma
- 53. La puta y la emperatriz
- 54. Traición
- 55. La conquista de Roma

Nota del autor

Para Vega y Enrique

I

Barbaricum

Al norte del Danubio (376)

1

Guerreros

Eldes estaba impaciente por empezar el juego. Los días eran cada vez más cortos y pronto tendrían que decir adiós a las largas tardes de luz y libertad que les había regalado ese cálido verano tan poco habitual en las tierras altas de los Cárpatos; a los correteos entre los árboles, a los escondites, las bromas y las travesuras. Le fastidió comprobar que Dago y los demás no mostraban el mismo entusiasmo que ella y que todavía seguían sentados en el suelo como un puñado de pasmarotes, con las piernas flexionadas y el cuerpo molido, agotados por el intenso trabajo de

la mañana. Mirándola con la estúpida fijeza de los búhos. La vieron sacudirse los restos de paja que se le habían quedado pegados en el trasero, y una sonrisa breve y maliciosa, apenas perceptible, bastó para que sospecharan sus intenciones. Hacía un par de años que conocían a Eldes, desde que la pequeña fue enviada a vivir con su madre a la aldea, los suficientes como para adivinar que estaba tramando algo. A buen seguro que se trataba de otro de sus descabellados juegos. El último que ella les propondría.

—¡Vamos, que parecéis troncos! ¿Es que no pensáis moveros de ahí en toda la tarde? Se me acaba de ocurrir una cosa... aunque no sé... no sé si os vais a atrever —les desafió Eldes, convencida de que acabaría despertando su interés, por mucho que esa tarde no parecieran ni ellos de tan callados que estaban. Eran sus amigos y no podían hacerle aquello. Había estado toda la mañana esperando el momento de poder reunirse con ellos, mirando el cielo cada poco y pidiéndole al sol que

fuera bueno con ella y que se diera prisa en bajar de allá arriba, mientras se consumía de aburrimiento tejiendo bajo la vigilante presencia de la nodriza.

El trabajo en el telar era muy aburrido, aunque mucho menos agotador que el trabajo en el campo. Así que Eldes podía considerarse privilegiada al poderse quedar en la aldea mientras los demás se dejaban la piel ayudando en casa. Como toda respuesta, obtuvo una lánguida sonrisa por parte de sus compañeros. No era lo que estaba esperando de ellos pero le bastaba para confirmarle que pronto estarían corriendo juntos. Eldes veía con pena cómo los niños de la aldea, sus amigos, cada vez eran menos niños, trabajaban demasiado y tenían pocas ganas de reír. Había mucho que hacer en verano y la ausencia de los hombres había hecho recaer todo el trabajo sobre ellos y sobre sus agotadas madres. Esa misma mañana habían tenido que cargar a sus espaldas decenas de gavillas, tan grandes como menudo era

su cuerpo, mientras las mujeres terminaban de segar las mieses que quedaban en las tierras. Se habían quedado solas, sin más apoyo que el de sus hijos y los ancianos, pues quienes tenían fuerza y juventud para sacar adelante la cosecha habían sido reclamados para la guerra. No era a los campesinos a quienes correspondía luchar, sino a los guerreros, pero ante la magnitud del nuevo peligro que amenazaba Gutthiuda, la tierra de los godos, también ellos fueron obligados a tomar las armas. Atanarico había reunido al consejo de jefes y les había pedido que movilizaran hasta el último hombre de los *kunja*. No era la primera vez que aquello sucedía, la aldea se había quedado otras veces sin ellos. Padres y esposos habían empuñado las armas respondiendo a la llamada del juez, que gobernaba desde hacía una década sobre la confederación de *kunja* tras haber sido elegido por la asamblea de jefes. Pero esta vez era diferente, algo hacía presagiar que los hombres ya no regresarían.

Esa misma mañana se había dado por finalizada la cosecha del centeno y el granero olía a las mieses recién segadas. El tibio sol de la tarde se colaba a través de la techumbre de paja, dorando las amarillentas gavillas que habían sido amontonadas de cualquier manera en un rincón, a la espera de ser majadas tras los sacrificios que tendrían lugar en agradecimiento al dios por los escasos frutos recogidos. Un año más, la cosecha había sido mala aunque suficiente para no morir de hambre durante el invierno. Al ver que los demás seguían sin hacer amago de levantarse, Eldes se dejó caer con gesto hastiado sobre el montón de paja que tenía justo a su espalda y permaneció un rato ahí tendida, fingiendo que lo que ellos hicieran o dejaran de hacer había dejado de importarle. Su pelo tenía el mismo tono pajizo que el centeno. Pero no pudo resistirse, era demasiado inquieta para esperar, así que entornó los ojos y se preparó para soltar su desafío:

—¡Iremos al bosque! —anunció, volviendo su

cuerpo hacia ellos, con la cabeza apoyada en uno de sus brazos. El pecoso rostro de la pequeña había recuperado el entusiasmo. Los miró a todos para captar su atención, algo que Eldes hacía a las mil maravillas, y adoptó un misterioso tono de voz —: El bosque... Cuentan que en uno de sus claros se esconde Oium, la tierra de nuestros antepasados...

—¡Tengo miedo! —Era la vocecita de Quivo, demasiado pequeña para escuchar ciertas cosas.

—Shh... ¡Calla, Quivo! —Fue su hermano Fredo quien le mandó callar.

Eldes había conseguido su propósito. Los niños la escuchaban sin pestañear, intrigados por saber adónde les quería llevar su amiga. Aquella legendaria tierra de la que les hablaba Eldes no era otra que la antigua Escitia, en la que se decía que habían vivido los godos durante generaciones

—La rica Oium.. La llamaban así por la cantidad de frutos que crecían en sus praderas. Cuentan que fue el rey Filimer quien condujo a los

godos hasta allí desde las frías tierras del norte y que allí vivieron un tiempo de felicidad como nunca antes había conocido nuestro pueblo. Hasta que las riquezas se agotaron y Oium fue abandonada, quedando para siempre oculta entre la floresta. ¡Busquémosla! —Eldes se levantó y comenzó a dirigir su juego—: ¡Uno de nosotros será el rey Filimer y el resto seremos sus guerreros!

Esta vez las sonrisas de los niños fueron más abiertas, más entusiastas. Como solía ocurrir, se les había acabado contagiando el ardor con que Eldes abordaba cualquiera de las aventuras que proponía, bien fuera vencer a un ejército o conquistar una lejana tierra. Era ella la que mandaba y, pese a su corta edad, pues apenas alcanzaba los seis años, era consciente de la admiración que despertaba entre los demás niños de la aldea. Pero también sabía que esa admiración que los demás sentían por ella se esfumaría como por arte de magia en el mismo

instante en que no fuera capaz de darles lo que necesitaban. El día que les defraudara, que ya no se le ocurriera nada con lo que sorprenderles, nada con lo que hacerles soñar y olvidar el mísero mundo en el que vivían... nada extraordinario con lo que recompensar su fidelidad, ese día, surgiría entre ellos un nuevo líder, presumiblemente Haroldo, y su jefatura caería en el olvido. Como le había ocurrido al juez Atanarico, arrinconado por Fritigerno tras una sangrienta lucha entre los clanes que a punto estuvo de llevarse por delante la vida de su padre. Eldes estaba dispuesta a no ceder su liderazgo a nadie, y menos aún a Haroldo. Por eso, y porque la imaginación la desbordaba, no dejaba nunca de inventar historias y de proponer juegos cada vez más arriesgados con los que colmar el ansia de aventura de su pequeño séquito.

Recorrió el granero con sus pícaros ojos, buscando algo que al fin halló junto a la jamba de la puerta, donde se apiñaban los rastrillos y las

guadañas recién afiladas. Le gustaba sentirse observada. Dando la espalda a sus amigos, comenzó a remover las herramientas, con mucho cuidado de no cortarse, hasta que dio con uno de los mangos que estaba suelto. Lo levantó, exhibiéndolo ante los demás con aires de triunfo y les demostró para qué servía. Ante el creciente entusiasmo de los demás, comenzó a esgrimirlo como si fuera una espada, ¡la espada del rey Filimer! Aguardó a que los niños jalearan la idea y les sonrió agradecida. No tenía más de seis años, pero eso no le impedía ser la que decidía, la que proponía los juegos, la que mandaba entre los niños de la aldea. Sus ocurrencias, en ocasiones descabelladas, eran siempre bien recibidas entre el cortejo de admiradores que se había sabido ganar a fuerza de imaginar para ellos un universo mágico y colmado de leyendas. Un universo de héroes y guerreros, de antiguos reyes y hazañas lejanas, que poco o nada tenía que ver con la insignificante existencia que les había tocado

vivir. Un universo alimentado por los relatos y los cuentos de vieja con los que ella misma había crecido, en los que se hallaba depositado todo el pasado de la nobleza goda, y por ende el de todo su pueblo. Era a las mujeres a quienes correspondía transmitirlo y cuando Eldes creciera también ella se lo contaría a sus hijos, como hacía su madre con ella, y había hecho a su vez la madre de su madre.

La historia de cómo el rey Filimer llegó a Escitia era, con mucho, la que más le gustaba. El rey Filimer, hijo de Dagarico, era descendiente del legendario rey Berig. Aquel que un día decidió que su pueblo debía salir de la gélida isla de Escandia, donde la noche reinaba buena parte del año, y lo embarcó en tres naves para llevarlo hasta el continente a través del mar helado. Y desde entonces, los godos no habían dejado de vagar.

—Eldes... —la reclamó uno de los niños. Era Haroldo, quien hubiera liderado el grupo si ella no estuviera allí con ellos en la aldea.

—¿Qué, Haroldo? —le respondió Eldes, distraída, sin dejar de blandir la espada de un lado al otro como si estuviera en el campo de batalla. Ni siquiera le miró.

—Sabes que no podemos ir solos al bosque. Es peligroso. ¿Y si nos pasa algo? —Haroldo era el único que se atrevía a decirle lo que pensaba.

La niña se detuvo en seco.

—¿Es que tienes miedo, Haroldo? —se apresuró a preguntar al sentirse cuestionada. Abandonó al enemigo y se dirigió a los demás con la intención de castigar su osadía—: ¿Habéis oído lo que ha dicho Haroldo? Necesitamos un rey, alguien valiente que nos guíe hasta allí, pero no él.

La voz de Eldes sonaba autoritaria, les estaba exigiendo fidelidad. Al igual que ocurría con los mayores, tampoco los niños eran iguales. En sus juegos había guerreros y vasallos, fuertes y débiles, protegidos y protectores, fieles y rivales. Toda una jerarquía que debía ser respetada, reflejo de la rígida sociedad a la que pertenecían; y por

encima de todos, ella, ejerciendo su autoridad voluble y caprichosa sin que nadie, salvo Haroldo, se atreviera a cuestionarla. Eldes se sentía orgullosa de su origen guerrero y lo hacía valer ante los demás. Era la orgullosa hija del jefe Walderico, uno de los quince nobles que formaban el séquito de Atanarico. Nadie en esa recóndita aldea del interior de los Cárpatos podía igualar la pureza de su sangre. La aldea no era lugar para la hija de un noble, pero las circunstancias habían obligado a su padre a esconderla allí en compañía de su madre, la nodriza y media docena de esclavos, que se deslomaban cada día para facilitarles su exilio en las montañas. Walderico había querido protegerlas mandándolas allí. Desde que Fritigerno les había declarado la guerra, las tierras bajas donde se hallaba la casa de Atanarico habían dejado de ser un sitio seguro para vivir. La guerra entre los tervingios había terminado, pero ellas no habían vuelto a su hogar. Un nuevo peligro, del que nadie se atrevía a hablar, había

irrupido en la tierra de los godos.

Walderico sentía verdadera adoración por su única hija, tanta como esta por él. Pese a que los tiempos no eran buenos para los godos, había hecho lo imposible para que Eldes creciese colmada de caprichos, feliz y rodeada de las comodidades que les proporcionaba la vecina Roma. De las que, por supuesto, tanto la pequeña como su esposa carecían en la recóndita aldea de los Cárpatos donde las había ocultado. Al menos allí las creía a salvo. Ninguno de sus amigos podía llegar a imaginar ni en sueños los manjares exquisitos, las vajillas, las telas, la música... y todos los lujos con que Eldes se había criado. Pero su instinto aldeano les hacía intuir que el mundo de los poderosos, al que solo ella pertenecía, era un mundo mucho mejor que el suyo, y, quizá por eso, aceptaban el vasallaje que la niña les imponía con la misma resignación con la que sus padres aceptaban la servidumbre a Walderico.

Haroldo no tuvo más remedio que tragarse sus

palabras, herido de orgullo después de haber quedado como un cobarde ante los otros niños. Pero, aunque nadie se atreviera a alzar la voz para contradecir a Eldes, y menos aún después de lo ocurrido, él no era el único al que le daba miedo ir al bosque. El bosque era un lugar sagrado y peligroso, poblado de seres y animales salvajes, de proscritos y malhechores, en el que resultaba fácil desorientarse y desaparecer. Todos habían oído contar desgarradoras historias ocurridas en el bosque, que tal vez Eldes ignoraba, pues pertenecía a otro mundo en el que la amenaza de la naturaleza no estaba tan presente como lo estaba allí en las montañas, un mundo de tierras aradas y caminos construidos por el hombre, muy cercano a la Civilización. Había que ser un necio, o estar loco, para no tenerle miedo al bosque.

Aun así los niños se vieron embargados por una extraña excitación que les hizo dejar sus temores a un lado y pensar solo en lo que aquella imprudencia tenía de aventura.

Eldes supo que los había convencido y pasó revista entre sus amigos para decidir quién debía encarnar al legendario rey: Haroldo, no, que había demostrado ser un cobarde; Marvin... ¡ni pensarlo!, ese sí que era un gallina; Fredo ya tenía bastante con ocuparse de su hermana; Quivo, ni se contemplaba; Actulfo, también descartado, era demasiado temerario... Necesitaba a alguien más prudente... alguien en quien pudiera confiar la espada.

—Dago, ¡tú serás Filimer! El rey. Serás quien nos guíe hasta la rica Oium. ¡Toma la espada, es tuya!

Dago era un niño tranquilo y confiado, de nariz respingona y pelo tan rubio como el de los demás niños de la aldea, salvo el de Fredo y su hermana, de color rojizo. Eldes le trasladó el mando, cediéndole la espada de madera, sin darse cuenta de que a su sucesor le temblaba el pulso más de lo conveniente en un rey. No se había dado cuenta porque, en realidad, no le estaba prestando

atención, pues estaba concentrada en provocar a Haroldo con su sonrisa burlona. Tampoco reparó en la decepción de los otros tres niños, hartos de que el protagonista de todos sus juegos siempre acabara siendo el mismo. Dago, que no era ni más fuerte ni más valiente que ellos. Al contrario, era un muchacho callado, más bien débil, que nunca daba problemas y al que las aventuras no parecían gustarle demasiado. Los niños se preguntaban qué era lo que podía haber visto Eldes en él. Haroldo decía que se gustaban, pero solo lo hacía para hacerles rabiar.

—¿Otra vez Dago...? —preguntó Marvin desilusionado. Ya se veía portando la espada.

Mientras la niña se entretenía en desafiar a su rival, una epidemia de celos invadía el granero, amenazando con causar bajas entre los guerreros.

—Ahora, arrodillémonos. ¡Juremos fidelidad al rey!

2

Los hijos de las haliarunas

Un ejército de arriesgados guerreros atravesó el poblado en dirección al bosque. Uno tras otro, sortearon con sigilo las míseras chozas, evitando puertas y ventanas; se ocultaron tras los raquíticos frutales de la huerta, cruzaron prados, saltaron cercos y atravesaron los amarillentos campos veloces como el viento. Corrieron sin parar hasta que la aldea hubo desaparecido a sus espaldas. Solo entonces comenzaron a aminorar el paso y se detuvieron, jadeantes, en las inmediaciones del bosque, riendo, convencidos de que se habían salido con la suya, de que no habían sido

descubiertos. Les estaba terminantemente prohibido ir más allá de donde pacía el ganado, pero estarían de vuelta antes del anochecer y nadie tendría que enterarse de lo que habían hecho. Fue Eldes quien rio primero, contagiando su risa a los demás, que no podían parar de reír excitados al pensar que se habían escapado. Era la primera vez que traicionaban la confianza de sus madres, y se sentían libres, mucho más libres de lo que nunca se habían sentido. Su juego les había transformado en una banda de proscritos.

Pero al internarse en el bosque, la euforia que les había provocado su propia rebeldía comenzó a desvanecerse entre las hojas de los árboles. El bosque era un lugar inhóspito y oscuro, donde el hombre nunca era bien recibido. Los niños se sintieron atrapados entre las ramas que ocultaban, con avaricioso recelo, el brillante sol de la tarde, del que se habían estado protegiendo bajo la techumbre del granero. Más de uno se sintió tentado a abandonar y regresar a la seguridad de la

aldea, pero eran guerreros y se debían a su rey. Si este continuaba, también ellos debían hacerlo. De pronto, oyeron algo que les sobresaltó. Era como si el bosque se lamentara desde lo más profundo de sus entrañas.

—¡Mami! —gimoteó la pequeña Quivo.

—No tengas miedo, Quivo, que no es nada — la consoló Fredo el pelirrojo, su hermano mayor, del que no se separaba. Tampoco él estaba tranquilo: «¿Y si lo era? ¿Y si era un guardián del bosque, uno de esos seres malévolos y desconfiados que habitaban en el tronco de los árboles?» Fredo había oído hablar de ellos a los viejos de la aldea.

El bosque, rebosante de vida, nunca callaba.

—¡Soy Filimer, vuestro rey!, y debéis confiar en mí. Yo os guiaré hasta la rica Oium, la tierra de nuestros antepasados. Eldes dijo que se encontraba oculta en algún lugar del bosque, pero solo los valientes podrán encontrarla. ¡Seguidme! —les arengó Dago, haciendo valer su valiosa espada, la

que le daba el poder, olvidando por un momento que era un simple palo de madera. En aquel juego, él era el rey y debía comportarse como un verdadero jefe, alentando a los demás para que no desertaran, y por nada del mundo defraudaría a Eldes. Trataba, en vano, de aparentar serenidad, pero estaba tan asustado como el resto.

Dago confiaba en sus guerreros, sabía que no abandonarían si él no lo hacía. Eran godos y conocían bien las reglas de los guerreros. Le habían jurado fidelidad y tendrían que seguirle hasta la muerte. Hasta el último de ellos estaría dispuesto a morir antes de quebrantar el juramento que los unía. Con paso firme, se fue abriendo camino entre la maleza con el arma apuntando hacia delante, preparado para defender a los suyos si algún peligro les salía al paso. Eldes, Haroldo, Actulfo, Marvin, Fredo y la pequeña Quivo temblaban como hojas a sus espaldas. Eldes había comenzado a tararear una vieja tonada con la que espantar el miedo, la misma que le cantaba la

nodriza en las noches de tormenta, pero Haroldo no pudo soportar más la tensión y la mandó callar de tan malos modos que la niña se volvió para insultarle. Estaba visto que no podían vivir el uno sin el otro.

A medida que avanzaban, el bosque se iba tornando más espeso hasta hacerse impracticable. La naturaleza, indómita y voraz, pugnaba por defender su territorio mientras Dago seguía abriéndose paso con la espada de madera. El bosque estaba poniendo a prueba su valor, sembraba su camino de obstáculos y les retenía con sus ramas para que no se adentraran más. Les estaba advirtiendo, pero seguían adelante, fijándose muy bien en dónde pisaban para no caer en una de sus trampas.

El miedo a perderse les mantenía en alerta. A medida que avanzaban, se esforzaban por grabar en la memoria cada haya, cada roble, claro, piedra, nido o madriguera, cualquier detalle que les pudiera ayudar a desandar el camino antes de

que anoheciera. Había ramas por todas partes, trozos de tronco, matas y matorrales, helechos, gruesas raíces que emergían de la tierra y se retorcían entre la hojarasca como serpientes. Se habían adentrado en lo más profundo del bosque, donde apenas se filtraba la luz del sol y crecían los sagrados frutos de la belladona que solo el chamán se atrevía a recoger. La espesa hojarasca crujía con cada uno de sus pasos como queriendo anunciar a las demás criaturas del bosque la presencia de los intrusos; rompiendo el silencio que ellos mismos se habían impuesto para no alterar con sus voces el salvaje sosiego de la naturaleza. Fue Quivo quien lo rompió de nuevo, esta vez con un grito acompañado de sollozos.

—¿Ahora qué pasa? —preguntó Eldes, harta de los lloriqueos de la niña.

—Es que me he caído —se excusó Quivo, al tiempo que se sorbía ruidosamente los mocos de su diminuta nariz. Había tropezado con el saliente de una raíz y se había dado de bruces sobre la

tierra embarrada, mordiéndose el labio al caer. Era el sabor de la sangre lo que la asustaba.

—Ha sido tu hermana, se ha caído. Ya te dije que no debía venir —reprochó Haroldo, dirigiéndose a Fredo. Había un cierto tufillo de mala intención en sus palabras, las primeras que se atrevía a pronunciar desde que llegaron al bosque. No había podido evitar quedarse callado.

—Si no la llegamos a traer se hubiera chivado. ¿No ves que es una chivata? —se defendió Fredo, más que harto de que Haroldo siempre estuviera con lo mismo. La niña tenía que ir con ellos, les gustara o no a los demás, era su hermana y debía cuidar de ella, pues su madre bastante tenía con atender a las labores del campo.

—Vamos, Quivo. ¿Quieres darme la mano? —terció Dago con la generosidad de un rey y retrocedió hasta la niña para proponerle algo que se le acababa de ocurrir. La suavidad con la que le hablaba la tranquilizó—: A partir de ahora no te separarás de mí. Serás mi escudera, la escudera

del gran Filimer. ¿Quieres?

La niña asintió encantada, mordiéndose los labios para no seguir llorando. Quivo era demasiado pequeña para esa aventura y no entendía de juramentos, ni de lealtades, únicamente quería volver con su madre, pero sentirse importante la ayudó a olvidar sus temores. Dago abandonó la espada en el suelo para poder coger a la pequeña. Su mano aún regordeta estaba sucia y resbalaba de sudor, y Dago tenía que sujetarle con fuerza los deditos para que no se le escurrieran. Se arrepentía de haber seguido adelante con ese absurdo juego. «¿Y si le hubiera pasado algo? ¿Y si les pasaba algo a los demás? ¿Y si ya no volvían?» Todo por culpa de Eldes. No era más que una caprichosa, una mandona, que siempre acababa liándoles. Se volvió un instante con la intención de reprochárselo y la encontró caminando por detrás de Marvin, abriéndose paso con dificultad entre la vegetación, concentrada únicamente en avanzar. Al cabo de un rato se

volvió para mirarla de nuevo, esta vez sin la intención de reprocharle nada, solo por verla, y comprobó sorprendido que su rostro, ceñudo y serio, se había transformado.

A Eldes se le había iluminado la cara. Volvía a ser la niña risueña de siempre, la misma que había llenado sus vidas de sueños, la que les regalaba historias y les arrastraba a lugares prohibidos y misteriosos que solo ella sabía imaginar. No lejos de allí se oía el rumor de un riachuelo. Había sido la primera en oírlo.

—¡Hemos llegado! —les anunció Eldes, sin esperar a que el rey lo hiciera en su lugar. Sentía tal alivio al comprobar que el bosque les iba a dar un respiro que no lo había podido evitar. Señaló hacia algún lugar más allá del riachuelo—: Allí está Oium, ¿no la veis? En aquel claro, tras los matorrales. ¿Podéis ver cómo brilla la hierba?

Todos respiraron, pensando que lo peor había pasado. Eldes tenía razón, al otro lado del río se adivinaba el verde resplandor de un prado. En

aquel instante creyeron que de verdad habían descubierto la tierra de sus antepasados. Oium, la rica y fértil Oium, la legendaria morada del rey Filimer. Y una vez más se dejaron llevar por el entusiasmo de su amiga; contentos, orgullosos de haber conseguido llegar hasta allí, ansiosos por descubrir todas las riquezas que escondía.

—Cruzaremos el puente. ¡Espera, Actulfo, no cruces! Dejemos que sea nuestro rey el que nos conduzca hasta allí. ¡Con cuidado, que hay mucho musgo! —Eldes había recuperado su autoridad.

El tronco de un grueso roble había sido colocado sobre las dos orillas para salvar las frías aguas del riachuelo, todavía caudaloso a pesar del estío, y una espesa capa de musgo lo cubría de un verde intenso y aterciopelado en el que podían resbalarse. Dago fue el primero en cruzar en compañía de Quivo. Comenzó a caminar muy despacio con ella de la mano, deteniéndose cada dos o tres pasos para que la pequeña, mucho menos hábil que él e insegura, recobrara el

equilibrio. Avanzaban poco a poco, muy poco a poco, uno al lado del otro, agarrándose con los pies descalzos a la superficie del tronco. Bajo el puente corría un agua limpia y cristalina que venía de las montañas impulsada por la fuerza del deshielo.

Eldes fue la siguiente en subir al tronco. Avanzó por él, exagerando las zancadas con grandes aspavientos y fingiendo, de vez en cuando, que perdía el equilibrio, encantada de ser de nuevo el centro de atención. Había conseguido provocar las risas de sus amigos, que no le perdían ojo mientras aguardaban a que les llegara el turno. Se detuvo justo a la mitad para esperar a que Haroldo y Marvin se unieran a ella. Les tenía reservada una sorpresa. Aún no les había contado lo que les ocurrió a muchos de los godos que siguieron a Filimer. Quería asustarles y por eso, en cuanto los tuvo cerca, cambió la voz:

—Si alguno de nosotros no lograra cruzar el puente, tendría que quedar atrás, como les ocurrió

a los godos de Filimer.

El tronco comenzó a moverse y a crujir por el excesivo peso de los niños.

—¿Qué es lo que haces, Marvin? ¡No te muevas tanto! ¿Es que quieres que nos caigamos? —protestó Haroldo, asustado con la idea de quedarse atrás.

—Yo no me estoy moviendo. ¡Es Eldes! —replicó Marvin, tratando de mantener el equilibrio con las manos.

—Quien se caiga, no podrá continuar y se tendrá que quedar para siempre en el bosque —les amenazó Eldes, sin otra intención que la de meterles miedo.

—¡¿Estás de broma?! ¿Cómo vamos a quedarnos aquí solos? —preguntó Haroldo.

—Es el juego. No pensaba que fueras tan gallina —le replicó Eldes, moviendo una vez más el tronco con los pies antes de saltar a tierra.

—¡Coc cococo coc! ¡Haroldo es un gallina!

Fredo y Actulfo le insultaban desde la orilla,

mientras él enrojecía de rabia hasta perder la concentración. Se hubiera caído al agua de no ser porque Marvin lo agarró de la camisa, obligándole a mantenerse firme para no irse él también detrás. A ninguno de los dos les apetecía darse un chapuzón y, menos aún, tener que quedarse solos en el bosque.

Eldes esperó a que todos hubiesen cruzado, para acabarles de contar lo que en realidad había ocurrido:

—No estaba de broma. Cuando Filimer y sus guerreros estaban cruzando, el puente se partió en dos. Los que ya habían cruzado tras el rey no pudieron volver hacia atrás y a los que todavía no lo habían hecho les fue imposible seguir avanzando. El rey Filimer perdió así a parte de su pueblo y no todos pudieron llegar a Oium. Desde entonces, los godos estamos divididos —les aclaró. Eldes se refería a la legendaria explicación de por qué los tervingios y los greutungos, siendo godos, ocupaban tierras distintas.

—¿Qué pasó con los que cayeron? —preguntó Fredo.

—¿De verdad queréis saberlo? —Eldes estaba encantada ante la expectación de sus amigos—. Unos huyeron a las llanuras y a otros se los tragó la tierra junto a sus animales. Aún se pueden escuchar los gemidos de los muertos...

—¡He oído algo! —interrumpió Dago.

—Dices las mismas tonterías que Eldes —le censuró Haroldo, cansado de aquella historia.

—Yo también lo he oído —aseguró la niña.

—¡Basta ya, Eldes! Esto no tiene gracia —se quejó Marvin, atemorizado.

—Es cierto, parecen voces. Vienen de allí, ¡del claro! —señaló Actulfo, dispuesto a seguirle el juego a Eldes. Antes de que se hubieran dado cuenta, ya estaba espiando a través de los arbustos.

—¿Y si lo que ha contado Eldes es verdad y son los muertos que vienen a atormentarnos? —La voz de Marvin se había tornado más aguda de lo

normal. Por mucho que lo había intentado, no había podido soportar la tensión y estaba al borde del llanto.

A esas alturas, todos habían oído las voces.

—Rey Filimer... —Eldes se dirigió a Dago fingiendo que el juego continuaba. Pero el niño estaba demasiado asustado para seguir con aquella farsa.

—¡Déjame en paz, Eldes! Yo también estoy harto de este juego y no quiero seguir siendo el rey —explotó. Luego, al comprobar el revuelo que había provocado, trató de imponer algo de cordura entre sus amigos. Se dirigió a ellos—: Será el lamento de algún animal, tal vez una pelea.

—No, no es ningún animal. ¡Venid, rápido! —exclamó Actulfo—. Psss... ¡No hagáis ruido! Creo que son nuestros antepasados.

La curiosidad acabó atrayendo a los demás que se agazaparon junto a él, entre los matorrales.

—Son los espíritus del bosque —balbució Fredo.

—¿Estás tonto, Fredo? Son hombres, ¿no ves que caminan a dos patas como nosotros? Tranquila, Quivo, solo son hombres —le dijo Dago a la pequeña, que no se despegaba de su rey.

—¡Shh! ¡Callad, nos van a oír! —les advirtió Actulfo, intrigado por aquellas gentes que estaban acampadas en el claro.

La negra mirada de uno de ellos les paralizó y, entonces, Eldes susurró algo que les atormentaría hasta el mismo momento de su muerte:

—Son los hijos de las haliarunas. —Solo ella creía saber quiénes eran—. No debemos decirle a nadie que los hemos visto. Será nuestro secreto, ¡quien lo viole será castigado! Volvamos a la aldea, es tarde.

«Los hijos de las haliarunas... Los hijos de las haliarunas....», ninguno de ellos pudo deshacerse de aquel secreto.

3

La fiesta del dios

Hay secretos que no deberían ser guardados. Secretos que se vuelven en contra de sus guardianes, que no son tan inofensivos como parecen, que dañan, hieren y matan; secretos que persiguen a quienes logran sobrevivirlos y los condenan a cargar con la culpa de haber callado; a morir con ellos. Ninguno de los niños se atrevió a contar lo que habían visto la tarde anterior. Era su secreto, se lo habían prometido a Eldes. Ni siquiera entre ellos se atrevieron a hablar de lo ocurrido. Fingieron haberlo olvidado, y callaron con la facilidad que tienen los niños de silenciar

aquello que no les gusta, como si a Haroldo, a Marvin y a los demás les tuviera sin cuidado que muy cerca de allí, en las profundidades del bosque, se encontraran acampados los hijos de las haliarunas. Pero su silencio, tan poco habitual entre los niños de la aldea, hablaba por ellos.

Las madres sospechaban que a sus hijos les pasaba algo, pero no acertaban a adivinar qué; si lo hubieran hecho, todo lo que vino después podría haberse evitado. A los niños no se les oía por ninguna parte, ni se les veía corretear por el embarrado recinto de la aldea como hubiera sido lo normal en un día de fiesta como aquel. Llevaban toda la mañana sentados a la sombra del granero, demasiado callados, más retraídos que de costumbre y con pocas ganas de jugar, pensativos. Ni siquiera se atrevían a cruzarse las miradas para no delatarse. Estaban preocupados, también sus madres lo estaban. Había llegado el día de honrar a Enguz, el dios de la tierra, el que fertilizaba los campos, del que no se podían olvidar, pues de su

generosidad dependía la propia subsistencia de la aldea. Era uno de los días más esperados del año, el día más largo, el momento de dar gracias al dios por los frutos recibidos, sacrificando las mejores reses para él. Aquel día el sol vencería a las tinieblas y, después, la noche iría alargándose paulatinamente hasta dejar a la aldea sumida en una inquietante oscuridad que les obligaría a confinarse en el interior de las chozas durante todo el invierno, sin más luz que la de las llamas.

Las mujeres escudriñaban el cielo mientras se afanaban en preparar todo lo necesario para el festín. Temían que la lluvia echara la fiesta a perder. Entre idas y venidas, se preguntaban qué sería de ellas cuando el invierno se les viniera encima, solas, sin la fuerza de los hombres, vulnerables al frío y a los peligros de la noche. Ultimaron sus quehaceres entre suspiros y sonrisas forzadas, embargadas por un sentimiento de angustia que ninguna lograba reprimir. Les costaba caminar erguidas, tan tristes como el cielo de esa

mañana, de un triste tono plumizo, y aun así se esforzaban por parecer alegres. Como sus hijos, ellas también fingían. Aquella mañana, adornaron la imagen del dios en silencio, sin las bromas de otras veces; prepararon las ofrendas, dispusieron las mesas, encendieron fuego para que fueran haciéndose las brasas, en las que, hacia media tarde, se cocinaría la carne para el banquete. No eran ellas sino los hombres quienes normalmente manejaban la lumbre, pero ellos no estaban de vuelta para honrar a su dios y había pocas esperanzas de que algún día volvieran.

Corrían tiempos difíciles para los godos. Desde que el Imperio les impusiera su humillante paz, tras años de guerra y escaramuzas a uno y otro lado de la frontera, las cosas habían ido de mal en peor. Roma, la poderosa vecina del sur, había sido clemente con ellos al permitirles seguir viviendo en sus tierras pero castigaba su deslealtad negándoles el oro y el trigo, con los que hasta entonces había comprado su amistad y que a ellos

les garantizaba la subsistencia. El comercio en la frontera se había interrumpido y ya no llegaban los bienes romanos. En la aldea ya ni se acordaban de la última vez que recibieron la visita de algún buhonero ofreciendo productos del Imperio: telas, vajillas, calzado y todo tipo de fruslerías con los que acicalar el cuerpo de las mujeres a cambio de los escasos bienes con los que ellos podían comerciar. Roma les daba la espalda tras generaciones de convivencia, más o menos tranquila, más o menos pacífica, desde que los godos se asentaron al norte del Danubio, hacía de eso cerca de cien años. Su mundo, cada vez más debilitado por el aislamiento y la escasez de alimentos, se estaba tambaleando bajo sus pies. Se encontraban en una situación tan inestable como la barcaza sobre la que el juez Atanarico había pactado la paz con Valente, entre las movidas aguas del gran río. Una paz firmada a cambio de renunciaciones. Luego, vinieron las traiciones, la rebeldía de algunos nobles dispuestos a impedir

por las armas que el juez Atanarico se perpetuara como jefe supremo de todos los godos; la lucha entre los *kunja*, la división entre ellos, el desafiante liderazgo del noble Fritigerno, la amenaza del dios cristiano y el olvido de la tradición, tras el que se dejaba entrever la sombra del Imperio. Fueron años de mucho dolor. Un dolor que parecía no tener tregua, pues, a algunos de ellos, a los más afortunados, aún les quedaba por vivir tiempos peores.

Las tierras estaban agotadas, sin más manos que las de las mujeres y los niños para trabajarlas, y la cosecha había sido la peor de los últimos años. Sus hijos estaban cada vez más delgados y a los viejos apenas les quedaban fuerzas para afrontar la muerte con algo de dignidad. Así que el invierno se avecinaba largo y, a buen seguro, difícil para los habitantes de la aldea. El dios Enguz no había sido excesivamente benévolo con ellos. Solo el chamán decía conocer el motivo de su ira, pero no le estaba permitido desvelarlo.

Cualquier revelación de los dioses iba envuelta en un misterio que él se encargaba celosamente de preservar. Ellas temían que fuera la ausencia de los hombres, que habían abandonado los trabajos del campo para servir a otro dios, al dios de la guerra Gután, lo que había irritado a Enguz.

Hilda, la madre de Eldes, también estaba triste. Se sentía responsable de lo que les estaba ocurriendo, aunque jamás hubiera tenido que escuchar el más mínimo reproche de sus vecinas. Había sido su esposo quien les había privado del trabajo de los hombres y de su compañía, reclutándolos a la fuerza para las huestes de Atanarico. Nadie en la aldea olvidaba ese día. Los forcejeos, los rostros ensombrecidos de los guerreros que acompañaban a Walderico y el llanto contenido de los hombres, asustados como conejos por algo que habían oído y que no se atrevían a repetir, sembraron sus vidas de malos augurios. Hilda se sentía en deuda con las pobres gentes que malvivían, junto a ella y su pequeña

Eldes, en esa recóndita aldea de las montañas donde no habían tenido más remedio que ocultarse. Y, después de pensárselo mucho, pues tampoco a ellos les sobraba la comida, tomó la difícil decisión de desprenderse de parte de su rebaño para que fuera sacrificado durante la fiesta del dios. Era lo menos que podía hacer por la aldea. Confiaba en que la ira del dios se aplacaría con su ofrenda aunque no pudo evitar sentir pena al ver cómo sus mejores cabras, las más hermosas, las que más leche daban, eran degolladas por el chamán.

—Yo, huésped del lugar oculto, de la oscuridad del bosque, te hago ofrenda a ti, Enguz, de la sangre de las víctimas... —declamó el chamán moviendo artificiosamente las manos, con el cuchillo aún ensangrentado.

Dago estaba tan abstraído mirando la sangre que no reparó en que Eldes estaba a su lado para proponerle continuar con el juego:

—Volvamos al bosque —susurró en medio de

la ceremonia. Por suerte, sus susurros pasaron desapercibidos bajo la atronadora voz del sacerdote, llegando solo a los oídos de su destinatario.

La niña, siempre impaciente, no había podido esperar a que el chamán diera por concluido el sacrificio y se había acercado de cuclillas a Dago para proponerle que fuera con ella al bosque, hasta el campamento de aquellas gentes. Había estado esperando el momento propicio para burlar la vigilancia de la nodriza y acudir, sin riesgo a ser reprendida, hasta donde estaba sentado su amigo. Dago se hallaba en el otro extremo de los asientos reservados para ella y su familia, a los pies de su madre y rodeado de los demás niños. Eldes se había arrastrado hacia él por el suelo con la sinuosidad de una serpiente, sorteando las piernas de sus vecinos sin que nadie llegara a advertir sus movimientos. Era casi imposible que se hubieran dado cuenta, absortos como estaban por el prodigioso ritual del chamán. Todo estaba

meticulosamente estudiado para impresionar: los cantos de alabanza al dios, los ademanes gesticulantes, su extravagante aspecto, el brillo del oro y el tintineo de los amuletos; el hipnótico movimiento de su báculo, las enigmáticas palabras que salían de su boca, el embriagador aroma del cáñamo quemado, el cuerno rebosante de sangre... la mansa entrega de las víctimas. El mágico poder que ejercía sobre ellos. Eldes aguardó a que el chamán ungiera con la sangre de las cabras la talla de madera que presidía la ceremonia. Era la tosca imagen del dios Enguz, el que gobierna la tierra, coronada por una magnífica cornamenta de macho cabrío.

Eldes volvió a insistir ante la decepcionante respuesta de Dago. Le habló de nuevo al oído para intentar convencerle:

—Vamos, Dago. Nadie se dará cuenta —le tentó.

A Dago las palabras de Eldes le hicieron cosquillas en el cuello. Puede que ella tuviera

razón. Cuando terminara el sacrificio, todos estarían demasiado ocupados como para reparar en ellos. No supo negarse a lo que Eldes le proponía, aunque le costó decidirse. Sentía escalofríos solo de pensar en volver al bosque, esta vez, ellos dos solos, sin los demás, pero había algo, un impulso mucho más fuerte que su propia voluntad, que le empujaba a hacerlo. Ignoraba quiénes eran esos hombres, y si eran hombres, diablos o bestias, pero mucho se temía que no tuvieran nada que ver con la increíble historia que Eldes les había contado sobre las haliarunas. Según ella, las haliarunas eran unas hechiceras que viajaban entre las gentes del rey Filimer hasta que este las descubrió y las expulsó de su pueblo, condenándolas a vagar por las desiertas estepas habitadas tan solo por espíritus malignos, con quienes se unieron en una cópula maldita que extendería el mal por la tierra de los godos. Pero aquello no era más que una leyenda, otro de los cuentos de Eldes, y Dago estaba seguro de que ni

siquiera ella se los creía.

Esos extraños seres, si lo eran, no parecían humanos, ni por el color de su piel, del mismo tono amarillento que tomaban las pieles una vez curtidas; ni por sus narices aplastadas como hocicos; ni por sus cabezas deformes; ni por las horrendas cicatrices que cruzaban sus mejillas. Parecían salidos de debajo de la tierra. Dago les había estado observando y había sacado sus propias conclusiones. Entornaban los ojos, molestos por la claridad del sol, como si estuvieran acostumbrados a moverse entre tinieblas. Unos ojos negros y profundos que escondían algo malvado en su interior. Algo que les había sobrecogido sin saber por qué. Él y sus amigos no eran más que unos niños, ajenos muchas veces a los asuntos de los mayores, e incapaces de imaginar quiénes podían ser en realidad esas extrañas criaturas que acampaban cerca de la aldea. En ningún momento se les pasó por la cabeza que se tratara de los terroríficos hombres

de las estepas contra los que combatían sus propios padres junto a Atanarico, cuyo misterioso nombre nadie en la aldea se había atrevido a pronunciar. Algunos de ellos morirían sin haberlo escuchado.

Dago estuvo un buen rato debatiéndose entre la prudencia y la curiosidad, mientras observaba impasible cómo un pequeño reguero de sangre se abría camino por el embarrado suelo y avanzaba hacia el lugar donde él estaba sentado. No tardaría en alcanzarle la pierna, así que la levantó ligeramente. Cuando por fin se decidió, buscó a Eldes con la mirada y la encontró de vuelta al lado de la nodriza. Bastó con una media sonrisa para que su amiga supiera que estaba con ella.

Eldes y Dago aprovecharon el ajetreo que siguió a la ceremonia para escabullirse de los suyos. Ya nadie prestaba atención a los niños. Sus madres y las demás mujeres habían comenzado a descuartizar el cuerpo de los animales sobre un gran banco de madera que ellas mismas habían

dispuesto en un lateral de la amplia explanada donde tendría lugar el banquete, no lejos de la imagen del dios y cerca del fuego. Se las oía cantar sin demasiada alegría. Trabajaban bajo la molesta supervisión de los ancianos, soportando sus indicaciones casi siempre impertinentes con el respeto que merecían. Era un trabajo costoso, que exigía fuerza y habilidad, pero el contacto con la carne les resultaba reconfortante después de tanto tiempo sin podérsela ofrecer a sus hijos. Para ellas no había nada más importante en esos momentos. Cortaban, tiraban y arrancaban sin levantar un momento la vista del animal. Por un lado, iban apartando la carne para el banquete; por otro, los huesos y las vísceras que colgarían el resto del año de los travesaños de las casas para ahuyentar a los malos espíritus.

Haroldo y los demás se habían vuelto a ocultar en el granero e ignoraban por completo las intenciones de sus dos amigos. De modo que estos tenían el camino despejado, o al menos eso

creyeron hasta que Quivo apareció tras ellos, dispuesta a seguir a su rey hasta el pico más alto de las montañas. Desde que Dago la había nombrado su escudero le seguía a todas partes y no había forma de quitársela de encima.

—¿A dónde vais? —les preguntó Quivo haciendo verdaderos esfuerzos por alcanzarles—. ¡Esperadme, voy con vosotros!

A Dago le dio pena y se detuvo a esperarla.

—Esta vez no puedes venir, Quivo. Créeme, es demasiado peligroso —le dijo en cuanto la tuvo frente a él. La voz del niño sonaba cariñosa, aunque firme.

—¿Es que vais a la guerra? —quiso saber ella, pues para Quivo la guerra era lo más peligroso que existía. Su mamá lloraba porque su padre estaba allí.

—Sí —mintió Eldes—. Pero tienes que guardarnos el secreto. Si los demás se enteran querrán ir también.

—Vale —aceptó la pequeña con desgana.

Empezaba a estar harta de tantos secretos y de que los mayores nunca la dejaran ir con ellos. Fredo y Haroldo acababan de echarla del granero y se había hecho a la idea de acompañar a Dago—. De todos modos, yo tampoco quiero ir. A mí la guerra me da miedo.

Pudieron ver su carita redonda por última vez antes de que se diera la vuelta, resignada a que ninguno de los niños quisiera jugar con ella. Dago la vio alejarse en busca de su madre y sintió que la había traicionado. Su rey la había traicionado dejándola en la aldea.

4

Regreso a Oium

Eldes le había hecho entrar en su juego una vez más. Caminaba ligera a través de la espesa maleza, abriéndose paso entre las ramas de los árboles con la pericia de un animal salvaje, como si, de repente, el bosque se hubiera convertido en su dominio. Excitada, feliz, sin molestarse en disimular el enorme placer que el triunfo le producía. De nuevo se había salido con la suya. Había conseguido convencer a su amigo para que la acompañara. Mientras avanzaba con paso firme a través de la agreste vegetación del bosque, iba pensando en Haroldo y los demás que aún estarían

en el granero holgazaneando entre el centeno y tan aburridos como de costumbre, esperándola. Esa mañana temblaban como gallinas por el recuerdo de la tarde anterior. No se arrepentía lo más mínimo de haberse escapado con Dago a sus espaldas, al contrario, se alegraba de haberlos dejado allí. Hubieran sido un estorbo, pues no eran más que un hatajo de cobardes que no merecían ser guerreros. Sonrió al pensar lo que les iba a contar en cuanto regresaran del bosque. No escatimaría detalle, es más, añadiría unos cuantos. Les regalaría la historia más increíble que habían escuchado nunca para que se murieran de rabia al verles regresar convertidos en héroes.

De vez en cuando, se volvía para mirar a Dago y le clavaba sus risueños ojos de lince, quería asegurarse de que su amigo iba detrás. Le divertía comprobar que le costaba más que a ella abrirse paso entre las ramas y que estaba rojo como una manzana. El muchacho la seguía a duras penas, lleno de temores, mucho más consciente de su

temeridad, receloso ante lo que pudieran encontrar. La caminata le estaba dejando prácticamente sin aire, pero por nada del mundo le pediría que aflojara un poco el paso porque apenas podía seguirla. Eso sería reconocerle una nueva victoria.

No les llevó demasiado alcanzar el claro. Cuando llegaron, todavía lucía el sol y el cielo ya no tenía el color plomizo de la mañana. Sin perder tiempo, buscaron la protección de los matorrales y se agazaparon tras ellos, confiados en que las espesas ramas les ocultarían por completo. Así permanecieron un buen rato, espiando a través de las hojas, mudos por la tensión y paralizados ante la posibilidad de ser descubiertos, con la respiración agitada y la boca seca. Extrañados por la falta de actividad del campamento.

—Aquí no hay nadie —concluyó Dago, sin poder ocultar su decepción. Fueran quienes fueran esas extrañas gentes, habían abandonado el campamento.

Los dos niños se sentían contrariados pues no era eso lo que esperaban encontrar. Miraban una y otra vez sin comprender qué era lo que había podido pasar, ni a dónde habían podido irse. La tarde anterior, el campamento bullía de actividad. Todos pudieron ver los caballos junto a la gran cabaña de lana y las grandes piezas de carne que colgaban de sus grupas; oler su comida. Un apetitoso guiso que borboteaba en el interior de un gran caldero de bronce y grandes asas de hierro, con el que se les había hecho la boca agua. Habían escuchado sus voces y unas risas salvajes e inhumanas que les habían estremecido. Eran al menos una veintena, todos hombres, cubiertos de pieles de pies a cabeza. No distinguieron entre ellos a viejos ni a mujeres, tampoco niños. Tal vez fueran guerreros, o cazadores. Eran tan diferentes a ellos que les costaba creer que pudieran ser campesinos, puede que fuesen magos. Les había deslumbrado el enigmático brillo de los espejuelos que colgaban de su cuello. Y los arcos.

Eran los arcos más grandes que habían visto en su vida, tan altos o más que ellos, mucho mayores que los que se usaban en la aldea para luchar y cazar. Quien poseyera uno de esos arcos tendría el poder de matar con la suficiente distancia como para no arriesgar la vida.

Dago fue incorporándose lentamente hasta quedar completamente erguido. Estaba dispuesto a dar por finalizada la aventura.

—Marchémonos antes de que averigüen que nos hemos ido. Puede que en la aldea ya nos estén buscando —advirtió. Pensaba en su madre y en que no quería hacerla sufrir, ya había sufrido lo suficiente, así que mejor regresar antes de que notaran su ausencia.

—Espera un poco más. ¿Y si se han metido dentro? —le detuvo Eldes, cogiéndole de la manga. Albergaba la esperanza de que estuvieran dentro de la tienda de campaña que se alzaba en el centro del recinto y que tanto había sorprendido a los niños, pues, salvo la noble hija de Walderico,

ninguno de ellos conocía más construcción que sus chozas de madera y paja. Eldes continuó en sus trece—: A lo mejor están durmiendo.

—¿Estás tonta?! Es de día, ¿cómo van a estar durmiendo? —la corrigió Dago. Tenía ganas de irse—. Anda, vámonos.

—Creí que querías un arco. Ayer vi cómo los mirabas —le tentó Eldes sin moverse de su sitio. Se había estado guardando esa baza por si necesitaba convencer a su amigo.

El chico no supo qué contestar. Él no había dicho ni palabra del arco y, sin embargo, Eldes lo había adivinado. Empezaban a conocerse bien, demasiado bien. Era verdad que quería un arco, desde que los vio la tarde anterior no deseaba otra cosa. Su amiga debió de estar observándole sin que se diera cuenta, mientras él no perdía detalle de cómo uno de esos hombres trabajaba en su fabricación. Pegaba con cola pequeños trocitos de hueso con los que iba forzando la curvatura de la madera, que luego acababa asegurando con los

tendones de algún animal. El muchacho era tremendamente habilidoso con las manos y estaba más que convencido de que, si volvía a ver cómo se hacía, aunque fuera una sola vez, podría hacerse uno igual.

Eldes había dado en el clavo. Aprovechó la confusión que acababa de provocar en su amigo y lo arrastró por sorpresa hacia el campamento.

—¡Yo te conseguiré uno! —le aseguró, mientras tiraba de él.

Dago se resistió a seguirla con la tozudez de un pollino, dispuesto a no ceder. Hubo un pequeño forcejeo entre los dos hasta que ella pudo más que él y, antes de que pudiera darse cuenta, se hallaban frente a la tienda de campaña. Eldes se detuvo a escuchar con la oreja pegada y, tras asegurarse de que no había nadie en su interior, le dio un pequeño empujón y le obligó a entrar. Una vez dentro, se vieron sorprendidos por un desagradable olor a rancio que tardaron en identificar. Sus ojos tardaron en acostumbrarse a

la penumbra. Frente a ellos, sobre una de las alfombras que cubrían el suelo, se levantaba una insólita acumulación de objetos: vasijas, cuernos, herramientas, tallas, mimbres, joyas y telas que se amontonaban descuidadamente unas sobre otras, como si hubieran sido abandonados con premura. Muchos de esos objetos, la mayoría, no tenían para ellos nada de especial, puesto que eran los mismos objetos que se podían encontrar en su aldea y en cualquier otra aldea de los Cárpatos. A pocos pasos, estaba el origen del hedor, dos grandes cubos de madera repletos de un sebo amarillento y maloliente que les servía de combustible para el fuego.

A Eldes le faltó tiempo para empezar a revolver entre los cientos de objetos amontonados, decidida a llevarse a casa su parte de botín. Eso era lo que hacían los guerreros. Dago contemplaba la escena con distancia, entre incrédulo y estupefacto, alarmado por la insensatez de su amiga y muy arrepentido de haberla servido en su

imprudente juego. Entretanto la niña no perdía el tiempo. De espaldas a su compañero y sin prestar la más mínima atención a los insistentes ruegos de este, se entregaba en cuerpo y alma a la búsqueda de alguna pieza de valor, algo que mereciera la pena llevarse a casa. Despreciaba los objetos que ella consideraba vulgares o feos y los lanzaba descuidadamente al aire. Removía, escarbaba y cuando encontraba una pieza que ella consideraba lo suficientemente bonita como para que formara parte de su botín, lo celebraba levantándola en alto y mostrándosela a su amigo, que apenas podía soportar la tensión.

A Dago las piernas habían empezado a flaquearle y le costaba mantenerse en pie. Vigilaba la entrada de la tienda con la certeza de que, de un momento a otro, les iban a descubrir. Y, entonces, todo habría acabado. Eldes hacía cada vez más ruido, revolviendo los objetos amontonados con el mismo entusiasmo con el que lo hacía todo, y también con la misma inconsciencia pueril y

caprichosa que llegaba a exasperar a Dago. Hasta que, después de mucho rebuscar, logró sacar de debajo del montón una vasija de color rojo que había llamado su atención. La estuvo estudiando durante un buen rato, que al niño le pareció una eternidad, hasta decidirse sobre su destino. Al principio la había considerado lo suficientemente bonita como para quedársela y había pensado en regalársela a su madre, luego dejó de gustarle. Así que la lanzó por detrás de su espalda, sin ni siquiera mirar dónde caía, y la hizo estallar justo a los pies de Dago, haciéndole estallar también a él.

—¡Yo me voy! —le anunció. No podía soportarlo más, estaba aterrado.

—¡Espera, mira esto! —le retuvo Eldes, emocionada por lo que acababa de encontrar. Se lo enseñó—. ¡¿A que es precioso?! ¡Es tuyo, por algo eres el rey!

Ninguno de los dos había visto nunca nada tan delicadamente bello. Lo había encontrado oculto en el interior de una arqueta de madera, bajo unas

pieles. Era evidente que se trataba de algo muy valioso.

Sacaron la joya al exterior de la tienda para poder contemplarla a la luz del atardecer y se les cortó la respiración al ver cómo brillaba, con tanta fuerza que temieron quemarse. Eldes supo que era de oro. Pero no fue solo el oro lo que les maravilló, sino las preciosas piedras que la adornaban, ardientes como el fuego y de un rojo tan intenso como la sangre. Eran granates, aunque ellos ignoraban siquiera que pudieran tener un nombre. Pensaron que se trataba de alguna piedra mágica. La niña no pudo resistir la tentación de coronarse con ella mientras estudiaba con cierta coquetería la reacción de su amigo. Pero a Dago pareció no gustarle. Eldes vio que se ponía cada vez más blanco hasta quedarse de un tono tan pálido como la leche, y supo que algo no iba bien.

—¿Qué es lo que te pasa? —preguntó llena de terror, sin apenas mover los labios. Pensó que era por la joya que llevaba en la cabeza.

—Caballos —respondió Dago con la voz entrecortada. No pudo decir más, presa del pánico como estaba.

Eran los hijos de las haliarunas que estaban de vuelta de dondequiera que hubieran estado. Se encontraban tan cerca que casi podían oler la sangre en sus ropas. Estaban tan asustados que aún tardaron unos instantes en reaccionar. Salieron corriendo. La diadema rodó por el suelo sin que ninguno de los dos perdiera un instante en recuperarla. En esos momentos lo único que les importaba era salir con vida de esa maldita trampa en la que ellos mismos se habían metido. La corona quedó en el campamento junto al botín de Eldes, que yacía olvidado en un rincón de la tienda. Corrieron tan rápido como les permitieron sus piernas débiles y escuálidas por culpa del hambre. Cruzaron el riachuelo sin dificultad, comprobando una y otra vez que nadie les seguía y, cuando hubieron alcanzado la otra orilla, levantaron el tronco entre los dos y lo hicieron

rodar hasta el agua. Jadeantes, se adentraron en el bosque, que se despidió de ellos para siempre mostrándoles su lado más perverso. El camino de vuelta a la aldea estuvo plagado de obstáculos que ellos trataban de sortear a toda prisa. Ramas, raíces y troncos caídos rasgaban sus pies, llenaban sus cuerpos de heridas y arañazos y les hacían resbalar una y otra vez hasta verles caer en el suelo. Pero no se rindieron y siguieron corriendo con todas sus fuerzas. El miedo a ser alcanzados podía más que sus agotadas piernas.

Los niños corrieron sin parar hasta alcanzar la aldea, donde creían que estarían a salvo. El delicioso olor de la carne recién asada les hizo detenerse y les recordó lo hambrientos que estaban. Pronto se unirían a los demás. Eso les tranquilizó. Respiraron profundamente antes de dirigirse hacia la gran explanada central donde se habían dispuesto las mesas. Confiaban en que la comida en honor al dios todavía no hubiera comenzado y en que nadie les hubiera echado de

menos durante el tiempo en que habían estado en el bosque. Pero, al pasar por el granero, la ausencia de los niños les hizo sospechar que su aventura no iba a terminar bien. Reinaba un silencio extraño. Todo estaba tranquilo, demasiado tranquilo para un día de fiesta. Ya no se oía a las mujeres cantar, ni tampoco se veía a ninguno de sus amigos jugando por ninguna parte. Caminaron despacio por las desiertas calles de la aldea, temiendo no haber llegado a tiempo para el banquete y desearon con todas sus fuerzas que no les estuvieran buscando.

El banquete de Enguz

Algo terrible había sucedido durante su ausencia, algo que iba a cambiar para siempre el destino de sus vidas. Las personas que poblaban su minúsculo mundo habían desaparecido, se habían ido para siempre. La muerte se los había llevado, dejando a su paso un macabro espectáculo de sangre y destrucción al que los niños no tuvieron más remedio que enfrentarse. Los ojos se les llenaron de espanto al contemplar los cuerpos sin alma de sus seres queridos reposando lánguidamente sobre el embarrado suelo de la explanada, donde debía de estar

celebrándose la comida ritual en honor al dios. No habían llegado a tiempo para compartir con ellos el triste final que les aguardaba. Todos estaban muertos. La muerte les había sorprendido preparando el banquete, sin sospechar siquiera que iban a ser sacrificados; que Enguz les iba a exigir algo más sustancioso que unas simples cabras.

—No los mires —murmuró Dago. Trataba en vano de proteger a la niña de los ojos vacíos y fríos de los muertos.

—¿Por qué no? ¿Acaso temes que nos castiguen? —replicó esta, en tono desafiante. Actuaba como si aquel horror formara parte del juego al que habían aceptado jugar. Eldes desconocía el verdadero significado de la muerte y a su edad era incapaz de asimilar la gravedad de lo que había ocurrido. Hablaba con una frialdad que helaba la sangre—: ¿Estás tonto, no ves que están muertos? ¿Los oyes respirar acaso? Ya no respiran porque están muertos.

—¡Calla! —exigió Dago entre sollozos,

mortificado por la crueldad de su amiga. El corazón le palpitaba con tanta fuerza que parecía que se le fuera a romper en pedazos.

—Míralos... Todos están muertos —repitió ella. En su voz no había aflicción, solo extrañeza.

Todos estaban muertos. Haroldo, Actulfo, Marvin, Fredo y la pequeña Quivo; sus madres; la nodriza; el chamán; todos. Dago fue cerrándoles los ojos uno a uno mientras les hablaba entre lágrimas y reproches que no merecían. Arrancó la flecha que atravesaba el corazón de su madre y comenzó a zarandearla con rabia para que se despertara de una vez, pero no lo consiguió. Ella ya no le oía, no podía oírle porque estaba muerta. Descubrió a la pequeña Quivo sobre las brasas y sintió náuseas al recordar el delicioso olor a carne recién asada que les había recibido al llegar a la aldea. La habían quemado viva y el fuego solo había respetado algunos mechones de color rojizo que, enganchados a uno de los troncos, parecían querer volar con el viento. Todos estaban ahí: su

madre, sus vecinos, sus amigos. Dago deseaba con todas sus fuerzas que aquello no hubiera ocurrido y les gritaba, les llamaba por el nombre, con la vana esperanza de verlos revivir. Si ellos se lo pedían estaba dispuesto a curarles las heridas. No sabía cómo pero soldaría sus gargantas, arrancaría las flechas de sus cuerpos y recuperaría sus miembros cercenados para que pudieran ser ellos de nuevo. Solo tenían que pedirselo, que él les ayudaría. ¡Pero ninguno quería volver!

—¡Marvin! ¡Haroldo! Vamos, tenéis que despertar.

Poco a poco fueron tomando consciencia de que los habían perdido para siempre. Se habían ido a un lugar oscuro y tenebroso, del que no había ya retorno. Permanecieron allí, entre los cuerpos, acostumbrándose a la muerte, hasta que el tibio sol del atardecer fue al fin derrotado y la negra noche les devolvió a la realidad. Había sido el día más largo de sus vidas y pronto la luz se dejaría vencer por las tinieblas. Les costó separarse de ellos,

pero no podían permanecer más tiempo en su compañía. Los niños sabían que tenían que irse de allí antes de que diera comienzo un nuevo festín, el que sucede a la muerte, mucho más salvaje y descarnado que la muerte misma, que borraría los rostros de sus seres queridos para siempre. El dolor de la despedida fue tan intenso, tan desgarrador, que desearon haberse ido también ellos; pero estaban allí, en la aldea, sin otra compañía que la de los muertos. Habían podido burlar a la muerte, se habían escapado de ella, y esta les devolvía su venganza dejándolos solos, sin que ningún vivo pudiera castigar su travesura.

Se cobijaron muy cerca de los suyos en la cabaña de madera donde el chamán ocultaba toda su magia, bajo la protección de los dioses y de los antepasados. Nunca antes habían estado en la guarida del chamán, lo tenían prohibido, pues era allí donde este atesoraba sus infinitas riquezas. Las pieles que cubrían las paredes habían sido arrancadas y, a pesar de la oscuridad, pudieron ver

a los ídolos que protegían a los *kunja* vencidos en el suelo. Tan solo la imagen de Enguz permanecía en pie con su majestuosa cornamenta, visiblemente satisfecho por el baño de sangre que había recibido de sus fieles. Las valiosas ofrendas acumuladas durante años habían desaparecido y lo poco que había quedado estaba revuelto. Los niños se acurrucaron en un rincón de la cabaña, aguardando con ansiedad a que llegara el amanecer. Para ellos iba a ser una noche muy larga. No hablaban, entregados a sus propias reflexiones. Uno junto al otro, tan juntos que parecían unidos por alguna parte, se refugiaron en sus recuerdos para llenar el insoportable vacío que les había dejado la muerte. Durante aquella noche los dos buscaron un porqué a su desgracia:

—Han sido los lobos —dijo Dago, rompiendo de repente el mutismo en el que había estado sumido. Necesitaba convencerse a sí mismo de que había sido así.

—¡Solo dices tonterías! Sabes mejor que yo

que han sido ellos, los hijos de las haliarunas, ¿o es que no has visto las flechas? Los han matado con sus arcos —replicó Eldes, apoyándose en el hombro de su amigo para compartir con él el horror que habían vivido.

Claro que las había visto, él mismo había retirado una del pecho de su madre. Por eso el campamento estaba tan vacío. Debían haberlo supuesto y tal vez hubieran podido evitarlo.

—Si les hubiéramos contado que estaban en el bosque, ahora no estarían muertos —gimoteó Dago lleno de remordimientos.

—Era nuestro secreto, prometimos no hacerlo. Además, ahora ya no sirve de nada arrepentirse —le reprendió Eldes, injustamente.

Un crujido seco de huesos les sobrecogió.

—Es culpa nuestra. Si nos hubiéramos quedado con Haroldo y los demás... —continuó lamentándose Dago entre lágrimas.

—Estaríamos igual de muertos que ellos —zanjó Eldes, invitando a su amigo a no seguir

lamentándose.

Los rumores que venían del exterior eran cada vez más espantosos. El inquietante silencio de la noche había dado paso a un ruidoso festín y es que, tal y como sospechaban los niños, también las alimañas habían querido participar de aquel sacrificio horrible. Al sentir las, no pudieron evitar prestar atención a lo que estaba sucediendo allá afuera. Debía de haber carroña suficiente para saciar su voracidad, pues no se las oía pelear ni enfrentarse entre ellas. Se estaban dando un gran banquete con los restos de sus muertos, pero ninguno de los dos se atrevía a salir para gritarles que los dejaran descansar en paz.

—Fuiste tú la que quiso volver —le recriminó Dago después de mucho pensarlo—. Siempre eres tú la que acaba metiéndonos en problemas. Tú y tus estúpidas fantasías. ¿Sabes lo que te digo? ¡Que estoy harto de ti!

—Se los están comiendo —dijo Eldes, ignorando los reproches de su amigo.

El húmedo chapoteo de las vísceras no dejaba lugar a dudas. De repente, algo entró rodando por la puerta.

—Eldes, no la mires. ¡Es tu madre! —exclamó Dago horrorizado y, tratando de proteger a su amiga, la abrazó contra su pecho.

Era la cabeza de Hilda. Tenía los ojos abiertos pese a que Dago se los había cerrado con sus propias manos. Eldes llegó a verla. Era su madre, seguía siendo su madre, pero su mirada la llenó de horror. Quiso gritar, pero no pudo. La voz no le salía por la garganta. Algo más fuerte que ella misma se lo impedía.

Por fin les venció el sueño. Se quedaron dormidos, acunados por el incesante trasiego de los miembros, antes incluso de que las alimañas hubieran dado cuenta de su horripilante banquete. Fue un sueño agitado y poblado de sombras. Las imágenes de la jornada anterior regresaban impidiéndoles descansar: el dulce olor de la sangre, el bosque, las palabras del chamán, el

aullido de los lobos, los cadáveres abandonados frente a la imagen del dios, la dulce sonrisa de Quivo, el ígneo resplandor de las piedras sobre el oro, la rica tierra de Oium, los arcos, la mirada de los muertos. La mirada vacía de los muertos, los ojos de Hilda, volvían una y otra vez para atormentarles.

No supieron cuánto tiempo habían dormido, pero despertaron de día. Les supuso un gran alivio comprobar que los animales se habían marchado. Escucharon una cálida voz que les devolvió a la realidad:

—No tengáis miedo, no voy a haceros daño.

Nunca antes habían visto a ese hombre que se inclinaba de rodillas frente a ellos. No era uno de los suyos y tampoco reconocían en él a ninguno de los buhoneros que, muy de vez en cuando, se aventuraban a viajar hasta las aldeas de las tierras altas con la esperanza de obtener cueros y tejidos de lana a cambio de sus mercancías. Dago creía conocerlos a todos y se hubiera acordado de él.

Tenía el pelo oscuro, casi negro, y unos rasgos demasiado marcados para ser godo. Su aspecto, tan diferente al de los suyos, podía haberles producido rechazo, pero los niños no desconfiaron; al contrario, agradecieron su presencia con una blanda sonrisa que acabó disolviéndose en llanto demasiado amargo para unos niños de su edad. Eran como un par de animalillos, abandonados e indefensos, que necesitaban calor para salir adelante. Eldes y Dago se dejaron abrazar por el desconocido que les habló de un dios bueno y misericordioso en el que debían confiar, del que ellos no habían oído nunca hablar.

—Tranquilos, que Dios no nos abandonará. Ahora debemos irnos de aquí. Vendréis con nosotros —les anunció Anulfo, que era como se llamaba el desconocido.

Se pusieron en pie con dificultad, comprobando en sus propias carnes cómo el mundo en el que habían nacido se tambaleaba a su

alrededor. Ya nada volvería a ser como había sido. Se sentían mareados, aturcidos, y entonces Dago recordó. Fueron las semillas con las que el chamán curaba el dolor. Él mismo se las había hecho tomar a Eldes, y luego él mismo se las tomó. Las había cogido de la bolsita de cuero que el mago llevaba prendida a su cinturón y aún conservaba unas cuantas, por lo que pudiera pasar. Todavía estaban bajo los efectos de la droga. Al salir, el sol les cegó como si quisiera protegerles con su luz de todo el horror que había a su alrededor. Un desagradable olor les indicó que habían estado durmiendo mucho más tiempo del que habían pensado. El tiempo suficiente para que la carne comenzara a descomponerse. Eran los cuerpos de sus muertos los que olían de aquella manera.

Caminaban despacio, evitando los restos y deseando que desaparecieran cuanto antes de su vista. Si alguno de ellos tenía la tentación de escudriñar el suelo, la mano del hombre se apresuraba a corregirles con firmeza y, tapándoles

la vista, les instaba a continuar. Ni siquiera había tiempo para enterrarlos, pero Dios sabría perdonarlo. Debían darse prisa en irse de allí si es que querían seguir conservando la vida, pues los causantes de aquella masacre no debían de estar muy lejos. El hombre aceleró el paso. A la entrada de la aldea un convoy de caravanas les estaba esperando para continuar el viaje.

Mientras el hombre había ido en busca de algún superviviente y los había encontrado a ellos, algunos de los hombres que viajaban con él, los más jóvenes, se habían encargado de comprobar si en la aldea quedaba algo, comida, metales, pieles o ganado que pudieran necesitar allá donde iban. Pero después de recorrer choza por choza volvieron con las manos más bien vacías y el corazón encogido por lo que acababan de descubrir. Temían acabar igual.

—Han sido los hunos. Esos hijos de Satanás no han dejado más que muertos.

Los hunos, así que ese era su maldito nombre,

el que nadie en la aldea se atrevía a pronunciar, y, por desgracia, ahora sabían por qué. Ignoraban quiénes eran y de dónde habían salido, pero, como muchos otros godos, también ellos habían sufrido su crueldad. Los guerreros de Atanarico fueron incapaces de frenar su avance hacia el sur. Fracasaron y sus gentes se quedaron indefensas frente a esas sanguinarias hordas de jinetes procedentes de las estepas orientales que recorrían sus tierras. Ni siquiera los habitantes de las altas montañas se habían librado de sus ataques. A lomos de sus caballos, aparecían y desaparecían con la velocidad del rayo, destruyendo cuanto encontraban a su paso con la fuerza de sus arcos. Anunciaban su llegada con un diluvio de flechas; mataban, violaban y robaban con tal rapidez que era casi imposible atraparles. Durante meses habían sembrado el terror en granjas y aldeas y habían obligado a huir a los pocos supervivientes que habían dejado a su paso.

El convoy estaba a punto de partir. Otros como

ellos les estaban esperando. Familias enteras que huían de una muerte segura a manos de las hordas hunas que asolaban Gutthiuda. Lo habían dejado todo, sus tierras, sus hogares, sus recuerdos, y viajaban con sus animales y sus escasas pertenencias embutidas en fardos que muchos llevaban a sus espaldas. Los niños se dejaron aupar hasta el interior de uno de los carros, el que cerraba la caravana, donde apenas quedaba espacio para una mosca. Enseguida se dieron cuenta de que su presencia no era bien recibida. Dago estuvo un buen rato tratando de hacerse hueco entre unos cestos hasta que consiguió sentarse al lado de su amiga. Estaba muy incómodo, pero al menos estaban juntos.

Un suave traqueteo le indicó que habían iniciado la marcha. Miró a Eldes. Seguía callada y rígida, con las manos entrelazadas sobre las piernas tal y como la había dejado Anulfo. Su pecoso rostro había perdido la sonrisa y sus ojos ya no reían. Tampoco ella era la misma, los dos se

habían dejado parte de la vida en la aldea, como si a ellos la muerte también les hubiera rozado.

Dago ignoraba hacia dónde se dirigían. Anulfo les había prometido llevarles a un lugar seguro donde podrían comenzar de nuevo sin temor a que algo así volviera a sucederles. No le preguntó cuál, pues, a él, en esos momentos, poco le importaba. Después de haberlo perdido todo, sentía que ya no pertenecía a ninguna parte, como si la muerte de su gente le hubiera cortado de cuajo las raíces. El muchacho entornó los ojos y se abandonó al monótono traqueteo del carro, sin molestarse siquiera en volver la vista atrás, pues, para él, la aldea había dejado de existir. Era poco más que un triste recuerdo.

6

Éxodo

La caravana en la que viajaban se dirigía a la frontera del Danubio donde miles de godos que, como ellos, habían abandonado sus aldeas y sus granjas huyendo de los hunos, esperaban a ser evacuados a tierras del Imperio. Los jefes, encabezados por Fritigerno y por Alavivo, habían solicitado el asilo del emperador Valente conscientes de que era la única salida que les quedaba si querían evitar el exterminio de sus gentes. Solo el juez Atanarico, ya muy solo y sin el apoyo unánime de los *kunja*, se había atrevido a enfrentarse con las armas a los jinetes llegados de

las estepas. Sumando fracaso tras fracaso ante ese nuevo enemigo, desconocido y brutal, que aparecía como de la nada galopando a la velocidad del viento para esfumarse, tras haber sembrado la muerte a su paso, con la misma rapidez con la que había llegado, sin que a sus guerreros les diera tiempo siquiera de desenvainar las espadas. Ante lo cual no les quedaba más remedio que abandonar Gutthiuda, si es que querían conservar la vida, pues ni el mejor de los guerreros podría jamás atrapar a esos diablos, como tampoco podría atrapar al viento aunque se lo propusiera.

En aquellos momentos, el Imperio romano era la única esperanza para los godos. Tal vez fuera la salida menos digna, después de años de humillaciones, pero era la única posible dadas las circunstancias. Lo que comenzó siendo simple diplomacia, un cruce de emisarios entre Constantinopla y Antioquía, donde Valente se hallaba preparando la próxima campaña contra Persia —su verdadera obsesión—, derivó en una

súplica desesperada por parte de los jefes godos, a la que este terminó cediendo. Las negociaciones no habían sido fáciles ya que, en esa ocasión, eran miles los godos que pedían ser acogidos. Si aceptaba, el Imperio recibiría una avalancha de bárbaros sin precedentes en la historia de Roma, que no se sabía si iba a poder asumir. Las fronteras eran una cuestión delicada y no eran pocos los que sostenían que el Imperio podía acabar desangrándose por ellas. Valente aceptó, quizás aconsejado por quienes creían ver en los godos la solución a muchos de los problemas que, desde hacía décadas, arrastraba el Imperio.

—Yo he visto lo que hacen esos diablos con las mujeres como tú, lo he visto porque lo hicieron con mi hija —dijo uno de los viejos que compartía el carro con ellos. Se lo decía a quien menos debía oírlo, una mujer en avanzado estado de gestación que había podido escapar con vida de los hunos—. Les abren el vientre con sus cuchillos y arrancan el fruto de sus entrañas para luego comérselo. Mi

nieto debería haber nacido para el invierno... si ella no hubiera muerto —gimoteó el anciano.

Al escuchar aquello, los demás ocupantes del carro dirigieron sus ojos enrojecidos a la abultada barriga de la mujer, temiendo por ella. Ninguno se sentía a salvo de un nuevo ataque. La vieron temblar mientras que, con las manos, se aferraba a su vientre con un gesto de dolor, queriendo proteger lo único que le quedaba ya en la vida, después de haberlo perdido todo. Nadie la consoló, pues nadie se sentía con fuerzas para hablar. Eran gentes de las montañas, ancianos y enfermos, que habían sobrevivido a las matanzas, pues los sanos viajaban a pie. Anulfo los había recogido de las aldeas con la promesa de llevarlos a un lugar seguro, lejos de aquellos monstruos. Por eso estaban ahí. No le conocían pero confiaban en él, su rostro y sus palabras transmitían bondad.

Eran conscientes de que estaban siendo expulsados de su tierra y de que el viaje que estaban emprendiendo no tendría retorno. Si

lograban poner los pies en el Imperio, ya no volverían a pisar Gutthiuda. Ese era, al fin y al cabo, el destino de los godos, vagar de un lado a otro en busca de un lugar donde asentarse. Aunque en esta ocasión no tendrían que empuñar las armas para quedarse con las tierras de nadie, pues el todopoderoso vecino del sur poseía un territorio tan extenso como el cielo y lo suficientemente rico como para alimentarles a todos. Anulfo les había prometido que al final de su huida encontrarían una vida mejor de la que les había tocado vivir hasta el momento, lejos de la amenaza de los otros pueblos que habitaban al norte del gran río, del hambre y la escasez a la que les había condenado el emperador como castigo a la deslealtad de sus jefes.

La mayoría desconocían que Anulfo era un enviado de Constantinopla y, entre ellos, solo unos pocos habían oído hablar de ese dios de los cristianos al que este encomendaba su viaje. La caravana marchaba bajo la Cruz de Cristo.

Ignoraban que con sus tierras también abandonarían sus creencias, pues Valente no estaba dispuesto a aceptar más dioses paganos en sus dominios. El emperador se había erigido en el gran defensor del arrianismo y esa era una de las condiciones que se les había impuesto a los jefes, y tanto Anulfo como los demás sacerdotes que ayudaban en la evacuación de los godos tenían el compromiso de hacerla cumplir.

Anulfo era godo y servía a Fritigerno, pero representaba los intereses del Imperio y de la Iglesia arriana de Constantinopla. Había pasado parte de su juventud evangelizando a las gentes del norte, en unos años especialmente difíciles para los primeros cristianos de aquellas tierras, después de que el juez Atanarico se propusiera acabar con ellos, declarándose enemigo del cristianismo. Sus seguidores protagonizaron algunos episodios de gran crueldad contra los sacerdotes cristianos, como el martirio de Saba, bajo el pretexto de defender la religión tradicional

de los godos. Aunque lo que realmente subyacía a la persecución del cristianismo era el intento más bien desesperado de Atanarico y de los principales jefes por frenar el avance del imperialismo romano sobre sus dominios.

Anulfo perdió por entonces a muchos de sus compañeros que fueron atrozmente sacrificados por defender la fe de Cristo, pero él no tuvo la valentía de resistir las brutales persecuciones a las que Atanarico les había sometido y huyó a Constantinopla horrorizado por lo que estaban haciendo en Gutthiuda, la tierra en la que había nacido, con los cristianos. Se refugió cobardemente en el Imperio siguiendo las huellas del obispo de los godos Ulfila que, unos años antes de aquello, había pedido asilo imperial para poder culminar el gran proyecto de su vida: la traducción de la Biblia a un alfabeto que él mismo había inventado para poder escribir en la lengua de los godos y que hasta ese momento jamás había sido escrita.

El viaje era largo y la frontera se les antojaba cada vez más lejana. La caravana avanzaba lentamente a través de las escarpadas montañas de caliza blanca, entre imponentes riscos esculpidos por el viento y estrechas gargantas. Dago mataba el tiempo escudriñando a las gentes que marchaban andando entre los rebaños a través de un pequeño descosido de la lona. Era imposible que se pudiera ir más deprisa. Los animales se negaban a caminar, cansados por el esfuerzo que les pedían sus dueños, y los hombres caían de agotamiento en medio del camino, obstaculizando el paso de los carros hasta que alguien conseguía arrastrarlos a la cuneta. Muchos morían, sobre todo viejos, pero también jóvenes y niños como él que no lograban soportar la pesada carga de seguir viviendo. No sentía la más mínima compasión, solo mera curiosidad.

—¿Qué le pasa a tu amiga? ¿Por qué no habla?
—le preguntó una de las mujeres con el acento cerrado y brusco de las tierras altas.

Llevaban tres días metidos en aquel carromato, embutidos como bestias entre esas personas y sus fardos, mal durmiendo, mal comiendo, orinándose encima y respirando inmundicias de los demás, y las suyas propias, y no la había oído quejarse en una sola ocasión. Eldes no había dicho palabra en todo el viaje y Dago sospechaba qué era lo que le había hecho callar. Desde que la cabeza de Hilda apareció rodando en la choza del chamán, su hija no había abierto la boca.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué no hablas? Mírame, por lo menos —le rogó, bajando la voz para que nadie más pudiera escucharle. Pero los labios de Eldes siguieron sellados y a Dago le daba miedo ver en lo que se había convertido su amiga. Estaba ausente, tenía la misma mirada que los muertos y, por mucho que lo intentaba, no conseguía hacerla volver.

Les sorprendió un movimiento brusco que hizo precipitarse hacia ellos parte de la carga. El carro se detuvo y varias vasijas se rompieron al ser

golpeadas contra las paredes del carro y un líquido amarillento y espeso comenzó a extenderse por el suelo de la carrocería, poniéndolo todo perdido. Dago miró a través del descosido y no vio más que el azul del cielo. Los bueyes estaban inquietos por algún peligro que ellos desconocían y unas voces les alertaron de que algo iba mal. Al interior del carromato llegaban los relinchos de los animales, gritos, órdenes... Todos esperaban escuchar la voz de Anulfo tranquilizándoles desde el pescante, pero, en su lugar, solo escucharon los gemidos ahogados de la embarazada que luchaba con todas sus fuerzas por detener el curso de la naturaleza. El golpe había precipitado el parto.

—¡Corre, ve a buscar ayuda! Seguro que hay una partera entre la gente —dijo el viejo dirigiéndose a Dago, con el recuerdo de su hija muerta todavía reciente.

Dago saltó del carro en busca del sacerdote, pero este había abandonado el pescante del carro. La caravana se hallaba suspendida al borde de un

precipicio y el camino era demasiado estrecho para los carros. Se hallaban más cerca del cielo que de la tierra. Miró hacia abajo y comprendió el nerviosismo de los bueyes. Pegó su cuerpo todo lo que pudo a la pared de la montaña y fue caminando despacio hacia el principio de la caravana.

—¿Estás aquí? Acércate, necesitamos tu ayuda—le gritó Anulfo al verle aparecer tan blanco como las nubes. Cuando lo tuvo al lado, le explicó lo que debía hacer—: ¿Ves la rueda entre las matas? Baja con cuidado e intenta recuperarla. El camino es muy estrecho y sin ella no podemos seguir adelante.

La rueda, que se le había salido del eje a uno de los carros, había rodado montaña abajo y se había detenido entre unos matorrales de espino, a pocos pies de donde se hallaban. Dago era mucho más joven y ágil que los demás, aunque poco dado a correr riesgos. Se agarró de la cuerda que le acababa de tender Anulfo y, cerrando los ojos para no ver el vacío que se abría bajo sus pies, fue

descendiendo sin problemas por la empinada pendiente hasta alcanzar la rueda. Con ella enganchada sobre el hombro, comenzó el ascenso, esta vez con mucha más dificultad. Resbalando cada poco, hasta que por fin se vio al borde del camino, satisfecho de su proeza aunque todavía asustado. Pensó en contárselo a Eldes y sintió una extraña tristeza, como si también la hubiera perdido a ella.

Regresó al carromato en compañía de Anulfo. La noche, cerrada y sin luna, se había apoderado de las montañas y no resultaba prudente retomar la marcha de la caravana. Continuar sería una insensatez, así que tendrían que arreglárselas como pudieran para acampar allí mismo, bajo la lluvia que no cesaba, con los carros colgando como colmenas al borde del despeñadero. Saldrían con las primeras luces del alba, en cuanto colocaran la rueda. Dago caminaba con la cabeza gacha y el corazón encogido, observando a Anulfo con el rabillo del ojo. Se le veía preocupado por la

situación, que parecía ir de mal en peor, pero lo que Dago no sabía, no tenía por qué saberlo, es que el sacerdote temía no llegar a tiempo de cruzar el río antes de que las fronteras volvieran a cerrarse pues había orden de que así fuera. Los gemidos de la mujer eran cada vez más desgarradores. La cría que llevaba en su vientre se había empeñado en nacer en medio de aquel barranco para complicar aún más las cosas. Corrieron, sin tiempo ya de ir en busca de una partera.

El llanto fuerte y vigoroso del recién nacido les anunció que todo había acabado. Anulfo sonrió maravillado ante lo que acababa de suceder. La vida seguía en medio de tanta calamidad.

—¿Ves, Dago, como hay esperanza? Dios no nos dejará solos —le aseguró conmovido por la diminuta presencia del bebé.

Dago no se alegró. Estaba demasiado preocupado por Eldes como para alegrarse de que hubiera un godo más en el mundo. Tan solo era un

niño, incapaz de conmoverse ante el nacimiento de un nuevo ser. Dejó de prestarle atención y se sentó junto a Eldes para decirle algo de lo que se arrepentiría:

—¿No quieres hablarme? Pues, ¿sabes lo que te digo? ¡Que me da igual! Y si es otro de tus estúpidos juegos, conmigo no cuentas.

Caravana al gran río

No era otro de sus juegos. Si Eldes callaba no era por capricho. Algo, no sabía qué, le impedía hablar. La niña lo había estado intentando hasta quedar exhausta y confundida, pues, por muchas vueltas que le daba, no podía explicarse qué era lo que le estaba ocurriendo. En cuanto se disponía a hablar, notaba que se ponía rígida, tensa, y era como si una fuerza invisible, más poderosa que la del chamán, le oprimiera el pecho hasta dejarla sin aire. Eldes estaba asustada. A veces pensaba que era su propio miedo o la muerte misma la que le estaba haciendo aquello, a veces pensaba que los

muertos la estaban castigando por haber obligado a los demás a guardar el secreto. Y le dolía que Dago pensara que lo estaba haciendo adrede. Ella sí quería hablarle, ¿cómo no iba a querer hacerlo si era lo único que le quedaba?, pero no podía, en cuanto lo intentaba se le cerraba la garganta. Quería decirle que no la dejara sola otra vez en aquella caravana rodeada de gentes extrañas, que no estaba jugando y que aquello iba en serio; implorarle que no la abandonara. Pero todo lo que pensaba se quedaba encerrado en su cabeza sin que nadie más pudiera escucharlo. Había perdido su magia, el don que la hacía ser diferente al resto de los niños, y se sentía angustiada por no poder seguir haciendo feliz a Dago con sus historias. Ella, que le había regalado tantas palabras, y que tantas veces le había hecho soñar con ellas, se había quedado sin ellas, muda.

Anulfo había pensado que a los pequeños les vendría bien un poco de aire puro, salir de la asfixiante atmósfera que se respiraba en el interior

del carro, de modo que les permitió continuar a su lado el resto del camino, compartiendo con él la aburrida tarea de guiar los bueyes. Habían conseguido atravesar los Cárpatos sin grandes contratiempos y la cercanía del Imperio romano les hacía sentirse cada vez más seguros. En apenas un par de jornadas alcanzarían la orilla del Danubio. Los niños le acompañarían solo hasta la frontera; una vez allí, sus vidas se separarían para siempre. Debía ser así. Él tenía una misión muy importante que cumplir con Dios y con Roma y, por mucho que quisiera, por mucha pena que le dieran, no iba a poder seguir cuidando de ellos. Eran demasiado pequeños. Aun así, Anulfo se alegraba de haberlos sacado del carro, en especial por el chico, que era el que más parecía agradecerlo. Parecía haber recuperado el ánimo y sus pecosas mejillas se habían vuelto a teñir de rosa con el suave viento de las llanuras.

A él, su presencia le hacía sentirse reconfortado, mejor de lo que se había sentido en

mucho tiempo, incluso había empezado a silbar y, de vez en cuando, se veía sorprendido por su propia risa. Hacía años que no silbaba y que ni siquiera reía, desde que esos salvajes se llevaron a Saba al martirio en vez de a él, pero era como si por fin se sintiera liberado de su culpa. Anulfo sabía que aquel milagro debía de agradecérselo al muchacho, sí, era Dago quien le había hecho sentir después de tanto tiempo. Ese muchacho le había convencido de que lo que estaba haciendo con los godos merecía la pena.

Habían llegado a la vega del Danubio, una zona mucho más romanizada y fértil que los escarpados Cárpatos, desde donde viajaban.

—Chico, ¿ves ese muro? —le dijo a Dago, señalándole los restos de una muralla. Tenía ganas de hablarle de Roma—. Lo construyeron los romanos.

—¿Y por qué querían encerrarnos? —preguntó el niño, sorprendiendo a Anulfo con su ingenuidad.

El clérigo no pudo evitar reírse ante la

ocurrencia de su acompañante, era lo más disparatadamente lógico que había oído en su vida. Sus ingenuas apreciaciones sobre el mundo le hacían reír, ¡claro que le hacían reír! Dago estaba descubriendo que había un mundo diferente al suyo, y era él quien se lo estaba mostrando. Un mundo sin bosques ni montañas, que nada tenía que ver con el inhóspito mundo de las montañas, con la aldea en la que había crecido. Un mundo que para él todavía estaba lleno de secretos.

—No, Dago. Los romanos no querían encerrar a nadie, sino defender su territorio. Hay murallas como esta alrededor de todo el Imperio —Anulfo sentía que tenía muchas cosas que enseñarle—. Toma, conduce tú a las bestias, que yo voy a dar una cabezada.

—Pero... ¿es que estamos ya en Roma? —insistió el niño al cabo del rato.

Anulfo abrió los ojos y volvió a reír. Se estaba dejando llevar por el entusiasmo del pequeño, que también reía sin saber por qué. Puede que los dos

necesitaran reírse, olvidar todo lo que les había ocurrido. Se levantó ligeramente el enorme sombrero de fieltro marrón con el que se había cubierto los ojos de la luz, dispuesto a sacarle de su error. Era cierto que aquel territorio que ahora ocupaban los godos había pertenecido a Roma, le fue explicando pacientemente. Había sido conquistado por un emperador llamado Trajano, hacía de eso bastante más de doscientos años, y era allí donde estaba la antigua provincia de Dacia, que el Imperio no pudo conservar debido a la presión de los pueblos del norte, especialmente de ellos, de los godos, que se dedicaron a hacerles la vida imposible a los colonos romanos. La presión era tal que, en tiempos del emperador Aureliano, se vio obligado a retirar sus fronteras al sur del Danubio, mostrando así su debilidad ante los bárbaros. Roma había sido incapaz de defender aquel territorio ante la voracidad de sus vecinos, godos en su mayoría, y no encontró una salida más digna que la retirada, pues no se atrevía

a luchar contra ellos. Les demostró, para su desgracia, que no siempre era invencible y que algún día podría ser derrotada.

«Toda una lección de historia», pensó Anulfo mientras volvía a tomar las riendas del carro.

El clérigo fue desvelando para él los misterios que se escondían tras la vasta llanura escita, por la que, lentamente, avanzaba la caravana en dirección al gran río. Tenía un buen pupilo. Dago le escuchaba sin pestañear, fingiendo no darse cuenta de que Eldes no les estaba quitando ojo. Su amiga llevaba tiempo espiándoles desde debajo de la manta en la que se había ocultado, por la que apenas asomaban unos mechones de pelo rubio. Su acusadora mirada se le clavaba como una estaca en la parte alta de la espalda. Esperaba con ansiedad el momento en que por fin hablaran de ella y escuchaba sin perderse palabra de lo que decían, cada vez más encerrada en su mutismo. Cada vez más irritada por la entrañable complicidad que estaba surgiendo entre ellos dos,

de la que se sentía excluida. Si al menos Dago la mirara, podría intentar hacerle entender qué era lo que le estaba ocurriendo, pero Dago no la miraba y ni siquiera se le veía intención de hacerlo. Le estaba dando la espalda para fastidiarla.

Dago había dejado de ser su amigo. Ya no podía confiar en él. Se había convertido en un traidor, como Fritigerno, a quien servía aquel clérigo con el que viajaban, por el que Dago la había traicionado. Por suerte, había olvidado lo ocurrido. Estaba tan confundida que no recordaba en qué momento se habían unido a ellos y qué era lo que les había podido ocurrir para que hubieran caído en manos de ese sacerdote cristiano por el que el idiota de Dago bebía los vientos. Uno de esos falsos sacerdotes a los que el jefe Atanarico había intentado combatir para que el cristianismo de Roma no se extendiera como una plaga entre los godos. Dago se había dejado engañar por él, embaucar por la engañosa bondad de sus palabras, por la promesa falsa de alcanzar un mundo mejor

que el suyo: el poderoso Imperio romano, hacia donde se dirigían; donde, según decía el clérigo, vivirían plácidamente, cultivando sus tierras a salvo de los hunos. Pero no era eso, ni mucho menos, lo que la niña había oído contar de Roma. Eldes desconfiaba de él, había empezado a aborrecerle, y a Dago también. Detestaba a los dos, así que dejó de prestarles atención. Sus pensamientos se habían vuelto confusos y lo único que quería en ese momento era dormir.

La lluvia les había concedido una tregua, dejando que el sol de la tarde les acariciara la piel con sus cálidos destellos. Eldes, débil y agotada de tanto sufrimiento, había cerrado los ojos, entregándose a su calor hasta quedarse dormida, mientras Dago sentía con alivio cómo el frágil cuerpo de la pequeña se dejaba caer sobre él. La acomodó sobre sus rodillas con cuidado de no despertarla, contento por haberse quitado un peso de encima. Por fin se sentía libre para mirar a un lado y otro del camino sin ser observado, para no

callar ni un solo momento, para preguntar una y otra vez... para disfrutar de la compañía de su nuevo amigo. Presentía —más bien lo deseaba— que, en adelante, su vida estaría ligada a un paisaje como aquel, alejado de las montañas y de los bosques, y muy lejos de aquellos malditos diablos que habían exterminado a sus seres queridos. Estaba deseando alcanzar por fin las tierras del Imperio. A medida que se acercaban al gran río, Roma se hacía más presente en el paisaje: villas al estilo romano, donde residían las aristocracias de los godos, en una de las cuales se había criado la propia Eldes, antes de tener que refugiarse en la aldea; restos de muros, murallas y torres de vigilancia, que habían sido levantados, en su día, para defender las fronteras. La propia calzada por la que transitaban, o más bien, lo que quedaba de ella, era obra de ingenieros romanos. No solo él, también Anulfo celebró el haberse librado de la sofocante presencia de la niña. Estaba de un humor excelente, y quiso enseñarle a

silbar.

En un par de jornadas alcanzaron la frontera. Ese era el final de su viaje. Dago estaba impaciente por llegar, tanto que no pudo esperar a que el convoy se detuviera. Aún en marcha, se encaramó sobre el respaldo de su asiento para poder ver de lejos el impactante espectáculo que presentaba la orilla. Jamás hubiera pensado que en la tierra cupiera tanta gente. Regueros interminables de godos, familias enteras, en carro o a pie, cargados con enormes fardos, competían por abrirse camino junto a sus animales. Muchos de ellos ignoraban hacia dónde se dirigían; cabizbajos, se limitaban a seguir a sus jefes, con la docilidad propia del ganado; otros marchaban engañados por sus propios líderes, ignorantes de lo que Roma les tenía deparado. Les habían prometido tierras pero nada les habían dicho de cambiar el arado por la lanza, un alto precio para un campesino. Esa era una de las condiciones que los dos principales, Fritigerno y Alavivo, a los

que seguían, habían aceptado del emperador Valente. Tampoco sospechaban que iban a ser entregados en masa a un nuevo dios, el Dios de los cristianos. Anulfo y otros como él se encargarían de bautizarlos al arrianismo. Formaban una multitud desorientada e inquieta, sin saber qué iba a ser de sus vidas; vulnerable a los designios del Imperio. Entre ellos circulaba el rumor de que el emperador había dado órdenes de cerrar las fronteras ante el temor de una avalancha, y la mayoría no entendía tal medida, pues no acertaban a comprender qué era lo que podía temer Roma de los godos si siempre había sido al contrario.

Dago estaba tan impresionado que se olvidó de que estaba enfadado con Eldes y, de un tirón, la arrancó de debajo de la manta, obligándola a encaramarse a su lado con la intención de que ella también pudiera ver lo que estaba sucediendo ante sus ojos. Mientras la pequeña, aún amodorrada por el viaje, se concentraba en mantenerse en pie sobre la estrecha tabla de madera en la que

estaban subidos, él insistía en preguntarle si se acordaba del hormiguero que había a la entrada de la aldea, junto al establo. Por un momento se había olvidado de que su amiga seguía sin hablarle.

—¡Mira toda esa gente! Parecen hormigas — exclamó Dago con el cuello estirado para poder ver a los cientos, miles de seres desfilando hacia el gran río sin salirse de la ruta que les marcaban sus jefes, hasta que, de repente, algo sucedía que les hacía perder el rumbo y comenzaban a dar vueltas desorientados formando un pequeño caos a su alrededor. Era como si un dedo invisible cayera sobre ellos y les borrara el camino. Dago deseaba con todas sus fuerzas que Eldes recordara uno de sus juegos—: ¿Te acuerdas de cuando les borrábamos el rastro a las hormigas? Era divertido...

La caravana se había detenido en medio de un caos de gentes, carros, caballos, bueyes y rebaños de ganado, entre el que era casi imposible abrirse paso. La lluvia y el barro aún complicaban más las

cosas. Anulfo les hizo sentarse de un grito, visiblemente alterado por el contratiempo, no esperaba tal concentración. Asomó la cabeza y, lanzando una maldición, se apeó de su asiento, dispuesto a averiguar por qué maldita razón no podían continuar avanzando hasta la orilla.

—Vosotros, no os mováis. Enseguida vengo. ¡Tú tampoco, Dago, quédate aquí! —le gritó. El niño se había apeado del carro tras él.

Dago volvió junto a Eldes, turbado por la rotundidad del clérigo y, tal y como les había ordenado, se sentó, limitándose a acompañarle con los ojos. Lo vio acercarse a un grupo de desconocidos que parecían soldados; por su aspecto seguro que eran romanos. Los godos solían ser rubios o pelirrojos, aunque Anulfo no lo era. Tenía el cabello de color castaño, tan oscuro y brillante como el hermoso pelo de los caballos. Dago lo vio hablar con ellos, visiblemente contrariado. Gesticulaba mucho con las manos y se apartaba insistentemente el oscuro mechón que

caía sobre su frente, como hacía siempre que estaba nervioso. Algo de lo que le dijeron le hizo resoplar, negar con la cabeza, cabecear mientras pensaba. Miró a su alrededor, como si estuviera buscando una solución a aquello que le tenía tan preocupado hasta que, de repente, dio una patada en el suelo y se marchó. Dago estaba impaciente por saber qué era lo que pasaba, así que no le hizo caso y fue tras él.

Anulfo dudó unos instantes antes de dirigirse hacia el cuartel general de los jefes godos, donde esperaba poder encontrar a Fritigerno, pues con Alavivo las relaciones no habían sido demasiado amistosas en los últimos tiempos. Había conducido a esas gentes hasta las mismas puertas del Imperio y no iba a permitir que se pudrieran en aquel maldito lodazal esperando a que volvieran a abrirse las fronteras. Cruzaría con ellos el río, aunque tuviera que cargárselos a la espalda.

El niño pudo ver cómo dudaba y se alejaba con paso decidido entre la multitud. Era casi

imposible seguirlo. En aquella inmensa explanada, había varios miles de personas. Hombres que buscaban a sus mujeres y las llamaban a gritos hasta la desesperación; mujeres que parían niños sobre la tierra húmeda; niños que correteaban entre los enfermos; y enfermos que se escondían de la muerte bajo sus mugrientos mantos de lana, pues también la muerte estaba presente en aquella explanada tan llena de vida, pero, de todos ellos, los muertos eran los únicos que no sufrían. Por un momento, creyó perderle de vista. Sintió que el corazón le daba un vuelco. No lo veía por ninguna parte. Por segunda vez en aquel verano, sintió que iba a quedarse solo. Volvió la vista al carro, vio que Eldes seguía allí sentada en el pescante y la llamó, pero al no obtener respuesta fue a por ella.

Agarró como pudo a Eldes y salió al encuentro de Anulfo, intentando vencer la resistencia de la pequeña que se negaba en rotundo a abandonar el carro. A Dago en esos momentos le importaba un comino lo que ella quisiera, iba a acompañarle a

buscar a Anulfo. Estaba convencido de que si no lo alcanzaban ya no le volverían a ver. Eldes no daba un paso sin que él la arrastrara. Llovía, aunque eso a él le daba igual. La lluvia, el suelo embarrado, los golpes y los empujones de la gente le daban igual. Todo le traía sin cuidado, lo único que quería era alcanzar al clérigo antes de que fuera tarde.

—¡Vamos, Eldes, continúa! ¡¿Por qué te paras?! —le gritó. La niña se había detenido para quitarse el barro de los pies. Se estaba descalzando—. ¡No te descalces ahora! Pero... ¿qué haces? ¡¿Estás tonta?! —le reprendió enfadado. Tiró con fuerza de ella pero la pequeña se negaba a continuar descalza sobre la tierra encharcada. Desesperado, localizó a Anulfo entre el gentío, y eso le tranquilizó. Se concentró en no perderle de vista, mientras esperaba a que la niña terminara de ponerse los delicados botines de cuero verde que le había enviado su padre, sucios de barro.

—¡Venga, Eldes! ¡Camina! —le exigió, cada vez más angustiado—. ¿No querrás que le perdamos?

Si no alcanzaban a Anulfo, estaban perdidos. Tiró con fuerza de su brazo, pero ella siguió de cuclillas en el suelo, anudándose los cordones. Volvió a levantar la vista. Aún podía distinguir su oscura cabellera sobresaliendo entre la multitud. Para no perderle, se concentró en la diminuta mancha de color marrón que asomaba de vez en cuando entre todos aquellos desconocidos. Estaba tan concentrado, era tanto lo que estaba en juego, que ni siquiera se dio cuenta de que su amiga se había puesto pálida. Había reconocido a alguien, alguien al que no veía desde hacía mucho tiempo y al que adoraba. Lo había reconocido al instante pero no podía creerse que estuviera allí, entre los seguidores de Fritigerno. Se abrochó los cordones a toda prisa y corrió hacia él.

Cuando el chico se quiso dar cuenta, la niña no estaba.

—Eldes... ¡¿Eldes?! ¡Esto no tiene ninguna gracia! —le advirtió. Estaba realmente asustado —. ¿Dónde estás? ¡Vamos, Eldes, que no es momento de bromas!

Eldes había desaparecido entre la confusión, en medio de aquel hormiguero humano. Dago la buscó a su alrededor y se dio cuenta por primera vez de que había soldados romanos por todas partes, dirigiendo, ordenando, supervisando la evacuación de los godos hacia la otra orilla del río. Pero ni rastro de su amiga. El corazón empezó a latirle con fuerza. No la veía por ninguna parte, y tampoco a Anulfo. Los dos se habían esfumado entre la desorientada marabunta que se agolpaba intentando llegar al río antes de que se cerrara la frontera. Al menos sabía que Anulfo caminaba en dirección a la orilla, y si esperaba más, lo perdería para siempre.

8

A orillas del Imperio

Anulfo no daba crédito. Dago había aparecido, de repente, entre un rebaño de ovejas y se le había plantado enfrente con las piernas abiertas y el gesto ceñudo intentando cortarle el paso y dispuesto a pedirle explicaciones. Chorreando a causa de la lluvia que no dejaba de caer.

—¿Por qué te has ido sin mí? Dijiste que éramos amigos —le reprochó el niño en cuanto lo tuvo delante, elevando la voz para que se le oyera entre el tumulto. Y como, en el fondo, él mismo esperaba, no fue bien recibido.

El clérigo ni siquiera se compadeció al verle

empapado. Estaba tan irritado por que le hubiera seguido que, por un momento, sintió deseos de ignorarlo, y a punto estuvo de sortearlo como si fuera un desconocido, un molesto desconocido, otro godo más de los varios miles de godos sin tierra ni hogar que se agolpaban en la ribera norte del Danubio. Uno de esos huérfanos, harapientos y sucios, que deambulaban como almas en pena entre la multitud, bajo la lluvia que no cesaba, preguntando por sus padres a todo aquel que reparaba en ellos e implorando al menos algo de comida, a los que intentaba no mirar después del desagradable incidente que había tenido con dos de ellos que habían acudido a él por caridad, atraídos por la enorme cruz de Cristo que colgaba de su cuello. Debían ser cristianos. En otro momento se hubiera alegrado de que el mensaje de Cristo estuviera calando entre su pueblo, pero ese no era momento para la caridad. Sus caritas tristes y demacradas, manchándole de barro la parte alta de los muslos, le habían hecho sentirse incómodo

hasta el punto de despertar su ira. Hicieron aflorar el lado más oscuro de su temperamento, el más ruin, el más lamentable, el que no podía dominar; por el que pedía perdón a Dios cada mañana. Los pobres chiquillos no merecían ser tratados con la violencia con la que él los trató, por mucho que se justificara a sí mismo diciéndose que eran ellos quienes le habían obligado a comportarse de aquel modo tan inapropiado. No le había quedado más remedio. Se habían aferrado a él como dos garrapatas con tal ansia que, si no se los hubiera arrancado de cuajo para quitárselos de encima, aún los llevaría pegados encima. Sin duda, encontrarían quien les diera de comer, pues había gente buena entre los godos. Pero para él, no era momento de alimentar las exigentes bocas de aquellas criaturas, por muy cristianas que fueran, sino de servir a Dios salvando a su gente del desastre. Había que evacuarlos antes de que se cerrasen las fronteras. Valente les había prometido asilo y él haría todo lo que estuviera en su mano

para dejarlos asentados en el Imperio.

—¿Qué haces aquí, Dago? Dime, ¿dónde está Eldes? —inquirió con dureza una vez repuesto del desconcierto que le había provocado la repentina aparición del chiquillo.

—Se ha marchado —respondió el niño con voz entrecortada, disgustado por el mal recibimiento de su amigo. Mucho peor de lo que esperaba.

—¿¿Cómo que se ha marchado?! ¿Dónde se ha marchado? ¿Por qué la has dejado ir? ¡Contesta! ¿¿Por qué lo has hecho?! ¡Tú debías cuidar de ella! —le reprochó fuera de sí. Se dio cuenta de que le estaba haciendo daño y dejó de zarandearle. Lo soltó, asustándose de sí mismo. Lo hubiera matado.

—Estoy harto de sus estúpidos juegos —gimoteó Dago cuando por fin se vio libre. Estaba acobardado por la desproporcionada reacción del clérigo e instintivamente protegía su cuerpo cruzando los brazos y se los frotaba con las manos

para calmar el daño.

Anulfo sabía que esos dos críos terminarían dándole problemas.

—Y ahora, ¿quieres decirme qué hago yo contigo? No eres más que un renacuajo... Si apenas levantas seis palmos del suelo —le reprendió con severidad. No podía dejarlo solo entre toda aquella gente; quién sabía si conseguiría cruzar.

Dago lo encajó mal, pero no replicó. Aún le dolían los zarandeos del clérigo. Él no era ningún renacuajo y, además, ignoraba cuántos, pero había vivido ya muchos inviernos. Levantó los talones hasta quedar apoyado en las puntas de los pies e irguió el cuerpo todo lo que pudo para parecer más alto. Resultó inútil. En aquella ocasión el orgullo no pudo con las ganas de llorar y el niño se fue desinflando ante la enojada mirada del sacerdote. Trataba de contener el llanto para no darle la razón y justo cuando ya pensaba que había logrado controlarse, el labio inferior le jugó una mala pasada y comenzó a sobresalir más de la

cuenta, anunciando el desastre. Dago estalló. El cielo también lloraba una fina lluvia que caía sobre la tierra mojada, encharcándolo todo. Avergonzado por sus sollozos, bajó la vista hacia el fango del calzado para no encontrarse con la mirada de Anulfo, que ciertamente lo estaba mirando pero con lástima. Estaba dispuesto a dejarle en paz, si tanto le molestaba. Se iría como se había ido Eldes.

—De acuerdo. Vendrás conmigo, pero allí donde vamos no se puede llorar —bromeó Anulfo algo más calmado, arrepentido de su mal genio. Las lágrimas del chico le habían ablandado. Se inclinó hacia él y le acarició el pelo mojado, endulzando todo lo que pudo la voz para advertirle —: Tienes que prometerme que no vas a abrir el pico. No es lugar para niños.

Anulfo esperó a que el muchacho asintiera antes de reanudar el paso. Con el rabillo del ojo le vio limpiarse los mocos con la manga de la camisa. Y ese gesto, tan insignificante, le hizo

darse cuenta del cariño que sentía por aquella criatura. Cuidaría de ese niño. Estaba sinceramente arrepentido de haber sido tan brusco con él, pero era su carácter. Se estaban aproximando a la frondosa arboleda junto a la que los jefes habían levantado su cuartel general, en un lugar protegido de las crecidas aguas del Danubio, alejado del humedal.

—¿Ves esos sauces? —señaló. Vio a Dago asentir con vehemencia, recuperado ya del disgusto, y continuó—: Es allí donde vamos. Debemos darnos prisa, ya casi hemos llegado —le anunció para animarle. Hacía ya un rato que al niño le costaba seguirle el paso. Miró hacia arriba con preocupación, pensando para sí que no tardaría en volver a llover.

El cielo amenazaba con derrumbarse sobre sus cabezas y una masa de nubes, de un inquietante color plomizo, anunciaba que iba a seguir lloviendo durante la noche. La misma lluvia que había hecho crecer el río, aliándose con los godos

para que aquel tramo fuera navegable, podía volverse en su contra y hacer que acabara desbordándose. Para su fortuna, o quién sabe si para su desgracia, el final de aquel verano estaba siendo inusualmente lluvioso y el Danubio traía más agua de lo que era habitual en aquella época del año. Por eso, y gracias a la ayuda de los oficiales romanos enviados por Valente, que habían estado trabajando día y noche para proporcionarles naves, barcazas y pequeños botes de pesca, incluso troncos de árboles vacíos con los que cruzar el río, miles de godos habían podido ser evacuados. Pero en la orilla esperaban muchos más.

Eldes se precipitó a los pies del caballo de su tío. No podía creerse que fuera a aparecer así, de repente, después de tanto tiempo y sobre todo después de lo que había pasado. La última vez que lo vio aún se orinaba en la cama y el tío Wudga,

hermano menor de su madre, no era más que un adolescente rebelde y de poco fiar, demasiado aficionado al hidromiel y a las mujeres bonitas. Un mal ejemplo para cualquiera, pero que sentía una especial adoración por su sobrina. Por «la pequeña guerrera», como él solía llamarla, encantado de que la niña hubiera heredado el indomable carácter de la familia. Aquel jinete era más rudo de lo que ella recordaba, pero no cabía duda de que era él. Estaba segura de que lo era. Tío Wudga se había convertido en un guerrero, como su padre, e inconscientemente la niña comenzó a albergar la esperanza de que este estuviera con él.

Eldes nunca había dudado de que Walderico pudiera seguir con vida. Era el más valiente de todos, el más fuerte, el preferido de Atanarico, y ningún enemigo, por invencible que fuera, podía acabar con él. Para Eldes su padre era un héroe y, algún día, sus gestas irían de boca en boca como ocurría con las gestas del rey Filimer. Vivía

convencida de que, cuando lo sucedido en la aldea llegara a sus oídos, no pararía hasta encontrarla, y que, tarde o temprano, acabaría reuniéndose con él. En los peores ratos, fantaseaba con la idea de volver a estar a su lado; entonces todo sería distinto, como antes de ir a vivir a las montañas. Evadía su tristeza pensando cómo sería ese momento; anticipándose a los besos, a los abrazos y al estallido de felicidad que iluminaría el rostro de su padre al verla aparecer en un escenario que ella iba variando a su antojo, según su estado de ánimo. Un rostro marcado por las heridas de la guerra, que la pequeña recordaba vagamente, pero que le animaba a seguir adelante. Su recuerdo le ayudaba a superar el desgarró de la tragedia a la que había sobrevivido y a olvidar los fríos ojos de su madre, de los que solo conseguía escapar soñando despierta, a pleno sol, pues por las noches siempre regresaban entre las sombras para mirarla.

La desbordante fantasía de Eldes todo lo hacía

posible. Por eso no le resultó extraño que su tío estuviera allí, a orillas del gran río, confundiéndose con los seguidores de Fritigerno. Al verlo se dijo a sí misma que su querido tío Wudga, el que le trajo aquella preciosa muñeca, el mismo que la llevaba a hombros por los trigales, había ido a rescatarla de aquellos traidores que querían llevársela a Roma en contra de su voluntad. Pensó en la alegría que se iba a llevar en cuanto la reconociera. Desde los pies mismos del caballo, le lanzó una sonrisa amplia y agradecida, casi feliz, convencida de que tío Wudga había ido a buscarla, pero cuando quiso gritar su nombre, no pudo.

Por mucho empeño que puso, de su boca solo salía silencio. Solo silencio. Gritó en silencio una y otra vez hasta convencerse a sí misma de que su esfuerzo era en vano. Entonces se entregó a una nueva estrategia. Comenzó a mover las manos con grandes aspavientos, sin importarle ya que su tío la viera llorar, pero ni aun así consiguió que el

guerrero bajara la vista y sus desesperados gestos se perdieron entre la gente. Por mucho que lo intentaba, no era capaz de llamar su atención. Recordó lo que su madre decía de él y temió que estuviera borracho por culpa del hidromiel.

La suerte quiso que el caballo se moviera para comer un poco de hierba y ella sintió un empujón que la abalanzó sobre el dorso del animal, quedando con las botas del jinete a la altura de los hombros. La niña se encontró de pronto a sus pies y le tiró del pantalón con insistencia, hasta que consiguió que le dirigiera una mirada cargada de desprecio. No pudo explicarse lo que sucedió a continuación, Eldes sintió que se le reventaba la cabeza. El jinete, molesto con aquella mocosa que se le había metido en medio, a la que no reconoció después de tantos años, se la había quitado de encima de una patada. Fue un golpe seco que le hizo caer al suelo.

Alguien la ayudó a levantarse y la introdujo, sin que ella plantara resistencia, en uno de los

interminables torrentes que discurrían hasta los embarcaderos del Danubio. Quienquiera que fuera la había visto perdida y había creído que le estaba haciendo un favor. Eldes, aturdida por el golpe que acababa de recibir, se dejó arrastrar entre dos desconocidos que desprendían un apestoso olor a estiércol, mientras veía alejarse a su tío Wudga convertido en un guerrero, con espada, cota de malla y un hermoso caballo de pelo castaño. Su imagen velada por las lágrimas se fue desvaneciendo como en sus peores sueños. Eldes decía adiós a la última oportunidad que le daría la vida de volver con los suyos.

Los soldados no daban abasto, dirigiendo a la gente, vigilando que todos ellos cumplieran las condiciones impuestas a los jefes de los *kunja*, ayudándoles a embarcar. Cualquiera que pudiera levantar sospechas de ser un peligro para la seguridad de Roma, era rechazado. Ningún

enfermo podía cruzar la frontera para evitar que males incurables se introdujeran en el Imperio; tampoco armas ni ídolos; incluso los huérfanos y los viejos eran apartados sin piedad al considerarse que ellos poco o nada podían hacer por el Imperio. Los soldados cumplían órdenes, aunque, si se les insistía, se dejaban sobornar por mucho menos de lo que valía una vida. En la otra orilla, la entrada de los godos estaba siendo escrupulosamente controlada por los agentes de extranjería, que censaban y distribuían por *kunja* a los recién llegados. Daba la impresión de que Valente les temía y desconfiaba de las consecuencias de aquella difícil decisión tomada con el aplauso de cortesanos y funcionarios, quienes parecían no ver más allá de los beneficios que la entrada masiva de los tervingios, liderados por Alavivo y Fritigerno, supondría para las arcas del Estado. Pero los godos eran muchos, demasiados, y no dejaban de aumentar. Llegaban de los lugares más recónditos de Gothia, que era

como los romanos conocían a la Gutthiuda goda.

Cuando Anulfo y Dago llegaron al improvisado campamento que hacía de cuartel general para los jefes se toparon con un cordón de guerreros que protegía la entrada al recinto. Lo franquearon sin problemas, bastó con que el clérigo dejara a la vista la joya que colgaba de su cuello. Era el mejor salvoconducto que podía mostrar. Fritigerno y su entorno tenían mucho que agradecer a aquella cruz y al apoyo recibido en nombre de Cristo desde la corte de Constantinopla, lo que, por otra parte, podía hacerle dudar de la sinceridad con la que se habían convertido al arrianismo.

—Debo ver al *reiks* Fritigerno, es urgente —exigió el sacerdote con voz firme. En aquel momento, se jugaba demasiado como para dejar que le temblara la voz. Les dejaron pasar y Anulfo animó al niño a que cruzara la puerta del cuartel —: Vamos, Dago. No pensarás quedarte ahí.

Si hubiera podido lo hubiera hecho, pero

Anulfo le asió de la nuca y lo empujó con firmeza hacia el interior del recinto, provocando las risas de los guerreros que protegían la entrada. Al oír el nombre de Fritigerno se había quedado helado. Había acompañado a Anulfo hasta allí sin saber a dónde se dirigían, ignorando cuál era ese lugar en el que los niños no eran bien recibidos. Jamás hubiera pensado que iba a tener que verse las caras con Fritigerno, al que él consideraba el peor de los traidores y lo culpaba de la muerte de su padre.

Dago nació cuando su padre ya había muerto. Mucho antes de lo previsto, cansado de esperar en el vientre materno a que él regresara, algo que ya no iba a suceder. Había sido reclutado para la cruenta guerra de clanes que acabó enfrentando a los tervingios por la desmedida ambición de ese jefezuelo, dispuesto a mancharse con la sangre de los godos con tal de arrebatarse el mando al juez Atanarico, después de que este gobernara a la confederación durante más de una década. Su

nacimiento estuvo condenado por la ausencia de su padre y por el hecho de que su madre tuviera que criarlo sola, sin un hombre a su lado. Le hablaba de él en las oscuras tardes de invierno, cuando los malos recuerdos volvían a la aldea y las chozas se llenaban con el humo de los hogares, cuando la noche parecía no tener fin. Se le humedecían los ojos al recordarlo. Entonces le mostraba las herramientas que él había dejado y que ella guardaba como si fueran un tesoro en el gastado estuche de cuero donde esperaban el momento de que Dago se hiciera un hombre. Alguna noche, especialmente negra, especialmente triste para ella, las sacaba de su lecho de piel muy despacio y las iba posando con suavidad sobre la mesa, temiendo despertarlas, sin dejar que él las rozara siquiera. Le decía que se iba a hacer daño con las cuchillas, pero las quería para ella. Nadie más podía tocarlas. Las acariciaba con tanto cariño que el niño llegó a sentir celos del frío metal con el que estaban hechas. Debió de quererle mucho, más

que a él. Todos decían que era un buen hombre, y apuesto, muy apuesto. Se habría llevado a la moza que hubiera querido, pero eligió a su madre que no era ni más bonita ni más laboriosa que las demás. Él era curtidor. Curtía pieles, pieles de oso y de marta, y luego comerciaba con ellas. Nunca hubiera tenido que morir en un campo de batalla y Dago maldecía una y mil veces a ese traidor por habérselo llevado.

—Bienvenido, Anulfo. Celebro que os hayáis unido a nosotros. Y... ¿se puede saber quién es el rapaz que te acompaña?

Era Fritigerno quien le estaba señalando. Había salido del interior de una de las cinco tiendas de campaña que se levantaban en el recinto. Era más alto, más fuerte y mucho más cortés de lo que él había imaginado. Su imagen de guerrero imponía, aunque quedaba eclipsada por el brillo de las dos magníficas águilas que adornaban sus hombros, sosteniéndole el manto. Dago se quedó absorto contemplándolas,

cautivado por el hipnótico resplandor de las piedras sobre el oro, del rojo incandescente de las brasas. Un rojo tan intenso que parecía reflejarse en los cabellos y en la rojiza piel del guerrero. Eran las mismas piedras que adornaban la corona. No supo cuánto tiempo había estado eclipsado por su resplandor, hasta que la cálida voz del jefe le devolvió a la realidad:

—¿Cómo te llamas, muchacho?

El niño tardó en contestar. Le había prometido a Anulfo que no abriría la boca, pero el modo en que este le miraba, arqueando las cejas e incitándole con una sonrisa a que respondiera de una vez, le animó a hacerlo:

—Dago, señor. Me llamo Dago —titubeó.

—¿No será este tu padre? Tenía entendido que Anulfo había renunciado a ciertos placeres por amor a Cristo —frivolizó Fritigerno, guiñándole el ojo al clérigo. Era imposible que fueran padre e hijo, pues se parecían tanto como el día y la noche. El pelo de Dago crecía tieso como las espigas y

tan claro que parecía blanco, mientras que Anulfo, de pelo oscuro y rasgos marcados, tenía que cargar con la mancha de sus orígenes. Era libre, aunque nacido de esclavos.

Los dos hombres se conocían bien, quizá demasiado, y el sacerdote detestaba la socarronería del jefe. Por un tiempo había participado en el adoctrinamiento de Fritigerno y su séquito de indomables guerreros, enviado por el obispo Ulfila tras la muerte de Saba, al poco de ser nombrado lector. No había sido fácil, pues ninguno de ellos estaba dispuesto a sacrificar su vida anterior por seguir a Dios. Una vida salvaje y excesiva que cuadraba mal con las Sagradas Escrituras.

—No. Mi padre está muerto. Lo mataron los guerreros de Atanarico —mintió el niño.

—Así que tu padre murió por defenderme. Ven, acércate. ¿Sabes, muchacho? La lealtad se paga y Fritigerno siempre premia a los que le son fieles. Por eso mismo soy el *reiks*, porque recompenso

generosamente a quienes me son leales. Supongo que me serás igual de fiel que tu padre —bromeó de nuevo, sin saber que estaba dando en la llaga.

El niño dio un paso atrás, creyendo que le había descubierto.

—Ven. Acércate. ¿Por qué tienes miedo? —preguntó Fritigerno, sorprendido por la reacción del chico. Desprendió la bolsa de cuero que le colgaba de la cintura y se encorvó hacia él. Su aliento olía a vino romano. Un olor que al pequeño le resultó repugnante, agrio, y que, con el tiempo, acabaría detestando. Fritigerno estaba dispuesto a recompensarle—. Ahora, pon las manos, las dos. Y recuerda lo que tienes que hacer si algún día te encuentras con Atanarico. Él es nuestro enemigo, no Roma.

Dago contempló estupefacto cómo sus manos recogían una cascada de monedas. Fritigerno acababa de ganarse su fidelidad. En adelante, iba dejar de ser un traidor.

—Gracias, señor —susurró el niño, sin saber

bien qué hacer con aquel puñado de monedas que rebosaban por sus manos.

—Ponlas aquí. —Fritigerno le ofreció el saco, regodeándose en su propia generosidad—. Guárdalas bien, son tuyas. Te serán útiles en el Imperio —le advirtió, mientras se erguía de nuevo para dirigirse al sacerdote. Con un gesto algo más severo, le hizo hablar.

—Os ruego que me escuchéis. Es urgente. Si no fuera tan urgente no habría venido a molestaros —insistió Anulfo. Fritigerno le había hecho esperar demasiado y, a él, el metal no le impresionaba. Le explicó lo que ocurría—: Se trata de mi gente, ha sido un largo viaje desde las montañas. Confían en mí. Hay mucha gente, la caravana no ha podido seguir avanzando hasta la orilla y he oído rumores de que van a cerrar las fronteras esta misma noche, mañana a más tardar.

No hicieron falta más explicaciones.

—Comprendo —interrumpió Fritigerno—. Y teméis no haber llegado a tiempo. Querido

hermano, no son solo nuestras gentes las que ansían entrar en el Imperio. Acercaos. —El asunto le preocupaba y quería tener al clérigo cerca de él para estudiar su reacción—. Atanarico ha empujado a su gente hasta aquí. Algunos de sus guerreros están entre nosotros. Y eso no es todo. La noticia de que Roma nos ha abierto las puertas se ha extendido al norte de las estepas y cada vez son más los pueblos que ansían entrar en el Imperio. Si lo hacen, tendremos que disputarnos con ellos las ricas regiones de Tracia en las que Valente ha prometido instalarnos a cambio de ya sabéis qué. Mi querido Anulfo, somos los primeros interesados en que las fronteras se cierren. Estáis en lo cierto. Hemos pactado que mañana mismo comiencen a patrullar el río. Pero no os apuréis. Conseguid que vuestros carros alcancen el río esta misma noche y tenéis mi palabra de que ninguno de los vuestros se quedará en tierra.

En deuda

Las turbias aguas del Danubio discurrían con fuerza, arrastrando hacia la desembocadura todo lo que el río no quería en su lecho. Troncos, ramas y barcas vacías de esperanza, cuerpos sin vida pasaban a gran velocidad sin que nadie moviera un dedo por devolverlos a la tierra. Bastante tenían con pensar qué iba a ser de ellos cuando la lluvia cesara mientras el río seguía llenándose de cadáveres, tragándose vidas, engullendo promesas que nunca llegarían a ser cumplidas. Muchos preferían morir antes que renunciar a sus sueños. Al amanecer comenzarían las patrullas y las

fronteras del Imperio volverían a cerrarse. Aún quedaban miles de godos en la orilla y era imposible que pudieran evacuarlos a todos en esa última noche, lloviendo como llovía, con el río cada vez más enojado. Al otro lado, podían ver brillar las blancas piedras de la fortaleza de Durostorum, tras la que les esperaba una tierra rica y llena de oportunidades donde poder continuar con sus truncadas existencias, si es que lograban alcanzarla. Aunque ninguno quería renunciar a ella. Algunos no podían soportar la angustiada espera después de haber sufrido tanto para llegar hasta allí. Desconfiaban de los soldados y por eso trataban de convencerse a sí mismos de que debían intentarlo. Se lanzaban al agua, tiritando de miedo, sabiendo que muchos de ellos no lo conseguirían. Pero Roma estaba tan cerca que casi podían tocarla con los dedos.

Eldes apenas se mantenía en pie. Le dolía la cabeza; al menos, la sangre había dejado de brotar. Notaba el pelo pastoso, ensangrentado por la

herida, pero no se atrevía a tocársela con la mano por temor a que fuera mucho más profunda de lo que pensaba. No tenía quien la curara. Los hombres que la habían llevado hasta allí habían desaparecido. Estaba tan cerca del río que podía oler el agua. Eldes sabía que al otro lado comenzaba un mundo diferente, al que no estaba segura de querer cruzar, aun así esperaba resignada a que le llegara el turno para subir a una de las barcas que la alejaría para siempre de su padre. Si lo hacía nunca más volvería a verle.

A sus espaldas, un grupo de hombres hablaba de lo que se esperaban encontrar al otro lado del gran río. Apenas había un centenar de personas por delante de ellos y todavía quedaba mucha noche por delante. Al verse a pocos pasos del viejo embarcadero, abandonado tras el cierre del tráfico comercial con el Imperio, habían recuperado las ganas de hablar. Intercambiaban risas y pareceres sin que la lluvia y el cansancio parecieran afectarles en esos momentos; ni siquiera la

estrecha vigilancia de los soldados les hacía callar. Habían dejado su aldea huyendo de la ruina que para todos ellos había supuesto la ruptura del comercio con el sur. Habían pasado años de muchas penalidades y, en su caso, había sido el hambre, y no el terror a los hunos, lo que les había impulsado a abandonar cuanto poseían, familia y hogares, para ir a probar suerte en el Imperio. No eran el único grupo de hombres que viajaban solos, sin mujeres ni niños. Los habían dejado en las aldeas, jurándoles regresar cargados de riquezas. Se veían ya en el Imperio y no podían contener la euforia. Habían hecho un gran sacrificio para poder llegar hasta allí, hasta las mismas puertas de Roma.

Eldes les oía hablar, aunque le costaba comprender lo que decían. A su edad, muchas de las cosas se le escapaban.

—Nos asentarán en Tracia para que cultivemos sus campos. Les interesamos. El Imperio necesita colonos.

—¡Y nosotros comida! Hace tanto tiempo que no le hincó el diente a un buen jamón de cerdo que ya no me acuerdo ni de a qué sabe.

—A carne romana —bromeó con amargura uno de ellos. No podía ocultar su odio a todo lo que Roma representaba y, sin embargo, se había aventurado a cruzar la frontera.

—Construiremos granjas y traeremos a nuestras familias.

—Tendremos tanto trigo como queramos.

—Y tanta comida que nos pondremos gordos como capones.

—¡Viviremos como granjeros!

Su voz se elevaba a medida que iban aumentando sus esperanzas. Ninguno de ellos se imaginaba lo que Ruodwoulfó, el herrero, les iba a revelar, esta vez, entre susurros:

—Se rumorea que no son esas las intenciones de nuestros jefes. Van mucho más allá. Pretenden que les arrebateemos Tracia a los romanos y que nos quedemos con la provincia entera como

hicimos con Dacia. ¡Los echaremos de allí como a las ratas!

—¿Y cómo quieren que lo hagamos, con qué armas? ¿No pretenderán los jefes que les plantemos cara con nuestros arados? Ese maldito Valente nos ha obligado a desarmarnos antes de pisar sus tierras —objetó uno de ellos, indignado por el humillante registro al que había sido sometido. El que ahora mediaba era el mismo que hacía un momento había insultado entre bromas a los romanos llamándoles cerdos.

—¿Desarmarnos dices? —preguntó el herrero con sorna, mostrándoles el arsenal que escondía debajo de la camisa. Las cuchillas que él mismo había forjado antes de abandonar la aldea brillaron como la luna en la oscuridad de la noche.

La audacia del herrero desató las imprudentes risas del grupo, despertando a su vez la alarma de los soldados. La antorcha de uno de ellos les iluminó, acusadora, durante unos instantes que se les hicieron eternos, dejándoles claro que ningún

godo se reía de Roma.

—Eso no puede ser, Ruodwoulfo, y tú lo sabes tanto como yo —objetó uno de ellos, bajando prudentemente la voz. Miró a los demás para explicarles a qué se refería—: Los jefes han firmado un pacto. Le han dado su palabra al emperador de que viviremos pacíficamente en nuestras tierras. Y si alguno de nosotros pretende luchar, habrá de hacerlo por Roma.

Las confidencias de Ruodwoulfo, siempre bien informado de lo que se cocía en el entorno de los jefes, para los que trabajaba en ocasiones, les hizo barajar la posibilidad de quedarse con Tracia, si luchaban por ella. Habían oído decir que en la región ya había familias enteras de godos disfrutando de sus fértiles campos. Podía palpase la tensión entre ellos. Wilifonso, un granuja de pelo rojo al que todos admiraban, intervino cambiando el rumbo de la conversación, pues a él la guerra no le interesaba en absoluto:

—¡De eso nada! Yo no pienso jugarme la vida

como mercenario. Iré a una de sus ciudades, puede que a Constantinopla, dicen que es donde más oportunidades hay, y haré negocios. —Los demás le escuchaban atónitos, sin saber, ciertamente, si Wilifonso bromeaba o hablaba en serio. Parecía que iba en serio—. Si me van bien las cosas y demuestro ser más listo que ellos, podré llegar a ser rico... inmensamente rico. Más que Fritigerno y Alavivo juntos —alardeó, presumiendo como un gallo.

A Wilifonso le gustaba vivir y vivir bien. Todos lo tenían como un vividor, un derrochador, y, en su fuero interno, todos le envidiaban. Había malgastado en cerveza y mujeres todo lo que había conseguido robando y saqueando las granjas del sur.

—Tendré una gran casa y muchos esclavos —continuó.

—¡Y mujeres!

—Sí, muchas mujeres, todas morenas. Las vestiré con sedas, las cubriré de oro y haré uso de

ellas cada mañana —gesticuló obscenamente, provocando las carcajadas de los demás—. Seré la envidia de mis vecinos, parece que los estoy oyendo: «Ahí va Wilifonso, el godo, el hombre más rico de Oriente.»

—¡Wilifonso, basta de decir sandeces! — censuró un anciano que todavía no había abierto la boca—. Dejad que os diga una cosa. Soy viejo...

—Eso ya lo sabemos —se mofó Wilifonso, molesto por que les hubiera aguado la fiesta. Pero no consiguió callar al viejo.

—Soy mucho más viejo que cualquiera de vosotros y tengo el deber de aconsejaros. Guardaos del oro y las riquezas, no nos traerán más que problemas. Recordad bien lo que os digo: el oro, amigos, será nuestra desgracia. Esos romanos se creen que con oro todo se puede comprar pero nuestro pueblo no está en venta.

El anciano tenía razón. En Roma todo era tratado como una mercancía: la voluntad se podía comprar; el poder, el amor y la fama se podían

comprar. Todo, incluso la propia vida se podía comprar. Y todo tenía un precio. Ruodwoulfo y los demás no tardarían en comprobarlo. Los godos que cruzaron el Danubio durante esos lluviosos días tuvieron que pagar un precio demasiado elevado por su propia subsistencia a ese imperio que, tan generosamente, les había acogido. Un imperio corrupto e insaciable en el que el oro valía más que la palabra.

Le había llegado el turno a Eldes. Como no se movía, tuvieron que empujarla hacia la vieja tarima, mil veces remachada para volverla a convertir en algo parecido a un muelle, donde la esperaban dos oficiales romanos para embarcarla. El cielo empezaba a iluminarse con las primeras luces y pronto volverían a cerrarse las fronteras, dejando a miles de godos en la orilla. Antes de darle paso, uno de los soldados, el más alto, iluminó el interior de una de las barcas que esperaban amarradas en los pivotes del embarcadero. Quería comprobar si había espacio

suficiente para ella. Era una barca de pesca, no demasiado grande ni estable, y sus ocupantes parecían esturiones en salazón. Evitó mirarles a los ojos. Hubiera sido una imprudencia meter a alguien más corpulento, pues si el río la volcaba, morirían todos; pero la niña cabía sin problemas, eso sí, tendrían que apretarse todavía más. La barca iba tan llena que apenas quedaba un hueco para el escuálido cuerpo de la pequeña.

El soldado le ordenó que se acercara y Eldes se tambaleó hacia él, con tan mala fortuna que se derrumbó de un traspie. La madera del embarcadero, mojada por la lluvia que no había dejado de caer, amortiguó el golpe.

—¡Apártala! ¿No ves que está medio muerta?
—gritó el otro soldado.

Fingiendo no haberle escuchado, el oficial acercó su antorcha y se inclinó hacia ella para comprobar si estaba viva.

—¡Tírala al río y deja que suba otro en su lugar! —insistió su compañero.

El calor del fuego la hizo sentir que estaba viva y Eldes entreabrió los ojos volviéndolos a cerrar, deslumbrada por el rojo de la llama.

—Mírala bien, no es más que una niña. Está viva —murmuró el soldado. Al verla pensó en su propia hija que a esas horas dormiría bajo las mantas. La ayudó a levantarse—: ¿Estás sola, pequeña? ¿Dónde está tu familia? ¿Me entiendes, entiendes lo que te digo?

Eldes asintió, dejando que en su pálido rostro asomara una sonrisa blanda, a medio camino entre el agradecimiento y el llanto. Entendía perfectamente lo que el oficial le decía, pues había sido enseñada. Conocía el latín, pero sus labios no podían hablar.

—¿A qué viene tanta sensiblería? —inquirió su compañero, mirándola con desprecio.

—Déjala embarcar, ¿a ti qué más te da? Seguro que sobrevive.

—Por eso mismo debería quedarse aquí. Roma necesita soldados, no mujeres. Estas godas crían

como conejas. No hay más que ver la cantidad de niños que hay en sus aldeas. Es un error dejarlas pasar —argumentó el soldado. No estaba para nada de acuerdo con la imprudente decisión que había tomado el emperador. Estaba loco si pensaba que llenando el Imperio de bárbaros mejorarían las cosas. Apuntó con el dedo a su compañero y sentenció—: Acuérdate bien de lo que te digo: ¡Sus vientres serán nuestra perdición!

—O nuestra salvación —repuso este—. Después de lo que estamos haciendo por ellos, estos desgraciados nos deben la vida. Lucharán por nuestro Imperio como si fuera el suyo y sus hijos morirán por nosotros... ellos morirán por nosotros.

—Tienes demasiada confianza en esta gentuza —rió el otro con sorna mientras se retiraba. Llevaba tres días, con sus noches, transportando godos de una orilla a otra del Danubio y estaba demasiado cansado para discutir por una niña, así que había acabado cediendo—: De acuerdo,

déjala que suba.

—Sube. Así, muy bien —le indicó el soldado con suavidad.

Eldes se dejó caer en el interior de la barca. Olía fuerte, a pescado. Se embutió como pudo entre las piernas de dos mujeres e intentó no pensar en lo que sería de ellos. Mientras la barca abandonaba la orilla creyó oír las palabras del soldado que desde el embarcadero se despedía de ella embargado por una profunda inquietud. Les temía, pero al mismo tiempo sentía compasión por aquellas gentes.

—Vive, pequeña, y recuerda que estás en deuda con Roma.

II

Imperium

La otra orilla (376-396)

Refugiados

Como cada mañana temprano Dago acompañó al clérigo en su ronda habitual por el Sector VII-Noroeste. Debía comprobar que todo marchaba en orden. Las zancudas aves del humedal campaban a sus anchas entre los carros, reivindicando así su territorio, ocupado por las gentes de Anulfo. Él y Dago habían sido instalados en una de las tiendas del ejército, desde donde ejercía su labor pastoral y su vigilancia. Había empezado a predicar convencido de que, con la ayuda de Dios y mucho tesón, lograría convencer a la mayoría y convertirlos a la verdadera fe. Debía de

prepararlos para vivir pacíficamente en el Imperio.

El *comes* Lupicino había dado la orden de agruparlos por *kunjas*, porque así lo había pactado con los jefes, y porque confiaba en que de este modo estarían más controlados. Lupicino nunca hacía nada desinteresadamente. Era la única forma de que sus oficiales pudieran mantener a raya a los miles de godos que, tan inesperadamente, se habían lanzado en avalancha sobre esa parte del Danubio, pues las guarniciones de frontera no contaban con suficientes efectivos para dominarlos a todos. Les habían fallado todos los cálculos. El campamento estaba previsto para un número mucho menor de refugiados, diseñado según los cánones habituales, con dos calles principales y otras menores, entre centenares de tiendas de campaña cedidas por el ejército. No había espacio previsto para los carros y los caballos, ni para los miles de cabezas de ganado que habían logrado cruzar el río sin ahogarse, así que tuvieron que

añadirse nuevos sectores donde ubicarlos a todos.

El Sector VII-Noroeste era uno de ellos y Anulfo tenía el compromiso de vigilar que sus habitantes no pisaran en falso. Eran su rebaño, como solía decirle a Dago, y él, el perro que ladraba cuando alguna oveja se descarriaba, algo que, por desgracia, era más que habitual. No había día que no les tuviera que reprender por algo; aquel no había sido una excepción. En una de las carretas había un cuchillo y Anulfo ladró, ¡vaya si ladró!, pero aun así no logró intimidar a su propietario. No tuvo más remedio que requisarlo para entregárselo, cuanto antes, a uno de los soldados, poniendo una vez más en evidencia la escasa fiabilidad de los godos.

Actuaciones como esa despertaban el recelo entre su gente y Anulfo era totalmente consciente de la escasa simpatía que le tenían. Vivía presa de las miradas furtivas, más o menos intimidatorias, y de los comentarios malintencionados que invariablemente procedían de las ovejas más

negras de su rebaño, las más peligrosas. Pero la misión que le había sido encomendada no era protegerse a sí mismo, sino impedir que estas se salieran del redil e intentaran traicionar la confianza del emperador. Pues, pese a la continua presencia de soldados, era a él, y solo a él, a quien, en última instancia, le correspondía garantizar el buen comportamiento en aquel sector y eso implicaba que se cumplieran estrictamente las condiciones impuestas por Valente.

Recorría las calles en compañía de Dago, revisaba carros y tiendas, hablaba con la gente, les preguntaba. Intentaba ser amable, pero en demasiadas ocasiones era recibido con recelo. Él lo notaba en sus miradas. Le preocupaba que sus gentes no estuvieran jugando limpio con Roma, que estuvieran pagando su generosidad con una traición; que, como en esa ocasión, ocultaran armas o cualquier otra cosa que pudiera comprometerles. Desconfiaba del espíritu beligerante de su pueblo, acostumbrado a resolver

los conflictos con la fuerza bruta, como verdaderos salvajes; y, sin embargo, tenía fe ciega en el emperador, al que admiraba por su generosa humanidad, propia de un príncipe. Por eso, por la gran estima que le tenía al augusto, se había comprometido a pasar informes de cuanto veía, aunque, para ello, tuviera que verse obligado a delatar a su gente. Había aceptado de buen grado ser los ojos y los oídos del *comes* Lupicino, al que solo había visto en una ocasión, nada más desembarcar en Durostorum.

A Dago sus paseos diarios junto al clérigo le habían dejado una lección que no olvidaría: que la vida no se detiene ni en los peores momentos, siempre que haya esperanza, y esa gente tenía esperanza. Era prácticamente lo único que tenía. A los pocos días de haber desembarcado, de haberse convertido en refugiados y no en granjeros, tal y como les habían prometido, habían comenzado a vivir sus vidas con la relativa normalidad que imponían las circunstancias, pero con una alegría y

una determinación difícil de comprender en su triste situación. Se conformaban con poco. Estaban agradecidos por haber podido llegar hasta allí y se sentían afortunados. Felices de pisar el suelo que pisaban, aunque estuviera embarrado y lleno de charcos; aunque de él no pudiera sacarse más que lombrices y alguna que otra raíz tan poco nutritiva como sabrosa. Pero no pasaban hambre. Los soldados les proveían de cuanto necesitaban para subsistir, pero albergaban la esperanza de que, un día de esos, el día menos pensado, abandonarían por fin el campamento y serían trasladados hacia el sur, lejos de la frontera y de la humedad del río, hasta la fértil llanura tracia donde comenzarían de nuevo como campesinos del Imperio.

No había habido más incidentes durante la mañana. Estaban finalizando ya la ronda, cuando algo llamó la atención de Anulfo. Le hizo sonreír. Era la hora de comer y cientos de bocas hambrientas aguardaban a que las mujeres terminaran de repartir el rancho. A pesar de la

distancia, el insípido olor de las gachas les había hecho salivar. Se miraron tentados a sumarse a una de las largas colas de gente que esperaba a que le llegara el turno, pero desestimaron la idea sin mediar palabra. Existía una enorme complicidad entre ellos. El largo paseo por el campamento les había abierto el apetito, pero la ronda aún no había acabado. Les quedaba por visitar un último corro de carros que estaba acampado cerca del río, a una distancia considerable de donde se encontraban. Pero no era el reparto de comida lo que había llamado la atención del clérigo ni lo que le había iluminado la cara, sino la alegría de un grupo de niños que no dejaban de reír, entregados al juego como si para ellos no existiera el hambre.

Anulfo sonreía de pura felicidad, conmovido por las risas de los niños. Unas risas dulces y vibrantes, con una candidez como no había escuchado en tiempo. Era imposible que hubiera maldad alguna en ellas. Al oírlas volvió a confiar en la bondad de los godos.

Siguieron caminando, sin sospechar el cruel juego que ocultaban las risas. Si lo hubieran sospechado, si por algún momento hubieran podido imaginar por qué reían, no hubieran pasado de largo.

Antes de que una de las mujeres le hubiera terminado de llenar el cuenco de gachas, los niños ya se habían dado cuenta de su rareza. Para ellos, que le faltara la voz era mucho más extraño y excitante que si le hubiera faltado un brazo, el pelo o un pedazo de pierna. Nunca habían conocido a alguien de su edad que no supiera hablar. Seguro que era idiota. En cuanto Eldes se retiró de la fila dispuesta a devorar su ración de comida, los cinco niños se abalanzaron sobre ella como una piña, ocultándola en su interior, sin que ella se atreviera a plantarles cara. Los miraba atónita, con el cuenco de comida entre las manos. Era una presa fácil. El mayor de ellos, el cabecilla, un niño llamado Alarico, se lo arrebató por sorpresa y empezó a comérselo poco a poco, muy poco a

poco, con la boca bien abierta y los ojos entornados fingiendo comer con verdadero deleite, solo para hacerla rabiar, mientras los demás se morían de risa al verle.

—No protesta porque está muda —se mofó otro de los niños.

—¡Dejadla en paz! —gritó otro niño, algo mayor que ella, que resultó ser hermano de los demás. El niño se coló a empujones en el grupo y consiguió sacarla de ahí demostrándole que estaba de su parte—. No les hagas caso, son tontos y Alarico el que más.

A Eldes le gustó su pelo lleno de caracoles y su sonrisa. Jamás había visto una sonrisa así, parecía estar prometiéndole el mundo.

—Soy Belario. Te he visto en la cola —le informó, y, adelantándose al silencio de la niña, añadió—: No te preocupes. Tú no tienes que hablar, hablaré yo por ti... ¡Te llamaré Gacha!

«Gacha», pensó Eldes y le hizo tanta gracia aquel ridículo nombre que, de repente, se le llenó

el aliento de risas.

Belario hablaba mucho y muy rápido:

—¿Sabes una cosa? Esos cinco imbéciles son mis hermanos y yo de ti me escondería de ellos. Los conozco bien y no te dejarán en paz hasta que encuentren a alguien más interesante al que poder insultar. —Pensó que la había menospreciado, y se disculpó—: No quiero decir que no seas interesante, a mí me lo pareces, me pareces muy interesante, la persona más interesante que he conocido, solo que seguro que hay otra niña en el Imperio que les haga más gracia que tú. Bueno, creo que me acabo de hacer un lío. Tú me entiendes, ¿verdad?

Eldes asintió encantada. Belario era un chico muy simpático, estaba convencida de que a Dago también le hubiera gustado. En cuanto pudo se la llevó lejos de las miradas de sus hermanos.

—Si te cuento una cosa, ¿no se lo dirás a nadie?

Eldes negó. «¿Cómo?»

—Perdona, Gacha. ¡Qué tonto soy! No sabes hablar —se excusó el chiquillo, arrepentido de haber metido la pata.

Eldes se encogió de hombros y lo disculpó con una sonrisa. Entonces se volvió a acordar de cómo la había llamado y apretó los labios con los dientes para no echarse a reír. «Gacha», sonaba tan divertido... Hubiera podido escribirle su verdadero nombre en la tierra mojada, pero prefirió no hacerlo. Quería que la siguiera llamando así, con ese nombre tan gracioso.

—¿Tienes lengua? —indagó Belario intrigado. Quiso abrirle la boca para comprobarlo, pero Eldes le apartó la cara. Salió corriendo y, una vez estuvo segura de que el niño la seguía, se paró en seco y se la sacó.

Se estaba burlando de él, y a los dos les hizo tanta gracia que volvieron a reír. Las risotadas de Belario se confundieron con las silenciosas carcajadas de Eldes; se miraron y en ese instante que a ellos les pareció mágico supieron que iban a

ser grandes amigos. Sin más explicaciones, Belario le cogió la mano y la condujo hasta uno de los carros para mostrarle su escondite secreto:

—Tengo un escondite —le confesó muy serio y ni siquiera esperó la respuesta de Eldes. Con un movimiento ágil y rápido se metió bajo las ruedas del carro y se arrastró hacia el interior, confundiéndose en la sombra. Era el mejor escondite de todo el campamento. Por mucho que le buscaran, no podrían encontrarle allí, y además estaba tan cerca de su familia que podía enterarse de todo lo que hablaban sin que ellos se dieran cuenta de que les estaba espionando.

Eldes se quedó de pie viendo cómo desaparecía bajo el carro y dudando de si debía ir detrás o esperar a que saliera. Así que ese era el secreto de Belario, no se lo podría contar a nadie aunque quisiera. Le entró la risa otra vez y estaba tan contenta y tan nerviosa que no podía parar de reír. Era como cuando papá le hacía cosquillas en la planta de los pies.

Belario asomó la cabeza entre las ruedas.

—Vamos —la invitó a que entrara y se tumbara junto a él sobre la tierra mojada.

En ese carro vivía su familia. Era un carro bonito, totalmente recubierto de madera y pintado de un llamativo color rojo. No era como uno de esos carros que llevaban los campesinos. Los dos niños pasaron la tarde escondidos bajo sus tripas, donde nadie más podía verlos. Belario no paró de hablar, de repente tenía muchas cosas que contarle a Gacha.

Le contó que había vivido rodeado de agua, en una de las islas que había en el delta del Danubio, a la que se habían trasladado sus padres cuando él era un bebé. Aunque cambió por otro el nombre de la isla, solo para impresionarla:

—La Isla de las Serpientes. Es allí donde tenemos la casa —mintió. Esa isla existía de verdad, en el mar, no lejos de la suya. A él siempre le había dado miedo pensar que pudiera existir una isla llena de serpientes tan cerca de su

casa; a veces soñaba que iba hasta allí con una barca y las mataba a todas con su espada. Quería presumir de su valentía delante de Gacha. Silbó para asustarla—: Ssssssssss... ssssssssss... — Lentamente fue acercando el brazo hacia ella, con los movimientos ondulantes de un reptil, hasta rozar su pierna.

Eldes la apartó, asustada.

—No te asustes, yo te defenderé. Además, era una broma. No tienes por qué preocuparte. Las serpientes no han viajado con nosotros. Mamá quería llevarse tantas cosas, que no cabían en el carro. Se han quedado en la isla esperando a los hunos para clavarles los colmillos. Son muy venenosas, ¿sabes? Las serpientes más venenosas que hay en el mundo, y están por todas partes — exageró. Belario no podía evitar exagerar las cosas. Se pasaba la vida fantaseando y exagerándolo todo—. Un día uno de mis hermanos encontró una enroscada dentro de su cama. Y te preguntarás qué es lo que pasó. ¡Pues nada! No

pasó nada, decidimos clavarle un palo y cocinarla para la cena.

Era el chico más divertido que había conocido. Y el más hablador.

Durante los días en que fueron amigos, Belario le habló del mar y de los peces que pescaba con sus hermanos. De su madre y del sabroso pastel de moras que cocinaba para las fiestas. De un esclavo viejo al que les gustaba hacer rabiar, dándole más trabajo de la cuenta; de un caballo negro llamado *Tizón*; y de sus primos, a los que no había vuelto a ver desde que dejaron la isla. Belario soñaba con llegar a ser un guerrero tan valiente como su padre, y como el padre de Eldes. A ella le gustaba tanto escucharle que le animaba a seguir hablando, no quería que callara. Reía con cada anécdota, dejándose llevar por el entusiasmo de su amigo; se sentía tan bien con él que ya no se avergonzaba de su silencio. Ahora era ella la que escuchaba. Se estaba tan bien bajo las tripas del carro que deseó quedarse allí para siempre. En esos momentos no

echaba de menos nada de lo que había perdido, ni siquiera a Dago. El nudo de su garganta había empezado a desatarse.

Anulfo y Dago dejaron atrás el último carro de carros y se encaminaron hacia la orilla del Danubio, hacia una zona de cañaverales donde anidaban las aves, en la que robles y fresnos emergían de entre las aguas tiñendo de verde el río. Hacía tiempo que el clérigo quería llevarle hasta ahí, para hablarle de algo que debía saber.

—Muchacho, ¡mira esos patos! —exclamó Anulfo, señalando el cielo.

El niño asintió, serio, sin comprender lo que tenían de especial. ¿Y qué? Eran patos, patos silvestres, tan vulgares como las otras aves que poblaban el humedal, salvo los pelícanos. A Dago le gustaba ver cómo engullían la comida con su enorme pico amarillo. Esperó a que el clérigo le dijera cuál era el motivo de tanto entusiasmo.

Estaba muy raro esa mañana.

—¿Ves cómo vuelan, Dago? ¿Los ves? —le preguntó Anulfo, señalándole el cielo.

Dago volvió a asentir. Esta vez se encogió de hombros, haciéndole ver que no veía nada de especial en ver volar a una bandada de patos. Solo Anulfo, siempre pendiente de las cosas más insignificantes, era capaz de maravillarse ante unos simples patos. Si él hubiera visto el majestuoso vuelo de las águilas sobre los riscos de piedra gris que protegían la aldea, no estaría tan maravillado.

—Esos patos son mucho más especiales de lo que crees. Son como tú y como yo, como todos nosotros. ¿Sabes por qué? —le preguntó al fin. Percibía el escaso interés de su pupilo. Se fijó en él. Estaba demasiado delgado, no le vendría mal un poco más de comida, así que le retó—: Si lo adivinas, te doy mi ración de gachas. —Le alegró comprobar que el niño se había puesto en alerta. Acababa de dar en el clavo, el hambre al fin le

había hecho reaccionar.

Dago lo pensó durante un buen rato. No quería fallar, salivaba solo de pensar en la doble ración de gachas que iba a poder comerse. Al fin creyó dar con la respuesta, contestó:

—¡Ya lo sé! Porque los patos, como los hombres, son criaturas de Dios.

—Tienes razón, muchacho. Él nos creó a todos y lo hizo de la nada, pero no me estaba refiriendo a Dios, sino a los godos. —Por fin había conseguido captar su atención—. Quiero que los observes con mucho detenimiento. ¡Míralos bien! Ahora están aquí, en la laguna, pero en cuanto comiencen los primeros fríos desaparecerán y ya no volveremos a verlos.

—Quieres decir que ellos también morirán, como... —Se paró en seco. No se atrevió a decir lo que acababa de pasarle por la mente, de modo que se lo guardó para sí. Echaba de menos a su madre, y también a Eldes. Aún la seguía buscando.

—No, los patos no morirán, y nosotros

tampoco si es eso lo que estás pensando. Viajarán lejos para poder vivir. Buscarán tierras más cálidas, quizá vuelen hasta Hispania. Tierras más seguras donde establecerse, hasta que un nuevo peligro les haga emigrar hacia otra parte. Es lo que han hecho siempre, desde que el mundo es mundo. Viven condenados a ir de un lugar a otro, sin encontrar un lugar seguro del que no tengan que marcharse. Lo mismo que nuestro pueblo. — Acercó su cara a la del niño, tomándola con las manos. Quería que le mirara a los ojos, que comprendiera—. Escucha, Dago. Pronto, muy pronto, antes de que llegue el invierno, nosotros también nos marcharemos de aquí. Nos iremos, como los patos, hacia una tierra nueva donde viviremos mejor. Te lo prometo.

Gautas el centinela

Dago se despertó antes de lo habitual y decidió caminar en dirección al sol. Hasta donde llegara, movido por la curiosidad de saber qué había más allá de las tiendas y de los círculos de carros, más allá incluso de los pastos donde pacían los animales. Anulfo todavía dormía. Salió de la tienda sin hacer ruido y la humedad del amanecer le atravesó los huesos. Hacía fresco, así que decidió regresar a la tienda en busca de algo con lo que abrigarse. Echó un rápido vistazo a través de la penumbra y pensó que la manta con la que se había cubierto durante la noche le serviría. Oyó

respirar a Anulfo, moverse. Debía darse prisa, el sueño del clérigo empezaba a inquietarse y no tardaría en despertar. Cogió la manta de un zarpazo y se esfumó de allí. Ya en la puerta, se la echó sobre los hombros y echó a correr, sorteando las tiendas y los carros, sin pararse a comprobar si había sido descubierto. Temía que, si volvía la cabeza atrás, se encontraría con la cara de reprobación de Anulfo, de modo que no lo hizo.

Dago siguió corriendo hasta que por fin se vio fuera de peligro. Solo entonces se permitió una pequeña tregua para coger el aire que le faltaba. La carrera le había dejado exhausto y su huida de la tienda, con remordimientos. Sabía que no debía haberse marchado así, aprovechando que Anulfo todavía dormía, y ahora le pesaba que pudiera disgustarse con él. Pero algo en su interior le decía que debía hacerlo. Hacía varios días que una sombra le rondaba por la cabeza, la misma sombra que le había impedido pegar ojo en toda la noche pensando si serían ciertos los rumores que corrían

por el campamento.

El otoño estaba llegando a su fin y los patos hacía días que habían abandonado la laguna; mientras que ellos, los godos, aún seguían allí, esperando. Esperando a que Roma decidiera sobre su destino, un destino que parecía claro cuando los soldados les ayudaron a cruzar el río y que en esos momentos era incierto. Dago había llegado a una zona arbolada que se veía desde el campamento, en la que él nunca había estado. Tenía calor. A medida que avanzaba la mañana, la temperatura iba haciéndose más agradable y la manta le sobraba. Se arrepentía de haberla cogido, pero no podía deshacerse de ella pues la única camisa que poseía era demasiado fina para soportar el invierno. La caída de las hojas anunciaba que los fríos no tardarían en llegar y pronto la necesitaría también durante el día. Se la quitó de encima y la anudó como pudo a su cintura. Algo más ligero, continuó caminando en dirección al sol, distraído, viendo caer las hojas de los árboles sobre su

cabeza.

La soledad del bosque le devolvió una sensación de libertad que tenía olvidada. En el suelo, bajo las hojas amarillentas y tristes, algo brillante llamó su atención. Se agachó para cogerlo, pensando que había encontrado una de esas piedras de fuego que adornaban las joyas de los poderosos y que, bajo la tierra, habría muchas más. Dago siempre encontraba tesoros donde no los había. Nadie le había sabido decir en qué lugar surgían esas misteriosas piedras de color rojo, pero él estaba convencido de que era allí, bajo la rica tierra de Roma; tal vez en sus bosques. La apretó con su puño. Haría joyas con ella, las joyas más bellas del Imperio. La frotó con un poco de saliva sin dejar de observarla, presa de la excitación. La misma excitación que le embargaba siempre que encontraba algo especial que merecía la pena ser guardado: un palo, un hueso, un trozo de metal o una piedra. En la aldea guardaba tesoros como aquellos junto al catre, los iba

acumulando con la intención de, algún día, poder trabajar con ellos. Tenía una idea para cada objeto. Esta vez, lo que había encontrado era una piedra. Una piedra brillante y vulgar, que no guardó. Jamás podría hacer una joya con ella. La dejó caer y siguió escudriñando el suelo con la avidez de un halcón hasta que, sin saber cómo, acabó dándose de bruces con lo que en realidad había salido a buscar.

Una empalizada de madera, más alta que él, le obligó a detenerse. Los rumores que corrían entre los refugiados eran ciertos: les habían encerrado como si fueran ganado. Los godos de Fritigerno lo habían perdido todo menos el orgullo, y un resentimiento incurable empezaba a anidar entre ellos. Roma, la humana y generosa Roma, les tenía encerrados en aquel humedal y sus soldados les trataban peor que a animales, sin que ellos pudieran hacer nada para salir de aquella situación en la que les habían metido los jefes. No solo sus pasos, también el corazón de Dago pareció

detenerse ante la realidad que acababa de descubrir, sintió como si la sangre hubiera dejado de fluirle por las venas. Estaba aturdido, se sentía confuso y engañado. Dudaba de haber hecho bien en llegar hasta ahí, tal vez hubiera sido mejor seguir viviendo en la ignorancia, dejándose engañar por Anulfo. Se preguntaba cómo iba a poder mirarle a la cara después de lo que acababa de descubrir. Sintió que los ojos le ardían, pero no quería llorar. Lanzó un escupitajo de mocos y rabia contra la empalizada y decidió seguir adelante, averiguar qué era lo que había al otro lado para que los romanos se tomaran tanto empeño en protegerlo.

Anduvo durante un buen rato, despacio, como un sonámbulo, bajo la alargada sombra de la empalizada. De vez en cuando se detenía para mirar a través de ella, aprovechando las pequeñas ranuras que se abrían entre las estacas de madera, pero lo que veía no tenía nada de especial: siempre los mismos árboles, las mismas hojas

caídas, el mismo pedazo de cielo; y apartaba la vista, decepcionado. Así que eso era el Imperio romano, la Tierra Prometida de la que les hablaba Anulfo, donde les esperaba una nueva vida. No comprendía cómo se habían dejado engañar de aquella manera.

—¡Alto! ¡¿Quién anda?!

Dago se quedó petrificado. Cerró los ojos y los árboles, las hojas caídas y el pedazo de cielo desaparecieron de su vista. Si hubiera podido se hubiera hecho desaparecer a sí mismo. Tardó en sacar su hocico del agujero el tiempo necesario para que las piernas dejaran de temblarle. Ya no le cabía duda. Había hecho mal, muy mal, en llegar hasta ahí. Nunca tenía que haber abandonado la tienda sin permiso de Anulfo; había desconfiado de él y ese era su castigo. Quien gritaba era un soldado, un soldado romano.

—¿Qué es lo que esperas ver por ahí? ¿El culo del emperador? —preguntó el soldado a gritos, desternillándose de risa, desde lo alto de una de

las torres de vigilancia que rodeaban el campamento. Era lo más ocurrente que había escuchado en todo el día, claro que, en todo el día no había escuchado nada más que el monótono trino de los pájaros. La soledad le estaba consumiendo, a veces pensaba que iba a volverse loco allí arriba.

A Dago también le entró la risa. Una risa floja, tan floja como sus piernas. Le sorprendió que un soldado hablara así de su emperador. Para más desconcierto, el soldado usaba su misma lengua, la goda, y no la incomprensible lengua de los romanos. Podía entenderlo perfectamente. Y parecía amable, no como los demás soldados que vigilaban el campamento.

—¡Eh, muchacho! Puedes subir si quieres. Te invito a un trago —gritó el centinela desde lo alto, agitando una de esas calabazas que se empleaban para transportar el agua. Estaba tan harto de hablarle a su sombra y que esta no le contestara que había decidido jugársela permitiendo subir a

uno de los refugiados hasta la torre.

A Dago le impresionó el brillo de su casco bajo el sol.

El soldado asomó medio cuerpo por la barandilla de la torre y, tambaleándose sobre ella, se tomó la molestia de indicarle cómo tenía que subir:

—Por ahí. ¿Ves las escaleras al otro lado? Ten cuidado con ellas, no te caigas.

El niño accedió a subir ante la insistencia del soldado, aunque no acababa de fiarse. Al fin y al cabo, no dejaba de ser un soldado, como los que controlaban el campamento. Les había visto maltratar a los niños, levantar a puntapiés a los viejos que ya no podían valerse por sí mismos, gritar a los hombres y ofender a sus mujeres. Se quitó la manta de la cintura, dejándola tirada allí mismo, y comenzó a ascender por la empinada escalera que llevaba hasta lo alto del torreón. En cuanto vio la dificultad, sacó la punta de la lengua y la apoyó sobre el labio superior, un gesto

heredado de su madre, que el muchacho repetía siempre que se concentraba en algo. Aun así, subió cada peldaño con la agilidad de una ardilla, acostumbrado, como cualquier chaval de la aldea, a trepar a los árboles. Pero aun así se detuvo en al menos un par de ocasiones, y a punto estuvo de darse la vuelta y salir corriendo. No lo hizo. Se convenció a sí mismo de que no debía dejar pasar esa oportunidad y no pretendía, por otro lado, hacer enfadar al soldado. Presentía que era distinto al resto y, además, quería verle el culo al emperador. Así que salvó rápidamente los escalones que le quedaban y se encontró de morros con la sonrisa del centinela, que, nada más verle aparecer, le invitó a un trago.

Era la primera vez que Dago probaba aquello, y si su olor le había parecido repulsivo, su sabor era aún peor. Pese a los muchos años que viviría en el Imperio, nunca llegó a comprender la afición de los romanos por el vino.

—¿Esperabas que fuera agua? —le reprochó el

centinela entre risas, visiblemente afectado por la bebida. Le arrebató la calabaza por el cuello y bebió. Se secó la boca con el brazo y le dio la primera lección—: La vida de un centinela no se soporta si no es a base de vino. Mi nombre es Gautas y soy tan godo como tú.

—Yo me llamo Dago —se presentó el niño—. Si eres godo, ¿por qué no llevas pantalones?

—Porque soy un soldado del Imperio, de la Legio XI Claudia, a la que he jurado servir con mi vida. Los legionarios no llevamos pantalones —afirmó, orgulloso de formar parte del ejército regular. Si bien era cierto que su uso se estaba extendiendo por el Imperio y muchas de las tropas auxiliares, integradas en su mayoría por mercenarios bárbaros, los usaban.

—Ah —afirmó. La respuesta pareció convencerle. Desde que vio al primer soldado había sentido curiosidad por saber por qué no llevaban pantalones. Le parecía ridículo verlos pasearse por ahí con las piernas desnudas,

enseñando los muslos. Algunos eran tan peludos como osos. Dago siguió interrogando al centinela, sentía curiosidad ya que nunca había visto un hombre vestido así—: Y en invierno, ¿os los ponéis?

El centinela negó con la cabeza. Arqueó una ceja, intrigado por saber cuál sería la siguiente pregunta. Estaba encantado de participar en el juego.

—¿Y no tenéis frío? —insistió el niño.

—Para eso está el vino —le replicó ágilmente el centinela y volvió a pegar un trago a la calabaza.

—Ah. Y... —No continuó por miedo a que el soldado se molestase.

—Ven, déjate de bobadas. ¿No era esto lo que querías ver? —le preguntó Gautas, incómodo por la insistencia del chico. El juego empezaba a cansarle.

El niño no le prestó atención. Había comenzado a ladear la cabeza hasta casi conseguir

lo imposible, que una de sus orejas llegara a rozar el suelo. Su melena rubia, que erguido le llegaba a la altura de los hombros, sí que lo hizo, cayendo sobre el suelo como una cascada. De repente, el muchacho parecía más interesado en descubrir qué era lo que se ocultaba bajo la túnica del soldado, que en saber lo que había al otro lado de la cerca.

—¿Qué es lo que miras? Se te va a partir el cuello.

—Y... debajo... ¿qué es lo que llevas debajo?

—Eso a ti no te importa. Asómate. —Gautas cortó la conversación. No estaba dispuesto a enseñarle las pelotas a aquel renacuajo—. Mira, muchacho. Aquí empieza el Imperio romano.

Gautas no podía ocultar su orgullo al hablar de la grandeza de Roma, pues, al fin y al cabo, todo lo que era y tenía se lo debía al Imperio: su casa, su familia, sus animales. Algún día se licenciaría como soldado, tras haber cumplido veinticinco años al servicio del Ejército, y disfrutaría como ciudadano romano, con plena libertad para

instalarse en cualquier parte del Imperio; aunque él no pensaba moverse de Durostorum, pues era allí donde tenía su vida. Eso sería dentro de once años, así que le esperaban once años de aburrimiento en una de esas torres, supervisando el vuelo de los pájaros. Se había pasado media vida encaramado a una de ellas, sirviendo en uno de los puestos fronterizos que el Imperio tenía a lo largo de la frontera del Danubio; disuadiendo y controlando a otros godos como él, que como él antes de ser capturado malvivían en el *Barbaricum*. Evitándoles la tentación de cruzar sin haber sido invitados. Pero era godo, lo llevaba en la sangre, y echaba de menos un poco de acción. La vida de centinela era tremendamente aburrida. Allí arriba se sentía como uno de esos espantapájaros que usaban los campesinos para ahuyentar a los pájaros e impedir que se comieran las cosechas. Puede que hasta los espantapájaros se aburrieran menos que él.

—Algún día, se os abrirán las puertas del

campamento y yo no tendré que vigilaros. Pero hasta que ese día llegue, puedes venir a visitarme cuando quieras —le sugirió, aunque en realidad se lo estaba pidiendo. Le gustaba la compañía del chico mucho más que la de su propia sombra, o la de los pájaros. Así que insistió—: Aquí, en la torre, siempre habrá un trago para ti. Aunque recuerda que debes venir por las mañanas, antes de que cambie el turno. Te advierto que a mi compañero los godos no le gustamos demasiado.

Esa fue su despedida. Dago regresó al campamento hacia media mañana, silbando de puro contento. La empalizada ya no le parecía ningún problema, al contrario. Se alegraba de que estuviera ahí, con su torre de madera y sus empinadas escaleras, para que él pudiera encaramarse a ella y contemplar el Imperio desde lo alto, de puntillas, acodado en la baranda junto a su amigo Gautas. Orgullosa, se repetía a sí mismo que tenía un amigo soldado. Un amigo soldado, centinela, con un casco que brillaba como las

estrellas y que además era godo. Lo hubiera pregonado a los cuatro vientos de no habérselo prometido a Gautas. Este le había hecho comprender que si su imprudencia llegaba a oídos de algún oficial iba a verse en un buen lío. Y eso era lo último que Dago hubiera deseado. Miró a su alrededor. Le extrañaba no haberse encontrado con ningún soldado. Buscó entre los carros y las tiendas que poblaban el Sector VII del campamento, al que acababa de llegar después de atravesar el bosque a paso ligero, pero tampoco allí había ninguno. Ni rastro de ellos, soldados y oficiales habían desaparecido del campamento.

Dago no comprendía qué había podido pasar. No se veía a los soldados por ninguna parte; pero los refugiados seguían ahí, esperando su grano, con los cuencos vacíos entre las manos, tan vacíos como sus tripas, y los ojos bien abiertos a causa del hambre. Los niños lloriqueaban impacientes, sin que sus madres pudieran hacer nada para calmarles, solo querían comer. La gente empezaba

a murmurar. Ellos tampoco podían explicarse qué era lo que estaba ocurriendo, por qué no les habían repartido las gachas todavía. Al resentimiento se le unió la indignación. Tal vez Anulfo lo supiera. Dago se encaminó con paso firme hacia la tienda, dispuesto a pedirle explicaciones por algo que al clérigo se le estaba escapando de las manos.

Belario también había notado la ausencia de los soldados y, como a todo, le había encontrado una explicación. Había ido a contársela a Gacha, que le esperaba oculta bajo las tripas del carro. Era allí donde dormía, donde pasaba el resto del día, dejando que la humedad le traspasara la ropa y hasta la piel. Sin salir de su escondite, a no ser que su amigo la llevara de la mano a explorar los otros sectores del campamento.

—Gacha, yo sé por qué se han ido los soldados. Se lo he oído contar a padre. Pero eso es algo que no debemos saber los niños, aunque yo

me he enterado porque... soy un espía —le confesó muy bajito, dándose aires de misterio.

La niña abrió los ojos de par en par. Belario ya no era un guerrero, ni un cazador de osos, ni un saqueador de caminos, ahora era un espía. En un mundo de frontera como aquel, un mundo de conflictos entre dos civilizaciones eternamente enfrentadas, los espías jugaban un papel esencial. La guerra dependía de sus informaciones, pues tanto unos como otros estaban interesados en conocer los movimientos del rival: los servicios secretos de Roma adentraban a sus exploradores más allá de las estepas e infiltraban soldados entre los guerreros; mientras que los jefes bárbaros lanzaban a sus gentes al otro lado del *limes*, para que echaran un vistazo a lo que se cocía por el Imperio, y enviaban a los hijos de los nobles hasta Constantinopla, confiados en que regresarían con noticias de la corte. Belario le hizo entender que ser espía era mucho más peligroso que cazar osos, muchísimo más arriesgado que asaltar a los

comerciantes que venían del sur. Un buen espía tenía que tener la sangre fría de las serpientes para soportar el miedo a ser descubierto. Su padre había estado a punto de pillarle con la oreja pegada a las paredes del carro, pero él se había vuelto a escabullir entre las ruedas.

—¿Quieres saber por qué se han ido? —preguntó al fin y esperó a que Eldes afirmara con la cabeza para darle los informes. Lo hizo con la seriedad que requería su nueva condición—: Padre dice que los soldados están muy enfadados con nosotros porque somos muchos y nos estamos comiendo todas sus gachas. Dice que Gutthiuda se ha llenado de gentes del norte que no quieren morir de hambre y que tampoco quieren que los maten los hunos y que el emperador tiene miedo de que entren todos a la vez; que a nosotros nos ha invitado, pero que no puede invitar a más gente, porque aquí no cabemos todos porque el campamento es muy pequeño y estamos muy apretados. También dice que, si los soldados no

vuelven, vamos a pasar mucha hambre. Pero no te preocupes Gacha, yo sé cómo conseguir comida.

Eldes se abalanzó sobre el pedazo de queso que su amigo acababa de sacarse por el cuello de la camisa. Lo tomó con las dos manos y lo olfateó antes de morderlo, dejando que la boca se le hiciera agua. Olía a cabra y a hierba como la aldea.

12

Eldes vive

Dago no había dejado de buscar a Eldes ni un solo día desde que esta se escapó de su lado. Le había parecido verla decenas de veces entre los refugiados; riéndose, jugando con los demás niños o esperando, impaciente, a que las mujeres le repartieran su ración de gachas. Incluso un día le pareció oírle contar una de sus historias, pero no era ella. El campamento estaba lleno de niñas pecosas y menudas, de pequeñas alborotadoras que provocaban el entusiasmo de los demás con tan solo abrir la boca, pero ninguna era ella. Aun así, Dago la seguía buscando, gritaba su nombre en

cuanto intuía su presencia. Presentía que su amiga estaba cerca, en el campamento, acaso incluso en el mismo sector al que ellos habían sido enviados. Y no se equivocaba. Eldes se escondía a pocos pasos de él, bajo las tripas de un bonito carro encarnado, sobreviviendo gracias a la comida que otro niño robaba para ella. Dago la echaba de menos. Estaba seguro de que se las habría ingeniado para cruzar el río. A veces la buscaba entre los muertos. Entonces se alegraba de no encontrarla, pues para él esa era la prueba de que Eldes aún seguía con vida, de que no se había marchado para siempre. No hubiera podido soportar otra muerte más, y menos la suya. Ella era su amiga, la que siempre le elegía para servirles de rey, y no iba a dejar de buscarla hasta que diera con ella. Hacía tiempo que la había perdonado por haberse marchado sin avisar.

Esa tarde, Anulfo había tenido que ausentarse del campamento. El presbítero gozaba de cierta libertad para entrar y salir del recinto mientras su

gente seguía encerrada entre los altos muros de la empalizada. Había decidido desplazarse a Durostorum para visitar al presbítero de su Iglesia, la principal comunidad arriana de la provincia norteña de Tracia, que con los años acabaría convirtiéndose en obispado. Rezaría a los mártires de la ciudad para pedirles que intercedieran ante Dios por las almas de los godos. Y al presbítero estaba dispuesto a exigirle que terciara por ellos ante las autoridades, pues de sobra sabía el poder de influencia que tenía su Iglesia en la administración de Valente. Confiaba en que el emperador cumpliría su palabra y les asentaría en el Imperio, y lo justificaba, repitiéndose a sí mismo que eso no podía hacerse de la noche a la mañana, que requería un tiempo que los godos no querían darle. Para él la falta de alimentos de los últimos días no había sido más que un lamentable error del *comes* Lupicino, un error que, a buen seguro, acabaría solucionándose.

Lupicino, comandante de las fuerzas romanas en Tracia y máximo responsable del asentamiento de los godos en la región, ya no escuchaba a nadie, ni a los sacerdotes ni a los jefes. Le daba lo mismo quién fuera su interlocutor, si Fritigerno, Alavivo o el mismísimo Filimer si viviera, ocupado como estaba en alimentar sus propios intereses. Desde su cómoda residencia en Marcianópolis, no había dejado de frotarse las manos ante las perspectivas de negocio que se le abrían con la desesperación de los refugiados. Cuanto más desesperados estuvieran ellos, más rico se haría él. No solo les había dado la espalda, abandonándolos a su suerte con la venia del propio emperador, sino que esperaba enriquecerse a costa de su desgracia. Les había cortado el suministro del ejército, con el que pretendía comerciar. En adelante no habría grano para ellos a no ser que lo pagaran. Conocía con detalle lo que sucedía en el campamento gracias a la extensa red de confidentes que tenía a su servicio, entre los que contaba con más de un

sacerdote y algún que otro jefe, más interesado en medrar en la administración del Imperio que en asegurar el bienestar de los suyos. Sabía de buena tinta que el hambre comenzaba a apretar entre los refugiados. Los godos se estaban viendo obligados a sacrificar a sus propios animales, incluso a los caballos, aun sabiendo que sin ellos estaban perdidos. Veían acercarse el invierno con preocupación. Si aquella situación se alargaba acabarían devorándose entre ellos, a no ser que aceptaran las condiciones que en adelante les ofrecerían sus soldados.

Dago esperaba el regreso de Anulfo sin moverse de la tienda, obediente, tal y como este le había pedido. Jugaba solo, totalmente ajeno a lo que ocurría en el exterior. Había sacado el saco de monedas que le había entregado Fritigerno, en compensación por la muerte de su padre, y se había sentado con ellas en el suelo. No todas eran de oro, las había de plata, incluso de bronce. Nunca había tenido nada tan valioso y se sentía

enormemente afortunado, aunque, en su ignorancia, fuera incapaz de calcular el valor de su fortuna. Le hubiera sorprendido saber que era una de las personas más ricas del campamento. Vacío el saco entre sus piernas y dejó que el tintineo de las piezas de metal le llenara de cosquillas el estómago. Se entretuvo un buen rato ordenándolas: de mayor a menor; de más bonita a más fea; por emperadores. Las de Constantino a un lado, las de Juliano a otro, las de Valente... Había una de Procopio, el usurpador al que habían apoyado los godos durante la jefatura de Atanarico. El niño todavía no sabía leer, tan solo conocía algunas letras que Anulfo se había empeñado en enseñarle, pero había aprendido a identificarlos por su aspecto: Constantino era el que tenía los ojos más grandes; Procopio, el de la barba; Valente, el que lucía la diadema de perlas. En otra, aparecían juntos los dos emperadores que, hasta hacía bien poco, habían compartido el gobierno del Imperio: Valentiniano, gobernando en Occidente, y Valente,

en Oriente, sentados uno al lado del otro como buenos hermanos y compartiendo algo que parecía ser un mapa. Dago sabía, porque se lo había contado el clérigo, que Valentiniano había muerto y le había dejado el gobierno a su hijo Graciano, el cual habría de gobernar la parte occidental junto a su hermanastro Valentiniano, mientras que su tío Valente se ocuparía de la parte oriental. De modo que había tres emperadores.

Entre todas las monedas sumaban más de una treintena. Treinta y seis, más la de Procopio. Las había estado contando. No le faltaba ninguna. Las colocó todas en fila, dibujando una calzada desde el baúl hasta el catre donde dormía junto al clérigo. Era la vía por la que partirían hacia Roma. Anulfo le había prometido que visitarían juntos la ciudad, pero esa era otra de las promesas que no iba a poder cumplir. Se levantó, contempló las monedas desde lo alto y eligió una, su preferida, o al menos la que más le intrigaba. Salió de la tienda con ella en la mano para poder verla a

la luz. Se la acercó a la cara y la estuvo observando por enésima vez. Anulfo no había querido explicarle quién era el cautivo al que el emperador, vestido como un soldado, arrastraba por los pelos, pero él estaba seguro de que era un godo. No comprendía por qué los emperadores decían que los godos eran sus amigos y luego aparecían en sus monedas maltratándolos, tirándoles del pelo y haciéndoles pasar hambre, como les hacían pasar a ellos. La levantó hacia el cielo dejando que el reflejo del sol la hiciera brillar. La moneda era un sólido de oro, un *solidus*, la moneda más valiosa que salía de las cecas imperiales.

El oro le fascinaba casi tanto como las piedras de fuego. Con el brazo extendido, probó a guiñar un ojo e intentar que el sol se ocultara tras la moneda, imaginando un eclipse. Y de repente, cuando ya casi lo había conseguido, oyó los gritos de la niña. Los ojos se le abrieron de par en par, sobresaltado. Era Eldes. Su voz parecía tan

cercana que creyó tenerla a su lado. La oía hablar y reír con otros niños, o tal vez solo fuera uno.

—Eldes —la llamó bajito con voz temblorosa, como si ella fuera un pájaro y él tuviera miedo a espantarla. Al no obtener respuesta, elevó el tono —. ¡Eldes!

Empezó a ponerse muy nervioso, excitado ante la posibilidad de encontrarla. Esta vez no se equivocaba, sabía que no se equivocaba. La buscó a su alrededor, pero no la vio. Era Eldes, estaba tan seguro que se hubiera dejado cortar la mano.

La calzada que había construido con las monedas de Fritigerno seguía atravesando la tienda, desde el baúl al catre, de oeste a este, caminito de Roma. No hubo tiempo de recogerlas del suelo. Guardó el sólido en su mano y se dirigió hacia uno de los carros que habían viajado con ellos desde los Cárpatos, del que parecía haber salido la voz, sin poder creerse todavía que Eldes hubiera estado todo el tiempo en él, a escasos pasos de la tienda. Atravesó una pequeña

explanada, corriendo todo lo deprisa que fue capaz, pero el corazón le iba más rápido que las piernas.

Perseguía la voz de la niña como si quisiera cazarla.

—¿Eldes? —preguntó. Ya no se les oía en ninguna parte. Gritó—: ¡Eldes! —Pero no obtuvo más que silencio. Dago no comprendía por qué se empeñaba en jugar con él a ese odioso juego. Empezaba a inquietarse—. ¿Dónde estás? Dime algo, Eldes, por favor.

Apartó la gruesa tela de fieltro que tapaba la entrada y entró en el carro. Estaba oscuro. Alguien lo había protegido con pieles de cabra para impedir que la luz se filtrara a través de la cubierta de lona; pero la intención no había sido esa, o no solo esa. El carro guardaba algo que debía ocultarse. Nada más entrar, un denso humo le golpeó la cara.

No supo si fue el olor a cáñamo, el silencio o la ausencia de la niña lo que le estremeció, antes

incluso de que llegara a descubrir lo que con tanto empeño se había tratado de ocultar. Ese carro era un santuario. Uno de los santuarios clandestinos que había en el campamento, en los que los chamanes seguían ejerciendo su magia a espaldas de Roma, burlando con sus malas artes la vigilancia de soldados y sacerdotes. Otros carros como aquel habían cruzado el río. El corazón le dio un vuelco al descubrir la imagen de Enguz frente a él. Era el ídolo de la aldea; el niño no se explicaba cómo había podido llegar hasta allí. Creyó reconocer la maldad en su sonrisa de madera.

Enguz, el que gobierna la tierra, se alzaba desafiante frente a él, con su gran cornamenta de macho cabrío, adornado con hojas y flores secas. Las ofrendas de los fieles se acumulaban a su alrededor y a sus pies ardía un puñado de semillas, desprendiendo ese mismo humo espeso y mareante que le había recibido a la entrada. Dago las había visto antes, eran las semillas con las que

los chamanes tomaban contacto con el inframundo. El niño no pudo evitar fijar la mirada en el grueso tronco que soportaba la cabeza del ídolo, donde aún quedaban los restos de sangre de las víctimas. Pensó que era la sangre de sus vecinos y de su propia madre, ofrecida en sacrificio al dios el día de su festividad. Quiso tocarla, sintió la necesidad de hacerlo, de acariciar la sangre de sus muertos, y la palma de la mano se le tiñó de rojo. Estaba fresca, todavía brillaba, y él no podía dejar de mirarla. Los sacrificios en honor al dios habían continuado. No vio tambalearse el tronco. Enguz, el insaciable dios de la tierra, el gran macho cabrío, se derrumbaba sobre él. Había sido el propio Dago quien había provocado su caída al posar la mano sobre el tronco ensangrentado. Se lo quitó de encima como pudo e intentó salir del carro, huir, pero las piernas no le obedecieron.

Lo que ocurrió a continuación fue muy confuso. El silencio de Eldes. El humo cada vez más espeso. El suelo del carro moviéndose como

arrastrado por el río. Se sentía mareado, no dejaba de toser y la garganta le quemaba. Todo le daba vueltas: el ídolo, las flores, las ofrendas, la sangre; y, de nuevo, volvió a escuchar a Eldes, que le hablaba sin cesar dentro de su cabeza. No sabía cuánto tiempo llevaba ahí tumbado, ni si estaba dormido o despierto; tampoco oyó los pasos.

El estruendo del ídolo al caer había alertado al chamán de que algo ocurría en el santuario.

—Vaya... vaya... ¿A quién tenemos aquí? Si es el cachorrillo del sacerdote. ¿No te ha enseñado Anulfo que husmear en los carros de los demás está muy feo? No, claro que no. Es a lo que se dedica él últimamente, siempre metiendo las narices donde no debe.

Dago había reconocido sus ojos enrojecidos por el cáñamo. Al verlos le vino, fugazmente, una imagen a la cabeza. Recordó algo que había olvidado: en la aldea, ese mismo hombre cargaba sobre su hombro la estatua del dios y la ocultaba en uno de los carros. Había sido él quien la había

traído hasta allí a espaldas del clérigo. Entonces lo comprendió todo.

Se dejó arrastrar fuera del carro y cayó de bruces en el suelo, tragándose la tierra. Al levantarse, la moneda de oro se le escapó de la mano. El chamán la recogió con codiciosa agilidad, mientras él no pudo hacer nada por recuperarla, pues apenas se tenía en pie, mareado a causa del humo. No vio a los dos niños que, en ese momento, salían de entre los carros. Era cierto que la niña tenía una voz fresca y cantarina, ligeramente chillona, muy parecida a la de Eldes, pero no era ella. Había vuelto a confundirla.

—Está bien, muchacho, por esta vez te dejaré marchar —dijo el chamán mientras ocultaba la moneda dentro de la camisa. Se consideró más que recompensado con el oro—. Pero, te lo advierto: si se te ocurre decirle a tu sacerdote una sola palabra de lo que has visto, una sola palabra, ¡te mato! ¡Os mato a los dos! ¿Comprendido? ¿Me has comprendido, muchacho? —Pensó que con esa

amenaza bastaría.

Como toda respuesta, Dago solo pudo mover la cabeza afirmativamente, despacio, muy despacio, prometiéndole que no hablaría. Escupió la tierra que había tragado, se limpió las lágrimas con el antebrazo y regresó a la tienda. Estaba confuso y asustado. Sentía mucha vergüenza por haber mojado los pantalones. El miedo le había hecho orinarse encima.

—¿Qué es lo que ha pasado? ¿Y esa sangre? Dago, ¡estás meado! —le recriminó Anulfo. Meditaba sobre el *Apologético* de Tertuliano cuando le vio aparecer por la puerta, como si fuera un espectro, blanco como la lana, con esas manchas de sangre en la camisa y con los pantalones mojados. No podía explicarse qué podía haber pasado, pues el chico no solía meterse en problemas—. ¡Dime! ¿Te has peleado con alguien? Te dije que no salieras de aquí. Dago, contesta.

El niño no sabía qué decir, ¿cómo explicar su

aspecto?, y tampoco se atrevía a acercarse al clérigo por miedo a que descubriera la verdad. Este notó con cierta tristeza que el muchacho le tenía miedo y le animó a que se acercara. Entonces, le dio un beso. El primer beso que recibía desde que se fue su madre. No hizo falta más, el pequeño se le abrazó con fuerza, aferrándose a él mientras le pedía que no se fuera, que no le dejara. Estuvo llorando en sus brazos hasta que se calmó y acabó confesando lo que nunca debía haber confesado. En su vida se arrepentiría lo bastante de haberlo hecho, pero estaba tan asustado por lo que acababa de descubrir que no pudo ocultárselo.

—Ha sido Enguz —murmuró al fin, sorbiéndose los mocos.

—No te entiendo, Dago. ¿De qué estás hablando? —Un mal presentimiento le hizo querer ignorar lo que el niño acababa de decirle—. ¡Mira cómo estás! Ven conmigo, te quitaré la ropa.

Le ayudó a desvestirse con sumo cuidado

como si Dago fuera su propio hijo. Descubrió con disgusto que tenía la piel magullada, aunque no era momento de preguntar quién le había golpeado de esa manera. Salió a buscar agua para limpiarle y cuando regresó se dio cuenta de que el niño tenía sangre en el labio. Se lo encontró de pie en medio de la tienda, temblando de frío, y sintió tanta pena al ver en lo que se había convertido que miró hacia otro lado. Estaba demacrado y tan flaco que se le podían contar las costillas. A Dago se le estaba escapando la niñez en aquel campo de refugiados y pronto sería un adolescente. Le limpió con agua fría y una toalla, evitando rozar las heridas para no hacerle daño, y, cuando hubo acabado, se acercó al arcón.

—Ponte esto o cogerás frío. —Le ofreció una de sus dalmáticas para que se cubriera porque su desnudez le incomodaba. Buscó entre las hierbas algo con lo que curarle el labio y acercó la lucerna a la cara del muchacho para ver mejor la herida.

—Tiene un aspecto feo. Esto te dolerá.

—Enguz se ha llevado a Eldes.

—No te muevas. Enseguida acabo —le pidió mientras le obligaba a volver la cabeza hacia el lado contrario de donde estaba la herida, para acabar de limpiarla bien antes de curarla.

—¡Uy!

—¿Te hago daño? —musitó.

Dago negó, intentando no mover la cabeza, aunque en esos momentos era Eldes la que le dolía. Volvió a insistir en lo que le estaba contando:

—Ha sido Enguz, se la ha llevado a la guarida oculta. Estoy seguro de que fue él quien le robó la voz y ahora nos la ha quitado para siempre. —Tragó saliva—. Ahora sé que no volveré a verla. ¡Ay!

Anulfo le escuchó en silencio. Fingió estar concentrado en aplicarle una pequeña cataplasma sobre el labio superior, pues le estaba costando mantener la calma. Terminada la cura, explotó:

—¿Qué es lo que estás diciendo? ¡¿Es que has

perdido el juicio?! No te encuentras bien, ¿verdad? Puede que tengas fiebre. Herviré unas hojas de sauce, eso te curará.

Dago se levantó del catre donde había estado sentado durante la cura.

—¡Se la ha llevado! ¡Te digo que se la ha llevado! ¿Es que no me crees? Piensas que te estoy mintiendo, ¿verdad?

Anulfo pidió calma con las manos, se la pidió a sí mismo, obligándose a respirar varias veces antes de hablar. No le quitaba los ojos de encima al niño, mientras este se aguantaba la rabia para no hacerle enfadar más. Buscó a tientas un pequeño taburete que tenía a la espalda y se lo acercó para poder sentarse frente a él. Le cogió de las manos antes de decirle lo que tenía que decirle; quería que el niño estuviera tranquilo.

—Escúchame bien, Dago. Eldes no se ha ido a ninguna parte, Dios quiera que la encontremos. Sé que es tu amiga y que la quieres mucho. Pero Enguz no se la puede haber llevado a la guarida

oculta, porque no existe ni Enguz ni ninguna guarida. ¡No existe, Dago! Por mucho que el chamán trate de convenceros, Enguz no es más que un tronco de árbol y tú lo sabes. Lo que pasa es que estás cansado. —Anulfo siempre decía que estaba cansado cuando el niño le llevaba la contraria.

—¡Sí que existe! Lo que pasa es que tú solo quieres que adoremos a tu dios porque es el dios de Valente y lo único que te interesa es agradar a los romanos. ¡Los godos no te interesamos! Nos has traído hasta aquí, para...

—¡Ya basta! —le cortó. Anulfo nunca le había visto tan fuera de sí. Dago era un niño tranquilo.

—Créeme, Anulfo, por favor —le pidió Dago entre lágrimas—. No te estoy mintiendo. Enguz nos ha seguido hasta aquí, en uno de los carros. ¡Lo he visto! ¡Te juro que lo he visto! He visto cómo me sonreía. Utilizó la voz de Eldes para engañarme, para llevarme hasta él, hasta su santuario.

—¿Qué santuario? ¿De qué estás hablando? —

Anulfo se pasó las manos por la cara, negando con la cabeza. Había empezado a atar cabos y el chico no mentía—. No puede ser... ¿Cómo he podido ser tan ingenuo? —se reprochó a sí mismo. Estaba cansado, muy cansado. Aquella situación se le estaba haciendo insoportable. Esa tarde debería haberse quedado en Durostorum, tal y como le habían sugerido sus hermanos, dejando que los godos siguieran viviendo engañados entre sus dioses si era eso lo que querían. Era imposible que se convirtieran. En esos momentos se veía incapaz de seguir adelante.

—Anulfo, no te estoy mintiendo, de verdad. Dijo que si te lo contaba me mataría... nos mataría a los dos.

—Lo sé, Dago, lo sé. Pero... ¿quién fue el que te dijo eso?

—El hombre de los ojos rojos. El chamán.

Sabía perfectamente a quién se estaba refiriendo. Había algo que no le gustaba de ese hombre y ahora sabía qué. Se levantó dispuesto a

acabar con aquello.

—¡No vayas, por favor! Dijo que si te lo contaba, me mataría. ¡Anulfo! Me va a matar, por favor...

Dago no pudo contener la ira de su protector. Desde la puerta de la tienda le vio golpear los carros, sacar a sus ocupantes, enfrentarse a ellos. A ninguno parecía sorprenderle la ira del sacerdote, como si supieran que aquello iba a suceder. Todos conocían el secreto del chamán.

—¡Solo existe un Dios! ¿Me entendéis? ¡Solo un Dios! ¡¡Todos vosotros le jurasteis fidelidad!!

Sacó a Enguz de su santuario y lo arrojó frente a ellos. La guirnalda que adornaba el tronco voló por los aires y la tierra se manchó de sangre.

—¡Miradle! Enguz no es más que un ídolo, un tronco vacío. Nada sagrado hay en un tronco, ¡nada! —Cogió una tea y le prendió fuego—. Fingíais rezar a Cristo mientras, a mis espaldas, adorabais al Diablo. ¡Dios os castigará por esto! ¡Os castigará! ¿Es que no lo veis? Ya nos está

castigando... a todos.

Hubiera podido llamar a los soldados, acusarles a todos de traición. Delatarlos. Hacerlos colgar de un árbol como se hacía en Gutthiuda con los traidores, pero no lo hizo. Algo en sus miradas le dijo que no debía hacerlo, que no debía ordenar su muerte porque el sacrificio de aquellos hombres alimentaría más el rencor entre los refugiados. Les condenó a algo peor, a seguir viviendo en ese maldito lugar. Jamás le perdonarían que se hubiera enfrentado a ellos prendiendo fuego a uno de sus dioses. Anulfo acababa de cometer el mismo error que su maestro y esperaba recibir de Dios su mismo final. Desde esa noche supo que iba a ser martirizado como lo fue Saba no por atacar la vieja religión, sino por representar los intereses de Roma entre los godos. Y en ese sector del campamento, Roma era él.

La imagen de Enguz ardió durante toda la noche ante la mirada resentida de sus fieles.

Mercado negro

—¡Eh!, chico, veo que eres habilidoso. ¿Qué es lo que haces? —le preguntó Gautas desde lo alto. Su voz sonaba algo distinta a la de otras veces, menos rotunda.

—Un arco —respondió Dago entre dientes, sin molestarse en levantar los ojos.

Un arco como el de los hunos, eso era lo que tenía entre manos. Estaba concentrado en atar, tensar y dar vueltas con una cuerda a un par de ramas que había encontrado por el camino. Fruncía el ceño con cada nudo, con cada tirón, obligándose, de vez en cuando, a retirar la lengua

para no mordérsela. Apretaba tanto los dientes que parecía que se los fuera a romper. Dago sentía deseos de romper algo, cualquier cosa, una cuerda, una rama, una vida, algo. Estaba furioso, por eso quería un arco. La aparición del centinela, después de toda una mañana esperando, aún le puso de peor humor. Al verlo allí, en lo alto de la empalizada, se había vuelto a acordar del muro que los soldados habían levantado al borde del río, por lo que estaba tan enfadado. Dago había ido hasta allí para contárselo a Gautas pero, al verle tambalearse sobre la torre, tomó la determinación de no hacerlo. Otra vez estaba borracho.

Los soldados habían regresado al campamento para sorpresa de los refugiados, que por un momento creyeron haber recuperado la normalidad y la comida, incluso la esperanza de que las cosas fueran a ir mejor. Todos, hasta los más débiles, salieron a recibirlos como si fuesen héroes. Poseídos por algo parecido a la felicidad, los

vieron atravesar el Sector VI-Nororiental, con sus piernas al aire y sus uniformes recién pulidos. Dago también se dejó contagiar por ese breve estallido de alegría que les había invadido a todos, tan breve como insólito, dadas las condiciones en las que se hallaban, y no tardó en verse arrastrado por la ruidosa patulea de chiquillos que marchaba tras ellos, celebrando entre juegos y risas que por fin habían vuelto los soldados. Pero estos no respondieron a tan gran recibimiento como era de esperar y, en cuanto rompieron filas, mostraron sus verdaderas intenciones. Les trataron mal, peor que antes, con desdén, quitándoselos de encima como si temieran contagiarse de su mala fortuna, como si tuvieran miedo a que su mugre se les fuera a quedar pegada en el cuerpo. Y aún se mostraron más crueles con quienes se les acercaban a pedirles comida o a implorarles un poco de humanidad. A esos los empujaron con saña, escupiéndoles a la cara reproches en latín que ninguno de ellos entendía; advirtiéndoles que en

adelante no habría grano para ninguno, a no ser que lo pagaran. Y no lo hubo; en lugar de trigo trajeron maderos. Maderos y escalas, eso era lo que traían en su ir y venir por el campamento. Los fueron acumulando en la orilla del río para construir una nueva empalizada, esta vez ante sus propias narices. Una empalizada que les tendría completamente cercados y apartados de las pobladas aguas del Danubio, más lejos aún de su tierra, sin posibilidad siquiera de contemplarla desde la orilla. Roma quería tenerlos bien controlados, por lo que pudiera pasar.

—¿Y se puede saber para qué quieres tú ese arco? —preguntó Gautas desde lo alto.

—Para matar. Voy a matar a los romanos —sentenció el niño, soltando por la boca toda la rabia que llevaba dentro. Pero no le dijo por qué, no quería decírselo porque estaba borracho, simplemente se limitó a seguir con su trabajo. Unió las dos ramas que tenía en la mano y anudó la cuerda con tanta fuerza que al final esta se le

acabó partiendo. Se quedó un momento contemplando el pedazo de cuerda que aún tenía en la mano. Estaba tan roto como sus vidas, así que lo tiró al suelo, y decidió mandarlo todo a paseo. Todo menos sus ganas de vengarse.

—¡Sube, muchacho! ¿A qué esperas? —le gritó Gautas, tambaleándose peligrosamente sobre la barandilla e incapaz de calibrar hasta dónde podía llegar la cólera del muchacho.

Dago subió a la torre sin su arco, exagerando las pisadas en cada peldaño para advertirle al centinela, por si aún no se había dado cuenta, que estaba muy enfadado. Sentía deseos de rebelarse y el ruido de sus propias pisadas le hacía sentir mejor. Odiaba esa empalizada casi tanto como a los soldados.

—¿Qué pulga te ha picado a ti esta mañana? ¿Se puede saber por qué estás enfadado? ¡Toma! Un traguito de vino te alegrará la vida —acertó a mascullar mientras se agachaba para pescar la calabaza del suelo. Por poco se derrumba. Él

tampoco estaba de muy buen humor, a pesar de todo el vino que había bebido.

La fortuna le había jugado una mala pasada. Había ganado un par de monedas en el juego de los dados y las había invertido en sobornar a su compañero para que le cubriera el turno porque quería pasar el día con su palomita. La quería sorprender y bien que la sorprendió, calentando el nido con un oficial de infantería. Antes de que saliera el sol estaba tan borracho que acabó durmiéndose sobre el mismo suelo. No hacía mucho que se había despertado cuando vio que Dago estaba abajo.

A pesar de la siesta, seguía borracho, pero no lo suficiente como para que le pasara por alto la forma en que el niño le miraba la espada. Fingió no darse cuenta:

—¡Bebe un poco! Ya es hora de que te vayas haciendo un hombre.

Dago apartó la calabaza con repulsión e intentó arrebatarse la espada con un movimiento

rápido y traicionero. Por suerte, Gautas se lo impidió, sosteniéndole firmemente la mano y la mirada. No se lo tuvo en cuenta. Comprendía al chaval, claro que lo comprendía. ¿Cómo no iba a hacerlo después de todo lo que les estaban haciendo pasar a esas gentes?

—Tranquilo. ¿Sabes una cosa? Cuando era crío, yo también los odiaba. Si hubiera tenido una espada como esta los hubiera matado a todos. Ahora me alegro de no haberlo hecho.

Dago le miró desafiante, pero no lo volvió a intentar. El centinela estaba tan borracho que no se sostenía. Tenía el cuerpo totalmente apoyado sobre su lanza y la mirada perdida más allá del horizonte. En esos momentos podría habersele colado un ejército de dragones por debajo de las piernas, que él no se hubiera dado cuenta. Con centinelas como él el Imperio estaba perdido, pero a Gautas en esos momentos el Imperio le importaba un bledo. Se hallaba lejos de ahí, al otro lado del río, en el *Barbaricum*, donde había

regresado después de tantos años y era como si no hubiera pasado el tiempo. Los recuerdos de la infancia aún seguían tan frescos que dolían. Se agolpaban en su cabeza pidiendo ser recordados, era como si la ira del chico los hubiera despertado después de un largo invierno. Dago le había devuelto muchas de las cosas que él creía olvidadas, pero no le culpaba. Puede que el vino le estuviera jugando una mala pasada, pero al verle construir ese arco se había enternecido. Ese ingenuo crío pensaba que iba a poder vengarse de Roma con un par de palos y una cuerda rota.

El vino se le estaba agriando en el estómago al recordar, al igual que sus palabras:

—Seguro que te preguntarás qué estoy haciendo aquí, defendiendo una frontera que no es la mía; yo también me lo pregunto. Pero la vida a veces te traiciona. Es como una mujer, espera que confíes en ella para... —Calló. Se maldijo a sí mismo y a su fortuna—. No te enamores nunca si no quieres sufrir.

Dago sabía poco de la vida, y menos aún de mujeres, así que encogió los hombros y se guardó el consejo para más adelante. Gautas estaba muy raro, nunca lo había visto así, pero sabía que sus pensamientos estaban en otra parte, lejos, muy lejos de la torre de vigilancia.

—Todavía me viene a la cabeza el sonido de la cítara y el olor de la aldea en verano. Era la mejor época del año, cuando el aire olía a hierba seca y nuestros días se llenaban de luz. Renacíamos con cada cosecha. Recuerdo el modo en que se miraban mis padres y ahora pienso que éramos felices —recordó a media voz. Gautas le estaba abriendo su corazón, borracho de melancolía. Arrastraba las palabras al hablar—: Un día vinieron los soldados a robarnos nuestras vidas. Destrozaron la aldea, lo destrozaron todo. Querían castigar a nuestros jefes por sus correrías por el Imperio. Siempre era igual: mientras los guerreros se repartían el botín, nosotros pagábamos por su codicia. Merecíamos un

escarmiento, eso era lo que nos gritaban los soldados mientras violaban a las mujeres. —Sintió la boca pastosa, así que bebió un poco más de vino y luego le ofreció a Dago, sabiendo de antemano que lo rechazaría. Otro trago le animó a continuar—: Vi cómo uno de los soldados fornicaba sobre mi madre, debí ponerme muy furioso porque recuerdo que fui hasta él y le empecé a pegar patadas hasta que el hijo de puta descargó. La jodida vida tiene estas cosas. El mismo oficial que se folló a mi madre antes de matarla fue el que me salvó. Me sacó de allí con vida y me convirtió en soldado. Estoy en deuda con él por haberme perdonado y no haberme llevado como esclavo, aunque le maldigo por lo que le hizo a ella. Ya ves, Dago, Roma primero nos castiga y luego nos acoge. Las legiones están llenas de historias como la mía, de godos que tuvieron la fortuna de ser rescatados por el Imperio, de godos como tú y como yo, y, por mucho que nos duela, porque a mí también me

duele a veces, debemos estarle agradecidos. ¿Tienes hambre? Tal vez quieras un poco.

El niño se abalanzó sobre el pedazo de pan como si no hubiera comido en años. Mientras masticaba pensaba en lo que acababa de escuchar. Era una historia triste, no menos triste que la suya. Fue sacando sus propias conclusiones:

—Yo no tengo nada que agradecerle a Roma. Cuando esas gentes se hayan ido, regresaré a la aldea. —Se refería a los hunos.

—¿Y qué crees que vas a encontrar en tu aldea? Nada. Ya no quedarán ni los huesos. ¡Toma, acábatelo! Si me aceptas un consejo, en cuanto tengas edad, alístate. Al menos, en el Ejército no te morirás de hambre.

Los emperadores se tomaban mucho empeño en alimentar bien a sus soldados, pues de ellos, de su fortaleza y de sus agradecidos estómagos, dependía el mantenimiento del Imperio. Los soldados eran el sostén de Roma. Por eso se destinaban elevadas sumas al abastecimiento de

los ejércitos, a la compra y transporte de alimentos, de telas, cueros o metales con los que cubrir las necesidades básicas de las tropas; pero los suministros no siempre llegaban a su destino. Se quedaban por el camino, en manos de funcionarios poco ejemplares o de los mandos del Ejército, comandantes, oficiales e incluso generales, que se enriquecían a espaldas de la propia administración. Los contratos con los proveedores, casi siempre amigos de alguien que también acababa beneficiándose, se inflaban hasta lo increíble, y el Estado pagaba. Las mercancías podían llegar a alcanzar precios desorbitados, pero el Estado los pagaba. La calidad del suministro bajaba; las cantidades llegaban mermadas a los destacamentos; los registros se falseaban; y hasta los propios soldados se veían, en ocasiones, obligados a comprar lo que por ley era suyo, aunque el Estado ya lo hubiera pagado de antemano. Siempre había quien se lucraba con los suministros que el Imperio destinaba a la

subsistencia de los soldados. Y mientras los unos se enriquecían, los otros pasaban estrecheces o se veían obligados a saquear los campos y las granjas de la zona y a trapichear como buenamente podían para sobrevivir con un poco de dignidad. El fraude estaba tan arraigado en el Ejército que ni siquiera los emperadores podían combatirlo.

Como era de esperar, los suministros de víveres que Valente había prometido enviar a los godos de Fritigerno tampoco llegaron a su destino. Se desviaron en algún punto del complejo engranaje administrativo que se ocupaba del abastecimiento militar, paradójicamente diseñado para su más estricto control. El *comes* Lupicino en persona se encargó de que el alimento no llegara a los refugiados. Ordenó que no se les repartiera más comida hasta que estos no estuvieran dispuestos a pagar un precio razonablemente desorbitado por subsistir, es decir, hasta que no estuvieran al límite de sus fuerzas. No era la primera vez que desde la oficina del gobernador

se especulaba con el abastecimiento público, pero nunca antes se había arriesgado tanto. Lupicino tenía todo a su favor para sacar un buen pellizco de los godos y no podía dejar de felicitarse por su habilidad. Había sabido esperar el momento idóneo para ofrecerles la mercancía y contaba con la colaboración del general Máximo y de sus oficiales para que le hicieran el trabajo sucio. Ni siquiera tendría que mancharse las manos con esos miserables, pues para eso estaban los soldados.

No fueron soldados quienes regresaron, sino mercaderes. Soldados convertidos en mercaderes, sin escrúpulos, despojados de cualquier sentimiento de compasión, con los que no iban a poder ni los lloros ni las súplicas de los refugiados. Habían sido convenientemente instruidos: a mayor desesperación, mayores ganancias para todos, y ellos no eran menos corruptos que sus superiores. Muchos ni siquiera veían a los godos como iguales, los consideraban unos salvajes como a los otros bárbaros del norte,

seres inferiores que necesitaban de la magnanimidad de Roma para no morir de hambre; algunos ya habían comerciado con ellos antes. Habían comprado sus metales, sus pieles, su lana, a sus mujeres e incluso sus vidas. El tráfico de esclavos era desagradable, pues los muy cabrones nunca se entregaban voluntariamente, pero resultaba muy lucrativo y en las aldeas del norte siempre había alguien dispuesto a colaborar en la venta de sus vecinos.

—Mira, Gacha, mira lo que he conseguido —susurró Belario con cuidado de no asustarla. Los días eran cada vez más cortos y se había hecho de noche.

Sabía que la encontraría allí, debajo del carro, de donde ya nunca salía. Se ocultaba de la crueldad de los otros niños y de los soldados. Él le llevaba algo de comida cada atardecer, lo que encontraba, porque no quería que ella también se

muriera por culpa del hambre, como le pasó a *Tizón* y al resto de los caballos, sacrificados para carne. Sus padres tenían razón, las cosas en el campamento se estaban poniendo muy feas, pero él se las apañaba para conseguir siempre algo que traerle. Se sentía orgulloso de poder hacerlo y, sin dejar de mirarla, esperaba junto a ella a que se lo comiera. Le gustaba verla disfrutar con cada bocado, como si no fuera simplemente comida sino la vida lo que le estaba regalando. Al principio le daba parte de lo que su madre le ponía en el cuenco, pero ya no podía hacerlo, porque cada vez le ponía menos y si se quedaba con hambre le dolía la tripa. Así que empezó a negociar con los soldados.

Revolvía en el carro de sus padres para encontrar cosas que pudieran interesar a los soldados romanos y que luego cambiaba por cosas comestibles. No tenía más que desplegar sus encantos, sonreírles y mostrarles la mercancía, que lo tenía todo vendido. Casi todos los soldados

conocían al chico, incluso le llamaban por el nombre, y no solo porque Belario era uno de los niños más guapos del campamento, con sus rizos trigueños y el gracioso lunar de la mejilla, sino porque además era una mina. Y él, claro está, se mostraba encantado de que su fama aumentara día a día, sin saber que acabaría siendo su perdición. A los soldados les daba lo mismo de dónde sacara Belario sus mercancías, aunque entre ellos flotaba la sospecha de que su familia debía formar parte de la aristocracia, a juzgar por la calidad de los objetos que el chico les ofrecía. ¡Qué más daba! Allí, en el campo de refugiados, de poco podía servirle ser noble, pues el hambre los iba a acabar tratando a todos por igual, fueran nobles o no; libres, libertos o esclavos. Pues, al fin y al cabo, no eran más que godos.

En aquellos días Belario hizo grandes negocios con los soldados: cambió ollas, platos y escudillas por hogazas de pan; collares de piedras y ámbar, por suculentos guisos de carne; una

camisa de lino, por un par de pajarillos silvestres; e incluso un día cambió su espada, pues ya no le interesaba ser guerrero. Al niño el negocio no le salió como esperaba. Era la mejor espada de guerrero de toda su isla, mejor que la de su hermano Alarico por mucho que este presumiera de ella. Se la había tallado su padre, pero los soldados no supieron apreciarla y solo le dieron por ella un par de nabos crudos. Fue por aquellos días cuando decidió ser comerciante.

—De mayor seré mercader y recorreré el Imperio en mi propia caravana. Tendré muchos caballos tan bonitos como *Tizón* y llevaré los carros bien repletos de telas tan brillantes como la luna, de telas y manzanas frescas que todos querrán comprar. —Al ver la cara de extrañeza de Eldes, le aclaró—: A todo el mundo le gustan las manzanas. Si quieres, Gacha, podrás venirte conmigo —le propuso. Quería contagiarle su entusiasmo, pero su amiga estaba cada día más apagada y ya no se reían tanto juntos.

Gacha comenzó a negar con la cabeza, invadida por una súbita tristeza. Era incapaz de compartir los sueños de su amigo, pues a ella ya no le quedaban fuerzas para soñar. Belario decidió seguir soñando solo.

Después de aquello, Belario quiso olvidarse de Gacha. Se había cansado de ella, como se cansan los niños de las cosas. Estaba harto de pasarse las tardes debajo del carro, cuidando de no golpearse la cabeza con los ejes de las ruedas, hablando y hablando, sin que su amiga le contestara. Gacha ya no era tan divertida como al principio, había dejado de reírse con sus tonterías y siempre respondía con la misma tristeza a todo lo que él le contaba. Echaba de menos la alegría de los demás niños; quería jugar, correr y disfrutar de la poca libertad que les daba el campamento. Oía las voces de sus hermanos y sentía deseos de unirse a ellos, pero la niña se lo impedía. En cuanto sentía que su amigo quería marchar, le cogía del brazo tan fuerte que a veces hasta le

hacía daño. Quería que se quedara a su lado, que pasara sus días a oscuras, entre la tierra y el carro, sin espacio para moverse, soportando la humedad y el silencio, mientras los demás jugaban. Estaba siendo una egoísta. No se conformaba con que le llevara comida, le quería a él. Lo quería para ella sola.

La abandonó. Fueron unos días, pocos, no más de tres, en los que Belario pudo recuperar su vida de niño. Jugó y corrió junto a sus hermanos y los otros niños, y no se acordó de Gacha hasta que vio a esa niña muerta, tan silenciosa como su amiga, pero sin vida. La mujer que gemía a su lado decía que se la había llevado el hambre. Y al oír aquello a Belario se le quitaron las ganas de jugar. Dejó a sus amigos contemplando a la muerte, pasmados ante lo irreversible, y corrió hasta el carro dispuesto a encontrar algún objeto con el que conseguir comida. Esa tarde tuvo suerte, no tardó en cerrar el trato con los soldados y al volver al carro tuvo miedo de lo que se pudiera encontrar.

Puede que Gacha ya no estuviera. Asomó su rizada cabeza entre las ruedas del carro y la vio sonreír como no lo había hecho en tiempo. Se dio cuenta de que la había echado de menos y sintió haberla dejado sola. Se arrastró hacia ella y cuando por fin estuvo a su lado, le tendió la cena: dos libras de carne de perro.

Había recorrido todo el Sector VII para conseguirla. Era la única carne que circulaba por el campamento. Era humillante, pero alimentaba, y los romanos no estaban dispuestos a ofrecerles nada mejor, así que podían elegir entre los perros o la muerte. En el campamento había corrido la voz de que ya no quedaba un solo perro en toda Tracia, ni muerto ni vivo porque los habían cazado para ellos y que los habían encerrado a todos en una gran jaula muy cerca de allí. Por eso se les podía oír ladrar durante la noche.

—Huélela, está fresca —le anunció Belario orgulloso, tendiéndole la carne.

Mucha de la carne que circulaba estaba ya en

estado de putrefacción y desprendía un fuerte olor a muerte, pero aun así los godos la comían con una voracidad que hacía reír a los soldados. Elde masticaba con dificultad porque tenía la boca seca. El perro estaba un poco duro, pero su carne era tan sabrosa como la de los bueyes. Estaba hambrienta después de tantos días.

—¿Está buena, verdad? ¿Sabes cómo la he conseguido? —le preguntó Belario mientras la veía masticar. Estuvo a punto de decirle que se había pasado esos tres días buscando comida y que, al final, se la había tenido que robar a unos oficiales. Le divertía mentir, exagerar las cosas, pero decidió contarle la verdad, para algo era su amiga—. Como mi madre ya no nos peina, les he dado mi peine a los romanos.

Estaba convencido de que su madre tampoco echaría de menos el pequeño peine de asta de ciervo con el que cada mañana les desenredaba el pelo. Ya no les peinaba, pues también a ella le faltaba el humor y las fuerzas para soportar las

quejas de sus hijos con cada tirón. En realidad, ya no utilizaban casi nada de lo que había en el carro, así que Belario había pensado ofrecer a los soldados hasta el último trasto, confiado en que sus padres no iban a darse cuenta. Mientras él estuviera allí, a Gacha no le faltaría comida.

Vamos a morir

—¿Anulfo? ¿Estás despierto? —preguntó Dago. La voz todavía le temblaba al recordar lo ocurrido. La imagen del anciano tendido en el suelo no le dejaba dormir.

Últimamente le costaba mucho conciliar el sueño. Cuando cerraba los ojos, la oscuridad de los párpados le devolvía imágenes, recuerdos de los últimos meses, que él preferiría olvidar. Esa noche era la crueldad de los soldados lo que le atormentaba. No podía dejar de pensar en lo que habían hecho con el viejo. Veía sus caras rojas de sarcasmo entre los pliegues de la manta y en el

silencio de la tienda todavía resonaban las risas viles y despiadadas de los soldados, los insultos: «¡Cómete esa mierda, viejo!», «¡Come o te cortaré la lengua!». Era la primera vez que veía a uno de los soldados tan fuera de sí, asqueado por el viscoso líquido que le había salpicado las piernas después de que ese estúpido viejo le hubiera tirado la comida encima. Lo agarró de la nuca y todos creyeron que lo iba a matar, pero hizo algo peor: lo humilló con fuerza contra el suelo y le obligó a lamer hasta la última gota. El viejo obedeció y, de rodillas, se puso a chupar la tierra con su enorme lengua, tragándose hasta las piedras, mientras los refugiados le contemplaban llenos de vergüenza por el humillante espectáculo al que les había tocado asistir, sin atreverse a alzar la voz y a defender al anciano por temor a que los soldados se fijaran en ellos. Tal y como estaban las cosas en el campamento, mejor era no meterse en problemas.

Todos le conocían. Eran sus vecinos, sus

amigos, pero el miedo a los soldados los mantuvo al margen, y el anciano tuvo que enfrentarse solo a su propia muerte ante la falta de coraje de los demás. Ninguno movió un dedo para tratar de evitarle un final tan vergonzoso, pues todos sabían que lo iban a matar. Lo dejaron solo y lo peor es que él hubiera hecho lo mismo de no ser la víctima. Bastante tenían con sobrevivir como para, además, tener que compadecerse por el sufrimiento ajeno. Lo único que les importaba a los godos en esos momentos era pasar desapercibidos ante los soldados, la compasión vendría después, cuando los remordimientos no les dejaran conciliar el sueño.

A nadie pareció importarle que hubiera sido un accidente, un triste y desafortunado accidente y que el viejo estuviera débil y enfermo, pues así estaban muchos. Sus flácidos brazos no habían podido soportar el humeante peso de la escudilla que a duras penas cargaba entre sus manos, hasta que terminó cayéndosele en el suelo, provocando

su propia muerte. Quienes le vieron morir pensaron que no debía haberla dejado caer enfadando de ese modo a los soldados. Por suerte, le ejecutaron antes de que la torpeza del viejo terminara salpicándoles también a ellos.

—Dime, Dago. —Anulfo le animó a que siguiera. Él tampoco podía dormir pensando en lo sucedido. Los soldados estaban muy nerviosos últimamente, cualquier incidente les trastornaba. Ese maldito campo de refugiados les estaba trastornando a todos.

—¿Van a matarnos? —se atrevió a preguntarle el niño después de darle muchas vueltas. Anulfo era amigo de los romanos, seguro que lo sabía.

—No, pequeño. Eso no va a ocurrir.

—Entonces, ¿es cierto que nos están dejando morir de hambre? Dicen que el emp...

—¡Claro que no! —le cortó Anulfo—. ¿Acaso no comes todos los días?

Dago afirmó. Comía pero poco y siempre tenía hambre.

—No vamos a morir —zanjó el clérigo. Sabía perfectamente lo que decía Oila. Conocía los rumores que corrían en el campamento, pero no podía darles crédito ante el muchacho. Debía mantenerle la esperanza como fuera, pues solo así lograría sobrevivir. Quería que estuviese tranquilo, que confiase en que las cosas podían arreglarse, aunque él ya no lo hiciera. Mintió—: Roma es un gran imperio y ningún emperador haría una cosa así. —Anulfo, claro está, se ahorró decirle que los emperadores habían hecho cosas peores.

Dago sonrió aliviado. Se estaba dejando engañar, pues la verdad hacía mucho más daño que todas las mentiras del clérigo.

—Nos iremos algún día de aquí, ¿verdad? —preguntó. Su voz sonaba algo más firme.

—Antes de lo que tú crees. Los emperadores quieren darnos la oportunidad de que seamos romanos, nos lo han prometido. Solo tienen que encontrar las mejores tierras para que podamos

serlo. Ahora duerme.

El niño pareció quedarse conforme y no hizo ninguna pregunta más. Se dio media vuelta e intentó dormir. Caliente bajo la manta, trató de llenar su mente de recuerdos agradables, felices, que había pedido prestados de una vida que no era la suya, a la que esperaba regresar algún día. Al poco respiraba profundamente. Anulfo se dejó invadir por el dolor. No podía contener el llanto ante la congoja que le embargaba y, en cuanto sintió que Dago dormía, se permitió llorar. Lloró amargamente, como no lo había hecho en mucho tiempo: por Dago, por la miserable muerte del anciano, por sus hermanos godos, por Roma; y no le quedaron lágrimas suficientes para llorar por él y por todo el mal que había hecho. ¡Ni una mentira más! Se juró que no volvería a engañar a nadie, ni siquiera a sí mismo. Había arruinado las vidas de esa pobre gente que había confiado en él por una falsa promesa, tan falsa como la humanidad de Valente, en la que él sinceramente había creído.

Anulfo había creído durante toda su vida en los discursos altisonantes de los intelectuales que se escuchaban en la corte de Constantinopla. Rétores, filósofos y políticos, también obispos y clérigos, que se llenaban la boca hablando de las virtudes de Roma y de su emperador. La generosa y humanitaria Roma, la Civilización, admirada y respetada en todo el orbe; la que dominaba el mundo con su superioridad moral, donde siempre había un lugar para los extranjeros que acudían a ella en busca una felicidad que solo ella podía ofrecerles. Roma, la generosa y humanitaria Roma, la que tanto se preocupaba por detener la extinción de los animales salvajes. Defendía la vida de los elefantes de Libia y los hipopótamos del Nilo, al tiempo que dejaba morir de hambre a los hombres solo por ser godos, simples bárbaros. Esa era Roma, la hipócrita Roma. Y esa la cruda realidad que se vivía día a día en el campamento. A Anulfo se le había empezado a caer la venda de los ojos y, después de haber creído a ciegas en las mentiras

del Imperio, no podía soportar la claridad. La verdad dolía. Era un dolor insoportable, casi físico, que le partía el alma. No podía dejar de preguntarse por qué. ¿Por qué les habían ayudado a entrar si no los querían? ¿Por qué tantas promesas que ahora les negaban? ¿Por qué hubo que forzar la conversión? ¿Por qué no les habían rechazado como a los greutungos? ¿Por qué no los devolvían a sus tierras?... ¿Por qué los estaban matando de hambre? ¿Por qué? Y la respuesta dolía.

Roma no era ni mucho menos la Tierra Prometida y él lo sabía. Lo había sabido siempre, pero se había negado a aceptarlo. Se había estado engañando a sí mismo durante demasiado tiempo. Había vivido varios años en el entorno de la Corte y bien sabía él cómo trataba Roma a los godos y aun así había estado alimentando sus esperanzas, prometiéndoles que ellos también podrían llegar a formar parte del Imperio, ser romanos.

Ser romanos. ¿Qué les iba a suponer a ellos

ser romanos? El Imperio se aprovecharía de ellos como lo había hecho siempre. Los godos eran fundamentales para la economía de Roma, por eso Valente les había dejado entrar: pagarían impuestos y servirían como mano de obra barata en el campo; o morirían como soldados de los ejércitos imperiales. Eso era lo que el emperador pretendía conseguir de ellos cuando tomó la difícil decisión de dejarles pasar, que contribuyeran con sus vidas a engrandecer su poder. Pero la avaricia por llenar cuanto antes las arcas del Estado le impidió calibrar las consecuencias.

Valente había tomado la decisión en Antioquía, donde esperaba el momento de reiniciar la campaña contra el rey de Persia, el gran enemigo de Roma, después de haberse visto obligado a paralizarla por la falta de efectivos tras el estallido de un par de revueltas en Isauria y Palestina. La decisión se había visto precipitada por la creciente presión de los godos sobre la frontera danubiana, aunque, sin duda, a la hora de

tomarla resultó determinante la falta de efectivos militares para combatir a Sapor. Así que, en principio, la petición de asilo de los tervingios no resultó ser una mala noticia para el emperador, que los aceptó de buen grado, esperando a cambio poder incrementar la fuerza de su ejército con el aluvión de mercenarios procedentes de Gothia. Mientras los generales de Valente estudiaban el traslado de los contingentes godos recién ingresados en el Imperio hasta la frontera con Mesopotamia, para poder iniciar la guerra, la presión en las fronteras del norte no dejaba de crecer y la administración romana se veía incapaz de gestionar la avalancha humana que se le estaba viniendo encima a través del Danubio.

Nunca en la historia de Roma había ocurrido algo así, nunca habían entrado tantos extranjeros a la vez. Las fronteras estaban colapsadas y las oficinas de inmigración, encargadas de recolocar a los bárbaros en los inmensos despoblados del Imperio y de buscarles tierras para trabajar,

bloqueadas. La acogida de los godos había estado mal gestionada desde el primer momento y las autoridades se habían mostrado incapaces de asentarlos a todos. Según los recuentos, los godos tervingios, capitaneados por sus dos jefes, Fritigerno y Alavivo, ascendían a más de diez mil guerreros más sus familias; miles de almas esperanzadas y hambrientas, demasiadas para poder ser asimiladas pacíficamente por el Imperio.

Pero lo peor estaba por llegar. En la otra orilla aguardaba un numeroso grupo de godos greutungos, procedentes de las tierras del interior, que, al igual que los tervingios, se habían visto obligados a abandonar sus hogares por la violenta irrupción de los hunos. Sus jefes Alateo y Safrax habían seguido el ejemplo de Fritigerno y Alavivo y habían pedido el asilo del emperador, pero este se lo había negado. Desde Constantinopla se veía con gran alarma el hecho de que los godos greutungos hubieran hecho caso omiso a las negativas de Valente y se negaran a abandonar la

frontera. Estaban esperando a poder entrar en cualquier momento y el gobierno de Valente no podía detenerlos porque las guarniciones ribereñas no contaban con los efectivos suficientes. Así que resultaba más que comprensible el nerviosismo de los soldados, pues temían que los godos de un lado y otro del Danubio unieran sus fuerzas y se tomaran la revancha. Entre ellos empezaba a cobrar forma la idea del genocidio. Esa era la única manera de acabar con el problema de los tervingios: matándolos o, al menos, facilitándoles la muerte.

En sus condiciones ningún ser humano podía soportar más de diez, doce días, sin comer y, entre los refugiados, el hambre se cebaba con los más débiles. Para cualquiera de ellos, cada nueva jornada era un triunfo, y si sobrevivían era gracias a la avaricia de los soldados, que negociaban con su desgracia sin escrúpulo alguno, únicamente interesados por sacarse un sobresueldo a su costa. Pero los refugiados tenían cada vez menos que

ofrecer a los soldados. Muchos ya lo habían vendido todo y habrían dado hasta el alma por llenar un día más el estómago; otros, los más afortunados, aún conservaban la esperanza y parte de sus pertenencias. A todos les asustaba el largo invierno que se les venía encima, ante la triste evidencia de lo que se les avecinaba. Solo los más fuertes lograrían pasarlo.

Con los primeros fríos se había intensificado el tráfico de esclavos, un negocio mucho más lucrativo que el mercadeo de objetos a cambio de comida, para el que se requería ser un buen ojeador y no tener escrúpulos. Entre los soldados había verdaderos expertos. Cada día decenas de seres hambrientos y desorientados abandonaban el recinto para ser trasladados por mar o por tierra hasta los principales mercados de seres humanos. Emprendían un nuevo viaje por el Imperio, hacia lugares desconocidos, donde la mayoría serían tratados peor que bestias. La desesperación de los godos era tal que muchos preferían el destino

incierto de la esclavitud a la certeza de la muerte. Habían comenzado a venderse a sí mismos, convirtiéndose en mercancía, bien por propia voluntad u obligados por sus familiares, pues la libertad que les habían prometido no les iba a servir de nada si morían.

Eldes todavía vivía. Era Belario quien la mantenía con vida, quien alimentaba como podía su muda existencia, pues a él también comenzaban a fallarle las fuerzas. Había dejado de hacer grandes negocios, pues poco quedaba que pudiera interesarles a los soldados y hasta la carne de perro se había convertido en un lujo inalcanzable para la mayoría. Sus padres se habían ido deshaciendo de todo lo que tenían y en el carro no quedaba más que polvo. Todo había sido vendido. Pero, aun así, Belario siempre traía algo para ella, algo con lo que sacarla del peligroso letargo en el que se había sumido, aunque solo fuera una

sonrisa. Cuando no había qué comer, Belario le ofrecía sus risas y a ella parecía bastarle con su compañía para revivir. Le traía las novedades del campamento, chismes que exageraba hasta lo imposible, tan graciosos que hasta ella reía. En ocasiones, la engañaba.

Los días eran cada vez más cortos pero el hambre los hacía interminables. Belario mataba el tiempo pintando para ella. No es que lo hiciera muy bien, pues las manos le temblaban demasiado, pero a los dos les valía. Si Belario se lo proponía era capaz de transformar el mundo y volver a teñirlo de luz. En unos días, el techo de su escondite se fue llenando de pequeñas figuras de carbón que disimulaban la podredumbre de la madera. Le dibujó árboles, ovejas y caballos en miniatura, y hasta un gran río con su isla dentro bajo un sol enorme, desproporcionado, que lo iluminaba todo. Al menos Eldes tendría un cielo donde mirar cuando él no estuviera. No quiso que hubiera soldados para no ponerla triste, pero la

dibujó a ella con él cogidos de la mano.

—Mira, Gacha, estos somos tú y yo, y este es nuestro mundo. ¿A que es bonito?

Belario guardaría para siempre aquella sonrisa.

Perros

—¿Y Belario? —preguntó el padre del niño, contrariado al comprobar que este no se hallaba con el resto de la familia. Les había advertido que se mantuvieran juntos, alejados del carro y de los soldados, pero Belario había vuelto a desobedecerle. Nunca estaba donde se le requería.

El padre de Belario caminaba con la cabeza baja. Acababa de tomar la decisión más dura de su vida y se decía a sí mismo que ya nada le haría volver atrás. Aún tenía los ojos enrojecidos por el llanto, pero había dado su palabra. Baltario no estaba seguro de haber hecho lo correcto y trataba

por todos los medios de evitar las miradas de su mujer, para no flaquear, pero aun así sentía que se lo estaba reprochando. Le preguntó a ella:

—Oda, ¿sabes tú dónde está Belario? Tienes que decírmelo. Los soldados me lo han dejado claro, sin él no habrá trato —le advirtió, alzando la mirada hacia ella. Le flaqueaba la voz y en su rostro, barbudo y demasiado delgado como para resultar agradable, se reflejaba la más absoluta desolación. Sin embargo, el tono de sus palabras denotaba una determinación que incluso a él le producía un cierto estupor.

Tal y como había esperado —le hubiera decepcionado de no ser así—, su mujer no estaba dispuesta a traicionar al pequeño. Así que fueron sus hijos quienes respondieron, encantados de poder hacerlo. Cualquier oportunidad era buena para atacar a su hermano Belario, por el que los soldados sentían tanta simpatía. Cruzaron sus miradas antes de hablar.

—Nosotros lo sabemos. Sabemos dónde está

Belario.

—Está metido debajo del carro, con la niña muda.

Los hermanos de Belario estaban en lo cierto. Los dos niños llevaban todo el día sin salir de su escondite, tumbados uno junto al otro bajo el enorme sol de carbón que él le había regalado, soñando que comían. Era así como soportaban el hambre cuando no había más alimento que los sueños.

—Los muy tontos se creen que allí están a salvo, pero es el peor escondite de todo el campamento. ¿A quién se le ocurre esconderse en su propio carro? —dijo otro de los hermanos de Belario.

—A Belario, ¿no ves que es idiota? —añadió Alarico, el mayor de ellos.

Belario no era idiota. Siempre había sido el más despierto de los seis y si hubiera sospechado lo que iban a ser capaces de hacer sus padres, se hubiera escondido lejos de ellos, en el último

extremo del campamento y no en los bajos de su propio carro. El pequeño no tenía motivo alguno para desconfiar hasta tal punto de su propia familia, pero conocía lo suficiente a sus hermanos como para saber que tarde o temprano acabarían delatándole. Y no se equivocaba. En cuanto tuvieron ocasión se lanzaron sobre él como cuervos sobre la carroña, contentos de poder repartirse sus despojos. Aunque eran demasiado rubios para ser cuervos y sus voces sonaban incomprensiblemente dulces pese a toda la maldad que encerraban.

—Padre, ha sido él quien les ha estado vendiendo nuestras cosas a los romanos.

—Nos ha dejado sin nada para dárselo a su amiga, pero no te enfades con él.

—Es verdad. Eso es verdad. Lo cambiaba por comida, mientras a nosotros nos dolía la tripa por culpa del hambre. ¿Te acuerdas de aquel día que me puse tan enfermo?

—Fue él quien se llevó el telar de madre.

¡Madre lo sabe!

—¿Es eso cierto, Oda? —inquirió el padre dirigiéndose a su mujer. Lo que le estaban contando sus hijos era muy grave.

Oda fingió desconocerlo, aunque se la veía nerviosa, incómoda. No dejaba de frotarse las manos sobre la falda de su túnica.

Sus hijos no tuvieron reparo alguno en asentir por ella. Claro que era cierto. Uno de ellos, el mayor de los cinco, el cabecilla, todavía se atrevió a ir más lejos. Adoptó un tono serio nada propio de él, que a los demás les hizo reír de pura inconsciencia. No veían más allá de su venganza, aunque su hermano ya estaba condenado.

—Creo, padre, que es justo que sea Belario y no nosotros quien se vaya.

—¿Irse a dónde? —preguntó la madre desconcertada. Sus hijos sabían algo que ella ignoraba.

—Pues... con los soldados. ¿Dónde va a ser? Él se lo ha buscado. ¿No decía que eran sus

amigos?

—Si no hubiera presumido tanto... Ya es hora de que se le bajen esos aires.

Belario no debía haber alimentado de ese modo los celos de sus hermanos.

—¡Callad de una vez! ¿Cómo podéis hablar así? ¡Es vuestro hermano! —gritó la madre fuera de sí, descompuesta ante la crueldad de sus hijos. No acababa de comprender bien sus insinuaciones. Seguía frotándose las manos con nerviosismo. Entre todos la habían hecho llorar.

Los sollozos de Oda viajaron con el violento viento que soplaba aquella tarde y se colaron por debajo del carro hasta alcanzar los oídos de Belario, para devolverle a una realidad mucho más amarga que el delicioso pastel de moras con el que había estado soñando, justo en el momento en que se disponía a hincarle el diente. Ya se le había hecho la boca agua al recordar el empalagoso sabor de la miel, y estaba a punto de chuparse los dedos, cuando el llanto de su madre

le distrajo.

—Gacha, ¡es mi madre! —musitó Belario sin apenas levantar la voz para no descubrirse. Notó que, de pronto, se le había secado la boca.

Sin saber por qué razón comenzó a limpiarse las manos en la camisa, con el ceño fruncido, tan concienzudamente como hacía todo, empeñado en hacer desaparecer la miel de sus dedos. Era lo mismo que hacía en casa, cuando comía miel a escondidas de las esclavas. Decidió incorporarse para enterarse de lo que ocurría. Se fue levantando poco a poco, con cuidado de no darse en la cabeza con los tablones del carro, hasta quedar convertido en un ovillo, prácticamente incrustado en el reducido espacio que había entre el suelo y la madera, mientras su amiga permanecía tumbada a su lado, observándole entre divertida y expectante. En esa postura, aunque incómoda, le resultaba más fácil mantenerse alerta y averiguar qué era lo que sucedía allá afuera. Oyó llorar a su madre de nuevo y comenzó a preocuparse. Su llanto se

mezclaba con el viento, pues esa tarde el viento también gemía.

Belario buscó la mano de Gacha y la apretó entre las suyas con fuerza. La niña supo que realmente estaba asustado al ver cómo se le empezaban a saltar las lágrimas. Si su madre lloraba así es que algo malo pasaba. Era una mujer fuerte, tan fuerte como él, y casi nunca se dejaba vencer por el llanto. Al contrario que sus hermanos, que se pasaban el día gimoteando por tonterías.

Pero en esa ocasión tampoco Oda había podido mantener la dignidad. Se trataba de su hijo, del pequeño Belario, y ella podía haberle evitado el castigo. Era cierto que le había visto salir del carro con el telar colgado al hombro y que no dijo nada, ni siquiera le preguntó qué pretendía hacer con él. Se recriminaba a sí misma el haberle consentido tanto, pero no lo había podido evitar. Sentía por Belario algo que no sentía por el resto de sus hijos, algo que la unía a él, como si la

cuerda de la vida no hubiera sido cortada tras haberle dado a luz. Empezó a mover la cabeza de un lado a otro, sin control, negándose a sí misma una realidad que le dolía demasiado. Empezaba a comprender las palabras de Baltario y no podía creerse que algo así les estuviese sucediendo a ellos. Aquello no podía ser verdad. Habían sido tan felices... Baltario era incapaz de hacer una cosa así. Amaba tanto a sus hijos como ella, y quería a Belario. Estaba segura de que, a pesar de su rudeza, le quería. Tardó en poderle mirar a la cara y cuando por fin se atrevió a hacerlo, le dejó escapar una advertencia que le salió de lo más profundo de las entrañas:

—¡No serás capaz! —Lo sería, le bastó con mirarle a los ojos para saber que lo sería. Él también había llorado.

»¡Me has mentido! ¡Dijiste que les ibas a ofrecer el carro! —le recriminó, herida de muerte por el dolor. Era lo único que les quedaba, el carro y sus propias vidas. Ya no tenían más que

ofrecer. Pero los romanos preferían sus vidas.

A su espalda, a unos pocos pasos de donde se encontraban, un reducido grupo de soldados esperaban a cerrar el negocio. Conocían a Belario, todos en la guarnición le conocían. Ningún otro niño en el campamento era tan conocido, tan brillante y tan encantador como él, y por eso precisamente lo querían. Pretendían sacar un buen pellizco a sus bonitos rizos y estaban impacientes por llevarse al chico, antes de que el padre pudiera echarse atrás, ablandado por los lloriqueos de la mujer. Empezaban a perder la paciencia con Baltario. Comenzaron a gritarle para que se diera prisa en entregarles cuanto antes la mercancía.

Oda estaba cada vez más nerviosa, más angustiada. Los gritos de los soldados la estaban volviendo loca.

—No les entiendo, hablan demasiado deprisa. Hablan de Belario, ¡sé que hablan de Belario! ¿Qué es lo que dicen? ¡Dímelo! ¡Dime tú qué es lo

que dicen! Quiero saberlo. ¡¡Quiero saber qué es lo que dicen!! —le imploraba Oda sin dejar de sollozar, incapaz de comprender ni una sola palabra en latín.

—¿Quieres saberlo? ¡¿De verdad quieres saberlo?! Los soldados dicen la verdad, que si no les damos a nuestro hijo, todos moriremos. No habrá más comida para nosotros. ¿Lo entiendes? ¿Entiendes lo que eso significa, Oda? Antes de que acabe el invierno estaremos muertos.

La vida de Belario a cambio de la de su familia. Antes prefería morir.

—¿Qué haces? ¡Levántate!

—Diles que iré yo en su lugar, te lo suplico. — Oda se había dejado caer de rodillas en el suelo, suplicándole a Baltario que no lo hiciera, que no entregara a Belario, mientras luchaba por retirarse el pelo de los ojos, pero el fuerte viento se lo impedía—. Trabajaré para ellos, haré lo que sea... pero que no se lo lleven. No es más que un niño.

—Levántate, Oda, no me avergüences.

Le estaba avergonzando delante de los soldados. La agarró de los brazos con firmeza, casi con brutalidad, y la levantó del suelo casi sin esfuerzo. Pesaba menos que una niña y tenía las muñecas mucho más delgadas. Baltario sintió compasión por ella. Eso era lo que quedaba de Oda: piel, un puñado de huesos y su pelo lacio y largo, desbaratado por el viento, demasiado largo para llevarlo suelto. Roma se había llevado el resto, lo poco que le quedaba de su belleza. La mantuvo entre sus brazos con firmeza como si temiera que de un momento a otro pudiera salir volando e intentó tranquilizarla con suavidad:

—Tranquila... Belario es fuerte. Es el más fuerte de nuestros hijos. Sobrevivirá —le aseguró mientras la besaba una vez más en el profundo valle que surcaba su mejilla, donde un día hubo carne. La apartó de su lado con cuidado de que no rompiera de nuevo a llorar, con cariño, y se dirigió a los soldados, convencido de que era mejor terminar con aquello cuanto antes—. Está en

el carro.

Oda cerró los ojos y supo que todo había acabado. Sintió cómo el viento le arrancaba las últimas lágrimas mientras que ella seguía luchando contra su pelo. Necesitaba mirarles a la cara, saber qué clase de monstruos eran los que iban a llevarse a su pequeño, y se volvió hacia ellos. Pero lo único que pudo ver fue el grotesco contenido de la carreta que traían consigo, pues los soldados habían desaparecido dejándola abandonada.

—Un par de perros muertos, eso es lo que vale la libertad de mi hijo —murmuró entre dientes, apretando las mandíbulas con rabia. Volvía a ser la mujer fuerte y temperamental que nunca lloraba. El odio le había robado las lágrimas.

Belario valía más que un puñado de perros, mucho más. Tenía todas las cualidades de un buen esclavo y haría las delicias de cualquier matrona rica que estuviera dispuesta a pagar una buena suma por él. Era un bello ejemplar, además de

encantador. Los soldados no esperaban obtener menos de dos sólidos por él en el mercado de Marcianópolis, al que sería trasladado esa misma noche, cuando por fin lo tuvieran en su poder. En cuanto supieron dónde estaba fueron a buscarlo.

Los sollozos habían cesado sin que Belario pudiera averiguar el motivo, tal vez tuviera que ver con los soldados. Habían aparecido de repente y estaban tan cerca que podían ver sus ridículas piernas cubiertas de pelo desde su escondite. Estaban inquietos, algo buscaban. Estuvieron un buen rato dando vueltas alrededor del carro hasta que decidieron entrar en él. A los soldados no les gustaba husmear en los malolientes carros de los godos, aun así subieron a inspeccionarlo. Los niños oyeron los pasos sobre sus cabezas, pero tampoco parecieron tener suerte esta vez. No encontraron lo que buscaban, el carro estaba vacío. A ninguno se le ocurrió mirar debajo.

—Nada. Ni rastro del niño. ¿Dónde se habrá metido esa rata? Quedamos en entregarla mañana

mismo —oyeron decir a uno de ellos.

—Gacha, hablan de mí. No pasa nada, ¿ves como se están marchando?—susurró Belario, dándose importancia, ya menos tenso. Sentía curiosidad por verles las caras, seguro que eran amigos. Para él era un orgullo escuchar su nombre en boca de los soldados, aunque no pudiera comprender lo que decían. Sus conocimientos de latín se limitaban a unas pocas palabras y un amplio despliegue de sonrisas y gestos graciosos con los que atraerse la simpatía de los clientes.

—¡Belario! ¿Dónde estás, pequeño cabrón?

Belario volvió a reconocer su nombre entre la, para él, incomprensible retahíla de palabras latinas que salía de la boca de los soldados y quiso asomar la cabeza para ver si los conocía. Pero Eldes se lo impidió cogiéndole del brazo con las pocas fuerzas que aún le quedaban.

—¡Ay! ¡Estás tonta! ¡Me has hecho daño! ¿No ves que me están buscando? —se quejó. Estaba dispuesto a salir del carro pero se detuvo en seco,

el gesto de su amiga le previno de que tal vez no fuera buena idea—. ¡Gacha!, ¿qué es lo que pasa?

La niña no podía responderle. Volvía a sentir esa mano invisible oprimiéndole la garganta, pero sus ojos desmesuradamente abiertos lo decían todo. Ella sí les había entendido. Los soldados querían quedarse con Belario para convertirlo en esclavo y ser esclavo era lo peor que le podía pasar a un godo. En su casa siempre había habido esclavos dacios, indígenas, y se les trataba mal, a veces mucho peor que a los caballos. Ninguno de ellos era godo. Su padre decía que un godo antes perdía la vida que la libertad y ella no quería que su amigo perdiera ninguna de las dos cosas.

Intentó retenerle pero alguien tiró de él para arrancarlo de su lado. Ninguno de los dos había visto los botines de cuero de Baltario. De haberlos visto, Belario los hubiera reconocido al instante y tal vez no se hubiera dejado pescar. El des se quedó con la mano tendida, viendo cómo su amigo desaparecía de su lado y sintió un desgarró en el

interior del pecho, como si, de repente, le hubieran arrancado el corazón de cuajo. Fue incapaz de reaccionar. Desde su escondite vio alejarse los pies de su amigo junto a los de la persona que se lo había llevado, y no se atrevió a seguirles. Se quedó allí escondida, bajo el cielo que Belario había pintado para ella, escuchando. Esta vez las voces sonaban mucho más lejanas, aunque no lo suficiente para Eldes. El viento se las traía.

—¡Godos! ¡Ahí tenéis vuestros perros!

Tres perros muertos, ese era el precio que habían pagado por él. Al verlos, Belario entendió por qué gemía el viento. Su madre estaba allí, junto a sus cinco hermanos, que no querían perderse la despedida; mirándole fijamente, pálida y fría, como si estuviera viendo a un espectro. Él hubiera preferido encontrársela llorando.

—¡Madre! ¡Deja que me quede, por favor! ¡No volveré a esconderme, te lo prometo! ¡¡Quiero quedarme con vosotros!! Cogí todas esas cosas para Gacha, no quería que ella también se

muriera... como *Tizón* —les confesó Belario avergonzado de su estupidez. Estaba arrepentido.

—Acércate —le pidió la madre.

Los soldados le empujaron por la espalda para que se acercara. Fue el único gesto de compasión que tuvieron.

—Recuerda lo que te voy a decir y no lo olvides nunca, pase lo que pase. Tienes que jurarlo.

Esperó a que el niño contuviera el llanto y asintiera con la cabeza. Se agachó para poderle hablar a los ojos.

—No han sido padre y madre quienes te han condenado, ha sido Roma. Serás vendido como esclavo y tu dueño no te dejará morir después de haber pagado por ti. Al menos tú comerás todos los días. Belario, hijo mío, crecerás y te harás un hombre. Tal vez algún día puedas vengarnos.

Uno de los soldados lo separó a la fuerza de su madre, pero Belario ya llevaba la semilla del odio en su interior. Sobreviviría, aunque solo fuera por

venganza.

—¡Eres fuerte, hijo, sobrevivirás! —le prometió su madre. Y al despedirse de él, no pudo evitar que se le quebrara la voz—. Ahora, vete, y no te preocupes por mí, yo ya estoy muerta.

—¡Madre! —gimió Belario.

—No nos guardes rencor, pequeño. Ni tu padre ni yo merecemos este castigo. Guárdaselo a los romanos, son ellos los que nos están haciendo esto.

«Adiós, Belario.» El niño creyó oír la voz de Gacha por primera vez. Era una voz bonita aunque triste, como lo era su amiga. Le hubiera gustado seguir cuidándola, pero tenía que marcharse con los soldados. Los conocía a todos, habían sido sus amigos. La soga con la que le habían atado el cuello y las manos le molestaba. Se lo llevaron atado como a un perro junto a los demás esclavos, todos niños aunque ninguno tan guapo como él.

Aquel no fue un simple adiós. Ninguno de ellos pudo olvidar jamás ese día en el que el rencor a

Roma se había instalado para siempre en sus corazones. Lo recordarían mientras vivieran. La vida sin Belario fue todavía más insoportable para los que se quedaron en el campamento, esclavos de su propia supervivencia. La carne de los perros les sirvió para calmar el hambre pero no la culpa por haberse deshecho de él. Incluso sus hermanos le echaban de menos. Le recordaban continuamente, mientras veían con tristeza cómo su madre se dejaba morir de pena. Se había jurado a sí misma no probar un solo bocado de aquella carne que había condenado a su pequeño a la esclavitud y cada día estaba más delgada. El odio a Roma la estaba consumiendo.

A Eldes ya nadie volvería a llamarla Gacha, con lo que a ella le gustaba ese nombre que tanto la hacía reír, pero al menos tenía sus dibujos para recordarle. Pasaba los días con la mirada perdida entre el sol y las montañas que Belario había dibujado para ella, imaginando que en algún lugar de ese ingenuo mundo que flotaba sobre su cabeza

volvería a encontrarse con él. Sobrevivía gracias a que, cada atardecer, cuando se ocultaba el sol, alguien le dejaba comida junto a las ruedas del carro y, a Eldes, esa curiosidad por saber quién era la hacía sentirse viva. En el campamento había alguien que todavía se preocupaba por ella y la seguía alimentando, para que no le ocurriera lo mismo que le había ocurrido a *Tizón*. Era como si Belario aún estuviera allí, como si nunca se hubiera marchado. Era su amigo y nunca lo olvidaría.

Martirio

El invierno se había dejado caer por el campamento mucho antes de lo que todos esperaban. Con el frío, la situación de los refugiados era aún más desesperada y a Anulfo no le quedaban fuerzas, ni valor suficiente, para seguir avivando entre ellos falsas esperanzas, en las que ni él mismo creía. Era como sembrar trigo en la roca aún a sabiendas de que jamás germinaría. Nadie quería oír hablar ya de Tierras Prometidas ni de mundos mejores, menos aún de ese Reino de los Cielos que se ocultaba por detrás de las nubes. Habían dejado de confiar en él y eran

pocos, cada vez menos, los que conservaban la fe en Cristo, si es que alguna vez la habían tenido. Los veía arrastrando su mirada caída por el campamento, con el rostro apagado, enfermos de nostalgia, medio muertos por el hambre y la tristeza de haber perdido a los suyos; sintiéndose culpables por haber sobrevivido a tanta sinrazón. Echaban de menos sus tierras, a sus dioses, el olor de sus bosques y de sus campos, y habían vuelto a aferrarse al poder de los chamanes. Culpaban a Roma por haber olvidado la promesa que les había hecho a los jefes. La promesa de alimentar a los godos hasta que ellos mismos pudieran abastecerse con sus propios cultivos, como colonos de unas tierras que cada día parecían más lejanas, en las que pocos pensaban. Se habían olvidado del sueño que les había llevado hasta ahí y casi nadie entre los refugiados ansiaba ya una tierra que cultivar, pues no les quedaban fuerzas para levantar la azada, y lo único que les importaba era seguir viviendo.

A Anulfo hacía tiempo que le reconcomía la angustia de ver sufrir a su gente. Rezaba día y noche por ellos, pidiéndole a Dios que le ayudara a pasar esa dura prueba. Sabía que no podía seguir alimentándoles con quimeras, pues ya no había esperanza en sus corazones. Tenía que hacer algo más por ellos, ponerse de su lado, aunque eso supusiera darle la espalda a Roma. También él se sentía traicionado y abandonado a su suerte en aquel campamento donde sentía que ya no le querían, hasta el punto de que cada vez con más frecuencia llegaba a temer por su propia vida. Solo le quedaba Dago, el único que seguía confiando en él.

El niño entró corriendo en la tienda de campaña, agitado por algo que acababa de escuchar.

—¡Anulfo! Unos hombres hablaban de ti. Decían que tú tienes la culpa de lo que nos está pasando, que eres un traidor. Eso no es cierto, ¿verdad? —preguntó Dago, deseando que el

clérigo le dijera que lo que se decía sobre él en el campamento no eran más que mentiras.

Le había sorprendido rezando ante la reliquia del santo Saba, un trozo de hueso que el clérigo guardaba celosamente envuelto en un paño de lino. La levantó con cuidado del altar para depositarla sobre la tela para guardarla, mientras pensaba en lo que acababa de decirle el muchacho.

—No lo sé, Dago. Ni yo mismo lo sé —le respondió con voz queda y cansada, como si hubiera también perdido las ganas de hablar, además de la esperanza—. Reza conmigo, te ruego que me acompañes. *Atta unsar þu in himinam, weihnai namo þein...*

Al terminar la oración del Padre, que el obispo Ulfila había traducido para ellos, le dijo algo que Dago no podría olvidar. Era como si estuviera despidiéndose de él:

—Escucha con atención. Puede que yo no esté siempre aquí para protegerte, pero, pase lo que pase, confía en Dios. Él te sacará de aquí.

El niño no entendió el alcance de esas palabras hasta tres días después. Tal y como Anulfo imaginaba —reconocía el odio en sus miradas—, no tardó en ser víctima de todas las promesas que no había podido cumplir.

El sacerdote se presentó ante su gente, desnudo de vanidad, dispuesto a pedirles perdón por todo el daño que les había causado, pero los godos estaban hartos de tanta palabrería y no le quisieron escuchar. Había actuado de buena fe, Dios lo sabía, pero la desesperación de los hombres no atiende a razones. Él, que los había congregado por cientos, no pudo, esa mañana, hacerles salir de sus carros para pedirles perdón por todo el daño que les había hecho; y los pocos refugiados que, pese al frío, permanecían a la intemperie, estaban más interesados en retirarse la roña de los pies que en escuchar las disculpas del clérigo.

—¡Dile a tu Dios que nos dé de comer y déjanos en paz!

Dago le había seguido. Había salido de la

tienda junto al clérigo, pero la repentina aparición del chamán le había hecho ir más despacio. Temía al chamán más que al propio Diablo.

—¡Eso! ¿Dónde está la magia de tu Dios? ¿Por qué no multiplica el pan para nosotros? ¿O es que no éramos nosotros el Pueblo Elegido?

—¡Yo os lo diré! —intervino el chamán—. No tenemos pan porque ese dios del que habla el sacerdote no existe. ¡Es mentira! ¿Acaso lo veis en alguna parte? Os ha estado engañando con sus falacias cristianas para agradar al emperador. ¿No seguiréis creyendo en él? —les preguntó elevando la voz, atrayéndose así la atención de los fieles.

El chamán ya no se ocultaba. Había recuperado su poder y su aspecto era sobrecogedor. El pesado manto de piel y las joyas que colgaban de su cuello contrastaban con la sencilla dalmática de lana clara que vestía su rival, la única que no había vendido para poder comer. Al chamán las cosas parecían irle mucho mejor.

—¡Descubrid al dios! —declamó.

Dos de los hombres que acompañaban al chamán apartaron el pesado cortinaje que ocultaba el santuario. La imagen del dios apareció triunfante a pesar de que su tronco había sido calcinado por el fuego. El chamán también había sabido sacarle partido a ese desagradable incidente. El dios de los cristianos no había podido acabar con él y Enguz, el poderoso Enguz, había resurgido de las llamas para volver a reinar sobre la tierra. Dago se sintió impresionado por su poder y a punto estuvo de postrarse ante él, de no ser porque la iracunda reacción de Anulfo le disuadió:

—¡Basta! Es vuestra idolatría la que nos ha condenado —les advirtió. Buscaba las miradas de los fieles pero todas estaban puestas en el chamán. Aun así continuó—: Ese dios vuestro, al que adoráis, es la imagen viva de Satán.

Anulfo les estaba provocando. Ya habían sufrido bastante por culpa de sus mentiras y no

iban a tolerar que provocara mayores desgracias, desatando sobre ellos la ira del dios. El chamán sabía cómo encender los ánimos de su gente.

—¡Fijaos! —Mostró el tronco ennegrecido por el fuego—. El señor de la tierra clama venganza. Tiene sed de sangre romana —insinuó el chamán, desafiando al clérigo con la mirada—. ¡Clérigo!, ofrece tu sacrificio al dios de los godos. Reconoce su poder.

—¡Jamás! No hay más Dios que el Verdadero —proclamó Anulfo, intuyendo su martirio.

—¿No lo veis? Está tan loco como los demás. Muchos de vosotros los visteis morir por defender a ese dios de los romanos —les recordó el chamán. Se refería a las ejecuciones de cristianos que ordenó el propio Atanarico para combatir el poder de Roma—. De acuerdo, se lo volveré a preguntar, por si ha entrado ya en razón. Dime, clérigo, ¿estás dispuesto a rendir sacrificio a nuestro dios?

Anulfo no respondió. Permitted que su silencio

fuera el que le condenara, pues no tenía agallas para confirmar a Cristo delante de aquella gente; tampoco para negarle. Nunca había tenido madera de mártir y la certeza de que iba a morir violentamente le aterraba. Él mismo había visto perecer a Saba ahogado y la sombra de aquel martirio le había atormentado desde entonces. Había sido una muerte horrible, como la que le esperaba a él si Dios no lo impedía. Miró al cielo cubierto de nubes. En los últimos tiempos había rezado mucho para que ese día no llegara nunca. Rezar le tranquilizaba. En los últimos días, se había llegado a obsesionar de tal manera con su propio martirio que hasta había puesto en duda su fe.

A una señal del chamán, los dos hombres se acercaron a él y le arrancaron la ropa a jirones hasta desnudarle por completo. Era la única dalmática que poseía y Anulfo sintió que se la rompieran. Pero, pese a su fuerte carácter, no opuso resistencia. Se dejó hacer, aceptando la

voluntad de Dios con más resignación de la que había pensado. Siempre había sabido cuál iba a ser su final. Así que se dejó despojar de su condición de hombre con la docilidad de un cordero y, desnudo como un animal, permitió que le ataran de las muñecas a uno de los carros ante la morbosa mirada de los que un día habían sido sus fieles. Al fin había conseguido convocarlos, aunque fuera en torno a su propio martirio. Era el momento de pedirles perdón.

Las humildes palabras del clérigo exasperaron aún más los ánimos, desatando los insultos y los reproches contra él. Las noticias en el campamento corrían rápido y no dejaba de llegar gente para ver morir al sacerdote. Al verlo allí desnudo, rodeado de gente, el niño empezó a comprender el porqué de la angustia de su amigo, las largas noches en vela frente a las reliquias del mártir... la enigmática frase de despedida. Anulfo sabía cuál iba a ser su final, lo supo durante el martirio de Saba, pero no abandonó, siguió propagando el

cristianismo entre los godos hasta el último día de su vida. Cuando la carreta se puso en marcha, el niño hizo lo imposible por esquivar a los curiosos y pegarse a una de las ruedas del carro para poder caminar a su lado. Le costaba seguir el paso de los animales, pero por nada del mundo quería separarse de él.

El martirio del clérigo había creado una gran expectación entre las infelices almas que poblaban aquel sector del campamento. Salvo los moribundos, todos estaban allí, disfrutando de su venganza. Viendo pasar el carro con Anulfo a rastras mientras este trataba de mantenerse en pie, más por dignidad que por miedo a dejarse la piel en el camino, pero cuando el carro cogía velocidad, caía de nuevo y se dejaba arrastrar hasta que volvía a recobrar el equilibrio. Una de esas veces, el sacerdote se dejó caer sobre los hombros del niño para hablarle al oído. Dago pudo ver las gotas de sudor sobre su frente.

—¿Te acuerdas de Simón? —le preguntó.

El niño asintió aliviado por poderle contestar. No podía defraudarle en esos momentos:

—El hombre que ayudó a llevar la cruz de Jesús.

Anulfo hizo un esfuerzo por sonreír. Lo que le salió fue una sonrisa amarga, forzada por el dolor.

—Ayúdame, Dago. Yo solo no puedo cargar con ella.

Dago se fijó en la sangre.

—Te duele mucho, ¿verdad?

—Mucho.

—No llores...

Era la primera vez que veía llorar a Anulfo, pero no era el dolor lo que le provocaba el llanto. A Anulfo no le dolían las magulladuras, ni las heridas, ni la piel desgarrada más de lo que le podían doler sus propios errores. La conversión de los tervingios había sido un error. No había sido sincera, sino por la necesidad que tenían los jefes de agradar a Roma. Eso era lo que más le dolía. Había entregado su vida a cambio de nada.

De pronto, la carreta se detuvo y alguien apartó a Dago de su lado. Lo último que pudo ver antes de perder la consciencia fue el rostro del chamán desfigurado por la risa.

Le arrojaron agua fría sobre la cara y el cuerpo para reanimarle. El sacrificio tenía que continuar, pues el chamán se veía obligado a mantener el espectáculo ante la enfervorecida asistencia. Hubiera resultado muy decepcionante verle perder tan pronto el conocimiento. Anulfo quedó tendido en medio de un gran charco de barro y sangre, expuesto a las miradas de satisfacción de sus hermanos. Temblaba. Dago fue el único que pudo leer las últimas palabras que salieron de sus labios. Rezaba al Padre en la lengua de los suyos:

—*Atta unsar þu in himinam, weihnai namo þein. Qimai þiudinassus þeins. Wairþai wilja þeins, swe in himinam jah ana airþai. Hlaif unsarana þana sinteinan gif uns himma daga, jah aflet uns þatei skulans sijaima, swaswe jah weis afletam þaim skulam unsaraim. Jah ni briggais*

uns in fraistubnjai, ak lausei uns af þamma ubilin; unte þeina ist þiudangardi jah mahts jah wulþus in aiwins.

—... *unte þeina ist þiudangardi jah mahts jah wulþus in aiwins.* Amén —rezó Dago sin apenas mover los labios para no delatarse. Esa fue su despedida, antes de confundirse entre la multitud, consciente de que ya no se podía hacer nada más por él. Estaba lleno de pavor.

Los dos hombres le obligaron a levantarse, pero Anulfo no se mantenía en pie.

—¡Dejadlo que muera entre el lodo, si es ese su deseo! —exclamó el chamán, exultante ante la enorme expectación que había provocado el ajusticiamiento del sacerdote. Alzó sus brazos cargados de oro antes de retirarse para no robarle protagonismo a la víctima. Lo dejaba a disposición de su gente, podían hacer de él lo que quisieran. Se dirigió a él—: Adiós, Anulfo. Pronto estarás con tu dios.

Alguien lanzó una piedra, la primera, que le

impactó en la frente. Anulfo la recibió impasible, fingiendo no sentir dolor. Aquella brutal invitación fue la señal para que comenzara el linchamiento que iba a acabar con su vida. El chamán había tenido la habilidad de retirarse antes de que se desatara el odio entre ellos, pues nunca se sabía quién podía ir después. Los dejó solos con su rencor. Odiaban todo lo que Anulfo representaba y sobre todo odiaban el poder de Roma. Comenzaron a arrojar piedras sobre él, una por cada uno de sus muertos. No solo piedras, le lanzaron cualquier cosa que encontraron a su alcance: palos, heces, zapatos, todo servía para dar muerte al traidor. Le arrojaron insultos e infamias, que él ya no comprendía. Eran decenas, cientos de personas, las que se habían unido al escarmiento. Decenas, cientos de brazos lanzando proyectiles cargados de ira. Los lanzaban con una fuerza desmedida pese a su debilidad, como si quisieran atravesar el cuerpo del sacerdote con cada lanzamiento, mientras este intentaba

protegerse, acurrucándose como un animal sobre el barro ensangrentado.

—¡Buscad al niño! —gritó alguien animado por la sangre que brotaba del escuálido cuerpo del sacerdote.

Dago lo oyó. Jamás había estado tan asustado. Él no era un santo, ni un mártir, y no quería morir de esa manera tan horrible. Notaba que había demasiados ojos clavados en él, demasiados dedos que le señalaban: «el chico de Anulfo». Hasta esa misma mañana se había sentido orgulloso de cómo le llamaban en el campamento. Él era el niño al que Anulfo había rescatado entre los muertos, al que había sacado de la aldea para llevarlo a un mundo mejor, y habían sido grandes amigos, pero no por eso merecía su mismo final.

Pensó que le habían reconocido y el pánico le hizo reaccionar confundiéndose con la masa, actuando con la misma brutalidad que el resto. Se agachó como pudo entre las dos mujeres que tenía delante y buscó por el suelo algo que le pudiera

servir de proyectil. Lo lanzó y esperó a ver el resultado. Se felicitó a sí mismo por su puntería, la piedra había impactado justo en la sien. Celebró el triunfo con una mueca y siguió lanzando una piedra tras otra, como si el miedo le hiciera ensañarse con los restos de su amigo. Era lo único que le quedaba. Estaba tan fuera de sí que necesitaba hacer daño, causar dolor, destruir; sacar todo el odio que llevaba dentro. Siguió arrojando piedras hasta que no pudo más. Abandonó desconcertado al comprobar que no quedaba nadie a su alrededor. Los hombres se habían ido dispersando tras asegurarse de que todo había acabado, pero ninguno se había molestado en retirar el cadáver. Lo habían dejado allí, en el lodo, como si fuera un cerdo, sorprendidos de que el muchacho, el chico de Anulfo, siguiera desahogándose con él. Fue él quien le lanzó la última piedra.

Anulfo había muerto por amor a los suyos, pero estos no le quisieron perdonar su amor a Roma y terminaron matándole. Dago permaneció

en pie frente al cadáver de su amigo, horrorizado por lo que acababa de hacer. Lo había matado, entre todos lo habían matado. Se había unido a los demás por miedo, para que no le señalaran, para no ser él el próximo en morir, solo para salvar la vida. Extrañado, se miró la mano. Aún le quedaba una piedra por arrojar. De repente, le resultó demasiado pesada y la dejó caer. Había apedreado hasta la extenuación a la única persona que le había ayudado a seguir adelante. Anulfo había sido el mejor amigo que había tenido. Intentó rezar la oración del Padre que él le había enseñado, para tranquilizarse y no pensar en lo que había hecho, pero, por mucho que lo intentó, fue incapaz de recordar una sola palabra. Tal vez Anulfo se la hubiera llevado al otro mundo para que él no pudiera rezarla nunca más. Le echaría de menos, sin él no iba a poder sobrevivir.

Estaba a punto de echarse a llorar cuando la vio vagando entre la muchedumbre. Estaba seguro de que era ella, esta vez no se equivocaba. Enguz

se la había devuelto. Estaba tan confundido que ni siquiera supo si se alegraba de verla. Se plantó frente a ella, pero Eldes no le reconoció. Tardaría en hacerlo. Por un momento dudó de que estuviera viva. Estaba tan acostumbrado a la muerte que reconocería su presencia con los ojos cerrados, solo por el olor, y Eldes olía como un cadáver. No era más que un esqueleto, sin grasa, sin músculos, apenas cubierto con una capa de piel tan fina que parecía transparente. Se fijó en la punta de sus dedos ensangrentados, en sus uñas rotas y llenas de tierra, como si, durante todo ese tiempo, hubiera estado cavando su propia tumba.

Era cierto que había estado arañando la tierra día y noche hasta quedarse sin uñas, comportándose como si la pérdida de Belario le hubiera hecho perder la razón. Un día no pudo más y cubrió el dibujo que él había hecho con la tierra mojada, para no verlo, pues no le había perdonado el que se fuera. Al menos, mientras vivió su madre, pudo seguir alimentándose con la comida

que ella le dejaba junto a las ruedas del carro, y que Oda se negaba a probar. Cada anochecer, sin falta, hasta que ella también se fue. La vio pasar tumbada y con el vientre tan hinchado que parecía que fuera a parir, muerta. Había empezado a morir el día que entregó su hijo a Roma y su agonía no duró demasiado, aún les quedaba carne de los perros cuando ella se marchó. Pero nadie volvió a darle de comer y Eldes tuvo que salir a buscarse su propia comida.

Esperaba a la noche, cuando el campamento quedaba en silencio fingiendo dormir y los soldados, borrachos de codicia y de vino, bajaban la guardia, abandonándose al juego o a las mujeres que acudían a ellos casi desnudas, ofreciéndoles su inapetente cuerpo a cambio de comida para los suyos. Era entonces cuando Eldes salía de su escondite y se arrastraba por los alrededores como un animal nocturno, buscando cualquier cosa que le sirviera de alimento. Llenaba el estómago con lo que encontraba, sobre todo hojas. Tantas que

llegó a detestar su amargo sabor. Con sus uñas escarbaba la tierra en busca de raíces y de pequeños animalillos que ella pillaba desprevenidos en la oscuridad. En poco tiempo se convirtió en una excelente cazadora, pero jamás pensó que podía ser cazada. Una noche, uno de los soldados la sorprendió arrastrándose a cuatro patas por el suelo, sigilosa, al acecho de una presa, y la siguió, cautivado por sus movimientos. Elde observaba a su alrededor, ajena a las intenciones del soldado, mientras este buscaba el modo de abordarla. Esa noche tuvo suerte, mucha más de la que ella creyó tener. Atrapó un ratoncillo y lo devoró allí mismo, ante la horrorizada mirada del soldado.

—¿Dónde te habías metido? Te he buscado por todas partes. ¿Por qué no me hiciste caso? ¡Dime! ¿Por qué no te quedaste con nosotros? ¡Mira cómo estás! —le reprochó Dago. No podía contener toda la rabia que llevaba dentro y comenzó a gritarle como si ella tuviera la culpa de lo que había

pasado. Estaba nervioso, excitado, confuso tras el linchamiento de Anulfo; decepcionado al ver en lo que se había convertido. Eldes ya no era la niña pecosa y bonita con la que compartía juegos y aventuras en la aldea, con la que él no había dejado de soñar desde que se separaron. La había recuperado hecha una piltrafa, un desecho que ni siquiera hablaba, y ahora que estaba solo no tendría más remedio que cargar con ella. Eldes era todo lo que tenía, todos sus recuerdos: las interminables tardes en el granero, los juegos, las risas, el sol que salía tras las montañas, el bosque... todo lo que había dejado atrás en la aldea. Sin ella, sin sus recuerdos, tampoco él podría salir adelante. También él la necesitaba. La abrazó con fuerza y se juró cuidar de ella—: Nunca vuelvas a separarte de mí. ¿Lo entiendes? ¡Nunca!

Deserción

En los días que sucedieron al linchamiento, el campamento quedó sumido en una calma tan tensa y quebradiza como las frágiles vidas de los refugiados, que poco a poco fueron recobrando la cruel rutina de la supervivencia. Los ánimos entre ellos se fueron apaciguando, al menos en apariencia, pues el rencor seguía ahí, sin que los culpables de aquella atrocidad llegaran a ser señalados. En su fuero interno, todos se hacían responsables de lo ocurrido, pues quienes no arrojaron las piedras, tampoco tuvieron el valor o la intención de detenerlas; y ni siquiera las

autoridades romanas se atrevieron a intervenir. Miraron hacia otro lado, sin importarles que Anulfo, el sacerdote arriano del Sector VII-Noroeste, hubiera muerto por defender los intereses del Imperio. Era así como pagaba Roma la fidelidad de quienes la apoyaban. Ni siquiera el *comes* Lupicino, al que había servido con lealtad, mostró el menor interés por que se esclareciera el asunto. Es más, hizo todo lo posible para que se dejara pasar, no fuera a ser que trascendiera y llegara a oídos del emperador. Había que tomarlo como lo que era, una simple venganza entre bárbaros y solo a alguien tan fanático como Valente podía importarle que se tratara de un clérigo arriano.

Lupicino no podía permitirse que la situación le estallara entre las manos. Hacía tiempo que tenía que haber dirigido a los tervingios hacia el interior de Tracia, alejándolos de la frontera para evitar que otros bárbaros se unieran a ellos, y si no lo había hecho había sido por avaricia, para seguir

enriqueciéndose a costa de esas pobres gentes. Les había humillado hasta lo inhumano y ni siquiera se había dignado a escuchar en persona las quejas de los jefes, muy enojados con la situación de sus tribus. Los godos estaban nerviosos, coléricos, tan llenos de odio que eran capaces de cualquier cosa. Y si llegara a levantarse un motín en el campamento, el *comes* se vería envuelto en un gran apuro, pues Valente había movilizad a las tropas para su campaña de Persia, dejando bajo mínimos las guarniciones de frontera que dependían de él. En esos momentos, no disponía de hombres suficientes para sofocar la ira de los tervingios y al mismo tiempo impedir la entrada a los miles de greutungos apostados en la otra orilla del Danubio a la espera de poder cruzar.

El Sector VII-Noroeste, uno de los más húmedos e insalubres del campamento, donde, con el tiempo, todo acababa pudriéndose, fue volviendo poco a poco a la normalidad. Los verdugos de Anulfo pronto pudieron comprobar lo

inútil de aquella muerte que solo había beneficiado al chamán. Ni siquiera él podía haber imaginado que, tras la lluvia de piedras, le vendría otra lluvia mucho más abundante que le haría rico. Una lluvia de ofrendas a Enguz que le permitiría vivir con holgura suficiente como para no tener que deshacerse de una sola de sus pertenencias, mientras algunos de sus fieles enfermaban o morían de inanición, confiando en su magia hasta el final. También él había sabido hacer un buen negocio con la desgracia ajena. Cada vez eran más quienes acudían a él a espaldas de los soldados, ignorando las prohibiciones del emperador de honrar a los antiguos dioses; y cada vez menos los que creían en Cristo, pese a los esfuerzos de sacerdotes como Anulfo, enviados por la Iglesia de Constantinopla para catequizar a los godos.

Valente seguía en Antioquía, confiado en que los refugiados estaban siendo redistribuidos hacia las tierras del interior, tal y como él mismo les había prometido a los jefes a cambio de los

mercenarios que necesitaba para iniciar su campaña contra Persia. Ignoraba lo que estaba sucediendo en la frontera de Tracia. No contaba con la deslealtad del *comes*. Con que este fuera a interponer sus intereses personales a los del Imperio, tratando de dilatar todo lo posible el cumplimiento de su deber en beneficio propio. Y es que, hasta lo ocurrido con el sacerdote, Lupicino no parecía tener prisa alguna en acatar las órdenes del emperador, aun a riesgo de ser destituido de su cargo, o quizás algo peor, en lo que prefería no pensar.

La corrupción estaba tan extendida en la administración romana que resultaba casi imposible que alguien se fuera a ir de la lengua. Él en persona se había preocupado de que, quien más o quien menos, desde los soldados hasta el comandante, pasando por los oficiales, todos salieran beneficiados de la terrible situación que se había creado en el campamento. Había comprobado que cuanto más terrible era la

situación, más generosos se mostraban los godos. Bastaba con un par de perros muertos para que les entregaran sus hermosos y rubicundos niños. Lupicino se estaba haciendo de oro sin sospechar las fatales consecuencias que para el Imperio iba a tener su desmesurada ambición.

El invierno avanzaba y, en el campamento, el hambre extrema a la que les estaban sometiendo los romanos seguía llevándose vidas. La tierra, hastiada de ocultar cadáveres en sus entrañas, estaba cada vez más triste y había dejado de dar frutos con los que alimentar los débiles cuerpos de los refugiados. Mientras que estos veían cada vez con mayor impotencia cómo esa misma tierra que les iba a dar de comer se los estaba llevando para siempre. Ya no soñaban con salir de allí, a no ser que fuera como esclavos de Roma, y habían perdido toda esperanza de que las promesas en las que un día creyeron se pudieran cumplir. Desconfiaban hasta de los jefes. Se sentían tan engañados que solo el rencor les hacía mantenerse

en pie. La de Anulfo no sería la única muerte.

Dago iba a tener que apañárselas sin su protector, pero no estaba solo. Había recuperado a Eldes. Enguz se la había devuelto como premio a su traición, para que cuidara de ella. No podía decir que no se alegrara de tenerla a su lado, la había echado mucho de menos; pero su amiga ya no era como él la recordaba y mucho se temía que su compañía no iba a serle de demasiada ayuda. Aún se estaba acostumbrando a ella y a ese incómodo silencio que le acompañaba allá donde fuera. Desde que se encontraron, junto al cadáver todavía caliente de Anulfo, Eldes se había convertido en su sombra y andaba todo el día pegada a sus talones como si fuera un perro sin amo, suplicándole con la mirada que no la dejara sola. Ni siquiera podía orinar tranquilo, tenía que hacerlo con ella al lado. A veces se ponía tan nervioso que le entraban unas ganas terribles de gritarle que le dejara en paz y se metiera de nuevo en el agujero donde había estado escondida. Pero,

al verla tan débil, al ver sus enormes ojos tan llenos de tristeza, sentía lástima de ella y entonces, se repetía a sí mismo que Eldes no quería molestarle, que no quería ser pesada, que solo tenía miedo.

—Yo no te dejaré sola, te lo prometo — intentaba tranquilizarla al ver cómo temblaba, mostrando con ella mucha más paciencia de la que ella había tenido con él cuando todavía jugaban a ser niños—. Un rey no abandona a sus guerreros, ¿recuerdas? —Y Eldes lo recordaba porque sonreía.

Dago volvió una vez más a la tienda de campaña que había compartido con el clérigo, no para quedarse, de sobra sabía que no debía hacerlo después de lo ocurrido, sino para coger algo que le pertenecía y que no podía dejar allí. Si no hubiera sido por eso jamás hubiera regresado. Cuando estuvo en la puerta, le costó entrar. La tienda estaba oscura y todavía guardaba la presencia de su amigo, su olor. Se arrepentía de

haberle lanzado esas piedras. Le había traicionado y no sabía cómo pedirle perdón. Las reliquias del mártir aún se hallaban frente al altar donde Anulfo había estado rezando poco antes de morir. Dago evitó mirarlas y corrió hacia el catre. Palpó varias veces entre la paja hasta dar con el saquito de monedas que Fritigerno le había regalado. Eran suyas. Recordaba las palabras del jefe mientras las dejaba caer entre sus manos: «Guárdalas bien, son tuyas. Te serán útiles en Roma.» Contaba con ellas para sobrevivir.

Un ruido a su espalda le sobresaltó. Por un momento pensó que eran ratas, hasta que se acordó de Eldes. Su amiga había empezado a revolverlo todo, dispuesta a no marcharse de allí con las manos vacías.

—¡Deja eso, y vámonos de aquí! —la abroncó Dago. No pudo evitar acordarse del día en que los hunos masacraron la aldea y de la dichosa corona a la que él siempre había echado la culpa de su desgracia. Si Eldes no la hubiera cogido, tal vez

ellos no estarían ahí.

Dago no quería problemas. Debían darse prisa en marcharse antes de que la tienda de Anulfo se llenara de saqueadores y ladrones. Sus verdugos no se iban a conformar con haberle robado la vida, querrían quedarse con sus pertenencias ya que estaba muerto. Él tenía sus monedas y no había nada más que quisiera llevarse, así que se guardó el saco en el interior de la camisa y tiró de Eldes, obligándola a salir. La niña no comprendía sus prisas, se negaba a caminar y se resistía con todas sus fuerzas a abandonar el agradable calor de la tienda, lo más parecido a un hogar que había visto en mucho tiempo. Aún pescó un pedazo de pan duro antes de que su amigo se la llevara a rastras de ahí.

—¡Suelta eso! —le gritó Dago, bastante cansado de la insistencia de Eldes por cogerlo todo. No quería decirle por qué, pero prefería no llevarse nada que hubiera pertenecido a Anulfo. Aunque no pudo arrancárselo.

Eldes se negaba a soltar el pan. Lo tenía cogido con tanta fuerza sobre su pecho que a Dago le fue imposible arrancárselo de las manos, luego pensó que tal vez la niña tuviera razón. Anulfo no se iba a enfadar por un poco de comida, la suficiente para poder resistir antes de que la pudieran comprar; ya había pensado cómo. Así que volvió sobre sus pasos y llenó la camisa con todo lo que pudo encontrar. Lo hizo de prisa, antes de que los recuerdos le hicieran llorar.

—¿Sabes, Eldes? Tengo otro amigo. Tal vez quieras conocerlo, es un soldado. Un centinela — le anunció, dándose importancia. Se habían repartido el último mendrugo de pan que les quedaba y un poco de pescado seco. Dago confiaba en que Gautas les ayudaría.

La niña asintió sin demasiado entusiasmo, los soldados le daban miedo. Pero antes de que le diera tiempo a protestar, se estaba dejando arrastrar más allá del campamento. Enseguida llegaron a la desnuda arboleda que conducía al

extremo oeste de la cerca. Eldes nunca había estado allí y agradeció la humedad de las hojas bajo sus pies, era como cuando estaban en la aldea y caminaban descalzos por el bosque. Hacía tiempo que no tenía una sensación tan agradable, tanto que sorprendió a su amigo con una bonita sonrisa y su rostro pecoso se llenó de vida. Por un momento, solo por un momento, Dago creyó tener ante sus ojos a la Eldes de siempre. La cabecilla, la que elegía los juegos y les llenaba la cabeza con sus historias. Era como si el contacto con la naturaleza la hubiera hecho revivir. Tal vez fuera buena idea quedarse allí, entre los árboles, como si fueran un par de proscritos, lejos de las tiendas y de los carros. Alejados de la gente y de la inquietante mirada del chamán; solos. No se habían dado cuenta de que, a su alrededor, decenas de hombres, escondidos entre las sombras, buscaban los últimos frutos del otoño entre la espesa hojarasca que alfombraba el suelo.

Dago señaló a lo lejos. Estaban tan cerca de la

empalizada que podía verse a través de las ramas.

—¿Ves esa torre? Ese es su nido —bromeó, contento de poder enseñárselo a su amiga. Era así como solía llamar Gautas a su puesto de guardia.

Estaba impaciente por llegar. Su amigo le estaría esperando, el pobre estaba muy solo allí arriba. Hacía mucho que no le visitaba.

—¡Vamos, sube! —insistió Dago, cuando ya estaba casi arriba.

Eldes se había quedado plantada a los pies de la torre, con los brazos caídos a uno y otro lado de su esquelético cuerpo, incapaz de trepar por la empinada escalera. Lo había intentado un par de veces, solo por no defraudar a su amigo, pero le fallaban las fuerzas. Dago la observaba desde lo alto, entre sobrecogido e incrédulo por la debilidad de la niña. Eldes era ágil como una ardilla, siempre lo había sido; la mejor trepando a los árboles. Ese mismo verano, fue la única que consiguió alcanzar la cima del gran árbol durante las fiestas de la cosecha, y ya ni siquiera podía

subir unas simples escaleras. Pero Eldes no era la misma, como tampoco él lo era. Habían cambiado. Tenía la sensación de que todos sus recuerdos pertenecían a un mundo perdido, tan lejano que ya no les pertenecía. Era como si hubiera pasado toda una vida desde entonces.

El muchacho se compadeció de ella y bajó a ayudarla. Para no herirle, si es que todavía le quedaba un poco de orgullo, improvisó una excusa: se había olvidado de avisar a Gautas. Gritó un par de veces el nombre del centinela y se colocó a la espalda de su amiga para subir con ella, sin que se notara demasiado que era él quien en realidad sostenía el peso de los dos. A pesar de tenerla tan cerca, no la oyó respirar hasta que alcanzaron el final de la escalera. Allí estaba el centinela, esperándoles con los brazos en jarra.

—Veo que no has perdido el tiempo. Y... ¿se puede saber quién es esta?

—Es Eldes. No puede hablar —le advirtió Dago antes de que el soldado sospechara su

rareza, aunque no podía imaginarse que se pudiera alegrar por eso.

—¡Mucho mejor! Las mujeres hablan demasiado, a veces se necesitaría una legión entera para hacerlas callar.

El niño sonrió, sin perder de vista a Eldes, que se había dejado caer en el suelo rendida por el esfuerzo. Dudaba si debía contarle lo que había ocurrido con Anulfo, cuando Gautas interrumpió sus pensamientos, o más bien los adivinó:

—Sé lo de tu amigo.

—¿Cómo lo sabes? —inquirió el chico, molesto.

—Un pájaro me lo ha contado —respondió el centinela evasivamente.

—¿Un pájaro? —exclamó Dago, con los ojos como platos. Le había tocado crecer deprisa, convertirse en un hombrecito antes de hora, pero en ocasiones seguía siendo tan ingenuo como cualquier otro niño de su edad.

—¡No debes creerte todo lo que te digo!

Todavía no he conseguido que los pájaros me hablen —rio Gautas—. Todo Durostorum comenta lo sucedido. Pero ¿qué es lo que pasa ahora, muchacho? Solo he dicho que...

—¡No quiero hablar de eso! —le pidió, bajando los ojos. De haber tenido sangre suficiente en las venas, se hubiera puesto rojo. Le avergonzaba que la gente hablara de él, pues de sobra sabía lo que dirían. No quería que Gautas pensara que era un traidor.

—Lo comprendo, muchacho. ¿Y qué vas a hacer ahora?

—Toma. —Dago le tendió el saco—. Necesito que nos compres comida. El hombre que me lo dio dijo que había suficiente.

El centinela alargó el brazo y le arrancó el saco de las manos. No pudo reprimir la sonrisa al calibrar su peso.

—Veré qué puedo hacer. Esta misma tarde iré a la ciudad y os conseguiré algo de comida para tu amiga y para ti.

Un día Gautas le contó que a pocas millas del acuartelamiento había una gran ciudad, como una aldea grande donde se podía conseguir cualquier cosa, lo mejor y lo peor del Imperio. Solo había que pagarlo. Había puestos, tiendas y talleres por todas partes. Si necesitabas una túnica o una capa solo tenías que acudir al sastre, que él te la hacía; si querías un par de botas nuevas, había decenas de zapateros; o si lo que necesitabas era rasurarte la barba, no tenías más que acudir a un buen barbero que no se te llevara de paso la oreja. En sus calles podías comprarlo todo: agua para la sed, vino para las penas, pasteles y pan, aceite, carne y pescados en salazón, collares, joyas, espejos... todo lo que uno pudiera imaginarse.

—... y mujeres hermosas y dóciles con las que aliviarse antes de hacerlo con la parienta. ¡Eso es la Civilización, muchacho! Espero que algún día me puedas dar la razón —le dijo con tal convicción que a Dago se le contagió su entusiasmo.

La Civilización debía de ser un lugar maravilloso. No solo Dago, muchos de los godos que se hacinaban en el campo de refugiados soñaban con poder disfrutar algún día de todas esas cosas que ofrecía. Eran pobres, en Gutthiuda no había ciudades como las del Imperio y la mayoría de gente no poseía más que lo que eran capaces de fabricar con sus propias manos o extraer de las infértiles tierras que cultivaban, y si querían alguno de esos bellos objetos, brillantes, lujosos y refinados que producía la Civilización tenían que cruzar el río para robarlos, pues solo los nobles los podían comprar.

Aquella noche no pudo dormir. Estaba ansioso por ver todas las cosas que su amigo había comprado para ellos en Durostorum. Tenía los ojos abiertos cuando oyó trinar a los primeros pájaros, anunciándole que ya era de día. Se incorporó de un salto y estuvo zarandeando a Eldes sin demasiadas contemplaciones hasta que la despertó y, casi sin darle tiempo a reaccionar, la

condujo hasta la torre, no lejos de donde habían pasado la noche al abrigo de unos matorrales. Cuando por fin la alcanzaron, el cielo aún tenía el color rosado del amanecer. Hacía frío.

Dago se quitó la manta que le cubría el cuerpo y tapó a su amiga con ella, obligándola a que permaneciera sentada a los pies de la escalera. Esta vez subió solo, no sin antes prometerle un succulento almuerzo en cuanto regresara de allá arriba. Tenía que ser buena y esperar. A Dago le extrañó no escuchar las pisadas del centinela sobre el entablado de madera que cubría la torre, y tampoco lo había visto asomarse por la barandilla como otras veces. Por un momento llegó a temer que su amigo se hubiera emborrachado con su dinero, no soportaba verlo así, pero intentó quitarse ese pensamiento de la cabeza y buscó otra explicación. Seguramente estaba acurrucado en una esquina, protegiéndose del húmedo viento que venía directamente del río. Lo que no podía imaginar es que, simplemente, no estuviera. Algo

tenía que haber pasado para que Gautas abandonara el puesto.

Habría preferido que se lo hubiera llevado un pájaro, o que estuviera borracho, o enfermo, antes que tener que escuchar lo que realmente había pasado. Tardó un par de días en averiguarlo; entre tanto no se movieron de allí. Montaron guardia día y noche, esperando ver aparecer al centinela por algún lado, hasta que, una mañana, les sorprendió ver el brillo de un casco en lo alto de la torre.

—¡Gautas! ¡Gautas! —gritó Dago, haciendo grandes aspavientos con las manos para llamar la atención del centinela.

—¿Por qué gritas? ¿Qué es lo que quieres?

A Dago no le gustó el tono con que le hablaba aquel desconocido. Pensó en echarse a correr, pero no podía hacerlo. Tenía que averiguar lo que había sucedido con Gautas y con su comida.

—Busco a Gautas... es mi amigo —le explicó.

—¡Olvídate de él y vuelve con los demás antes de que te atraviese con la lanza! ¡Ese cabrón ha

desertado!

Dago supo por qué lo había hecho.

Nieva

—Ven, pégate a mí. Estás temblando. —Dago atrajo el frágil cuerpo de la niña hacia el suyo y la abrazó con fuerza para darle calor. Estaba tan delgada que los huesos le sobresalían de la espalda como un par de alas y se clavaban en el pecho del muchacho hasta hacerle daño, sin que él dejara de abrazarla por eso. Empeñado en recordarle con cada abrazo que él estaba allí, a su lado, de donde nunca se iría; mientras la sentía temblar, como tiemblan las crías de los pájaros cuando se les priva de la confortable calidez del nido. En esos momentos se arrepentía de haber

abandonado la tienda; entonces no sabía lo que era dormir a la intemperie. El frío de aquella noche era insoportable. También él tiritaba y le dolían las manos, tanto que se las hubiera dejado cortar para no tener que soportar lo mucho que le dolían. Lo único que deseaba en esos momentos era ver el sol.

Ninguno de los dos dormía. Evitaban cerrar los ojos por temor a que la sangre se les helara para siempre y no pudieran volver a abrirlos. Era así como morían muchos, de un modo tan absurdo y cruel, dulcemente. Se abandonaban a la muerte en sueños, sin ser conscientes de que les había llegado la hora. En la oscuridad de la noche, el silencio de la niña se volvía doloroso y extraño. Era como si la noche les alejara. Dago la sentía suspirar levemente y no dejaba de preguntarse en qué estaría pensando y si realmente era consciente de todo lo malo que les había sucedido. Él nunca había sido demasiado hablador, más bien tímido, callado y no conocía tantas historias como ella,

pero no soportaba aquel silencio. Por eso hablaba y hablaba, para impedir que el silencio se hiciera dueño de sus corazones. Llenaba la noche de recuerdos felices que compartía con Eldes, entre cálidos y húmedos susurros, que la pequeña recibía con agrado sobre su cuello.

Aquella gélida noche le vino a la memoria el día en que ella llegó a la aldea. Era una tarde soleada después de la lluvia y el bosque había empezado a teñirse con el suave dorado de las hojas. Él estaba jugando con Haroldo y Marvin a esconder la piedra, mientras los demás terminaban de sembrar el lino en los campos vecinos. Había pasado mucho tiempo desde aquel día, pero se acordaba bien. Por algún motivo lo tenía grabado en la memoria. La vio bajar del carro junto a su madre, la nodriza, media docena de esclavos y mucho equipaje y le pareció bonita a pesar de estar salpicada de pecas por todas partes. Aún recordaba el enorme revuelo que causó su presencia en la aldea. Al principio nadie se

atreví a hablarle, tampoco él, ni Marvin, ni Fredo, ni siquiera Haroldo, tampoco los mayores, pues ninguno sabía cómo tratar a la hija de un noble.

Eldes era la única hija de Walderico, uno de los guerreros más queridos por el jefe Atanarico, del que hablaban muchas de las canciones que traían los viajeros tras el deshielo. Aunque tan solo unos pocos conocían el verdadero motivo que les había obligado a refugiarse allí, en las montañas: con el apoyo de Roma, la guerra contra Fritigerno había tomado una deriva inesperada y comenzaba a intuirse que Atanarico iba a terminar perdiéndola. Así que, al menos, si los malos presagios se cumplían, Walderico tendría la tranquilidad de haber protegido a su familia. Con el paso de los años, la inesperada irrupción de los jinetes del norte demostraría que las tierras altas eran un lugar tan poco seguro como el llano, donde Atanarico y su entorno poseían sus lujosas residencias.

Era de allí de donde Eldes había llegado. Su amiga procedía de un mundo distinto al suyo. Un mundo de nobles guerreros, donde los niños jugaban a ser los héroes de las leyendas que les contaban sus mayores. Eldes era especial, pero no era tan diferente a ellos como todos pensaron en un principio, y pronto se hizo un hueco entre la chiquillería de la aldea. Les llenó la cabeza con sus historias; les enseñó a soñar, a ser mucho más felices de lo que habían sido nunca, pero aquella felicidad duró menos de lo que dura un verano. Los jinetes del norte les dejaron sin sueños, solos, y los romanos sin esperanzas. La apretó entre sus brazos y sintió pena de que estuviera tan flaca. Hubiera dado la vida por volver a escuchar de su boca una de sus historias. Le asustaba no recordar cómo sonaba su voz.

En el campamento, las noches eran mucho peor que los días. En cuanto se ocultaba el sol, los niños buscaban el calor de otros cuerpos para protegerse. Como ellos, eran muchos los

refugiados que se veían obligados a dormir a la intemperie, privados de la comodidad de sus carros por la avariciosa mezquindad de los soldados. Dago creyó encontrar un amigo entre ellos, pero también él acabó traicionándole. Sin saberlo, le había dado la oportunidad que había estado esperando toda su vida. Había hecho rico a Gautas, lo había convertido en un desertor. Desposeídos de cuanto habían tenido, encendían fuego con lo que encontraban y se apiñaban alrededor de las llamas, dispuestos a pasar la noche, amontonándose unos sobre otros, hombres sobre mujeres, niños sobre ancianos, para combatir el frío. Muchos conseguían dormir. Se les oía respirar profundamente, roncar, hablar en sueños y gritar, mientras otros secaban las lágrimas en silencio. Dago estaba tendido junto a un hombre de edad indefinida, todavía joven para morir aunque demasiado viejo para seguir viviendo. Allí todos parecían un poco más viejos, incluso los niños. Sentía su aliento húmedo y

pestilente sobre la nuca. Era una sensación incómoda, desagradable, igual de desagradable que el olor de los cuerpos hacinados, desnutridos y enfermos de disentería, al que nadie en su sano juicio podía llegar a acostumbrarse jamás. Hedía a muerte. Lo soportó con disgusto hasta poco antes del amanecer, cuando, por fin, el pesado aliento del hombre se cortó de repente.

Dago contuvo la respiración, excitado ante la posibilidad de que el hombre hubiera perecido. Sin llegarse a volver del todo, alargó la mano y tanteó repetidas veces por encima de lo que parecía ser una pierna, aunque por su delgadez bien podía haberse tratado de un brazo, y notó entre sus dedos el suave pelaje de un animal. Extendió aún más el brazo hacia atrás y tiró con fuerza hasta sentir el peso de la piel sobre su cuerpo, sin que su dueño, ya cadáver, pudiera mover un músculo para recuperarla. Se alegró de que estuviera muerto. El frío lo había matado, así que de poco le iba a servir una manta en adelante.

Él, que la había estado codiciando durante toda la noche, se sentía orgulloso de haberse podido hacer con ella tan rápidamente, antes de que a ninguno de los que dormitaban a su alrededor le diera tiempo a disputársela. Aprendía rápido. Tenía que cuidar de Eldes. Envolvió a la pequeña con la suave piel del animal y se acurrucó a su lado. Ella se lo agradeció con una leve mueca antes de quedarse profundamente dormida entre sus brazos.

Los días se les hacían interminables. Una tarde, avanzado el invierno, el cielo empezó a ponerse de un gris luminoso y comenzó a nevar con tanta intensidad que al caer el sol un grueso manto de nieve cubría el campamento. Al frío se le unió la humedad y a esta la desesperación de los que no tenían más remedio que pasar la noche al raso. Los niños estaban entre ellos. Formaban parte de ellos; malvivían entre los que no tenían nada. Esa era su tribu, su *kuni*, de la que ningún jefe podía sentirse orgulloso. Serían una centena, o quizá más, y ellos los conocían a todos. Conocían

su aspecto, el tono de su voz, la cadencia de sus pisadas, hasta su olor, pero ignoraban sus nombres y sus historias, pues entre ellos se hablaba poco. Esa noche reinaba un silencio extraño, sobrenatural. Solo de vez en cuando se oían las ahogadas lamentaciones de los viejos que alzaban la frente hacia lo alto para leer su destino entre el cielo gris, con el agorero pesar de que aquello no iba a parar en muchos días, demasiados para ellos. Estaban agotados de tanto sufrimiento y tenían la certeza de que muchos, la mayoría, no alcanzarían a ver los primeros brotes de la primavera. Hacía tiempo que habían dejado de clamar compasión a los pies de los soldados y ni siquiera veían ya con recelo a los pocos afortunados que seguían conservando el carro. Habían dejado de molestarles con sus reproches.

—Déjame verte los pies —acertó a mascullar Dago; le costaba hablar por culpa del frío. Estaba preocupado. Apartó la manta que cubría el cuerpo de la pequeña y, con cuidado de no hacerle daño,

los estuvo observando durante un buen rato. Lo que vio no le gustó en absoluto. Debían de dolerle, aunque no se quejaba.

—A tu hermana se le están congelando los pies. Si no entra pronto en calor, ya puede ir despidiéndose de ellos.

Dago reconoció la voz. Apartó la vista de su amiga y la dirigió hacia el hombre que tenía a su derecha. Era uno de los habituales de la tribu de desgraciados que iban de un lugar a otro intentando huir del frío. Esa noche se habían cobijado bajo la empalizada de madera que separaba el campamento del río, protegidos del inclemente viento que venía del norte, desde las frías tierras del *Barbaricum*. Lo miró con aprensión. Su nariz tenía el mismo aspecto que los pies de Eldes, amoratada como si fuera un rábano.

—No es mi hermana —le contestó molesto, cansado de dar explicaciones. A nadie le importaba si eran hermanos o no.

—Un poco de agua caliente le vendrá bien —

balbució otro de los hombres, terciando en la conversación.

—¡No digas tonterías! ¿Agua caliente? A todos nos vendría bien un poco de agua caliente — replicó indignado el hombre de la nariz—. ¿Dónde va a conseguir el chico agua caliente? En este condenado campamento no hay más que nieve.

—¡Yo sé cómo conseguir agua caliente! — vociferó una anciana con voz estridente, a la que nadie hacía demasiado caso. Todos sabían que estaba loca. Sin que se dieran cuenta, se había plantado frente a ellos y orinaba allí mismo, de pie, con las piernas bien abiertas y la túnica subida hasta más allá de las rodillas, dejando al descubierto sus flácidas carnes—. ¡Esto es lo que hago cuando quiero calentarme las manos! —les dijo entre risas, mientras se rociaba las manos con su propia orina. Bajo el inestable puente que formaban sus piernas había empezado a crecer un pequeño río.

Los dos hombres estaban tan abstraídos

contemplando cómo el humeante reguero que discurría frente a ellos iba derritiendo la nieve a su paso, que dejaron de prestarles atención. Así que Dago aprovechó para mirar de nuevo bajo la manta. Quería verle los pies a su amiga una vez más, antes de tomar una decisión.

—Eldes, escucha. Tienes que levantarte. Nos vamos de aquí —le anunció.

Él sabía adónde. Aunque estaba lejos, allí estarían calientes. Llevaba varios días barajando la posibilidad de ir hasta la casa de piedra, pero no estaba seguro de poder cruzar al otro extremo del campamento con ella a cuestas. Ahora sabía que debía intentarlo.

Pero la niña no le había escuchado. Estaba adormilada y Dago la sacudió con toda la fuerza de la que fue capaz para hacerla reaccionar.

—¡Vamos, Eldes! ¡Despierta!

Después de insistir consiguió que abriera los ojos y le mirara con sorpresa, como si no le reconociera. Era incapaz de soportar el peso de

los párpados. Antes de que volviera a cerrarlos, Dago se acuclilló frente a ella, intentando ponerse dentro de su campo de visión para volver a hablarle, muy lentamente, mirándola a los ojos, pidiéndole con suavidad que no los cerrara. Pero la niña fue sucumbiendo al peligroso letargo que la iba envolviendo con la sedosa paz de una crisálida. Dago supo que era inútil. Por mucho que lo intentara, no iba a conseguir que se pusiera de pie y caminara tras él, así que se levantó con mucha dificultad e intentó cogerla en brazos.

—¡La manta! —exclamó otro de los hombres en un tono malhumorado que el muchacho no supo interpretar.

Dago se volvió arqueando las cejas, sin comprender lo que aquel hombre quería decirle. No tenía intención de deshacerse de ella.

—No sé dónde te la llevas, muchacho, pero si consigues ponerla encima de la manta podrás arrastrarla —se explicó este.

Dago esbozó lo que pretendía ser una sonrisa y

comenzó a extender la manta de piel sobre la nieve ante la molesta mirada de los demás que no perdían detalle de lo que hacía, intrigados ante las pretensiones de aquel mocoso. Se movía con la torpeza de un espantapájaros. Eldes era un peso muerto y él tenía los miembros tan entumecidos que apenas podía articularlos. A punto estuvo de caer sobre la niña un par de veces, pero, al fin, pudo colocarla encima de la manta y comenzó a tirar de ella con la intención de alejarse del grupo cuanto antes.

—¿Se puede saber adónde te la llevas? —preguntó el hombre de la nariz amoratada.

Dago ya no pudo escucharle, concentrado como estaba en arrastrar a su amiga lejos de allí. La nieve crujía bajo sus pies y a él le costaba avanzar.

—¡Vamos! ¡Vamos! Ya falta menos —se animaba a sí mismo, tirando de la manta con todas sus fuerzas.

No pensaba en otra cosa que en seguir

adelante. De vez en cuando se quedaba clavado en medio de la nieve, exhausto, desorientado, y esperaba un rato hasta recuperar el aliento. La mágica claridad del cielo se reflejaba en el rostro pálido, casi azul, de la pequeña que parecía sumida en un misterioso sueño, del que podía no despertar. El trayecto estaba siendo más difícil de lo que había imaginado, pero ya casi estaban llegando. Alzó la vista y reconoció la pequeña construcción de piedra a escasos pasos de donde estaban. Era la única construcción de piedra en todo aquel barrizal en el que, con las lluvias, se había convertido el campamento de los godos.

Habían llegado. La agarró por la espalda y la arrastró hasta la puerta de la herrería. Él ya había estado allí antes. Acompañaba a Anulfo en una de sus inspecciones rutinarias en las que el sacerdote debía de supervisar el buen comportamiento de los refugiados; una tarea nada fácil dadas las circunstancias, pero fundamental si se quería mantener la paz con el Imperio. Empujó la puerta

con los hombros y entró con Eldes. Era tarde y, al contrario que aquella vez, no había nadie trabajando en la fragua, aunque todavía humeaban algunos rescoldos.

Acercó el oído al corazón de Eldes, pero no lo oyó latir. Desesperado, contempló con pavor sus ojos en blanco, ausentes, y empezó a zarandearla con violencia, exigiéndole que se despertara de una vez. No quería que siguiera durmiendo. Solo necesitaba calor... ¡Agua caliente!, aquellos hombres dijeron que se curaría con agua caliente. Mientras inspeccionaba la estancia con la vista, le fue quitando la ropa mojada con cuidado de no hacerle daño. No tardó en encontrar lo que buscaba. Se abalanzó sobre el recipiente y se dispuso a calentar en él un buen pedazo de nieve.

Ruodwoulfo *el Tuerto*

Fue la noche más larga de su vida, la más triste. Dago se dio cuenta de todo lo que perdía si dejaba escapar a Eldes, así que luchó con toda su alma para hacerla volver. El agua caliente mejoró el aspecto de sus pies, tiñendo de rosa su mortecino aspecto, pero no consiguió abrirle los ojos. Tampoco el calor del fuego la reanimó. Fue Dago, con sus caricias, el que consiguió que su corazón helado latiera de nuevo.

—¿Qué es lo que está pasando aquí?

El niño tardó en localizar al propietario de la voz que le había despertado. Era una voz potente,

más bien ronca. En realidad, le había estado esperando durante toda la noche, seguro de que el humo del fuego acabaría llamando su atención y que no tardaría en acudir a comprobar qué era lo que estaba pasando allí. Sin embargo, eso no había sucedido y Dago terminó cayendo rendido de agotamiento junto a su amiga. Era ya de día cuando fueron descubiertos. Unos rayos se filtraban a través del minúsculo ventanuco de la fragua, insuficiente para ventilar el humo y los restos de carbón que flotaban en el aire y lo cubrían todo de una pátina oscura y gris, confiriendo a aquel lugar un aspecto tan lúgubre como si se hallaran en el interior de una cueva. El fuego se había apagado y la luz era escasa a pesar del brillante sol que lucía en el exterior tras la intensa nevada de la noche anterior. Vio acercarse al hombre entre las sombras, con gesto malhumorado, y casi al instante se incorporó, esperando recibir su merecido en cualquier momento, mientras Eldes seguía dormida a su lado, inmóvil, casi transparente, como la larva

de una mariposa, concentrada en su propia supervivencia.

Era el mismo hombre que había discutido con Anulfo al poco de llegar al campamento, después de que el sacerdote le acusara de utilizar la fragua para fabricar armas a espaldas de las autoridades y en contra de lo pactado con el Imperio. Dago recordaba el incidente con nitidez a pesar de que aún seguía algo adormilado. Recordó cómo las insinuaciones del sacerdote habían desatado la ira del hombretón que tenía enfrente y cómo este había jurado matarle si seguía husmeando en asuntos que no eran de su incumbencia. Estaba tan fuera de sí, tan exaltado, que hubiera podido cumplir su amenaza en cualquier momento. Pero Anulfo no se había dejado intimidar y comenzó a revolverlo todo, tercamente, con una tozudez impropia de él, convencido de que en algún lugar de aquella sucia estancia de piedra acabaría hallando lo que buscaba. Le había pedido que le ayudara, que metiera su respingona nariz de niño entre los leños

y las herramientas que poblaban el reducido espacio de la herrería, y él no había tenido más remedio que obedecerle. Con tan mala fortuna que, sin quererlo, se topó de bruces con lo que el clérigo quería haber encontrado por sí mismo: armas. Había sido al levantar la tapa de la carbonera. Ahí estaban los cuchillos, escondidos entre el carbón. Al verlos, la cerró tan rápido que casi se pilla los dedos y siguió husmeando aquí y allá, como si no los hubiera descubierto. Algo, no sabía qué, le dijo que debía pasar de largo. Estaba asustado, no menos asustado de lo que estaba en esos momentos. Temía que el hombre le hubiera reconocido, como en efecto sucedió.

—Yo a ti te conozco. Eres el chico del sacerdote. Veo que te libraste del escarmiento. Se lo merecía. ¡Si no le hubiera matado la chusma, lo hubiera hecho yo con mis propias manos! — afirmó, recalcando sus palabras con un gesto cargado de violencia. Mientras estrangulaba el aire con sus tremendas manazas llenas de mugre,

iba ladeando la cabeza para no perder de vista al niño, que se iba ocultando, sin saberlo, tras la prominente curva de su nariz. Todavía no se había percatado de su defecto.

Dago le vio coger una de las mazas que colgaban a un lado de la lumbre, junto a la gran mole de hierro que hacía de yunque, y, dando un respingo, ocultó el rostro entre las piernas, tratando de protegerse del golpe que a buen seguro iba a asestarle con la pesada herramienta. Había sido tan mal recibido como esperaba, pero no entendía por qué aquel hombre le miraba de una forma tan extraña.

Ruodwoulfo, que así se llamaba el hombre, solo le veía por un ojo y ese era el motivo de que mantuviera una postura más bien forzada. El otro ojo no era más que una cuenca vacía. Una esquirla perdida se lo había abrasado hasta dejarlo completamente inútil; luego vino la infección. Tenía una barba poblada y canosa, tan sucia de hollín como el resto de su cuerpo, recio y

musculado a fuerza de batanear el hierro. El tizne que le enmascaraba el rostro le daba un aspecto peculiar, aunque su enorme envergadura hacía descartar que fuera uno de esos pequeños geniecillos que forjaban en secreto la espada de los dioses. No ocultaba, sin embargo, una expresión severa e implacable que había hecho temblar a Dago.

—¡Ese malparido estuvo a punto de estropearlo todo! ¡Sabandija! —gritó, alzando la pesada maza sobre su cabeza. La mantuvo suspendida en el aire durante unos instantes, que a Dago le parecieron años, y, como si de repente hubiera tomado consciencia de lo que estaba a punto de hacer, la dejó caer sobre el yunque, golpeándolo con la fuerza de un dios.

Dago volvió a encogerse. El atronador sonido del metal le obligó a cerrar los ojos con fuerza. Solo pensaba en desaparecer de su vista. Volvió a cubrirse con los brazos, convencido de que el siguiente golpe no iría dirigido al hierro del

yunque sino a su cara. Ignoraba cuáles eran las intenciones del hombretón, mucho más nobles de lo que él imaginaba. Lo único que pretendía era descargar su furia lejos del muchacho, para no encontrarse, de repente, con que le había machacado los sesos. El recuerdo del sacerdote le había puesto de un humor de perros y cuando su cabeza se llenaba de ira, le costaba mantener la calma. Se ponía muy violento. Y él no quería, ni mucho menos, hacerle daño al chico; al fin y al cabo, le debía un favor. Le bastaron un par de buenos golpes para recuperar el control.

—¿Cómo te llamas, muchacho? —preguntó Ruodwoulf, mucho más tranquilo, esbozando ante él una especie de mueca que pretendía ser una sonrisa. Sus dientes, corroídos y sucios, estaban tan negros como el resto de su cara. Trataba de ser amable—. Sé que te debo una. Si hubieras abierto el pico, ese hijo de mala madre hubiera ido con el cuento a las autoridades.

—Dago, señor. Me llamo Dago —contestó el

niño, descubriendo parte del rostro, todavía muy asustado por los golpes.

—Muy bien, Dago. Ahora me vas a contar qué haces aquí —le pidió el herrero, algo avergonzado por su comportamiento. A veces pensaba que estaba maldito. Cuando estallaba la tormenta, su cabeza enloquecía y él no podía evitar comportarse como un salvaje. Solo la música le tranquilizaba. Había tirado el martillo y se limpiaba el sudor de las manos con un mandil de cuero tan negro como el resto de su cuerpo.

Al verle arrojar el martillo, Dago supo que no les haría daño. Buscó a Eldes con la mirada y comprobó que seguía ausente, profundamente dormida a pesar de los golpes. Mejor, así no tendría que estar pendiente de ella. Era como si tuviera un animalillo a su cargo.

—Hacía mucho frío y me acordé del fuego. A mi hermana —mintió sin saber por qué; en adelante, Eldes sería su hermana, su hermana pequeña— se le estaban congelando los pies.

Ahora está mejor.

Ruodwoulfo se acuclilló frente a la pequeña y se pasó buen rato examinando las amarillentas llagas de sus pies. Lo hizo con tanto detenimiento, que cuando se levantó Eldes tenía los pies repletos de huellas de hollín.

—Tienen mal aspecto. Adela se encargará de curarlas —le aseguró. Se refería a la mujer con la que compartía el lecho; una buena mujer, caliente como una manta. Acercó su mano hacia Eldes y rozó su mejilla con los nudillos, en una caricia áspera y torpe que pretendía ser cariñosa. La niña reaccionó con un ligero movimiento, como si la caricia formara parte de su apacible sueño.

Dago observaba a aquel hombre desconcertado. Parecía otro hombre, no el que les había recibido a martillazos. Con el tiempo, acabaría acostumbrándose a los súbitos cambios de humor del herrero, que podía pasar de la tormenta a la calma en un abrir y cerrar de ojos. Era tan inestable como los días de otoño.

—Tengo buena memoria. Descubriste las armas, pero guardaste el secreto. ¿Por qué lo hiciste, muchacho? —Ruodwoulfó tuvo que forzar el cuello de nuevo para poder ver la reacción del niño, que había retrocedido ocultándose involuntariamente en lo que el herrero llamaba su lado malo, por el que no veía, del que de momento nada sabía Dago—. Dime, ¿por qué no nos delataste? El sacerdote te hubiera recompensado.

Dago pensó que debía incorporarse. Se fue poniendo de pie, muy lentamente, sin saber bien qué decir. Y así, de pie como un pasmarote, permaneció un buen rato antes de decidirse a contestar.

—Por odio, señor. ¡Por odio a Roma! —soltó Dago, cuando por fin reunió el valor suficiente para hacerlo. Sentía tanto odio que sería capaz de matar. Era la primera vez que se lo confesaba a alguien.

Al herrero le sorprendió la sinceridad del muchacho. Odio: eso era lo que necesitaban si

querían vencer a Roma.

—Ruodwoulfo está tuerto pero no ciego. Eres valiente, chico. Has dicho lo que muchos no se atreven ni a pensar. Tú y yo llegaremos a entendernos, de eso estoy seguro.

—Entonces... ¿Eso quiere decir que nos podemos quedar? —balbució Dago, sin poder creerse su buena fortuna.

—No puedo negártelo. Ruodwoulfo no olvida sus deudas. Pero, eso sí, trabajaréis duro. ¡Los dos! ¿Entendido? El día se acerca y necesitamos manos.

A los niños dejó de preocuparles el invierno. Entregaron sus días al rojo calor de las llamas, que ardían en la clandestinidad de la fragua, donde el humo y el odio a Roma se respiraban por igual, a grandes bocanadas. Fueron días intensos, excitantes, tan llenos de luz que ninguno de cuantos pasaron por la casa de piedra durante aquel largo invierno pudieron llegar a olvidarlos. En aquella oscura fragua se forjaban algo más que armas, se

forjaban sueños. La fragua de Ruodwoulfo, donde los niños habían recalado empujados por el frío, se había convertido en el corazón mismo del campamento, en el único lugar donde seguía latiendo el espíritu de Gutthiuda, el germen de la resistencia. Hasta allí acudían a diario decenas de hombres tan llenos de rencor que solo por eso eran capaces de seguir adelante. Eldes y Dago los veían llegar ansiosos por poder empuñar sus viejas armas recién afiladas, las mismas que habían pasado por la frontera, ocultas entre sus cosas; o por poseer armas nuevas con las que combatir al Imperio. No todos eran guerreros, pero sí eran los más fuertes, los elegidos de Gután. Acudían a la fragua para rearmarse, sin importarles el riesgo que corrían sus vidas. Había algunos jefes, aunque Dago nunca vio a Fritigerno entre ellos; ni siquiera lo oyó nombrar, como si aquella lucha no le perteneciera. Se habían organizado sin contar con él, pese a que, tras abandonar a Atanarico, se había erigido, junto a Alavivo, en el líder de los

miles de godos tervingios que habían cruzado las fronteras del Imperio. Conspiraban a espaldas de los soldados. Jugaban con el engaño; se dejaban humillar al tiempo que tramaban su venganza. Para todos ellos serían días de libertad a pesar del hambre, la desnutrición y la inevitable agonía de los suyos, de las empalizadas y de la tierra que no poseían.

Dago creyó vivirlos con la misma intensidad que el resto. Asistía con entusiasmo al continuo trasiego de hombres, armas y esperanzas que ardían al socaire de la fragua, mientras se aplicaba en el manejo del fuelle y en las pesadas tareas que le iba imponiendo el herrero. Tal y como este le había advertido, el trabajo de la forja era duro y hacía mucho calor. Limpiaba, bruñía, traía la leña y el carbón o ayudaba a Eldes a recoger los trozos de metal que se desparramaban por el suelo de tierra, contento de comprobar lo bien que le sentaba a su amiga el calor del fuego. Sus pies estaban mucho mejor y había recuperado el color.

Hiciera lo que hiciera, intentaba mantenerse callado, con los oídos y los ojos muy despiertos, para no perderse detalle de cuanto sucedía a su alrededor. Para él todo era nuevo, apasionante. Quería aprenderlo todo. De manos de Ruodwoulfo descubrió el que sería su oficio, su manera de ganarse la vida, y de su boca aprendió a comprender. Fue entonces cuando escuchó por primera vez que Roma era la enemiga y no la aliada que habían creído tener, y que, algún día, los godos desenvainarían sus espadas y le harían pagar por todas las humillaciones perpetradas contra ellos durante años. Algún día vencerían al Imperio, lo vencerían.

Las puertas de Marcianópolis

El día que estaban esperando llegó como por sorpresa, al poco de despuntar la primavera. Ruodwoulfo acababa de forjar una hermosa espada de doble filo de la que se sentía especialmente orgulloso y la hacía silbar en el aire con el entusiasmo de un niño cuando oyeron las pisadas que venían del exterior. La puerta se abrió y por ella entraron tres de los hombres, cuya presencia a esas horas no hubiera sido de extrañar de no ser por el descuido con el que habían irrumpido en la fragua, sin guardar ni una sola de las precauciones convenidas. Venían azorados,

visiblemente alarmados por las noticias que corrían de carro en carro en el campamento. Había rumores de que iban a ser trasladados, se suponía que hacia el sur, hacia el interior de Tracia, y esa vez parecían ciertos. Los soldados estaban inquietos. El *comes* Lupicino había decidido alejar a los godos del río tras conocerse que algunos grupos de greutungos habían empezado a cruzar clandestinamente la frontera, consiguiendo burlar con irrisoria facilidad a la guardia fronteriza que patrullaba día y noche las gélidas aguas del Danubio. Temía una alianza de tervingios y greutungos contra el Imperio, a la que no tardarían en sumarse otros pueblos bárbaros procedentes del norte.

Trasladados. Por fin iban a ser trasladados hacia las tierras del interior. Ruodwoulfo hizo cimbrear la espada por última vez y la posó sobre uno de los bancos con la delicadeza con la que se posa a un recién nacido sobre su lecho, con cuidado, con mucho cuidado, mientras les

escuchaba hablar atropelladamente. No pudo contener por más tiempo su nerviosismo. Era tan consciente como ellos de lo que esos rumores significaban y de que debían darse prisa si querían estar preparados. El reflejo de las llamas le iluminaba el rostro cansado y ennegrecido por el carbón, desencajado por la tensión. Sin mediar palabra, empezó a recoger las herramientas y a introducirlas en el bolsón de cuero que previamente había colgado sobre su hombro. Dago le miraba embobado, con la boca y los ojos exageradamente abiertos, tratando de comprender lo que pasaba. Tenían que dismantelar la herrería cuanto antes y ocultar el arsenal en los carros, entre las ropas, en los lomos de las bestias, donde no pudieran encontrarlo los soldados; repartir las armas entre los refugiados. Iba a ser una noche muy larga.

Bastó un instante para que la ardiente tranquilidad de la fragua se quebrara para siempre, como se quiebra el acero entre las torpes manos de

un aprendiz.

—¡Quítate de mi vista, inútil, si no quieres que te reviente de una patada! —explotó al fin Ruodwoulfó. Había tropezado con Eldes, que jugueteaba en el suelo, a salvo de la torva mirada del herrero. Tenía la costumbre de sentarse a su izquierda, buscando siempre el lado malo, donde era imposible que le alcanzara la vista; pero esta vez casi le cuesta un disgusto. Ruodwoulfó estaba para pocos juegos y al ver el asombro con que le miraba Dago, se tuvo que contener para no abofetearle. No podían perder más tiempo—. Y tú, ¿qué es lo que miras? ¡Vamos, muévete! Tenemos que recoger todo esto antes de que nos larguen de aquí.

Trabajaron hasta pasada la medianoche. Los rumores no mentían, eran tan ciertos como los apresurados golpes que les habían despertado antes del amanecer. Eldes y Dago fueron llevados junto a Ruodwoulfó y su mujer con el resto de refugiados. Les repartieron agua y un pedazo de

pan y les obligaron a caminar a trompicones entre los carros, medio dormidos y sin saber adónde les llevaban. Los soldados se negaban a dar explicaciones, solo les gritaban. No les quitaban ojo. Eran muchos, muchos más de los que habitualmente vigilaban el campamento y les trataban de un modo extraño, como si les tuvieran miedo; a ellos, a los godos.

Anduvieron a través de la maleza hasta el anochecer y a la altura de Durostorum tomaron la calzada que les habría de llevar hasta el principal centro de control fronterizo, Marcianópolis, donde por fin podrían detenerse a descansar. Habían prometido abrirles los almacenes de grano de la ciudad para que pudieran calmar sus estómagos vacíos y encogidos por el hambre. A pesar de las reservas con que les trataban los soldados, no hubo incidentes. Los godos se dejaron conducir dócilmente y sin rechistar a través de las fértiles tierras de la región, como un inmenso rebaño de ovejas. Algunos se hicieron la ilusión de que tal

vez esas eran las tierras de las que les habían hablado y que por fin iban a ser asentados en el Imperio. La esperanza era mucho más tozuda que la desgracia. Pero, al llegar a Marcianópolis, descubrieron la verdad. No pudieron soportarlo y se derrumbaron ante la imponente muralla de la ciudad, para muchos, la única ciudad que verían en su triste existencia. Estaban llenos de cólera, desesperados por la crueldad con la que estaban siendo tratados. Les habían vuelto a engañar. Se habían vuelto a reír de ellos. Tampoco en Marcianópolis iban a poder comer. Se habían encontrado con que las puertas estaban cerradas y un cordón de soldados les impedía el acceso a la ciudad.

Los godos se creían súbditos del Imperio, pues eso era lo que les habían hecho creer, y por eso se habían mantenido fieles y leales a Roma. Habían soportado mucho más de lo que puede llegar a soportar un ser humano solo porque los jefes habían dado su palabra al emperador, pero el

emperador les había engañado. Quería quitárselos de encima como fuera, matarlos de hambre. Durante meses habían estado viviendo una gran mentira mientras enterraban a sus hijos y, después de caminar días enteros, estaban hambrientos, desfallecidos, muertos de cansancio, pero no lo suficiente como para olvidar todo lo que les habían hecho pasar. Les hervía la sangre al recordar cómo Roma, la vil y despiadada Roma, les había arrebatado a sus seres queridos con falsas promesas que ellos inocentemente habían creído y no estaban dispuestos a perdonar. No eran más que hombres, miles de hombres y mujeres clamando venganza y recordando a sus hijos muertos; suplicando un poco de piedad a quienes les negaban la entrada a la ciudad; exigiendo su grano e increpando a los pocos vecinos que habían salido de sus casas para recibirles. Algunos, los menos atemorizados, querían darles su particular bienvenida subidos en lo alto de la muralla, desde donde les insultaban y les arrojaban basura como

si fueran flores.

—¡Bárbaros! ¿Por qué no regresáis a vuestras tierras de salvajes y nos dejáis en paz?

Los habitantes de Marcianópolis se sentían amenazados por esa inmensa masa de gentes extrañas, de bárbaros, que habían acampado a las puertas de su ciudad, exigiéndoles la entrada; y ellos se negaban a dejarlos pasar. Querían que les dejaran vivir en paz, que regresaran a las tierras del norte de donde habían venido, porque en el Imperio no había sitio para ellos. Los veían tan rubios, tan altos, tan diferentes, que les tenían miedo. Por temer, hasta temían los desgarradores gritos con los que les increpaban, esa forma de hablar áspera y brutal que parecía salirles de lo más profundo de las entrañas. Los godos ignoraban que sus jefes estaban siendo agasajados en el pretorio de la ciudad con un suculento banquete, celebrado en su honor por el *comes* Lupicino con la excusa de negociar las condiciones del asentamiento.

—¿Es una trampa! Nos han tendido una trampa. ¿Dónde están nuestros jefes?

—¿Dejadnos entrar! ¡Aún tenemos oro! —Al menos, en los mercados de la ciudad los más afortunados podrían comprar víveres o venderse a sí mismos como esclavos.

—¿Mirad a nuestros hijos! ¿Es que no tenéis compasión?

—Eldes, no te separes de mí —le suplicó Dago. Sentía la presión de miles de personas sobre su espalda. Les oía gritar, quejarse, responder a las humillaciones de los provinciales con rabia. De vez en cuando, notaba que le empujaban por detrás. Entonces agarraba a Eldes por la cintura y avanzaba con ella, intentando, en todo momento, mantenerse al lado de Ruodwoulfo y de su mujer. No tenía intención de separarse del herrero hasta que no le enseñara a forjar su propia espada.

La inmensa muchedumbre de los refugiados se estaba acercando peligrosamente al portón de

entrada a la ciudad pese a la resistencia de los soldados, que a duras penas podían mantenerse en sus posiciones. Si los godos lograban entrar en la ciudad tendría que ser a la fuerza.

—¡Queremos nuestro grano!

—¿Dónde está nuestro grano? ¡Nos lo habéis prometido!

De la boca se pasó a las manos y empezaron los palos. Las fuerzas del Imperio recurrieron a las armas para evitar un disturbio mayor, sin saber lo que los refugiados escondían entre los pliegues de sus ropas, en el interior de sus carros, en los lomos de las bestias.

—¡Bárbaros! —gritaban los romanos.

—¡Traidores! —replicaban los godos.

Las voces de unos y de otros alcanzaron la tranquila residencia del *comes*, en el foro, y se colaron por las ventanas del espacioso comedor donde este se hallaba recostado junto a los jefes.

—¿Qué es ese tumulto? ¿A qué vienen esas voces? No nos dejan disfrutar de la música —se

quejó el *comes*, arqueando las cejas con insolencia mientras hundía la punta de los dedos en el humeante vientre de una oca. Un hilillo de sudor le recorría la frente. Bien sabía él lo que estaba pasando al otro lado de la muralla.

—Los godos, señor. Están armados —respondió uno de sus guardaespaldas. Un apuesto joven, de cuerpo atlético y ojos cristalinos, por el que la esposa del *comes* se había dejado seducir.

Lupicino disimuló su sorpresa. No contaba con que los godos hubieran tenido la osadía de rearmarse.

—Deberíais decirles a vuestras gentes que se tranquilicen. La impaciencia no es buena compañera... para nadie. Tendréis las tierras, pero todo a su debido tiempo. ¡Ahora bebamos a la salud de nuestro emperador! ¡Por Roma! —Lupicino aguardó a que el copero le hiciera una señal y alzó su copa, invitando a que sus convidados hicieran lo mismo. El reguero de sudor había aumentado su caudal y seguía su vacilante

curso a través del avejentado rostro del *comes*. Sudaba a pesar del frío viento de la tarde que se colaba por las ventanas haciendo volar las cortinas con delicada sutileza. En eso consistía para él el lujo—. Debéis disculparme. Tengo un desagradable asunto al que atender —fingió reconocer mientras se palpaba el bajo vientre con su mano ensortijada. El *comes* aún conservaba una cierta presunción y adoraba las joyas—. Os ruego que sigáis disfrutando de los placeres de mi mesa.

—Salud —brindaron los jefes visiblemente afectados por el alcohol, viéndole abandonar la estancia escoltado por su joven guardaespaldas.

Fritigerno se acercó la copa a los labios con desconfianza y, en cuanto el *comes* hubo abandonado la estancia, la arrojó contra el suelo, reventándola del golpe. El vino romano se le había subido a la cabeza. Estaba borracho, pero no tanto como para ignorar las aviesas pretensiones de su anfitrión.

—¡No bebáis! —advirtió. Ya era tarde y

Fritigerno se felicitó por eso. Sus labios dibujaban una extraña sonrisa imperceptible para los demás, demasiado borrachos y somnolientos como para darse cuenta. Alavivo había apurado su copa y difícilmente podía mantenerse en pie. Parecía que los ojos se le fueran a salir de las órbitas.

A extramuros, había empezado a correr la voz de que los jefes habían sido asesinados, al igual que los guerreros que les acompañaban, a los que se les había dado muerte en la misma entrada del pretorio, donde aguardaban a que finalizara el banquete.

—Los han matado. —El rumor iba de boca en boca—. ¡Han matado a nuestros jefes! ¿Qué es lo que haremos ahora?

—¡Bárbaros! ¡Ahí los tenéis!

Eso era más de lo que podían soportar. Dago pudo ver al hombre en lo alto de la muralla antes de que cayera al vacío. Estaba como trastornado. Recorría el adarve de un extremo a otro, riendo a carcajadas, gritando y mofándose de ellos,

animado por el aplauso de sus vecinos que contemplaban el espectáculo con delectación. Era uno de los trabajadores del matadero. Un hombre llamado Petronio, de mirada opaca y frente estrecha, al que en la ciudad tenían por idiota. Se había excitado al ver los cadáveres de los escoltas godos frente al pretorio y había subido hasta allí cargando con los despojos de la jornada para provocar a los miles de refugiados hambrientos que esperaban a las puertas de la ciudad. Exhibía los despojos y los arrojaba al otro lado de la muralla, lanzándolos lejos, como si estuviera dando de comer a las fieras del circo. Hasta que, en una de esas, alzó la pierna más de lo conveniente y perdió el equilibrio, precipitándose sobre los godos, en un golpe seco y desagradable, que se confundió con otro aún más poderoso.

—¡Las puertas!

—¡Nos están abriendo las puertas!

Dago recibió una embestida que le dejó sin aire. Una nueva oleada le arrastraba hacia la

ciudad, empujándole contra Eldes, que se dejaba llevar con expresión indolente. No supo lo que ocurría hasta que se vio sobresaltado por el estridente chirrido de unos goznes y, alzando la vista, comprobó que las puertas de Marcianópolis estaban siendo abiertas, pero no para ellos. Un silencio fúnebre le sobrecogió. La ciudad había comenzado a vomitar soldados. Era la guardia del *comes*. Tenía órdenes de destrozarlos mientras que este se ocupaba de los jefes.

—No entiendo qué más quieren de nosotros — murmuró Adela, cegada por el espanto. Instintivamente, atrajo a los dos niños hacia su vientre.

De pronto, y sin saber cómo, los tres se vieron en medio de un confuso caos del que trataron inútilmente de escapar. Zarandeados por la multitud, se abrazaron como pudieron para protegerse de los golpes, apretando los ojos para no ver lo que ocurría a su alrededor. La ira se había extendido entre sus hombres, que habían

respondido a las provocaciones de los romanos sacando fuerzas de su propia debilidad y descargando en cada embestida el inmenso odio que sentían por Roma. Al levantar la vista, Dago descubrió que Adela tenía sangre en la cara y un extraño brillo en la mirada. Supo entonces que el día había llegado y que ya no habría vuelta atrás. Estaban en guerra.

—¡Esto! ¡Esto es lo que quieren! —había bramado Ruodwoulfo, sacando su espada del interior de los calzones. Era la última espada que había salido de su fragua, de la que tan orgulloso se había sentido la tarde anterior. Teiws, el dios de la guerra, protegía el duro metal con el que estaba hecha. Repasó con el dedo cada una de las runas que él mismo había grabado en su filo y la levantó hacia el cielo, con tal ímpetu que estuvo a punto de trinchar una nube.

Le faltó tiempo para probar su poder. Al darse la vuelta se encontró de bruces con uno de los soldados que les habían escoltado hasta allí. Era

un crío, podría ser su hijo si los hubiera tenido, y le gritaba algo incomprensible en su complicada lengua; una orden, probablemente le estaba diciendo que arrojara el arma. Estaba harto de órdenes, así que le hizo callar clavándole la espada en la boca y esperó a verle caer, recreándose en la sangre que le brotaba a borbotones entre los labios. Un espectáculo estremecedor pero hermoso. Era el primer hombre al que mataba y estaba tan fascinado por el poder de su espada que solo pensaba en seguir matando. Matar le resultó tan fácil como clavar un remache.

En medio de la refriega sucedió algo que terminó de desconcertar a los soldados.

—¡Es Fritigerno! ¡Yo lo conozco! ¡Es Fritigerno! —dijo Dago, uniendo su excitación a la del resto. Al verle aparecer a caballo entre los jefes, con esa mirada altiva y desafiante que tanto le había impresionado durante la entrevista con Anulfo, y las dos águilas que cubrían sus hombros, se sintió orgulloso por todo lo que habían estado

haciendo por él. Esperaba poderle contar algún día cómo se habían forjado las espadas con las que los godos iban a vencer a Roma.

La presencia de los jefes les había hecho venirse arriba y a luchar como verdaderos guerreros. Los godos se habían quitado el disfraz de corderos y se abalanzaban sobre los soldados como una jauría de lobos hambrientos y sanguinarios, dispuestos a acabar con la vida de cada uno de ellos. Los soldados comenzaron a retroceder ante la violencia de los refugiados y, antes de que se pusiera el sol, el toque de las cornetas anunció su retirada.

A la mañana siguiente, la ciudad de Marcianópolis amaneció rodeada de cadáveres. Los godos los habían desvalijado.

Segga y Uanda, Uanda y Segga

Tracia estaba en guerra. Así lo entendía Lupicino ante las terribles noticias que le iban llegando. Hordas de godos asolaban la región. Fritigerno los había lanzado en venganza contra él, para que tomaran como enemigos lo que tan injustamente se les había estado negando como aliados. Eran miles y estaban hambrientos. Los provinciales acudían hasta su residencia de Marcianópolis, aterrorizados, contándole cómo, por todas partes, ardían los campos y las villas de labor. Las mujeres eran mancilladas y los hombres eran brutalmente asesinados a la puerta de sus

casas y en los caminos. Los graneros estaban vacíos, al igual que las cuadras. Los campesinos corrían a refugiarse entre los muros de las ciudades, abandonando granjas y cosechas por temor a sufrir la misma suerte que sus vecinos. Muchas de las víctimas que acudían a él habían padecido en otros tiempos los saqueos de los godos, y les temían, ¿cómo no iban a temerles? Aunque, según decían, esta vez era distinto. Los godos viajaban en carros llevando consigo a sus familias: mujeres, niños, incluso ancianos, demasiadas bocas que alimentar para sus agotadas tierras. Llevaban días devastando la región con la virulencia de un ejército de termitas.

Los provinciales estaban indignados ante la pasividad de las autoridades, desesperados por su situación. Primero el Estado, con sus impuestos, y ahora los godos, frente a los que se veían indefensos, desatendidos por un ejército que a ellos les costaba mucho esfuerzo mantener. Esas gentes habían cruzado la frontera para quedarse, y

lo peor era que las propias autoridades que les habían facilitado la entrada miraban hacia otro lado. Era como si no les importara que los godos camparan como salvajes por la región, arruinando las tierras que ellos habían estado cultivando durante generaciones, por las que tributaban. Lupicino los recibía a regañadientes, casi por obligación, pero no tenía intención alguna de perder el tiempo escuchando las quejas de los campesinos. Se los quitaba de encima en cuanto podía y se encerraba en su gabinete, superado por la catastrófica situación que él mismo había propiciado.

El asunto le preocupaba tanto o más que a ellos. Era él quien debía poner fin a las correrías de los godos antes de que el desastre se extendiera por toda Tracia y llegara a conocimiento del emperador. No en vano, aún seguía siendo el gobernador militar de la zona, el *comes Thraciae*. En los últimos días, había conseguido reunir a un más que discreto número de tropas con las que

pretendía librarse definitivamente de esos salvajes. Los espías los habían localizado a unas nueve millas de Marcianópolis, hacia las redondeadas montañas del Hemo, acampados en sus carros, formando un inmenso círculo como era costumbre entre los bárbaros. Una inmensa ciudad sobre ruedas que, de momento, no tenía intención de atacar, ya que no era eso lo que le aconsejaban los generales sino una victoria definitiva, contundente, de la que el emperador pudiera sentirse orgulloso. Una batalla en toda regla. Acudiría con sus tropas al encuentro de Fritigerno y le plantaría cara en campo abierto, donde el ejército romano, inferior en efectivos pero mucho más profesional y disciplinado que la famélica chusma de rústicos bárbaros con la que contaba este, tenía todas las de ganar.

Los godos eran campesinos y pese a su fama, gentes pacíficas. Salvo las élites, unos completos ignorantes en el arte de la guerra, pero Roma les había dado motivos más que suficientes para

empuñar la espada. Clamaban venganza y Fritigerno no pudo hacer otra cosa que aceptar el desafío de Lupicino. Tras la muerte de Alavivo, él era el máximo jefe, el único caudillo, como en su día lo había sido Atanarico. Contaba con el reconocimiento de las tribus tervingias y el apoyo de Alateo y Safrax, los dos líderes greutungos que habían conseguido cruzar la frontera, uniéndose a ellos con toda su gente. Tracia estaba desguarnecida, era el momento de pelear por ella. No sería la primera vez que el Imperio abandonaba una de sus provincias fronterizas en manos de los bárbaros; había ocurrido con la antigua Dacia.

La de Marcianópolis fue una lucha brutal y despiadada que se prolongó más allá del crepúsculo. Los hombres caían aplastados, atravesados por el metal, y los fértiles campos fueron sembrándose de cadáveres hasta quedar

prácticamente cubiertos por una masa sanguinolenta y gimiente entre la que resultaba casi imposible avanzar. Los godos rugían y se abalanzaban sobre los soldados como verdaderas bestias. Empujaban con sus escudos, cercenando y matando con tal brutalidad que parecían despojados de su humanidad. Les culpaban de haberles robado sus vidas, sus plácidas vidas de campesinos, y les clavaban sus ojos cargados de odio. Habían visto morir a sus mujeres, a sus padres ancianos, a sus pequeños. Roma los había matado y los soldados merecían morir por ellos. Si Valente quería guerreros, allí los tenía. Los godos luchaban con la visceralidad de un animal herido.

La confusión se adueñó de los soldados al ver que estaban siendo masacrados. Por todas partes se oía gemir a los heridos, callar a los muertos, luchar a los vivos; en un momento incierto, en algún lugar, el lastimero zumbido de una tuba les anunció que todo estaba perdido. El combate se

había decidido mucho antes de que las últimas luces de la tarde dieran paso a la oscuridad.

Las tropas del Imperio habían sufrido una humillante derrota. El *comes* Lupicino consiguió escapar del campo de batalla, escoltado por su guardia, y se refugió cobardemente entre los muros de la ciudad mientras sus hombres morían en una de las peores masacres que se recordarían en territorio imperial. No la última, ni la definitiva. Cayeron en combate la mayoría de los soldados, muchos de los tribunos, y se perdieron todos los estandartes. La región quedó prácticamente indefensa después de aquello. Tracia estaba en manos de los godos.

Los días que siguieron a la batalla fueron, también para los godos, días de duelo, tristes y extraños. El sol se negaba a salir entre las nubes y los caballos parecían inquietos, como si intuyeran algo, algún peligro. «Malos presagios»,

aseguraban los chamanes. Estaban asustados, atemorizados por lo que habían hecho. Se sentían como si hubieran roto un cántaro y fueran incapaces de recomponerlo. Habían vencido a Roma en el campo de batalla, pero no encontraban motivo alguno para celebrarlo. Ignoraban qué sería de ellos más adelante. En el aire todavía flotaban las cenizas de los caídos y las heridas eran tan profundas que aún tardarían en cicatrizar, o quizá no llegaran a curarse nunca. Les iba a ser imposible olvidar lo ocurrido, el sufrimiento de los últimos meses, sin duda, los peores de sus breves o prolongadas vidas. Aquella estaba siendo una victoria amarga, agridulce y difícil de digerir.

Los godos sabían que ningún pueblo lograba sobrevivir a la ira del Imperio. Habían cruzado las fronteras buscando la paz y lo que hicieron fue provocar una guerra. Se preguntaban por qué lo habían hecho, por qué se habían rebelado si los muertos ya estaban muertos y la venganza no bastaba para borrar el dolor de sus corazones. Se

reprochaban a sí mismos el haberse convertido en enemigos de Roma. Valente jamás les perdonaría lo que habían hecho. Esperaban el castigo.

Los godos de Fritigerno se preparaban para una guerra que creían perdida de antemano. Desconocían cuál sería el siguiente paso, pero aún quedaba mucho por hacer. Ruodwoulfo había salido prácticamente ileso de la batalla y trabajaba en recuperar las armas que les habían arrebatado a los romanos. Lo hacía junto a Dago y dos de los hombres, dos hermanos llamados Segga y Uanda, también herreros. Calentaban las piezas de metal que necesitaban ser forjadas de nuevo en un rudimentario horno de arena y piedra que ellos mismos habían improvisado, aunque la mayoría bastaba con limpiarlas y afilarlas. Lo hacían al aire libre. Frente a ellos se elevaba una imponente cordillera de metal que les protegía del viento y del exceso de luz, y que alimentaba la curiosidad de los chiquillos que correteaban por los alrededores y que, de tanto en tanto, asomaban sus

doradas cabecitas para ver trabajar a los tuergos en su fragua. Muchos eran huérfanos, alguno ya ni siquiera recordaba el rostro de sus padres, pero creían en la magia de los cuentos que en vida les habían contado. Les impresionaba verles manejar el fuego con sus caras renegridas a causa del humo. Espadas, lanzas, dardos, jabalinas y cascos en bastante buen estado, salidos de las fábricas imperiales, y pesadas cotas de malla, aguardaban pacientemente una segunda vida. Los escudos estaban siendo pintados a la sombra de algún carro con los brillantes colores de las tribus, mientras los estandartes eran remendados por las mujeres. Cuando terminaran, habría armas y armaduras para todos. Los godos se presentarían ante las tropas imperiales como un verdadero ejército.

Los hermanos eran tan parecidos como dos gotas de lluvia. Ambos se habían dejado crecer sus ralos bigotes más allá de la barbilla y vestían de idéntica manera, pues sus ropas, de un verde descolorido y sucio, habían sido confeccionadas

con la misma pieza de telar. Eran demasiado menudos para ser godos. Presumían de haber nacido al mismo tiempo, en una misma camada, como si fueran un par de jabatos, junto a una tercera cría que había acabado muriendo en el parto. Aseguraban entre risas que su madre había tenido que amamantarlos a los dos, uno en cada teta, y que desde entonces no se habían separado. Algún día quizá lo hicieran, pero lo cierto es que no podían vivir el uno sin el otro.

En su extraordinario origen era en lo único en lo que los dos hermanos coincidían, pues en cuanto abrían la boca comenzaban las contradicciones. Discutían sin parar, unas veces en serio y otras de broma, cualquier excusa les servía para llevarse la contraria: si Segga decía blanco, Uanda decía negro; si uno negaba, el otro afirmaba; si frío, pues calor... A Dago le hacían reír con sus estúpidas discusiones. Un día, se pusieron a divagar sobre la cabeza de los romanos. Habían tenido pocas oportunidades de verlos sin sus cascos, de modo

que sus argumentos no pasaban de ser simples conjeturas, simples y disparatadas conjeturas con las que entretenerse mientras amolaban los filos de las espadas, pasándolos una y otra vez por la rugosa superficie de una piedra. Uanda intentaba convencer a su hermano de que los romanos tenían una cabeza enorme, mucho más grande que la de cualquier godo, más grande incluso que la de los hunos que empezaban a unirse a ellos en pequeños grupos, esta vez en son de paz, y tan pesada que su propio peso les impedía seguir creciendo. Por eso eran tan bajitos.

—¡No dices más que tonterías! ¿No ves que si eso fuera cierto tú serías un gigante? —le replicó Segga muerto de risa.

—Al menos, soy más alto que tú —se defendió Uanda.

—¿Habéis oído a este? Dice que es más alto que yo. Te saco por lo menos dos dedos. Ven, acércate. Ponte recto —le pidió Segga, poniéndose tan tieso como una lanza.

Se midieron. Uanda y Segga tampoco se distinguían por su altura.

—Sois iguales —terció Dago mientras accionaba el fuelle.

—Ya te había dicho que éramos iguales. Además, los romanos no tienen la cabeza tan grande como dices. ¡Mira! —Segga quiso llamar la atención de su gemelo encasquetándose el yelmo más pequeño que encontró, y luego no podía quitárselo. Resultaba minúsculo para su cabeza de godo—. ¡¿Es que nadie me va a ayudar a quitarme esto?!

Uanda simuló no hacerle caso y siguió con lo que estaba haciendo, molesto por tenerle que dar la razón, mientras su hermano forcejeaba con el casco, rojo como una manzana, sin poder arrancárselo de la cabeza. La escena hizo reír a Dago, que dejó de prestarle atención al fuego y aireó el fuelle con desmedido ímpetu, haciendo saltar la carbonilla encendida fuera del horno.

—¡Despacio! ¡¿Qué diablos estás haciendo?!

Otra de estas y te corto el cuello —le amenazó Ruodwoulfo.

No volvería a ocurrir. El muchacho se mordió los labios y volvió a concentrarse en su trabajo. Se lo tomaba tan en serio que terminaba el día con los brazos doloridos por el enorme esfuerzo que requería el manejo del fuelle, demasiado pesado para un niño tan enclenque como él. Ruodwoulfo le espiaba con su único ojo. Estaba enojado, a punto de estallar. Tenía el pronto de una tormenta y se ponía furioso a menudo, a veces le pegaba, pero era lo más parecido a un padre que Dago había tenido. El niño admiraba al herrero. Lo creía dueño del secreto de los turgos. Sus manos, fuertes y poderosas como las manos de un dios, eran capaces de transformar, con la fuerza del fuego, la amorfa materia que crecía en el vientre de la tierra en hermosos objetos de metal, tan maravillosos que hasta la luna los hacía brillar. Al niño le intrigaba aquel mundo oscuro y misterioso, el de los minerales que crecían ocultos bajo tierra,

y podría pasarse la vida contemplando el fuego. Lo miraba arrobado por su belleza. Tenía el color de las diminutas piedras que adornaban la corona que aparecía en sus sueños; de un rojo incandescente, como el de las maravillosas águilas de Fritigerno. El herrero le había dicho dónde encontrarlas.

Cada noche, Ruodwoulfo buscaba un lugar bajo las estrellas. Colocaba la cítara sobre sus rodillas, cerraba los ojos y se dejaba llevar por el conmovedor sonido de sus notas. Sentía que la música ablandaba su corazón, llenándolo de añoranza. Echaba de menos su tierra. Cuando volvía a abrirlos, se daba cuenta de que no estaba solo. Le acompañaban sus vecinos que se habían ido sentando en el suelo, formando un círculo a su alrededor. Era hábil forjando canciones y las gentes esperaban a que cayera la noche para escuchar sus canciones, entonces él los complacía.

Las palabras brotaban como suspiros de sus labios. A veces les hacía llorar, otras arrancaba tiernas sonrisas, avivando recuerdos que creían olvidados. Les hablaba del musgo y de las flores moradas que crecían entre la hierba de los prados, de las ruidosas cascadas, de los nidos de las águilas y de las piedras sagradas donde habitaban los dioses. Nadie se atrevía a interrumpir, solo ellos dos hablaban. Lo hacían con los ojos, intercambiando miradas.

Eldes y Dago tenían su propio lenguaje, un lenguaje cómplice que únicamente les pertenecía a ellos. Era como un juego al que solo ellos podían jugar, en el que no hacían falta las palabras. Bastaba un gesto, una mirada o simplemente un pensamiento para que el otro comprendiera. Estaban muy unidos, se necesitaban. El silencio había dejado de hacerles daño, se habían acostumbrado a él. Habían aprendido a escuchar

lo que sus corazones decían. Eldes posó los ojos en Dago y este comprendió. Tenía la mirada triste, mortalmente cansada, tan llena de melancolía que daba lástima. Se acordaba de la vida que les habían arrebatado. Por eso le pidió a Ruodwoulfo que cantara algo alegre. Este asintió encantado y, dando unas palmadas, comenzó a martillear el suelo con los pies para marcar el ritmo. Empezó a tararear una vieja canción que encontró, por casualidad, perdida en la memoria. Echó la cabeza hacia atrás y, entornando su único ojo, empezó a cantar con voz vacilante. Algunos de los hombres le acompañaron y la canción comenzó a fluir de sus labios sonrientes como si nunca la hubiera olvidado. Sonaron las palmas y las mujeres se atrevieron a bailar; saltaban y reían como si el corro fuera una fiesta. Se sentían fuertes, unidos, como si los acordes de la cítara les hubieran devuelto la dignidad. La lejana tierra de Gutthiuda estaba en cada uno de ellos, y fueran donde fueran siempre estaría en sus corazones.

La muñeca *Aurora*

—¿Qué esperáis obtener de esta muralla? — Fritigerno se dirigió a los godos tras varios intentos de asedio a Adrianópolis—. ¿Acaso vuestros hijos se alimentan con las piedras que os arrojan desde su cima? Llevamos días acampados bajo estos muros, soportando el impacto de las flechas, y ¿qué es lo que hemos conseguido? ¿Cuántas bajas necesitáis para desistir de esta vana empresa? Dejemos que sean los guerreros de Colias quienes salden sus deudas con la ciudad. Esta no es nuestra batalla. ¡Carguemos los carros y marchémonos de aquí! ¡¡Saqueemos Tracia!!

La sombra de las murallas se prolongaba sobre sus cabezas. Carecían de máquinas, desconocían cómo vencer los altos muros que rodeaban la ciudad, y el jefe no estaba dispuesto a sacrificar a su gente por una causa que no era la suya. Había aceptado que Colias y Suerido se les unieran con su ejército de mercenarios, estaban en guerra y cualquier aliado contra Roma era bien recibido. Desde que los tervingios se habían rebelado, la afluencia de gentes dispuestas a sumarse a ellos había sido continua. Primero fueron las tribus greutungas de Safrax y Alateo; luego, pequeños contingentes de bárbaros venidos del norte, entre los que había alanos y, para sorpresa de quienes tuvieron la desgracia de padecerlos, también había hunos. Esclavos, desertores, colonos y propietarios romanos asfixiados por los impuestos; a los que se les fueron sumando aventureros, bandidos y desheredados, atraídos por el espíritu libre y desafiante de los bárbaros. Los insurrectos eran cada vez más numerosos y los

godos cada vez más fuertes.

Suerido y Colias pertenecían a esa nobleza que durante décadas había estado al servicio del Imperio y que, en su fuero interno, despreciaba a Fritigerno y a su miserable prole de granjeros. Habían acudido a su encuentro, obligados por las circunstancias, al poco de conocerse la debacle sufrida por las tropas de Lupicino en las afueras de Marcianópolis, a varias jornadas del cuartel de invierno de Adrianópolis, donde ellos se hallaban acantonados con su ejército. La noticia les había pillado tan de sorpresa como al resto. Eran mercenarios, se debían a quien les pagaba y estaban más que dispuestos a luchar contra los insurrectos, por muy godos que estos fueran, pero el emperador Valente les había dejado claro que ponía en duda su lealtad. Hasta Antioquía llegaban malas noticias que justificaban su desconfianza y el emperador temía, y con razón, lo que podría ocurrir si los miles de auxiliares godos con que contaba el Imperio se acababan rebelando, así que

actuó en previsión. Les ordenó que abandonaran la región y se desplazaran con sus hombres hacia el frente de Mesopotamia, donde se unirían a otros tantos contingentes godos contratados por Roma. Colias y Suerido se limitaron a cumplir las órdenes que les había enviado el emperador. Reclamaron a las autoridades el avituallamiento necesario para emprender el viaje y prometieron partir en el plazo de dos días. Demasiados para el magistrado de la ciudad que, creyéndoles culpables de haber devastado sus propiedades, armó a la plebe y la lanzó contra ellos, expulsándolos de malos modos de Adrianópolis. Sin duda no pensó que regresarían, esta vez para asediarla con la ayuda de los sublevados.

—¡Mirad toda la riqueza que crece en los alrededores! ¿Por qué os empeñáis en abatir murallas si tenéis a vuestro alcance el fruto de los campos? Los godos no hemos nacido para asediar ciudades. Somos excelentes jinetes ¡y mejores bandidos!, siempre hemos sido libres de tomar

cuanto nos plazca. Esta es una tierra fértil, abundan las villas y las granjas... las mujeres... ¿Dónde están los soldados para defenderlas?... porque yo no los veo. Y vosotros, ¿los veis por alguna parte? —preguntó Fritigerno con voz firme, interpelando al corazón de cada uno de sus súbditos. Los godos empezaban a agitarse al darse cuenta de que el jefe estaba en lo cierto. Ellos ya tenían bastante con sobrevivir. Fritigerno tranquilizó a su caballo y alzó la mano para imponerles silencio antes de continuar—: Están en las ciudades, protegiéndose de nosotros. ¡Tracia ha sido abandonada! ¡No hay nada que temer! ¡Ha llegado la hora de que nos separemos y tomemos a la fuerza lo que se nos prometió!

Esa misma tarde partieron las primeras caravanas. Ruodwoulfo y Adela esperaron al día siguiente para unirse a los miembros de su *kuni*. Decenas de familias emprendieron el camino con ellos y se dirigieron hacia el sur. Confiados, creyéndose dueños de cada palmo que pisaban. La

llanura tracia se desplegaba fértil y hermosa ante sus ojos. Había comenzado la primavera. Con el estómago lleno la vida resultaba mucho más fácil. Ruodwoulfo conducía su propio carro, tras él iban Uanda y Segga, con la fragua a cuestas. De vez en cuando, se alegraba de su suerte, pues había conseguido sobrevivir al campamento, y dedicaba pícaras miradas a su mujer que esta recibía con coquetería, como si el amor les hubiera sorprendido con el cambio de estación, dejándose acariciar la piel por debajo de la ropa. Eldes y Dago iban detrás, entre los fardos, viendo pasar las nubes por encima de sus cabezas.

Dago silbaba. Eran libres de ir donde quisieran. Podían despertarse con el sol a orillas de un río y volver a encontrar el sueño en lo alto de una colina, tanto importaba. Nada les ataba, sus vidas carecían de rumbo. Toda su existencia transcurría sobre un par de ruedas, escuchando el lento traqueteo de los carros y el dulce balido de las ovejas que pastaban en los campos. No tenían

aldeas a las que regresar, solo sus carros; era allí donde lo hacían todo. En ellos viajaban, dormían, se amaban, engendraban y parían a sus hijos, al igual que habían hecho sus antepasados antes de establecerse en la antigua Dacia romana y al Nordeste de la misma. Los paisajes se sucedían como en un sueño. Vivían al día, sin esperar siembras ni cosechas, rapiñando y robando lo que les daba en gana. Tracia era rica y el botín abundante. Al sur, en la campiña, les aguardaban las villas de recreo donde los ricos terratenientes pasaban sus vacaciones, huyendo del bullicio de la capital. La cercana y próspera Constantinopla, de la que pocos de ellos habían oído hablar.

Los hombres salían a saquear los campos de madrugada y regresaban antes del anochecer cargados de riquezas, mientras sus mujeres les esperaban en el interior del carrago, ansiosas como niñas por descubrir el contenido del botín. Siempre había algo para ellas, alguna fruslería, espejos, joyas, telas o comida, mucha comida, más

de la que habían soñado tener. Comida suficiente para alimentar las hambrientas bocas de sus cachorros, y también eso las hacía felices. En cuanto llegaban los carros comenzaban a revolverlo todo como en los buenos tiempos, cuando los buhoneros visitaban las aldeas y ellas se amontonaban a su alrededor, excitadas e impacientes por comprobar la mercancía. Daba gusto verlas reír ante tanta maravilla y los hombres coincidían en que nunca habían estado tan bonitas.

Eldes participaba de aquella emoción, esperando que algún día le tocara algo. Echaba de menos los pequeños lujos a los que sus padres la habían acostumbrado. En la aldea era ella quien tenía las mejores cosas, la única que tenía juguetes importados de la vecina Roma.

—¡Despierta, sabandija! Hoy te vienes con nosotros —anunció Ruodwoulf, levantándole de un puntapié.

—¿Adónde? —respondió Dago medio dormido. Tenía los ojos tan llenos de legañas que

apenas podía abrirlos y el flequillo enmarañado de dar vueltas en el catre. Había tenido una pesadilla.

—Tú síguenos. ¡Toma esto! Un hombre debe ir siempre bien armado.

«¿Un hombre? ¿Había dicho un hombre?» A Dago le costaba entender lo que pasaba para que le hubieran despertado en plena noche. Por alguna razón que a él se le escapaba, Ruodwoulfó había empezado a considerarle un hombre. Bien era cierto que su cuerpo estaba cambiando, se estaba fortaleciendo y ya no tenía la fragilidad de un niño, pero su rostro conservaba una expresión pueril que seguía provocando ternura entre las mujeres; aunque era un chico guapo y pronto despertaría su deseo. El herrero le dio un pequeño cuchillo acompañado de un fuerte manotazo en el pecho que le hizo tambalearse. Sentía curiosidad por ver cómo se desenvolvía Dago en el pillaje y al advertir el desconcierto del muchacho, estalló en una insólita carcajada que resonó con fuerza en el interior del carro. Estaba de buen humor.

—¡Borra esa cara de búho!, que nos vamos a divertir —le aseguró.

Dago se fijó en la afilada daga que le colgaba del cinto y tragó saliva. Era difícil no reparar en ella, brillaba bajo la tenue luz que se colaba a través de la lona. Si no le hubiese temido como le temía, hubiera protestado, pero después de varios meses de palizas más que frecuentes había aprendido a ser prudente y a mantener la boca cerrada. Estaba demasiado dormido para estar emocionado. Era la primera vez que les acompañaba. Se frotó la cara para despejarse y escupió. Antes de abandonar el carro, echó un último vistazo a su amiga. La contempló unos instantes mientras dormía. Sus labios sonreían con abandono, embargada por esa felicidad de la que solo los muy niños o los muy ingenuos pueden disfrutar, totalmente ajena a la fealdad del mundo. Ni siquiera se había dado cuenta de que él ya no estaba tendido a su lado, bajo la manta que compartían cada noche. Sintió celos de sus sueños.

Estaba muy rara últimamente.

Casi cada día llegaba alguien nuevo al campamento: desertores, insumisos y maleantes que preferían la brutalidad de los godos a la falsa paz romana; en ocasiones, godos huidos de sus dueños que habían sido vendidos como esclavos tiempo atrás. Junto a ellos, algunos de los infelices que habían perdido su libertad en el campo de refugiados, y Eldes los recibía con los ojos brillantes. Dago se había dado cuenta de la ilusión con que esperaba su llegada. La veía correr hacia los recién llegados, estudiar sus rostros y mirarles a los ojos con un gesto de curiosidad nerviosa que a él le hacía sentir incómodo. Buscaba a Belario. Vivía convencida de que su amigo regresaría para hacerla reír. Pero Dago nada sabía de Belario ni del tiempo que los dos niños habían pasado juntos, escondidos bajo las tripas del carro, y ella no se lo podía contar. Quizá tampoco estuviera dispuesta a hacerlo, el silencio la estaba volviendo reservada. Eran sus recuerdos, demasiado

valiosos como para compartirlos con nadie, ni siquiera con él.

Dago había decidido cobrarse su particular venganza por el desapego con que le trataba su amiga y se marchó del carro sin decir nada, convencido de que al despertar ella lo buscaría angustiada por todo el campamento. Tomaron uno de los caminos que transcurrían en dirección al mar. El cielo comenzaba a clarear y una ligera neblina cubría los campos. Refrescaba. A lo lejos, en un punto elevado del horizonte, comenzó a distinguirse, entre la niebla, la silueta de un caserío y solo al acercarse pudieron comprobar que se trataba de una villa. La protegía un ejército de vides en perfecta formación, un viñedo verde e infinito en el que pronto aparecerían las primeras uvas. Se dirigieron hacia ella embargados por una gran excitación, felicitándose de antemano por el succulento botín que traerían de vuelta al campamento.

Una vez allí, se dividieron para ganar tiempo.

Debían actuar deprisa. La villa tenía la extensión de una aldea. Establos, cuadras, corrales, huertas y almacenes debían ser vaciados cuanto antes. Dago siguió a Ruodwoulfo a través de un tranquilo jardín de rosales y árboles en flor hasta la parte noble del complejo, donde residía el propietario con su familia. Frente a ellos se abría al cielo un coqueto patio en cuyo centro verdeaban las plácidas aguas de un estanque flanqueado por estatuas. Cuando Dago vio aquello se le cortó la respiración. No tenía ojos suficientes para mirar toda la belleza que había a su alrededor e inconscientemente retrocedió para no estropear el suelo. Sus botas estaban llenas de barro y no quería manchar a la joven que danzaba bajo sus pies, sosteniendo un instrumento entre las manos. Jamás en su vida había visto algo tan delicado. Estaba hecha de un sinfín de piedrecitas de colores que se sucedían como olas de mar formando bonitos dibujos a lo largo de la estancia. De rodillas, pasó la mano por las teselas,

abandonándose por un instante al suave tacto del mármol. Alguien le empujó y sus manos fueron a parar a las desnudas nalgas de la bailarina.

—¿Qué es lo que haces? ¿Es que piensas limpiarles el suelo? —preguntó Uanda con sorna—. ¡Aquí no hay nadie! Podemos desvalijarles la casa a gusto.

Dago se puso en pie, avergonzado, pero se quedó plantado en el lugar exacto donde lo había encontrado Uanda, contemplando con disgusto cómo los demás destrozaban la mansión. Le embargó una amarga sensación al comprobar la brutalidad con la que su gente estaba poniendo fin a tanta belleza. Los hombres salían de las estancias que rodeaban el patio cargando con el botín: espejos, vajillas, candelabros, vestidos, monedas y doradas joyas para sus mujeres. Uno de ellos llevaba entre sus brazos la estatua de una Venus de pechos firmes y caderas redondeadas, tan deseable como inútil para su nómada existencia, y la exhibía orgulloso ante la divertida mirada del

resto, como si acabara de comprometerse con ella. Dago pensó que aquello era ridículo. Tras él, vio asomar la cabeza de Segga bajo un enorme fardo de ropa y poco después a Ruodwoulfo, con un telar entre los brazos. Se estaba quedando solo.

Iba a marcharse de allí, ya estaba traspasando el umbral del vestíbulo, cuando algo le hizo volver sobre sus pasos. Había oído un gemido. Era un gemido ahogado que parecía venir de algún lugar de la casa. Quizá no estuvieran tan solos como suponían. En un primer momento pensó que sería el maullido de un gato, o quizás el agudo chirrido de los carros, pero al oírlo de nuevo supo que se trataba del llanto de un niño. Provenía del interior de la casa. Como un sonámbulo, fue adentrándose en uno de los corredores que arrancaba de un extremo del patio. Caminaba despacio, cegado por la curiosidad, cuando volvió a escucharlo, esta vez acompañado de un breve susurro. Sin saber cómo, chocó con un enorme cesto de mimbre, desatando el enfado de sus portadores, y decenas de objetos

metálicos rodaron por el pasillo en un sonoro baile que parecía no parar nunca. Dago se maldijo a sí mismo por su torpeza y trató de pasar de largo, pero una fuerte mano le detuvo.

—¡Eh, niñato, mira por dónde andas! —le gritó de malas maneras uno de los hombres con los que había chocado—. Supongo que nos ayudarás a recoger esto.

Conocía al hombre, lo había visto cientos de veces en el campamento y no le era demasiado simpático. Se agachó a regañadientes, recogió lo que pudo y dejó que fueran ellos los que metieran el resto. Acababa de descubrir de dónde provenían los lloros.

—Ahí dentro ya no queda nada que merezca la pena —le advirtió el hombre.

Dago ignoró la advertencia y entró en la habitación, empujando la puerta con suavidad. Nada. En el cubículo no había más que una cama deshecha, sandalias y ropa tirada por todas partes. La luz entraba a raudales a través de la ventana

abierta, iluminando de pleno los frescos que cubrían las paredes, donde habitaban las ninfas. Olía muy bien. El muchacho se sintió embargado por un penetrante aroma que lo impregnaba todo. Provenía de uno de los frascos de cristal que yacían desparramados por el suelo. Por entonces, Dago desconocía que el olor de las flores se pudiera guardar en una botella. Miró a su alrededor decepcionado. Y, justo cuando se disponía a abandonar la estancia, algo se movió a sus espaldas. Instintivamente empuñó el cuchillo que le había entregado Ruodwoulfo aquella misma mañana.

Acurrucada en el recodo de la puerta, una mujer le observaba con los ojos extremadamente abiertos, como si tuviera ante ella una aparición y él fuera el fantasma. Estaba aterrorizada. El llanto de su pequeña las había delatado: «Chsss, chsss...», de poco le habían servido los mimos para tranquilizarla. Dago se acercó a ellas sin saber bien qué hacer, turbado por el estupor de la

madre que no podía apartar la mirada del cuchillo. Era una mujer elegante, una dama. A Dago le pareció muy guapa a pesar de su extrema delgadez, con la melena castaña cayendo sobre los hombros y esa túnica de un azul intenso que él jamás había visto en la naturaleza.

—Podéis llevaros lo que queráis, pero... por favor... no nos hagáis nada —le suplicó la mujer. Retenía a su hija entre los brazos para que no se escapara de su lado.

—Toma, te la doy —añadió la pequeña, tendiéndole su muñeca, convencida de que su mamá quería que esa gente se lo llevara todo. Mientras hablaba movía la cabecita con determinación, tratando de convencer a Dago de que se la daba para siempre aunque fuera su muñeca preferida—: Se llama *Aurora* y le gusta que le canten.

Dago sonrió enternecido por la forma tan graciosa con que le miraba la niña, levantando hacia él una cara regordeta y sonrosada en la que

destacaban dos grandes ojos castaños tan poblados de pestañas. *Aurora* estaba desnuda, pues la pequeña tenía la costumbre de desvestir a todas sus muñecas, y aun así era mucho más bonita que las que Eldes tenía en la aldea. A Dago le sorprendió que su dueña no tuviera miedo de él, debía de ser una niña muy valiente, pues, desde que les habían declarado la guerra, eran los romanos quienes tenían miedo de los godos. Pensó en acariciarla, pero su sonrisa se desvaneció ante la inesperada reacción de la madre, que se dispuso a premiar la generosidad de su retoño con un beso dulce y jugoso que se prolongó más de lo a que Dago le hubiera gustado. La niña no le dio más importancia, se dejó besar y continuó con el brazo extendido, empeñada en que el muchacho aceptara la muñeca. Pero Dago solo podía pensar en aquel beso.

Un rencor ciego le hizo odiar todo lo que había de bello en el mundo. Por mucho que lo intentó no consiguió acordarse de los besos de su madre y le

dolió darse cuenta de que su madre nunca le había besado así. Odió a la pequeña por eso, y quiso hacerle daño. La agarró con fuerza del brazo y lo rajó de arriba abajo con el cuchillo, experimentando por primera vez en su vida el placer de la venganza. La niña reaccionó inmediatamente con un «¡Ay!» y, dejando caer la muñeca *Aurora* en el suelo, se volvió para refugiarse en el cuello de su madre. Dago lamentó no oírla llorar. Le embargaba una inexplicable sensación de euforia. Estaba excitado, orgulloso de haberse comportado como un hombre. Rescató la muñeca del suelo y salió de la habitación pensando en que se la llevaría a Eldes como regalo.

—La casa está limpia —oyó decir a uno de los hombres—. ¡Marchémonos de aquí!

Dago se reunió con los demás dispuesto a proclamar su hazaña a los cuatro vientos. Quería que todos se fijaran en él, en su cuchillo manchado de sangre. Con once años era capaz de matar.

—¡Eh, sabandija! ¿Qué es lo que estás haciendo ahí? ¿Es ese tu botín? —preguntó Ruodwoulfó en cuanto lo vio salir por la puerta con la muñeca en la mano. La miró con desprecio y esta le devolvió la mirada con sus inexpresivos ojos de cristal, mientras su nuevo dueño soportaba de mal grado las mofas del herrero—. Eso me pasa por confiar en ti. Debí haberle hecho caso a mi mujer. ¡No deberías estar aquí, aún te falta mucho para convertirte en un hombre! —le recriminó el herrero, y acompañó sus palabras con una buena colleja—. ¡A ver cuándo aprendes a ganarte el pan!

Dago se sentía avergonzado por haberse llevado de botín una muñeca.

—Tírala de una vez, que ya no tenemos edad de jugar, y ponte a cargar como los demás. Cuanto antes acabemos, antes nos largaremos de esta asquerosa villa. ¡Venga! ¡Muévete! ¡¿A qué esperas?!

Las prisas de Valente

La guerra de los godos continuaba después de dos años de pillaje, escaramuzas e infructuosos enfrentamientos con las tropas imperiales, y Valente ya no podía ocultar su nerviosismo ante aquella situación. Acababa de recibir una misiva desde Occidente, en la que el Augusto Graciano le confirmaba que estaba en camino, a unas pocas jornadas de allí, y le pedía que fuera paciente. ¿Paciente? ¡Como si no lo hubiera sido lo suficiente! Desde hacía meses no había hecho otra cosa que ser paciente. A Valente se le había agotado la paciencia. Llevaba demasiado tiempo

esperando a que su sobrino tuviera la bondad de unirse a él en su lucha contra las irreductibles hordas de godos que arrasaban las provincias de Tracia y que habían llegado a amenazar el corazón mismo de su imperio, acampando a las puertas de Constantinopla y aterrorizando a la población.

Los últimos meses habían sido una tortura para él. Se había visto obligado a forzar la paz con Persia y a abandonar Antioquía para poder reunirse con su ejército en Constantinopla, donde no fue, que se diga, muy bien recibido por sus súbditos. Aún le temblaban los labios al recordar los insultos en el circo y las cosas tan atroces que le dijeron. En aquel asunto de los godos, había estado mal aconsejado, muy mal aconsejado, y no había vuelta atrás. Jamás debió aceptar la petición de los jefes bárbaros estando Tracia tan desguarnecida como estaba. Había sido una imprudencia cuyas consecuencias aún estaba pagando con una guerra en territorio imperial que parecía no acabar nunca.

Arrastraba su gordura de un lado a otro de la más que confortable tienda de campaña en la que estaba acampado junto a su ejército bajo los muros de Adrianópolis, meses después de que los godos de Fritigerno abandonaran su intención de asediarla. Desde entonces Tracia se había convertido en su solar. Valente contó los pasos, siete, y se detuvo frente a la fastuosa silla de seda roja con la intención de tomar asiento, pero sus nervios se lo impedían. Se apoyó en el respaldo, tomó el aire que le faltaba para poder continuar y reanudó su exasperante peregrinación entre las alfombras y las pieles que cubrían de lujo la estancia. Los consejeros le observaban con cierta distancia, deseando que se detuviera de una vez. Por fin lo hizo.

—¿Y bien? —les retó, sin esforzarse en ocultar su mal humor—. Exijo de inmediato vuestro parecer.

Hacía mucho calor allí dentro y Valente se notaba pesado, quizás había abusado del picante

en la comida. Necesitaba una siesta, descansar. Estaba viejo. Parecía que, tras los últimos acontecimientos, los años se le hubieran venido encima como una losa. Estaba a punto de cumplir la cincuentena y hacía tiempo que no sentía correr por sus venas la savia de la juventud, ya ni siquiera le apetecía el sexo como antes. El calor de la tienda era tan agobiante que si cerraba los ojos podía pensar que aún estaba en Antioquía, su cálida y dorada Antioquía, de donde nunca debía haberse marchado. Le había costado más de un disgusto el tener que renunciar a su sueño de pasar a la Historia como el vencedor del poderoso Imperio persa, al que, hasta hacía poco, había considerado el verdadero enemigo del Imperio en Oriente. Persia era la única potencia del orbe que podía hacerle sombra a Roma. Otros emperadores habían fracasado en su intento de conquistarla y Valente siempre había creído que era él el elegido por la Providencia.

Sus consejeros seguían sin decir palabra y el

calor en el interior de la tienda empezaba a hacerse insoportable. A punto estuvo de hacer llamar a los eunucos para que hicieran correr el aire con los abanicos, pero el asunto que se disponían a tratar requería la máxima discreción y esa no era, precisamente, una de las virtudes de aquellos afeminados. Alzó los ojos y esperó a que alguno de los generales se dignara a pronunciarse sobre el contenido de la carta que arrugaba entre las manos. Su silencio le exasperaba. Les había reunido para conocer su opinión sobre la estrategia que debía tomarse: si aguardar a Graciano y seguir retrasando el combate; o si, mejor, ignoraban su petición, tomaban el toro por los cuernos e intentaban acabar con el problema de los godos de una vez por todas. Él era partidario de actuar antes de que el desánimo acabara cebándose con sus tropas de élite, acuarteladas en los suburbios de Constantinopla desde la primavera.

Ardía en deseos de liquidar a esa gentuza de

Fritigerno cuanto antes y por eso había reunido con urgencia a los miembros del consejo de guerra, para que le reafirmaran en sus intenciones. Cuando el emperador tenía algo decidido era difícil, casi imposible, hacerle cambiar de opinión y era ahí donde entraban en juego los aduladores. A ninguno de los consejeros se le escapaba qué era lo que Valente quería escuchar en esa ocasión, aunque entre ellos se imponía la más absoluta prudencia.

Quienes no estaban de acuerdo con adelantarse a Graciano, trataban de evitar cualquier protagonismo, esperando a que fueran otros los que hablaran. Para no verse obligados a dar su opinión, mantenían baja la mirada, simulando estudiar con detalle el mapa de campaña que había desplegado ante sus ojos, sobre la gran mesa de pórfido en la que Valente solía despachar los asuntos de gobierno. Repasaban con dedos firmes las tortuosas vías que surcaban la montañosa región de Tracia, movían piezas y estandartes, cohortes y legiones, calculaban rutas y distancias,

y se detenían a estudiar cada posible maniobra con el gesto fruncido como si realmente estuvieran concentrados en decidir qué estrategia sería la más adecuada para vencer a los godos. Cuando en realidad lo tenían bastante claro. Había que ser pacientes, esperar, ya que sin las tropas de la Galia cualquier estrategia sería un fracaso. Pero ninguno se atrevía a decir lo que pensaba. Callaban para no contradecir el impetuoso carácter de Valente, pues, en el fondo, todos temían las consecuencias de su mal carácter.

Al fin, uno de ellos se decidió a opinar. Valente se impacientaba y alguien tenía que hacerlo. Lo hizo con voz vacilante.

—Opino, señor, que deberíamos esperar la llegada del emperador Graciano antes de iniciar cualquier movimiento.

Víctor, que así se llamaba el comandante de caballería que había tomado la palabra, comenzó a pasar revista a los demás generales, mirando a cada uno de ellos a los ojos y desafiándoles a

intervenir con la misma valentía con la que él había hablado.

—Todos... digo, todos... estaremos de acuerdo en que es un asunto muy delicado y que no debemos subestimar al enemigo. El Imperio se juega mucho con esta guerra, quizá demasiado.

—Veo que te has vuelto muy cauto para ser sármata —ironizó otro de los generales, Sebastiano, un general retirado que había sido llamado de nuevo para combatir a los godos de Fritigerno. Estaba crecido tras los últimos éxitos.

—No sé lo que estás insinuando, Sebastiano, pero yo de ti mantendría la boca cerrada. Últimamente hablas más de la cuenta —amenazó Víctor, molesto por las insinuaciones de Sebastiano sobre su origen bárbaro, pues su familia era sármata. Él sabía de buena tinta que Valente se estaba empezando a cansar de la fanfarronería del general.

Sebastiano se sentía tan orgulloso de sus logros contra los godos que no hablaba de otra

cosa que de sus éxitos. Exageraba sus hazañas hasta el punto de resultar insoportable. En su boca, lo que no eran más que asaltos y escaramuzas se convertían en batallas campales. Hablaba y hablaba sin darse cuenta de que su falta de modestia molestaba al emperador. Hería la estima de Valente, al que le hubiera gustado protagonizar alguna de esas hazañas, que, aunque insignificantes, eran recibidas como verdaderos triunfos entre la desmoralizada tropa. Los soldados necesitaban creer que su ejército era muy superior al de los godos y lo cierto es que Sebastiano tenía motivos para estar orgulloso.

En las últimas semanas, había logrado con unos pocos centenares de hombres lo que otros generales no habían conseguido con ejércitos enteros. Mediante pequeñas escaramuzas y emboscadas sobre bandas aisladas había conseguido sembrar el pánico entre los godos, demostrarles hasta dónde podían llegar las fuerzas del emperador si se lo proponían. Su plan era

aniquilarlos por sorpresa, batir la región hasta que no quedara ni uno solo y acabar con Fritigerno de una vez por todas. Pero si hubiera previsto las consecuencias de sus escaramuzas no se hubiera pavoneado de ese modo. Lejos de debilitar a los godos, los había fortalecido. Al ver lo que estaba sucediendo, Fritigerno no había tardado en reaccionar. Había mandado avisar a los jefes de los *kunja* para que reunieran a las bandas en su cuartel general, bajo las montañas, buscando así la unidad de los godos. Juntos serían menos vulnerables a las emboscadas.

Era la hora de Sebastiano. Él también quería pronunciarse sobre el asunto. Se alejó unos pasos de la mesa con la intención de desmarcarse del resto y, de paso, seguir sumando méritos ante el emperador. Iba a decirle lo que quería oír:

—Señor, permitidme que también yo dé mi parecer. Después de las últimas actuaciones que vos de sobra conocéis, pues he tenido el gusto de relatáros las en más de una ocasión, nuestra

superioridad ha quedado suficientemente demostrada. Fritigerno nos teme y por eso ha estado reuniendo a los godos a toda prisa, porque se siente débil —aseguró. Tras cercionarse de que sus palabras estaban siendo del agrado de Valente, continuó—: Pero, señor, disculpad que os recuerde que no debemos confiarnos. Cada día que pasa se vuelve en nuestra contra.

Valente se sentó por fin, dispuesto a escuchar, con una leve sonrisa de satisfacción y las manos tranquilamente entrelazadas sobre la mesa. Su relajación contrastaba con la expresión tensa de los consejeros. Sebastiano lo percibió y les lanzó una mirada desafiante que cayó mal entre los generales.

—De ser ciertas las informaciones de que disponemos, Fritigerno ha logrado reunir a unos diez mil guerreros, siendo muy generosos, frente a los casi veinte mil hombres con los que cuenta nuestro ejército en estos momentos, casi el doble. Efectivos más que suficientes como para masacrar

a esos salvajes y a sus familias. Y sin tener que recurrir a la ayuda de Occidente. Nos bastamos con los escasos refuerzos que Graciano tuvo el gusto de enviarnos como anticipo, no muy generosamente, dicho sea de paso —apuntilló con malicia, mirando con el rabillo del ojo a Ricomeres, uno de los generales de Graciano que había acudido a la desesperada llamada de Valente con un ejército más bien escueto. También él había fracasado contra los godos.

—Seguid, Sebastiano, me interesa vuestra opinión —le animó. En el cansado rostro de Valente comenzó a formarse una maliciosa sonrisa. Empezaba a comprender adónde quería llegar.

—Decía, señor, que no veo motivo alguno para que os sintáis obligado a compartir el triunfo con el Augusto Graciano. Creo sinceramente que el honor ha de ser solo vuestro.

Sebastiano había demostrado ser el más vil de los aduladores. Había sabido decirle exactamente lo que quería oír. Valente no tenía intención de

compartir el triunfo sobre los godos, y menos con alguien como su sobrino. Creía tener la victoria de su parte. Según los exploradores, en esos momentos doblaban a los godos en número de hombres; pero lo que ni él, ni nadie, podía imaginarse era que los cuerpos de la inteligencia romana, de proverbial efectividad, se equivocaban. Había menospreciado el poder de convocatoria de Fritigerno. A su ejército, que efectivamente contaba con unos diez mil hombres, se le habían unido, además de otros grupos de bárbaros, los jefes greutungos Alateo y Safrax con su potente caballería. No eran diez mil, sino más de veinte mil los godos que esperaban a la sombra del Hemo a que llegara el momento de una batalla que podía ser la última.

El desastre de Adrianópolis

Al amanecer del quinto día antes de los idus de agosto las tropas de Valente salían del campamento, a las afueras de Adrianópolis. La moral estaba alta y los soldados marchaban convencidos de su victoria, que preveían como la más grande desde los tiempos de Escipión. Habían estado esperando a que llegara aquel momento durante tres largos meses, en los que la monotonía y el desaliento se habían apoderado de ellos, y no podían por menos que reprimir la euforia al verse al fin en acción. Marchaban con paso firme, decidido, como si estuvieran protagonizando un

gran desfile marcial. Los yelmos relucían al sol y las coloridas colas de los dragones flameaban en el aire desafiando el intenso calor de la canícula. Sonreían con orgullo. Ya se veían celebrando el triunfo por las principales calles de la capital, paseando sus hazañas ante una entusiasmada muchedumbre que les aclamaría como a héroes, las mujeres se arrojarían a sus pies y los niños querrían ser como ellos.

—¡Vamos! ¡Adelante! ¡Adelante! —Los oficiales intentaban mantener el ritmo de la marcha, dando órdenes y animando a las unidades bajo su mando.

El calor arreciaba y las tropas imperiales, dispuestas en dos inmensas columnas, avanzaban con dificultad por el abrupto paisaje que se extendía como un inmenso secarral al sur del monte Hemo. Era un paisaje desértico, en el que no había ni un árbol, ni una sombra, solo campos de espigas, matorrales y algún que otro arbusto achicharrado por el sol. Las gargantas estaban

secas y las cantimploras vacías. Después de meses de espera, Valente había elegido el día más caluroso del año para enfrentarse a su máxima pesadilla, los godos de Fritigerno. Nunca había destacado por ser buen estratega.

En el interior del carrago, el pánico empezaba a cundir entre los godos. La decisión de Valente de adelantar la batalla les había pillado desprevenidos. Los espías les habían informado de que un descomunal ejército marchaba hacia el campamento dispuesto a combatir, mientras que su caballería, en la que todos confiaban para poder ganar el combate, se hallaba forrajeando a varias millas de allí. En cuanto tuvo noticias de las intenciones del emperador, Fritigerno envió a tres de sus mejores jinetes para que la trajeran de vuelta. Confiaba en que pudieran llegar a tiempo, pues hasta el más necio de los necios sabía que sin la ayuda de la caballería greutunga no tenían la

más mínima posibilidad de ganar aquella batalla. A buen seguro, perderían la guerra. ¿Qué podía hacer un ejército con más campesinos que guerreros, y sin apenas caballos, contra las disciplinadas tropas de Valente? ¡Nada, absolutamente nada! Salvo enfrentarse a su propia derrota con la dignidad de los guerreros.

Los hombres estaban asustados y necesitaban beber. Fritigerno notaba la inquietud con que le miraban. A media mañana, ordenó que corriera el vino para que al menos pudieran beber como cobardes antes de verse obligados a luchar como valientes en el campo de batalla, donde el temor y las dudas terminaban pagándose con la muerte. No podía hacer otra cosa, eso y esperar. También él estuvo bebiendo. Había intentado por todos los medios evitar el combate. Le había ofrecido la paz al emperador y este la había rechazado, alegando que de ningún modo estaba dispuesto a aceptar un chantaje de los godos. De nuevo, la soberbia de Roma. Fritigerno apuró el contenido de la jarra y

se limpió la espuma que se le había quedado en el bigote con la manga de la camisa y contempló a su gente con los ojos entornados mientras pensaba el modo de retrasar la batalla para dar tiempo a la caballería a regresar. Otro trago y se dirigió a ellos:

—¡Escuchadme bien! Tracia, con todos sus rebaños y cosechas, solo puede ser habitada por nosotros. Es hora de que se lo hagamos saber al emperador. ¡Seamos valientes! ¡Honremos a nuestros antepasados y luchemos por nuestros hijos, para que al menos ellos puedan vivir en paz! Tracia será nuestra... ¡¡y yo su rey!! —rugió, apelando a la agresividad de su gente.

A Fritigerno le costaba creer en sus palabras. Ansiaba convertirse en el rey de Tracia más que nada en el mundo, ser respetado y admirado en todo el Imperio romano, pero a medida que avanzaba la mañana sus sueños parecían desvanecerse por momentos. Las estrellas se habían conjurado en su contra. Llegó a

desesperarse al conocer que uno de los caballos enviados para alertar a la caballería había regresado sin su jinete y con sangre en la crin: un mal presagio, o una peor noticia. Lo más probable era que los mensajeros hubieran sido interceptados por los exploradores de Valente antes de que les diera tiempo a alertar a Alateo y Safrax de que debían regresar al campamento.

—¡Maldigo sus hígados y sus pulmones! ¡Matadlo! —maldijo, mientras escupía la cerveza de su boca sobre la grupa del caballo. En vez de premiarle por haberles alertado, Fritigerno ordenó que lo sacrificaran.

El tiempo se les estaba agotando y la desesperación de los godos iba en aumento.

—¡Encendamos fuego, el humo les alertará! —gritó alguien entre los guerreros y la idea fue aplaudida por la mayoría de los hombres que bebían junto a los jefes.

El caballo yacía en el suelo, agonizante, y ni rastro del jinete que lo montaba, ¿qué otra cosa

podían hacer? Si actuaban con rapidez, conseguirían que la caballería greutunga avistara el humo antes de que diera comienzo el combate. ¿Cómo no se les había ocurrido antes? Encenderían una gran hoguera en lo alto de la colina y les alertarían de que algo no iba bien en el campamento.

—¡Dejádmelo a mí! —se ofreció Ruodwoulfo. Era a él a quien se le había ocurrido la idea. En esta ocasión serviría a Fritigerno lejos del campo de batalla—. ¿Es que no os fiáis? ¡Mirad mis manos manchadas de hollín! Llevo toda mi vida bregando con el fuego y os aseguro que haría prender la nieve si me lo propusiera. ¡Levantaré una gran columna de humo que se verá más allá de Constantinopla!

El día era tan claro como caluroso y no había ni una sola nube que pudiera confundir a los greutungos. En cuanto vieran la señal sabrían interpretarla. Ruodwoulfo se acercó a Adela y le acarició la mejilla con brusquedad, dándole una

sonora palmada en el culo que la hizo sonrojar.

—¿Dónde diablos se ha metido Dago? Ese muchacho nunca está cuando lo necesito — protestó el herrero.

Segga y Uanda le habían visto salir corriendo con los demás niños y su hermana de la mano. Se dirigían hacia la muralla de carros. Allí fue donde los encontró Ruodwoulfo, agazapados entre las ruedas, esperando la llegada del ejército imperial. Tan excitados por poder asistir a una batalla que el corazón no dejaba de latirles, sin sospechar las consecuencias que aquel combate iba a tener sobre sus vidas. Los niños ignoraban lo que los mayores temían, que si la caballería no conseguía llegar a tiempo tanto ellos como sus familias estaban perdidos. Y, si perdían, el emperador Valente no se compadecería de ellos y los godos serían exterminados como mosquitos.

Era más de mediodía cuando las huestes de

Valente alcanzaron los pies del campamento, rendidas al calor y al agotamiento tras haber caminado bajo el inclemente sol de la mañana durante más de siete horas por estrechas calzadas y terrenos escarpados, sin apenas comer ni beber. Miraban hacia arriba, sobrecogidos por el inmenso círculo de carros, unidos unos con otros en una sólida muralla que en esos momentos parecía infranqueable. Una ciudad construida en medio de la nada. Desde lo alto unos ojos inocentes les observaban.

A Dago se le cortó la respiración al contemplar el avance de la primera columna. En el flanco derecho, las fuerzas de infantería escoltadas por la caballería comenzaban a tomar posición en la línea del frente. La segunda marchaba con retraso.

—¡Mira, Eldes! ¡Se están colocando! — señaló. El estrépito era tal que el suelo retemblaba

bajo sus rodillas.

Los pequeños empezaron a revolverse bajo los carros, nerviosos e impresionados ante el despliegue de las tropas imperiales. Muchos de ellos no recordaban otra cosa que la guerra, la violencia y los saqueos, y estaban tan acostumbrados a convivir con el peligro que tampoco en aquella ocasión tenían sensación alguna de peligro. Ni siquiera la imponente presencia de las legiones les causaba temor. La guerra se había convertido en un juego para ellos. Dago compartía su entusiasmo con el resto, señalando a uno y otro lado de la llanura, cuando un tirón de oreja le obligó a abandonar la vigilancia. Era Ruodwoulf, no podía ser nadie más que él, la había tomado con su oreja últimamente y tiraba de ella con tanta fuerza que algún día se la terminaría arrancando.

—¿Así que era aquí donde te habías metido?!
¡Llevo un buen rato buscándote! —le reprendió el herrero en cuanto lo hubo sacado de debajo del

carro.

—¡Uy! ¡Suéltame... me haces daño! —se quejó Dago, echándose la mano a la oreja.

—Está bien, sabandija —le soltó, no pretendía hacerle daño—. Diles a tus amigos que será mejor que salgan de debajo de los carros si no quieren que les atraviere un dardo.

La advertencia del herrero no causó efecto alguno entre los chiquillos que se negaban a abandonar sus puestos justo cuando la cosa se estaba poniendo interesante. Tampoco Eldes consintió en moverse del sitio, así que, ante la insistencia de Dago, se limitó a esconderse mejor para que el herrero no la obligara a salir. Si lo hacía la llevaría junto a Adela y se acabaría la diversión.

Ruodwoulfo se agachó a mirar entre las ruedas de los carros.

—Tú, tú, tú y tú ¡fuera de ahí! —gritó, algo molesto por las risitas de los críos; pensaba que se estaban riendo de su ojo. Cuando los tuvo delante,

les advirtió—: Fritigerno os necesita.

Al escuchar el nombre del jefe la excitación creció entre los elegidos, que le siguieron encantados mientras sus amigos les veían alejarse muertos de envidia. La desilusión cundió entre ellos cuando Ruodwoulfó evitó la tienda del jefe Fritigerno y los alejó de los carros. Les hizo caminar monte a través hasta la cima de una de las colinas que protegían el campamento y, una vez allí, les ordenó que recogieran leña por los alrededores y la fueran amontonando para formar una buena hoguera, a la que prendió fuego. Pronto, una espesa columna de humo atravesó el cielo.

Hasta lo alto de la colina llegaban los lúgubres cantos de los guerreros evocando el espíritu de los antepasados mientras que, en la llanura, el ejército de Roma se extendía más allá del horizonte como una inmensa marea humana dispuesta a arrastrar a los godos, con sus hijos y sus mujeres, hasta la

muerte. Había llegado el momento. En el campamento, Segga aprovechó para dar el último trago de cerveza y corrió a reunirse con Uanda para ir a ocupar el puesto que tenían asignado en la formación. Lucharían a pie, entre la infantería, con las armas que ellos mismos habían forjado y protegidos por una pesada armadura de la que Segga no hacía otra cosa que quejarse. En su interior, el calor era insoportable. Era como tener el cuerpo metido en un horno, pero aun así podían considerarse afortunados, pues muchos de sus compañeros iban a tener que enfrentarse al hierro enemigo sin más protección que una fina camisa de lino.

La formación goda salió ordenadamente de entre los carros, descendió la suave pendiente que llevaba a la llanura y avanzó lenta y firmemente hacia la línea enemiga, deteniéndose a una distancia suficiente como para demostrarles que no les tenían miedo. Uanda tragó saliva y miró hacia atrás, esperando ver aparecer, de un momento a

otro, a la caballería greutungica entre las colinas. Segga, pesimista, ni siquiera se molestó en mirar, convencido de que tendrían que apañárselas solos. Frente a ellos, tras los coloridos escudos de los auxiliares, se desplegaba lo mejor de la milicia romana. Eran los principales cuerpos de élite del ejército de las provincias de Oriente, el orgullo del Imperio.

El emperador Valente observaba desde la retaguardia, acompañado por las tropas de escolta y un complaciente regimiento de eunucos que se esforzaban por hacerle más llevadera la espera. Aborrecía secretamente los rigores de la guerra. Se sentía mejor emitiendo leyes entre los muros de palacio que en el campo de batalla, a expensas del inclemente tiempo. En aquella explanada hacía un sol de justicia y él estaba viejo, cansado y demasiado gordo para batallar. Sentía un intenso dolor en los riñones que le estaba mortificando y

no veía el momento de apearse del caballo, y para colmo de males, su rival parecía empeñado en prolongar esa maldita espera. Fritigerno insistía en negociar la paz. Él mismo había acudido con su séquito de guerreros ante el emperador para proponerle un último intercambio de rehenes. Valente le miraba con desdén, mientras este trataba de llegar a un acuerdo. Estaba tan seguro de su triunfo que no llegó a sospechar que le estuvieran tendiendo una trampa.

—¡¡Es Fritigerno!! —exclamó Dago desde lo alto de la colina—. Está hablando con el emperador. —Había reconocido a Valente a pesar de la distancia, pues había visto miles de veces su efigie en las monedas que Gautas les había robado. ¿Quién si no podía llevar una armadura como aquella?

—¡Miradlo! Nuestro jefe es listo como un conejo. Está tratando de ganar tiempo —comentó

Ruodwoulfo entre risas. Acababa de echar más leña a la hoguera y se frotaba las manos entre la mugre del pantalón para intentar deshacerse de los restos de tierra que se le habían quedado pegados a la piel. Levantó la cabeza, contempló la blanca columna de humo que ascendía en dirección al campamento movido por el cálido viento del sur y, casi al instante, echó una rápida ojeada en dirección al río. Por muy lejos que estuvieran, era imposible que no hubieran visto la señal, así que exclamó—: ¡Estos cabrones nos han dejado tirados! Me apuesto el ojo a que no aparecen. Ya te lo había dicho, Dago, esos dos nunca me han dado buena espina. —Se refería a los dos jefes greutungos, Alateo y Safrax.

—Volverán, estoy seguro —dijo uno de los chavales que había subido a la colina con ellos, al que ni Dago ni Ruodwoulfo habían visto en la vida. Pese a ser rubio, no tenía aspecto de ser godo, tal vez fuese alano. El muchacho hablaba con un acento extraño, arrastrando las erres—: Mi

padre está con ellos.

—Tú no eres godo —afirmó el herrero con desconfianza.

—Soy alano —respondió el chico, orgulloso, dirigiéndole a la cara sus dos grandes ojos castaños.

A Ruodwoulfo le gustó la forma tan franca que tenía de mirar. Aquel renacuajo le había caído bien. Hablaba con tanta convicción que era casi imposible no sucumbir a sus palabras y a él le hubiera gustado creerle, pero desconfiaba de los tervingios y de sus dos jefes casi tanto como de los alanos.

—No le hagas caso. Yo también creo que regresarán a tiempo y que les ganaremos la guerra a los romanos. Mi nombre es Dago y si tú quieres podemos ser amigos.

—El mío, Taar —respondió el niño con una simpática sonrisa y empezó a moverse de un lado a otro, inquieto como una lagartija.

—¡Alano, coge esto y deja ya de moverte! —le

gritó Ruodwoulfo, lanzándole una tea ardiendo para que el niño la alcanzara en el aire.

—¡Cuidado! —le gritó Dago, pensando que se iba a quemar.

Taar era valiente, no tenía miedo al fuego, y eso también le gustó a Ruodwoulfo. Consiguió agarrarla al vuelo.

—¡Tú también Dago! ¡¡Quememos el monte!! —bramó enfervorecido haciendo arder con su tea los pequeños matorrales que crecían en la colina. Los dos niños lo imitaron, contagiados por la excitación del herrero, y empezaron a incendiar todo lo que había a su alrededor. En cuanto quisieron darse cuenta estaban rodeados de fuego. El monte estaba tan seco que había prendido como la estopa y las llamas se elevaban con fuerza amenazando con quemarles la piel—. Marchémonos de aquí antes de que nos abrasemos. Ya se encargará el viento de extender el fuego hacia el campo de batalla.

Fritigerno estaba haciendo lo imposible para retrasar el combate, pero ignoraba cuánto tiempo más podría retener al emperador. Actuaba con una seguridad que no sentía, ocultando su angustia tras sus rudos ademanes. Desde allí podía ver a los hombres, casi les sentía temblar ante el monstruo que tenían delante. El calor apretaba y a Valente se le estaba acabando la paciencia, cuando, de repente, una imprudencia de la infantería romana precipitó el inicio de la batalla sin que los generales hubieran dado orden de comenzar.

—¿Qué está pasando?! ¿Qué es lo que hacen esos imbéciles?! ¿Y ahora por qué regresan? — Valente estaba descompuesto, tan fuera de sí que no había advertido la retirada de Fritigerno y de sus hombres. Dos unidades de la infantería romana se habían abalanzado contra las filas godas y habían sido rechazados. La bravuconada de los soldados había terminado saldándose con una retirada vergonzosa y humillante que había hecho palidecer al emperador. Los eunucos le oyeron

susurrar algo que les llenó de estupor—: Nos van a machacar.

Después de tantos meses esperando, la batalla había comenzado de la peor manera.

La sangre de los héroes

—¡A por ellos! ¡¡¡Tracia es nuestra!!! —bramó Fritigerno, animando a sus huestes a entrar en combate.

Al grito guerrero de los soldados imperiales se le unió otro aún más temible y brutal. Los godos rugieron y se abalanzaron contra la muralla de escudos como si fueran arietes humanos, poniendo todo su empeño en derribar las filas imperiales a golpe de embestida. Uanda estaba entre ellos. Empujaba y gritaba, poseído por la furia, con Segga pegado a su espalda. No le hacía falta volverse para saber que era él quien le dejaba

caer el aliento sobre su nuca y que estaba asustado. Sintió rabia, ese no era momento de acoquinarse. Hasta en la guerra tenía que llevarle la contraria. Uanda tenía la certeza de que solo los valientes resistirían aquella batalla. Las flechas llovían sobre sus cabezas y ellos no podían hacer otra cosa que seguir empujando, participar de la tumultuosa masa que se precipitaba como un alud contra la infantería romana.

Uanda avanzaba hacia las filas enemigas, arrastrado por una turba de guerreros. Chocaron. El fragor era enloquecedor. Los huesos crujían y los escudos se resquebrajaban. Gritos y chillidos por todas partes. Hombres como él caían abatidos por las armas, luchando a muerte con el enemigo. Pronto habría de llegarle el turno. Se armó de valor, asió la pesada hacha que él mismo había fabricado y miró a su alrededor buscando una víctima. El miedo le impedía pensar con nitidez, pero su instinto le mantenía alerta. Sus ojos, extremadamente abiertos por la tensión, esperaban

encontrarse de frente con el enemigo. Levantó el hacha con el brazo que tenía libre y siguió empujando con su escudo para no quedarse atrás. Desconcertado, comprobó que la mano estaba teñida de sangre. La confusión era absoluta. Los cuerpos se agolpaban unos contra otros, caían y se destrozaban. Uanda sabía que estaba herido, la carne se le había levantado, pero no sentía dolor. Era solo la mano, lo soportaría.

Se abrió camino entre los guerreros y se encontró de cara con el primer soldado romano. Pudo fijarse en sus ojos antes de matarlo. Eran tan azules como los suyos. Le hubiera gustado que no fuera godo, pero combatía en primera línea contra las tropas auxiliares del emperador, en su mayoría bárbaros. Las legiones ocupaban la retaguardia. Vio temblar a Segga por última vez antes de alejarse.

Los hombres caían como sacos bajo el despiadado sol de la canícula. La tierra estaba seca, sedienta de sangre. Uanda se había adentrado

entre las filas enemigas, solo, sin ningún otro godo alrededor, defendiendo su vida a hachazos. La tensión le mantenía en pie. Buscaba la cabeza de sus enemigos y les golpeaba mortalmente hasta derrumbarlos. Les machacaba los sesos con la fuerza de un herrero, como si estuviera forzando su muerte. Destrozaba sus cascos y sus corazas hasta alcanzarles el cuerpo con el arma. Luchaba poseído por una agitación febril, sin mirarles a los ojos, pero su instinto le mantenía a salvo. «Matar o morir», era lo único que le preocupaba en esos momentos. A su espalda se prolongaba el combate cuerpo a cuerpo entre la infantería goda y las tropas auxiliares del Imperio. Pensó en retirarse para reunirse con los suyos. Aprovechó que se abría una brecha entre los escudos enemigos y retrocedió sobre sus pasos. Tardó en localizar a Segga, que peleaba a pocos pasos de él.

Un lejano sonido de cascos anunció la llegada

de la caballería greutungá y alana. Taar fue el primero en divisar la gran nube de polvo que avanzaba entre las colinas a la velocidad del viento. Se subió encima de una gran roca para verlos mejor. Estaba loco de alegría.

—¡Allí está mi padre! ¡Te lo dije! ¡Lo sabía! ¡Sabía que iba a llegar a tiempo! —gritó presa de la excitación. Invitó a su nuevo amigo a que se subiera a la roca con él y comenzó a señalar—: ¿Lo ves, Dago? Los jinetes de negro son alanos, entre ellos está mi padre; y aquellos, los de los grandes arcos, son hunos. Ellos mataron a mi familia, pero ahora son nuestros aliados.

—¡Ruodwoulfo, míralos! ¡Son ellos! ¡Los jinetes! —exclamó Dago subido a la roca. Se alegraba por Taar.

—Acabo de perder mi ojo —bromeó el herrero, fingiendo arrancárselo. Alateo y Safrax habían acudido a la llamada. Había perdido la apuesta, pero su treta había dado resultado. Ruodwoulfo se estaba dejando contagiar por el

entusiasmo de los muchachos y trató de subirse también él sobre la roca, pero no cabía y desistió —. ¡Os dije que verían el humo! ¡Hemos hecho un buen trabajo! Y ahora, ¡bajad de ahí!

Dago, Taar y los otros dos niños rieron excitados, felicitándose por haberlo conseguido. La caballería estaba a punto de entrar en combate y la batalla no estaba ni mucho menos decidida. Veían la guerra con distancia, como si estuvieran asistiendo a un sueño. Desde lo alto de la colina los gritos de dolor se confundían con el fragor de las armas; solo de vez en cuando el cálido viento les devolvía alguna orden desesperada, algún alarido o el toque de alguna corneta que les encogía el corazón haciéndoles temer lo peor. Entonces se daban cuenta de que la guerra no era un juego.

Las llamas devoraban los alrededores del campo de batalla impulsadas por el suave viento de la tarde. El fuego había elevado la temperatura y el aire quemaba. Ruodwoulfo había convertido

el campo de batalla en una inmensa fragua en la que apenas se podía respirar por culpa del humo. El calor había empezado a cebarse cruelmente con las tropas imperiales, ya muy debilitadas, cansadas y sedientas, tras la larga marcha a la que habían sido sometidas.

El peligro acechaba por todas partes, pero Uanda no podía apartar la vista de su hermano. Tenía el presentimiento de que las cosas no le estaban yendo bien. Estaba demasiado preocupado por Segga como para ver al soldado que en esos momentos dirigía el filo de su espada directamente a su garganta, cortando el aire en un agorero silbido. «Matar o morir», en la guerra no había más opción. Uanda pensó que era pronto para morir mientras rechazaba el golpe con el escudo y se abalanzaba sobre el soldado, destrozándole la cara de un único hachazo. Al verse a salvo se maldijo a sí mismo por haber bajado la guardia.

Fue entonces cuando escuchó la voz de su hermano, llamándole:

—¡Uanda! —Esa había sido su despedida.

—¡¡Segga!! —aulló, viéndolo caer, y un insoportable dolor le atravesó el pecho. La muerte le había partido en dos.

Uanda se abrió camino en medio de la desesperación hasta llegar al lugar en el que yacía su otra mitad. Al verlo muerto, sintió desprecio por su propia vida. ¿Por qué Segga y no él? Jamás debería haberlo abandonado. Se arrodilló a su lado sin importarle lo que pudiera pasarle.

—¡Despierta! ¡Desp...! —Uanda se negaba a perder a su hermano para siempre e insistía en despertarle.

—¿Estás loco? ¡Levántate de ahí! ¿O es que quieres acabar como él? —Alguien tiró de su brazo y le obligó a continuar.

La línea romana resistía inquebrantable. La

confusión aumentaba, el fuego amenazaba con fundir el filo de las espadas mientras la tierra, insaciable, seguía cobrándose víctimas. Uanda fue arrastrado hacia la masa de guerreros y obligado a soportar entre gemidos los continuos envites del ejército imperial. Escuchó el hueco sonido de las tubas anunciando una nueva carga contra ellos y, sin saber por qué, se parapetó bajo su escudo. Su mano seguía sangrando, pero él lo único que quería en ese momento era morir.

—¡Adelante, soldados!

—¡Aguantad en vuestras posiciones! ¡No cedáis! ¡Por vuestros hijos! —oyó gritar a uno de los jefes antes de ser arrastrado por una brutal marea.

Los godos fueron incapaces de contener el empuje del enemigo, que comenzó a arrinconarlos hacia la colina. Uanda sintió que el ejército entero se le estaba viniendo encima. El escudo le golpeó la frente y pensó que ese sería su final. Morirían aplastados por su propio peso. El flanco izquierdo

de la infantería romana, protegido por la caballería, avanzaba sobre ellos, obligándoles a retroceder hasta los pies mismos del campamento. Uanda se dio cuenta de que se estaban acercando hasta los carros y pensó en los niños, en la pequeña Eldes y en que las mujeres ya no estaban a salvo. Sintió pánico. Todo había acabado para los godos.

El cielo había oscurecido de repente y una espesa humareda ocultaba el ocaso del sol. En medio de su delirio le pareció ver a las doncellas entre la lluvia de ceniza, dardos y flechas que se precipitaban por encima de sus cabezas. Escuchó sus graznidos. Allí estaban, con sus inmensas alas negras sobrevolando el campo de batalla, ávidas de atrapar con sus picos a los valientes hijos de Gután.

La batalla se presentaba como un nuevo triunfo de las legiones.

—¡Así es como negociamos en Roma! — exclamó Valente, desquitándose de la tensión acumulada durante los últimos meses. Fritigerno y sus godos se arrepentirían de haber desafiado a su poderoso Imperio.

Pero el combate aún no había acabado y los godos les tenían reservada una terrible sorpresa. Nadie en el campo de batalla podía imaginar lo que estaba a punto de suceder. Imposible distinguir el ruido de los cascos entre tanto estruendo. Aquel estúpido incidente protagonizado por la infantería romana había echado a perder la estrategia de los godos y la contienda había comenzado sin que Fritigerno hubiera podido contener la impaciencia de los guerreros. Habían estado luchando en desventaja, pero la fatalidad llevaba camino de convertirse en una trampa para los romanos. Con la irrupción de la caballería greutunga en el campo de batalla, la revancha estaba servida.

—Me gustaría verle la cara al listo de Valente cuando vea aparecer a la caballería. Si pensaba

que íbamos a luchar sin nuestros arqueros estaba muy equivocado —comentó Ruodwoulfo con sorna desde lo alto de la colina. No le quitaba el ojo a la retaguardia romana, donde se hallaba el emperador, ataviado con el manto rojo de los generales. También él parecía morir de calor.

El caballo de Valente amenazó con desbocarse cuando miles de jinetes prorrumpieron en el campo de batalla, sembrando la confusión entre las filas romanas. Lo contuvo.

—¡Tramposos! —exclamó el emperador presa de la indignación y el desconcierto, todavía sin haberse repuesto del susto. ¿De dónde salían todos aquellos jinetes? Valente no podía explicarse lo que estaba sucediendo, como tampoco se lo podían explicar los generales que acompañaban al emperador en aquellos momentos. El emperador les pedía explicaciones por el fallo de la inteligencia—: Víctor, ¿tú lo sabías? ¿Sabías que eran muchos más de los que pensábamos?

—No, señor —respondió el general apenado

por la falta de confianza de su emperador. De haber sabido que los informes estaban equivocados podría haberlo utilizado como argumento contra Sebastiano y el emperador tal vez se hubiera dejado convencer de que debía aceptar los refuerzos de Graciano.

Los godos habían conseguido engañar a la inteligencia romana. Con la caballería greutunga, a la que se habían unido hordas de alanos y hunos, eran muchos más de los que habían calculado. Sus salvajes gritos les erizaban la piel.

—¡Acabad de una vez con esos malditos bárbaros! —les exigió Valente. Aún tenía esperanzas.

El emperador Valente se negaba a aceptar una realidad demasiado dolorosa, la más que probable derrota de su ejército ante los godos. Confiaba en sus legiones. Desde la retaguardia, le era imposible escuchar las órdenes de los tribunos, imposible adivinar su desesperación:

—¡Enviad los refuerzos, maldita sea! —se

desgañitaban en vano, pidiendo unos refuerzos que no llegarían.

El flanco izquierdo comenzó a desmoronarse. La suerte de la batalla había cambiado como en ocasiones cambia la dirección del viento, súbitamente, sin avisar. Los tervingios se habían venido arriba al ver aparecer a los jinetes, tan sorprendidos como sus enemigos, pues la mayoría de ellos había perdido la esperanza de que pudieran llegar a tiempo. A las órdenes de Alateo y Safrax, se abalanzaron como fieras ante la estupefacción de los soldados y no se detuvieron hasta haber alejado el peligro del campamento.

—¡Maldito hijo de puta! ¡Ese cabrón nos está ahumando! —protestó Uanda entre dientes.

El calor era asfixiante y el humo les impedía ver más allá de sus narices. Uanda seguía segando vidas con su hacha. Oía los gritos, pero él ya no gritaba. El cansancio le estaba venciendo después de varias horas de combate y la herida le dolía. Pensaba en Segga. Sacaba fuerzas de donde no las

tenía solo para vengar su muerte. Vengarle era lo único que podía hacer por él. Mataba solo por venganza; morir ya no le importaba. Avanzaba como un demente entre los cuerpos, excitado por el olor de la sangre. La ira le cegaba. De repente, presintió el peligro. Sintió la amenaza antes que la lanza, pero no llegó a tiempo para evitar que le atravesara el costado. Anduvo unos pasos tambaleándose y cayó al suelo. El jinete que le había herido huyó sin rematarle, condenándole a una larga agonía. Uanda gimió asustado al darse cuenta de que la muerte se lo iba a llevar lentamente, desangrando su cuerpo poco a poco.

Al igual que Uanda, el ejército imperial se desangraba por su flanco izquierdo. Los godos habían conseguido abrir una enorme brecha hasta el corazón mismo de la formación romana, dejándola indefensa. La infantería pesada fue atacada sin piedad por los miles de guerreros enfebrecidos que aparecieron entre la espesa nube de polvo y humo que cubría el campo de batalla.

Los soldados, agotados por el calor y la tensión del combate, no tuvieron la oportunidad de rechazar el ataque. Atrapados en su propia formación, perdieron por completo su capacidad de maniobra. El pánico se extendió entre ellos y comenzó a romperse la disciplina. Aterrorizados, se apiñaron unos contra otros, sin dejar que quedara espacio entre ellos para blandir las espadas. El terror ante el repentino ataque les había hecho cavar su propia tumba y ya solo les quedaba esperar a que les llegara el turno para que les cortaran el cuello o les atravesaran con una lanza mientras asistían al aciago final de las legiones.

Las viejas legiones de Roma iban a ser enterradas allí mismo, en los alrededores de Adrianópolis. Con la caída de la tarde, los godos rompieron lo que quedaba de las filas romanas. La batalla había terminado pese a la férrea resistencia de algunas unidades aisladas que se negaban a abandonar los estandartes. Quienes trataron de huir

fueron perseguidos hasta la muerte por los jinetes; Sebastiano fue uno de ellos. Y ni siquiera el emperador sobrevivió a la masacre; tampoco Víctor, que murió tratando de proteger la vida de este. Ambos cayeron junto a la mayoría de los tribunos y dos tercios de las tropas. El ejército de Oriente había sido aniquilado.

—¡Espera! ¿Adónde vas? —preguntó Taar. Había empezado a descender por la ladera detrás de Dago.

—¡A buscar la sangre de los héroes! Si quieres, puedes acompañarme —le invitó Dago.

—No. He de reunirme con mi padre —contestó Taar con su amplia sonrisa siempre en la cara mientras se precipitaba colina abajo, feliz por el resultado de la batalla. Había sido un día muy excitante para él y pensaba en todas las cosas que iba a contarle a su padre en cuanto estuvieran juntos. Pero eso ya no ocurriría. El cadáver del

guerrero cabalgaba sobre la grupa de su caballo hacia ninguna parte, atravesado por una lanza romana.

Era una noche oscura, en la que no brillaba la luna. El reflejo de las llamas iluminaba el campo de batalla, tiñéndolo de irrealidad. Dago caminaba entre los muertos tratando de no tropezar. Sus talones resbalaban en el suelo enfangado. Los vivos gemían bajo sus pasos y él intentaba sortearlos. Para los moribundos de uno y otro ejército el poco tiempo que les quedaba se había convertido en una eternidad. Dago les oía quejarse y suplicar que alguien pusiera fin a su agonía, pero, a él, los vivos no le importaban. Buscaba algún héroe entre los muertos. Quería comprobar si era verdad lo que Ruodwoulfo decía, que la sangre se endurecía al haber sido derramada con valentía en el campo de batalla. Era así como nacían las piedras de fuego, por eso tenían el color

de la sangre seca. Se detuvo. Uno de los cadáveres había llamado su atención. Una tela roja le cubría el rostro, era el *paludamentum* de los generales. Se la retiró con cuidado y, al ver lo que escondía, huyó despavorido. El pálido rostro del emperador quedó mirando al cielo, esperando en vano que alguien más lo reconociera.

El emperador Valente moría víctima de su soberbia, sin saber que su derrota frente a Fritigerno iba a cambiar para siempre el curso de la Historia. En adelante, el destino del Imperio estaría unido al de los godos. Para ellos no sería más que el principio, mientras que para Roma la batalla lidiada a las afueras de Adrianópolis supondría el principio del fin.

—Dag...

Dago creyó que se le paraba el corazón al escuchar su nombre entre los muertos. Desconcertado miró a su alrededor sin saber de dónde provenía la voz.

—Dago, ayúdam... —Uanda no pudo continuar.

Se estaba desangrando, pero seguía con vida. Al ver acercarse la cara del niño, supo que su hora aún estaba por llegar.

Una tierra para los godos

Vencieron a los romanos, pero no pudieron vencer al hambre. Vagaron durante meses por la región de Tracia sin más rumbo que el que les marcaba el estómago. Eran más fuertes, más agresivos, más violentos. Eldes y Dago también habían cambiado. La guerra les había arrancado parte de su humanidad. A ellos, como al resto, los había convertido en despiadados lobos de presa, dispuestos a cualquier cosa con tal de seguir subsistiendo. Tracia estaba agotada y la comida escaseaba. Manadas de godos, familias, tribus enteras, con sus animales a cuestas, asolaban la

provincia buscando con qué alimentarse en medio de paisajes desolados, de los que ya poco podía sacarse. Habían matado al emperador, aniquilado a su ejército y estaban condenados a arrastrar su culpa por las calzadas de Roma, a que les insultaran y les apedrearán en los mercados y a sentir la amenaza en los ojos de quienes se atrevían a mirarlos. Temían la reacción de las gentes tanto como estas a ellos. Dago apenas atendía a las bromas de Ruodwoulo. Estaba cansado de vivir como un proscrito, robando, saqueando, devastando campos y villas para poder comer. Siempre al límite, sabiendo que en cualquier momento podían verse sorprendidos por las autoridades romanas, cazados como animales, y que ese sería su final. En el mejor de los casos, les aguardaría la esclavitud o el ejército; en el peor, la muerte. Ese era el destino de los godos y de nada les había servido rebelarse.

Se dirigieron hacia el oeste, al Ilírico, sembrando el terror por donde pasaban, pero la

falta de alimentos les obligó a separarse: los greutungos fueron conducidos al norte por sus jefes Alateo y Safrax, a Panonia, donde serían derrotados por Graciano; mientras los tervingios de Fritigerno continuaban su camino hacia Macedonia, en el sureste de la península balcánica. Pese a la aplastante victoria de Adrianópolis, la guerra continuaba. Las provincias orientales contaban con un nuevo emperador, el general hispano Teodosio, nombrado por Graciano medio año después de la muerte de Valente, con el cometido de acabar de una vez por todas con los invasores bárbaros, antes de que estos acabaran con aquellas partes del Imperio. Y Teodosio actuó con contundencia. Hizo resurgir de sus cenizas al ejército imperial —movilizando tropas, reincorporando veteranos y reclutando numerosos efectivos entre la población— y empujó de nuevo a los godos hacia la frontera del Danubio, arrinconándolos al norte del monte Hemo. Pero se mostró tan incapaz como su antecesor de vencerlos

en el campo de batalla. Teodosio no tuvo otra salida que llegar a una paz con los principales líderes godos, tan ventajosa como necesaria para ambas partes.

Fritigerno había desaparecido y con él las aspiraciones de construir su propio reino en Tracia, al margen del Imperio. Los tervingios habían perdido a su caudillo y entre los jefes no había quien pudiera seguir liderando una causa que en esos momentos parecía inalcanzable. Así que se limitaron a pactar. Pactaron y obtuvieron lo que en realidad habían estado reivindicando desde que pusieron los pies en la embarrada ribera del Danubio: una tierra donde ver crecer a sus hijos y morir a sus viejos, en la que vivir tranquilos.

Lejos de ser castigados, el coraje de los godos se vio recompensado con la paz de Teodosio. Después de seis años de guerra, el Imperio los asentó en sus tierras, confiando en que, como había ocurrido anteriormente con otros pueblos, la población romana acabaría asimilando a los miles

de desgraciados que habían cruzado el gran río buscando seguridad. Mejor llenar Tracia de campesinos bárbaros que seguir sembrándola de cadáveres romanos, al menos estos pagarían impuestos y sembrarían los campos. La frontera danubiana estaba desierta y necesitaba ser repoblada. En contraprestación, los jefes se habían comprometido a poner a sus gentes al servicio de Constantinopla como federados del Imperio, nutriendo de hombres al ejército romano y comprometiéndose a proporcionar ayuda militar con sus propias huestes en cuanto se les requiriera. En adelante, los godos lucharían para Roma, conservarían su organización y sus costumbres, pero obedecerían las leyes y el gobierno imperial.

La administración romana supervisó el proceso, pero fueron los jefes quienes se encargaron de asentar a su gente. Se los repartieron como si formaran parte de un botín —

cuantos más hombres, más poderosos— y los condujeron hasta las tierras que el emperador les había asignado, al norte del monte Hemo, muy cerca del Danubio, en las provincias de Mesia y Escitia. Ruodwoulfo y los demás juraron lealtad a un nuevo jefe antes de partir hacia el oeste, donde les esperaba el final del camino. Entre ellos había caras nuevas.

El día en que llegaron a su destino había llovido. Taar fue el primero en bajar del carro que compartía con Uanda. Lo hizo de un salto, invitó a Dago y a Eldes a que le siguieran y salió corriendo. Dago no dio un paso hasta haberse asegurado de que contaba con la aprobación de Ruodwoulfo. Era un muchacho prudente y se andaba con cuidado de no molestar al herrero. Este cabeceó complaciente mientras ayudaba a Adela a apearse del asiento. Antes de que se hubiera dado cuenta, los niños habían

desaparecido entre la espesa vegetación que rodeaba la aldea.

El suelo estaba embarrado y Eldes caminaba con dificultad por detrás de los dos muchachos. Hacía tiempo que no llevaba ella la iniciativa. Taar iba muy por delante, entrando y saliendo de las chozas con verdadera agitación, como si esperara descubrir algo extraordinario, tal vez la guarida de algún animal. Dago le seguía, acelerando el paso de vez en cuando para no quedarse atrás. La aldea llevaba tiempo abandonada, el suficiente como para que la naturaleza se hubiera apoderado de ella, colándose impetuosa en el interior de las casas, derrumbando paredes y techos y devorando las huellas de sus antiguos habitantes. Las plantas crecían y se enredaban entre los muros de abobe y un musgo verde y espeso alfombraba el suelo.

Eldes se detuvo a descansar. Entornó los ojos y se dejó embargar por el delicioso olor a hierba y a tierra mojada que impregnaba el aire, llenándolo

de frescor, mientras sentía el tímido calor del sol sobre su rostro blanco y pecoso. Pensaba en su niñez perdida. Fue abandonándose a sus recuerdos mientras una sonrisa melancólica iba aflorando de sus jugosos labios. Se oía parlotear a Dago en algún lugar. Era una voz rota, en la que ya no quedaba rastro del niño. Su amigo se estaba convirtiendo en un hombre. Al escucharla, Eldes no pudo evitar preguntarse cómo sería su propia voz, si esta también habría cambiado. Y por primera vez en mucho tiempo sintió deseos de escucharla. Intentó hablar, pero sus labios, desobedientes, siguieron sonriendo con la misma melancolía hasta quebrarse en un doloroso gesto. La invadieron unas tremendas ganas de llorar.

—¡Eldes, ven!

Era Dago, pero Eldes había dejado de prestarle atención. Le había parecido escuchar el maullido de un gato en una de las chozas, la única que conservaba sus muros intactos. La única que parecía estar habitada. Se acercó a ella con la

intención de averiguar quién estaba en su interior.

—¡Mira lo que hemos descubierto! Es u... —le gritó Dago desde algún lugar de la aldea.

Los niños se habían encontrado con la herrería que estaba al final del poblado. Dago recorría la estancia, emocionado, observándolo todo con curiosidad. Iba de un lado a otro recogiendo las herramientas del suelo y amontonándolas a los pies del horno de ladrillo. Estudiaba cada pieza detenidamente antes de arrojarla al suelo junto a las demás. Algunas las conocía, otras no. En la carbonera aún quedaba combustible y el fuelle parecía estar en perfecto estado. Ruodwoulfo y Uanda se llevarían una alegría cuando vieran aquello.

Taar lo observaba sin demasiado entusiasmo. A él la forja no le interesaba lo más mínimo. Era alano y había nacido para morir guerreando. Como su padre, de cuya muerte se sentía orgulloso. Estaba convencido de que su espíritu le acompañaría hasta el día en que a él le tocara

correr la misma suerte, pues no concebía morir de otra manera. A Taar solo había una cosa que le atrajera más que la guerra: los caballos. Su pueblo llevaba siglos criándolos en cautividad y los sentía parte de él. Desde que se unió al grupo, se había encargado de su cuidado. Les había puesto nombre a todos y hablaba con ellos continuamente, acariciándoles el lomo y susurrándoles al oído como si fueran personas. Además de Dago y de Eldes, ellos eran sus amigos, su familia.

—¡Acércate! —dijo Dago, buscándole con la mirada. Sonrió maliciosamente y cuando lo tuvo enfrente apretó el fuelle haciendo volar hacia él los restos de ceniza que habían quedado en el hogar—. ¡Funciona!

Taar arrugó la nariz y, entre toses, intentó apartar de un manotazo la nube de polvo gris que se le había venido encima.

—¡Imbécil! ¡Otra de esas y te machaco el cráneo! —amenazó, cerrando el puño.

Dago no pudo contener la risa al ver lo que

había hecho. Su amigo tenía un aspecto lúgubre, ceniciento, como cubierto por una máscara. Era todo ojos.

—¡No te muevas! ¡Pareces una estatua! — bromeó. Las habían visto por decenas en los saqueos, juntos habían ayudado a derribar más de una.

El alano le siguió la broma y empezó a adoptar posturas imposibles, volviendo a hacer reír a Dago. Levantó tanto el pie que perdió el equilibrio y cayó aparatosamente al suelo, sin que este pudiera parar de reírse. Taar aprovechó su distracción para saltar sobre él y arrebatarle los mangos del fuelle entre risas. Había logrado engañar al enemigo. Pero cuando tuvo el fuelle entre sus manos empezó a empujar hasta ponerse rojo, sin conseguir accionarlo. Humillado, abandonó la idea, simulando desinterés, y arrancó a correr en dirección a los carros. Nunca llegaría a ser tan fuerte como Dago.

Su oído no le había engañado, los maullidos provenían del interior de la choza. Eldes sentía una extraña debilidad por ese sigiloso animal al que la nodriza le atribuía poderes mágicos. Cuando se asomó a su interior, el gato había desaparecido y, en su lugar, se encontró con la imponente presencia de una anciana. Pero Eldes no se asustó. Se quedó contemplándola en silencio desde el umbral. Debía llevar mucho tiempo allí sentada. Era como si formara parte del tronco que le servía de asiento. Tenía el rostro ennegrecido por los años, sucio y tan arrugado como la corteza del roble, y una mirada inquietante. En sus rodillas reposaba un cayado. Se fijó en las tres pequeñas ramas que brotaban de su extremo. La había reconocido, la nodriza le había contado historias sobre el poder de las haliarunas. A Eldes no le sorprendieron sus palabras, pero sí el cristalino tono de su voz, que le resultaba familiar:

—Os estaba esperando.

La muchacha se adelantó suavemente hacia

ella, atraída por su voz. El hedor era insoportable y, al acercarse, descubrió a qué se debía. La anciana estaba rodeada de su propia porquería.

—Ven aquí, muchacha. Deja que te toque. Mis ojos no pueden ver la luz del sol, aun así puedo ver muchas cosas.

La muchacha le acercó el rostro y dejó que la mujer lo reconociera con sus manos.

—Tienes un rostro bonito, pero estás triste. Diles a tus amigos que se acerquen. —Se estaba dirigiendo a ellos, los había oído llegar—. Os preguntaréis dónde están los demás.

Taar y Dago se limitaron a asentir desde la puerta, sin atreverse a dar un paso más. Eldes, acuclillada junto a las piernas de la anciana, se había vuelto para mirarles, sonriéndoles plácidamente mientras se dejaba acariciar como un gato por la avariciosa mano de la vieja. Dago tuvo la impresión de que la anciana la quería para ella. Algo en su voz le hizo estremecerse. Sin embargo, Eldes estaba tranquila a su lado.

—Me dejaron sola, pequeña —murmuró, dejándose ayudar por ella. La soledad la estaba matando. Tras un enorme esfuerzo logró levantarse y se quedó apoyada con las dos manos sobre su cayado. Un manto de piel le cubría los hombros y un collar de ámbar se deslizaba sobre su pecho caído. Era muy vieja a pesar de su voz, demasiado joven para su anciano cuerpo. La anciana comenzó a lamentarse—: ¡Todos se fueron! Huyeron de vosotros....

Pero ella les había estado esperando. Sabía que vendrían a poblar la aldea vacía, lo había visto en las vísceras de algún animal; y que la plaza volvería a llenarse de gallinas y de mocosos descalzos y que el bosque retrocedería hasta sus dominios para no herirles los pies con los espinos. Y que en las noches de verano se oirían de nuevo las suaves melodías de la cítara, hasta que un día el viento les trajera la desgracia. Eran varias familias, la mayoría godas, con muchas ausencias a sus espaldas y mucho dolor, y solo sus manos

para trabajar. Estaban agradecidas al emperador Teodosio por haberles asentado en sus tierras. Dispuestas a dejarse abrasar la piel bajo el ardiente sol de los campos con tal de seguir dando sustento a su esperanza. Las cosechas serían pobres aunque suficientes, pues la tierra estaba agotada de tanta barbarie, no menos agotada de lo que estaban las almas de sus nuevos vecinos. Saldrían adelante, aunque ella no llegaría a verlo. Sentía que sus días se acababan como se acaba el vino en una vasija. Había visto en sueños su propia muerte. Siempre el mismo sueño que la atormentaba: en el bosque, mientras la niña sin voz se alejaba entre las ramas.

Magia

—Hija, mis hierbas no pueden curarte. Los vivos no podemos deshacer los entuertos de los que ya no están con nosotros, pues sin duda fueron ellos los que decidieron arrebatarte el habla —le había dicho la anciana en una ocasión. Sentía pena por esa criatura cuyo rostro no podía ver y temía su propio final.

No podía curarla, pero sí adivinar por qué lo hicieron, qué mal les había hecho Eldes para que la castigaran de aquella manera. Preguntó a los espíritus y los espíritus le respondieron. Señalaban a su madre, fue ella quien la arrastró

hasta el reino de los muertos al negarse a separarse de su pequeña. Así que no era su voz, sino su alma la que se había ido. La muchacha era un cuerpo vacío, hueco y sin alma, condenado a seguir viviendo entre los vivos mientras su espíritu vagaba asustado por el tenebroso mundo de los difuntos.

La anciana jamás se había atrevido a traspasar los límites de la magia, pero había algo en Eldes que la haría ir más allá, tal vez la dulce entrega de la pequeña. Algo que le hizo vencer el miedo a las tinieblas. Quizá comprendió que si lograba devolverle el habla retrasaría su propio final y la visión no podría ya cumplirse. Una tarde, cuando el sol comenzaba a perder su poder, pidió a Eldes que la acompañara en el trance. Era entonces, entre las sombras del atardecer, cuando lo invisible se manifestaba con mayor claridad. Estaba dispuesta a descender por el corredor de los infiernos, buscaría el alma de la muchacha y la conduciría de vuelta al reino de la luz, junto a los

vivos. Y Eldes dejaría de ser la niña sin voz que aparecía en sus sueños de muerte.

La anciana lo había preparado todo para emprender el viaje que habría de llevarla al inframundo. Pero antes la niña tenía que beber de la vasija que le ofrecía. Era un vaso de barro, toscamente moldeado, en el que oscilaba un líquido verde de olor penetrante. Eldes se mojó los labios y volvió la cabeza negándose a continuar. Lo rechazó con la mano, ladeando la cabeza para no olerlo. Aquel líquido verdoso desprendía el poderoso perfume de la mandrágora que crecía en lo más profundo de los bosques. La anciana no tuvo más remedio que obligarla a beber.

—Estás asustada. No debes preocuparte. Seré yo quien descienda, tú solo tienes que tomarme de las manos y prometerme que no me dejarás marchar —trató de tranquilizarla mientras presionaba su nuca hacia el borde del vaso para que bebiera.

Cuando la pequeña hubo apurado a la fuerza todo su contenido, la anciana introdujo sus manos entre las suyas e hizo latir la tierra con su cayado. *Pam, pam, pam*, comenzó a golpear el suelo con rotundidad, invocando con un monótono cántico a los espíritus guardianes para que la guiaran en su viaje hacia el otro mundo. Los gatos que dormitaban acurrucados junto al fuego salieron parsimoniosamente de la choza molestos por el ruido, haciéndole ver a la pequeña que aquel peligroso ritual no iba con ellos. Al cabo del rato, el ritmo de los golpes se tornó frenético y un delirio furioso se apoderó de la anciana. Su cabeza comenzó a agitarse en un frenético vaivén y la piel que le cubría los hombros cayó al suelo, tan cerca del fuego que a punto estuvo de arder.

Eldes la contemplaba estupefacta, temblando con cada sacudida de la tierra mientras trataba por todos los medios de soltarse de la anciana para salir corriendo al encuentro de Dago, pero resultó imposible desprenderse de ella. La muchacha

acabó desistiendo atemorizada al escuchar los agónicos estertores que brotaban de la garganta de la vieja. Era como si un ser invisible se le hubiera colgado del cuello y estuviera forcejeando con ella hasta casi ahogarla. Había dejado de cantar y los delirios se habían convertido en jadeos. Eldes la vio gesticular entre las sombras, contorsionarse, respirar con dificultad, hasta que por fin sintió que le soltaba las manos y caía al suelo junto a su cayado de tres ramas. Sus ojos se abrieron, de repente, como si pudieran ver. Estaba siendo arrastrada por el abismo del trance.

Eldes se abalanzó sobre el cuerpo inanimado de la mujer y comenzó a golpearla y a suplicarle que no se marchara. Le había dado su palabra y no encontraba el modo de hacerla volver. Ahora era ella quien se aferraba a las manos de la anciana pidiéndole que regresara a su lado. Por un instante pensó que estaba muerta, pero, al reclinarsse sobre ella, comprobó que su corazón seguía latiendo y sus latidos la tranquilizaron.

Así fue como comenzó a sentirse extrañamente tranquila. Con la cara apoyada sobre su pecho, se fue quedando dormida, narcotizada por el efecto de la mandrágora. Cuando despertó, era noche cerrada y todavía se sentía mareada. Permaneció en la misma postura hasta que el suave maullido de uno de los gatos le hizo tomar consciencia de dónde se encontraba. Tenía un sabor amargo en la boca y seguía abrazada al cuerpo de la anciana, que se agitaba y temblaba como si estuviera librando una tenebrosa batalla allá en el mundo de los difuntos, donde la muerte reinaba sobre la vida y la oscuridad no dejaba ver la luz. El fuego estaba apagado y las tinieblas se habían apoderado de la choza. Sin esperarlo, se encontró con sus ojos desmesuradamente abiertos en una expresión de pánico que la hizo retroceder. Pudo oírla hablar entre las sombras con una voz que no parecía la suya, menos aguda:

—*Libre la voz de las tinieblas cuando el cuerpo dé luz al cuerpo y el alma dé luz al alma.*

—La anciana había cruzado la última frontera, pero no había logrado capturar el alma de Eldes de entre los muertos.

Eldes escuchó a la anciana embargada por un miedo profundo y visceral, el mismo miedo que le había producido la mirada ausente de su madre instantes antes de enmudecer. No podía comprender lo que decía. «Libre la voz de las tinieblas...» Guardó en su mente cada palabra para el día que pudiera desentrañarlas y huyó de la choza con el corazón encogido por lo que había presenciado esa noche en la cabaña de la anciana.

Dago no había podido pegar ojo en toda la noche. Estaba molesto con su amiga. No le gustaba que anduviera en compañía de la hechicera, pero tenía demasiado que hacer como para estar pendiente de lo que Eldes hiciera o dejara de hacer. Por él como si la convertía en gato. El trabajo en la herrería le mantenía ocupado el día

entero. Además, estaba Taar. En cuanto podía se escapaba para reunirse con él en la cuadra. Entre los dos muchachos se había ido forjando una intensa relación de camaradería adolescente que por supuesto excluía a la muchacha. Era una chica, los dos se comportaban como si acabaran de descubrirlo, y con ella delante no podían hablar de ciertas cosas. Aunque también Eldes guardaba sus propios secretos. Dago la había sorprendido escondiendo de su vista unos paños manchados de sangre y desde entonces se ruborizaba por todo. Estaba llena de vergüenzas. Era como si, de la noche a la mañana, se le hubiera llenado la cabeza de tonterías que él no acertaba a comprender por mucho que lo intentaba. Como a Taar, que siempre andaba pensando en las tetas de Ermionda. En aquel primer verano que pasaron en la aldea no habló de otra cosa: la guerra, los caballos y Ermionda, o mejor, Ermionda, la guerra y los caballos.

Ermionda era la amante de Giba, un lisiado malapata que no caía en gracia a ninguno de los vecinos, pero que había conseguido acumular riquezas suficientes como para vivir el resto de su vida sin necesidad de cavar un solo surco. Se había hecho con la mejor choza, con el mejor ganado y con las mejores tierras, y poseía más esclavos que todos ellos juntos. El jefe lo tenía en gran estima, era su interlocutor, en quien confiaba la organización de la comunidad. Giba era el hombre más importante de la aldea, y a Ermionda parecía no importarle que fuera feo como un demonio. Su esposo, un hombre rudo y corpulento llamado Appa, hacía varios meses que se había enrolado en el ejército de Teodosio dejándola sola, con seis bocas que alimentar y otra en camino, y ella no había tenido más remedio que aliviar su soledad ofreciendo su cuerpo todavía lozano. Y no solo a Giba. Pocos eran los vecinos que no se habían beneficiado de su penosa situación a espaldas de su amante, pese a que era

este el que la mantenía, a ella y a sus siete insaciables criaturas.

Taar se estrenó con ella. Lo que para Ermionda no fue más que un juego, para él supuso un cataclismo del que tardaría en recuperarse. Se enamoró perdidamente de ella, hasta el punto de no pensar en otra cosa. Ocurrió en una tarde calurosa, sobre la paja de los caballos. Fue Ermionda quien lo buscó a él. Quería agradecerle el modo en que miraba sus generosos pechos, así que se los dejó tocar. El muchacho magreó sus apretadas carnes con una torpeza casi dolorosa, como si le faltaran manos y le sobrara fuerza, que para ella resultó excitante. Taar podía ser su hijo y aun así, o tal vez por eso, consiguió excitarla más que cualquiera de los hombres de la aldea. Dejó que le levantara la túnica por encima de las nalgas, se sentó a horcajadas sobre su pene y lo cabalgó por primera vez. No llegaron muy lejos. Fue una

cabalgada corta, dulce e intensa que les abrió el apetito para nuevos encuentros en la cuadra, a escondidas de Giba.

Aquel primer verano en la aldea estuvo lleno de descubrimientos. La vida se les estaba viniendo encima con todo el vigor de la juventud, también con sus dudas y sus temores. Mientras que Taar disfrutaba de su virilidad recién estrenada, Dago se sentía extraño en su cuerpo de hombre y buscaba refugio en el sofocante ambiente de la herrería. Allí pasaba la mayor parte del día, aprendiendo a forjar. Sus brazos se habían fortalecido a fuerza de trabajar. Ruodwoulfo le había enseñado a golpear el metal con la intensidad y el ritmo que convenía en cada momento y a escuchar su tañido, pero también a ver. Dago había aprendido a interpretar las distintas tonalidades del metal al ser calentado: rosa cereza, granate, blanco rojo o azul pichón,

para saber el momento preciso en que debía ser trabajado; a soldar, templar y bruñir.

Una tarde de invierno, Dago trabajaba en silencio junto a Ruodwoulfo entre un espeso humo que les irritaba los ojos y un calor tan intenso como el que años atrás habían experimentado los combatientes en Adrianópolis. *Pin, pin, pin, pin*, el agudo sonido del metal al ser martilleado se entremezclaba con el más grave de la maza: *Pon, pan, pon*. Un rítmico tintineo llenaba el ambiente y el muchacho al fin parecía satisfecho; después de miles de ataques con el martillo por fin empezaba a golpear recto.

—Esconde esa lengua o te la acabarás mordiendo —le advirtió Ruodwoulfo. Su único ojo le bastaba para estar pendiente de su aprendiz en todo momento. Se sentía orgulloso de haberle enseñado.

Dago obedeció al herrero y cerró la boca. Estaba dando los últimos retoques a un *scramasax*. Un cuchillo de pequeño tamaño y un único filo que

servía para casi todo lo que un godo pudiera necesitar, desde tallar o comer hasta cortarse los cabellos, incluso para apuñalar a alguien si la ocasión lo requería. Había dejado de golpear con el martillo y se apartaba el flequillo hacia un lado con un gesto de rebeldía. Su rostro había perdido la delicada armonía de la niñez. Físicamente era ya un hombre, pero le quedaba mucho por aprender. Llevaba el torso desnudo bajo el delantal de cuero y tras él podía apreciarse una musculatura fuerte y perfilada, perfectamente delimitada por la mugre y el sudor.

Uanda los observaba taciturno desde una esquina. El calor del fuego le traía los peores recuerdos. Los ahogaba bebiendo, pero siempre terminaban aflorando, y entonces, cuando más borracho estaba, era cuando de verdad dolían. No había sabido encajar la muerte de su hermano. Desde que había perdido a su otra mitad se había desentendido de la fragua. Y trabajo no les faltaba, así que era Dago quien se vio obligado a trabajar

por los dos. Con la paz de Teodosio habían vuelto a transformar las armas en aperos de labranza, esperaban que definitivamente. Uanda levantó la jarra como si quisiera brindar por ellos y estuvo paseándola por delante de sus bigotes hasta atinar a llevársela a los labios. Tenía los ojos enrojecidos por el aguardiente y el humo y no los apartaba de Dago. En su mirada podía verse la acritud que sentía hacia el muchacho.

—¡Maldita sea! Quiero que me contestes. ¿Por qué no me dejaste morir? ¿Por qué tuviste que salvarme? —le preguntó injustamente. No recordaba que fue él quien se lo había pedido.

—Deja al muchacho en paz. Estás borracho —intervino Ruodwoulfo.

—Estoy solo —respondió Uanda, dejando caer la jarra sobre sus rodillas. Sin Segga se sentía solo y tan inútil como una mano sin la otra—. Si el chico me hubiera dejado morir, estaría con mi hermano. Nacimos para morir juntos. Dago, dime por qué tuviste que entrometerte en nuestro

destino.

Dago bajó la vista para no verle la cara y comenzó a golpear la pieza con tanta rabia que acabó echándola a perder. Estaba confuso, furioso y arrepentido. Era su amigo, por eso le había sacado del campo de batalla, también hubiera querido salvar a Segga. Uanda era un cobarde, un maldito cobarde. ¡Y un egoísta! ¿Acaso pensaba que era el único que estaba solo? No había un godo que, durante aquellos años, no hubiera perdido a algún ser querido y aun así seguían luchando para salir adelante. Se mordió la lengua para no decirle todo lo que pensaba.

—Lo que deberías hacer es buscarte una mujer. Y no me refiero a Ermionda, sino a una mujer de verdad, una compañera —le aconsejó Ruodwoulfo.

Uanda hizo un gesto de desprecio con la mano y siguió bebiendo. ¿Para qué quería él una mujer? Con Ermionda le bastaba para aliviarse y no le importaba compartirla con los demás. Él jamás

podría encontrar una mujer como Adela, si era a eso a lo que se refería Ruodwoulfo. Él había tenido suerte.

El collar de Ermionda

Appa regresó al caer la tarde de un ventoso día de comienzos del otoño. La aldea olía a guisos de carne y hojas podridas y en el interior de las chozas bullían los pucheros sobre el fuego de los hogares. Al reconocer el olor supo que estaba entre los suyos. Estaba hambriento después de la larga caminata que le había traído hasta allí desde la cercana ciudad de Nicópolis, varias millas al este, donde se había entretenido celebrando como un romano su recién estrenada libertad. La verdad es que no esperaba el recibimiento. Una patulea de chiquillos sonrojados salió corriendo a su

encuentro al grito de «padre». Le parecieron muchos más de los que había guardado en la memoria. Su mujer le esperaba a la entrada de la casa que ocupaba la familia; una buena casa, su casa, aunque fuera por poco tiempo, pues pronto tendría que volver a incorporarse a las filas del Ejército. Teodosio preparaba una campaña contra un nuevo usurpador al trono imperial, el también hispano Magno Máximo que afirmaba ser pariente del propio emperador, sobre el que pesaban los cargos de haber asesinado a Graciano para hacerse ilegítimamente con una parte de Occidente.

El recibimiento le dejó un regustillo amargo que no pudieron borrar las carantoñas de sus pequeños. Le hubiera gustado que Ermionda corriera a estrecharle entre sus brazos, tal y como él había soñado durante todas y cada una de las noches que había tenido que pasar lejos de ella. La había añorado. Si hubiera sabido, le hubiera escrito cuánto la echaba de menos en una de esas

cartas interminables que sus compañeros de tienda —esos mismos a los que años atrás se había enfrentado en el campo de batalla— enviaban puntualmente a sus mujeres, en las que les contaban con detalle cómo era la vida en el campamento, o les mentían sobre los aspectos menos felices de su existencia para que dejaran de preocuparse por ellos. Aunque, pensándolo bien, hubiera sido inútil, pues nadie en la aldea sabía leer. Los godos siempre habían sentido un temor supersticioso por la escritura. Para ellos, las letras pertenecían al oscuro mundo de la magia, las runas y los conjuros, y eran peligrosas. Aunque no menos peligrosas que las palabras cuando vienen cargadas de mala intención, tal y como él mismo tendría la mala fortuna de comprobar aquella misma noche.

Ermionda estaba preciosa con su melena trigueña cayéndole sobre los hombros. Había engordado.

—¿Es que no te alegras de verme? —le

preguntó inocentemente, alzando su potente mentón y dirigiéndole un tierno reproche con la mirada, al tiempo que sus seis rubicundos cachorros se le agarraban a las piernas e intentaban trepar a lo ancho de su espalda como si fueran un puñado de garrapatas, obligándole a apoyarse con los nudillos en el suelo para mantener el equilibrio. Se los quitó de encima como buenamente pudo para abrazar a su esposa—. ¡Ven a darme un beso, mujer!

Ermionda se acercó a él tímidamente y, con gesto serio, se dejó besar en la mejilla. Appa no reparó en la enorme confusión que transmitía su semblante, sí en el bonito collar de cuentas rojas que le adornaba el cuello. Más tarde preguntaría de dónde lo había sacado. La cogió en brazos y se la llevó dentro de la casa.

—¡Pesas mucho...! —exclamó Appa. Fingió estar haciendo un gran esfuerzo y, besando con rudeza los labios de su mujer, añadió—: ¡Los críos están gordos como gorrinos! Veo que no

habéis pasado hambre en mi ausencia. Me parece a mí que no me habéis echado mucho de menos.

Si en esos momentos hubiera sabido la verdad no hubiera bromeado tanto. El soldado cerró la puerta a sus espaldas, depositó a Ermionda en el lecho y acercó los labios a los generosos pechos de su mujer.

Los críos estaban excitados por el regreso de su padre, al que consideraban un héroe. Orgullosos de que fuera el único hombre entre los campesinos de la aldea que servía al emperador. Fueron ellos los encargados de hacer correr la noticia de que *Appa el Soldado* había regresado. Fue un regreso inesperado, que sorprendió a los vecinos. Cayó como un jarro de agua fría entre los hombres y provocó una sonrisa maliciosa entre algunas de las mujeres que habían visto con humillación cómo sus maridos perdían la cabeza —y lo que no era la cabeza— por pegarse un revolcón con la fogosa,

bella y joven Ermionda.

En la herrería, Dago y Ruodwoulfo dirigieron sus miradas a Uanda con preocupación al enterarse de la noticia, pero este se limitó a beber un trago de aguardiente a la salud del recién llegado, simulando que a él Ermionda le importaba un carajo. Pero no era el único que sufría: bajo la techumbre de paja de la cuadra, la sonrosada tez de Taar se tornó blanca mientras que Giba, por su parte, se apresuraba a darle el recibimiento que merecía. Ordenó a los esclavos que llevaran comida y barriles de cerveza hasta la gran casa, donde se solía reunir la asamblea de los hombres libres para tomar las decisiones que atañían a los *kunja*. Y esa misma tarde, Giba celebró un banquete en honor a Appa. Estaba muy equivocado al pensar que su generosidad acallaría las maliciosas bocas de los vecinos.

Corrió la cerveza y Ruodwoulfo acompañó los

bailes con la cítara, tal y como había soñado la anciana cuando predijo la llegada de los godos. Appa no se separó de su mujer ni un solo instante, como si una fuerza invisible atrajera su robusto cuerpo hacia las redondeces de ella. No podía dejar de sonreír al adivinar el deseo en las furtivas miradas de los demás y exhibía las ganas que tenía de ella sin ningún tipo de pudor. La paseaba obscenamente entre sus vecinos como si acabara de cazar una presa, con sus dos brazos tatuados a hierro agarrándole las caderas y sus vientres tan juntos que parecían haberse quedado pegados para siempre. Después de devorar un buen pedazo de asado, comenzó a comérsela a besos, con la boca todavía llena. La besó por el cuello, en los hombros, por toda la cara, excitado por la repentina timidez de su mujer, que le rechazaba con coquetería, como si a esas alturas le diera vergüenza que los demás percibieran su impaciencia. Era suya y estaba deseando volver a hacerle el amor. El rubor de sus mejillas la hacía

aún más hermosa.

Appa solo tenía ojos para ella, así que no veía la burla en las caras de los demás, ni las furtivas miradas de Ermionda, pidiendo, suplicando, discreción a su alrededor. Volvía a estar preñada, lo sabían todos menos su marido. Giba estaba convencido de que él era el padre, pero el hijo podía ser de cualquier otro entre los muchos sementales que la habían cubierto en los últimos meses.

Desde un extremo de la gran casa, Taar les contemplaba con el corazón encogido. Había bebido más cerveza de la que su débil envergadura podía soportar y se sentía el ser más desgraciado de la Tierra al ver a Ermionda en brazos de otro hombre que no fuera ni él ni Giba, con el que siempre había sentido el orgullo de compartirla. En su inocencia, había creído que Ermionda no pertenecía a nadie más, que les pertenecía

únicamente a ellos dos y que por supuesto le prefería a él, y si alguna vez escuchó rumores prefirió ignorarlos. Pero ni siquiera se había planteado que el hijo que Ermionda esperaba pudiera ser suyo, sino de Giba, pues era él quien lo iba a mantener.

—¡Deja de beber, Taar! —le censuró Dago, apartándole la jarra de los labios de un manotazo.

Le asustaba el modo tan extraño con que su amigo observaba a la pareja, nunca antes le había visto mirar así, despechado y celoso, con la mirada tan turbia como el agua de una ciénaga. Aunque pocos consejos podía darle él, pues la cabeza le daba tantas vueltas que tuvo que ir a apoyarse contra la pared, alejándose de su amigo. No tardó en localizar a Eldes, que bailaba tímidamente entre un grupo de muchachas. La localizaría en cualquier parte, aún con los ojos cerrados. Había dejado de ser una niña. Tenía el rostro sonrosado y los ojos brillantes y a Dago le pareció tan bonita con sus dos trenzas bailando

sobre su espalda que también él sintió celos de sus compañeras de corro. No le dio tiempo a reaccionar. Cuando quiso darse cuenta Taar se había abalanzado sobre Appa y se enfrentaba a él a golpes, patadas y puñetazos, como el crío que en realidad era, exigiéndole que apartara sus asquerosas manos de Ermionda. Fue ella quien le hizo entrar en razón, tomándole de los hombros y hablándole como si hablara a uno de sus hijos, mientras las notas de la cítara daban paso a un runrún de insinuaciones y bromas de mal gusto que terminaron por desatar la ira del soldado.

—Vosotros dos no sois hermanos, he visto cómo os miráis últimamente. —Las palabras de Adela le sorprendieron, ni siquiera la había visto acercarse, pero aquel no era momento de dar explicaciones: Pues claro que no eran hermanos. Dago fingió ignorarla y se apresuró a sacar a su amigo de allí antes de que Appa le rompiera la cara de un puñetazo.

La aldea despertó de su borrachera cuando todavía era noche cerrada, alertada por los chillidos de Ermionda. Fuera estaba oscuro y el viento había dado paso a una desconcertante quietud. Les sorprendió encontrarse con Appa vagando como un sonámbulo entre las chozas, con su mujer a cuestas y las manos manchadas de sangre. La llevaba agarrándola del pelo hacia el centro de la plaza sin atender a sus súplicas. Había sido ella quien le había convertido en un cornudo, en el hazmerreír de los vecinos, y merecía un escarmiento. Ermionda hacía esfuerzos para evitar que el roce con el suelo le desgarrara la piel, quería ponerse de pie, pero Appa la obligaba a seguir arrastrándose como una víbora, una vil y pernicioso víbora, de la que se avergonzaba. Era la madre de sus hijos. No comprendía cómo se había dejado engatusar por ella y se sentía engañado, tan furioso que a punto estuvo de reventarla a golpes, lo mismo que a su amante, el padre de la criatura que llevaba en el vientre.

La mezcla de alcohol y de celos había aflojado la lengua a los vecinos y lo que en un principio no habían sido más que rumores amortiguados por el alegre sonido de la cítara se acabaron convirtiendo en palabras malintencionadas, arrojadas en su propia cara como si fueran lanzas. Appa las escuchó con una frialdad que sorprendió a todos, digno, indolente en apariencia, mientras su mujer palidecía por momentos rehuendo, atemorizada, la gélida mirada de su marido. «Appa, ¡bailas muy pegado!, cuidado con aplastarle el vientre, ¿o es que te crees que se ha puesto así de gorda solo por comer? Pregúntale a Giba, tal vez él sepa algo.» Fue así como se enteró de que Giba era el que le había regalado el collar.

Los primeros rayos iluminaron la plaza. Allí estaba Ermionda, tendida en el suelo, temblorosa y sucia, esperando para recibir el castigo que merecía por haber deshonrado a su hombre.

Humillada ante la morbosa mirada de las vecinas, trataba inútilmente de cubrirse el cuerpo con los pocos jirones que quedaban de su ropa. Un sinfín de cuentecitas rojas yacían a su alrededor recordando a los demás la generosidad con que la había tratado su amante. Sentía vergüenza de su desnudez y, sin embargo, los mismos que la noche anterior se la habían estado comiendo con los ojos, bajaban la vista para no verla, como si sintieran asco de sus tersas carnes. Ninguno se atrevía a reconocer ante los demás que la habían gozado por miedo a la furia del soldado; algunos aún fueron más lejos en su vileza y se acercaron a ella para escupirle encima. Solo Taar le mantuvo firme la mirada mientras Appa levantaba su frente hacia atrás tirándole del pelo con rudo desprecio. Se le escaparon unas lágrimas al ver cómo el cuchillo rozaba la hermosa frente de Ermionda y comenzaba a rasurarle el cabello. Ni siquiera el llanto de sus pequeños consiguió ablandar el corazón de los vecinos. Los largos mechones de su

melena trigueña fueron cayendo por su cuerpo como hojas de otoño hasta dejarla completamente calva. Taar hubiera querido impedirlo pero Dago se le adelantó para retenerle mientras los dos veían cómo Appa rajaba las mejillas de Ermionda con el cuchillo. Después de aquello, su belleza quedaría marcada para siempre.

Appa se marchó de la aldea el mismo día que encontraron a Giba muerto en el catre. Lo habían degollado mientras dormía sin que los esclavos oyeran ni vieran nada. Todos supieron quién, pero ninguno se atrevió a acusarle, pues todos habían tenido parte en aquel desgraciado suceso que traería la desgracia a la aldea. Siguiendo las indicaciones de la anciana, cubrieron los ojos del cadáver con un paño de lino y lo sacaron de su casa en plena noche para impedirle ver el camino de vuelta. Fueron a enterrarle lo más lejos posible del poblado, junto a todos sus esclavos y los

rojizos mechones de su amante, pero ni aun así pudieron engañarle. El espíritu de Giba regresaría en los días de viento para perturbar la pacífica existencia de los vecinos.

Seréis felices

La llegada de los guerreros sorprendió a Taar en la cuadra, revisando los cascos de *Aihws*, el semental. Temía que se hubiera clavado algún pincho o tuviera alguna herida pues llevaba días comportándose de un modo extraño. Lo notaba más nervioso que de costumbre, cabeceaba y piafaba como si algo le inquietara y no acertaba a saber qué. Taar estaba preocupado por él. Con una parsimonia impropia de él, fue depositando la pezuña en el suelo y se puso en pie para dirigirse a los recién llegados, que le observaban desde la entrada, deteniéndose antes a tranquilizar a *Aihws*,

que reclamaba su atención. Era un ejemplar de color gris y patas oscuras, con las crines demasiado cortas y el cuerpo demasiado menudo como para resultar hermoso, pero por el que el muchacho tenía adoración. Cuando lo montaba sentía que era una prolongación de sí mismo, como si niño y caballo formaran parte del mismo animal. Deslizó el hombro por debajo de su cuello y lo acarició un par de veces mientras le hablaba con esa voz aterciopelada y grave que solo empleaba con los caballos.

—Tranquilo, *Aihws*, son guerreros. Vamos a ver qué es lo que quieren de nosotros —le susurró, palmeándole el lomo antes de separarse. Se acercó al grupo sacudiéndose la suciedad de las manos en la falda de la camisa mientras los iba estudiando con detenimiento. No pudo evitar arquear las cejas al valorar quién de ellos podía ser el jefe.

—Eh, tú, chico, ¿se puede saber dónde está Giba? —preguntó uno de ellos, el que más pinta tenía de serlo.

—Giba se ha ido —contestó Taar, felicitándose a sí mismo por haber descubierto quién era el que mandaba.

—¡Maldita sea! ¿Cómo que se ha ido? Nadie puede abandonar las tierras sin permiso del *reiks*.

Así que quien hablaba no era el jefe, pero debía de ser alguien muy importante a juzgar por su aspecto demasiado refinado para tratarse de un godo, por muy noble que fuera. De no ser por la cola de caballo con la que se recogía el pelo, o por el macizo torque que lucía en el cuello, podía haberlo confundido por un oficial romano. Llevaba anillos en todos sus dedos y una hebilla de bronce ricamente labrada le ceñía el cinto. Más adelante sabría que se trataba de uno de los guerreros que le había intentado disputar el poder a Fritigerno y que, por su desmedida ambición, había sido relegado a servir a Arpulas, un jefezuelo de poca monta bajo cuya jurisdicción se encontraba la aldea. Así que pese a su noble aspecto, no era más que un enviado del jefe para reclutar lanceros

entre los aldeanos.

—¿Y se puede saber dónde se ha ido? —siguió preguntando el guerrero del torque.

—Al infierno. Giba está muerto pero vuelve a la aldea en los días de viento. Él es el culpable de que la cosecha se haya echado a perder este año —les aseguró Taar, tan convencido de lo que decía que se hubiera dejado poner la mano en el fuego para demostrarlo.

Entre los vecinos, cualquier calamidad era atribuida a Giba, desde una helada a un simple dolor de muelas, y, aunque ninguno se atrevía a hablar del asunto, también le echaban la culpa del mal parto de Ermionda. La anciana tuvo que rajarle el vientre para sacar a la horrible criatura que crecía en sus entrañas. Taar todavía temblaba al recordar la insistencia de la hechicera para que fuera él, y no otro, quien recogiera a la deforme masa de carne que yacía desparramada en el suelo y la devolviera a la tierra, junto a su madre, de donde nunca debería haber salido. Fue entonces

cuando supo que él era el padre. Al menos le permitieron ver a Ermionda por última vez. Estaba pálida, con las comisuras de los labios hundidas, como una vieja. Su cabello rojizo había vuelto a crecer, pero no quedaba ni rastro de su frescura y la sonrisa se le había borrado del rostro para siempre. Se le hizo extraño despedirse de ella y pensó que nunca más volvería a amar a nadie. La enterraron con lo que llevaba puesto: una sencilla camisa de lino que ella misma había tejido, lo único que le había quedado de todas las riquezas de las que Giba la había colmado.

Al guerrero no le sorprendió oír hablar de malas cosechas, aunque dudaba de que fuera el tal Giba el que las hubiera provocado. Llevaba meses recibiendo las quejas de los aldeanos, que decían sentirse engañados con las tierras que el Imperio les había asignado. Empezaban a comprender por qué estaban despobladas, pues ningún romano en su sano juicio se dejaría la piel en cultivar unos campos como aquellos en los que ni las malas

hierbas conseguían abrirse camino.

—Y ahora, ¿quién es el que manda en la aldea?
—quiso saber el hombre del torque.

Taar se encogió de hombros sin saber bien qué responder. No se atrevía a confesarle la verdad: que era Giba, o mejor dicho su espíritu, el que seguía mandando en la aldea.

—Está bien, muchacho. Ve a decirles a los hombres que el *reiks* les reclama para que cumplan su compromiso con él. ¡No hace falta que le acompañéis! —Retuvo a los guerreros que le habían escoltado hasta allí con un tono autoritario que contrastaba con la forma más bien amistosa con que se dirigía al chico.

Teodosio reclamaba soldados y los jefes tervingios tenían la obligación de servirle con sus huestes. A cambio les había dejado asentarse en el Imperio manteniendo la misma organización que tenían en el *Barbaricum*. Ese era el pacto. Los guerreros estaban cansados. Llevaban varios días reclutando a los aldeanos del entorno. Habían

tenido que asistir a la histeria de las mujeres que se resistían como fieras al verse de nuevo privadas de sus hombres, conscientes de que sin ellos les sería difícil subsistir. Les acompañaban casi un centenar de nuevos reclutas que, con el rostro apesadumbrado y marchito por el sol, aguardaban, cabizbajos, a que los guerreros terminaran con aquella aldea, la última, para ser conducidos hasta la fortaleza desde la que el jefe exhibía su poder. Al ver a todos aquellos hombres, a Taar se le iluminó la cara.

—¿Os preparáis para la guerra, verdad? Estoy dispuesto a acompañaros. Soy alano, señor —aseguró Taar, sacando pecho para hacerse valer. Era consciente de que no había crecido lo suficiente.

—¿No estarás insinuando que los alanos sois mejores guerreros que nosotros? Recuerda que los godos somos hijos de Gután —bromeó el hombre del torque. Aquel muchacho entrometido y enclenque le había caído en gracia.

—Sí, señor, eso es lo que he querido decir. Os olvidáis de que los alanos somos un pueblo guerrero y tan buenos jinetes como los hunos. Acostumbramos a montar desde bien niños — replicó Taar, tan seguro de sí mismo que su engreimiento logró desatar las risas de los demás.

Fue así como Taar se ganó su lanza y la confianza de los guerreros; el tiempo le convertiría en uno de ellos. Corrió como un torbellino por toda la aldea, avisando choza por choza a sus vecinos de lo que él creía una buena noticia, la mejor que podía darles. ¡La guerra! Estaba convencido de que también a él le había llegado la hora de pisar el campo de batalla. Se veía cabalgando a lomos de *Aihws* entre miles de jinetes, con las cabelleras de los enemigos colgadas de la grupa, tal y como era costumbre entre los suyos, y como desde crío le había visto hacer a su padre. Aminoró el paso en cuanto se vio en la herrería, la última choza del poblado, y caminó sin prisa. Entró. Allí encontró a Dago,

concentrado en reparar la hoja de un arado dañado a fuerza de surcar el pedregoso terreno que Roma tan generosamente les había entregado. Todo a cambio de no dejarles vivir en paz.

—¡Dago, suelta eso! ¡Tienes que darte prisa! ¡Están reclutando hombres para las huestes del jefe! —le anunció nada más verle.

Dago levantó la vista del yunque, sospechando lo peor.

—¿Qué es lo que te pasa? ¿A qué viene esa cara? —preguntó Taar, decepcionado ante la reacción de su amigo. E intentó en vano contagiarle su excitación—: ¡¿Sabes lo que significa esto?! ¡Por fin podremos irnos de esta maldita aldea! ¡Escaparnos! ¡Luchar! Convertirnos en guerreros... como mi padre, como el padre de Eldes... —Había encontrado una vara de hierro en alguna parte y la esgrimía como si fuera una espada. Pero calló de repente al comprobar el escaso entusiasmo que la guerra despertaba en su amigo. Acababa de comprender lo que siempre

había presentido, que Dago era diferente a él. No es que fuera cobarde, que no lo era, y tampoco tenía nada que ver que fuese godo, pues gracias a los godos habían vencido a Roma en Adrianópolis, pero Dago aborrecía la guerra y se conformaba con fabricar espadas para que otros las empuñaran. En ese momento supo que sus vidas no tardarían en separarse—. Venga, vamos. Debes venir conmigo. Los guerreros nos están esperando.

Dago, que había recibido el entusiasmo de su amigo con pavor, abandonó el trabajo a regañadientes, dejando la pieza a medio acabar cuando podía haberla acabado esa misma tarde. Se dispuso a acompañarle. Cuando llegaron a la plaza, Ruodwoulfo y los demás ya estaban allí, esperando a que los guerreros decidieran sobre su destino. Las mujeres y los niños habían sido apartados a un lado para evitar que les robaran el protagonismo a los hombres. Era evidente que los guerreros querían acabar con aquello cuanto antes.

Les obligaron a formar. Dago sintió que las

piernas le flaqueaban, y no veía a Eldes por ninguna parte. Uno de los guerreros le empujó para que se moviera con tal ímpetu que, de no ser por Uanda, hubiera ido directo al suelo.

—Está con Adela, justo detrás de nosotros — le confirmó este mientras le asía de los hombros. Su aliento apestaba a alcohol—. ¿No quieres ir, verdad? —Y para sorpresa de Dago, le ofreció su cuchillo—. ¡Toma, cógelo! Y... córtate un dedo.

Dago le miró estupefacto, sin terminar de creerse lo que acababa de escuchar. ¿Por qué iba él a querer cortarse un dedo?

—He oído decir que Teodosio no quiere mutilados en sus ejércitos —aclaró Uanda sin saber que aquello no era del todo cierto, ya que la falta de hombres había obligado a los emperadores a legislar contra esa medida. La necesidad era tal que incluso los mutilados eran considerados aptos para servir en los ejércitos de Roma. En adelante, dos hombres mutilados equivaldrían a un recluta normal. Por otra parte, ellos eran *foederati* y no

estaban llamados a servir directamente a las autoridades imperiales sino bajo sus propios líderes y los jefes godos resultaban ser mucho menos escrupulosos con el estado físico de sus hombres que los oficiales romanos.

Ante la insistencia de Uanda, Dago se vio obligado a coger el cuchillo y, después de asegurarse bien de que ninguno de los guerreros miraba, cerró los ojos dispuesto a arrancárselo de cuajo. Debía ser con un corte seco, contundente, como si fuera a cortar un pedazo de hierro, pero la mano le temblaba demasiado y no lograba reunir la valentía suficiente para mutilarse a sí mismo. Notó que Uanda le observaba con el rabillo del ojo y eso le puso aún más nervioso. Tragó saliva.

—¡Ese no! ¡El pulgar! —le gritó Uanda.

De repente, uno de los guerreros se le acercó, interesándose por él:

—¿Cuál es tu nombre?

—Dago, señor —contestó con la voz entrecortada.

—Muéstrame el brazo, Dago. —Al guerrero le había llamado la atención su desarrollada musculatura—. Eres muy fuerte para ser tan joven.

—Sí, señor —acertó a responder Dago. Estaba tan asustado que apenas le salían las palabras. Ocultó como pudo el cuchillo entre los muslos y le tendió el brazo mientras pensaba en convencerles de que podía serles útil de otra manera—: Trabajo en la fragua, tal vez pueda... Ruodwoulfo y yo...

—Enhorabuena, muchacho, serás un buen lancero —zanjó el guerrero, obsequiándole con una palmada en el hombro antes de continuar con su inspección. Eran soldados lo que buscaban, no herreros ni artesanos.

—¡Trae! ¡Dame el cuchillo y no mires! Yo lo haré por ti, así no tendrás que pensártelo tanto —gruñó Uanda entre dientes. Le debía una, había sido el chico quien le había rescatado del campo de batalla—. Pero... ¿¿qué es lo que haces?!

En el momento en que Uanda se disponía a coger el cuchillo por el mango, Dago se lo

arrebató y echó a correr en dirección a la cuadra. Necesitaba las manos para trabajar y no estaba dispuesto a mutilarse, y menos aún a dejarse sacrificar por Roma ni por su emperador en un campo de batalla. Estaba decidido a librarse de aquello, así que abrió la cerca de los caballos lo más rápido que pudo y comenzó a pincharles en las nalgas. Los caballos eran el bien máspreciado de la comunidad y Dago sabía que si conseguía hacerlos salir en estampida iba a provocar un gran caos entre los vecinos que les permitiría escapar de aquello.

—Espero que Taar me perdone pero necesito que salgáis todos de aquí —les dijo nada más entrar en la cuadra. No hizo falta pincharles, los caballos intuyeron el peligro y salieron despavoridos hacia los prados.

—¡Los caballos! ¡Se están escapando! —oyó gritar a su amigo Taar.

Dago aprovechó el enorme revuelo que había provocado la estampida de la manada y arrancó a

Eldes de los brazos de Adela con tanta vehemencia que casi la parte en dos. La mujer no se atrevió a detenerles y los dejó marchar con pena; sin la compañía de la muchacha se iba a quedar muy sola. A Uanda y a Ruodwoulfo les dio tiempo a despedirse a su manera, ayudándole, como siempre lo habían hecho: Dago, al menos, se iba a librar de aquella injusta leva que iba a partirles la vida.

—¡Adéntrate en el bosque! ¡Huye! —le gritó Ruodwoulfo, deseándole suerte.

—¡Corre, Dago! ¡Por aquí! —añadió Uanda sin perder de vista al grupo de guerreros, ignorantes de lo que estaba sucediendo en sus narices.

Dago y Eldes echaron a correr hacia el espeso bosque que había detrás de la aldea y no se detuvieron hasta estar seguros de que nadie les perseguía. Eran conscientes de que en su mundo la cobardía se pagaba con la muerte y Dago había demostrado ser un cobarde al desertar. Pero, poco

a poco, casi sin darse cuenta, fueron aminorando el paso, obligados por la vegetación cada vez más espesa. Fue Eldes quien se negó a seguir caminando. A Dago le dio la impresión de que su amiga quería retrasar el momento de abandonar la aldea, pero por mucho que le insistió en que debían continuar no consiguió hacerle dar un paso más. La niña acabó sentándose sobre la raíz de un roble, en medio de un pequeño claro, pensando en la manera de despedirse de la anciana antes de irse.

El maullido de un gato les alertó de su presencia antes de que la vieja apareciera entre los helechos. Les había estado esperando. Todo estaba sucediendo tal y como debía de suceder. La anciana se dejó caer en el tronco de un árbol, muy cerca de donde se hallaba Eldes. Parecía agotada. Solo restaba una última advertencia antes de decirse adiós:

—Tomad el camino oculto y seguid las señales sin temor a equivocaros. Lo he visto... seréis

felices... —les susurró, sintiendo que su aliento se agotaba—. Ahora, ¡marchaos!

La niña sin voz se desvaneció entre las ramas sin que sus ojos ciegos pudieran despedirse de ella. Murió como lo había previsto en los sueños, convencida de que la pequeña recuperaría el habla.

Libres

El bosque volvió a darles cobijo. Fue su refugio durante aquellos primeros días en los que aprendieron a amarse. Sucedió suavemente, como si el sutil aleteo de una mariposa hubiera despertado en ellos el deseo irrefrenable de entregarse el uno al otro. No ya como esos dos niños que compartían juegos y miradas cómplices entre los pesados pliegues de la manta, sino de otra manera. Con tiernas caricias, lejos de la suspicaz vigilancia de Adela. A solas, bajo la reconfortante sombra del enorme avellano donde se habían tumbado a descansar del abrasador sol

de la tarde. Eldes jugueteaba con una de las ramas cargadas de grandes hojas verdes y pequeños frutos blancos, que se prolongaban díscolamente sobre sus cabezas, apartándose del resto. La tenía pinzada de un extremo entre los dedos del pie y la balanceaba de un lado a otro perezosamente, con una de sus piernas extendida reposando sobre su otra rodilla. Parecía no pensar en nada. Fingía no haberse dado cuenta de que la túnica se le había ido deslizando sobre el muslo hasta dejarlo desnudo —se le había quedado muy corta después del último estirón—, y que Dago no apartaba los ojos de su pierna. Pero, al notar su mano, soltó la rama, se volvió lentamente y dejó que sus ojos se perdieran en él hasta encontrarle, turbado e inseguro, con la cabeza recostada sobre su brazo, mirándola. Se miraron, se estuvieron mirando durante un rato, mientras su aliento cálido se confundía. Dago la besó y Eldes le dirigió una sonrisa seria y decidida, invitándole a continuar con aquel juego al que nunca antes se habían

atrevido a jugar.

Habían descubierto el camino oculto, y lo habían seguido durante días, sin importarles demasiado hacia dónde les podía conducir, pues lo único que les quedaba en esos momentos era el poder confiar en las palabras de la anciana. Les reconfortaba pensar que allá donde les llevara serían felices, más felices de lo que habían sido. Allí serían capaces de olvidar y de estrenar una nueva vida. Se trataba de una antigua senda que había ido cayendo en el olvido con el paso de los años, por la que a veces resultaba difícil abrirse paso ya que la maleza se había adueñado de ella hasta el punto de hacerla prácticamente desaparecer en algunos de sus tramos. Avanzaban confiados por ella como si supieran que su historia ya hubiera sido contada o como si se dirigieran hacia la fértil y rica Oium de su niñez. Sabían que cuanto más anduvieran, más alejados estarían de sus gentes, pero que, por mucho dolor que les produjera apartarse de la aldea, ya no podían

volver atrás.

Dago se había comportado como un cobarde a ojos de sus vecinos, huyendo de aquella manera tan vil mientras el resto de los hombres aceptaban con más resignación que valor sus obligaciones ante la tribu, tal y como había sido siempre entre su pueblo. Al fin y al cabo, ellos no eran más que unos humildes aldeanos y dependían de la protección de los jefes, de quienes detentaban el poder y las armas. Dago pensaba en sus viudas, en que jamás se lo podrían llegar a perdonar: ¿con qué cara iba a dirigirse a ellas si regresaba?; en Ruodwoulfo y en Uanda, en Adela. Y sonreía con nostalgia al pensar en su amigo Taar: esperaba, al menos, que hubiera recuperado los caballos antes de marchar; por fin iba a ver cumplido su destino. También le preocupaba lo que Eldes pudiera pensar, temía haberla defraudado, pues él jamás podría llegar a ser el guerrero que habían soñado de niños.

Pero el juego del amor hizo que sus temores se

fueran disipando. No pensaban en otra cosa que en amarse. Atravesaron de este a oeste la provincia de Tracia sin que en sus vidas cupiera la tentación de saber dónde se hallaban. Vivían como dos fugitivos, ocultando su amor en bosques y riberas, durmiendo en cualquier parte, dejando simplemente que la naturaleza se encargara de ellos. De sus cinco largos años errando por el Imperio habían aprendido a evitar las poblaciones—siempre que no fuera para saquear a sus desdichados habitantes— y a temer a los romanos; pero ahora no temían a nadie. Se creían a salvo de cualquier cosa y, en ocasiones, se comportaban al igual que un par de insensatos. Habían dejado de tener miedo y eran tan felices que nada malo podía pasarles.

Dago ocupaba buena parte del tiempo ideando cepos y trampas con los que cazar pequeños roedores y pajarillos silvestres y, con suerte, algún conejo o alguna liebre, que ponían a asar sobre el fuego que él se encargaba de encender cada noche

ante la atenta sonrisa de Eldes. La miraba de soslayo, embargado por un sentimiento de agradecida felicidad, mientras ella aguardaba con las piernas flexionadas entre los brazos y la barbilla apoyada en sus rodillas huesudas y tan llenas de arañazos y magulladuras como cuando era niña. El reflejo de las llamas la hacía parecer preciosa. Luego se amaban bajo las estrellas antes de abandonarse al sueño. Eran insaciables. Bastaba un leve roce o una mirada para que sus cuerpos despertaran de nuevo y volvieran a confundirse en un sinfín de besos, caricias y mudos te quiero que Dago no sentía necesidad alguna de escuchar en boca. Durante aquellos días, los labios de Eldes le dijeron cosas que jamás se hubieran podido decir con palabras, cosas que jamás pudieron volver a repetirse. Dago se dio cuenta de que amaba sus silencios como amaba cada trozo de su piel. Eldes se había convertido en su mujer.

El tiempo cambió y cada vez les resultaba más

difícil cazar una presa, ni siquiera los pajarillos se dejaban atrapar. El amor y las largas caminatas entre las montañas consumían todas sus energías y ellos necesitaban comer algo más sustancioso que bellotas y bayas para calmar su voraz apetito. De modo que empezaron a merodear por las poblaciones que iban encontrando a su paso como dos lobos hambrientos a los que el amor les había hecho perder el miedo, y cada vez se acercaban más. Hasta que un día se atrevieron a robar. De noche, cuando todos dormían. Dago lo había hecho decenas de veces hasta que el Imperio les asentó por fin, pero esta vez no contaba con la protección de la manada. Sin darse cuenta se fueron confiando y comenzaron a hacerlo con más frecuencia de la que necesitaban. Cogían huevos que luego no comían, se metían en los gallineros, arrancaban las verduras de las huertas y la fruta de los árboles para llevársela consigo a su guarida, de la que no salían en varios días. En ocasiones encontraban algo de grano de la cosecha anterior, y Eldes lo

molía pacientemente contra una piedra para hacer con él una deliciosa masa que luego ponían a cocer entre las brasas. No podían ser más felices.

Hasta que un día divisaron una granja. Acecharon ocultos en una arboleda cercana hasta que oscureció. Eldes estaba impaciente por acercarse, no podía estarse quieta, excitada ante la perspectiva de un nuevo saqueo. Durante años había visto con envidia cómo su amigo partía con los hombres en busca de botín, dejándola a ella en el campamento, y cómo regresaban al caer la tarde, ufanos, con los carros rebosantes de riquezas y todas esas anécdotas que terminaban resultando aburridas de tantas veces que podían llegar a contarlas, incluso Ruodwoulfó las cantaba con su cítara; y es que, entre los hombres, cualquier ocasión era buena para sacarlas a relucir. Robar, cazar y matar era algo que únicamente les competía a ellos y que les alejaba del mundo de las mujeres, un mundo doméstico y misterioso que les resultaba tan incomprensible

como la vida. Así que para Eldes era toda una aventura verse convertida en una ladrona, en una saqueadora.

Enseguida reconoció aquella sonrisa. Era una sonrisa breve y maliciosa que le generó inquietud y que él no había vuelto a ver en los labios de Eldes desde que eran pequeños. La misma sonrisa con la que les retaba a jugar a sus juegos imposibles. Recordó la fascinación que sentían por ella y por ese mundo poblado por héroes y seres fantásticos que solo existían si ella los inventaba; y la gravedad con la que se disputaban su compañía. Aún no se explicaba cómo le había podido arrebatarse la partida a Haroldo. Sintió cierto regocijo al recordarlo, aunque pronto lo apartó de su cabeza. Aquello pertenecía a un tiempo perdido que no merecía la pena recordar, del que apenas conservaba unos pocos recuerdos atrapados en algún lugar de su memoria junto al sobrecogedor paisaje de los Cárpatos y a los imponentes riscos donde anidaban las águilas. No

podía recordar el rostro de su madre.

La vio salir corriendo en dirección a la granja y fue tras ella. No alcanzaba a adivinar sus pretensiones, pero mantenía ciertas reservas respecto a su prudencia. Eldes volvía a comportarse como la niña alocada y alegre que se había quedado atrapada en la aldea el día en que los demás murieron, el día en que había perdido la voz. La misma que se hacía dueña de todos los juegos para manejarlos a su antojo. Pero aquello no era un juego, podía ser peligroso. Dago la alcanzó cuando estaba a punto de saltar la valla y lo hicieron juntos. En el interior de la granja reinaba una apacible calma. La luna derramaba su luz sobre el destartalado conjunto de cabañas, construidas con barro y paja. Les pareció ver el granero y lo que parecía ser un corral para las aves. Eldes dudó unos instantes antes de dirigirse a una de las cabañas, a la más grande, con decisión, segura de que él la seguiría. Dago no iba a dejarla sola.

Les recibió un olor rancio y penetrante que les abrió el apetito y les obligó a alzar la vista. Sobre el hogar, colgados de las vigas de madera que atravesaban de lado a lado la techumbre de paja, pendían los jamones de la última matanza. No acertaron a ver más que las sombras, estaba oscuro y del fuego no quedaban más que rescoldos.

—Cenaremos jamón —anunció Dago en voz muy baja, adelantándose imprudentemente a los deseos de Eldes.

Buscó a su alrededor. Pensó que una banqueta le serviría. Se la acercó y se subió a ella con la intención de descolgar uno de los jamones que pendían del techo como un succulento ejército de murciélagos gigantes. Sus oídos captaron los crujidos del catre, alertándole de que los dueños de aquellos jamones podían despertarse en cualquier momento. Cuando estuvo encima, se dio cuenta de que la banqueta estaba coja y trató de mantener el equilibrio arrimándose al borde. Alzó

los brazos, abrazó una de las piezas contra su pecho y fue acompañándola con mucho tiento hacia arriba, poniéndose de puntillas justo en el instante en que iba a soltarla del gancho. Fracasó. Descolgarla era más difícil de lo que parecía. Hizo un movimiento en falso, la banqueta cojeó y por poco se cae. «Si al menos tuviera un poco de luz...», pensó para sí.

Eldes lo observaba desde abajo, mordiéndose los labios. Volvía a intentarlo, esta vez sacando la lengua en un gesto que no dejaba lugar a dudas. Estaba tan concentrado en conseguirlo que no escuchó los crujidos del catre, ni las pisadas acercándoseles por la espalda. Por fin lo había conseguido desenganchar. Sonrió casi con alivio al sentir el peso del jamón entre sus brazos. Respiró. Pero cuando por fin se dio la vuelta para celebrarlo con Eldes se encontró de frente con lo que no esperaba. Bajó la mirada y se apeó de la banqueta sin soltar el jamón.

El hombre llevaba una hoz en la mano y les

amenazaba con ella. Estaba tan oscuro que no era más que otra sombra de las muchas que poblaban el oscuro interior de la cabaña, en la que brillaban dos pequeños ojillos, húmedos por la falta de sueño y la tensión.

Dago le intentó tranquilizar, pero el hombre no entendía ni una palabra de lo que le estaba diciendo:

—¡No nos hagáis daño! Necesitamos comer.

Con un ágil movimiento le tendió la mano a Eldes y la colocó tras él, para protegerla del afilado filo de la hoz. Los ojos del hombre seguían mirándole entre las sombras. No podía verle, pero notaba la tensión. Ni siquiera había reaccionado, como si no le entendiera. Quizá no fuera godo. Tenía que intentar hablarle en griego. Se esforzó en recordar alguna de las palabras que le había enseñado Anulfo, algo que pudiera tranquilizar a aquel hombre. Las palabras afloraban inconexas en su cabeza, como si quisieran gastarle una broma de mal gusto. Y solo le venían a la mente las que

estaban relacionadas con ese Dios bondadoso y caritativo que les había traicionado; sacadas de las Sagradas Escrituras que tantas veces, en griego y en godo, le había leído el sacerdote.

—¿Qué es lo que pasa? ¿Quién anda ahí? — Oyeron una voz temblorosa que parecía provenir del catre. Era la mujer que dormía con el dueño. Habían sido los gritos de Dago los que la habían despertado.

El hombre reaccionó al escuchar la voz de su mujer.

—Nos estaban volviendo a robar —se volvió un momento para contestarle, pero no vio más que el leve resplandor de la lucerna aproximándose cautelosamente hacia ellos. Estaba harto de que les robaran, cuando no eran los godos o cualquiera de esas bandas de bárbaros venidos del otro lado del río, eran los soldados del emperador reclamándoles la *annona*, ¿a cambio de qué? De una seguridad que no tenían. Su desesperación era tal que hubiera sido capaz de matar a su padre si

lo hubiera tenido delante.

—Estamos solos, no vamos a hacer nada malo. Solo queremos comer —consiguió balbucir Dago en un griego que en sus labios sonaba áspero y gutural, y tan imperfecto como si lo hubiera pronunciado un niño de teta. Ni siquiera el paso de los años le haría perder su marcado acento godo.

El hombre bajó la guardia: estaban solos, no había nadie más con ellos, y si hubieran querido hacerles algún mal ya lo habrían hecho. Al ver que Dago le tendía el jamón para devolvérselo, se descompuso y soltó el arma. Él nunca había matado a nadie, y le asustaba la idea de tener que hacerlo, pero la desesperación le estaba convirtiendo en lo que no era. Sintió que su mujer se le acercaba y le cogía del brazo. La luz de la lucerna iluminó sus caras haciéndoles parecer algo más que una negra sombra en la oscuridad de la cabaña. Dago y Eldes vieron a una pareja de ancianos que les miraban con expresión somnolienta y llena de pavor, mientras que estos se

encontraron cara a cara con su mala consciencia.

—Míralos, Prisco, no podemos hacerles daño. Acuérdate de nuestro hijo. Son tiempos difíciles... para todos. Y lo único que quieren es comida. — Las palabras de la mujer funcionaron con la eficacia de un conjuro sobre su esposo, cuyo rostro volvió a ensombrecerse a pesar de la luz. Había sido la mención del hijo lo que le había hecho cambiar—. No podemos dejar que vuelvan al bosque.

El hombre buscó su mirada y aceptó.

—Conforme. Podéis dormir entre los animales, allí estaréis calientes. Solo por esta noche.

Unos botines para Eldes

El canto del gallo despertó a Dago mucho antes de que los primeros rayos de sol llenaran de claridad el establo. Con una rápida mirada comprobó que Eldes seguía dormida; así que se dio media vuelta, acomodó la cabeza entre sus brazos para protegerse de la luz que comenzaba a filtrarse entre la paja del tejado y se concentró en arañar un poco más de sueño. Pero, por mucho que lo intentó, no consiguió volverse a dormir: la vida comenzaba a bullir a su alrededor sin que él fuera capaz de detenerla con tan solo cerrar los ojos. Podía oír a los pájaros trinar y el lejano ladrido de

los perros en las granjas vecinas. Y al oírlos, recordó dónde se encontraban. Mantuvo la respiración rítmica y pesada del sueño durante unos instantes y pensó que se estaba bien sobre la paja. Agradecía el calor de los animales casi tanto como la paz que se respiraba entre ellos, pues ni siquiera la insistencia del gallo había logrado inquietarles.

«¡Quiquiriquí, quiquiriquí!», era la cuarta vez que cantaba. «Vale, has ganado. Ahora mismo me despierto», admitió para sí, abriendo por fin los ojos a la mañana. Un rostro redondo y sonrosado, enmarcado en una pañoleta de color grisáceo, le sonreía con amabilidad, incluso podía decirse que de un modo entrañable. Era la misma mujer de la noche anterior que, a plena luz, se le antojaba mucho menos vieja de lo que parecía bajo el oscilante resplandor de la lucerna. Agradeció la sonrisa, pero su atenta mirada le incomodó hasta el punto de verse obligado a despertar a Eldes de un codazo, por si tenían que salir corriendo. Ignoraba

cuánto tiempo había estado allí, observándoles a un par de palmos de sus caras, pero le costaba creer que, con aquella sonrisa tan amable, les estuviera invitando a irse. Tras ella, pudo ver al hombre, con el rostro flaco y cariacontecido y el cabello tan gris como el pañuelo de su esposa. Él no se había acercado y ni siquiera les miraba, sus diminutos ojos vagaban por el suelo como si estuvieran siguiendo el invisible rastro de una hormiga.

Había preferido quedarse en un segundo plano, rumiando para sí lo que iba a tener que decirles. Y todo para acabar emitiendo una especie de mugido ininteligible en el que apenas se distinguían con claridad las palabras.

—Os podéis quedar, si queréis —balbució antes de desaparecer sin llegar siquiera a rozarles con la mirada. Era evidente que la decisión no la había tomado él.

Pasaría algún tiempo hasta que lo llegaran a conocer. Prisco era tan buena persona como su

esposa Albina, aunque su naturaleza tímida y retraída le hacían parecer algo huraño en el trato con desconocidos. Ellos dos eran los dueños de la explotación: una pequeña granja en que malvivían cuatro familias, la suya y las de tres de sus cuatro hijos, sin contar a los animales: el buey, dos asnos y un mulo, cochinos, gallinas, las ovejas con las que Eldes y Dago iban a compartir las largas noches de aquel invierno, y un perro pastor, grande y dócil como un cordero, llamado *Don*. Por no hablar del rebaño de niños lanudos e inquietos que inundaba de llantos y risas los rincones más insospechados del destartalado caserío, provocando la ira, el gozo y la preocupación de los mayores.

Eldes y Dago no tardaron en acomodarse a la tranquila aunque exigente vida de sus habitantes. La guerra se había llevado a los hombres y se necesitaban brazos vigorosos para sacar adelante la cosecha, pues Prisco y Basilio, el menor de la prole, no podían con todo el trabajo que tenían por

delante de ahí a los Saturnalia, que en el campo romano marcaban el final de la siembra. Basilio era un muchacho de mirada huidiza y nariz desproporcionadamente grande para su minúscula cara de pájaro. Se hallaba recién entrado en la adolescencia y les estaba dando algunos problemas. Rezongaba continuamente de las tareas, se escapaba cuando le venía en gana y, si se le reprendía, amenazaba con enrolarse en el Ejército como había hecho su hermano Cato, sabiendo que con aquella amenaza hería profundamente a sus padres, pues estos aún no habían asumido la decisión del mayor de dejar mujer e hijos para irse a servir al emperador.

No comprendían que lo hubiera hecho por propia voluntad. Los otros hombres que faltaban en la granja, Acacio y Paulo, los esposos de sus hijas, habían sido reclutados a la fuerza. Las levas de Teodosio, tras la debacle del ejército imperial de Oriente, estaban dejando el campo viudo de jóvenes. Aunque Prisco y Albina por quien

realmente se sentían culpables era por su hijo, cuya partida sí podían haber, de alguna manera, evitado. Vivían con la pena de no saber qué clase de penurias estaría soportando, y sin tener la más mínima sospecha de cuál podía haber sido el motivo de que tomara aquella decisión tan insensata. Él, que siempre había sido un joven cariñoso y cumplidor con sus obligaciones, tan responsable. Y por si no fuera suficiente para ellos, tenían que vivir soportando que su hijo pequeño les amenazara con seguir el camino de su hermano; por no hablar de los constantes desprecios de su nuera, que parecía empeñada en amargarles la poca vida que les quedaba.

Si les habían acogido había sido por él, por su hijo; bueno, y por la falta de mano de obra en la granja. Dago tenía la misma edad y en algo les recordó a su Cato: los dos tenían esa peculiar forma de fruncir el entrecejo y esa seriedad en la mirada que les hacía parecer gente de fiar. Era godo, pero eso qué importaba a esas alturas. Ellos

habían aprendido a no juzgar a la gente por su origen después de haber sido robados y saqueados por unos y por otros durante años. A esas alturas, tenían bien claro cómo estaba repartido el mundo y a ellos no les correspondía juzgar sino pagar religiosamente la correspondiente *annona* con los frutos de su trabajo, contribuyendo al mantenimiento de un ejército que no les defendía y de unas obras públicas que no disfrutaban; y al emperador, por su parte, le correspondía decidir quiénes tenían que ser sus enemigos en cada momento y, a ser posible, defenderlos de ellos. Lo cual no quería decir que consideraran justa su situación.

Era Albina quien se empeñaba en convencer a su marido de que sin odio se vivía mucho más tranquilo, pues el odio y el rencor no llevaban a ninguna parte, pero este no podía evitar desesperarse ante las injusticias, especialmente si iban en contra de uno. Y, en cuanto tenía ocasión, se quejaba del mundo de locos en que les había

tocado vivir, y eso que ellos eran la Civilización. Saqueos, robos por todas partes, unos impuestos que no había quien los pagara, guerras, y si no había guerras ya se encargaban los gobernantes de buscarlas... Resultaba que los mismos godos a los que Valente había invitado a entrar en el Imperio habían terminado matando al emperador, pero en vez de devolverles al *Barbaricum* se convertían, de la noche a la mañana, en aliados de su sucesor. Con ellos, con los godos, pretendía Teodosio vencer al usurpador Máximo y aclarar de una vez por todas la situación en la parte de Occidente. ¡Quién sabía cómo iba a acabar aquello!

Eldes fue tan bien recibida como Dago, a pesar de su rareza. Albina se encariñó con la chica en cuanto sospechó lo que le ocurría. Le dio pena. Ella, a la que le costaba trabajo quedarse callada, que de tan parlanchina se tenía que reprimir para no agotar al resto con su verborrea, no podía imaginarse cómo se podía ser feliz siendo muda. Consideraba admirable que aun así sonriera y la

pobrecita trataba de ser agradable con todo el mundo. La veía tan vulnerable en su cuerpo sin voz que se sentía obligada a protegerla de los continuos ataques que le lanzaba su nuera.

Lo cierto es que, desde que la vio por primera vez, Eldes no pudo evitar sentir antipatía por Briselda. No le gustaba la forma con que les miraba con sus ojos grandes y redondos como los de un ave de presa, ni el modo tan desagradable que tenía de dirigirse a sus suegros, como si estos le debieran algo. En una ocasión, sin venir a cuento, se le lanzó a la yugular y comenzó a atacarla de una manera despiadada, aprovechando que Dago no estaba allí para defenderla. Y no hubiera parado hasta destrozarla de no ser porque Albina la detuvo con un «¡Ya está bien!», seco y contundente, que puso fin al ensañamiento de su nuera.

Fue al poco de llegar a la granja, refrescaba, y los niños jugaban a su alrededor estorbando como de costumbre en el trabajo de sus madres, que se

afanaban en fabricar fieltro con la lana de las ovejas recién trasquiladas para que ellos tuvieran botas calientes, sombreros y mantas en invierno. Eldes y Albina se esforzaban en amasar el contenido de un enorme balde de madera lleno hasta los bordes de una mezcla de lana, sebo y cenizas; y a Briselda debió molestarle el empeño de la muchacha por ayudar. Por eso comenzó a lanzar sospechas malintencionadas y crueles sobre la naturaleza de su defecto:

—¿Y la muda, por qué no habla? ¿O es que es tan salvaje que no sabe hacerlo? Tal vez esté maldita...

Albina no sabía cómo pedirle perdón por aquella situación que a ella le resultó bochornosa, de la que se sentía en parte responsable, y apareció a los pocos días con dos pares de botas para ellos. Su regordeta cara no podía ocultar la ilusión que le hacía regalárselas, pues a pesar del poco tiempo que llevaban en la granja los consideraba parte de su familia. Debía de ser

porque siempre había vivido en una granja, pero no podía dejar de comportarse como una gallina clueca: con los suyos bien protegidos debajo del ala, incapaz de abandonar a sus polluelos hasta no estar segura de que podían arreglárselas por sí mismos. Ella decía que se estaba *agallinando* con la edad, y lo cierto era que no le faltaba razón, pues a medida que pasaban los años su cuerpo menguaba y se redondeaba como el de una gallina. «Solo me falta poner algún huevo de vez en cuando», se reía socarronamente de sí misma.

—Tómalas, niña —le dijo Albina, tendiéndole las botas que había confeccionado para ellos. Acostumbraba a llamarla cariñosamente así, aunque de sobra sabía que había dejado de ser una niña—. Son para vosotros. Se avecina el invierno y descalzos no podréis soportar el frío. —Ante las dudas de la joven, la mujer volvió a insistir—: ¡Venga, pruébatelas! Las he hecho para ti. Nos has ayudado mucho con la lana.

Eldes le sonrió agradecida aunque algo

desconcertada, poco acostumbrada a recibir regalos. Albina la contemplaba expectante con sus dos alas entrelazadas bajo un pecho aún generoso mientras Eldes iba deslizando su menudo pie en el interior de la bota, de un verde tan intenso y brillante que parecía hierba. Sus labios esbozaron una delicada sonrisa. Había olvidado aquella sensación tan grata y ni se acordaba desde cuándo andaba descalza. Sentía el mullido calor de la lana y, pese a ser algo ásperas, su calidez le reconfortó. Siempre tenía los pies helados. Un recuerdo se le vino a la cabeza, se acordó de su madre por primera vez en mucho tiempo. ¡Qué lejano quedaba todo! Ella siempre insistía en que debía ir calzada a todos los sitios, pero Eldes la desobedecía en cuanto estaba fuera de su vista. Entonces aborrecía su insistencia, no quería que anduviera detrás de ella aconsejándole lo que debía hacer; quería ser como los demás muchachos de la aldea que correteaban descalzos sin que a sus madres les importara el frío ni las heridas;

quería... quería... ¡Cómo necesitaba los cuidados de su madre!

—¿Por qué lloras, niña? ¿Es que no te han gustado? —le preguntó Albina, decepcionada, todavía con el otro par de botas entre las manos.

Eldes le echó los brazos al cuello buscando un poco de cariño. No hicieron falta las palabras, Albina supo de sobra por qué lloraba aquella criatura:

—En tu estado, a las mujeres se nos aflojan las lágrimas —le dijo, meciéndola entre sus brazos mientras le acariciaba el pelo—. Tranquila, mi niña. Cuidaremos de vosotros —le susurró, aplastando la mejilla de la muchacha contra su abultado vientre. Había cosas que hacer, así que intentó separarse de ella, pero esta se resistía a abandonar su regazo, así que se armó de paciencia y volvió a abrazarla.

Estuvieron un buen rato así, abrazadas. Hasta que, por fin, fue Eldes quien empezó a separarse, ya sin lágrimas y mucho más tranquila.

—¡Mejor, así! —aseguró Albina mientras le borraba con su dedo pulgar las últimas lágrimas, primero en una mejilla y luego en otra—. ¡Lista! Ahora toma las botas de Dago y dáselas de mi parte. Espero que tengamos fieltro suficiente para hacer unas más pequeñas —bromeó. Y mientras se dirigía con paso torpe a dar de comer a los marranos estuvo pensando en el bien que les haría a todos tener un recién nacido en la granja.

A Dago le sorprendía que, pese a ser romanos, fueran tan parecidos a ellos, incluso eran mucho mejor gente que la mayoría de los godos que él conocía. Por las noches, en la soledad del establo, pensaba lo que habían sido los últimos años para ellos y los recuerdos se le hacían insoportables. Le costaba dormir. Le obsesionaba la idea de que él hubiera podido participar en todas aquellas atrocidades, que hubiera ayudado a quemar granjas como aquella, que hubiera visto cómo violaban a las mujeres y matado a los hombres sin sentir nada parecido a la compasión. Se justificaba a sí mismo

diciéndose que él había hecho lo que hacían todos, y que no podía hacer otra cosa, pero ni aun así conseguía calmar sus remordimientos. Era como si aquello perteneciera a otra vida que él se esforzaba en olvidar.

Habían hecho daño a gentes como Prisco y su familia. Podían haber sido ellos, entonces ¿qué? ¿Qué hubiera sido de Eldes y de él? Nunca hubieran llegado a ser tan felices como lo eran en la granja. Estaba arrepentido pero no sabía a quién tenía que pedirle perdón. De modo que se puso a rezar a ese Dios que lo perdonaba todo, al que también él le había acabado perdonando el haber traicionado a los godos.

—*Atta unsar þu in himinam, weihnai namo þein. Qimai þiudinassus þeins. Wairþai wilja þeins, swe in himinam jah ana airþai. Hlaif unsarana þana sinteinan...*

Waldo *el Guerrero*

La vida de Prisco y de su familia estaba regida por la cosecha. A Dago le asombraba que tuvieran tantos dioses, uno para cada cosa, aunque en el humeante altar que había a la entrada de la casa principal siempre estaban representados aquellos de los que dependía su subsistencia. En una ocasión, Prisco le explicó que muchos eran dioses menores, rústicos, no tan importantes como podían ser Júpiter, Marte o la propia Juno, protectora de la familia, pero que para ellos era fundamental tenerlos contentos, por eso les rezaban y les ofrecían sus bienes en sacrificio. De modo que la

felicidad de sus días estaba supeditada a la voluntad de una veintena de dioscecillos, que colaboraban con Ceres para asegurar la fertilidad de los campos. No movían un dedo sin invocarlos: a Nótodo cuando la mies comenzaba a germinar; a Hostilina, para que fuera ella quien presidiera la recolección; a Segesta, para que la cosecha fuera abundante; a Runcina, durante la siega; a Convector, para que protegiera el transporte del grano hasta la granja; a Ruana, para que ayudara a su conservación hasta la siguiente cosecha... Contaban incluso con una divinidad, Espinosa, a la que se encomendaban cuando había que limpiar el terreno de matojos espinosos.

Por suerte, aquel año los dioses les habían escuchado y la cosecha resultó ser la más abundante que recordaban. Gracias al empeño de Dago a ellos se les unió Vulcano. El muchacho echaba de menos el sofocante humo de la fragua y, además, había notado desde hacía mucho que en la granja hacían falta herramientas. Muchas de las

que se usaban pertenecían a los abuelos de Prisco y estaban tan deterioradas a causa del óxido y del uso que habían dejado de servir, o al menos no lo hacían como antes, con lo que el trabajo se triplicaba; y otras no eran ni siquiera de metal, sino de madera tallada y endurecida al fuego. Aunque no fueran gran cosa, las seguían considerando un tesoro que había que cuidar y conservar para las siguientes generaciones, de modo que, al terminar cada jornada, el mismo Prisco se encargaba de limpiarlas y de guardarlas bajo llave en un arcón de la casa para evitar que algún desaprensivo se las pudiera llevar.

No podían permitirse acudir a los herreros que trabajaban en la ciudad para mandar hacer otras nuevas, pero sí fabricarlas en la propia granja. Prisco se mostró entusiasmado ante la propuesta de Dago: «Renovarían la reja del arado, las azadas; la oxidada hoz de su padre, a la que apenas le quedaban dientes...» «Necesitaban un hacha y también cuchillos...» Así que entre todos

estudiaron el modo de construir algo parecido a una herrería en uno de los extremos de la granja, alejada del establo y de las casas para evitar el riesgo de incendio.

A Dago le faltó tiempo para empezar a trabajar y, a los pocos días, Prisco recibió su hoz con los ojos empañados por la emoción. Le estaba muy agradecido, pero una vez más su corto carácter le había dejado sin palabras. No supo cómo decirle que tanto él como Albina los consideraban parte de su familia, casi como a unos hijos, y que ahora que los dos estaban envejeciendo les necesitaban a su lado; ya arreglarían el tema del registro con las autoridades. Pero se le ocurrió que si tenían una casa, se quedarían.

—Chico, he estado pensando... —le abordó un día con voz temblorosa. No había estado tan nervioso desde que le pidió a Albina el primer beso.

El anciano estaba solo pendiente de lo que iba a decir así que ni siquiera se dio cuenta de que

Dago no le estaba escuchando. Andaba a lo suyo. Cortando leña con una vieja hacha que él mismo había afilado después de comprobar que el filo no servía ni para cortar manteca. Se le notaba el mal humor en la cara. Su lengua, que en otras ocasiones de mayor relajación se paseaba con descaro a lo largo y ancho de su labio superior, estaba aprisionada entre sus tensos labios. Era evidente que las cosas no le estaban saliendo como quería. Estaba concentrado en golpear certeramente. Con el ojo puesto en un punto exacto del madero y las piernas separadas para mantener el equilibrio, apretó el hacha con las dos manos y la levantó por encima de su cabeza ligeramente erguida hacia atrás para, acto seguido, asestar un rápido y poderoso golpe que sobresaltó al propio Prisco. Dago se detuvo para secarse el sudor y este aprovechó para retomar lo que había ido a decirle:

—Lo he pensado mucho, chico. Si os vais a quedar con nosotros será mejor que tengáis una

casa. No podéis seguir viviendo en el establo.

—¿Una casa? —preguntó Dago, desconcertado y jadeante por el esfuerzo. El muchacho depositó el hacha en el suelo, a los pies del grueso tronco que le servía de apoyo, y se acercó a él para dejar que el granjero se explicara.

—Sí, eso es lo que he dicho. Una casa para ti y para tu mujer —aclaró Prisco con una sonrisa traviesa que desconcertó aún más a Dago.

—¿Una casa para mí y para Eldes? —volvió a preguntar, arqueando las cejas con incredulidad. Ni en sueños hubiera pensado en tener un hogar propio, del que solo ellos fueran dueños; un hogar que estuviera fijo en la tierra, que no tuviera ruedas. Lo preguntó de nuevo por si no lo había entendido bien, en ocasiones tenía problemas con el idioma—: ¿Para los dos? ¿Nuestra, solo para los dos?

—Sí, chico. Para vosotros dos —repitió Prisco. Su sonrisa era cada vez más amplia. Rara vez sonreía, pero sentía que estaba haciendo lo

correcto. Observaba al muchacho, que le miraba con los ojos bien abiertos y la sonrisa más resplandeciente que había visto en su vida. Acababa de hacerle feliz y eso le hacía sentirse mejor de lo que se había sentido en mucho tiempo.

—¿Y dónde está la casa? —preguntó Dago, buscándola a su alrededor.

—¿Cómo que dónde está la casa? —repuso Prisco entre carcajadas. Aquel muchacho era un inocente—. Pues, ¡todavía no está! Tendremos que construirla, igual que hicimos con esto —aclaró, señalando la herrería con los brazos extendidos. El viejo estiró el cuello para ver si veía a su hijo por alguna parte pero, como de costumbre, no se encontraba en la granja, y añadió—: Ya veremos si Basilio tiene la bondad de ayudarnos.

Y antes de que Basilio regresara de su escapada a la granja vecina, donde había una esclava morena y desvergonzada que le hacía algo más que tilín, Dago ya tenía en la cabeza cómo iba a ser su futuro hogar, en el que pensaba envejecer

con su bonita mujer.

—¡Mira, Eldes! Las paredes irán por aquí —le explicó, mientras con el pie iba dibujando, sobre la tierra húmeda, el perímetro que tendría la cabaña—. Aquí, el fuego. Dormiremos justo aquí. —Estallaron risas de complicidad—. Y habrá sitio suficiente para tres... cuatro niños.

Eldes se había ruborizado hasta las orejas al oír aquello, quizá fuera ese el momento de darle la noticia. Al principio pensó que estaba enferma, que se iba a morir. Se encontraba tan mal que le costaba levantarse por las mañanas, y la jornada, que antes soportaba sin cansancio alguno, se le hacía interminable; apenas podía comer y el olor de las ovejas le revolvía las tripas hasta hacerla vomitar. Había dejado de sangrar y no hubiera estado tan preocupada si se le hubiera pasado por la cabeza que iba a tener un hijo. Fue Gelasia, una de las hijas del matrimonio, la que llamó la atención sobre su abultado vientre.

—La muchacha está preñada —anunció

inopinadamente, era así como decía ella las cosas; provocando las inquisitivas miradas de las demás.

Eldes se sentía incómoda y avergonzada y, en ese momento, de haber podido se hubiera ocultado tras la labor, pero la llevaba tan retrasada que no era el lugar más indicado para esconderse. A Eldes se le hacían interminables las tardes frente al telar, escuchando chismes sobre vecinos que no conocía. Era demasiado inquieta para aguantar sentada tanto tiempo sin que le picara todo y, para colmo de males, las labores no la relajaban en absoluto, es más, la ponían nerviosa: si no se le pasaba un punto, se le enredaban los hilos sin que luego hubiera forma humana de desenredarlos, y lo peor de todo era que, después de haberse estado esforzando durante tardes y tardes, el resultado era poco más que discreto. Y eso cuando lograba acabar alguna pieza, pues tenía la sensación de pasarse la vida haciendo y deshaciendo.

Albina se le acercó y se detuvo a observarla durante un buen rato, que a Eldes, claro está, se le

hizo eterno:

—Es cierto. ¡Levántate y súbete la ropa, niña!
Deja que te veamos.

Gelasia y Mácula, las dos hijas de Albina, abandonaron el telar para acercarse, dejando a Briselda sentada en su sitio. Eldes estaba abrumada, no terminaba de comprender lo que le estaba sucediendo. Todas esperaban su colaboración, y por qué no decirlo, su alegría, pero como no se movía tuvo que ser Albina quien le levantara la burda túnica de lana que llevaba puesta y que de nuevo se le había quedado pequeña, pues Eldes no dejaba de crecer. Empezó a palparla con manos expertas y decididas. Había ayudado a parir a sus hijas y era ella quien acompañaba a las hembras a la hora de parir a sus crías.

—El parto será para la siguiente cosecha. Lleva un varón —anunció con voz aflautada, aunque algo ronca por la emoción.

Pese a haber perdido a sus maridos en la

guerra, las dos hermanas no habían perdido el humor y celebraron la noticia con risas y comentarios picantes que no tardaron en encontrar su eco en las grandes carcajadas de Albina, mientras que Briselda no apartaba su agria mirada del telar, tiesa como un palo, como si a ella le molestara tanta felicidad. Eldes las escuchaba sin comprender, embriagada por la noticia e incapaz de digerir lo que le estaba sucediendo, cuando, de repente, sus labios esbozaron una sonrisa blanda, a medio camino entre la felicidad y el llanto. Por suerte no llegó a escuchar el cáustico y más que equivocado comentario de Briselda:

—¡Tenías que haber llorado antes! —Pero, por muy asustada que estuviera Eldes, sus lágrimas habían sido felices.

Dago advirtió el rubor en las mejillas de su mujer. Una vez más, entre ellos sobraron las palabras. La muchacha le tomó la mano, la dirigió

hasta su vientre y con una mirada le dijo lo que estaba sucediendo en su interior: allí estaba su hijo. Dago la besó con fuerza y la levantó del suelo con sus fuertes brazos. Pletórico de alegría, comenzó a dar vueltas, riendo como un niño y sintiendo que el mundo giraba a su alrededor, hasta que de pronto se detuvo asustado y volvió a depositar a Eldes en el suelo. Su rostro, que se había visto ensombrecido al pensar que les podía estar haciendo daño, no tardó en recuperar la sonrisa. Dago sonreía ante la risueña mirada de Eldes.

—Será un varón —anunció con gran convencimiento, dándole más besos de los que le cabían en el cuerpo. La muchacha asintió, dejándose besar. Estaba encantada de haber hecho tan feliz a Dago, que empezó a hablar de su hijo atropelladamente—: Le llamaremos Waldovico. No, Waldo, ¡mejor Waldo!, es más corto. ¡Waldo! Sí, Waldo, con ese nombre será valiente. Suena bien, ¿a que sí? ¡Dime que sí! Waldo, el hijo de

Dago *el Herrero*. ¡No! ¿A ver qué te parece? Waldo, *el Guerrero*. ¡Eso está mejor! Será un guerrero, nuestro niño será un guerrero. Como tu padre.

La espera se les hizo interminable. Waldo vino al mundo tras la cosecha, tal y como había anunciado Albina, y lo hizo con la fuerza de un guerrero. Envuelto en sangre y desgarrando el frágil cuerpo de su madre hasta casi provocarle la muerte. Eldes estuvo muy grave, sufrió mucho y Dago la quería tanto que no pudo evitar sufrir con ella. Al ver lo que su hijo estaba haciendo con Eldes, creyó enloquecer. Llegó a dudar de que pudiera ser capaz de querer a esa criatura, cruel y egoísta, que, por salir a la luz, había estado a punto de arrebatarse su felicidad. Esa felicidad que tanto les había costado conseguir.

Celos

Desde que Waldo vino al mundo, Eldes no tuvo más que ojos para su recién nacido. Se entregó a él con tal devoción que el resto de las cosas dejaron de importarle. Sonreía, vivía y amaba para él y, desde el mismo instante en el que Dago se lo puso entre las manos, todos los mimos, todas las caricias y todos los besos que salieron de su boca no tuvieron otro destino que su sonrosada y delicada piel. El otoño sucedió al verano y Eldes pasaba los días contemplando esa maravilla que había salido de su vientre, dándole a ese niño más amor del que su cuerpo, maltrecho y debilitado

tras un parto difícil, podía darle; más de lo que ella misma pensaba que era capaz de dar y quizá mucho más de lo que a Dago le hubiera gustado que le diera. Y una madrugada en la que todos dormían, le regaló su voz. La casa, habitualmente silenciosa, salvo cuando el exigente llanto del recién nacido rompía su silencio, se llenó con el suave murmullo de una canción. Dago la escuchó en sueños y la reconoció al instante. Él mismo se había criado con aquella tonadilla monótona y tontorróna con la que las mujeres de la aldea cantaban a sus retoños para ayudarles a dormir. Su propia madre debió de arrullarle con ese canto: «... montado en un caballo de crines blancas, cabalgaba el guerrero... cruzaba el agua... lobato duerme...», lo recordaba bien. La nana le despertó. Al tomar consciencia de lo que estaba sucediendo, su corazón se detuvo de repente, negándose a reconocer la voz de Eldes en aquella voz ronca y susurrada que arrullaba al niño. Una voz vacilante que, de cuando en cuando, se entrecortaba como si

le faltara el aire. Pensó que alguien más estaba con ellos. Se acordó de la anciana y sintió que un escalofrío le recorría y erizaba la piel, no quería que nada malo les pasara.

Buscó a Eldes a su alrededor poseído por una inquietante pesadumbre y la halló sentada junto al fuego, meciendo a su retoño entre los brazos. Su rostro, iluminado por el rojizo reflejo de las llamas, mostraba la serenidad con la que Eldes contemplaba a su pequeño mientras le cantaba, como si en la Tierra no existieran más ser que él, y ella para cuidarle. Era su voz, la voz de Eldes, la que dormía al niño.

Dago quedó paralizado, sintiendo que su vida se detenía de repente. Una punzada de desconcierto le había atravesado el pecho, dolorosa y feliz al mismo tiempo: Eldes había recuperado su voz para regalársela a su pequeño guerrero. «¿Por qué no a él que le había estado cuidando todos aquellos años?» «¿Es que no le amaba, es que no se querían lo suficiente?» Por

primera vez en su vida, sintió celos. Fue un sentimiento fugaz, que se diluyó en el aire en cuanto su mujer se volvió para mirarle y le sonrió con esa sonrisa suya, enigmática y misteriosa, que él tan bien conocía. En ese instante, Dago se dio cuenta de cuánto la amaba y toda la alegría que había estado contenida en su corazón herido brotó como un torrente, haciéndole sentir el ser más dichoso de la Tierra. Corrió a abrazarlos, aplastó torpemente las mejillas de Eldes contra su pecho y la besó, primero en la frente, luego en los labios, exultante por aquel regalo maravilloso que les había hecho la vida.

—¡C... cuid... dado, que le vas a hacer daño!

Dago se apartó bruscamente de ellos sintiendo su torpeza y se fijó en el niño, que estiró sus brazos regordetes y comenzó a aletear alegremente, mostrando su contento al verse libre de la presencia del padre. Eldes rio enternecida, presa de una emoción indescriptible. Comprendía las enigmáticas palabras de la anciana. Se sentía

tan dichosa que ni siquiera se dio cuenta de que ella y su pequeño guerrero habían vuelto a herir a Dago.

Eldes era capaz de hablar, aunque lo hacía con dificultad, y aún transcurriría un tiempo hasta que su garganta se acostumbrara al paso de su voz.

Albina lloró como una tonta cuando la oyó pronunciar su nombre de forma inesperada y enseguida reunió a su familia para darles la noticia, proclamando a los cuatro vientos a quién se debía aquel maravilloso prodigio:

—¡Ha sido el niño! ¿No lo veis? ¡Miradle cómo sonrío, la criatura! ¡Ha sido Waldo! — aseguraba Albina, con lágrimas de alegría, levantando al bebé en el aire. *Don* se le acercó y comenzó a ladrarle, sentía celos y lo único que quería era llamar su atención.

En la granja se celebraba la llegada de Waldo como lo mejor que les había podido pasar en años, convencidos de que el niño les traería suerte —y quién sabe si también el regreso de los hombres—,

mientras que Dago se consumía entre los fuegos de la herrería, trabajando día y noche para apaciguar el malestar que le provocaban los continuos desprecios de su mujer, que solo vivía para cuidar a su hijo. Él sabía que no había mala intención en ella, pero no podía evitar sentirse cada vez más apartado de ese complejo universo que Eldes había creado alrededor del pequeño, en el que su presencia no parecía importar a nadie. Le resultaba embarazoso reconocerlo, pero echaba de menos el mundo sin Waldo.

Un día de ese mismo otoño Briselda fue a buscarle hasta la fragua donde sabía que iba a encontrarlo.

—¿Qué pasa, Dago? Tienes mucho trabajo últimamente... ¿o es que Eldes no te presta la suficiente atención? La pobre está tan ocupada criando del pequeño... —terminó diciendo aquello con voz melosa, aunque no lo suficiente como para ocultar su mala intención.

A Dago le sorprendió oír la voz de Briselda en

la herrería, pues, que él recordara, era la primera vez que la veía por allí. Levantó la cabeza del yunque con un gesto entre aturdido y pasmado que pareció divertir a la joven, siempre tan seria y amargada. Pero en esta ocasión tan especial, sus labios le mostraron que eran capaces de sonreír con una hermosa y seductora sonrisa de la que Dago ni siquiera se percató. Estaba tan perdido en sus divagaciones que aún no le había dado tiempo a reaccionar. Llevaba toda la tarde ahí metido, entregado a sus cavilaciones, entre el fuego y sus herramientas. Desde hacía días se sentía embargado por un sentimiento de angustia que le asfixiaba y no le dejaba vivir en paz. Como un mal presentimiento, que se le hacía mucho más liviano en la soledad de la fragua.

Briselda pareció leer sus pensamientos:

—Te gusta la soledad —le susurró, envolviéndole por la espalda. Entonces, tomándole de los hombros, se inclinó levemente hacia él y se insinuó, segura de conseguir sus propósitos—:

Aunque... si quieres... yo puedo hacerte compañía.

No era la primera vez que hacía compañía a un hombre que no era el suyo. Ese había sido el motivo de que su esposo les abandonara: el pobre Cato no pudo soportar ser un cornudo en su propia casa y terminó ahogándose en el río. Era una arpía.

Dago sintió la presión de sus manos abiertas como garras sobre los hombros y se volvió hacia ella sin saber aún qué responderle. Sus ojos se encontraron un breve instante: los de Briselda, ardientes, imperiosos y bellos; los suyos, avergonzados y esquivos. Quiso decirle que se fuera, pero ella se lo impidió tapándole la boca con la mano, rozándole los labios con la yema de los dedos: «Schsssssss», le mandó callar. Aún tenía algo que enseñarle. Se aseguró de que Dago la miraba y, flexionando los brazos hacia la nuca, se deshizo del pañuelo que cubría su cabeza haciéndola parecer igual al resto de las mujeres. Una cascada de pelo negro y ondulante cayó donosamente sobre sus hombros bien torneados

haciéndola parecer mucho más hermosa. Era la primera vez que Dago se fijaba en su cuerpo voluptuoso y sensual, tan peligroso como el fuego. Se apartó de él consciente de que podía quemarse. Ella insistió, le cogió la mano y le obligó a acariciarle el muslo bajo la ropa; pero al notar que se resistía, le besó. Fue un beso violento, apremiante, de un sabor desconocido para él, al que su cuerpo reaccionó de inmediato. Dago se avergonzó de su propia debilidad e intentó que ella no notara lo que acababa de sucederle. La echó e intentó en adelante olvidar lo sucedido.

Aquel incidente para nada alteró el curso de sus vidas. El tiempo fue pasando para ellos: unas veces feliz; otras, aciago. En ocasiones, lo vieron volar como un pájaro, sin que ninguno de los habitantes de la granja pudiera retener su alegre vuelo; y en ocasiones, las más, lo vieron arrastrar sus días como un miserable gusano, lenta e indolentemente. Para algunos, llegó incluso a detenerse. Albina murió al poco de nacer Waldo, y

la familia, que ella había mantenido unida bajo sus amplias y protectoras alas, comenzó a desmoronarse. Prisco tuvo que ver cómo su pobre hijo Basilio huía a la ciudad convencido de que entre sus muros podría escapar de la esclavitud del campo, y cómo sus dos hijas se enfrentaban por los escasos bienes que producía la granja. Poco podían sacar de ella, pues, si las cosas en la explotación seguían yendo tan mal, no tendría más remedio que tomar la decisión de abandonarla o entregársela a algún terrateniente en régimen de colonato. Y lo sentía, sentía con toda el alma el verse obligado a abandonar la granja, de eso los dioses podían estar seguros. Esa era su tierra, la quería como se quiere a una madre, y para él no había más patria que las suaves lomas sobre las que se habían asentado sus antepasados y donde él y los suyos habían nacido.

Los dioses tampoco es que pusieran demasiado de su parte para aliviar la penosa situación en que se hallaban. A pesar de los rezos y los sacrificios

no se mostraron benévulos con ellos, no. Las malas cosechas se sucedieron y apenas les hubiera alcanzado para pagar a los recaudadores de la *annona* y subsistir dignamente de no ser por la herrería. Dago había comenzado a fabricar pequeños objetos cada vez más refinados: broches, hebillas y cuchillos, que vendía con éxito en el mercado local. Primero, acompañado por Prisco, que, a pesar de que a duras penas sabía contar, le ayudaba en lo que podía con el uso del dinero; pero, cuando Prisco enfermó, tuvo que apañárselas solo hasta que uno de los mayores, el único hijo de Briselda y de Cato, un muchacho tranquilo y honrado llamado Cestio, de pelo negro como su madre, accedió a acompañarle. Dago jamás contó a nadie lo sucedido aquella tarde en la herrería, y durante años tuvo que sufrir lo indecible por culpa de una falta que no cometió. Briselda jamás le llegó a perdonar la humillación de haberla rechazado y se lo hizo pagar malmetiendo a los demás contra su familia, mucho

más vulnerable ahora que Albina no estaba para protegerlos. De Eldes, decía que estaba maldita, y de su pequeño que era un ave de mal agüero y que por su culpa había muerto su suegra. Mientras tanto, Waldo salía adelante, ajeno a la maldad de Briselda, protegido por el mágico mundo de su madre que, cuando no tuvo leche suficiente para amamantarlo, alimentó a su hijo con sus historias, para que creciera feliz. Mucho más feliz de lo que había sido ella.

—Waldo, hijo mío, deberías conocer cuál es tu linaje. Oí contar a mi madre, igual que un día ella oyera contar a su propia madre, y esta a la madre de su madre... —repetía con cada nuevo relato. Ahora era a ella a quien correspondía transmitir la tradición, pues entre los godos, un pueblo iletrado, las tradiciones se transmitían a través de la memoria que de ellas se guardaba. Era la primera vez que le contaba aquella historia, la de su estirpe, y notaba que la voz le temblaba—... que un joven guerrero llamado Baltha se vistió un día de

oso, y que con su poderosa espada demostró ser el más noble de los hombres abatiendo... Es de él de quien procede nuestra familia. Somos Baltos, llevamos sangre de nobles. Somos guerreros.

El pequeño la escuchaba con atención sentado a los pies del telar donde su madre tejía hilos y palabras que él sorbía con el mismo deleite con que sorbía el agua helada que salía del pozo. Sentía fascinación por las viejas historias y no tardaría en dar muestras de su naturaleza guerrera. Apenas si alzaba cuatro palmos del suelo, cuando se enzarzó con uno de los hijos de Gelasia, algo mayor que él, porque el niño le había quitado su juguete: una espada de madera con la que era capaz de vengar a su pueblo, enfrentándose a ejércitos, dragones y monstruos de mil cabezas. Y si no llegan a separarlos hubieran acabado despedazándose. Sin embargo, Eldes no le reprendió, lo cual sentó muy mal a Gelasia, que ese día dijo abiertamente lo que pensaba del pequeño: «Un salvaje, en algo se tiene que notar

que es tan godo como sus padres.»

—Has sido valiente y mamá quiere que lo seas —le dijo, mientras le curaba la nariz ensangrentada. Sabía que, de haberla oído, Dago se lo hubiera reprochado, pero era a ella a la que correspondía la educación de Waldo y lo iba a educar como lo que era por derecho de sangre, un Balto—. Es así como debe comportarse un guerrero.

Eldes había conservado el orgullo. Sostenía que la dignidad era lo único que le quedaba después de que Roma y los hunos le arrebataran su casa. A diferencia de Dago, ella no había olvidado. Era la hija de Hilda y del guerrero de Atanarico, Walderico. Por sus venas corría sangre de la sangre del mismísimo Baltha y no estaba dispuesta a mancillar su descendencia con el olvido. Por eso insistía en recordarle a Waldo quiénes eran los suyos, para que ningún romano se lo hiciera olvidar jamás. Estaba llena de rencor. Las palabras que no había podido decir se le

habían ido haciendo amargas a fuerza de humillaciones y al recuperar la voz se juró a sí misma que nadie conseguiría volverla a callar, para eso tendrían que amordazarla. Se había convertido en una mujer de carácter, diríase que con demasiado carácter, que unido a su desmesurado orgullo acabó valiéndole la enemistad de las hijas de Prisco.

Por aquellos años, los godos que habían sido asentados en Mesia empezaron a darse cuenta del elevado precio que iban a tener que pagar por unas tierras que apenas les daban para comer. Muchos de ellos las pagaron con la muerte. Teodosio los utilizó como fuerza de choque en la batalla librada a orillas del río Frigidus contra el usurpador Eugenio, en la que morirían unos diez mil godos, la mitad del contingente humano que los jefes habían podido aportar al servicio de Roma. Perdieron la vida Ruodwoulfo y Taar, y el pobre Uanda fue condenado a seguir viviendo sin su otra mitad hasta que la vejez se lo llevó un día.

Cualquiera de ellos hubiera deseado tener la valentía de Dago. Con aquella victoria del emperador, los federados pudieron sentir cómo Roma los maltrataba e incluso buscaba su muerte en el campo de batalla. Fue en medio de aquel descontento donde emergió el nuevo líder que había de levantar a su pueblo contra el Imperio. Un ambicioso joven al que llamaban Alarico, *All-reiks*, el jefe de todos los godos. El mismo que años más tarde pasearía su poder por las calles de Roma.

El viajero

Atardecía y Dago regresaba a la granja en compañía de Cestio, el único hijo de Briselda, un buen muchacho con el que acudía cada semana a la ciudad. Tenía prisa por volver a casa. Apremiaba a las mulas con malhumorados «arres», mientras veía pasar ante sus ojos el desnudo paisaje del otoño. Le embargaba una profunda tristeza al recordar cómo le miraban en el mercado. De un tiempo a esa parte, las ventas iban de mal en peor y, esa fría mañana, no habían conseguido vender más que un broche y unas puntas. Tras los últimos acontecimientos nadie quería comprar la

mercancía de un godo; le estaban cogiendo miedo. Las gentes de la ciudad desconfiaban de su cabello rubio, de la brusquedad de su acento extranjero y de sus ojos demasiado claros, casi transparentes, que tendían a humillarse con demasiada facilidad ante el desprecio de los demás. Y así era imposible hacer negocio. Quienes, hasta entonces, habían pensado que Dago era un buen hombre, y admirado públicamente su trabajo, ahora evitaban acercarse a él y lo trataban como a un apestado. La clientela se les estaba esfumando de una semana para otra, apenas les llegaban encargos y ellos necesitaban el dinero para poder hacer acopio de provisiones antes de que la nieve cubriera por completo los caminos y les dejara aislados durante semanas.

La gente en la ciudad estaba asustada, motivos no les faltaban. El recuerdo de Adrianópolis continuaba fresco en su memoria y los godos se hallaban de nuevo en pie de guerra al mando de un tal Alarico del que Dago no había oído hablar

antes: a buen seguro el jefe de alguna de las bandas, que había ido medrando y sumándose apoyos mediante recompensas y botines hasta hacerse con el poder, como en su día hiciera Atanarico o el propio Fritigerno, al que de crío llegó a conocer y admirar. En el mercado corrían rumores sobre su desmesurada ambición. Se decía que era el oro y el esplendor de Roma lo que el jefe godo quería para sí mismo y no el bienestar de los miles de desgraciados que le seguían en sus tropelías. Como otros muchos bárbaros, también Alarico aspiraba a un alto cargo en los ejércitos imperiales y por eso había rebelado a su gente en contra de las autoridades romanas, aprovechando el descontento que crecía entre ellas. Los godos estaban revueltos y se sentían nuevamente engañados. Acusaban a Teodosio, padre de los dos emperadores que en esos momentos estaban al frente del Imperio, de haber roto su pacto y de haberles retirado los subsidios prometidos.

Sea como fuere, Alarico y sus hombres volvían a sembrar de cadáveres la región de Tracia, extendiendo el pánico y la indignación entre los sufridos provinciales. Estaban más que hartos de ser siempre ellos quienes acabaran pagando las erróneas políticas de las autoridades con respecto a los bárbaros del norte que periódicamente presionaban las fronteras a la espera de que Roma diera muestras de debilidad y los dejara pasar. Millares en los últimos años, miles de bocas que el Imperio no era capaz de alimentar. Dago asistía avergonzado a las conversaciones que se repetían en el mercado. Bajaba la mirada cada vez que los oía decir que aquello se veía venir, que los gobernantes habían sido demasiado magnánimos con los godos al abrirles las fronteras, ¿y todo para qué?, para seguir aprovechándose de esos miserables, igual que habían venido haciendo durante décadas, sin darse cuenta de que se estaban metiendo el enemigo en casa. Los habían integrado en los ejércitos, ofrecido tierras,

prometido subsidios, vaciado las arcas para comprar la fidelidad de sus jefes, y todo a costa de sus impuestos.

Abandonaron la carretera principal sin haber mediado palabra durante todo el camino y tomaron el estrecho sendero que habría de conducirles hasta la granja, donde Eldes y Briselda aguardaban su llegada con impaciencia. Hacía un tiempo desapacible. El cielo estaba encapotado y gris, más triste que de costumbre, al igual que lo estaban sus ánimos.

—¡Detén las mulas, Dago! ¡Ahí hay un carro!
—advirtió Cestio, alarmado.

Atravesada en medio del camino había una *carruca dormitorio*. De esas que utilizaban las gentes adineradas para recorrer largas distancias dentro del Imperio sin necesidad de pernoctar en posadas y mansiones. En su interior estaba todo dispuesto para el plácido descanso de los viajeros. Era la primera vez que veían un carro como aquel, con cuatro gigantescas ruedas y una

elegante carrocería de madera, sustentada por resistentes tiras de cuero que amortiguaban los baches del camino, y adornada con remaches metálicos en los que aún se reflejaba la tenue luz del atardecer. Sus ocupantes debían de ser muy ricos. A Cestio le pudo la curiosidad por saber qué les había ocurrido y se adelantó imprudentemente antes de que Dago pudiera detenerlo. Le vio alejarse algo contrariado. No había una pizca de mala intención en él aunque, en ocasiones, su juventud le hacía ser demasiado impulsivo y no temer los peligros.

Recostado sobre el pescante yacía un hombre. En un primer instante, Cestio tuvo la impresión de que estaba muerto, hasta que un ligero temblor en la gruesa capa de viaje que el viajero llevaba puesta le alertó de que dormía. Pensó que tal vez estuviera enfermo, puesto que no hacía frío suficiente como para que las manos le temblaran de aquella manera, y le extrañó que no hubiera nadie con él, ni siquiera esclavos. No oyó los

pasos que se acercaban. Cuando Dago se le unió ya le había retirado la capucha y contemplaba con aprensión su rostro, enjuto y macilento bajo una barba canosa y descuidada, en el que destacaba una nariz tan curvada como el pico de un águila. Podía decirse que tenía un aspecto cadavérico de no ser por el ligero rubor, apenas perceptible, que coloreaba su amarillenta tez. Cestio no apartaba los ojos de él, impresionado. El viajero era la imagen misma de la muerte, pero respiraba. Lo hacía pesadamente, sumido en un agitado sopor del que tardaría días en despertar.

Revisaron los alrededores para asegurarse de que no había nadie más con él.

—¿Y si vienen a buscarlo? —preguntó Cestio contrariado, adivinando las intenciones de Dago nada más verle subir al carro. Ya tenían bastantes problemas como para cargar con un anciano moribundo.

Dago dirigió su mirada hacia el cielo. La noche se les estaba echando encima.

—¡No podemos dejarlo aquí! —respondió con decisión mientras apartaba el escuálido cuerpo del hombre hasta hacerse sitio suficiente para poder sentarse a su lado y le arrebataba, sin demasiadas contemplaciones, casi con rudeza, las riendas de la cabalgadura que aún llevaba enredadas entre los dedos. Al hacerlo se fijó en el extraño anillo que le adornaba el pulgar. Le pareció ver a un dragón devorándose a sí mismo, tal vez se tratara de una serpiente. Debía de ser algún tipo de amuleto. Sin saber por qué aquello le inquietó y por un momento dudó de si hacían bien llevándose al viajero consigo—. ¡Vamos, Cestio! Encárgate de las mulas que yo conduciré la carruca hasta la granja.

Ninguna persona en su sano juicio viajaría sola en esas condiciones por los peligrosos caminos del Imperio, al capricho de bandidos, cuatros y toda clase de bárbaros. Pero Shelomo, que así se llamaba el viajero, se había visto obligado a hacerlo al sentir que su salud se deterioraba más

rápido de lo que en un primer momento había esperado. Podría haber tomado un barco, pero lo más prudente dadas sus circunstancias era evitar las aduanas, así que decidió hacerlo por tierra. Había salido de Constantinopla a comienzos del verano en compañía de unos correligionarios, comerciantes de seda, que se dirigían a la comunidad judía de Bononia, uno de los enclaves fortificados que jalonaban la frontera del Danubio, donde una nueva recaída le obligó a detenerse. A esas alturas, su vida le importaba más bien poco, puesto que su muerte era inevitable, pero debía apresurarse en alcanzar, como fuera, el destino de su viaje antes de que esta se le adelantara.

Viajaba a Ostia. Traía consigo algo muy valioso que debía poner a buen recaudo antes de que el veneno se extendiera por todos sus miembros y acabara con él. La única persona en la que podía confiar se hallaba allí, en Ostia: un acaudalado orfebre muy respetado entre la comunidad judía de la ciudad portuaria, el mejor

de sus discípulos. Así que, pese a la insistencia de los médicos y del propio rabino, en cuanto se vio con fuerzas, adquirió un nuevo tiro para su carruaje, abandonó Bononia y retomó su enloquecida carrera contra la muerte, esta vez sin otra compañía que la de sus propios temblores.

Como era de esperar, el judío no fue bienvenido en la granja, y lo cierto es que él tampoco se sentía cómodo viviendo entre gorrinos. La suciedad y la vulgaridad de aquellas gentes le asqueaban casi tanto como la nauseabunda sopa de ortigas que compartía con ellos cada tarde al terminar la jornada. Acostumbrado a los ambientes refinados de las grandes ciudades, la vida en el campo se le hacía prácticamente insufrible, entre moscas, balidos y boñigas. Eldes, que con la madurez se había convertido en una mujer hermosa, aunque excesivamente corpulenta para los cánones romanos y algo malcarada, se había

ocupado de cuidarle durante los días y las noches en que estuvo convaleciente, aquejado por las fiebres y las convulsiones; y lo había hecho de tan mala gana que el judío acabó sintiendo una enorme antipatía hacia ella, por lo que evitaba, en lo que podía, demandar sus atenciones. Se sentía vigilado por aquella mujer que estaba siempre al acecho, espiándole. Parecía obsesionada por evitar que su criatura, ya lo suficientemente crecida para andar bajo las faldas de su madre, se le acercara, como si sospechara que le estuviera contagiando los temblores de su enfermedad, pues lo cierto es que el chico era tan inquieto que parecía tener el azogue metido en el cuerpo. A pesar de su madre, a Shelomo le gustaba disfrutar de la compañía de Waldo, un diablillo de pelo rubio y maliciosos ojos ambarinos, tan fantasioso y elocuente como lo había sido Eldes a su edad, al que llamaba a su lado siempre que podía para que le contara una de sus fabulosas historias de dragones que nadie sabía contar mejor que él.

Eldes tenía sus propios motivos para desconfiar del judío. No era la enfermedad lo que la asustaba, sino las extravagantes costumbres del viajero las que la hacían reafirmarse en sus propias fantasías. En una ocasión, al ir a vaciar el balde de la orina, le sorprendió manipulando unos extraños recipientes de cristal que guardaba en un arcón de la carruca, incluso le pareció ver el resplandor de una llama. Así que se detuvo a espiar lo que hacía, oculta en la noche, sin que este se percatara de su presencia, enfrascado como estaba en sus indagaciones. Estuvo observándole hasta que hubo terminado. El aire tenía un olor extraño, olor a azufre. Le inquietó el celo con el que giraba la llave y se la prendía al cuello, junto al corazón, para que nadie más descubriera su secreto. Desde ese día no le había quitado ojo, había vivido para espiar cada uno de sus movimientos, esperando descubrir a qué se debía tanto misterio.

La curiosidad por saber lo que escondía el anciano no la dejaba vivir. Eldes solo conocía una forma de averiguarlo, así que aprovechó la intimidad del lecho para convencer a Dago:

—Las demás mujeres hablan, las he oído mientras removía la paja. No se fían...

—¿Quiénes? ¿Mácula y Gelasia? Mácula y Gelasia hablan de todo, ya deberías haberte dado cuenta —la interrumpió Dago, sorprendido por el comentario de su mujer. Le dio un beso en el hombro y se separó de ella. Acababan de hacer el amor y Waldo dormía profundamente junto a ellos.

—Yo tampoco me fío de él —la oyó insinuar entre susurros—. No es solo su aspecto... Ese anciano esconde algo... Si al menos pudieras abrir el arcón... para ver...

Dago se durmió pensando en las insinuaciones de su mujer. Fue un sueño plácido, pesado, propiciado por el amor y el cansancio de la jornada, pero breve. A media noche se levantó sobresaltado. Oyó que Waldo había empezado a

toser, lo arrojó temiendo que se hubiera enfriado y permaneció un buen rato sentado en una esquina del jergón, frotándose la cara con fuerza para intentar serenarse. Últimamente no dormía bien, como si la revuelta de Alarico hubiera puesto en jaque su consciencia.

Eran esos malditos recuerdos los que no le dejaban vivir en paz. Acudían a él cada noche, cada madrugada, cuando cerraba los ojos, cuando más cansado estaba, impidiéndole descansar; mientras que Eldes dormía como si no hubiera estado allí. ¿Es que ella no se arrepentía de lo que habían hecho? ¿Es que ya no se acordaba de lo mucho que habían sufrido? ¿Es que no había vuelto a preguntarse por qué? La vida les había hecho tanto daño que, a veces, le costaba reconocer a la que antes de su mujer había sido su amiga. Las imágenes se agolpaban en su cabeza, sin concierto, formando parte del macabro baile de los recuerdos, como si estos se hubieran conjurado contra él para hacerle perder el juicio: «... el

abrasador calor de las llamas... el fuego... la sangre... gritos y sollozos por todas partes... la cándida mirada de la pequeña tendiéndole la mano... la muñeca... el silencio de Eldes... los acordes de la cítara poniendo ritmo a la muerte». ¿Por qué había tenido que vivir todo aquello? ¿Por qué?

Waldo había vuelto a toser y él no podía quitarse aquella música de la cabeza, era la música de la cítara. Pronto se haría de día. Dago abandonó el lecho que compartía con su familia y se dirigió a la fragua con la angustia pegada a su cuerpo. La granja estaba en calma. Necesitaba escuchar el rítmico sonido del metal, sentir el cercano calor del fuego abrasándole la piel, solo así lograría tranquilizar su agitada consciencia. Necesitaba concentrarse en su trabajo, en cada remache, en cada golpe; en las chispas, las astillas y en el ensordecedor ruido de la maza; moldear el duro hierro hasta convertirlo en algo hermoso por lo que había merecido la pena trabajar. El trabajo

era lo único que le tranquilizaba. Le hacía sentirse feliz, olvidar.

Alquimia

Shelomo estaba impaciente por abandonar la granja y reanudar el viaje que habría de conducirle a la comunidad judía de Ostia, a escasas millas de la vieja Roma, donde trataría de localizar al que fuera el primero y más querido de sus aprendices. Su querido Heliodoro, el alma más pura que él había conocido y el único de ellos que jamás se dejaría corromper por el deslumbrante brillo del oro. Recordaba cómo había llorado al verle partir de Alejandría, con su juventud recién estrenada y un terror casi enfermizo a ser castigado por los implacables agentes del obispo Teófilo. Huía de la

intolerancia de los cristianos para trasladarse a Occidente, siguiendo la estela de otros tantos orfebres orientales que en aquellos años de inestabilidad recorrieron el Imperio en busca de una clientela y un prestigio que pocos de ellos alcanzarían. Heliodoro recaló en Ostia, donde se supo ganar la reputación que su noble espíritu merecía. Con él, los papiros de María estarían a salvo de la maldad y la codicia de los hombres.

La enfermedad avanzaba y Shelomo temía no llegar a tiempo. Se levantaba cada mañana con la angustia de ver cómo su cuerpo sucumbía ante los implacables efectos del envenenamiento. Su salud no mejoraba pese a los cuidados de Eldes. A esas alturas ya se había dado cuenta de que no era Eldes la única mujer en la granja que parecía estar deseando quitárselo de encima. Le trataban como si fuera un caballo viejo al que era inútil seguir manteniendo, pero él les recompensaría

generosamente. Poseía fortuna suficiente para pagarles con creces por su hospitalidad. También Shelomo hubiera preferido morir antes de verse convertido en lo que era: un despojo humano que apenas acertaba a sorber la insípida sopa de ortigas que Eldes se empeñaba en preparar sin que se le acabara derramando por las comisuras de los labios. Era incapaz de valerse por sí mismo, y mucho menos de conducir la carruca hasta Ostia. En su estado, no podía continuar solo. Por suerte o por desgracia, aún conservaba clara la consciencia y se desesperaba como un niño al ver cómo los miembros se le iban atrofiando cada día a causa de la parálisis agitante que no tardaría en destruirle. Primero vendrían los temblores, más tarde los delirios y los balbuceos, luego la muerte. Había visto morir a muchos compañeros por culpa de los vapores del mercurio que se empleaba en el trabajo con los metales.

—Eres muy hábil, godo. Mucho más de lo que yo lo era a tu edad —le reconoció en una ocasión

a Dago. Acudía con frecuencia a la fragua para disfrutar de la callada compañía del herrero, junto al que hallaba una paz que en esos momentos le era muy necesaria.

Dago recibió el cumplido de Shelomo con una sonrisa amplia y satisfecha. Era evidente que se sentía orgulloso por la pieza de bronce que acababa de salir de sus manos. Una complicada fibula en forma de pájaro que él mismo había decorado con la habilidad de un maestro, sin que nadie le hubiera enseñado cómo tenía que hacerlo. Lástima que no estuviera hecha de un material más noble. El judío se le acercó animado por el brillo que su elogio había provocado en los tímidos ojos del godo. Poco importaba que fuera un bárbaro, conocía bien la naturaleza de ese hombre, pues en cierto modo no era muy distinta a la suya: obsesionado por alcanzar la perfección en cada una de sus obras. Era la búsqueda de esa perfección la que había guiado su propia vida.

Hacia días que pensaba en él como un buen

compañero de viaje, aunque eso implicara tener que cargar con la mujer y con el crío, puesto que Dago por nada del mundo partiría sin ellos. Pero antes le convertiría en su aprendiz. Alimentaría su vanidad, sus ansias de aprender, de superarse a sí mismo, de crear bellos objetos de los que sentirse orgulloso. Le haría sentir el poder del oro entre sus manos y luego le pediría que le acompañara a Italia.

El humo de la fragua le estaba asfixiando.

—Si quisieras, yo podría enseñarte a manejar el oro —le sugirió con voz temblorosa y una mirada grave y serena que terminó por intimidar a Dago. Shelomo quería conocer su reacción, pero este se había quedado sin palabras y se limitó a asentir con incredulidad. Tenía la corazonada de que el judío iba a desvelarle su secreto.

Lo haría pocos días después; le mostraría el contenido del arcón que tanto había intrigado a Eldes. Le pidió que le acompañara al interior de la carruca, le ofreció la oxidada llave de hierro que

llevaba colgada al cuello y dejó que fuera él quien abriera la cerradura, excusándose por no ser él el que lo hiciera, pero el temblor de su mano le hacía estar cada día más torpe. Dago levantó la tapa del arcón por primera vez, sin sospechar que la abriría cientos de veces más a lo largo de su vida. Ese arcón estaba destinado a él. Lo que vio no es que le decepcionara, pero le dejó indiferente, esperaba encontrar algo más misterioso que unas simples mudas y un par de túnicas de coloridos bordados que debían de haberle costado una fortuna. El judío las apartó cuidadosamente para mostrarle lo que realmente quería enseñarle, su verdadera riqueza: las herramientas que había ido adquiriendo a lo largo de toda una vida como orfebre.

Shelomo tomó el estuche de piel encarnada donde guardaba las herramientas y comenzó a abrirlo con sus manos torpes y temblorosas hasta conseguir que decenas de punzones, martillos, buriles y cinceles de todos los tamaños y formas

imaginables vieran al fin la luz. Dago no pudo evitar rozarlas con la punta de los dedos, atraído por el frío contacto del metal. Al hacerlo, sintió la misma excitación que cuando de niño acariciaba a escondidas las herramientas de su padre y soñaba con que algún día también él sería curtidor, y lo hubiera sido si sus vidas no se hubieran truncado con el repentino ataque de los hunos. Por un momento llegó a codiciarlas. El judío fingió no darse cuenta y siguió mostrándole sus posesiones entre temblores, pensando que, si algo le sucedía durante el viaje, sería el godo quien debía quedarse con todo. Con todo menos con los rollos de papiro que yacían ocultos en el falso fondo del arcón, cuya existencia nadie, ni siquiera Dago, debía conocer. No descansaría hasta verlos en manos de Heliodoro.

Dago observó con extrañeza el conjunto de crisoles, alambiques, recipientes, hornillos y frascos de vidrio, colocados entre mullidas nubes de paja en el fondo del arcón, para evitar su

rotura.

Se preguntaba para qué servían. Shelomo parecía no sentirse cómodo ante la curiosidad de Dago, de modo que trató de distraer su atención extrayendo para él una informe masa de metal dorado que encontró en uno de los rincones de la arqueta.

—Oro —le susurró con una enigmática sonrisa, mientras se lo ponía entre las manos.

Dago lo recibió con cierta incredulidad, al punto que, si no estuviera tan despierto, pensaría que estaba soñando. Todo lo que envolvía al viajero estaba lleno de misterio. Sentía el suave tacto del oro, su pureza, el peso del metal sobre sus manos... su poder. Cerró los ojos, se dejó arrastrar por la catarata de sensaciones que le invadían y se olvidó de quién era y de dónde estaba, hasta que el balido de una oveja se empeñó en recordárselo. No era más que un miserable granjero. Pero no despertó, una parte de él siguió soñando y ya no despertaría. En esos breves

instantes en que lo tuvo entre sus manos supo que el oro podía cambiarlo todo.

—Es oro, Dago. El más noble de los metales... el más poderoso. Capaz de corromper el corazón de los hombres. Ten cuidado con él, Dago, el oro puede ser tu perdición —como también había sido la suya, se dijo con tristeza para sus adentros. Era la obsesión por el eterno brillo del oro lo que le estaba causando la muerte—. Serás un buen orfebre; si tú quieres, el mejor. Tienes el don en tus manos, pero no te dejes engañar por su belleza. —Unió sus manos a las de él, ambos temblaban, y entonces le miró a los ojos para que no olvidara lo que iba a decirle—: Recuérdalo bien, Dago, ¡cuidate del oro! Esa es la gran lección que a mis años puedo darte. Algún día comprenderás el sentido de mis palabras.

El más noble de los metales, el oro. Shelomo había dedicado la vida a su preparación. Sabía bien cómo manejarlo, cómo imitarlo, cómo hacer joyas de él, pero en su incansable búsqueda por

alcanzar el saber supremo no había podido encontrar lo que buscaba: la piedra filosofal, el secreto de la transmutación de los metales para la obtención del oro, la perfección. Se había iniciado en el Divino Arte cuando no era más que un adolescente engreído que se pavoneaba de sus conocimientos entre las imponentes columnas del Serapeo, en su Alejandría natal. Poseía lo que otros ansiaban, el manuscrito secreto de María la Judía, de la que se decía que el mismo Dios le había revelado los sagrados misterios de la alquimia.

Siempre había creído que había sido el libro el que le había elegido a él. Siendo muy niño lo vio flotar entre las aguas del mar tras la gigantesca ola que arrasó Alejandría y lo guardó como un tesoro sin saber qué ocultaba. Habría de pasar el tiempo para que comprendiera el verdadero poder del misterioso texto que había caído en sus manos, ilegible en algunos fragmentos por culpa del agua, donde la maestra María había dibujado muchos de

los artefactos que, más adelante, él mismo había empleado para sus experimentos con los metales.

*Une lo masculino a lo femenino
y encontrarás lo que estás buscando.*

Había sido una búsqueda estéril y extenuante, que había acabado en desesperación. Tal vez no fuera él el elegido, tal vez había sido fruto de la casualidad el haber encontrado el libro tras el maremoto... Tal vez su vida no había tenido sentido. Almas más justas debían continuar por él antes de que el celo imperial y los obispos cristianos terminaran para siempre con la ciencia. Los alquimistas llevaban años siendo perseguidos, sus libros prohibidos y quemados y su arte proscrito por los emperadores ante el temor que despertaba su amenaza. Pero la búsqueda no había acabado y el libro debía quedar a buen recaudo, oculto a la maldad humana y a quienes querían para él la destrucción. Solo alguien tan justo como

Heliodoro debía poseerlo, pues quien lograra descifrar el enigmático legado de María la Judía tendría en su mano todo el poder, el poder de fabricar oro.

La muerte le acechaba y Shelomo no podía seguir retrasando su partida.

—Dago, ha llegado el momento —le anunció un día de primavera, al caer la tarde. Sus palabras empezaban a resultar ininteligibles, por eso hablaba despacio. Había pensado muchas veces cómo iba a decírselo y quería que se le entendiera bien—: He de retomar mi viaje, no debo demorarlo más. El veneno avanza y solo existe una persona que pueda curarme de mi enfermedad: un judío llamado Heliodoro —mintió, tenía que hacerlo. Debía mantener la esperanza de su curación en el corazón del godo si quería que le acompañara—. Él es el destino de mi viaje.

—¿Un médico? ¿Por eso tienes que ir hasta Ostia, para que te cure un médico? —preguntó Dago, contrariado por la noticia que acababa de

recibir. Era consciente que ese momento, tarde o temprano, tenía que llegar.

—Heliodoro no es exactamente un médico, pero es la única persona en el mundo que puede devolverle la paz a mi agitado cuerpo.

Le echaría de menos, Shelomo había sido un gran maestro. Titubeó antes de hablar:

—P... pero... estás enfermo y no puedes viajar solo en tu...

—Por eso te pido que me acompañes —le interrumpió Shelomo, satisfecho por la preocupación del herrero. Ahora solo tenía que esperar su respuesta.

—Sabes que no puedo abandonar la granja —repuso Dago, tenía la voz quebrada por la mezcla de emociones. Pensaba en Eldes y en Waldo, en la vida tan tranquila que Prisco y Albina les habían regalado antes de partir; aunque también en él, sobre todo en él. Por primera vez desde que salieron de la aldea tras la matanza, pensaba en él.

Shelomo se dio cuenta de que dudaba. Se

quedó unos instantes contemplando el talismán que lucía en uno de sus pulgares y reflexionó en lo que tenía que decirle.

—Dago...

—Dime, maestro.

—¿Ves este dragón? —le preguntó Shelomo con gran lentitud.

—Sí, maestro —respondió, intrigado. Aquel anillo le había llamado la atención desde el momento en que Cestio y él encontraron al anciano medio muerto en el pescante de su carruca.

—Es el *ouroboros*. A simple vista no es más que un dragón, un dragón que se muerde su propia cola, pero tiene un significado mágico que no todos los hombres conocen. ¿Sabes tú lo que simboliza? —le preguntó retóricamente, tendiéndole la mano para acercarle el anillo.

Dago negó con la cabeza y le tomó la mano con cariño. Deseaba que su brazo dejara de temblar.

—Este dragón, el *ouroboros*, es el símbolo de la eternidad. El dragón que se devora a sí mismo

para engendrarse a sí mismo; que, como el Ave Fénix, muere para vivir. Si no lo hiciera su vida languidecería para siempre. ¡Escúchame bien, Dago!, para que nazca una vida nueva otra tiene que morir. No debes tener miedo a dejar esta vida. Hazlo por tu familia y comenzad de nuevo lejos de la granja. Piensa en Eldes... en Waldo, los dos merecen una vida mejor. Yo sé que tienes sueños... —Shelomo podía leer sus pensamientos, solo tenía que apelar a la vanidad que él tan concienzudamente había estado alimentando—. Si no lo intentas nunca sabrás lo que podría haber sido de vosotros. Tengo buenos amigos en Roma, yo mismo te ayudaré. Trabajarás el oro y tus joyas adornarán el cuello de los ricos. Serás un buen orfebre, si tú quieres, el mejor, pero has de matar al granjero.

Dago supo que, como el dragón, también él acabaría devorándose a sí mismo. Tenía demasiados sueños que cumplir lejos de allí, en Roma. Sintió vértigo por la decisión que acababa

de tomar, la decisión que cambiaría sus vidas para siempre. Esperaba no tener que arrepentirse de haberla tomado.

III

Vrbs Aeterna

Roma (396-410)

Ostia

Fueron treinta y siete largas jornadas soportando los callados reproches de Eldes, las impacientes miradas del anciano y las continuas quejas de Waldo, que, acostumbrado a corretear libremente por la granja, estuvo prácticamente todo el camino protestando y gruñendo como una fierecilla enjaulada en la comfortable carruca del judío. Por suerte no hubo mayores contratiempos. Viajaban de día y paraban de noche a pernoctar justo al borde de la calzada, por no entrar en las poblaciones, en las que nunca permanecían más de lo necesario para abastecerse, cambiar de montura

o alimentar a los caballos. Los sábados descansaban. Dormían juntos en el interior de la carruca, al igual que hacían los ricos y los bárbaros; tal y como hicieran Eldes y Dago en su niñez, cuando el carro y los caminos eran el único hogar al que podían aspirar. Sirmio, Siscia, Aquileia... las impresionantes vistas del Adriático nada más tomar la Vía Postumia. A Dago no se le olvidaría nunca la cara de sorpresa de su hijo al ver el mar por primera vez. Sin perderlo ya de vista, atravesaron Rávena, rodeada de ciénagas y pantanos e ignorante del brillante futuro que le aguardaba como futura sede imperial; el río Rubicón y, a unas treinta millas al sur, bordeando por la costa, la ciudad portuaria de Arimino, desde donde partía la Vía Flaminia en dirección a Roma.

La salud de Shelomo no empeoró con el viaje, es más, experimentó una inexplicable mejoría en la última etapa, cuando este estaba llegando prácticamente a su fin. Eldes la atribuía a las bondades del clima y al hermoso paisaje de

campiña que se extendía a ambos lados de la calzada, alegrándoles los ojos. El anciano, que en un par de ocasiones pareció estar rozando la muerte, había revivido con la primavera, e incluso ella parecía encontrarse de mejor humor. Tenía las mejillas sonrosadas por el sol, sonreía, y de vez en cuando echaba cómplices miradas a Dago, con las que le pedía perdón por su mal carácter y le decía en silencio que le quería, que le seguía queriendo, aunque de otra manera. También ella estaba ansiosa por estrenar una nueva vida en la capital del Imperio. Pasaron por Roma pero no llegaron a entrar, pues la noche se les estaba echando encima y las prisas de Shelomo por llegar a su destino eran cada vez mayores. Así que se limitaron a bordear las murallas y siguieron el fértil curso del Tíber, con sus huertas y sus magníficas villas de recreo, a través de la concurrida vía que llevaba al mar. La callada presencia de los muertos a ambos lados de la calzada les anunció que se hallaban a extramuros de la ciudad de Ostia y que su viaje,

por fin, había acabado.

Ostia les recibió a punto de quedarse dormida. En sus calles oscuras y desiertas solo se escuchaban los solitarios pasos de los borrachos que recorrían la noche de taberna en taberna en busca de un último trago de vino y las estridentes risas de las mujeres que, con fingido desparpajo, exhibían sus gastados cuerpos bajo la rojiza luz de las antorchas. Después de haber cruzado medio Imperio, no era el mejor recibimiento que podían esperar. Los comercios estaban vacíos, sus persianas echadas; baños y talleres cerrados; y hacía un par de horas que la gente decente se había retirado a descansar entre los protectores muros de sus casas. Dago redujo la velocidad y condujo la carruca por el Decumano Máximo, la arteria principal de la ciudad, contemplando los grandiosos edificios que, como gigantes de mármol, emergían a un lado y otro de la vía: las termas de Neptuno, recientemente restauradas; el teatro, que se abría hacia la calle con sus

generosas arcadas de ladrillo; la Curia y el Capitolio, en el corazón mismo del foro, por donde cruzaba en perpendicular el cardo, la otra gran arteria que articulaba la ciudad; otros templos menores, y unos pasos más adelante, la basílica cristiana de Constantino.

—Así que esto es Ostia —pensó, demasiado cansado como para apreciar los magníficos edificios que tenía ante sus ojos. Sacudió a Waldo, que dormía sobre sus rodillas—. ¡Despierta, Waldo! Ya hemos llegado.

Se detuvieron en un tramo porticado. Buscaban un lugar donde pasar la noche y parecía que lo hubieran encontrado. Dago miró a Shelomo pidiendo su aprobación, deseaba dormir en una cama de verdad, donde poder estirar las piernas. Este arqueó las cejas antes de asentir con un rotundo movimiento de cabeza y esbozó una indulgente sonrisa que quedó desdibujada por el temblor de su boca. A su puerta, el *caupo* les reclamaba para que se acercaran. Llevaba tantas

joyas encima que Dago llegó a temer que, por su peso, no pudiera levantarse del banco de obra donde se hallaba sentado. El negocio estaba muy parado esa noche, hacía demasiado calor, así que había decidido salir a la puerta para tender sus redes. Y, a juzgar por la carruca, había tenido suerte. Si su olfato no le fallaba acababa de pescar a un pez gordo.

—¡La diosa Fortuna os ha sonreído! Me queda una habitación libre con vistas al jardín de Venus y otra para vuestros esclavos godos. Si gustáis acompañarme, os la puedo mostrar —le ofreció el hombre, abalanzándose sobre el anciano. Antes de que pudieran reaccionar, ya estaba ayudando a Shelomo a descender de la carruca mientras le tranquilizaba obsequiosamente—: Yo mismo me ocuparé de acomodar a las bestias.

No eran esclavos, ni tampoco bestias, por mucho que el posadero se hubiera empeñado en hacerles dormir entre ellas. Ciertos romanos aún no se habían enterado de que los godos no eran tan

salvajes como a ellos les gustaba creer. Shelomo les acomodó en su propio cubículo tras pagar una considerable suma al *caupo*. La estancia no valía la mitad. En sus paredes, desconchadas por la humedad, apenas se distinguían unos murales al fresco algo subidos de tono, que hacían sospechar del tipo de establecimiento en el que se encontraban.

Cuando despertaron, Shelomo ya no se hallaba con ellos. El diván donde había dormido estaba vacío y las mugrientas mantas de lana que le habían abrigado durante la noche aún seguían revueltas. Dago intentó tranquilizarse repitiéndose a sí mismo que lo más probable era que se hubiera levantado a orinar y que no tardaría en regresar, pero de sobra sabía que Shelomo precisaba la ayuda de Eldes incluso para eso. Ya se había levantado y comenzado a buscar su ropa por la habitación, cuando creyó distinguir la áspera voz del judío a través de la puerta.

—El godo y su familia se quedarán a

esperarme. No temáis, son cristianos.

Dago reconoció al *caupo* como la persona que hablaba con él:

—Yo no... —quiso objetar este. ¿Y a él qué más le daba que fueran cristianos?, pero el judío le calló la boca ofreciéndole más dinero del que él les hubiera cobrado por un mes entero.

—Dinero suficiente para que estén bien atendidos, ¿conforme? —zanjó Shemolo en un tono que sonaba amenazante. Se le oyó dar un par de pasos y detenerse para despedirse del *caupo*—: Estaré fuera un par de días. A mi regreso... —No había acabado de decir aquello, cuando vio aparecer a Dago tras la puerta del cubículo.

—¡Maestro, yo os acompañaré! Eldes y Waldo pueden quedarse aquí, en la habitación. Iremos juntos a buscar a Heliodoro —se ofreció el godo con la mejor de sus intenciones. Al final de su viaje, Shelomo no había tenido más remedio que confesarle el verdadero motivo por el que quería reunirse con su antiguo discípulo, revelándole la

existencia del manuscrito de María, donde se ocultaba, para quien supiera interpretarla, la verdadera fórmula de la transmutación del oro.

—No, Dago. Tú quédate con ellos y ¡no salgáis de aquí bajo ningún concepto! —le advirtió en un tono que no dejaba lugar a dudas, esta vez había querido ser tajante. Aquellas gentes no estaban acostumbradas a la ciudad. Ostia era una población de tamaño medio, nada que ver con Roma, lo suficientemente grande como para engullir entre sus calles a un par de granjeros y su inquieta criatura. Intentó que estuviera tranquilo—: En dos, a lo sumo tres días habré resuelto lo que me ha traído hasta aquí y te ayudaré a establecerte en Roma.

La espera se les hizo interminable. Dago llegó a aborrecer el lechoso cuerpo de la Venus que, ajena a las humedades y a los desconchones de la pared en la que había sido pintada, se contemplaba en la luna de un espejo, mientras un travieso Cupido jugaba a atarle la cintura con un pañuelo

que en su día debió de ser de un rojo brillante. Aun así no podía dejar de contemplarla, le atraían sus redondas formas. De vez en cuando miraba a Eldes, demasiado pendiente de Waldo. La veía esforzarse en inventar juegos con los que ocupar el tiempo y entretener a su hijo. Con la caída de la tarde, la casa comenzaba a llenarse de ruido. En la planta baja había una barra donde se dispensaba vino y comida.

El jardín que les había prometido el *caupo* no se veía por ninguna parte y la habitación se hallaba prácticamente en penumbra, sin más luz que la poca que se colaba a través del minúsculo ventanuco que se abría muy por encima de sus cabezas, por el que era casi imposible asomarse. Ni siquiera alguien de la estatura de Dago alcanzaba a hacerlo.

—¿Crees que se verá el jardín? —le preguntó Eldes, con una media sonrisa. El aburrimiento les estaba consumiendo.

—¡Ven, Waldo! ¡Vamos a comprobarlo! —

Dago se encorvó frente a su hijo, entrelazó los dedos a la altura de sus rodillas y le indicó que pusiera el pie sobre sus manos abiertas para poder auparse. Estaba algo sonrojado por el esfuerzo—. ¿Ves las flores?

—No.

—¿Y qué es lo que ves?

—Nada.

—¿Cómo que nada? Mira bien, hijo —insistió Eldes, levantándose del lecho en el que había permanecido sentada buena parte del día.

—Nada, no hay más que piedras y ramas secas —respondió el niño, ya harto de tanta pregunta. Quería volver al suelo.

Lo más parecido a un jardín que podía verse a través de aquel ventanuco era una acumulación de ramas y hojas marchitas sobre un suelo de escombros. Ese era el «jardín de Venus» del que había presumido el *caupo*. Ya se veía que aquel hombre cargado de joyas falsas no era muy de fiar.

—Veo que a Venus le importa bien poco su

jardín —quiso bromear Dago, señalando con la barbilla la espalda desnuda de la diosa. Trataba de ocultar su preocupación ante Eldes, que no dejaba de interrogarle con la mirada, pues también ella estaba preocupada. Llevaban tres días allí metidos y el anciano no había cumplido su palabra.

—¿Qué será de nosotros? —preguntó Eldes, cansada de tanto silencio.

—Vendrá, estoy seguro de que vendrá. —Dago no quería ni pensar en lo que sería de ellos si Shelomo no regresaba.

El pan de Pamaquio

—¡Despertaos, malditos bárbaros! El viejo dijo que volvería y aún estoy esperándole, así que ¡coged vuestras cosas y marchaos de aquí! Necesito las camas para mis clientes —les gritó el *caupo*.

Había irrumpido en el cubículo, en plena noche, hecho un basilisco después de haber perdido un par de clientes por falta de camas. Estando como estaba el negocio no podía permitirse que una familia de godos miserables ocupara la mejor habitación, la única que tenía vistas al jardín. Sin más miramientos, fue directo a

Waldo, lo agarró de los codos, lo arrancó del lecho y lo hizo volar por los aires ante la estupefacción de Eldes, que se apresuró a protegerlo entre sus brazos, mientras Dago se afanaba en recuperar las escasas pertenencias que habían quedado esparcidas por el suelo tras la impetuosa entrada del *caupo*.

Desorientados y somnolientos, descendieron por la empinada escalera de la pensión. El dinero desembolsado por Shelomo había servido de bien poco, como tampoco sirvieron las insistentes súplicas de Dago rogándole al dueño que les permitiera seguir ocupando la habitación, solo hasta que el anciano regresara.

—¡Tres días...! ¿A quién quería engañar el viejo? Si pensaba que yo me haría cargo de vosotros, andaba aviado, ¡que bastante tengo con mantener a las chicas! ¿Se puede saber qué hacéis ahí parados? ¡Marchaos de una vez! Y... ¡será mejor no os vea más por aquí! —le oyeron gritar desde arriba.

Waldo no soltaba la mano de su padre. Estaba tan asustado que no acertaba a dar un solo paso sin que tuviera que tirar de él. Todo estaba muy oscuro, tan oscuro que no les quedó otro remedio que bajar poco a poco, tanteando el suelo a cada paso para no caer rodando escaleras abajo. Cuando ya habían alcanzado los últimos peldaños, una vocecilla tímida y cantarina les hizo pararse en seco, tras esta, las rápidas pisadas de su azorada propietaria que corría descalza sobre el entarimado de madera de la primera planta, como si se le estuviera yendo la vida en alcanzarles. La mujer bajó la escalera a ciegas, con la seguridad de quien lo ha hecho cientos de veces.

—¡Aguardad! Le oí decir al viejo que erais cristianos. Si es así, os darán asilo en el albergue del senador Pamaquio. Es fácil llegar desde aquí —les informó la mujer, que por su aspecto artificioso y vulgar era una de las chicas que trabajaba en la *caupona*. Les acompañó hasta la misma puerta para poderles indicar mejor—:

Bajad por esta misma calle que veis a la izquierda hasta el embarcadero y tomad una de las barcas que cruzan el río. Todos me conocen como Flora, ¡decidles a los barqueros que os he enviado yo! Cualquiera de ellos os cruzará, son buenos clientes. Una vez allí, seguid caminando por la Vía Severiana hasta cruzar el puente, muy cerca encontraréis el albergue. Siempre hay gente en los alrededores. —Antes de entrar en la casa, Flora se agachó hacia Waldo y le pellizó juguetonamente la mejilla, consiguiendo que el niño se ruborizara. El alegre tintineo de sus collares les auguró la mejor de las suertes. Se despidió con la misma alegría—: ¡Hasta pronto, rubito, y... que Dios os bendiga! ¡Ah!, y que no se os olvide: ¡Flora, de la casa de Venus!

Estaba amaneciendo y las calles recobraban la vitalidad perdida durante la noche. Cientos de hombres somnolientos y grises caminaban en dirección al río para tomar el barco que habría de llevarles a la Insula Sacra, por donde seguirían

caminando hacia su trabajo en Portus, antes un barrio de Ostia y, desde tiempos de Constantino, una ciudad independiente y orgullosa, que miraba con desdén a su antigua propietaria. *Civitas Flavia Constantiniana Portuensis*, más conocida como *Portus Romae*, pues hasta su magnífico puerto, obra de Trajano y una de las mayores obras de ingeniería de la Antigüedad, llegaban la mayor parte de las mercancías que se enviaban a la gran urbe. En realidad, para muchos de los hombres que trabajaban allí, Portus y Ostia eran la misma cosa, pues entre ambas poblaciones discurrían sus vidas. Y la única forma que tenían de cruzar el caudaloso Tíber que, en su desembocadura, separaba ambas ciudades, era tomando una de las barcazas de remos que aguardaban en el pequeño embarcadero.

Flora resultó ser muy conocida entre los barqueros, además de una buena chica. La familia no tuvo problemas para encontrar la imponente *domus* de ladrillo rojo donde el senador Pamaquio, uno de los nobles cristianos más

activos de Roma, convertido en monje, había fundado su albergue, el *xenodochium* del Portus, el primer hospital de caridad que hubo en la parte occidental del Imperio a imitación de los que ya hacía años habían surgido en Oriente. Allí les darían comida y alojamiento hasta que pudieran encontrar a Shelomo. El cristianismo no dejaba de traer nuevas costumbres a la vieja Roma, entre ellas la del ascetismo. Roma estaba cambiando y, con ella, para escándalo de la aristocracia pagana, algunos de los miembros de la clase senatorial. Tras el fallecimiento de su esposa, el senador Pamaquio —¡todo un senador, que había llegado a ser procónsul de África!— decidió tomar los hábitos y convertirse en monje. Vendió cuanto poseía para dárselo a los pobres y no volvió a vestir la toga. Decían de él que estaba loco porque los amaba, amaba a los pobres hasta el punto de renunciar a su cómoda vida para cuidar de ellos.

Al llegar a las inmediaciones del albergue que Pamaquio había fundado, les impresionó

enormemente la cantidad de gente que aguardaba frente a él, esperando a que, de un momento a otro, se abrieran sus puertas: mendigos, desharrapados, extranjeros como ellos, borrachos, artistas, farsantes, viudas, huérfanos, tullidos y miserables, cristianos o no. Todos ellos escoria de una sociedad opulenta y banal como la romana, soportaban con paciencia el frío y la humedad del mar con tal de recibir la caridad del senador, cuya fama había alcanzado los barrios más depauperados de la capital. Muchos venían de allí. El cielo se iba tiñendo de rosa con los primeros destellos del amanecer y la claridad era cada vez mayor, pero también más reveladora y cruel. Se había dejado caer sobre ellos para mostrarles todo el horror que la oscuridad de la noche les había estado velando. Dago sintió un escalofrío al comprobar dónde se habían metido y le dolió que Waldo tuviera que ver aquello. Miraran donde miraran, todo cuanto les rodeaba era feo y miserable. Roma les estaba recibiendo con su peor

cara.

—¿Qué es lo que les pasa, padre? ¿Por qué estamos aquí? —oyó preguntar a Waldo. Su voz sonaba más aguda que de costumbre.

Entre los pobres, no todos estaban sanos. Dago se percató con disgusto de cómo les miraba Waldo, extrañado ante tanta fealdad y sin poder apartar por un instante la vista de ellos. Viejos harapientos de narices corroídas, ciegos de ojos vacíos, mutilados; lisiados, de manos y pies tan secos como la mojama; mujeres con vientres hinchados y aliento pestilente; piernas esqueléticas y carnes podridas; y todo el horror que pudieran imaginar. Después de un tanto, también ellos se pusieron a la cola, pero no fueron bien recibidos.

—Eh, ¡vosotros! No sé qué estáis haciendo aquí —les increpó uno de ellos. Allí nadie tenía nombre. Era un individuo de pelo grasiento y ojos saltones, tan delgado que parecía quebrarse con cada movimiento. Se la tenía jurada desde el mismo momento que los vio merodear por los

alrededores y en cuanto pudo se metió con ellos. Quería provocar a Dago para que saltara—. Demasiado rubios para ser romanos, ¿no creéis? ¿A qué habéis venido? Aquí falta comida y sobran bocas, ¿o es que pensáis que la Loba nos puede alimentar a todos? El pan de Roma es para los romanos, ¡a ver si os enteráis!, así que ya os podéis ir largando a vuestra tierra de salvajes.

Sus palabras tuvieron el eco esperado entre los más miserables: ¡Eso! ¡Malditos godos! ¡Miradlos qué pinta tienen! ¿Dónde te has dejado las *bracchae*, godo? Todos sabían que las calzas estaban prohibidas en Roma y que ningún extranjero podía vestirlas. Era una medida más contra la preocupante barbarización de ciertas costumbres romanas.

—¿Qué esperabais encontrar aquí? ¿Oro? ¿Acaso creíais que os ibais a hacer ricos a nuestra costa? —dijo alguien entre ellos. Lo descabellado

de aquella idea les hizo reír, en la cola de Pamaquio no es que abundaran las riquezas.

—¿Es que no habéis tenido bastante con saquear Grecia, que tenéis que venir a molestarnos a nosotros?

Eldes y Dago soportaron como pudieron la marea de injurias, y hasta Waldo se dio cuenta de que lo mejor era bajar la mirada y tratar de pasar desapercibidos entre los que aún no se habían percatado de su presencia. Entonces, uno de ellos, un anciano de aspecto desagradable, se fijó en Eldes:

—¡Mirad su pelo!, si parece tan teñido como el de las putas de la Subura. Tal vez quiera hacernos un trabajito mientras esperamos al senador. —Se le acercó.

Eldes no pudo evitar estremecerse al sentir el húmedo aliento del anciano sobre su cuello, mientras este tomaba un mechón de su cabello y lo sobaba con sus sucias manos, acercándose a la nariz para aspirar el fuerte olor a cabra de la

extranjera. Su gesto de asco volvió a desatar las risas del resto. Waldo no pudo soportar ver cómo humillaban a su madre y cerró los puños con rabia dispuesto a defenderla, pero Dago se le adelantó apartando al indigente de un empujón. Este no se ofendió, pues hacía años que había perdido la dignidad, y se retiró saludando a su público, satisfecho de su actuación.

—¡Vámonos de aquí!—balbució Eldes.

—Eso, ¡marchaos de aquí! ¡Volved al *Barbaricum*... de donde nunca deberíais haber salido! —les echó el individuo de los ojos saltones y pelo grasiento.

—¡Espera, Eldes! —Dago la detuvo, sujetándola del brazo—. Van a darnos pan.

El albergue había abierto sus puertas y el senador Pamaquio fue recibido con alegría por sus pobres, felices de verle aparecer un día más con los cestos llenos de comida. Se le identificaba desde lejos por sus largas barbas de chivo y la túnica gris que siempre llevaba, era la túnica de un

mendigo. Sus incondicionales lo tenían por un santo, y aseguraba que era casi imposible verle perder la paciencia. Soportaba las caricias de las viejas, el vil aliento de los leprosos y las pesadas bromas de los borrachos sin inmutarse. A Dago le impresionó verle repartir sonrisas y palabras de ánimo entre tanta gente, siempre acompañadas de un buen pedazo de pan que él mismo depositaba pacientemente entre sus manos y de caldo caliente para templar los cuerpos. Hasta que no lo tuvo cerca no vio a la mujer que lo acompañaba, oculta tras una gruesa estola de lana encarnada. Fabiola, a la que pocos reconocían ya como una de las damas del Aventino.

Cuando les llegó su turno, Dago trató de retenerle:

—¡Ayudadnos, por favor! Vinimos acompañando a un anciano llamado Shelomo y ahora estamos solos, señor. Tal vez usted pueda alojarnos en el albergue, solo hasta que podamos encontrarle. He oído decir que en la casa hay

camas para los extrajeros.

—Shelomo... —repitió Pamaquio pensativo al darse cuenta de que el hombre al que buscaban era judío. Les advirtió—: Desconfiad de los judíos, no son trigo limpio. En cuanto a mi casa, Dios sabe que me gustaría alojaros a todos, pero no nos queda sitio para nadie. El albergue está lleno desde hace meses y cada vez hay más pobres que atender. Os tendré presentes en mis oraciones. ¿Hace cuánto que no coméis? —les preguntó Pamaquio suavizando la voz—. ¡Tomad! Y demos gracias al Señor por los frutos recibidos.

—¿Por qué le repartes a él también? Primero seremos nosotros, que para algo somos ciudadanos romanos —se quejó una mujer que había acudido a la cola rodeada de sus seis retoños.

—A esos extranjeros tendrían que expulsarles como la otra vez. —El que había dicho aquello se refería a la última gran hambruna que había padecido la ciudad de Roma, hacía poco más de una década.

—Callad, no protestéis —les reprendió la mujer que acompañaba al senador con la misma dulzura con que se reprende a un niño. Su rostro marchito conservaba la belleza de una juventud maltratada.

—Señor, somos cristianos... como vosotros —se defendió Dago, temiendo que Pamaquio pensara igual que los demás.

—¿Cristianos? ¿Habéis oído eso, senador? El godo dice que es cristiano como nosotros, pero se olvida de un pequeño detalle, ¿verdad, senador? Ellos son herejes, no creen en la divinidad de Cristo. ¿Es que no sabéis lo que piensa el emperador Honorio de los arrianos? —El que había dicho aquello pensaba que Pamaquio le iba a dar la razón. Desde que Teodosio promulgara su edicto de Tesalónica, la política de los emperadores contra el arrianismo era cada vez más intolerante.

Aquel reproche dejó descolocado a Dago. Siempre había pensado que su religión era la de

los emperadores, y que por eso les habían obligado a convertirse, y ahora resultaba que los romanos les rechazaban por ser arrianos.

—Está bien, ¡no os peleéis! Hay pan para todos. Dios hace salir el sol sobre todos sus hijos, buenos y malos —les reprendió Pamaquio. Y se dirigió a Dago antes de continuar—: Mi mesa está abierta para vosotros. No dejéis que vuestro hijo pase hambre.

En cuanto Pamaquio se dio la vuelta, el hombre que había protestado se lanzó sobre Dago y le arrebató el pedazo de pan que acababa de recibir.

—Soy cristiano... —repitió Dago, tan aturdido que ni siquiera pensó en defender su pan. Acababa de darse cuenta de que la vida en Roma no iba a ser como él la había soñado.

—¡¿Nos acaban de robar la comida y es lo único que sabes decir, que eres cristiano?! Cristiano... que eres cristiano. ¿Por qué no les has dicho mejor que eres un cobarde? ¡Pues sí que

estamos buenos! Cristiano... «Soy cristiano» — repitió Eldes, imitando el tono de voz de Dago, tan enfadada que hubiera aporreado a su marido.

—¡Eldes, ya basta! No sabes lo que estás diciendo.

—¿Que no lo sé, Dago? ¡¿Que no sé lo que estoy diciendo?! ¡Mira a tu hijo! ¡Mírale bien! — exclamó Eldes hecha una furia—. Hace tres días que no prueba bocado, y ¡tú solo dices que eres cristiano! Cristianos... ¿y de qué nos va a servir ser cristianos?

Eldes no pudo soportarlo más y se derrumbó allí mismo, en medio de aquella miserable gente que no los quería. Era mucho más consciente que Dago del negro panorama que les esperaba; él era demasiado bondadoso, demasiado inocente, como para darse cuenta de algunas cosas. Les acababan de quitar la comida de las manos y lo peor de todo es que les habían mentido. Les habían estado mintiendo durante años, desde el mismo día en que dejaron la aldea en compañía de Anulfo, y les

habían seguido mintiendo cuando les prometieron aquellas tierras. Ganaron la guerra, derrotaron a Valente, pero no obtuvieron otra paz que la de la mentira. Roma, siempre Roma. Roma y su glorioso pasado. ¿Cuántas veces habían oído decir que en la gran Roma nadie se moría de hambre, que las autoridades repartían pan a espuelas entre la agradecida plebe y que les ofrecían juegos y diversión para entretenerlos? ¡Otra mentira más de los emperadores! Roma no era más que una gran mentira. Si allí hubiera tanto pan como decían, toda esa gente no tendría que hacer colas para poder comer. Y a Eldes no le faltaba razón. Había tanta miseria en Roma que el pan del Estado no llegaba para todos, muchos comían gracias a la Iglesia y a la caridad de los cristianos pudientes que, como Pamaquio, contribuían a saciar el hambre de los más necesitados.

—Por favor... madre... ¡no llores! —le pidió Waldo, abrazándose a ella.

—No lloro, hijo, enseguida se me pasa. Es que

estoy cansada —le tranquilizó Eldes, intentando sonreír.

—Yo también tengo hambre. ¿Por qué no ha habido pan para nosotros? —Waldo se dirigió a su padre y le habló con la gravedad de un hombre.

Eldes se retiró las lágrimas de la cara y miró al niño que tenía ante ella, su hijo, su pequeño Waldo... Le dolió tanto comprobar que se había hecho mayor en una noche que arremetió contra Dago, con acritud aunque mucho más serena.

—Porque tu padre ha dejado que se lo quitaran de las manos —se limitó a decir.

—¿Por qué lo has hecho, padre? ¿Por qué has dejado que te lo quitaran? —le recriminó Waldo por primera vez en su vida. Lo hizo clavándole la mirada haciéndole ver que la admiración que sentía por él se había empezado a resquebrajar.

—Waldo, aquí somos extranjeros. No podemos enfrentarnos a ellos —se defendió Dago. Le hubiera gustado escapar de aquella mirada, era la misma mirada orgullosa y combativa de su madre.

Pero ni él ni Eldes esperaban la respuesta de su hijo.

—Yo sí que podré, padre. En cuanto crezca un poco más, los mataré a todos.

Ouroboros

Estuvieron vagando por Ostia lo que restaba de mañana. Descubrieron una ciudad tranquila y decadente, muy azotada por la crisis de los últimos años, pero que, sin embargo, parecía querer despertar del largo letargo al que había sido condenada. Calles y casas abandonadas, establecimientos vacíos, negocios cerrados, solares y muros arruinados, grafitos por todas partes, y alguna que otra grúa, contrastaban con las plácidas residencias de los nobles romanos que acudían desde la capital a pasar largas temporadas en ella para disfrutar de las bondades del mar. A

ellos les pareció una ciudad grande, inabarcable para sus mentes aldeanas. Waldo miraba a su alrededor como si tuviera la intención de perderse en alguna de sus calles, mientras se esforzaba por librarse de la opresiva mano de su madre. Eldes lo tenía bien amarrado junto a ella y le hacía caminar a toda prisa, sorteando a la gente, para no perder de vista a Dago, que marchaba muy por delante de ellos. Estaba enfadada con su marido, que ni una sola vez se había detenido a comprobar si le seguían.

A Dago lo único que le interesaba en esos momentos era encontrar a Shelomo. Desde que habían regresado a la ciudad, no les había dejado ni respirar, obligándoles a recorrerla calle por calle con la esperanza de encontrar a algún judío o a alguien que supiera guiarles hasta el anciano. Se había entregado a una búsqueda febril, obsesiva y estéril, que le impedía escuchar los insistentes ruegos de Eldes gritándole en su propio idioma que no corriera tanto, que pensara en su hijo y que

ya no podían más. También Waldo protestaba porque quería que su madre le soltara la mano e insistía en recordarle, con escaso éxito, que ya no era ningún niño y que podía caminar solo. De vez en cuando, Dago aminoraba el paso y miraba a su alrededor con los ojos desmesuradamente abiertos, escrutando meticulosamente a todo aquel que se cruzaba en su camino; con tanta atención que, en ocasiones, llegaba a atemorizarles. Se fijaba en su aspecto, en los rasgos de sus caras, en sus vestidos, tratando de encontrar entre ellos a alguien que se pudiera asemejar a Shelomo, con sus barbas, su extravagante túnica de seda y su aspecto oriental.

Dago era un ignorante. Tenía una idea muy vaga sobre los judíos, no sabía si eran un pueblo o una raza, cómo eran ni cómo vestían, si se parecerían o no al maestro, tan solo conocía algunas de sus costumbres después de haber estado conviviendo con ellas durante meses. Sabía que los de su religión descansaban los sábados; que se

cubrían los ojos con las palmas de la mano para rezar sin distracciones; que despreciaban la sustanciosa carne de los gorrinos; que su Ley, a la que llamaban la Torah, era la Ley de Moisés; y que creían en el mismo Dios que los cristianos, al que llamaban Yahvé, pero negaban al Hijo, de cuya muerte habían sido responsables, o al menos eso decían en la iglesia de la ciudad a la que él acudía los días de mercado.

—¿Por qué miras así a la gente? Vas a acabar metiéndonos en un lío —le reprochó Eldes de mal humor cuando por fin consiguió alcanzarle. Se la oía respirar acaloradamente, agotada después de haber tenido que arrastrar a Waldo por toda Ostia. Estaba más que harta de tanta ingenuidad y acabó saltando—: ¡Todavía creerás que el viejo anda por las calles buscándonos! Dago... ¡escúchame! ¡Espera! ¡Que te he dicho que esper...! —Dago avanzaba mientras su mujer le perseguía con sus reproches—. Ya va siendo hora de que te vayas enterando; Shelomo, tu querido Shelomo te ha

utilizado... nos ha utilizado —corrigió, elevando aún más el tono de voz—. Nos ha utilizado para viajar hasta aquí y ahora que no nos necesita se ha olvidado de nosotros.

—No debes hablar así. ¿Y si le ha pasado algo? —se defendió Dago sin dejar de caminar, mostrando una tranquilidad que exasperó aún más a Eldes. Su mujer siempre estaba desconfiando de todo el mundo, para ella nadie era de fiar, pero a él le costaba mucho creer que el maestro les hubiera engañado. Era el ser más bondadoso que había conocido, pero estaba enfermo. Algo muy grave tenía que haberle ocurrido para que se olvidara de ellos... tal vez los temblores habían ido a más y por eso no había podido acudir a buscarles.

Dago sintió con disgusto que Eldes le cogía del brazo y le obligaba a parar. La miró a la cara y tardó en reconocerla. Tenía el rostro cansado y los ojos marchitos, sin rastro de esa fuerza que también él necesitaba para salir adelante. Estaba

muy seria.

—Solo te voy a decir una cosa. Piensa en todo lo que te prometió y en lo que has conseguido viniendo hasta aquí. ¿Qué es lo que tienes, Dago?... ¿Qué es lo que tenemos? —volvió a corregir Eldes, esta vez bajando la voz y haciendo aún más evidente su disgusto.

Hambre, los tres tenían hambre. Era hora de comer y Ostia olía a comida. A Dago comenzaba a pesarle, y mucho, el haber conducido a su familia a esa situación. Habían sido las palabras de Eldes las que le habían revuelto la consciencia; quizá tuviera razón, nunca debió haberles sacado de la granja. Había sido un ingenuo al creerse que podía convertirse en algo más que un simple granjero. Se había creído que podía llegar tan lejos como quisiera y en realidad no era más que un necio, un patán, eso es lo que era. Un bárbaro más que se había dejado engañar por el brillo del oro. Y por su culpa ahora se hallaban en una ciudad extraña, tan pobres como ratas, cansados, hambrientos y sin

nadie a quien recurrir. Se le había pasado por la cabeza regresar a la pensión y pedirle ayuda a Flora, pero temía que el *caupo* pudiera cumplir sus amenazas.

Estaban solos en Ostia y, si no lograban dar con Shelomo, aquella ciudad tranquila y decadente acabaría devorándoles. Caerían en la indigencia y ya no habría más futuro para ellos. Se le hizo un nudo en la garganta al pensar en lo que sería de Waldo si eso llegara a ocurrir, cuando ni siquiera les querían en la cola de los pobres. Habían sufrido en sus propias carnes el rechazo que provocaba su aspecto, demasiado llamativo como para pasar desapercibido entre una población mayoritariamente mediterránea. Eran godos; en esos momentos, los mayores enemigos del Imperio. Ellos mismos habían estado allí cuando acabaron con la vida de Valente, y mucho se temía Dago que Roma les haría pagar por lo que habían hecho. Ignoraba las noticias que llegaban hasta ese lado del Imperio sobre lo que ocurría en Oriente

con Alarico y sus tropas. Los godos habían amenazado Constantinopla y seguían extendiendo su furia hacia Atenas y el Epiro, y ante tales noticias no era de extrañar el recelo con el que les miraba la gente.

A esas horas las tabernas se llenaban de hombres sudorosos que acudían a ellas a la salida de los trabajos dispuestos a tomar uno o dos bocados antes de encerrarse a descansar en sus casas o de acudir a relajarse en los distintos baños públicos con que contaba la ciudad. Dago jamás llegaría a entender esa costumbre tan extendida entre el populacho romano de comer en la calle, muchas veces de pie en la misma barra o sentados en las atiborradas mesas de algún mesón; tanto es así que en los hogares más humildes ni siquiera contaban con un hornillo donde cocinar. Se decía que por miedo a los incendios, pero lo cierto es que tampoco se echaba en falta, pues en cada esquina, en cada calle, en cada inesperado rincón de Ostia había un establecimiento de comida, fría

o caliente, donde saciar los estómagos más exigentes. Solo había que pagarlo, aunque ellos no tenían dinero.

Agotados y hambrientos, se detuvieron frente a una de las puertas que daba acceso a la ciudad, otra distinta a la que les había recibido la noche en que llegaron. La playa estaba cerca y el reflejo del sol les dañaba los ojos, demasiado claros para soportar la intensa luz del Mediterráneo. Buscaron cobijo a la sombra de la muralla, junto a otros como ellos, miserables y mendigos; cubrieron sus rostros de las indiscretas miradas de la gente y no tardaron en quedarse dormidos. Dago volvió a soñar después de mucho tiempo. En su sueño, él era un niño y Fritigerno llenaba sus manos con el oro que iba a necesitar en el Imperio: «Guárdalo bien, es tuyo... te será útil...», pero Dago no podía retener las monedas entre sus manos. Estas empezaban a temblar y las monedas caían desparramadas a su alrededor. Le despertó la angustia, aún podía oír el tintineo del metal al

chocar contra el suelo. Entreabrió los ojos y, como en su sueño, vio una moneda rodar sobre su canto a lo largo de una de las losas que cubría el empedrado de la calle. La siguió con la mirada hasta verla caer de cara, a un palmo de donde descansaban sus pies. En ella aparecía la efigie del emperador Honorio, pero no era de oro.

Levantó los ojos hacia el sol, esperando encontrar a Fritigerno. Lo que vio en su lugar fue tan inesperado que le sobresaltó. Un hombre le estaba dando limosna, era judío, aunque Dago en ese momento lo ignoraba. Tuvo tiempo de fijarse en su mano, morena y huesuda, mientras dejaba caer con abandono un puñado de monedas. Reparó en el anillo que lucía en uno de sus dedos, ¡era el anillo de Shelomo! Al verlo, le acudieron a la mente las palabras del maestro: «Para que nazca una vida nueva, otra tiene que morir. No debes tener miedo...» Pensó que su cabeza le estaba jugando una mala pasada, como cuando estuvo enfermo, tal vez tuviera fiebre por culpa del calor.

Aún le dio tiempo a verlo por última vez antes de que el hombre desapareciera de su vista.

—¡Vamos, Eldes! ¡El dragón! He visto el dragón, el *ouroboros*.

Eldes le miraba desconcertada, sin comprender a qué venían esas prisas. No sabía de qué le estaba hablando.

—Ese hombre, ¡ese!, el que lleva los papiros bajo el brazo, ¿lo ves? Tiene el dragón. —Al ver que Eldes no reaccionaba, se dirigió a su hijo—: ¡Démonos prisa, Waldo, tenemos que irnos de aquí!

Se levantó tan rápido como pudo, se guardó las monedas en el interior de la ropa y arrastró a su familia hacia la gran puerta que daba acceso a Ostia por el mar, la Porta Marina, por la que había visto salir al hombre. Su aspecto era el de alguien adinerado, digno, bien vestido y llamativamente delgado, pero no había nada en él que hiciera sospechar que pudiera ser judío. Carecía del aire misterioso de Shelomo y su rostro casi negro

estaba perfectamente rasurado. Y, sin embargo, llevaba el anillo. Sería precisamente el anillo el que habría de conducirles hasta el anciano.

El gran complejo termal que había a extramuros de la ciudad, en uno de los barrios más prósperos de Ostia, atraía, a esas horas de la tarde, a decenas de hombres deseosos de refrescarse tras la jornada. Era casi imposible distinguir al desconocido entre la multitud que se agolpaba en los alrededores.

—Dejémoslo —dijo Eldes, a punto de darse la vuelta para seguir descansando a la sombra de la muralla.

—¡Ahí está! —exclamó Dago al verlo salir de una tienda cercana a los baños. Todavía llevaba los papiros. Temió perderle de vista de nuevo si no aceleraba el paso.

El hombre les sacaba una distancia cada vez mayor, pero ni Eldes ni Waldo podían ir más deprisa. Lo vieron tomar una de las principales vías a extramuros de la ciudad, la llamada Vía

Severiana, una amplia avenida que discurría a través de la costa y se prolongaba, entre pinares y villas de recreo, hasta el Portus, y se detuvo un instante para mirar a un lado y a otro de la avenida como si sospechara que le estaban siguiendo. Comenzó a aligerar el paso, y Dago tras él.

—¡Espera, Dago! ¡No corras! —oyó gritar a Eldes a sus espaldas.

El niño se detuvo a esperar a su madre.

—¡Continúa, Waldo! ¿Qué haces ahí parado? —le apremió Dago demasiado tenso como para resultar cariñoso. Retrocedió hasta darle la mano y tiró de él bruscamente, obligándole a seguir.

Waldo se estaba cansando de que le arrastraran de acá para allá como si fuera un muñeco. Él ya se las podía apañar solo, tenía ya ocho años.

—Pero ¿qué es lo que haces? ¡Mira tu pobre hijo! ¡Es incapaz de dar un paso más! ¡Está agotado! —le recriminó Eldes, que caminaba a trompicones muy por detrás de ellos.

—¡Luego descansará! —zanjó Dago.

Volviéndose hacia Waldo, le explicó—: Tenemos que dar con ese hombre como sea. Estoy seguro de que conoce a Shelomo.

Waldo también quería encontrar a Shelomo para poder dormir en su carruca, así que aceleró, ignorando a su madre que volvía a cargar contra el anciano.

—Shelomo, Shelomo... ese viejo nunca me ha gustado, ya te dije que escondía algo. Yo lo vi claro desde el principio, pero tú no me escuchaste... nunca me escuchas —le reprochó Eldes entre jadeos. Estaba tan agotada que no sabía ni dónde ponía los pies.

—¡¡¡Madre!!!

—¡¡Aparta, Eldes!! —La advertencia de Dago llegó justo a tiempo. Eldes se retiró a un lado de la vía justo a tiempo para no ser arrollada por un carro que circulaba a gran velocidad en dirección al puerto. El carro dejó tras de sí un reguero de cal. Solo le habían perdido de vista unos instantes, los suficientes para que el desconocido

desapareciera tras uno de los edificios que jalonaban la avenida.

Les extrañó comprobar que el hombre les había dejado la puerta abierta, más adelante sabrían que siempre lo estaba, para todo el mundo. Al entrar quedaron sobrecogidos. La austeridad de la fachada por la que habían accedido no se correspondía, ni mucho menos, con el elegante pórtico que daba entrada a la sinagoga. Permanecieron un buen rato entre sus columnas, contemplando los delicados capiteles que las coronaban y pensando en marcharse, con la sensación de que a ellos no les correspondía estar ahí. Del interior les llegaba un delicioso aroma a pan recién horneado y rezos, también se oían rezos. Fue Eldes quien se adelantó, dejando que Dago y Waldo se quedaran contemplándola a sus espaldas, entre temerosos y extrañados por su osadía. Era evidente que quería acabar cuanto antes con aquella persecución que no les iba a llevar a ninguna parte. Pero, antes de subir los dos

peldaños que conducían al vestíbulo de la sinagoga, ocurrió algo inesperado que le hizo cambiar de opinión.

—Entra, Olda. Bienvenida a nuestra comunidad. —Quien había dicho aquello había equivocado su nombre, pero era evidente que lo conocía. Parecía que les estuviera esperando.

Eldes respiró tranquila al encontrarse de frente con la primera cara amable que había visto en tiempo. Un joven le sonreía, con una sonrisa abierta y generosa, desde el extremo del vestíbulo, tan cerca del pozo que parecía haber salido de él, como si fuera uno de esos genios que vivían en el agua. No era el hombre al que habían estado siguiendo, aun así buscó el anillo entre sus dedos para asegurarse. El olor a pan se le hacía insoportable.

—Mi nombre es Marco. Vivo aquí, cuido de la sinagoga —le aclaró sin perder la sonrisa mientras saludaba con un leve cabeceo a los recién llegados. Dago y Waldo acababan de unirse a

ellos. A pesar de su corta edad, Marco era el *sammás* de la sinagoga, cobraba y trabajaba para mantener el complejo en condiciones, y lo hacía bien. Todo el mundo agradecía su sonrisa amplia y contagiosa, pocas veces se le veía de mal humor.

Eldes también terminó sonriéndole. Aquel joven parecía tener la habilidad de leer sus pensamientos:

—Huele a pan. Me imagino que tendréis hambre.

Los tres asintieron al unísono y Marco no dudó en conducirles a la cocina, en la parte de la sinagoga que no estaba destinada a los ritos de la comunidad, donde desde primeras horas de la tarde se cocía el pan para la fiesta de los ácidos. Dentro el olor era mucho más intenso. Les acomodó alrededor de la gran mesa de mármol, todavía enharinada, que había justo en medio de la estancia y empezó a prepararlo todo para darles de comer. Le vieron ir y venir de un lado a otro, trayendo y llevando platos; agacharse para extraer

vino, aceite y pescado en salazón de los enormes *dolia* de barro cocido y boca ancha que se abrían como cráteres bajo el suelo de mosaico. Cuando estuvo todo dispuesto, se unió a ellos y les acompañó mientras devoraban la comida con la voracidad de tres leones africanos en la arena del circo. Ellos comían y él no dejaba de hablar y de reírse, encantado de poder cumplir los deseos del maestro. Marco era hablador hasta no poder más.

—Llegáis tarde —interrumpió Heliodoro desde la puerta.

A Marco se le borró la sonrisa de los labios al escuchar la potente voz del hombre que acababa de irrumpir en la cocina. Dejó de hablarles y se acercó a él, mostrando tanto respeto como fue capaz. Todo el mundo en la comunidad respetaba a Heliodoro. Era el principal benefactor de la sinagoga y sin su generosidad no hubieran podido realizarse las obras de ampliación del viejo edificio, tan necesarias por el aumento de fieles en los últimos años. Había llegado de Alejandría

perseguido por el obispo cristiano, sin más fortuna que sus herramientas y su propia ambición y, en unos años como orfebre, se había convertido en uno de los hombres más adinerados de Ostia. Un judío rico y generoso con su comunidad. Él era quien ponía el dinero y, en cierto modo, el que mandaba. Tenía tanto poder como el *archisynagogos* y mucho más que los rabinos, pero, por algún motivo que a la mayoría de ellos se les escapaba, no gozaba de un gran predicamento entre el consejo de ancianos que gobernaba la comunidad; es más, desde hacía años, lo tenía en contra. Los viejos sabían algo que el resto de los fieles ignoraban.

Dago se dio cuenta de que se estaba dirigiendo a ellos y tragó lo más rápido que pudo el trozo de pan que tenía en la boca para poder responderle. Tanto él como Eldes estaban de espaldas a la puerta y no pudieron ver al recién llegado hasta que lo tuvieron enfrente, pero les bastó comprobar que Waldo palidecía de repente. Era el hombre al

que habían estado siguiendo.

—Digo... que llegáis tarde —repitió Heliodoro con arrogancia, entrelazando las manos por delante del pecho. Las frotó con nerviosismo. Estaba poco acostumbrado a que no se le escuchara.

—Lo siento, no entiendo. ¿Tarde para qué? —le preguntó Dago en cuanto hubo tragado, encogiendo los hombros con una ignorancia casi pueril. Aprovechó para darle otro bocado al pan.

—Tarde para reuniros con Shelomo —anunció Heliodoro y, estudiando atentamente la reacción del godo, continuó—: El maestro ya no está con nosotros. Se ha ido...

—¡Eso no puede ser! —le interrumpió Dago tan lleno de incredulidad que Heliodoro llegó a sentir lástima por él—. No es posible... Prometió venir a buscarnos. Me lo prometió.

—Sé que lo hizo, y no olvidó su promesa. Murió recordándola. Hice todo lo que estuvo en mis manos para que muriera en paz.

A esas alturas Dago ya había adivinado que se trataba de Heliodoro, la persona por la que habían emprendido aquel viaje. Y todo para nada, pues él tampoco había podido curar a Shelomo de sus dolencias. No se atrevió a preguntar por el manuscrito que el anciano pretendía entregarle. Se fijó en él, lo estuvo observando durante un rato sin poder apreciar en su cara un solo rasgo de bondad, de esa bondad de la que tanto hablaba el anciano. Pocas veces había visto a alguien tan moreno, sin ser negro, y su rostro huesudo y alargado le hubiera parecido triste de no ser por el brillo especial de su mirada, inteligente y altiva, y la sensualidad de unos labios en exceso carnosos. A Dago le llamó la atención el modo tan delicado que tenía de mover las manos, enjovadas hasta el último dedo, exhibiendo su riqueza como algo natural. El anillo de Shelomo iba y venía de un lado a otro mientras se le oía hablar. El *ouroboros*, el dragón que muere para engendrar una nueva vida, había cambiado de dueño.

—Ayer mismo enterramos su cuerpo. Yo mismo le cerré los ojos —se lamentó Heliodoro, dejando que los suyos se le humedecieran por la tensión de los últimos días. Había sido su maestro, le había enseñado a amar y manejar el oro como nadie, y se había visto obligado a mostrar su gratitud ante la comunidad. Había sido mucho más generoso con su cadáver de lo que Shelomo había sido con él al final de su vida, cuando aún tenía lucidez suficiente para negarse a entregarle los papiros. Le había pagado un buen entierro, el mejor, en las catacumbas de la Vía Ostiense, y esa misma mañana había ido a encargarse los frescos que decorarían su nicho, en los que no habría alusión alguna al Divino Arte. Acogería a esa gente, después de todo, eso era lo que se esperaba de él. Se dirigió a Dago—: Él sabía que vendría. Pidió que cuidáramos de vosotros y así lo haremos.

Bajo la ley de Moisés

Dago y su familia fueron acogidos en la sinagoga por deseo de Shelomo. Pronto se acostumbraron a vivir con esas gentes pacíficas, cálidas y ordenadas, cuyas costumbres nada tenían que ver con las belicosas costumbres de los godos. A los rezos en voz alta, a los himnos, a los salmos, a los cánticos en hebreo, al penetrante sonido del *shofar* y a las alegres risas de los niños que acudían a la escuela de los sábados a estudiar los rollos de la Torah; a los ritos, a las fiestas y los bailes. A santificar el Sabbat. Sus días transcurrían tranquilos bajo la Ley de Moisés, entre los varios

centenares de judíos que formaban la comunidad de Ostia. Una de las más antiguas e importantes de ese lado del Imperio, fundada antes incluso del nacimiento de Cristo. La sinagoga los reunía a todos, sin importar su condición, ni si eran pobres o ricos: comerciantes, artesanos, pescadores, navegantes, terratenientes, asalariados, esclavos, libertos u orfebres como Heliodoro aunque ninguno de ellos con la fortuna de este. Juntos formaban una sociedad aparte dentro de la propia Ostia, una ciudad dentro de la ciudad que tenía por foro la sinagoga. Un pedazo de Judea en plena Italia, con sus leyes, sus costumbres, sus tribunales y sus autoridades, cuya secular autonomía también había comenzado a verse amenazada con la profunda crisis que azotaba al Imperio.

Convivieron con ellos durante meses. Pese a los muchos privilegios que aún seguían conservando y a sus costumbres tan arraigadas, Dago no tardó en darse cuenta de que los judíos se sentían igual de romanos que los demás. Fuera de

su entorno, no eran tan peculiares como había creído al conocer a Shelomo. Su apariencia no era muy distinta a la del resto de la gente que se veía paseando por las calles de Ostia. Ni los oficios que ejercían, ni siquiera sus nombres, se diferenciaban de los del resto de la población. Pero, al igual que la sinagoga, el corazón de todos ellos no estaba puesto en Roma sino que seguía mirando al sudeste, hacia Jerusalén, de donde habían tenido que salir tras la destrucción del segundo Templo, en una amarga diáspora que les dispersaría para siempre por toda la Tierra.

Dago acudía con placer a las reuniones de los sábados. Atendía a la lectura de la Ley con el entusiasmo con que de niño escuchaba las tradiciones en boca de Eldes. De vez en cuando la miraba para comprobar si ella también se sentía seducida por las palabras del rabino y la veía junto a las demás mujeres, rubia, muy diferente a entonces, cuando no era más que una niña, pero con el mismo brillo en los ojos. Los dos se sentían

atraídos por el fuerte sentimiento que unía a la comunidad, un sentimiento que día tras día se había ido apoderando de ellos. El deseo de pertenecer a ese pueblo elegido del que les hablaban las Escrituras.

En boca del rabino, los Textos Sagrados cobraban otro significado que cuando los escuchaban en la iglesia; eran algo más que la promesa de salvación eterna en la que creían los cristianos. Hablaban de ellos, de los judíos, y del orgullo de pertenecer al pueblo elegido por Dios para cumplir con su Ley. El mismo orgullo que sentía Eldes al recordar a los suyos. También los godos eran hijos de un dios, eran hijos de Gután, y su pasado no escrito se había forjado con la sangre de los héroes y las valientes gestas de los guerreros. Al igual que ellos habían tenido que emigrar desde la gélida Gotiscandia y conquistar a otros pueblos. Sus relatos también hablaban de una tierra prometida, la rica Oium, hasta la que el rey Filimer había conducido a sus gentes como las

condujo Moisés a la salida de Egipto. También a ellos se les abrieron las aguas de un gran río, el Danubio, y, desde entonces, también ellos seguían errando.

Eldes y Dago se habían visto obligados a abandonar Gutthiuda cuando todavía tenían edad de jugar y desde entonces habían estado vagando de un sitio a otro sin llegar a permanecer demasiado tiempo en el mismo lugar. Habían cruzado el río que les separaría para siempre del *Barbaricum*, se habían convertido en lobos, habían robado y saqueado, escapado de los suyos para poder seguir juntos y, cuando por fin parecía que habían encontrado la seguridad en una granja perdida del Imperio, se habían vuelto a subir sobre las ruedas de un carro para perseguir un sueño que ya no llegaría a cumplirse, pues Shelomo había muerto. Estaban cansados de vagar en solitario, hartos de ser rechazados por el color de su pelo y de sus ojos y por su acento extranjero, y se sentían cómodos entre los judíos. Aceptaban de buen

grado su Ley y sus costumbres, al igual que estos parecían aceptarlos a ellos.

Dago, mucho más proclive a dejarse seducir que Eldes, siempre más fría, se sentía atraído por el judaísmo. Se había ido impregnando de él casi sin darse cuenta, de sus costumbres, de la simplicidad de sus ritos y de su lenguaje misterioso. Todo le resultaba familiar y a la vez muy distinto a lo que él conocía del cristianismo, mucho más sencillo. No había más que seguir las normas recogidas en la Torah para ser un buen judío, sin necesidad de pensar demasiado en el más allá. Para él esa vida ya estaba siendo lo suficientemente difícil como para andar pensando en la siguiente.

Había visto acercarse a otros cristianos, convertirse a algunos, y también él había pensado hacerlo. Había recibido el bautismo en una ocasión forzado por las circunstancias, sin ser consciente de lo que hacía, únicamente por agradar a Anulfo y al emperador Valente, ¿y de qué le

había servido? Cuando se convirtió al cristianismo no podía imaginarse que con el tiempo sería considerado un hereje y que el arrianismo, que entonces era el credo que imponía el emperador, acabaría siendo perseguido. Pero esta vez era distinto, Dago quería formar parte de ellos. Ser uno más en la comunidad.

Marco era el único que conocía sus intenciones. Eldes y él le ayudaban en el mantenimiento de la sinagoga, en el que también colaboraba su segunda esposa, una mujer de nariz semítica y bonitos ojos negros llamada Sara, bastante mayor que él. Dios les había bendecido con una numerosa prole de alegres chiquillos con los que Waldo compartía juegos y risas mientras dejaban trabajar a los mayores. Diez niños y tres niñas, seis de los cuales habidos de un matrimonio anterior con el hermano de Marco, pues entre ellos seguían manteniendo la antigua costumbre de casarse con la mujer del hermano fallecido y proteger así a la familia. Los dos hombres se

habían empleado a fondo en consolidar algunos de los muros del edificio que habían sido dañados tiempo atrás a causa de un terremoto que ya nadie recordaba y que no había podido ser reparado antes por falta de recursos, y es que buena parte del dinero recaudado por el tesorero de la sinagoga debía ser enviado al Patriarca judío de Jerusalén. De no ser por la generosidad de Heliodoro, su benefactor, jamás hubieran contado con el oro suficiente para realizar la obra.

La última mañana en que trabajaron juntos, Dago notó que a Marco le pasaba algo. Estaba muy callado y su sonrisa parecía distinta a la de otras veces, mucho menos generosa, como forzada. Se hallaban reconstruyendo el ábside a la entrada de la gran sala donde se leía la Ley. Un templete de mármol y relieves dorados en el que se hallaba el arca sagrada con los rollos de la Torah. Frente a él ardía de forma perenne el fuego de una vela. Había sido donado, hacía casi doscientos años, por un tal Mindus Fausto y dedicado al emperador. Por su

bienestar y el de sus hijos, los judíos de Ostia no olvidaban jamás quién mandaba en el Imperio y a quién debían de honrar solo por debajo de Dios.

—¿Qué te ocurre hoy, Marco? Pareces preocupado —le preguntó cuando ya no pudo más. Tenía la certeza de que tenía que ver con ellos.

Marco se mostraba más torpe que de costumbre. Colocaba los ladrillos con poco acierto, ignorando la cuerda que les hacía de guía. Dago quiso echarle una mano pero, cuando se acercó a él, el judío se puso nervioso e hizo un extraño movimiento de muñeca que acabó con el contenido de la piqueta en el suelo. El mosaico blanco y negro sobre el que trabajaban quedó salpicado de masilla por todas partes.

—Lo siento. Hoy no tengo un buen día —se excusó Marco con la mirada todavía puesta en el mosaico. En realidad, le costaba un gran esfuerzo mirar a su amigo. Por no hacerlo, empezó a limpiar los restos del desastre con un trapo húmedo.

No sería un buen día tampoco para él. Heliodoro le esperaba en la gran sala, que vacía parecía aún más grande. A Dago le gustaba verla, llena a rebosar, en las celebraciones de los sábados y durante los días de fiesta con los hombres de pie y cubiertos por el manto ritual, repleto de flecos en sus cuatro costados, y el cordón de color azul pendiendo de la cintura; y las mujeres aparte con los niños. Decían que el Templo que había destruido el general Tito cuando, con sus tropas, arrasó la ciudad santa de Jerusalén era todavía más bello, aunque menos que el de Salomón. Sin embargo, a Dago le costaba creer que hubiera un lugar más hermoso en la Tierra que aquella gran sala con sus flores de mosaico y sus paredes de mármol de colores. El sol se colaba a través de inmensos ventanales abiertos al cielo iluminando la estancia con sus dorados reflejos. Ni siquiera le dio tiempo a quitarse de encima el polvo y los restos de masilla.

—Dago, te estaba esperando. Verás... sentémonos —le invitó Heliodoro, y con un gesto de la mano le indicó que tomara asiento en uno de los bancos que estaban reservados para que en él descansaran las mujeres. Su rostro tenso anunciaba malas noticias y Dago ni siquiera se sentía capaz de preguntar qué pasaba. De modo que se hizo un incómodo silencio entre los dos.

—Adelante —acertó a decir cuando por fin reunió las fuerzas que le faltaban.

—Las cosas se están poniendo muy difíciles para nosotros —comenzó Heliodoro y, al ver que el godo le seguía con atención, prosiguió con lo que tenía que decirle—: Los ancianos han deliberado y creen que ha llegado el momento de que sigáis con vuestro camino.

—Comprendo. Pero... —replicó Dago por lo bajo. No se atrevía ni a insinuar que él no quería irse de allí. Lo había pensado mucho y estaba decidido a hacerse judío. Se convertiría, dejaría que le mutilaran el pene como a los demás

hombres y seguiría en todo la Ley de Moisés. Ignoraba que entre ellos las cosas no eran tan fáciles. Hacerse judío no era como hacerse cristiano. Dago jamás podría llegar a ser judío porque no lo era. No había nacido de judíos, ni su padre ni su madre lo eran, y por sus venas no corría la sangre de Moisés. Era godo y por mucho que se circuncidara siempre sería un prosélito, un converso, un inmigrante dentro de la comunidad. Dago estaba condenado a ser un extraño allá donde fuera.

—Sois cristianos... —dijo Heliodoro, obligándole a mantenerle la mirada.

—Tampoco ellos nos quieren. Para ellos somos godos... y arrianos —susurró Dago. Mientras decía aquello pensaba en cómo se lo iba a decir a su familia.

—Eres un *nosrim*, un cristiano, y no puedes permanecer por más tiempo entre nosotros —le recordó el benefactor fríamente, con mucha menos generosidad de la que les tenía acostumbrado. El

orfebre le hablaba con sequedad—: Hasta hoy hemos cumplido la voluntad de Shelomo, pero nadie os prometió que viviríais eternamente en la sinagoga.

—Pero... Shelomo... —titubeó Dago, sin saber qué decir. Dago negaba con la cabeza, repitiéndose a sí mismo que eso no podía estarle pasando.

Heliodoro elevó involuntariamente el tono de voz cuando volvió a dirigirse a él. Aquel godo no atendía a razones y él estaba empezando a perder la paciencia:

—¡No lo comprendes! ¡Son esas malditas leyes! Desde que los emperadores se han hecho cristianos, los judíos no somos bien vistos. Siempre hemos convivido pacíficamente con personas de otros credos, incluso hemos compartido negocios con ellos, y nuestra religión nunca ha supuesto un problema para nadie, pero las cosas están cambiando también para nosotros. Los cristianos han empezado a quemar sinagogas.

Están acorralando a los nuestros con la misma saña que los paganos emplearon en su día con ellos —le recordó Heliodoro. Hablaba y movía sus delgadas manos con vehemencia, sin un ápice de elegancia, visiblemente alterado por lo que estaba contando. Hasta que la emoción hizo que se le quebrara la voz y sus manos por fin pudieron descansar—. Yo mismo padecí de joven la persecución de esa chusma cristiana y tú no sabes, Dago, tú no sabes lo que es sentir miedo.

Dago resopló al oír aquello y estiró las piernas que mantenía cruzadas por los tobillos desde que se había sentado. Permaneció un buen rato mirándose los restos de masilla en sus botas llenas de remiendos. Arqueó las cejas. ¿Que no sabía lo que era el miedo? Lo sabía, claro que lo sabía. Pero Heliodoro estaba tan absorbido por sus propios recuerdos que no le prestó atención. Giraba el anillo del dragón sobre su dedo con los ojos puestos en el pedazo de cielo que asomaba por uno de los ventanales, tal vez en las alturas

estaba la explicación a tanta crueldad por parte de los cristianos.

—Tuve que huir de Alejandría para librarme de una muerte horrible en nombre de Cristo. En las iglesias se dicen las cosas más espantosas de nosotros, dicen que somos perversos y codiciosos, que nuestra religión, que fue la suya, es una superstición indigna que ha de ser erradicada. Los obispos nos difaman en cuanto pueden, olvidándose de que ese Jesús al que ellos se han encargado de divinizar era un judío, de la estirpe de David. ¿Y sabes tú acaso por qué lo hacen?

Dago negó con la cabeza, sospechando que Heliodoro también le estaba echando la culpa a él por ser cristiano.

—Porque nos temen. Tienen miedo de que sus fieles apostaten del cristianismo y se unan a nosotros, de perder el poder que han conseguido con sus malas artes, convenciendo a los emperadores de que legislen en nuestra contra. No sé si sabes que tenemos prohibido dar asilo en las

sinagogas y que si uno de nosotros es acusado de hacer proselitismo con un cristiano será castigado con la pena máxima, la muerte.

—Siento haberos puesto en peligro —reconoció Dago, poniéndose de pie. Al decir aquello pensaba sobre todo en Marco y en Sara. Habían sido buenos con ellos y no quería que por su culpa les castigaran, de modo que aceptó marchar sin más objeciones—: Antes de mañana habremos abandonado la sinagoga. Gracias por lo que habéis hecho por nosotros.

Se dispuso a abandonar la gran sala presa de la impotencia. La noticia le había caído como un jarro de agua fría, estaba visto que no debía seguir soñando. Aquel no era el primer revés que recibía pero le había dolido de igual modo. Ignoraba qué dios había sido el que le había condenado a no ser feliz, pues en cuanto creía estar rozando la felicidad ocurría algo que le hacía despertar.

—¡Espera! Shelomo dijo que podías llegar a ser un buen orfebre. Nos dejó encargado que te

entregáramos su arcón con todas sus herramientas. Estaba convencido de que con ellas te podrías ganar la vida. Toma las llaves...

Dago vio cómo se las sacaba del cuello y sintió una punzada de remordimientos en el pecho. También había llegado a dudar de Shelomo. Cuidaría de sus herramientas, aunque no sabía si algún día las utilizaría. De repente, se dio cuenta de que Heliodoro le seguía hablando:

—... tuyas. Mientras tanto, el consejo ha insistido en que os consiga, a ti y a tu hijo, un trabajo en la fábrica de joyas del Transtiberim. Viviréis en Roma, lejos de aquí —zanjó Heliodoro mientras se levantaba del banco con un par de palmadas en sus rodillas como dando por concluida su misión. Estaba impaciente por terminar con ese asunto cuanto antes. Siempre había estado convencido de que el godo acabaría trayéndoles problemas. Se lo había quitado de en medio pero actuaba contra su voluntad, por orden de los ancianos, pues, si por él fuera, nunca le

hubiera empleado a él y a su hijo en los talleres de Cleón. Se despidió, era viernes por la tarde—: Ya se está poniendo el sol y este será vuestro último Sabbat. Espero que lo compartáis con nosotros. El domingo saldremos hacia Roma, yo mismo os acompañaré.

La fábrica de Cleón

Por fin estaban en Roma. La primera impresión resultó tan decepcionante que ninguno de ellos fue capaz de encontrar las palabras adecuadas para compartir su desencanto con los demás. De modo que mantuvieron el mismo incómodo silencio que les había acompañado durante el viaje. Era cierto que acababan de llegar y que aún era pronto para hacer algún tipo de juicio, pero lo poco que pudieron ver de Roma de camino a la fábrica distaba mucho de ser la acumulación de riquezas y maravillas de las que presumían quienes decían haber estado alguna vez en la antigua capital del

Imperio. Los foros y los grandes templos quedaban lejos de allí y, en aquellos barrios, la gloria de los Césares no asomaba por ninguna parte. En su lugar, solo se veía suciedad. Heliodoro les había conducido a través de las calles que discurrían por detrás del Emporium, el principal puerto fluvial de Roma, donde las barcazas procedentes de Portus descargaban su mercancía. En su camino se encontraron con montañas de desperdicios que se acumulaban a la puerta de los almacenes y amenazaban con igualar las colosales dimensiones del vecino monte Testaceus, por el que también habían pasado. Un colosal basurero de más de sesenta pies surgido de la acumulación, durante más de dos siglos, de ánforas, vasijas y todo tipo de desperdicios. Los romanos eran capaces de crear montañas con su propia basura y de sentirse orgullosos de su obra. Para ellos también era eso la Civilización.

Heliodoro podría haberles contado algo sobre la ciudad pero tampoco tenía demasiadas ganas de

hablar. La fatiga del viaje se le estaba viniendo encima. Dirigió la carruca hacia la otra orilla del Tíber a través del puente Probo, construido recientemente, en dirección al populoso barrio del Transtiberim. Apenas pudieron echar un ojo al que sería su barrio durante los próximos años, pues la carruca evitó ascender por sus empinadas callejuelas y siguió río arriba bordeando la falda de la colina hasta llegar a una zona de almacenes y talleres que a esas horas permanecía desierta. El día estaba encapotado y el aire de la mañana llevaba un fuerte olor a orín procedente de las numerosas lavanderías que vertían sus desechos en el amarillento Tíber. Al asomarse a mirar, Eldes comprobó con disgusto que incluso sus aguas corrían turbias.

La carruca se detuvo frente a una gran nave de chimeneas humeantes, tejas encarnadas y paredes cubiertas de hollín. Habían llegado a la mayor fábrica de producción de joyas de toda Roma, regentada desde hacía más de una década por un

antiguo esclavo, un liberto de origen griego llamado Cleón. Fue este quien salió a recibirles, alertado por uno de los capataces, que él reclutaba entre matones, gladiadores y aurigas retirados para su mayor seguridad. Todos pudieron ver cómo se le torcía el gesto al comprobar quién era el conductor de la carruca. Antes de responderle a su saludo con otro saludo más bien escueto, Heliodoro desmontó del carro, se dirigió a Waldo y a Eldes y les conminó, con el dedo índice, a que se quedaran aguardando en su interior mientras Dago y él resolvían el asunto que les había traído hasta allí.

Fueron acompañados a un minúsculo cubículo apenas amueblado y sin ventilación alguna, donde podrían hablar con mayor libertad. Entre sus sucias paredes, Cleón parecía sentirse mucho más cómodo. Era allí, en aquel cuartucho, donde vivía, pues su carácter desconfiado y controlador no le permitía estar demasiado tiempo lejos de la fábrica. Era un hombre extraño, excesivamente

dominante, que necesitaba tenerlo todo controlado para poder dormir. Él decía que había nacido para regentar un negocio como aquel, olvidándose de que no era precisamente mandando como había vivido buena parte de su más que prolongada existencia. Rondaría los cuarenta y, en cierto modo, podía decirse que la fábrica era su vida, o al menos la única que se le conocía.

La conversación entre ellos comenzó de forma tensa.

—No deberías estar aquí —soltó Cleón, nada más cerrar la puerta. Tenía la costumbre de no mirar a los ojos.

—Ha sido el consejo quien lo ha decidido, no yo. Entenderás que no podía hacer otra cosa —respondió Heliodoro con sequedad. También él parecía contrariado.

Algo les incomodaba. En un primer momento Dago había pensado que era por su culpa y que tal vez debería haberse quedado en la carruca, esperando junto a su familia a que decidieran

sobre su futuro, pero a medida que avanzaba la entrevista se fue dando cuenta de que había algo más. Era evidente que los dos hombres se conocían y, por el modo que tenían de dirigirse el uno al otro, debían de conocerse mucho más de lo que él en un principio hubiera podido llegar a sospechar.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó Cleón, tomando asiento. El único que había en la habitación. Los recién llegados permanecieron de pie mientras la conversación discurría tirante y sin ningún tipo de ceremonias.

—Qué es lo que quiere el consejo, querrás decir —le corrigió Heliodoro antes de coger a Dago por el brazo y obligarle a dar un paso al frente—. Este es Dago, es godo. Dicen que es bueno con el martillo. Mañana mismo él y su hijo comenzarán a trabajar en tu fábrica. Confío en que les paguéis lo suficiente como para que no tengan que recurrir más a nosotros... Lo digo por el bien de todos —deslizó de forma ladina, acompañando

sus palabras con una sonrisa, y entreabrió la puerta haciendo ver que había dado por zanjada la conversación.

—Veo que no tengo más que decir —se limitó a responder Cleón, mientras tomaba impulso para incorporarse. A él no le hacía ninguna gracia tener a un godo entre sus trabajadores, pero no tenía más remedio que aceptarlo. Dio unos pasos hacia la puerta y volvió a cerrarla, por precaución. Quería ser él quien dijera la última palabra—: Eres tú el que ha decidido arriesgarse... —le contestó con otra sonrisa, y entonces se dirigió a Dago—: Y, tú, godo, solo una advertencia. Si me entero de que has movido un solo dedo a mis espaldas, haré que te arrepientas para siempre de este bonito día.

Empezaron a trabajar a la mañana siguiente. La fábrica era un auténtico emporio de donde diariamente salían cientos de joyas. Las había para todos los gustos y de todos los precios, pero, tal y como solía decir el propio Cleón, palpándose ostensiblemente la bolsa del dinero que siempre

llevaba colgada al cinto con sus manos llenas de mugre: «Quien quiera cosas bellas tiene que pagar por ellas.» Las joyas, en su gran mayoría baratijas y piezas de oro de muy baja calidad, eran distribuidas por los principales mercados y foros de la ciudad, e incluso importadas a otros lugares del Imperio, donde competían con la producción de los joyeros orientales. Desde placas y argollas para adornar el cuello de los esclavos hasta alhajas de muy delicada factura, las menos, salidas de las manos de veteranos orfebres, empleados de la fábrica, con las que se adornaban los cuerpos más aristocráticos de la vieja Roma. Desde las más vulgares a las más refinadas: amuletos, camafeos, pulseras y pendientes a juego, con forma de serpiente o con piedras incrustadas, de filigrana o salidas en serie de un molde. Todas destinadas a hacer un poco más feliz al pueblo romano. Y de eso se vanagloriaba precisamente Cleón, del buen servicio que hacía al Estado alimentando con sus joyas la desmesurada vanidad de la plebe y la

infinita codicia de los ricos, pues, según él decía, si en Roma el oro se pudiera comer, ningún romano llenaría de pan y nabos el estómago.

Los romanos adoraban el oro. Y él podía ofrecérselo: oro puro, para la más rancia nobleza y la aristocracia más exigente; oro de peor calidad pero de similar apariencia, para las clases medias y menos pudientes; metales dorados, para el populacho. Sus orfebres sabían cómo imitarlo, conocían muchos de los secretos de la alquimia, el Divino Arte al que Shelomo había dedicado su existencia; pero, si este había invertido toda una vida en desvelar sus más profundos secretos para crear oro de verdad, a Cleón le bastaba con poder falsificarlo, con el objetivo, para él no menos encomiable, de que la plebe pudiera lucir joyas igual de hermosas y él pudiera enriquecerse un poco más. El deseo por poseer oro era tal que algunas mujeres podían llegar a arruinar a sus complacientes maridos con tal de poder presumir ante sus amistades, o venderse a sí mismas por un

simple anillo. Era una enfermedad de la que ni siquiera Dago se libraría. El deseo de oro era tal que los habitantes de la vetusta Roma eran capaces de cualquier cosa con tal de poseerlo.

—Tú, mocoso, coge ese medallón y un trapo y no dejes de frotar hasta que pueda ver mi culo reflejado en él —gritó Cleón en cuanto vio aparecer a Waldo junto a su padre. Lo cogió del pescuezo para mostrarle un montón de piezas que esperaban, en un gran capazo de mimbre, a ser pulidas. Y, una vez hubo colocado al hijo, dio media vuelta para dirigirse al padre—: Y tú, godo, acompáñame. Veo que tienes buenos músculos, ¿no serás uno de esos guerreros que tanto asustan a nuestros emperadores? —Cleón sabía de la guerra casi tanto como de gramática: nada.

A Waldo se le habían acabado los juegos. Dago lo dejó frotando junto a otros cinco chavales, todos ellos esclavos de la fábrica, que se esforzaban en hacer bien su trabajo delante del amo, sin atreverse casi ni a respirar por miedo al

castigo. Sabía que era un trabajo pesado, pero le vendría bien trabajar y que aprendiera lo que es la vida, pues le preocupaba que su hijo jamás se hubiera tenido que esforzar por nada. Eldes y él se lo habían dado todo hecho. Él mismo se había pasado años puliendo y abillantando las piezas que Ruodwouf fabricaba en la herrería.

Acompañó a Cleón a través de los distintos talleres hasta el puesto que le tenía reservado. Era incapaz de calcular cuánta gente trabajaba allí, eran varias decenas de hombres y niños que se afanaban en cumplir con su trabajo ante la vigilante mirada de los capataces y del propio Cleón, que no podía evitar pasearse de vez en cuando para controlar cómo iba la producción.

—Heliodoro dijo que eras bueno con el martillo y espero que también seas rápido. Aquí pagamos por lámina trabajada. ¿Sabes lo que tienes que hacer, no? Ahí está el oro, envuélvelo en una de las pieles y empieza a batir hasta que dejes de sentir el brazo —trató de bromear Cleón,

pero se le acabaron las bromas al ver que Dago dudaba. Tal vez ese estúpido godo no entendía el latín, así que se lo aclaró de mala gana, hablándole como si fuera idiota—: ¿Ves? Tienes que conseguir láminas como esta, cuantas más mejor para todos. Lo suficientemente consistentes como para que no se rompan y lo suficientemente finas como para poder trabajarlas. ¡Tú no, imbécil!, otros. Esto no es un taller de aldea, aquí cada uno tenéis vuestro trabajo, ¿entendido? ¡Será mejor que no me decepciones, godo! —le amenazó antes de desaparecer.

—Uy... ¡Qué miedo! Tranquilo, godo. Aquí en Roma decimos que el perro temeroso ladra con más fuerza que muerde, y Cleón debe de tenernos mucho miedo —oyó decir a uno de los hombres que batía oro junto a él, pero prefirió ignorarlo para no buscarse problemas. Cubrió el oro, tomó la maza y comenzó a golpear la piel rítmicamente, como cuando estaba en la herrería.

Había entrado en la fábrica de Cleón por la

puerta grande, con la categoría de *faber*, es decir, cobrando mucho más salario que los operarios cuando le correspondía empezar como aprendiz. Trabajaría como *brattarius*, batiendo el metal hasta convertirlo en láminas. Era un trabajo pesado y lento que requería cierta destreza. Dejó asomar la punta de la lengua entre los labios y se evadió del mundo, disfrutando de cada golpe, tanto es así que por poco no oye los gritos de uno de los capataces, dirigiéndose a él con escasa amabilidad:

—¡Eh, tú, el nuevo! Cleón quiere saber dónde vives —le interrumpió el capataz.

Acababa de tener la mala fortuna de conocer a la mano derecha de Cleón. Un auriga retirado de orejas puntiagudas y cejas tupidas y grises, tan agresivo como un lobo, al que todos conocían por Lupo. La pregunta le había venido tan de sorpresa que abandonó la maza sin saber qué contestar. Ni siquiera se atrevió a levantar la vista de la plancha de metal que había estado bataneando.

—No tenemos casa... de momento. Hemos dormido en una pensión, cerca de aquí —respondió entre titubeos.

—*Barbarus* —le espetó el capataz, torciendo el labio superior con asco. No contento, se acercó a él para amenazarle con el dedo—: Será mejor que estés diciendo la verdad y ¡vete buscando un apartamento!, que al amo le gusta saber dónde descansan sus asalariados.

—Todavía no conozco Roma —se excusó Dago avergonzado por su acento. Al punto se arrepintió de haber abierto la boca, aún le quedaba mucho por aprender.

—Al amo eso le da igual —concluyó el capataz, perdonándole la vida.

«Un problema más», pensó Dago mientras retomaba su tarea. Estaba rabioso contra sí mismo, tenía que aprender a no dar tantas explicaciones. Cuando se quiso dar cuenta le estaba atizando a la

lámina con mucha más fuerza de la que debía hasta terminar agujereándola. Vio el agujero pero aun así volvió a golpear, aún con más rabia: «¡Y otro más!» Caviló cómo solucionar aquello, pues había estropeado el trabajo.

—Coge un trozo de masa y hazle un remiendo —le aconsejó uno de sus compañeros de banco, el mismo que se había burlado de Cleón. Era evidente que trataba de ser simpático. Se presentó —: Me llamo Rufio y tú Dago, ¿verdad? Es bueno que conozcas mi nombre porque vamos a pasar muchos días juntos. Yo puedo ayudarte.

—¿De verdad? —preguntó Dago con algo parecido a una sonrisa. Hasta ese momento no se había fijado demasiado en él. Su compañero debía de tener poco más o menos su edad y unos ojos desproporcionadamente grandes para su diminuta cabeza de pájaro. Era menudo como un niño, no debía alcanzar la altura de Waldo.

—De verdad, tú fíate —trató de tranquilizarle el tal Rufio—. En mi *insula* alquilan un

apartamento. No es el Palatino pero nosotros tampoco somos los chambelanes del emperador. Y, además, seremos vecinos.

Dago era un pardillo, un recién llegado, y aún le quedaba mucho por aprender sobre la fauna que habitaba en Roma y sus peculiares costumbres. Rufio era menudo de estatura, pero demasiado largo para según qué cosas. Las veía venir de lejos y a él lo había calado desde el primer momento. No es que fuera un farsante, ni un aprovechado, simplemente era un romano. Los romanos, en especial los de las clases más bajas, veían el negocio en las situaciones más inverosímiles. Al igual que los godos solían ser impetuosos en exceso, ellos eran pillos por naturaleza. Y ese Rufio lo era. Rara vez se embarcaba en un asunto del que no pudiera sacar beneficio y todo parecía indicar que aquel no iba a ser una excepción.

Tal y como estaban las cosas, cualquier

ingreso extra era bien recibido y Rufio no podía permitirse dejar escapar una situación así. El bajo techo del edificio de apartamentos en el que vivía llevaba años sin poderse alquilar por el ruinoso estado en el que se encontraba. No estaba en condiciones de que ningún romano lo habitara, pero al tratarse de un godo la cosa cambiaba. Sin intención de menospreciar a nadie, había oído decir que esas gentes estaban acostumbradas a vivir en sus carros, con la única protección del cielo y la lona que los cubría. Estaba convencido de que el godo y su familia no rechazarían la habitación solo por unos desperfectos en el techo, y el dueño de la *insula* —era así como en Roma llamaban a los bloques de edificios—, le agradecería la gestión con un buen pellizco. De modo que todos saldrían ganando.

Quedaron después del trabajo a la entrada de la *insula* y, cuando llegaron, Rufio ya lo tenía todo solucionado. Según les dijo, había tenido que negociar, pero al final le había sacado un buen

precio al dueño, mucho mejor de lo que esperaba y, por supuesto, nada dijo de la comisión más que sustanciosa que se había llevado por las molestias. Se limitó a entregarles las llaves, un trozo de pergamino que llevaba metido en el interior de la túnica y se despidió con un «¡Hasta mañana!», pensando en desaparecer de allí antes de que la familia subiera los más de cien escalones que separaban su nueva casa del suelo.

—Esto es un nido de águilas —ironizó Eldes mientras arrastraba un aparatoso fardo con sus pertenencias escaleras arriba. Se detuvo unos instantes para tomar aire y protestar—: Ese amigo tuyo nos ha metido en el cuchitril más alto de Roma.

Cuando llegaron arriba, la puerta estaba entreabierta y Dago no tuvo más que empujarla para poder entrar. Un molesto olor a humedad les dio la bienvenida.

—Bueno, ¿y bien? ¿Qué os parece nuestra nueva casa? No decís nada, parece que os hayáis

quedado mudos de repente —ironizó Dago, aunque de inmediato se arrepintió de sus palabras. Tenía mucho cuidado en no herir a su mujer; en realidad, los dos preferían no acordarse de cuando ella era incapaz de hablar.

Ante sus ojos apareció un minúsculo cubículo, de paredes desconchadas y suelo de tierra prensada, en el que por no haber no había ni un hornillo para calentar la comida. Corría algo de aire, eso sí; en unos instantes descubrirían el porqué. El apartamento, si es que se podía llamar así, ocupaba el bajo techo de un elevado edificio de seis plantas que iban a tener que compartir con otras tres familias.

—¿Esperas que subamos todas esas escaleras cada vez que nos atrevamos a salir a la calle? —preguntó Eldes, ahorrándose los comentarios sobre la casa. El vecindario no es que fuera lo mejor de la *insula*. Se hallaba en una de las calles que ascendían por la ladera oeste del Transtiberim, en una de las zonas más pobladas y sucias de aquel

distrito de las afueras. Una zona muy depauperada por culpa de la crisis, por la que corrían las aguas menores de sus habitantes con la fuerza de un río de montaña, haciendo que el olor fuera cuando menos desagradable.

—En Roma se construye así —respondió Dago, tratando de escurrir el bulto. Tampoco él estaba muy convencido de que fuera la mejor elección—. Sé que está un poco alto, que la calle está sucia, que no es el Palatino, pero tenemos que estar agradecidos a Rufio por habernos encontrado una casa que podemos pagar. Nadie quiere alquilarle la casa a un extranjero, y menos aún a un godo. Pero mirémoslo por el lado bueno, al menos tenemos un techo dond...

—¿Un techo, dices?! ¡Dago, ven a ver esto! —gritó Eldes completamente fuera de sus casillas.

—¿Son águilas? —preguntó Waldo, impostando el tono de voz y haciéndose el tonto con la única intención de incomodar todavía más a su padre. De sobra sabía que eran palomas, media

docena de palomas que entraban y salían a su antojo por un boquete del techo.

—Por lo que vamos a pagar, no habríamos encontrado nada mejor —sentenció Dago, reproduciendo las palabras de su nuevo vecino sin demasiada convicción. Se acercó a Eldes e intentó animarla—: En cuanto tenga tiempo, yo mismo lo arreglaré.

Mientras Eldes y Dago conseguían instalarse en Roma junto a su hijo Waldo, en Oriente, Alarico y sus godos eran asentados en Macedonia sobre la base de un nuevo pacto de paz con el emperador Arcadio. El rey de los godos al fin había conseguido su objetivo: ser nombrado general de los ejércitos imperiales en el Ilírico, cargo del que no tardaría en ser destituido por un cambio en la política imperial.

Un paseo por Roma

—He estado en los baños con Rufio, deberías ir un día. A las mujeres también se os está permitido entrar, por las mañanas, cuando no hay hombres —comentó Dago mientras observaba con melancolía cómo su mujer vertía las sobras de la cena en la misma olla de barro de la que habían salido. ¿Qué había sido de la niña que alborotaba en la aldea? Eldes vivía perennemente con el ceño fruncido y arrancarle una sonrisa era una verdadera proeza.

—Los godos no necesitamos ponernos a remojo. Somos guerreros, no hierbas de pantano

—le cortó Eldes con aspereza sin levantar la vista de lo que estaba haciendo.

—Rufio dice que es bueno para el cuerpo —replicó Dago, callándose de inmediato al comprobar que ella había vuelto a torcer el gesto. Le hubiera gustado contarle más; hablarle de las grandes piscinas de agua caliente, de los baños de vapor, de los mármoles, de las estatuas que los adornaban, y de todo el lujo que había en ellos. Un lujo que le hacía sentirse a uno como un emperador. Del que podía disfrutar cualquiera, incluso él que era un bárbaro. Para Dago, los baños de Diocleciano, en los que se decía que había asiento para al menos tres mil hombres, eran una de las maravillas que escondía la ciudad.

—El agua debilita a los hombres. No hay más que verlo a él, enclenque y debilucho como un mancebo —concluyó Eldes de malos modos, levantando la olla por las dos asas para llevársela de allí, no sin antes decirle a Dago lo que realmente pensaba. Hacía años que a ella no se le

hacían agrias las palabras. Se decía a sí misma que de qué le valía haber recuperado la voz si iba a tener que seguir callándose. Volvió a dejar la olla, apoyó las manos sobre el viejo tablero que les servía de mesa y se inclinó hacia su esposo para soltar todo lo que se había estado guardando respecto a su vecino, en un tono que podía sonar a regañina—: Dago, Dago... te estás dejando llevar por ese Rufio amigo tuyo como si fueras un niño. «Rufio hace...», «Rufio dice...» y tú no te das cuenta, pero últimamente solo hablas por boca de él. —Se incorporó dispuesta a hacerle una última advertencia—: Y ese no es trigo limpio, te lo digo yo.

—Siempre estás hablando mal de la gente que nos rodea, solo porque son romanos. Eldes... Creo que ya va siendo hora de que perdonemos —repuso Dago, pretendiendo apaciguarla.

—Tú lo has dicho. Los godos tenemos demasiado que perdonar y, desde luego, yo no pienso hacerlo —sentenció Eldes, volviendo a

levantar la olla contra su vientre para ir a posarla sobre el baúl de Shelomo, que seguía igual de cerrado que cuando lo recibieron. Por no hacerlo sobre el suelo, pues en aquel cuartucho los únicos muebles que había eran el tablero en el que habían comido y los lechos rellenos de paja donde dormían.

En cuanto vio a Rufio la primera vez, Eldes supo que lo peor de vivir en aquella cochambre que amenazaba con derrumbarse de un momento a otro, no era el mareante olor a cal húmeda que lo impregnaba todo, ni las palomas que se colaban por el hueco del tejado, ni el frío, ni el calor, sino quien sería su nuevo vecino. Y el tiempo le fue dando la razón. Rufio era como una pulga que se les había metido en casa y no había forma humana de quitárselo de encima. Entraba y salía a su antojo, se tomaba unas libertades que al menos ella no le había dado y, lo peor, es que actuaba como si le debieran la vida por haberles metido en aquel cuartucho infame, del que ella no salía más

de lo necesario.

Eldes bajaba a la calle solo si era menester ir al caño o deshacerse de las aguas sucias; y eso último lo hacía porque el cubículo no tenía ventanas por donde arrojarlas, si no, por una vez, imitaría con gusto las costumbres de los romanos. Se pasaba los días allí metida, esperando a que los suyos regresaran de la fábrica y dejando que la soledad la fuera consumiendo. Se arrepentía tanto de haber abandonado la granja..., habían sido tan felices... Y todavía lo serían si a él no se le hubiera llenado la cabeza de pájaros. Como era de esperar, nada de lo que les prometió Shelomo se había cumplido y, aun así, Dago parecía conforme con la vida que llevaban. Trabajaba mucho, quizá demasiado, pero le gustaba su trabajo y lo hacía bien, el que mejor. En la fábrica habían empezado a reconocerle su extraordinaria habilidad con los metales desde el día en que Cleón le mandó llamar y le dijo:

—¡Godo! A ver lo que eres capaz de hacer con

este hilo de oro. —El resultado cambió la opinión que tenía sobre él. De sus manos fue saliendo una exquisita filigrana que acabó convirtiéndose en unos pendientes, tan finos y ligeros que parecían hechos de espuma. Cleón enseguida se dio cuenta de que el godo era una mina que había que explotar. Era vanidoso, eso sí, pero la vanidad bien conducida podía llegar a ser muy beneficiosa para todos. Y a partir de aquel día comenzó a alimentarla con trabajos cada vez más complejos, acompañados de pequeños aumentos de salario, halagos y algún que otro privilegio. Haciendo, por ejemplo, la vista gorda ante el escaso interés de su hijo por las tareas, cuando, tratándose de otra persona, lo hubiera puesto en la calle por inútil.

Una mañana llamaron suavemente a la puerta del cubículo. Tras esta apareció una mujer de aspecto frágil y nervioso que se presentó de manera atropellada, como si acabara de arrepentirse de su atrevimiento. Dijo llamarse Silvina. Vestía túnica gastada y excesivamente

holgada que parecía prestada, bajo la que era difícil imaginar forma alguna de mujer. Eldes la reconoció de inmediato. Era la vecina. La veía espiarles con frecuencia por el resquicio de la puerta siempre entreabierta y para Eldes era más que evidente que desconfiaba de ellos por el hecho de ser godos. Vivía sola con sus hijos. Según le contó, plantada y angustiada al otro lado del umbral, se había quedado viuda de muy joven; aunque hacía de eso tanto tiempo que ya no era únicamente la soledad lo que la consumía, sino la pobreza. Estaba tan nerviosa que las palabras se confundían unas con otras y sus manos no paraban de moverse, como si no acabaran de estar cómodas las pusiera donde las pusiera. Eldes se fijó en que se mordía las uñas. Aquella mujer lo estaba pasando mal. El dueño la amenazaba con echarlos de allí si no pagaba el dinero que debía y que, por supuesto, ella era incapaz de reunir por sí misma. Y por eso se había visto obligada a acudir a la caridad de la Iglesia, pues tanto ella como su

marido muerto eran creyentes. Había oído decir en el *titulus* del mártir Crisóforo, donde se reunía con otros hermanos para celebrar la Eucaristía, que la diócesis de Roma pagaba el alquiler a más de un millar de viudas. Estaba desesperada, había rezado tanto para que la aceptaran en la nómina de los pobres que ni siquiera la consolaba ya rezar. Necesitaba esa ayuda, pues con lo poco que recibía del Estado ella y sus criaturas podían sobrevivir pero no pagar al propietario. Y sobre todo necesitaba hablar con alguien.

El reparto público de comida era insuficiente para la cantidad de pobres que generaba la capital. Y eso que, desde Aureliano, las prestaciones alimenticias a la plebe romana ya no consistían en cereal sino que se repartía pan, elaborado en tales magnitudes que los molinos y hornos del Janículo no daban abasto; además de aceite, carne de cerdo y vino a muy bajo precio. Una pesada carga para las arcas de un Estado que no dejaba de incrementar e inventar nuevos impuestos con los

que mantener su hiperbólica organización, pero que a la larga garantizaba la paz social tan necesaria en una ciudad de cientos de miles de habitantes como era Roma, que por aquellos años no alcanzaba el millón.

Eldes nunca se había visto en una situación como aquella, ya que siempre la habían ayudado a ella, y, durante meses, hizo todo lo posible por aliviar la penosa situación de su vecina. Las dos mujeres se acostumbraron a estar juntas. Se hacían compañía, incluso puede que en algún momento pudieran sentir que eran amigas a pesar de las insalvables diferencias que existían entre ellas.

—No lo entiendo. Si tanto daño os hemos hecho, ¿por qué estáis aquí? —le preguntó Silvina en una ocasión sin apartar los ojos de Eldes, unos ojos tristes y hastiados de tener que contemplar penurias. Como ella, eran muchos en Roma los que pensaban que los extranjeros les estaban robando el pan. Eldes se hacía esa misma pregunta cada mañana en cuanto se quedaba sola, sin más

compañía que sus recuerdos, entre las desnudas paredes del cubículo: «¿Qué hacían ellos en Roma, viviendo miserablemente entre los enemigos de su pueblo?» A pesar de su indignancia, Silvina pensaba que Roma era Roma y le costaba comprender que su vecina pudiera echar de menos el mundo del que procedía. Un mundo de salvajes y bárbaros, aún por civilizar.

Eldes seguía siendo una mujer orgullosa que jamás olvidaba de dónde venía. Era una goda, hija del dios Gután, y por sus venas corría la sangre de los Baltos, la noble estirpe de la que también Alarico parecía descender. Y ni las miradas de desprecio, ni la fingida indiferencia de los romanos, ni siquiera los impertinentes comentarios de su vecina, iban a conseguir que Eldes se humillara ante nadie. En cuanto reunió el dinero suficiente, le pidió a Dago que le fabricara un telar. Había observado que los esclavos en Roma vestían como ellos, con túnicas de color pardo algo más cortas que las suyas y ceñidas a la

cintura con un cinturón de cáñamo, y ella no podía permitir que les confundieran con esclavos. Compraría lanas de colores vistosos, rojos, amarillos, azules, y tejería túnicas nuevas para toda la familia. Eso la mantendría ocupada durante todo el invierno.

Waldo siempre estaba dispuesto a acompañarla al mercado. Aunque últimamente se mostraba reservado, tan esquivo como un toro, y hasta rehuía los gestos de cariño con que le recibía su madre al volver del trabajo. Eldes temía que se hubiera metido en algún lío o que quizás estuviera demasiado cansado, no fuera a caer enfermo. Pero se guardaba sus temores para sí, negándose a aceptar lo que ella en su fuero interno sospechaba desde hacía tiempo: que su hijo, su pequeño Waldo, se estaba haciendo mayor y que por eso había empezado a desdeñar sus cuidados, y que pronto —eso era lo que más le dolía— precisaría las caricias de otra mujer. Intentaba no pensarlo porque al hacerlo sentía un dolor agudo en el

pecho como si alguien le estuviera exprimiendo el corazón.

Waldo soñaba con una muchacha. La había encontrado en un par de ocasiones paseando con gesto distraído entre los puestos del mercado cubierto que había muy cerca de su casa. Las suficientes como para que su recuerdo le ocupara las noches y buena parte del día. Nunca había visto a nadie como ella, parecía sacada de una de esas canciones de enamorados que su madre acostumbraba a cantarle. Tenía la piel del color del pan recién horneado y los labios jugosos y dulces como la fruta fresca. Todo en ella era dulce, suave y delicado: su forma de andar y de moverse, de dirigirse a la vieja que siempre la acompañaba y que a su lado parecía haber cumplido más de cien años; el modo en que le había sonreído y cómo había ocultado su cándida mirada tras el fino manto que le cubría la cabeza, del mismo tono rosado que sus mejillas. Dejó que su madre eligiera entre el colorido surtido de lanas que se

balanceaban sobre los cestos de tinte y los sacos de vellón, mientras él se entregaba con ansiedad a la secreta búsqueda de la muchacha.

Eldes estudiaba el género con detenimiento, palmando la lana con la sabiduría de quien ha tejido desde niña, tan concentrada en su elección que no se dio cuenta de que la estaban robando hasta que sintió un tirón en el brazo y los nervios comenzaron a apoderarse de ella, impidiéndole hacer otra cosa que lamentarse, primero en latín y luego en su propia lengua. El tendero la miraba atónito sin comprender ni una sola de las palabras que salían de su boca y que a él le resultaban tan ásperas y malsonantes como los ladridos de un perro. Al darse cuenta de que la extranjera ya no iba a poder pagarlas, lo único que le importaba era recuperar las madejas que Eldes se negaba a soltar de las manos, mientras repetía entre sollozos que le habían gustado la azul y la amarilla, aunque tal vez la roja le fuera bien a Waldo, pero que le habían quitado el dinero y que eso solo podía

pasar en Roma, que en Roma eran todos unos ladrones... y que... De pronto, se dio cuenta de que Waldo también había desaparecido:

—¡Mi hijo! ¡Me han robado a mi hijo! —gritó asustada al comprobar que no estaba donde lo había dejado, esta vez en latín.

El vendedor por fin comprendió algo y pudo tranquilizarla mostrándole con gestos dónde estaba Waldo, que había salido corriendo detrás de la ladrona.

—Dame el dinero, ¿me oyes? ¡Dámelo! —gritó Waldo, agarrándola por el cuello.

—Tranquilo, rubio, que estás muy nervioso. ¡Vaya numerito me estás montando por un puñado de monedas! Y yo no tengo ningunas ganas de discutir, así que quédatelas y ¡lárgate! —contestó ella con la chulería propia de los arrabales de Roma, zafándose de él con un brusco empujón. Acababa de cometer una imprudencia de la que no quería llegar a arrepentirse. Se había dejado atrapar por ese idiota que, al final, iba a conseguir

que la pillaran, y ella temía a la guardia urbana más que a la peste. Debían de tener la misma edad, aunque a primera vista eran como la noche y el día; ella, de piel morena y sucia, con una espesa maraña de pelo castaño cubriéndole buena parte de la cara, y él rubio, demasiado rubio como para no llamar su atención.

Dejó que la ladrona saliera corriendo y se quedó plantado allí mismo, sin saber hacia dónde mirar, con la bolsa de monedas en la mano, en medio de varias decenas de curiosos que se habían acercado a husmear; muchos la conocían y no pocos habían padecido la habilidad de sus manos, pues Fulvia, que así se llamaba la ratera, era una de las habituales del mercado. Entre la gente se hallaba ella, en compañía de la vieja. Waldo levantó la vista y sus ojos se encontraron. Él enrojeció, incómodo y a la vez orgulloso de haber actuado como un valiente al ver que la muchacha de sus sueños le estaba premiando con una sonrisa, la más bonita de su repertorio. Esa tarde les costó

despedirse, hubieran seguido mirándose hasta que el mercado hubiera cerrado sus puertas, pero la vieja, que en realidad era su nodriza, tiró de ella para hacerla marchar. Aun así les dio tiempo a volverse un par de veces para decirse adiós con la mirada o, al menos, hasta pronto.

Waldo no se imaginaba que volvería a ver a la ladrona al día siguiente, a la salida de la fábrica. Le dio tanta rabia que estuviera allí que fingió no haberla reconocido y siguió caminando hacia su casa sabiendo que la llevaba detrás. Si aceleraba, ella también lo hacía; si detenía el paso, ella se detenía; y si doblaba una esquina, ella la doblaba tras él. Hasta que se cansó:

—¿Se puede saber por qué me sigues? —le preguntó, enfrentándose a ella. Estaba demasiado cansado de frotar como para andar jugando al ratón y al gato con una ladrona.

—Por tu pelo. Es casi blanco —contestó

Fulvia, deseando poder tocarlo. Algunas de las amigas de su madre se ponían pelucas o se aclaraban el pelo para parecer rubias.

—Ya —contestó Waldo, encogiéndose de hombros. Hubiera preferido que le hubiera dicho cualquier otra cosa. Empezaba a estar harto de que todo el mundo le mirara el pelo.

Le pareció menos fea que el día anterior, tal vez porque se había lavado y peinado para él. Era una situación tan estúpida que acabó haciéndole reír.

—¿Vamos a los foros? —propuso ella, regalándole una sonrisa pícaro.

—¿Los foros, qué foros? —preguntó Waldo, bajando por completo la guardia. Ya no estaba tan enfadado.

—Pero, tú, rubio, ¿de dónde has salido? —bromeó Fulvia, divertida por su ignorancia. Para ella no saber qué eran los foros era casi tan grave como no saber dónde estaba la Subura, y Waldo no sabía ni una cosa ni la otra. Pocas veces cruzaba el

ponte para ir al otro lado, pues sus padres se lo tenían prohibido.

—Soy godo. Mis padres también lo son. Hace poco que vivimos en Roma —se excusó, molesto de que se riera de él.

—Así que godo... —replicó ella, observándole bajo sus párpados caídos. Se estaba tomando su tiempo dispuesta a estudiarle y le miraba detenidamente con los ojos entornados y la cabeza ladeada, forzando una pose más bien chulesca con la que pretendía intimidarle. En realidad lo que le estaba diciendo era: «Aquí tú no vas a conquistar nada, es Roma la que conquista.» Había oído decir a un cliente de su madre que los godos estaban muy crecidos últimamente, después de haber dejado Oriente hecho unos zorros; y que, si los emperadores no actuaban con contundencia, acabarían comiéndose a Occidente por los pies, empezando por Roma y siguiendo por todo lo demás. Así que le retó—: ¿Sabes lo que te digo, rubio?, que voy a enseñarte la ciudad, solo para

que te enteres de dónde os habéis metido. ¿A que no sabías que el mundo desaparecerá cuando desaparezca Roma, y que al mismísimo rey de Persia por poco le da un telele al ver todas las riquezas que hay aquí, y que...?

Waldo mordió el anzuelo que le había lanzado Fulvia y cruzó con ella al otro lado del río. Sentía el impulso de desobedecer a sus padres. La chica le guio hacia el corazón de Roma, encantada de poder pasear a un godo tan guapo por las concurridas calles del centro. No dejaba de parlotear. Gesticulaba, señalaba y se detenía cada poco para mirarle y coquetear con él, y si llegaban a algún sitio que ella consideraba interesante, aminoraba el paso y se preparaba para dar una explicación que rara vez coincidía con la realidad. Sus limitados conocimientos se basaban en las cosas que oía decir a la poco selecta clientela de su madre, y que ella repetía con escasa fidelidad, aunque con tal convencimiento que era difícil dudar de su palabra.

Se había hecho el firme propósito de impresionarle, por eso le llevó hasta las puertas del Circo Máximo, donde competían los verdaderos héroes de Roma. Por aquellos años, los romanos seguían las carreras con tal pasión que parecía que se les fuera a ir la vida en cada resultado. La mayor ilusión que podían tener era ver triunfar los colores de su auriga, máxime si su victoria iba acompañada de alguna apuesta a su favor que pudiera dejar algún dinerillo. La mayoría no conocía otro credo ni otra religión que los juegos, el vino y el azar. Los romanos se jactaban de haber conquistado el mundo pero huían de la guerra. Quien más y quien menos vivía entregado al ocio y la molicie; a la vida fácil, la música, los bailes y los banquetes sin más aspiración que la de que sus gobernantes les dejaran vivir en paz.

Fulvia le cogió de la mano y bordeó con él la falda del Palatino, con sus templos, sus palacios y sus jardines llenos de plantas, en el que habían

residido los emperadores hasta que Roma dejó de ser la única sede del Imperio. Honorio tenía su corte en Milán aunque, cuando viajaba a Roma, también él se alojaba allí, en el Palacio de los Césares, con su esposa María, una niña de apenas siete años con la que acababa de casarse, hija de Estilicón, que era quien en realidad mandaba en la Parte Occidental del Imperio. Aceleró el paso para evitar problemas con los guardias que vigilaban la colina y lo condujo por la Vía Sacra en dirección a los foros, hasta el Foro Romano, donde siempre había oído decir que se concentraba el pasado más glorioso de Roma y donde se hallaba el Senado, cada vez con menos poder pero con muchos siglos de tradición a sus espaldas.

Waldo se fijó en que algunos de los templos habían sido desmantelados y que el corazón de Roma estaba abandonado, como lo estaban los comercios del centro, pues eran muchos los comercios que, debido a la crisis y al descenso de

población de la capital, se habían visto obligados a cerrar sus puertas y no atender más a sus clientes. Tardaría años en conocer que el verdadero poder de Roma ya no estaba allí, entre las viejas instituciones, sino en el Laterano, donde residía el obispo de Roma. Los prelados habían asumido el poder en concomitancia con los emperadores, y presionaban para que se legislara en contra del paganismo. Por eso se estaban cerrando los templos, el fuego de Vesta se había apagado y pronto los baños se quedarían sin estatuas.

Al abandonar los foros, Fulvia le dijo que le enseñaría a robar, y al pasar por la Subura, el mayor distrito de lenocinio de la ciudad, dejó que su oscura maraña de pelo le ocultara el rostro para que nadie de por allí la reconociera y evitó contarle nada sobre el barrio donde había nacido, pues, si trataba de impresionarle, la Subura no era precisamente el orgullo de Roma.

—¡Levanta la cabeza! ¿A que es tan alto que es

imposible ver el final? —le preguntó, estirando el cuello y arqueando exageradamente el cuerpo hacia atrás para tratar de alcanzar con la vista la inmensa mole de piedra que crecía frente a ellos. Para impresionarle aún más acabó prometiéndole algo que para ella era poco más que un sueño—: Algún día te llevaré a los juegos y verás cómo rugen los leones en la arena.

Se hallaban a los pies del anfiteatro, donde en los días de fiesta rugían las fieras y se derramaba sangre como en la guerra. Fulvia había querido que se sintiera tan pequeño e insignificante bajo sus inmensas arcadas de piedra como se sentía ella, para que no olvidara nunca cuál era el poder de Roma. Se acercó hacia él hasta casi rozarle la cara con la punta de la nariz y le amenazó con el dedo:

—Ahora, rubio, vas a tener que escucharme.

Waldo le sonrió de medio lado, burlón. Eso era precisamente lo que había estado haciendo toda la tarde.

—Los romanos tenemos nuestro carácter y no os lo vamos a poner tan fácil como los griegos de la otra parte del Imperio. Constantinopla será muy rica y muy grande, pero Roma es la que ha conquistado el mundo, ¿lo entiendes? Que sepas que no se va a dejar conquistar —repitió Fulvia con vehemencia, aunque en realidad estaba luchando contra sus propios deseos. Ya no sabía si se refería a Roma o a su corazón. De Roma estaba segura, muchas veces había oído decir que era eterna como el mundo y que estaba llamada a guiar el destino de los hombres, pero de sus sentimientos ella no respondía—. Será mejor que te quede claro. Por si has venido a conquistar algo.

Barbarus!!!

Fulvia era el ser más rematadamente divertido, alocado e imprevisible que él había conocido. Se veían casi todos los días a la salida de la fábrica. En cuanto el capataz daba por concluida la jornada, Waldo se apresuraba hacia la puerta sin malgastar un instante en terminar de pulir lo que tuviera entre manos y la buscaba por la orilla del río para reunirse con ella, deseando cada tarde que no le hubiera fallado. Necesitaba la libertad que ella le daba. Ese trabajo no estaba hecho para él. Lo consideraba aburrido, lento y degradante. Los capataces le trataban como si fuera un esclavo,

haciéndole frotar una pieza tras otra con arena y un trozo de tela, que él mismo se encargaba de humedecer a salivazos, hasta conseguir que quedaran brillantes como un espejo. Algunas joyas eran tan pequeñas que resultaba casi imposible que cupiera en ellas el culo de Cleón, pero otras eran muy grandes y difíciles de manejar. Entonces se las anclaba entre las rodillas y las abrillantaba con las dos manos, moviendo los extremos de la tela hacia delante y hacia atrás, sin perder el ritmo ni levantar la vista para que el capataz no se viera tentado a utilizar el látigo. No les estaba permitido hablar ni reírse, solo trabajar. Y a él lo que le gustaba era haraganear con su amiga y perderse por las calles de Roma como dos zascandiles, dispuestos a cualquier cosa con tal de pasárselo bien.

Fulvia era distinta a las demás chicas que él había conocido, distinta a Lidia. Así era como se llamaba la muchacha del mercado. Había averiguado su nombre por casualidad, el mismo

día en que su padre lo había llevado a la barbería para que el *tonsor* le rasurara el vello de la cara por primera vez. Algo que entre su gente no hubiera tenido mayor importancia, pero que para los romanos suponía un acontecimiento. Las clases más adineradas celebraban una fiesta en la que invitaban a sus amistades a compartir la entrada del joven en la edad adulta, el primer afeitado, aunque, en su caso, el vello era tan imperceptible que nadie hubiera notado la diferencia.

—¡Escuchadme todos, la diosa Juventas me ha bendecido! ¡Aquí tenéis a mi cliente! —celebró el barbero, exagerando su entusiasmo, mientras exhibía en una de sus manos los cuatro pelillos rubios que se habían quedado en la bacinilla y en la otra la navaja con la que había operado. Se le veía encantado de haber provocado la risa de la numerosa clientela que esperaba en los bancos de alrededor a que les llegara el turno, al tiempo que aprovechaba para ponerse al día de los últimos chismes que corrían por la ciudad. Las letrinas y

las barberías, ambulantes o no, eran los mejores lugares de Roma para obtener noticias frescas. Bastaba con ser paciente y abrir bien los oídos.

Waldo no estaba preparado para lo que le iba a venir. El barbero le hizo ponerse de pie y animó a la clientela a que jaleara su proeza.

—¡Aplaudid, aplaudid! ¡Comprobad, si queréis, que sigue teniendo las dos orejas! — bromeó el barbero, tomándolo por los hombros y obligándole a dar un par de vueltas sobre sí mismo.

Las risas fueron mucho más sonoras en esta ocasión y Waldo se vio envuelto, de repente, en un absurdo teatro de vítores y aplausos fingidos, del que, para su desgracia, él era el único protagonista. Fue al dar la segunda vuelta cuando vio el rostro de la muchacha reflejado en uno de los espejos que colgaban de las paredes del establecimiento. Sintió tanta vergüenza que hubiera deseado que se lo tragara allí mismo la tierra. Era imposible pasar desapercibido en

medio de aquella grotesca farsa. Enrojeció y luego palideció de tal modo que el barbero lo creyó mareado por la impresión de ver los restos de sangre en la navaja. Quiso explicarle que no se preocupara, que era la sangre de otro cliente, pero la sonrisa coquetamente maliciosa de la chica enseguida le sacó de su error. Esperó a verla desaparecer entre la multitud para alabarle el gusto. El espectáculo debía continuar antes de que se le aburriera la clientela y se fuera a afeitarse a la competencia:

—¡Veo que a nuestro hombre le gustan las romanas! ¡Y que mira alto! Nada más y nada menos que la joven Lidia, la damita más afortunada del Transtiberim. —Aquello llevaba doble sentido. Su padre era uno de los comerciantes más ricos de aquella orilla del río.

—¿La conocéis? —se oyó decir a sí mismo, titubeante. El color había regresado a sus mejillas pero seguía estando nervioso.

—¿Cómo no voy a conocerla? Todo el mundo

conoce a la hija de Aculeo Iustus. Una bonita muchacha.

—Es la muchacha que vive en la *Domus* del Elefante —dijo uno de los hombres que aguardaba en uno de los bancos a que le tocara el turno. Se trataba de una de las *domus* que se habían construido recientemente en el Transtiberim sobre los cimientos de una antigua *insula* arruinada tras años de abandono como ocurría con otros tantos bloques debido al descenso de población, también en aquella parte de la ciudad. Y no era casualidad que el picaporte de su puerta fuera la trompa de un paquidermo ya que Aculeo, su dueño, trabajaba de funcionario como procurador de elefantes. Los traía desde las regiones más profundas del África hasta la capital para que fueran exhibidos en el anfiteatro.

—Ya ves, muchacho, si quieres enterarte de lo que se cuece en el barrio, tendrás que venir más a menudo —se despidió el barbero, contento de haber ayudado a Cupido—. ¡Toma tu barba! En

Roma tenemos costumbre de guardarla.

Waldo era casi un hombre. Se estaba ganando su independencia a fuerza de librar complicadas batallas con su madre, que pujaba como una loba por mantenerlo a su lado. Pero su vida para él estaba tomando otros derroteros y discurría al margen de su familia, entre el trabajo en la fábrica, Lidia y la excitante compañía de Fulvia.

Su amiga se jactaba de ser una de las aprendices de ladrona más avezadas de la capital y no exageraba al presumir de sus manos, tan finas que bien podrían quitarle el taparrabo a un senador sin haberle hecho ni cosquillas. Era tremendamente habilidosa; sigilosa y escurridiza como un felino. Ella fue quien le enseñó a robar cortando los cinturones de los viandantes con un tajo limpio y rápido para luego echar a correr, aunque jamás iba a poder igualarla. Siempre era Fulvia la que acababa aportando el mejor botín, que luego repartían a partes iguales a la sombra de los plátanos. Compartía sus monedas con la

generosidad con la que lo entregaba todo. En los días de calor se bañaban desnudos en las templadas aguas del Tíber para luego tenderse al sol del atardecer, y cuando el frío apretaba bebían vino caliente en alguna taberna o recorrían los foros en busca de algún tesoro que mereciera la pena coger prestado. A Fulvia le gustaba coleccionar collares de colores y pasearse con ellos, muy tiesa, con el cuello estirado y el rostro hierático, ofreciendo la mano a su divertido acompañante con aires de gran señora.

En una ocasión, vieron pasar la carroza del magistrado Pagonio y se unieron al interminable séquito de tejedores, esclavos de cocina, sirvientes y plebeyos desocupados que la seguía. Muchos de ellos habían sido albañiles, pero la caída de la construcción les había dejado sin trabajo; la mayoría, gente pobre, sin más horizonte que recibir las ayudas del Estado y la limosna de los ricos. Siguieron al cortejo, entre bailes, risas y cancioncillas cómicas, hasta las mismas puertas de

la mansión; esperaron en la calle a que los esclavos de la casa les arrojaran pan desde el otro lado de la tapia para que se fueran de allí.

—¿Has visto qué miedo nos tienen? Por eso nos tiran pan, para que les dejemos en paz. El día que no haya pan para la plebe se montará una buena —afirmó Fulvia, dándose importancia. Ya había ocurrido otras veces. El corte del abastecimiento frumentario había sido, tradicionalmente, una fuente de disturbios en la capital.

Se fueron comiendo el pan de regreso a los foros y por poco se les atraganta al ver pasar a Lidia, tan cerca de ellos que pudieron percibir su delicado aroma a agua de rosas. Fue Waldo, una vez más, el destinatario de sus miradas y de la leve sonrisa de sus labios, que le dejó una agradable sensación de calor en la cara.

—¿Quién era esa? —preguntó Fulvia, alarmada por la cara de pasmarote que se le había quedado a su amigo.

—Una amiga —respondió este con la voz entrecortada. Le parecía estar flotando. Ahora sí que estaba seguro de los sentimientos de la muchacha.

—¡Venga ya! Demasiado elegante para ser amiga tuya —objetó Fulvia.

—¡Déjame en paz! —le gritó. Era la primera vez que Waldo le contestaba así.

—Mira, rubio, aún no te has enterado de cómo funcionan aquí las cosas. En Roma cada uno tenemos nuestro sitio: unos tiran pan y otros nos agachamos a recogerlo. Será mejor que no mires tan alto, no vaya a ser que te acaben dando con un mendrugo —le advirtió Fulvia, celosa como una gata.

Después de ese día no volvieron a nombrar a la muchacha, aunque ninguno de los dos lograba olvidarse de ella. Waldo la buscaba a cada paso. Vivía con la ilusión de encontrársela en cualquier rincón de Roma y poder decirle lo que sentía por ella. Soñaba día y noche con ese momento, seguro

de que ella también lo estaba esperando. Nunca se habían hablado y, aun así, creía conocerla mejor que nadie.

Una noche no fue Lidia sino Fulvia la que apareció junto a su lecho. Se había colado en el patio de la ruinosa *insula* que compartía con su familia y había conseguido subir hasta el tejado y deslizarse hasta el interior del cubículo por el agujero del techo. Waldo acababa de conciliar el sueño y, al sentirla, se incorporó como un sonámbulo en la oscuridad de la noche. Tardó en darse cuenta de que era ella.

—¿Fulvia? ¿Qué haces aquí? ¿Estás loca? —le reprochó algo confundido, temiendo que sus padres se despertaran y la encontraran allí con él.

—Sí, pero no lo suficiente como para perderme una noche como esta —respondió. Su voz sonaba cantarina y alegre.

—Ssssshhhh. ¿Se puede saber por dónde has entrado? —le preguntó Waldo, balbuceante, intentando saber cómo se había metido en su casa.

Oyó respirar a su padre que, por suerte, estaba dormido.

—Fuiste tú quien me contaste lo de la viga — le recordó Fulvia, señalando el techo e insinuando descaradamente que había sido él quien la había invitado. Cogió la túnica de su amigo y se la arrojó—. ¡Vamos, ponte esto! No querrás que se despierten. Hoy es la Floralia y nadie puede quedarse en la cama si no es acompañado.

Aquella noche, una luna brillante y llena iluminaba Roma. Fulvia y Waldo se deslizaron por los tejados bajo su luz, rindiéndose al bello espectáculo de ver dormir a la Ciudad Eterna.

—¡Mira esto, rubio! ¿No es hermoso? A veces siento envidia de los gatos. En realidad, si hubiera podido elegir me hubiera gustado ser gata... y maullar... ¡miau!... Tumbarme al sol, dormir una siesta detrás de otra, comer cualquier cosa que encontrara por ahí y, por las noches, recorrer los tejados de Roma con algún gato que me hiciera feliz.

—¡Decididamente, estás loca! —rio Waldo, señalándose la sien con el dedo. Su pelo parecía hecho de la misma luz que las estrellas.

—No, no lo estoy, pero ¿qué más da si lo estuviera? Tú y yo hemos tenido la mala suerte de haber nacido perros —le confesó con un extraño tono de tristeza en la voz, abrazando sus propias rodillas y ocultando parte de la cara en ellas. Desde niña le había gustado observar a la gente y para ella, entre los habitantes de Roma, siempre había habido perros y gatos. A los perros les tocaba obedecer al dueño, trabajar para poder comer y pagar los impuestos que les imponía el emperador, mientras los gatos disfrutaban de su libertad y podían permitirse vivir ociosamente sin que nadie tuviera que rendirles cuentas. A ellos nadie les decía lo que tenían que hacer, en todo caso, eran ellos los que mandaban. Se la oyó respirar, como si estuviera cogiendo fuerzas para lo que iba a decir—: ¿Sabes, rubio? Algún día yo también seré libre.

Fulvia quiso llevarle hasta lo más alto del monte Celio, una de las colinas sobre las que se extendía Roma, donde algunas de las familias más nobles y ricas de la ciudad tenían su residencia. El aire era tan puro que les dolía el pecho al ascender por la empinada cuesta que les conduciría al precioso jardín que la coronaba. Sus pulmones se habían acostumbrado al viciado aire de los valles, en cuyas profundidades habitaban las clases más humildes, los que, como ellos, ni siquiera tenían derecho a respirar. En Roma, eran los poderosos los que vivían más cerca del cielo, donde olía a pino y a romero, y donde la noche lucía con muchas más estrellas.

—¿Oyes la música? —preguntó Fulvia, abriendo mucho los ojos como si pudiera verla. Hasta allí llegaba el eco de las músicas callejeras y el alegre vocerío de quienes no habían querido perderse una noche como aquella. Fulvia se tumbó sobre la hierba e invitó a su amigo a que hiciera lo mismo—. Toda Roma es una fiesta. Está viva,

puedo oír cómo late —dijo, apoyando la cabeza sobre sus brazos y cerrando los ojos para poder distinguir el rítmico sonido de los tímpanos que llegaba de los valles—. Están borrachos. Para muchos esta es la noche más esperada del año, la noche de las putas.

En las Floralias no había amos ni esclavas, nadie era perro ni gato. El placer les igualaba a todos. Las prostitutas seguían saliendo a la calle para incitar al pueblo de Roma a la lujuria, como habían hecho siempre, desde tiempo inmemorial, y lo hacían en contra de la Iglesia y de las leyes de los emperadores, empeñados en acabar con ciertas costumbres romanas que a ellos les parecían escandalosas. A Fulvia nada en el amor se lo parecía.

—Dicen que quien no practique el sexo durante las fiestas de la primavera o está muerto o es que no sirve —dijo y, acercándose a él, le susurró—: Quiero que esta noche honremos juntos a la diosa.

Waldo sintió que se excitaba al oír aquello. Fulvia se lo había enseñado todo, pero aún no le había enseñado a amar. Aquella noche, le desvirgó con ternura y luego se quedó a su lado dejándose acariciar por la suave brisa de la madrugada. Para ella había sido una noche triste.

—Mi madre siempre me cuenta que nací con la primavera y que fue la diosa la que me eligió para el amor, pero yo sé por qué lo dice. Dice que estoy hecha para amar porque quiere que sea como ella. Me ha vendido a un chulo, ¿sabes lo que eso significa? Ya no volveré a ser libre. Será él el que decida con quién tengo que acostarme... aunque nunca podrá obligarme a amar.

Waldo entendió que ese era el final de sus tardes por Roma. Empezaba a amanecer y la aurora doraba los tejados de la ciudad. Waldo contempló a su amiga por última vez mientras ella se le acurrucaba en el pecho con la dulzura de una gata, buscando su calor. Pero él no podía darle más que un par de caricias apresuradas antes de

dejarla. Tenía que trabajar. La besó en los labios y se despidió de ella. Era tarde. Hacía un buen rato que había empezado la jornada en la fábrica y los capataces ya habrían informado a Cleón de su ausencia. Pensó en su padre y sintió algo parecido al remordimiento por haberle metido en un lío. Lo más probable era que, en esos momentos, Lupo o alguno de los capataces estuvieran presionando a su padre para que les dijera dónde se había metido; lo más seguro es que él mintiera para protegerle, puede que les dijera que estaba tan enfermo que no había podido levantarse cuando ni siquiera había dormido en su cama. El bueno de Dago dejaría que le mataran por protegerle, de eso Waldo no tenía dudas.

Descendió por la ladera del Celio con el recuerdo del amor todavía fresco. El sol se ocultó tras una nube y él dejó de sonreír. Aquella nube le había devuelto la angustiada sensación que le había acompañado durante la semana, en la que no había dejado de pensar en Lidia. Comenzó a

sentirse culpable por el placer recibido, no se explicaba cómo había podido traicionarla de aquella manera. A Fulvia no la necesitaba como la necesitaba a ella. Con Fulvia simplemente se divertía, pero Lidia era distinta. Ya no se conformaba con sus miradas. Necesitaba sentir el dulce contacto de sus mejillas, sus labios, su tibio aliento; besar su piel. Amarla. Poseerla, sentir con ella lo que había sentido esa noche con Fulvia. Necesitaba que fuera suya, que le hablara al oído y le dijera todo lo que no se podía decir con una sonrisa. En esos momentos no le importaba otra cosa, ni la fábrica ni su padre, solo ella.

Dudó un instante antes de tomar el camino que habría de conducirlo hasta la casa donde residía la adinerada familia de Lidia. En vez de torcer a la derecha, en dirección a la fábrica, comenzó a ascender por las empinadas calles del Transtiberim. El barrio, ocupado en su parte baja por gente trabajadora, artesanos y comerciantes, muchos de ellos orientales y no pocos judíos, era

un barrio caótico, ruidoso y alegre. Una vez alcanzó la parte alta, donde habitaban los ricos, tomó una callejuela angosta y silenciosa que le llevaría directamente a la *Domus* del Elefante de la que le habían hablado en la barbería. Era una zona tranquila y residencial, pero él estaba nervioso, excitado ante la idea de encontrarse con la muchacha. No dejaba de pensar en ella, en sus ojos, en su pelo, en el momento en que por fin se besaran.

Llegó a la casa pero no se atrevió a llamar. Esperó. Una. Dos. Tres horas. Más de tres horas estuvo debatiéndose en una dolorosa incertidumbre que le hizo dudar mil veces de ella para volver a confiar otras mil. ¿Y si ella no sentía lo mismo? ¿Y si no estaba en casa? ¿Y si...? Ya había empezado a bajar la guardia cuando, de repente, la puerta se abrió y él se puso tenso, esperando verla salir. Pero en su lugar apareció la vieja cargada con la cesta del mercado, seguida de los dos esclavos. Waldo se dejó llevar por la

desesperanza, pero no claudicó. Siguió esperando. Cuatro. Cinco horas. Hasta que, por fin, su tesón fue recompensado.

Lidia salió sola de su casa, se detuvo frente a la entrada con la puerta aún en la mano y miró a su alrededor con sus grandes ojos marrones, estirando el cuello a un lado y a otro de la calle como si esperara encontrarse con alguien. Waldo pensó que le buscaba a él. Sin su manto rosado estaba todavía más guapa. Llevaba el pelo trenzado y recogido sobre la nuca y una sencilla túnica del color del mar ceñía su esbelta figura. No reparó en él hasta que lo tuvo encima. Waldo le quiso tomar las manos para decirle que la había estado esperando, pero lo hizo con tal torpeza que consiguió asustarla. Quería que le mirara, que supiera que estaba ahí y que no se marcharía nunca si ella se lo pedía. Estaba tan excitado, sentía tal anhelo de ser correspondido, que no se dio cuenta de que le estaba haciendo daño. La muchacha comenzó a forcejear con él, a pedirle que la

soltara, pero Waldo solo atendía a su deseo. Quería besarla, tocarla, abrazarla, sentirla, amarla.

—*Barbarus!!!* —gritó Lidia, escapando de él y tapándose la cara con las manos, presa de terror.

Al oír aquello, Waldo le soltó las manos. Dejó que se marchara, que le cerrara la puerta y se fuera a llorar en los brazos de alguna esclava. Y él se quedó allí, frente a la puerta cerrada, sintiendo que el corazón se le resentía. Así era como ella correspondía a su amor, hiriéndole. Él la hubiera querido, la hubiera cuidado, la hubiera cubierto de caricias, hubiera robado collares de cuentas para ella... si no le hubiera llamado bárbaro. «*Barbarus... Barbarus*», no viviría lo suficiente como para olvidarlo. Había conseguido hacerle daño. Si tanto le odiaba, ¿por qué le había sonreído? ¿Por qué le había hecho promesas que no iba a querer cumplir? ¿Por qué le había rechazado con tanta crueldad? Él tampoco perdonaría. Desde ese día se comportaría como si Roma entera le hubiera rechazado. ¡Con qué

desprecio le había abierto los ojos y le había dicho que él no era más que un extranjero, un godo miserable y salvaje que no merecía nada de lo que ella pudiera darle! Un salvaje de pelo rubio y ojos demasiado claros para merecer mirarla. Por eso se había tapado la cara, por eso le había llamado bárbaro.

Lidia le había herido y solo la venganza podría curarle. Juró que se vengaría.

Malos augurios

En Emaús, una aldea cercana a Jerusalén, había tenido lugar un terrible alumbramiento. Del vientre de una misma madre había nacido un niño partido en dos por encima del ombligo, con dos cuerpos, dos cabezas y dos corazones que latían a destiempo. Cuando un lado comía, el otro bebía, y cuando una de las partes dormía, la otra despertaba. Nunca se ponían de acuerdo. Si acertaban a jugar juntas, acababan golpeándose y gritándose como si aquellas dos criaturas no formaran parte de un solo ser. Eran hermanos y se odiaban, pero se necesitaban porque tenían los

mismos pies para caminar. Los sabios no auguraban para ellos una larga vida. La parte más débil moriría primero, y la más fuerte no llegaría a sobrevivirle mucho tiempo tras haber sido privada de su otra mitad. La llegada al mundo de aquel engendro fue interpretada como una señal divina, el peor de los augurios que anunciaba el cercano final del Imperio, y la noticia, que había atravesado el Mediterráneo, llenaba de pavor a los judíos de Ostia.

Durante aquel tiempo, el peligro de los bárbaros acechaba al otro lado de las fronteras mientras que Oriente y Occidente hacía tiempo que habían dejado de mirar en la misma dirección. Algunos decían que la debacle de Adrianópolis contra los godos no se hubiera producido si los ejércitos occidentales hubieran prestado su apoyo a las fuerzas de Valente y el Imperio hubiera actuado como un único ser. Pero ya por entonces la división entre una y otra parte era más que evidente, aunque no legal. Fue Teodosio quien, con

su *partitio imperii*, terminó de sancionarla poco antes de morir, ante la presencia de su hombre de confianza, el general bárbaro Estilicón, al que le encargaría la tutela de sus dos hijos, otorgándole con aquel gesto el máximo protagonismo en la política imperial en los años venideros. Con su herencia condenaba para siempre el futuro de Roma: a Arcadio le correspondería gobernar desde Constantinopla la parte oriental y a Honorio la parte occidental; aunque ninguno de los dos estuviera preparado para hacerlo y fueran otros en su lugar los que se encargaran de regir el destino del Imperio. Un Imperio cada vez más dividido, con al menos dos emperadores, dos cortes, dos senados, dos administraciones, dos ejércitos, dos fiscalidades, dos monedas, dos lenguas, dos culturas... y un glorioso pasado del que ambas partes se decían herederas.

Los godos siempre habían sido considerados un problema de la parte oriental, del que la otra parte no tenía por qué preocuparse, hasta que

Alarico tomó la decisión de trasladar sus ejércitos a Occidente para forzar a Honorio a que asentara a su pueblo como federado de su gobierno. Fue por eso que los godos invadieron Italia y Occidente entero comenzó a temblar. Un miedo irracional se instaló en la eterna Roma. Aún estaban frescas las noticias procedentes de Oriente, donde Alarico había llegado a sitiar Constantinopla y a devastar Grecia entera. Alarmados, los romanos comenzaron a reforzar los muros que protegían la ciudad, y a Dago y los suyos la vida se les hizo muy difícil. Silvina volvió a ocultarse detrás de la puerta y, en el mercado, empezaron a mirar a Eldes con desconfianza. Era casi imposible que Waldo encontrara un nuevo empleo. Y, mientras todos a su manera sentían el rechazo de los romanos, Dago se esforzaba para que sus costumbres se parecieran cada día más a las de sus vecinos. Creía que de ese modo los protegería. Estaba construyendo una muralla en torno a su familia, preparándoles para todo el odio que se les venía encima si los godos

de Alarico conseguían llegar a la capital. Se había convencido de que solo si los romanos les consideraban parte de ellos, se verían a salvo de su ira.

Le preocupaba que Waldo hubiera perdido el trabajo en la fábrica y lo que pudiera estar haciendo todo el día con esa tal Fulvia, que según parecía era una de esas chicas de la Subura que se ganaban la vida indignamente. Eldes siempre lo justificaba, cerraba los ojos para no ver en lo que se estaba convirtiendo su hijo, pero a él no le engañaba ni su desagradable aliento, agrio como el vinagre, ni el almizclado olor de su ropa. Sabía bien por qué le costaba tanto despertarse por las mañanas, si es que llegaba a dormir en casa. Ante la permisiva mirada de su madre, se estaba acostumbrando a hacer lo que le venía en gana y a no rendir cuentas ante nadie de lo que hacía, pues tampoco había nadie que se las pidiera: Eldes por protegerle frente a su padre y este por no querer saber. Dago ignoraba de dónde sacaba tanto dinero

como para andar malgastándolo por los tugurios de Roma y lo poco que conocía de él le bastaba para no intentar averiguar más. Cuando lo tenía delante, se limitaba a observarle con una mezcla de curiosidad y de miedo, sin atreverse a preguntar.

Waldo debía volver a trabajar por su bien. Un trabajo decente, que le obligara a despertarse con el primer canto y le mantuviera lo suficientemente cansado como para que se le fueran las ganas de ir por ahí zascandileando de taberna en taberna en compañía de su amiga. Dago lo tenía como mal trabajador y, en su opinión, su hijo no sabía hacer gran cosa salvo divertirse y malgastar. Se estaba torciendo y él solo conocía una persona que le pudiera ayudar a encontrarle una ocupación que pudiera enderezarle. La misma que les había colocado en la fábrica, aunque le daba cierto reparo acudir a él después del vergonzoso comportamiento de su hijo, del que sin duda estaría enterado. Dago no había olvidado la extraña reacción de Heliodoro al verse obligado a

ocuparse de ellos tras la muerte de Shelomo, una reacción que en nada se correspondía con la alta estima en que le tenía su maestro, para el que Heliodoro era el ser más bondadoso que había conocido el orbe; como tampoco había olvidado el modo tan cortante con el que les insinuó que no volvieran a molestarle. Aun así recurrió a él.

Se encontró con Heliodoro en el Foro de la Paz, donde este le había citado. A Dago le extrañó que no le hubiera hecho viajar a Ostia aunque se lo agradeció. Al traspasar la puerta del foro quedó absolutamente impresionado por la singular belleza del conjunto, que incluía un templo a la Paz. Acababa de descubrir un tesoro oculto tras un elevado muro en el mismo corazón de Roma. Divisó a Heliodoro a lo lejos, caminando hacia él. El ligero tejido de su capa la hacía volar y abrirse con cada movimiento, dejando ver los bordes de la túnica, adornados con figuras de animales e hilos de mil colores. Su piel morena le hacía tener la elegancia de un cisne negro. Al verle, le tendió la

mano con el anillo y le saludó lánguidamente, con una sonrisa inexpresiva que a Dago le dejó frío. Aunque lo cierto fue que Heliodoro se mostró cordial desde el primer momento y enseguida se interesó por su trabajo en la fábrica, aunque nada le dijo de Waldo. Le hizo miles de preguntas, sobre Cleón, sobre Lupo, sobre la calidad del oro... como si hubiera en él algo más que simple curiosidad. A Dago le llamó la atención que le preguntara por la presencia de algún extraño, alguien a quien no hubiera visto antes por la nave.

Aquella pregunta le hizo arrugar el ceño antes de negar con la cabeza, pues no lo recordaba. Dago dejó que siguiera preguntando mientras paseaban entre los cuidados jardines del foro. Era fácil dejarse llevar. A su alrededor se respiraba una inmensa placidez, favorecida por el continuo borboteo de las fuentes y el alegre canto de los pajarillos que anidaban entre los arbustos. Dago quería hablarle de Waldo pero no encontraba el modo de hacerlo.

—Un hermoso lugar, ¿no es cierto? Dicen que es el edificio más bello de Roma. ¿Quieres saber por qué lo llaman el Foro de la Paz?

Dago asintió, dejándole hablar. Pero Heliodoro mantuvo el silencio mientras le conducía por el interior de uno de los pórticos de columnas que rodeaban el patio. Desde niño había sido extremadamente sensible a la belleza, en más de una ocasión había tenido que sufrir las crueles mofas de Ruodwoulfó y los demás cuando trataba de proteger las obras de arte que ellos se empeñaban en destruir salvajemente, y quedó sobrecogido al contemplar la maravillosa colección de estatuas y pinturas que guardaba el complejo. Allí habían ido a parar muchas de las magníficas piezas que en su día adornaron la *Domus Aurea* de Nerón. Pero no era eso lo que Heliodoro quería mostrarle:

—Aquí tienes la respuesta —señaló con la barbilla y, sin disimular su acritud, añadió—: Esa es la Paz que conmemora este hermoso foro.

En un oscuro rincón del pórtico reposaban, como en una gran necrópolis de mármol, los restos durmientes de la antigua Jerusalén. Era allí donde se encontraban los tesoros del Templo que habían sido profanados y saqueados por las tropas de Tito, embarcados y traídos hasta la misma Roma para ser exhibidos públicamente como trofeo de la guerra contra los judíos.

Dago le miró sin comprender. Reconocía algunos objetos, pues había visto sus réplicas en la sinagoga de Ostia. Junto a los vasos sagrados y decenas de objetos de oro, se hallaba la Menorah del Templo, el célebre candelabro de los siete brazos, tan alto como un hombre. Heliodoro le indicó que estaba hecho de puro oro macizo.

—¿Querrás saber qué hacen todos estos tesoros aquí, en uno de los foros de Roma?

Dago le pidió que siguiera y Heliodoro comenzó a hablarle con los ojos perdidos, traspasándole con la mirada.

—No habéis sido los únicos... Los judíos

también nos rebelamos en su día contra los abusos del Imperio. Les hicimos la guerra y la perdimos. Ocurrió en tiempos del emperador Vespasiano. Jerusalén fue sometida a un cruel asedio, en el que los nuestros prefirieron morir a miles antes que entregar la ciudad, pero las murallas terminaron cediendo y las tropas romanas arrasaron con todo. Destruyeron el Templo. La provincia de Judea fue brutalmente castigada por haberse rebelado y el pueblo de Israel mermado, esclavizado. —Se notaba que todavía había resentimiento en lo que contaba y un gesto amargo le afeaba el rostro, tensándole hacia abajo las comisuras de los labios, como si estuviera tragando bilis con cada palabra. Continuó, tenía que continuar—: Tal es la dolorosa verdad que esconde este hermoso foro. Erigido para vergüenza del pueblo de Israel; en honor a un atropello. Otra injusta victoria de la poderosa Roma. La captura de Jerusalén. Para nosotros, los judíos, es el Foro de la Infamia, no el de la Paz. —Heliodoro rio con sarcasmo sus

últimas palabras y tragó saliva.

A Dago le pareció ver en él el mismo resentimiento que amargaba la vida de Eldes. Un resentimiento tan hondo que hasta les dolía hablar de él. Heliodoro le miró, esta vez a los ojos.

—Nunca olvides lo que voy a decirte: ellos tienen la fuerza, Dago, no la justicia. Pero también con la fuerza se les puede vencer.

A Dago le pareció entender que Heliodoro aplaudía el levantamiento de los godos contra las injusticias de Roma y que deseaba el éxito de Alarico.

—Todo esto que ves aquí pertenece al pueblo judío. Es nuestro, Roma nos lo ha robado. Se cobró cara nuestra insurgencia... y se la sigue cobrando.

—No entiendo —se atrevió a decir Dago. Lo cierto es que le costaba entender tanta acritud en un ser tan bondadoso como Heliodoro, del mismo modo que le costaba entender la acritud con la que en ocasiones hablaba Eldes.

—Dago... —murmuró Heliodoro cabeceando ligeramente, mientras buscaba las palabras adecuadas para que el godo comprendiera lo que quería decirle—: Roma no es la anfitriona amable y generosa que dice ser. No dudo que en algún tiempo lo fuera con los judíos. Gozamos de ciertos privilegios, es verdad, pero ahora nos exige más que da. No se conforma con habernos quitado el tesoro de nuestros mayores, ni con los impuestos que pagamos cada uno de nosotros. Vuelve a robarnos. El emperador Honorio nos obliga a entregarle el oro y la plata que nuestras sinagogas deben enviar a Jerusalén como tributo a nuestro Patriarca. Lo confisca cada año, impidiendo que cumplamos con nuestra obligación. Pero dejemos en paz al Imperio. ¿Qué es lo que quieres? ¿No habrás tenido ningún problema con Cleón? —preguntó Heliodoro.

—No, yo no. —A Dago le extrañó tanta insistencia—. Es por Waldo. Necesita trabajar y en Roma cada vez son menos los que quieren darle

trabajo a un godo. Tienen miedo de nosotros.

El baúl

Waldo había perdido la cuenta de los sacos que había descargado esa mañana. La insistencia de su padre le había convertido en estibador del Emporium, uno de los principales puertos fluviales de Roma, hasta el que llegaba buena parte del trigo para su reparto gratuito entre la plebe. Un trabajo que a él no le disgustaba, mucho mejor que el de abrillantarse las joyas a los romanos. Se sentía bien en ese ambiente portuario que, de vez en cuando, le traía aires del mar. Puso un pie en la barcaza que estaban descargando y, con cuidado de no perder el equilibrio, fue levantando con

mucho esfuerzo uno de los sacos que se apilaban en su cubierta. Dejó que otro de los *sacarii* le ayudara a apoyarlo sobre su hombro y, con él a cuestas, se encaminó de nuevo al almacén, no sin antes asegurarse de que el encargado de llevar el registro de la descarga hiciera una muesca al lado de su nombre, en la tésera donde este llevaba las cuentas. Llevaba demasiado tiempo allí como para fiarse de la buena voluntad de los funcionarios de la *annona* para los que trabajaba junto a esclavos y libertos imperiales, pero también junto a otros asalariados de clase baja como él. Fue de las primeras cosas que aprendió, a controlar a quienes le controlaban. El trabajo estaba tan mal pagado que no podía permitirse el lujo de que le quitaran ni un numo de su salario. Waldo abandonó el saco de trigo en el almacén, donde permanecería hasta que se decidiera su reparto entre la plebe, y regresó al muelle a por más carga. Mientras caminaba iba ajustándose la faja con la que los porteadores se ceñían la cintura y se protegían la

parte baja de la espalda. Aquella era la peor hora del día para ellos. Se les veía ir y venir con el cuerpo encorvado por el inhumano peso de los sacos de trigo y las ánforas repletas de vino o aceite. Cargó de nuevo. Sintió que una gota de sudor le resbalaba por la cara y se le posaba en la punta de la nariz, pero no tenía manos suficientes para limpiarse y al mismo tiempo mantener el saco sobre su hombro. El sol pegaba de lleno a orillas del Tíber y comenzaban las prisas por aligerar la descarga de las barcazas antes de que el calor se hiciera insoportable.

Terminaron mucho antes de lo que esperaban. Ya no quedaban más barcos que descargar y Waldo descansaba al margen de sus compañeros. Los oía reír y bromear a sus espaldas mientras se limpiaba el sudor del cuello y de la cara con un extremo de la faja. El brillo del sol le deslumbraba pero no le impidió percatarse de que alguien trataba de llamar su atención desde el otro extremo de los muelles. Un muchacho caminaba hacia él con paso

enérgico, enarbolando algo, no demasiado grande, que llevaba en una de sus manos, aunque aún estaba lejos para poder distinguir de qué se trataba. Por un momento dudó de que el muchacho se estuviera dirigiendo a él, pero en cuanto la tuvo un poco más cerca pudo reconocer su sonrisa. La reconocería entre miles, solo había una persona en toda Roma capaz de sonreír de ese modo. ¿Qué diablos hacía vestida así? A Waldo se le escapó una risa nerviosa y llena de impaciencia por conocer a qué se debía esa nueva locura de Fulvia. Otra de sus disparatadas ideas, como aquella vez que fue a recogerle al puerto subida en una litera y oculta tras sus cortinas, fingiendo que se trataba de una gran señora para que luego pudiera presumir de amistades con sus compañeros. Nunca llegó a averiguar cómo se las había ingeniado para conseguir que media docena de esclavos — eunucos, castrados y por lo tanto inhabilitados para el sexo—, impecablemente ataviados con túnicas de seda rojas, arriesgaran su pellejo

prestándose a pasear a una putilla de la Subura en la litera de su ama. ¿A cambio de qué? Por mucho que había intentado sonsacárselo a Fulvia, no había conseguido averiguarlo.

—Una es humilde, rubio, pero tiene sus recursos —respondía ella cada vez que se lo preguntaba, con ese aire de autosuficiencia que la hacía irresistible.

Era maravillosa. Si se lo proponía podía subirse a lo más alto del mundo con la misma ligereza con que se deslizaba por los tejados del Transtiberim en una noche de luna llena. No había nada que le impidiera conseguir todo aquello que se le antojara. La fantasía más rara, el capricho más extravagante o la ocurrencia más disparatada.

Ardía en deseos de preguntarle a qué se debía aquel cambio, pero cuando la tuvo a su lado se le atascaron las palabras. Si no la conociera como la conocía, si no se supiera de memoria cada una de sus curvas... si no hubiera compartido con ella tantos ratos de placer, habría jurado que se trataba

de un varón. Incluso a él le resultaba difícil reconocerla sin un gramo de maquillaje y con el pelo cortado a lo chico con una navaja. Sus formas habían desaparecido de debajo de la túnica de lana marrón que llevaba puesta, tan gruesa que era imposible adivinar qué era lo que se escondía debajo.

—¡Cuidado, rubio, que se te van a salir los ojos! —saludó Fulvia. Se había dado cuenta de lo que buscaba Waldo y pensó que no estaría de más tranquilizarle—: Cintia y Dafne me han ayudado a fajarme los pechos y por poco me ahogan, pero mira... —Se mostró de perfil, ciñéndose la túnica con la palma de las manos para que su amigo pudiera apreciar la diferencia. Parecía encantada con su nueva condición—. ¡Nada! Lisa y rasa como una tabla.

—¿Y se puede saber por qué quieres parecer un chico? ¿Es que no te ganabas bien la vida con tus dos tetas? A mí, al menos, me gustabas —bromeó Waldo, tomándola de la cintura. Fulvia

sabía cómo excitarle.

—¡Calla! No seas impaciente —le reprendió cariñosamente mientras se lo quitaba de encima—. Déjame hablar y lo comprenderás todo. ¿Sabes lo que es esto?

Waldo por fin pudo ver de cerca lo que llevaba en la mano. Eran dos entradas para los juegos de gladiadores, dos téseras en las que se especificaba el lugar exacto del asiento.

—Se las he robado a un cliente. Prepárate para oír rugir a los leones —le anunció mostrándole las garras. Bullía de entusiasmo. Desde niña había deseado ir a los juegos y, si no le fallaba la memoria, aquella había sido la primera de un sinfín de promesas que le había hecho al godo. Fue el día que lo paseó por Roma—. Si consigo parecer un chico, podré estar a tu lado.

—Fulvia, eres fantástica y... ¿Crees que a los godos también nos gustarán los juegos? —preguntó Waldo fingiendo estar preocupado, aunque ella sabía que se estaba poniendo tonto. No pudo

resistirse a mordisquearle la nuca desnuda—. Ven, vamos al callejón, que aún no me has enseñado lo que llevas debajo.

—Vas a ser mi ruina, rubio. Tendría que estar trabajando —se resistió Fulvia.

—Cóbrame entonces. Hoy estoy dispuesto a pagarte.

—No te cobraría aunque tuviera que pedir dinero por las calles de Roma —se arrepintió al instante de haber dicho aquello. Estaba enamorada hasta los huesos, le entregaría la vida si se lo pidiera, pero a veces sentía que le quería demasiado—. Te lo advierto, rubio, si alguna vez me haces daño te enviaré a mi chulo para que sea él el que te corte los huevos.

A Waldo no le importaba que hiciera sexo con otros hombres a cambio de dinero. Ellos pagaban por el placer de poseerla y por pasar un rato agradable con ella, pero él era el único que podía tenerla de verdad. Fulvia le pertenecía. Solo tenía un dueño: él.

Dago se había equivocado al pensar que su hijo cambiaría. La oscuridad se les había echado encima obligándoles a encender las lucernas y Waldo no había vuelto a casa desde que había salido de madrugada para ir al Emporium. Esa noche tampoco dormiría en casa. Lo sentía por Eldes, que le esperaba en la mesa con el cuenco de la cena preparado para él. No encontraba las palabras para consolarla, de modo que se levantó y le dio un cariñoso beso que esta agradeció con una sonrisa apagada y una caricia en el brazo, con la que le estaba pidiendo que se quedara a su lado. A Dago le sobrecogió el desencanto que había en aquellos ojos y sintió ganas de ir a buscarlo por las tabernas del puerto para reprocharle de una vez todo el daño que les estaba haciendo, pero se limitó a abrazar a su mujer para llevársela al lecho. Comenzó a despojarse de la túnica con lentitud, contemplando la espalda de Eldes mientras que ella iba deshaciendo la larga trenza con la que se peinaba. Lo hacía con mucha

lentitud, perdida en sus propios pensamientos. Dago se sacó la túnica por la cabeza y, de pronto, sintió que algo caía en el suelo. Algo metálico a juzgar por el sonido. Miró alrededor de sus pies, pero no consiguió ver nada. Se arrodilló para palpar el suelo, pues no había suficiente luz en el cubículo, y justo al borde del catre vio brillar un pedacito de oro. En cuanto lo tuvo entre los dedos supo que se trataba de un pedazo de oro, un retal de una de las láminas con las que trabajaba. Jamás debería haber salido de la fábrica, sino que debía haberse ido con los demás recortes a una gran bolsa de cuero que colgaba del extremo de los bancos para que los joyeros depositaran el metal sobrante a medida que iban trabajando.

Se había acostumbrado a manipular el oro, pero hacía tiempo que no sentía aquella sensación tan grata, la misma que le embargó la primera vez que Shelomo se lo puso entre sus manos. Tuvo la tentación de cerrar los ojos para dejarse llevar por la catarata de sensaciones que le habían

embargado entonces, pero la prudencia le decía que no debía hacerlo. No debía dejarse llevar por el poder del oro. Era mejor que lo devolviera al día siguiente y que presentara sus excusas a Cleón por haber cometido aquel error. En realidad, había sido un accidente. El oro debió quedarse enganchado en algún lugar de su túnica y ni él ni, por suerte, ninguno de los capataces, se dieron cuenta de que se lo estaba llevando encima.

—Eldes. Mira lo que había entre mis ropas —murmuró mientras contemplaba el pedacito de metal en la palma de su mano.

Ella se volvió y, al verlo, cambió la expresión de la cara. Su abatimiento se transformó en alarma.

—Dago, debes devolverlo. Ya tenemos suficientes problemas —le dijo, con el pelo ya deshecho, cayéndole sobre los hombros.

—Mañana lo haré —le prometió, pero antes quería que también ella lo tocara—. Ven, acércate, solo quiero que lo roces con tus dedos.

Eldes se tumbó a su lado y dejó que Dago le

tomara la mano para atraerla hacia su palma. Quería compartir aquella sensación con ella, como cuando eran niños y lo compartían todo.

—¿Lo sientes, sientes su pureza? —le preguntó. Al mirarla, supo que comprendía su locura y la quiso más aún de lo que se podía querer a alguien—. Es oro, Eldes, oro.

No pudo dormir en toda la noche, excitado por lo que acababa de descubrir. Seguía tumbado junto a Eldes, con los ojos cerrados y la mente demasiado agitada como para conciliar el sueño. Pensaba en todas las joyas que haría si tuviera un poco más... solo un poco más. En su cabeza se sucedían las imágenes. Broches, anillos, pendientes, incluso collares y coronas, todas de oro; joyas preciosas que podrían salir de sus manos si en realidad fuera libre y no tuviera que atenerse a los patrones de la fábrica. Su cabeza estaba yendo más allá de lo prudente. Tenía las herramientas y le faltaba el oro, aunque sabía cómo conseguirlo. Fantaseó con la idea de

robarlo. Había burlado una vez la vigilancia de los capataces y podría hacerlo más veces. Estaba demasiado excitado para dormir, así que abandonó el lecho, dejando allí a Eldes, ajena a lo que estaba pasando por su mente. Buscó a tientas la lucerna y la encendió. Sacó el colgante con la llave y, con ella en la mano, dirigió la luz hacia la cerradura del baúl.

Hasta ese momento no se había atrevido a abrirlo por respeto a Shelomo y por una especie de mal presentimiento sobre lo que se podía encontrar. Sentía que ese baúl albergaba secretos que él desconocía. Fue a girar la llave y apoyó la lucerna en el suelo. Algo no iba bien. La cerradura había sido forzada. Le costó abrirla, y, cuando por fin consiguió levantar la pesada tapa, se sintió engañado. El baúl estaba vacío, no había nada dentro, y el forro de seda que lo cubría estaba totalmente destrozado. Daba la impresión de que alguien había querido adelantarse. Alguien que buscaba algo, él sabía qué; alguien lo

suficientemente desesperado como para arrancar una tela tan preciosa de cuajo. Por un instante, se le ocurrió que podía haber sido el propio Heliodoro, pero al instante trató de quitarse aquella idea de la cabeza. Se sintió culpable de pensar así de él después de cómo se había portado con ellos. Además, no tenía ningún sentido que hubiera forzado la cerradura porque tenía la llave. Él mismo se la había entregado junto con el cofre.

Dago había empezado a dejarse llevar por el desencanto. Acarició el fondo del baúl sintiendo que hubiera alguien tan desalmado como para profanar la memoria de Shelomo de una manera tan miserable. Todo por apoderarse de los extraños aparatos del maestro y quién sabe si también de ese extraño pergamino del que le había hablado el anciano. Con tristeza, volvió a colocar el trozo de forro en su lugar, pensando en que tal vez podía arreglarlo con una pasta de harina. Y, al devolver la tela a su sitio, descubrió que el baúl no estaba tan vacío como pensaba. A quien fuera el

que hubiera hecho aquello no le interesó llevarse el estuche de las herramientas. Se lo había dejado para él. Al menos, la voluntad de Shelomo se vería cumplida. Y él tenía todo lo que necesitaba para dejar que el dragón volviera a devorarlo.

El triunfo de Honorio

Nadie en Roma quería perderse los juegos de gladiadores ofrecidos por el emperador; sin duda, el mayor acontecimiento del año. Un año cargado de espectáculos. El del sexto consulado de Honorio, que había querido celebrar en la antigua capital su reciente triunfo sobre los godos. Aunque, en justicia, no le correspondiera a él sino a su suegro y tutor, el general Estilicón, que era el que, de hecho, gobernaba la parte occidental del Imperio. Era él quien había dirigido al ejército imperial contra Alarico, quien había expulsado a los godos de Italia y los había devuelto de nuevo a

Oriente, permitiendo que su augusto pupilo, el joven emperador Honorio, que en su vida no había empuñado un arma a no ser que fuera a cazar algún venado, huyera cobardemente de Milán y se refugiara con toda su corte a orillas del Adriático, en la pantanosa e inaccesible Rávena, convertida desde entonces en sede imperial. Gracias a Estilicón, Italia se había librado de los godos y Roma volvía a respirar tranquila.

Alarico era ya agua pasada. Los godos habían dejado de ser un problema para los apasionados habitantes de Roma que, durante aquel año, vivían volcados en el resultado de los juegos y de las carreras del circo, en los desfiles, la música y los festejos con los que les agasajaba la propaganda imperial. Los gobernantes sabían bien cómo distraerles. Desde hacía días no quedaba una sola localidad libre en todo el anfiteatro y, a su alrededor, un enjambre de seres ansiosos y expectantes aguardaba el momento en que, por fin, se les abrieran las puertas para poder disfrutar de

un espectáculo que se prometía excepcional. «El mejor espectáculo de todos los tiempos», aseguraban quienes no habían oído hablar de que los juegos también habían tenido su época dorada. Aquella tarde se batirían en la arena los mejores luchadores de Roma, los más afamados, ante un público ávido de sensaciones lo suficientemente fuertes como para hacerles olvidar los temores pasados. Esperaban ver algo que mereciera la pena ser recordado, pues muchos, la mayoría, coincidían en lo mismo, en que los juegos de gladiadores eran cada vez más escasos y de peor calidad. El público más joven ni siquiera conocía ya las reglas, dejando que los árbitros les engañaran.

Los que aún no habían conseguido entrada estaban dispuestos a dejarse la piel para poder ver a las figuras del momento, aunque fuera en la parte alta del anfiteatro, entre los esclavos y las mujeres, a los que se les tenía vetado el acceso a las gradas. La expectación era tal que el gran

coloso no podría acogerlos a todos y muchos se tendrían que quedar en la calle. Las entradas eran, al igual que el pan, repartidas gratuitamente entre el pueblo romano, pero, tal y como ocurría con la *annona*, nadie podía evitar que también se hiciera negocio con la generosidad de las autoridades. En casi cada esquina había alguien dispuesto a vender la tésera que había obtenido gratuitamente; de igual modo que, casi en cada esquina, había alguien dispuesto a pagar lo que fuera con tal de asistir al inquietante, y cada vez más extraordinario, espectáculo de la muerte; con mucho, el preferido por los romanos. No había otro juego ni otro espectáculo que despertara su pasión como lo hacían los *munera gladiatoria*, en los que unos hombres apenas protegidos, simples mortales, plantaban cara a la muerte. Era un espectáculo arcaico y decadente para algunos, que, como otras muchas tradiciones romanas, parecía tener los días contados, pues resultaba tan caro de organizar que los propios magistrados lo estaban

dejando languidecer y buscaban el apoyo popular por otros medios menos costosos.

No todos habían tenido la habilidad de Fulvia para hacerse con un par de localidades, nada más y nada menos que en la segunda grada del anfiteatro. Cuando por fin se vio dentro, respiró tranquila. Había temido que descubrieran su engaño y no la dejaran pasar y, sin embargo, no se le había pasado por la cabeza que a Waldo pudieran ponerle problemas. Él era chico, pero su aspecto extranjero lo delataba. Tuvo que empujarle por detrás para que se colara porque se hubiera quedado fuera. No había que ser un lince para adivinarlo, bastaba con haberle visto la cara al portero. Waldo estaba eufórico, se le notaba en la cara. Se había dejado contagiar por la excitación de su amiga y no era realmente consciente de la trampa en la que se estaba metiendo. A pleno sol, su pelo había adquirido el amarillento tono del marfil y su piel parecía casi transparente. Muy rubio como para pasar

desapercibido entre sus compañeros de grada que, entre apuesta y apuesta, le dedicaban miradas sesgadas y llenas de desconfianza, que él, por su parte, trataba de ignorar, acostumbrado como estaba a que le reprocharan su aspecto. Seguía con interés el desfile de las fieras, las mismas que había visto descargar en el Emporio bajo la atenta supervisión de los procuradores.

Dejó de prestarles atención para localizar a alguien entre las autoridades. Se trataba de Aculeo Iustus, al que reconocería aunque estuviera desnudo. Se hallaba en la primera grada, apoyado con los dos codos sobre la balaustrada de bronce, no lejos del palco imperial. Le extrañó verlo vestido de blanco como al resto, sin la extravagante piel de leopardo con la que solía pasear su esnobismo por las dársenas del puerto, como si quisiera demostrarle al mundo quién era él: Aculeo Iustus, el procurador de elefantes, al que todos debían admirar. Waldo había aprendido a odiarle con la misma intensidad con la que

odiaba a su hija, la dulce Lidia. Esa mosquita muerta que le había desgarrado el corazón y de la que había jurado vengarse algún día y a la que, por cierto, no localizaba entre el público.

El gordo que tenía sentado al lado le observaba con el rabillo del ojo, más pendiente de él que de los exóticos animales que recorrían la arena al son de la orquesta. Panteras, jirafas, elefantes y leones traídos por mar desde las regiones más inaccesibles de África para deleite del pueblo romano. Dejó de observarle cuando uno de los elefantes se derrumbó, de repente, sobre sus patas delanteras y el anfiteatro en pleno comenzó a protestar por el estado de las fieras, que llegaban medio moribundas a Roma. ¡A saber cómo los habrían traído! Las protestas aumentaron entre un público cada vez más enfurecido. Aquello era una tomadura de pelo y ellos no estaban allí para ver morir de agotamiento a las bestias. Se merecían, al menos, ver rodar alguna cabeza. La indignación iba en aumento y el asunto amenazaba

con desbordarse si no se actuaba con celeridad. Había que quitar aquel maldito elefante de la arena. Fue Waldo quien, sin pensárselo dos veces, señaló al responsable y, como por arte de magia, el anfiteatro en pleno dirigió su ira hacia él. Antes de que los esclavos lograran arrastrar al pesado paquidermo hasta el montacargas, a Aculeo ya se lo había tragado la tierra.

Estaba siendo una mañana intensa, llena de emociones. Fulvia dirigía fantásticos exabruptos contra los leones que solo ella sería capaz de repetir y lo hacía como un verdadero chico, con los puños cerrados y el rostro contraído por el furor del momento. Animaba a los bestiarios, fingiendo que los rugidos no la impresionaban. Desde niña había deseado ver cómo cazaban a las fieras, el colmo de la valentía según ella. La sangre le hervía y todavía le hirvió más cuando ante sus ojos aparecieron los condenados a la arena, en esta ocasión godos hechos prisioneros en la batalla de Verona, que iban a ser devorados por

las bestias como parte del espectáculo. Se dejó llevar por el furor que recorría las gradas y pidió que los mataran con la misma vehemencia que el resto, pero su corazón no estaba preparado para ver morir de aquel modo a los hombres. Fulvia no pudo soportar el macabro banquete y acabó ocultándose tras la espalda de su amigo, a punto de echarse a llorar. Mientras que Waldo no podía apartar la vista del sangriento espectáculo, atraído por el brillo de la sangre que brotaba de los cuerpos mutilados de sus compatriotas. Eran godos y él lo sabía, pero algo le hacía desear su muerte. Quería verlos morir, desangrarse, indagar en la brutalidad, y por mucho que lo intentaba no podía sentir compasión alguna por ellos. Era como si se le hubiera helado el corazón.

—¿Habéis visto a estos dos? Un godo y un marica sensiblero. Sería mejor que os largarais y nos dejarais un poco más de sitio —barruntó el gordo entre dientes al ver la reacción de Fulvia. Las localidades eran demasiado estrechas para su

orondo cuerpo y el hombre estaba decidido a hacer todo lo posible para quitárselos de encima.

Sonaron los cuernos y las trompetas, anunciando una pausa para que los esclavos pudieran limpiar los restos de las víctimas y esparcir arena fresca, y el anfiteatro comenzó a vomitar a sus ocupantes hacia la calle. También ellos aprovecharon para estirar las piernas e ir a comer algo por los alrededores antes de que comenzaran los juegos de la tarde. Salieron al corredor principal poseídos por la extraña sensación de que flotaban, pues todavía estaban bajo los efectos de la tensión. Fulvia tardó en reaccionar al encontrarse con Rigo, uno de sus amigos de la infancia.

—¿Fulvia?! —Fue él quien se acercó.

—Muchacho, ¡estás cuadrado! Pareces un Hércules. Y vistes como un señor —le saludó Fulvia, embargada por una nueva emoción. No era cierto, vestía como los esclavos de las ricas, pero le sentaba bien. Se había convertido en un

hombretón fuerte y apuesto, ¿quién lo hubiera dicho de niños? Fulvia le piropeó con un silbido —: ¡*Fiuuu!* Rubio, ¿te acuerdas de Rigo?

Waldo se limitó a asentir. ¿Cómo no se iba a acordar de musculitos? Ese imbécil bebía los vientos por Fulvia.

—¡Estás estupendo! Debí haberme quedado contigo —dijo Fulvia, fingiendo comérselo con los ojos. Fingir era una de las cosas que mejor sabía hacer, formaba parte de su oficio. Echó una rápida mirada a Waldo para comprobar su reacción. Lo vio enrojecer.

—Aún estás a tiempo. Hoy son ellos los vencidos, ¿no es así, Waldo? ¿Has visto lo que hacemos en Roma con los godos? —le desafió Rigo, vengando afrentas pasadas. Fue un golpe bajo que Waldo encajó mal y la aparente frialdad con la que había asistido a la ejecución de los suyos se convirtió en un sentimiento de ira contenida, que no tardaría en estallar. No escuchó el siguiente comentario de Rigo, que había vuelto a

dirigir su atención hacia Fulvia—: Tú estás muy cambiada. Menos....

—Femenina —se adelantó Fulvia, alborotándose el pelo por la nuca con coquetería.

—No me lo tengas en cuenta, Fulvia. Sigues siendo preciosa —le confesó Rigo con un gesto bobalicón, debido a su prognatismo, que a ella le trajo recuerdos de su infancia.

—Déjalo, Rigo. Seguro que tienes a miles de chicas más guapas que yo comiendo de tu mano —respondió Fulvia melosa, pegándose un poco más a él. Disfrutaba con aquella situación, pero se dio cuenta de que al godo se le estaban empezando a notar las venas del cuello. La sangre les había excitado a todos, así que decidió cortar antes de que aquello terminara mal—: Dime, ¿dónde estás sirviendo? Por tus pintas, debe de ser una casa muy rica.

—En casa de la emperatriz... De la nobilísima fémica Gala Aelia Placidia—le anunció Rigo engolando la voz—. Me ocupo de su seguridad.

Fulvia notó que Waldo se ponía tenso. Sin saber por qué el corazón se le aceleró, alarmado por un presentimiento que no pudo desentrañar hasta cinco años más tarde. Entonces pensaría que ojalá nunca se hubieran encontrado a Rigo.

—¿De su seguridad? —intervino Waldo, pero el rumor de la muchedumbre resultaba atronador y ya no obtuvo contestación. Las palabras se perdieron entre el vocerío de la gente. Estaban en medio de unas escaleras y una excitada turba les arrastraba hacia la salida del anfiteatro.

—Rigo, muchacho... ¡Me alegro de verte! —se despidió Fulvia a voces—. Espero que nos encontremos alguna otra vez y, ¿quién sabe?, tal vez podamos recordar viejos tiempos con un poco más de intimidad.

A Fulvia los celos de Waldo le habían dado ese puntito de felicidad que necesitaba para borrar de su mente el terrible espectáculo de las ejecuciones. Todavía quedaba mucho día por delante, lo mejor. Al regresar a sus asientos

comprobaron que el gordo les estaba ocupando la mitad de su sitio. Olía a taberna y todos estaban muy excitados. Waldo no estaba dispuesto a dejarse humillar por aquella bola de grasa y se embutió de mala manera entre Fulvia y él. Se habían perdido el desfile y el sorteo de las parejas, y una animada música de flautas y trompetas acompañaba a una pareja de gladiadores en su juego con la muerte. Parecían querer cazarse el uno al otro.

—¿Sabes dónde estuve anoche? Cintia y yo fuimos a verles cenar —confesó Fulvia, sin ocultar su emoción. Era la primera vez que asistía al último banquete de los gladiadores. Volvió a prestar atención al combate y, de pronto, descubrió algo que la hizo levantarse y ponerse a gritar como una descosida—: ¡Rubio, yo a ese lo conozco! Agila, ¡se llama Agila! Es muy moreno para ser godo.

Lo había reconocido por la cicatriz que cruzaba su torso, pues el casco le ocultaba por

completo el rostro. Luchaba con escudo y espada contra la lanza de un *hoplomachus*. No había intercambiado con él más que un par de palabras, las suficientes para saber que se habían gustado, aunque había sido otra, la esposa de un senador, la que se lo había llevado al catre. Las mujeres se pirraban por él. No es que fuera guapo, pero su cara, algo deformada por los golpes, resultaba atractiva y, además, tenía fama de jugar al amor con la misma pasión con la que evitaba la muerte. Su aparición había conseguido exaltar los ánimos del anfiteatro que ya empezaban a decaer después de todo un día viendo morir en la arena. Actuaba con el sobrenombre de *Gothus*, «el temido enemigo de Roma», lo que, en aquellos tiempos, le hacía ganarse más abucheos que aplausos. Aunque también él contaba con sus incondicionales, pues los tenía y a miles, como cualquier primer palo del momento.

—¡Otro maldito bárbaro! ¡Muérete ya, que nos estás aburriendo! *Barbarus!* —dijo el gordo,

buscando la reacción de Waldo, que lo oyó y no pudo contener su ira por más tiempo.

Explotó. Se abalanzó sobre su seboso cuello y comenzó a estrangularle la garganta con tanta fuerza que su piel empezó a amoratarse. La orquesta había dejado de tocar. El *hoplomachus* estaba acorralado bajo la espada del godo y la gente aguardaba su reacción, pues el combate todavía no estaba decidido. Se podía sentir la tensión en el público que esperaba el veredicto de Némesis. Pero el veredicto de la diosa ya no llegaría por culpa del cristianismo.

—¡Fuera! ¡Largo de ahí! ¡Fuera! —La gente rugía enfurecida.

A la arena había saltado un espontáneo que, burlando a los árbitros, había conseguido interponerse entre los gladiadores e intentaba separarlos torpemente. Era uno de esos monjes fanáticos, de barba de chivo y hábito oscuro, que habían viajado desde Oriente para acabar con los inacabables vicios que los cristianos más

radicales le achacaban al pueblo romano. Durante ese año no hubo espectáculo que no fuera interrumpido por uno de ellos y su siniestra presencia comenzaba a resultar demasiado molesta en Roma.

—Vosotros los llamáis juegos, yo los llamo matanzas; vosotros lo llamáis espectáculo, yo lo llamaría crimen...

—¡Sacadlo de ahí o lo sacaremos nosotros! — No era la primera vez que se linchaba a un monje en el anfiteatro.

Fulvia estiraba el cuello para no perderse detalle. Estaba tan intrigada por saber lo que iba a pasarle al monje que no se dio cuenta de lo que ocurría hasta que no escuchó el alboroto que había a su alrededor. Enseguida supo que no era por el parabolano. Se volvió y sintió verdadero pánico al ver el odio con que Waldo apretaba el cuello de aquel hombre, mientras los demás trataban de separarlos. Pensaba que no le iba a soltar y que lo mataría allí mismo. No comprendía qué era lo que

le estaba pasando a su amigo, estaba como enloquecido.

—¡Voy a hacer que te tragues tus palabras, gordo asqueroso! —le oyó decir. Waldo estaba harto de humillaciones.

—¡Rubio...! —gritó horrorizada. En esos momentos lo único que le importaba era que Waldo entrara en razón y soltara a aquel hombre. El horrorizado grito de su amiga le hizo bajar la guardia. Por fin consiguieron separarlos. Fulvia saltó hacia él y le cogió la mano. No era la primera vez que escapaban juntos, lo habían hecho cientos de veces en sus correrías por la ciudad—. ¡Larguémonos de aquí antes de que te maten! ¡Corre!

Dejaron al gordo vomitando su propio miedo y corrieron hasta verse fuera del anfiteatro, mientras en la arena se decidía la suerte del parabolano. La de los juegos ya estaba decidida: agonizarían lentamente hasta morir de pura decadencia, sin que la Iglesia y los emperadores pudieran hacer otra

cosa que acelerar su muerte.

Los días de Saturno

Se hallaban en vísperas de las Saturnales, en las que nada era lo que parecía ser. Los amos fingían ser esclavos y los esclavos, amos; lo prohibido se permitía y lo ilegal pasaba como legal ante la delirante ceguera de la Justicia; reinaba el libertinaje, las bromas, los juegos y las caricaturas. Eran las fiestas preferidas de los habitantes de Roma, el regreso a la edad de oro de Saturno en la que los hombres y dioses convivían en paz y no había pobres ni ricos sino que todos eran iguales, al menos por unos días. En la fábrica de Cleón se trabajaba a destajo para que los

romanos tuvieran joyas, falsas o verdaderas, que regalarse, además de los tradicionales saquitos de nueces, las velas o las figurillas de arcilla para atraer la buena suerte de quien los recibía. Los martillos no descansaban y los capataces tenían orden de castigar con el látigo a quien perdiera el tiempo aunque fuera en respirar.

Dago sentía que le estaban vigilando. Estaba acabando de recortar la chapa de oro que necesitaba para la siguiente pieza: un broche ovalado que llevaría inserta una esfera de ónice verde, idéntico a los treinta y dos anteriores que habían salido de sus manos durante ese mes. Oteó a su alrededor y, al ver que no le observaban, decidió arriesgarse. La cuchilla cortó un pedazo más del que necesitaba, demasiado grande como para poder ocultarlo con facilidad debajo de la túnica. Nunca antes se había atrevido a tanto, pero, para su desgracia, le estaba perdiendo el miedo a robar. Era incapaz de luchar contra esa obsesión por el oro que le consumía, la misma que terminó

acabando con la vida de Shelomo. Por la noche, en su cubil, sacaba del fondo de la túnica su valioso botín y lo contemplaba a la luz de la lucerna, fascinado por su brillo, mientras sentía el miedo con el que Eldes le observaba. No quería verla sufrir y se juraba a sí mismo que era el último, pero él sabía que no lo era y que volvería a robar. Se despertaba pensando en que ese oro podía convertirse en algo hermoso y delicado, mucho más hermoso y delicado de lo que hubiera llegado a ser de haber permanecido en la fábrica, por mucho que hubiera sido él quien lo hubiera trabajado. Soñaba, y tanto su cabeza como sus manos estaban ansiosas por hacer realidad sus sueños. El arcón estaba ahí junto al lecho, aguardándole.

«Solo hoy», se había dicho esa mañana de camino al trabajo mientras bordeaba la orilla del Tíber en compañía de Rufio. Las manos le temblaban conscientes del peligro que corrían. No es que no estuviera advertido. Cleón se

comportaba como un tirano en su propia fábrica e impartía la justicia como le venía en gana, al margen de tribunales y magistrados, pues para él todos eran sus esclavos. Dago había sido testigo de muchos accidentes que no eran tales. Rostros y manos deformadas por el metal fundido, graves quemaduras producidas por el carbón, cortes y pequeñas mutilaciones mucho más dolorosas que la cárcel; simples despistes que podían haberse evitado. Depositó la cuchilla con cuidado de no hacer ruido para no llamar la atención y tomó asiento, disponiéndolo todo para comenzar a trabajar la joya, mientras que con el brazo iba buscando el pedazo de oro que había quedado sobre el banco de trabajo. Echó un ojo a sus compañeros, asegurándose de que no le miraban y, poco a poco, fue arrastrándolo con el codo hasta ocultarlo bajo la palma de la mano. Sudaba. Tenía el presentimiento de que esa vez le iba a salir mal. Los demás joyeros no levantaban la cerviz, encorvados como ancianos sobre la mesa de

trabajo. Era imposible que le hubieran visto, pero Dago se estaba dejando traicionar por los nervios. El corazón comenzó a palparle. Tomó el trazador y empezó a marcar las líneas maestras del dibujo que tendría la joya al tiempo que seguía deslizando el oro hacia el borde de la mesa y lo dejaba caer sobre la falda de la túnica. Al conseguirlo, respiró aliviado, pues, para él, acababa de hacer lo más difícil. Estaba tan nervioso que no advirtió la presencia de Lupo.

El capataz había entrado en el taller por la trampilla que se abría en el suelo, tan sigiloso como solía. Nadie en la fábrica estaba a salvo de él. Lupo no andaba, se deslizaba en silencio con la cautela de un lobo, siempre a la caza de una presa.

—Godo...

Dago notó que le presionaba el hombro y cerró los ojos con estupor antes de levantarse, pero por suerte este se lo impidió. Hubiera dado el oro que ya tenía por que aquello no le estuviera pasando a él. La vista se le nubló y un sudor frío recorrió su

cuerpo. Cleón miraba desde la puerta. A una señal del amo, Lupo aumentó la presión sobre su hombro.

—... ten cuidado, no vaya a ser que te acabes mordiendo la lengua —le advirtió, retirándole la mano.

Dago escondió la lengua y se quedó clavado en su asiento, sin saber bien cómo actuar. Aún no sabía si había sido descubierto.

—¿A qué estás esperando? ¡Ponte a trabajar!, ¿o es que para ti ya han empezado los Saturnales?

Les esperaban varios días de fiesta. Dago trató de recomponer los nervios ante la vigilante mirada de Lupo, así que retomó la tarea, fingiendo estar más tranquilo de lo que estaba, y simuló concentrarse en cada trazo. Cambió varias veces de herramientas; tomó un punzón más grueso para dar volumen al dibujo, y comenzó a golpear con el martillo, todavía pendiente del pedazo de oro que tenía entre las piernas, sobre la falda de la túnica. Cuando por fin pudo ocultarlo entre su ropa, ya era

de noche.

Anocheía temprano en aquella época del año y la jornada pasaba rápido. La fábrica había empezado a vaciarse y Dago seguía trabajando bajo la palpitante luz de un candil. A golpe de cincel, había conseguido engastar la piedra y remachaba los bordes de la chapa para dejarla terminada antes de marcharse a casa. No le gustaba dejar el trabajo a medias, por lo que no resultaba extraño que todavía siguiera en el taller; pero, aquella tarde, era Dago el que retrasaba sus tareas intencionadamente con el propósito de evitar que Lupo le registrara a la salida. Estaba seguro de que le estaba esperando para comprobar que no guardaba nada de valor bajo su túnica.

—Lupo, ¡ven aquí! —Era la voz de Cleón que llamaba al capataz desde su cuartucho.

Dago dejó de trabajar para atender a lo que pasaba. No pudo oír los pasos de Lupo, pero imaginó que había dejado de vigilar la puerta de entrada a la nave para reunirse con el amo. Quizás

ese hubiera sido el momento de escapar, pero siguió sentado en la mesa de trabajo, escuchando:

—¿Y el godo?

Dago apagó el candil de un soplo.

—No hay luz en el taller. Se ha marchado — oyó responder a Lupo, y se sintió aliviado.

—¡Compruébalo! —Cleón desconfiaba.

Dago se había metido en un lío del que no sabía cómo podría escapar. Si encendía la luz iba a levantar sospechas, así que, a oscuras, trató de localizar el oro entre las costuras de su túnica para deshacerse de él y salir tranquilamente por la puerta. «¡Maldita sea!», estaba demasiado nervioso. Sus dedos, siempre tan hábiles, hurgaban entre las costuras incapaces de sacar el pedazo de metal que se había quedado enganchado en los hilos de la túnica.

—¡Espera, Lupo! Coge esto... por si acaso. — La voz de Cleón sonaba cada vez más cercana.

El pánico se apoderó de él. Ignoraba que lo que el amo le había ofrecido era un candil, un

simple e inofensivo candil, hasta que pudo ver acercarse la luz. Pensó en esconderse y se acordó de la trampilla, la abrió con cuidado de no hacer ruido y se introdujo por ella.

—¡Nadie! No hay nadie —anunció la voz de Lupo.

Dago respiró al escuchar las pisadas del capataz sobre su cabeza. Aguardó hecho un ovillo bajo la puerta de la trampilla a que cesaran los pasos, sin atreverse a bajar por las empinadas escaleras que nacían bajo sus pies, por las que había visto subir y bajar a Cleón decenas de veces. Había mucha humedad y la madera había comenzado a pudrirse. Podía seguir con la mente los pasos de Lupo que no dejaba de dar vueltas por el taller. Caminaba en círculo alrededor de la trampilla como un lobo a la entrada de la madriguera. Pensó que tal vez le estuviese oliendo. De repente, notó que los pasos cesaban justo encima de la madera y la trampilla comenzó a levantarse. A medida que se abría, la escalera se

iba iluminando con el tenue reflejo del candil. Dago se echó a un lado y consiguió ocultarse entre dos vigas. La luz avanzaba escaleras abajo seguida de Lupo, que descendió unos peldaños más hasta asegurarse de que no había nadie en el sótano de la nave y regresó arriba, desandando sus pasos. El agudo chirrido de un cerrojo le anunció que estaba perdido. Lupo había cerrado la trampa dejándolo allí encerrado.

Llevaba un buen rato entre las vigas, encogido de frío y sin atreverse a bajar, cuando escuchó unas voces que procedían de algún lugar del sótano. Al principio creyó que eran ratas, pero cada vez se oían con mayor nitidez, como si las voces se estuvieran acercando. Le costaba concentrarse, aun así consiguió escuchar algo de lo que decían, aunque le era imposible distinguir si eran tres o más personas las que hablaban.

—Los *curiosi* nos están investigando. Algunos de nuestros nombres aparecen en las listas. —En aquella Roma, había agentes secretos por todas

partes atentos a cualquier complot, real o supuesto, que pudiera hacer peligrar el poder del emperador. Nadie se libraba de sus pesquisas: funcionarios, ciudadanos e incluso la más alta aristocracia podía ser espiada y acusada de traición.

—Ninguno de nosotros tiene por qué preocuparse. Las instituciones nos protegen... ¿o acaso les creéis capaces de procesar a uno de nosotros? Senadores... altos funcionarios... Eso sería un escándalo que Roma no puede permitirse en estos momentos.

—Ha sido el senador el que se ha ido de la lengua. Le tendieron una trampa. Al viejo le llenaron su casa de putas y ya sabéis lo que pasa cuando coges confianza... —El asunto parecía muy serio como para reírle la broma. Si la trama llegara a descubrirse todos sabían lo que les esperaba. Serían torturados y encarcelados en una oscura mazmorra pues, si los agentes se empeñaban en demostrar su implicación, ni los más influyentes se librarían de los grilletes.

—Os lo advertí, no debimos haberle metido en esto.

—Ya, pero le necesitábamos. Jamás hubiéramos conseguido desviar el oro sin su colaboración.

—El oro... Los judíos también sospechan, quieren saber dónde está su oro. Tal vez tengamos que ocultarlo en otro sitio.

—El oro está seguro bajo la fábrica. Aquí todo es legal... en apariencia. —Dago reconoció la voz de Cleón, ¡de modo que era uno de ellos!—. Es la mayor fábrica de Roma, ¿por qué iban a sospechar que aquí hay oro robado?

—Tal vez tengamos que callarles la boca a los judíos.

«Oro robado a los judíos», pensó Dago. Había estado atando cabos durante la conversación y había sacado sus propias conclusiones. Heliodoro tenía razón, Roma les seguía robando y su oro estaba allí, en algún lugar de aquel húmedo sótano. Llevaba el suficiente tiempo conviviendo con los

romanos como para no sorprenderse de que la fábrica tampoco fuera lo que parecía, un boyante negocio de joyería al por mayor. Cleón estaba tan corrompido como las dos vigas sobre las que él había estado colgado.

Consiguió salir de la fábrica a través de un laberíntico entramado de túneles y corredores subterráneos que le llevaron hasta la orilla del río. Se sentía agotado por la tensión pero la noche aún no había terminado. Dago tenía el presentimiento de que lo que acababa de descubrir era mucho más grave de lo que él, un godo, un simple bárbaro, alcanzaba a comprender. Se dirigió al Emporio para tratar de localizar a su hijo, pues suponía que a esas horas él tampoco estaría en casa. Recorrió bares y tabernas hasta encontrarlo, borracho y jugando a los dados en un oscuro antro donde, para su sorpresa, se hablaba en godo. Era la taberna de Ervigio, donde Waldo ahogaba con vino su odio a los romanos mientras dejaba que otros, con su palabrería, lo fueran alimentando. Sintió

repugnancia al comprobar lo que Roma había hecho con su hijo, pero una vez más calló. Solo necesitaba una cosa de él.

—He de pedirte un favor. Tienes que ayudarme a llegar a Ostia esta misma noche —le pidió, evitando mirarle.

Waldo no le preguntó razones. Supuso que las urgencias de su padre tendrían algo que ver con los judíos, pero no sentía el menor interés por indagar en los motivos de su azoramiento. El viejo no era de los que se metían en líos, así que ¿para qué molestarse en preguntar? Hacía tiempo que había dejado de admirarle y, desde que él no trabajaba para Cleón, apenas se veían, pero incluso cuando lo hacían, ninguno de los dos parecía tener palabras para el otro. Iba poco por casa últimamente y la mayor parte de las noches las pasaba gastándose el salario en las tabernas o descargando su ira entre las piernas de alguna fulana, cuando no acudía a refugiarse entre los brazos de Fulvia, siempre dispuesta a chulear a su

chulo para pasar la noche con él.

—Una de las barcazas sale ahora hacia el Portus. Puedes viajar en ella, pero yo de ti me tomaría antes esto... para calentar los huesos. — Señaló la jarra que tenía enfrente y que él no se había llegado a tomar—. Bébetelo, estás temblando, o la humedad del Tíber acabará de rematarte.

El vino todavía estaba caliente, humeaba, pero Dago lo rechazó con asco.

—Hijo... una última cosa. —Dudó mucho antes de pedírselo—: Tu madre... no quiero que se preocupe por mí. Ve a decirle que he tenido que bajar a Ostia y que intentaré estar de vuelta antes de que acaben las fiestas. Prométeselo de mi parte. —Dago sentía no empezar con ella los Saturnales, pues sabía que a Eldes le gustaba tanto como a él pasear por Roma durante esos días en los que los romanos dejaban a un lado sus problemas y salían a divertirse al alegre son de los panderos. Músicos y acróbatas llenaban las calles y en casi

todos los distritos de la capital se montaban humeantes puestos de comida y mercadillos repletos de velas y muñecos de arcilla. Dago pensó que cuando regresara, le compraría algo, pues también ellos tenían la costumbre de intercambiarse regalos durante las fiestas. Otra festividad pagana, la de los Saturnales y el final del invierno, que la Iglesia no podría destruir, pero que acabaría asimilando con la celebración del nacimiento de Jesús al igual que haría con la del Sol Invicto.

Esa noche todo parecía posible. Incluso el cielo, iluminado por una luna redonda y plateada, tenía un brillo especial, como sacado de un sueño. La barcaza navegó río abajo y se desvió por la Fosa Trajana hasta el mismo Portus. Cuando arribaron a los muelles había amanecido y él continuó su camino a pie hasta tomar la barca de remos que le conduciría a Ostia. Al hacerlo no pudo evitar recordar que, hacía más de un lustro, había recorrido ese mismo camino con su familia y

que entonces no tenían a dónde ir. Roma les había cambiado la vida, aunque a veces se preguntaba si para mejor.

Heliodoro tenía una hermosa villa a orillas del Tirreno, en las afueras de Ostia. Él no había estado nunca allí, pero sabía cuál era, pues se hallaba en Vía Severiana, muy cerca de la sinagoga. A Dago, aquel le parecía uno de los rincones más bellos del Imperio y no le extrañaba que los ricos de Roma construyeran allí sus mansiones. El sol del amanecer se asomaba tras los pinos como una gran bola de fuego y el viento traía un agradable olor a mar. Pidió ver a Heliodoro. Este le recibió en una espaciosa sala de grandes ventanales desde donde se disfrutaba el maravilloso espectáculo de ver arribar los barcos con sus enormes velas desplegadas al viento. Una luz blanca y poderosa se colaba, como empujada por la suave brisa que venía del mar, a través de las ondulantes cortinas de muselina blanca, inundando hasta el último rincón de la estancia. Sobre la mesa, un

candelabro encendido le recordó que los judíos también celebraban su fiesta de las luminarias, la Janucá.

—¿Qué es lo que ocurre, Dago? —le preguntó Heliodoro, ahorrándose las ceremonias. El egipcio llevaba una túnica con mangas, de colores tan claros como el resto de la estancia, que le ceñía al cuerpo según las tendencias que venían de Oriente.

Dago no esperaba un recibimiento tan frío y se arrepintió al instante de haber llegado hasta ahí. Tal vez se había precipitado al viajar a Ostia, pero, si lo había hecho, era porque se sentía en deuda con Heliodoro y con su comunidad. El alejandrino se había portado muy bien con él y merecía que le correspondiera. Sin más dilación, comenzó a relatarle, con el mayor detalle posible, lo que había oído la noche anterior en el oscuro sótano de la fábrica. Hablaba atropelladamente y las palabras parecían enredarse en su boca ante la impávida mirada de Heliodoro, que lo contemplaba con el rostro impassible, esperando a

que acabara con aquel cuento.

Dago esperaba alguna reacción ante lo que acababa de contarle, pero seguía mirándole con la frialdad de una estatua. Lo vio acercarse hacia el ventanal y contemplar el mar con las manos entrelazadas sobre su espalda, como si buscara una respuesta entre las olas.

—Dago... Mi alma está sufriendo el veneno de tus palabras. Cleón no puede haberme traicionado de la manera que cuentas, tal vez hayas interpretado mal lo que escuchaste, tú mismo dijiste que estabas angustiado... pero ojalá no lo hubieras escuchado nunca —deseó. Entonces, se dio la vuelta para mirarle casi por primera vez—. Hay algo sobre él que nunca te he contado: Cleón fue nuestro esclavo. Yo mismo le pagué la libertad y le ayudé a salir adelante, igual que te he ayudado a ti. El resto lo ha hecho él con su trabajo. Y tengo que confesarte, Dago, que me siento orgulloso. Él es parte de nosotros y jamás nos traicionaría. Su oro no es el nuestro, sino el que él se ha sabido

ganar.

—Pero yo... —quiso interrumpirle Dago. Estaba perplejo por la reacción del judío.

—Ahora márchate. —Le invitó a marcharse con un gesto de sus manos, pero cuando Dago estaba ya en la puerta le lanzó una última advertencia—: Acepta mi consejo. Si quieres seguir viviendo en paz, olvida lo que oíste. No tienes que desconfiar de Cleón, él es el que te da de comer.

Dago había malgastado sus días de fiesta. Regresó a Roma en uno de los carros que transportaban sal a la capital, pues el tráfico en el Tíber también se había detenido. Se sentía como si hubiera sido víctima de una de esas bromas, más o menos pesadas, con las que los romanos honraban la festividad de Saturno, en la que nada era lo que parecía, lo blanco se tornaba negro y lo negro, blanco. Le hubiera gustado olvidar lo sucedido, pero Cleón se iba a encargarse de que no lo hiciera. Dos de sus capataces, Lupo y un gladiador retirado

llamado Petro, le estaban esperando a la entrada de la *insula*. Al verlos, se acordó de que él mismo les había dicho dónde vivía.

—Buenas noches, godo. Un poco tarde para regresar a casa, tu mujercita estará preocupada — le dijo Lupo, acorralándole. El carro había tardado un día entero en llegar desde Ostia. Dejó que fuera Petro el que le golpeará una y otra vez hasta dejarlo tendido en el suelo, empapado en su propia sangre, y de un puntapié le obligó a girar la cara hacia él—. Y, ahora me vas a escuchar. Cleón no quiere ladrones, ¿me has oído? —Aguardó a que Dago asintiera aterrado—. Así que será mejor que no vuelvas a aparecer por la fábrica. Agradece al amo que no te hayamos cortado las manos, eso es lo que hacemos en Roma con los ladrones.

Rufio

—¡Por los dioses! Déjame verte. Te han dejado la cara hecha un mapa —dictaminó Rufio después de estudiarle con la atención de un médico. Había aparecido por la puerta dispuesto a levantarle los ánimos a su vecino pero al verle tendido en el lecho, más muerto que vivo, comprendió que le iba a ser difícil. Era su carácter y no podía evitar hacer chistes ante situaciones tan delicadas como aquella. Bromeaba incluso con las cosas más serias, pero no era tonto; sabía bien delante de quién hacerlo. Así que se aseguró de que Eldes no anduviera por el apartamento antes

de acusarla, en tono confidencial, de ser ella la culpable de la penosa situación en la que se hallaba su esposo—: ¿No habrá sido «el Coloso»? Pero, Dago, amigo mío, ¡cuántas veces te he dicho que tengas cuidado! La gigante es demasiada mujer para ti.

Dago no se habría reído aunque se lo hubieran permitido sus costillas rotas. Le molestaba que su vecino aprovechara cualquier ausencia de Eldes para mofarse de ella. La primera vez que le oyó llamarla así no entendió a qué venía. Después de más de media vida en el Imperio, sus conocimientos del latín seguían siendo muy rudimentarios, los justos para sobrevivir en Roma, y desconocía lo que significaba aquella palabra que más adelante llegaría a aborrecer. De modo que no tuvo más remedio que disculparse por su ignorancia ante la expectante mirada del romano, que esperaba, con los ojos muy abiertos y la frente arrugada, a ser gratificado al menos con una sonrisa. Todavía entonces seguía sin comprender

qué tenía de gracioso que su mujer le sacara dos cabezas. Con los años, Eldes se había convertido en una mujerona hermosa, aunque algo malcarada y excesivamente corpulenta, y era inevitable que, con su cabello rubio, llamara la atención a alguien tan moreno y menudo como Rufio.

—No me gusta tu forma de dirigirte a Eldes —le había dicho en aquella ocasión, con tan escaso éxito que no volvió a repetírselo.

—¡No es para ponerse así! Además, el sobrenombre le viene al pelo. Ni en la mismísima Rodas hubo nunca un ejemplar tan magnífico y brillante como tu esposa. Deberías sentirte orgulloso en vez de ofenderte. Tu Eldes, amigo, deslumbra como el mismísimo Sol —le había contestado, creyéndose su propia gracia.

De los muchos que tenía, aquel era su principal defecto. Rufio se creía gracioso. Repetía sus chistes una y otra vez hasta resultar pesado, pero ni Dago ni nadie le decían a la cara lo que realmente pensaban, por mucho que,

disimuladamente, más de uno tratara de quitárselo de encima. Era de esa clase de personas que se crece ante la prudencia ajena. Cuanto menos decían los demás, más hablaba él; cuanto más le permitían, más ofensivo e hiriente resultaba. Podía llegar a ser tan cargante como un mal actor de comedia y, lo peor, es que no se daba cuenta, pues estaba demasiado pagado de sí mismo como para mirar las caras de su aburrido público. Dago callaba prudentemente cada vez que Rufio ofendía a su mujer y reía muchos de sus chistes solo por no ahogar el entusiasmo de su amigo. Si no lo hacía, Rufio lo atribuía, no a su poca gracia, sino a la frialdad de los bárbaros del norte que, para él, eran gente embrutecida y todavía por civilizar. Cuando parecía que ya había agotado su repertorio llegaba con un chiste nuevo. Dago no sabía si se los inventaba o si los pescaba en las turbias aguas del Tíber al volver del trabajo.

—«Un bromista se encontró con un proxeneta que ofrecía los servicios de una chica negra y le

preguntó: ¿Cuánto pides por la noche?» ¡Es buenísimo! La noche... ¿lo entiendes? —le preguntó con ese aire de superioridad que le hacía insoportable. A Rufio le hubiera gustado un poco más de entusiasmo, pero en el estado en que se encontraba su amigo podía llegar a comprenderlo —. ¿Y este otro? «Un viudo mostraba los últimos respetos ante la tumba de su esposa cuando alguien le preguntó: “¿Quién es el que descansa?” A lo que el viudo contestó: “Yo, ahora que estoy solo.”» ¿No es bueno? Vale, veo que hoy no tienes ganas de reírte. ¿Qué es lo que ha pasado?

—Fueron Lupa y Petro, los envió Cleón — respondió Dago sin dar más explicaciones. Le habían dado tal paliza que le dolía hasta respirar.

—La verdad es que tienes un aspecto horrible. He oído que no vas a volver a la fábrica — comentó Rufio en un tono mucho más serio mientras arrastraba el baúl para utilizarlo de asiento. Pesaba lo suyo, algún día le preguntaría qué guardaba dentro. Esa misma mañana había

oído rumores y tenía la malsana intención de tirarle de la lengua, pero, por lo que se veía, Dago no parecía muy dispuesto a hablar.

Todas las tardes, antes de cenar, Rufio subía a visitar al godo, un poco por hacerle compañía, un poco, por averiguar si era verdad lo que se decía de él, y se quedaba un buen rato sentado en el baúl, contándole chismes de la fábrica, chistes o las novedades que circulaban por Roma, cualquier cosa que se le ocurriera para distraerle, mientras Eldes aprovechaba para comprar algo de comida o para desahogarse en la fuente con las mujeres del vecindario, sola o en compañía de Silvina. Después de tantos años, se había ido acostumbrando a la vida en Roma. Aunque últimamente estaba muy preocupada por lo que había ocurrido. De momento tenían unos ahorros para seguir tirando, pero pronto se acabarían y tendrían que tomar una decisión, pues de su hijo no podía esperar más que disgustos. Ella le insistía en que vendiera el oro que había robado, pero Dago

se negaba. Su única obsesión era recuperarse para ponerse a trabajar cuanto antes con las herramientas que el anciano le había legado antes de morir. A medida que se iba encontrando mejor se le veía más entusiasmado con la idea, para Eldes descabellada, de montar un taller en casa y trabajar en él hasta que se le agotara el metal. Él, que siempre había sido tan sensato, estaba como ido. Se pasaba el día hablando de calados e incisiones, de incrustaciones, de luces, de sombras... de maravillosos contrastes... Estaba preparado para crear algo nuevo, con técnicas y motivos diferentes, que no tuviera nada que ver con las joyas que había hecho hasta el momento. Lo había soñado tantas veces que sabía perfectamente por dónde quería empezar. Pero no hablaba de qué comerían cuando se les acabara el dinero.

Dago había pasado muchas horas contemplando las jambas y los frisos de los nuevos edificios que se habían construido

recientemente en Roma y que habían supuesto un soplo de aire fresco a la arquitectura clásica y anquilosada de la urbe. Había estudiado con detenimiento las fachadas de los templos cristianos, mucho más modernos y suntuosos que los grandes gigantes paganos, con sinuosas formas trepanadas en la piedra y ese aire oriental, traído, al igual que algunas de las reliquias que guardaban en su interior, de la lejana Constantinopla. Para Dago era como si la naturaleza más salvaje y violenta de los Cárpatos hubiera conquistado las frías losas de mármol que cubrían la ciudad. Para él era algo bello y soñaba con ser capaz de trasladar tanta belleza a un pedazo de oro. Cuando llegaba a su casa, dibujaba remolinos, contraponía formas, confrontaba curvas y buscaba contrastes entre los diferentes motivos que él imaginaba para sus joyas, adelantándose al día en que por fin pudiera trabajar con libertad y no bajo la estricta supervisión de Cleón. Guardaba la esperanza de que ese momento, tarde o temprano, acabaría

llegando.

En cuanto se vio capaz, se dispuso a cumplir sus sueños. Trazaba, cortaba y esculpía el oro de un modo febril, obsesionado con la idea de conseguir los violentos contrastes que él había visto de niño en la naturaleza, pues para él era allí donde residía la verdadera belleza. La pobreza de su casa contrastaba con la delicadeza con que trabajaba el metal y su felicidad con la preocupación con la que le observaba su mujer desde el lecho. Elde no veía el final de aquella locura.

Una tarde, Rufio se presentó antes de lo previsto y encontró a Dago levantado, trabajando. Quedó tan impresionado por el despliegue de buriles, martillos y punzones que había sobre la vieja tabla de madera donde en tantas otras ocasiones había visto comer a la familia que se reservó los chistes para otro día.

—*Ave*, vecino. ¿De dónde has sacado todo esto? —preguntó, fingiendo bromear—. ¿No se lo

habrás robado también a Cleón?

Estaba sorprendido. Hubiera puesto la mano en el fuego por defender a su amigo de los rumores que corrían en la fábrica sobre él, pero, allí mismo, sobre la mesa, estaba el oro que le había quitado al amo. Le dio una palmada en la espalda, que Dago recibió de mala gana, pues todavía sentía el dolor de la paliza en todo su cuerpo, y le felicitó por su hazaña:

—¡Menudo golfo estás hecho! No me extraña que te molieran a palos. ¡Déjame ver! Si Cleón viera este anillo se tiraría de los pelos por haberte echado. Es una maravilla... podrías venderlo por lo que quisieras.

Tomó el anillo entre sus dedos y lo sacó al patio para poder contemplarlo a la luz del día. Cuando regresó al cubículo, tenía otra cara:

—¡Préstamelo! Tú fíate de mí: voy a convertirte en el mejor joyero de Roma.

Rufio no es que fuera muy de fiar pero había que reconocerle que tenía buen ojo para los

negocios, siempre, por supuesto, que él pudiera sacar tajada. Entonces era capaz de venderle el viento al hombre más cauto de Roma, y eso fue precisamente lo que hizo. No se conformó con un taller cualquiera, se dirigió al mejor. Y allí se presentó con el anillo, en la joyería más reputada de la capital. Un elegante establecimiento ubicado en el foro de los Saepta Iulia, en el Campo de Marte, donde se hallaba el comercio más escogido de la ciudad. Si Rufio no hubiera estado tan convencido del extraordinario talento de su vecino jamás hubiera puesto los pies allí. El joyero, un hombre de pelo cano y nariz recta y prominente que le arrancaba desde la frente, se hallaba trabajando detrás del mostrador y, por lo que pudo ver, no había más que un aprendiz en el establecimiento. Un muchachito de piel oscura que descansaba, callado y somnoliento, sobre una pequeña silla de madera con el trapo de bruñir todavía entre las piernas.

El hombre alzó la vista y al ver el mal aspecto

de Rufio decidió que no le merecía la pena levantarse. Con un gesto, envió a su aprendiz a que le atendiera.

—Quisiera hablar con tu maestro, es un asunto importante. Tengo algo que quiero que vea —le conminó Rufio con voz grave, tratando de darse importancia.

Al oír aquellas palabras, el joyero pensó que se trataba de algún sirviente y se vio obligado a abandonar su asiento para encaminarse con paso torpe al mostrador. Era mucho más viejo de lo que aparentaba, casi un anciano. Rufio depositó el anillo en la palma de su mano y atendió a su reacción:

—El oro es bastante bajo pero la factura es una maravilla. ¿A quién le has robado esto? —le interrogó clavándole inquisitivamente unos ojos diminutos y desconfiados, con los que no pudo evitar volver a estudiar la pieza. El orfebre que había hecho aquello tenía un dominio absoluto del calado. Ni Vulcano con su fuego hubiera sido

capaz de fabricar una pieza como aquella.

—No lo he robado, en ese caso no estaría aquí. Lo ha hecho un amigo... y si quisieras podría trabajar para ti. Te aseguro que es tan bueno como parece.

—¿Y por qué no ha venido él a pedirme trabajo? —preguntó el joyero, sin acabar de fiarse, pero manifiestamente interesado en lo que Rufio le estaba proponiendo. Su joyería, aunque siguiera manteniendo a su prestigiosa clientela, también había empezado a sufrir la competencia de los joyeros orientales y no le vendría mal contar con alguien que le diera esos aires nuevos que él, por su edad, ya no podía darle.

—Es godo —soltó Rufio con brusquedad, temiéndose que, al oír aquello, el joyero no quisiera saber más del asunto. Pero no conocía a Cecilio. Intentó arreglarlo—: No temas, acepta nuestras costumbres. El pobre sueña con ser romano.

A los godos de Roma les esperaban tiempos

difíciles. En los años que siguieron a la invasión de Alarico en Italia, los romanos aprendieron a temerles y ellos no tuvieron más remedio que aprender a soportar su miedo; más tarde les odiarían. Les rechazaban no solo por ser diferentes, pues en Roma convivían gentes de todas las razas imaginables, sino porque empezaban a ser una amenaza tan real para sus vidas como las murallas que protegían la ciudad. Desde el momento en que se atrevieron a invadir Italia dejaron de ser vistos como un problema exclusivo de Oriente y se convirtieron en los mayores enemigos que podía tener Occidente.

Dago podía considerarse afortunado, pues había conseguido un trabajo que le hacía feliz, en el que se sentía libre y valorado pese a ser extranjero, pero asistía con preocupación a las noticias que iban llegando a la joyería. Godo de nacimiento, compartía con Cecilio, el anciano joyero que la regentaba, el temor a ser invadidos por las gentes del norte. Italia había vuelto a ser

devastada después de que lo hiciera Alarico, esta vez había sido un godo aventurero llamado Radagaiso que, tras haber reclutado a un ejército en tierras del Danubio, había lanzado una nueva amenaza contra Roma, y la hubiera arrasado de no ser por Estilicón, quien a raíz de su heroica intervención contra este fue elegido cónsul por segunda vez. Y cuando aún no estaban recuperados del susto, una confederación de pueblos, en su mayoría vándalos, suevos y alanos, cruzaron las heladas aguas del Reno y extendieron su barbarie a lo largo y ancho de las ricas provincias de Galia. Occidente entero temblaba ante los bárbaros mientras el Imperio seguía dividido, enfrentado, padeciendo a sus propios usurpadores, y cada vez más debilitado por la gran sangría que estaba teniendo lugar en sus fronteras.

Aquella tarde, Rufio fue a buscarle después del trabajo con la intención de invitarle a cenar en su apartamento. Tenía una sorpresa que darle.

—Dago, este es Félix. Mi esclavo. Sabías que

llevaba tiempo detrás de uno —le anunció al ver la cara de extrañeza de su vecino cuando el esclavo le abrió la puerta. Y añadió—: Tendré que comprarle una túnica más aparente.

A Rufio le iban bien las cosas. Había hecho un negocio redondo al colocar a Dago en la joyería; tan redondo que, desde entonces, se había permitido el lujo de vivir sin trabajar. Había mandado a paseo a Cleón y a sus obligaciones para dedicarse en cuerpo y alma a no hacer nada, solo al ocio y a algún que otro negocio más o menos legal que le fuera saliendo. Así que en esos momentos, recién cumplidos los veinticinco, no podía esperar más de la vida. Como le ocurría a Dago, Rufio estaba viviendo en un sueño; también compartían eso, pues para algo eran socios. Iban a partes iguales y los dos parecían igual de contentos: el godo trabajaba en lo que siempre había querido y él se llevaba justo la mitad del más que sustancioso salario que este percibía en la joyería, además de la eterna gratitud de su amigo

por haberle encontrado aquel trabajo. Con eso, lo poco que sacaba de las visitas matinales a un par de ricos patronos y el pan gratuito que recogía en los repartos públicos podía permitirse algunos caprichos que ni trabajando el día entero hubiera podido conseguir.

No había pensado todavía en buscarse una mujer aunque siempre había querido tener un esclavo, alguien que le hiciera un poco más cómoda la vida, y Félix había sido una auténtica ganga. Tras la derrota de Radagaiso, los godos que integraban su ejército habían sido vendidos por miles en los mercados esclavistas y, en consecuencia, los precios se habían derrumbado. Tenían un precio ridículo y Rufio no había querido dejar pasar esa oportunidad. Dejaría de comer carne si era preciso, pero por un par de sólidos, lo que costaba una res barata, se había hecho con el ejemplar más atractivo de todo el foro Boario.

A pesar de la expectación creada por su vecino, Dago no sentía la más mínima curiosidad

por averiguar con qué trataría de agasajarle en esa ocasión. Rendido después de todo un día de trabajo, se dejó caer pesadamente en el desgastado diván y solo entonces reparó en la servilleta que había encima de la mesa. Sintió cómo se le removía el estómago ante el desconcertante olor que salía de su interior, mientras escuchaba la voz de Rufio vanagloriarse de los deliciosos manjares que iban a compartir en aquella ocasión especial. Esa noche les servirían la cena.

—¡Félix, el vino! —ordenó. Estaba orgulloso de su compra y no le quitaba los ojos de encima. Ignoraba lo caro que iba a salirle—. ¡Venga! ¿A qué estás esperando? Quiero que corra el vino.

Los manjares prometidos tardaron en ser descubiertos, pues a Rufio le costó un buen rato desatar el apretado nudo que había hecho la noche anterior. Se había logrado colar en un banquete y había abusado de la generosidad del anfitrión llevándose las sobras después de intentar por todos los medios hacerse con una de las

bailarinas, una negrita de tetas redondas como naranjas que movía las nalgas como nadie y que había acabado montando a otro de los comensales. Ante sus ojos apareció una grasienta muestra de las exquisiteces que se producían en el Imperio, manjares dignos del mismísimo Apicio, cuyo irreconocible aspecto después de un día entero macerando en la servilleta casi hizo vomitar a Dago.

—¡Félix, las velas! —le gritó su flamante dueño que, al final, tuvo que pedirle con gestos que las encendiera. Rufio se lo comía con los ojos y, a la cuarta copa, empezó a comérselo con las manos—. Le he llamado Félix porque sé que me hará muy feliz. ¿A que es hermoso? Digno de un emperador. La pena es que no habla ni una palabra, aunque mejor. Así no le oiré quejarse.

Aquella noche Dago tuvo que tragarse sus sentimientos. El acre sabor del vino le devolvió antiguos rencores. Félix era uno de los suyos. Un muchacho rubio y bien parecido, con el aspecto

orgullosos de un guerrero. También él podía haber sido vendido a Roma siendo niño, cuando la vida de un godo no valía más que un pedazo de carne o un trozo de pan.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué no comes? — preguntó Rufio algo ofendido. La culpa era suya por no haberle invitado a salchichas. A pesar de la admiración que sentía por las manos de Dago, seguía pensando que los godos pertenecían a una raza inferior y que por lo tanto no estaban capacitados para disfrutar de ciertos placeres. Era como darles perlas a los cerdos.

Dago no tenía hambre. Pellizcó un poco de carne y se la metió en la boca sin saber qué estaba comiendo. En Roma nada era lo que parecía y hasta la comida estaba enmascarada. Por muchos años que viviera en Roma, Dago no se acostumbraría nunca a la mezcla de sabores, salsas y condimentos con los que los romanos aderezaban su comida.

—«Un hombre le dijo a su mujer: “¿Qué

hacemos, cariño, comemos o follamos?” Y la mujer, que era un volcán, le contestó: “Lo que tú quieras, amor, pero no hay ni una miga de pan en casa”» —dijo Rufio por decir algo. Había bebido más de la cuenta y ya solo tenía ojos para su esclavo, al que miraba totalmente arrobado como si no se acabara de creer su buena suerte.

Y se quedó solo riéndose su propio chiste, pues esa noche Dago no tenía humor para seguirle la corriente. Pensaba en los godos y en Roma. Se levantó y se despidió de su amigo, sin saber que sería para siempre. Félix era demasiado orgulloso para aguantar las humillaciones de un romano sinvergüenza. No había nacido para ser esclavo.

Esa misma noche su amo intentó sodomizarle y lo pagó con la vida. Félix se hizo con algunas monedas y huyó a refugiarse en la taberna del puerto, donde otros godos como él soñaban con la venganza.

La taberna del puerto

—Tranquilo... *Carnicero*. ¿Se puede saber qué es lo que te pasa? —quiso saber Belario mientras acariciaba el hocico de su compañero. Echó una rápida mirada hacia el interior de la taberna para confirmar sus sospechas. En una de las mesas, vio a Burila dando otro de sus discursos y comprendió lo que ocurría. Bajó el tono de voz antes de darle la razón—: Ya sé... ya sé.... has olido a Burila. Si quieres que te diga la verdad, a mí tampoco me gusta, pero tenemos que ser buenos y estar callados para que Ervigio no nos eche de su casa. ¡Ponme un trago, Ervigio, que hoy hay mucho que

olvidar! —gritó asomándose a la barra. Era su forma de pedir, siempre lo hacía igual, aunque no tuviera más motivos para el olvido que otros días. Belario volvió a la calle e intentó calmar a sus perros—: Psss... ¿Queréis callaros de una vez?!

Los ladridos de *Carnicero* les habían puesto nerviosos y no había forma humana de hacerlos callar. Necesitaban comida y él un trago, de modo que los ató bien en uno de los pilares que sostenían el porche y entró en la taberna seguido de *Carnicero*, el único al que le estaba permitida la entrada en el establecimiento. Belario olfateó el aire y la boca se le hizo agua. En aquella taberna de las afueras del Emporium se sentía mejor que en casa: los frescos que adornaban las paredes eran obra suya, los había pintado a cambio de todo el vino barato que pudiera llegar a tomar en lo que le quedara de vida; y entre su poco selecta clientela, en su mayoría godos que trabajaban en el puerto, se bebía cerveza amarga, se recordaba a los héroes y, de vez en cuando, se oían las suaves

notas de la cítara acompañando a alguna vieja canción.

Sin contar con el permiso del dueño, comenzó a abrir y a cerrar las tapas de los *dolia* de barro que había clavados en la barra y a meter la nariz en ellos, hasta que se decidió por uno de ellos. Introdujo la mano en el recipiente que tenía a su izquierda y sacó un pedazo de chacina caliente que se dispuso a compartir con *Carnicero*, fingiendo no haberse dado cuenta de que Ervigio llevaba un buen rato fulminándole con la mirada. Pensó que era por el escándalo que estaban armando sus perros y mandó callar al responsable, *Carnicero*, el único de ellos que tenía nombre, premiándolo acto seguido con el succulento manjar que acababa de robarle al tabernero.

—Psss... ¡calla de una vez! Así es, buen chico. Toma, a ver si te gusta esto —se dirigió a su perro, abriéndole la palma de la mano para que pudiera comer en ella.

—Supongo que lo pagarás, ¿o es que también

pretendes sacarlo a cuenta de tus garabatos? —le reprochó Ervigio cuando ya no pudo más.

—No son garabatos, es una obra de arte. Tú mismo lo dijiste, y el arte, amigo, tiene en Roma un valor incalculable —se mofó Belario todavía con la boca llena. La carne estaba demasiado seca y la mojó con un buen trago de vino para poder tragarla. Cogió su jarra y abandonó la barra sin pagar un solo numo. Seguido de *Carnicero*, se encaminó hacia la mesa del fondo donde Burila y los demás discutían acaloradamente sobre los últimos movimientos de su hermano Alarico; aunque, en realidad, solo se oía hablar a Burila. Esa tarde estaban todos: Burila, Waldo, Totila... Les saludó con la mano, alegrándose de que también se encontrara Oila entre ellos.

—Si queréis saber algo de Alarico, preguntádmelo a mí que lo conozco mejor que vuestro jefe. Y no le hagáis demasiado caso o terminará engañándoos —advirtió a los más jóvenes, refiriéndose a Burila, al que escuchaban

con la misma reverencia con la que escucharían al mismísimo dios Gután si lo tuvieran delante, y, sin prestarles más atención, se dirigió a Oila, que era quien realmente le interesaba en ese momento—: Oila, amigo, ¿tienes algo para mí? Oye a mis perros, están nerviosos.

—Nada. El negocio está muy parado últimamente. Los romanos tienen demasiado apego a esta apestosa ciudad y prefieren no morirse — ironizó Oila, tan acostumbrado a la muerte que se atrevía a bromear con ella. Trabajaba como enterrador y, de vez en cuando, cuando había carnaza de sobra para ellos, dejaba que los perros de Belario se dieran un paseo por la fosa común.

No era ningún secreto que Belario alimentaba a sus perros con carne romana y lo cierto es que a ninguno de los godos que cada tarde se reunían alrededor de aquella mesa para beber y conspirar contra el Imperio parecía importarles en absoluto. Odiaban a los romanos casi tanto como él y su rencor bastaba para justificar semejante atrocidad.

Se rumoreaba que Belario había perdido el juicio siendo niño, después de que sus padres lo vendieran como esclavo a cambio de un pedazo de carne, presumiblemente de perro, y que por eso hacía lo que hacía. Le tenían por loco, pero casi todos habían podido comprobar cómo, en los momentos de lucidez, cuando no estaba borracho, algo bastante improbable pasada la hora sexta, era un hombre sorprendentemente juicioso, inteligente y divertido a más no poder, capaz de meterse en el bote a cualquiera que no tuviera reparos en compartir un trago con él. Entonces ya no veían en él a un loco sino a un artista, un genio de los grafitos, que vivía y vestía como un indigente, siempre sucio de pintura y acompañado de su hambrienta jauría de perros, a los que llevaba atados del cuello con una mugrienta soga para que no se abalanzaran sobre algún romano vivo. Les había acostumbrado al sabor de la carne humana. Eran perros vagabundos que él recogía de la calle para alimentarlos y darles cobijo en la caseta

donde malvivía a orillas del Tíber. Había llegado a reunir hasta veinte en su cuchitril, aunque de todos solo sentía cariño por uno, por *Carnicero*; el resto estaban con él por venganza.

Carnicero era su compañero, el único ser en el que confiaba. El propio Belario decía que en la vida, además de su familia, solo le había querido a él. Pero, en cuanto se emborrachaba, les hablaba de una niña sin voz que había conocido en el campo de refugiados, a la que él siempre se refería como Gacha. Entonces se transformaba y su rostro, endurecido por su mala vida, se asemejaba al rostro de un niño, enmarcado por su grasiento pelo lleno de caracoles y algo brillante en la mirada que le hacía parecer un ser especial.

—¿Te he hablado alguna vez de Gacha, Waldo? A veces siento que está viva y hasta hablo con ella, pero sé que es fruto de mi cabeza. Quizá tengan razón y esté realmente loco —le había dicho a Waldo en una de esas noches en que los dos se habían quedado durmiendo la borrachera en

la taberna.

Waldo pensaba que Belario era el más cuerdo de todos ellos, solo había que saber escucharle, aunque no acababa de creerse esa historia que contaba de Alarico. Aquella tarde también estaba en la taberna, bebiendo y emborrachándose mientras se dejaba aleccionar por las palabras de Burila, que a ellos les sonaban a libertad. *Carnicero* era el único que no le prestaba atención. Se acercó a Oila como si supiera que habían estado hablando de su comida y comenzó a olisquearle los zapatos manchados de tierra con su nariz negra y achatada.

—¡Ven aquí, truhán, y deja en paz a Oila! Hoy no hay nada para nosotros. ¿Habéis visto alguna vez un ejemplar igual? —se jactó Belario, tomando la cabeza grande y fuerte de *Carnicero* entre las manos para mostrársela por enésima vez al resto. Tenía el pelo corto y atigrado y unas potentes mandíbulas que eran el orgullo de su amo —. A este no lo encontré en la calle, se lo compré

a un criador. Fue él quien me dijo que su raza es muy apreciada entre los alanos. Son los perros más fieros que existen pero también los más leales, ¿verdad, compañero? ¡Mirad qué dientes tiene! Será mejor que nunca os muerda uno de estos. Se aferran a su presa con toda la quijada y no la sueltan aunque les maten, a no ser que su amo se lo ordene. Yo de ti me andaría con cuidado, Burila, que a *Carnicero* no le gustas un pelo.

Burila ignoró la amenaza. Despreciaba a ese loco, del que no esperaba más que sandeces. No conforme con proclamar a los cuatro vientos que era tan noble como él, aunque no llevara una medalla colgada al cuello, últimamente le había dado por decir que Alarico era uno de sus hermanos y que lo demostraría cuando por fin se decidiera a entrar con sus tropas en Roma.

—He de advertirle que la medalla no se come —remató Belario, dedicándole a Burila una mirada oblicua y cargada de mala intención.

Esta vez, consiguió hacerle estallar:

—¡Será mejor que te calles, Belario! No vaya a ser que el poder de mi runa se vuelva en tu contra —le amenazó con una sonrisa altanera.

Burila no tenía cara de estar bromeando. Estaba bastante harto de que ese maldito enajenado se riera de todo. Se atrevía a frivolizar sobre la medalla que, según él contaba en la taberna, le había entregado su padre antes de morir como prueba de que por sus venas corría la noble sangre de los Baltos. Si era respetado entre los godos de la taberna, era en parte por su convincente palabrería y en parte por las incomprensibles runas que colgaban de su cuello, por las que se creía con derecho a considerarse el jefe. Continuó con lo que estaba diciendo antes de que Belario se atreviera a importunarle. El pacto entre Alarico y Estilicón había levantado ampollas entre los godos de la taberna, que no hablaban de otra cosa desde hacía meses; pero aquella tarde él les tenía reservada una sorpresa, que para nada iba a gustarles.

—Tengo entendido que Estilicón ha roto su alianza con Alarico y que ahora pretende un acercamiento con Constantinopla —soltó Burila.

—¡Alarico no tenía que haber pactado! ¿Cuántas mentiras, cuántas humillaciones más tenemos que soportar de Roma para que escarmentemos? Los emperadores nos utilizan como carnaza para sus guerras y luego se ríen de nosotros, para ellos la vida de los godos vale tanto como el estiércol —saltó Waldo, encolerizado por lo que acababa de escuchar. A la decepción por ver cómo las tropas de Alarico eran vencidas antes de que pudieran marchar sobre Roma, se le había sumado el desconcierto por el pacto y ahora el engaño de Estilicón.

—Así es, Waldo. Se aprovechan de la ambición de nuestros jefes. ¿Es que no lo veis? ¡Alarico es un traidor! Un mercenario que se vende al mejor postor: primero a Constantinopla y luego a Rávena, y se vendería al diablo con tal de conseguir el maldito generalato del Ilírico, que es

lo único a lo que ha aspirado siempre —replicó Burila, avivando la polémica.

—¡Eh, Ervigio, sirve una a la salud del jefe, que esto se calienta! —ironizó Belario, acercando su taburete a la mesa y acodando su cuerpo hacia sus compañeros, simulando estar mucho más interesado en lo que se hablaba en aquella mesa de lo que en realidad estaba. Le divertía ver cómo se las apañaba Burila para atraerse a los jóvenes y no podía por menos que reconocerle su habilidad a la hora de repartir carnaza. Alimentaba su odio y era así como los manejaba. Ellos no se daban cuenta pero era él el que decidía a quién debían odiar en cada momento. Esa tarde, le había tocado el turno a Alarico, al que culpaba de todos los males de los godos desde los tiempos de Atanarico, y sobre todo de no tener interés alguno en conquistar Roma.

—Si Radagaiso no hubiera sido derrotado... — Burila se calló de repente. La entrada de Fulvia le había hecho perder el hilo de lo que estaba

diciendo.

—¡*Carnicero*, ven aquí! ¿Cómo estás, muchacho? Veo que te alegras de verme. —Fulvia le saludó con voz cantarina, mientras se arrodillaba a acariciarle. Eran buenos amigos, «almas gemelas», decía ella. Le apartó entre risas, jugueteando con él—. Pero ¿qué es lo que hueles? ¡Quita de ahí, sinvergüenza!

—Vaya, vaya... ¿a quién tenemos aquí? Waldo, ha llegado tu puta —anunció Burila, fingiendo sorpresa al ver que no estaba sola—: Pero ¿qué veo? ¡Si es que viene acompañada!

—Chicos, si me seguís mirando así voy a tener que haceros un precio especial —les reprochó Fulvia, colocándose la túnica antes de presentarles a su acompañante—: Este es Agila, ha sido gladiador. Os será útil el día que dejéis de escuchar a Burila y decidáis pasar a la acción.

—¿Qué pasa, Fulvia, es que nos tienes que traer a todos los godos que pasan por tu cama? —le preguntó Burila con sorna.

—No, solo a los mejores. A ver si alguno se atreve a bajarte los humos de una vez —contestó sin pensárselo dos veces. Ella y Belario eran los únicos que no respetaban al jefe. Buscó a Waldo con la mirada y se dirigió a él—: Rubio, ¿le recuerdas? Lo vimos luchar en la arena.

—¿Así que fuiste al anfiteatro? ¿Qué pasa, Waldo, que no querías perderte la fiesta? Supongo que no hará falta recordarte lo que se celebraba en aquella ocasión —contraatacó Burila, molesto por la chulería de la chica.

Waldo sintió las miradas de reprobación de sus compañeros. Hubiera preferido que Fulvia se hubiera mantenido callada, lo cual era mucho pedir tratándose de ella. Pero aún no lo había dicho todo:

—Lo hizo por mí. Fui yo la que se lo pedí, ¿no es así, rubio? —le miró para que se lo confirmara delante de sus amigos.

—Y él te obedeció, claro —contestó Burila en su lugar—. En Gothia las cosas no funcionan así.

Algún día, Fulvia, tendréis que respetar nuestras costumbres porque os vamos a conquistar.

Esto se acaba

—Dago, ¡ya eres uno de los nuestros! —le anunció Cecilio esa mañana nada más verle aparecer, aún somnoliento, por la puerta de la joyería. Estaba ansioso por darle la noticia—: He conseguido que te admitan en el colegio de orífices de Roma...

Dago se acercó a Cecilio sin saber muy bien cómo agradecerle aquello. Era todo a cuanto podía aspirar en la vida.

—... pero, a cambio, tendrás que demostrarles que eres el mejor orfebre de la ciudad. ¡Espero que no me hagas quedar como un charlatán! —

bromeó el anciano. A sus años trataba de evitar que las emociones le dañaran el corazón.

No tenía nada que agradecerle, al contrario, era Cecilio quien se creía en deuda con él. Cada mañana bendecía el día en que le vio cruzar la puerta de su casa por primera vez, con su estuche de herramientas bajo el brazo y su pelo, ya muy escaso, tan dorado que parecía hecho con hilos de oro. Mentiría si negara haber tenido sus reservas por permitir que un bárbaro trabajara en el prestigioso taller que él había heredado de su padre y que, desde siempre, había sido el orgullo de la familia. Pero las cosas eran así y los bárbaros se estaban infiltrando en todos los ámbitos de la sociedad romana, desde las capas más elevadas del poder hasta los esclavos, pues era raro quien en aquellos tiempos no contara con el servicio de algún extranjero en su casa. Aquellos no eran buenos tiempos para los romanos, tampoco para su joyería, y él no estaba en condiciones de rechazar a un buen orfebre por

el hecho de ser un inmigrante. Se decía a sí mismo que, al fin y al cabo, el Imperio estaba hecho de extranjeros, y que él ya era demasiado viejo para levantar el negocio con sus manos, sin más ayuda que un par de aprendices de los que, se temía, no iba a poder sacar demasiado partido. Aquel día, al ver la delicadeza con la que trabajaba el godo, sintió que estaba recibiendo un regalo de los lares. Dago amaba su oficio como pocos y ese amor revestía a sus piezas de una singular belleza que ni la técnica ni las horas de aprendizaje podían superar. Si había alguien en Roma que merecía formar parte de ellos ese era él.

Cecilio era un romano como los de antes, defensor del trabajo, de la honradez y de los valores tradicionales que habían hecho grande a Roma, y para él la entrada de Dago en el colegio era un asunto de justicia. Había tenido que enfrentarse a sus propios compañeros para que un godo fuera aceptado en una corporación tan cerrada y elitista como era la de los orfebres. Los

dos sabían lo que eso suponía para él. Por fin iba a encontrar la seguridad que había estado buscando desde que, siendo niño, se había visto obligado a abandonar la aldea de sus padres para iniciar un viaje sin retorno a través del Imperio, que había acabado llevándole hasta allí; el reconocimiento como orfebre vendría después, se lo tendría que ganar Dago con su talento. Si moría en Roma, tenía hasta el funeral pagado.

La moda de la austeridad se había extendido como una plaga entre las clases altas de la sociedad romana y Cecilio echaba la culpa a la Iglesia, que, por otra parte, a medida que aumentaba su poder y su riqueza, se estaba convirtiendo en su mejor cliente. El excesivo gusto por las joyas, por muy falsas y vulgares que fueran, había pasado a ser patrimonio de las clases más bajas, mientras que las damas, cristianas o no, que paseaban por los elegantes comercios de los Saepta Julia, evitaban excederse con los ornamentos y ya no adornaban sus cuerpos con la

generosidad con que lo hacían antes. Aun así, Cecilio seguía recibiendo costosos encargos de las más devotas, que normalmente no iban destinados a ellas ni a sus hijas, sino a las iglesias de la capital que, en esos años, recibían generosas donaciones por parte de la aristocracia cristiana de la ciudad. En aquel mundo que para él era un mundo de locos, las viudas donaban sus patrimonios a los obispos y los nobles preferían destinar su dinero a alimentar a los pobres que a organizar juegos en el anfiteatro, como siempre habían hecho.

Entre su clientela más ilustre se encontraba la joven Gala Placidia, hermana de los emperadores, y su prima Serena, esposa del general vándalo Estilicón, a la que, siendo muy niña, se le había encomendado su tutela. A Dago le costó acostumbrarse a la presencia de las dos mujeres, asiduas de la joyería, a las que observaba disimuladamente desde su mesa de trabajo mientras eran atendidas por Cecilio, intentando no

perderse detalle de lo que decían ni de lo que llevaban puesto para poder contárselo a su mujer de regreso a casa. Su trabajo le hacía feliz y parte de esa felicidad se la daba el orgullo con que le miraba Eldes mientras él le hablaba del exclusivo ambiente de la joyería; por fin había conseguido que se sintiera orgullosa. Dago sabía que, al día siguiente, le iría con el cuento a Silvina y que presumiría de él mientras fingía esperar el turno para llenar su cántaro en la fuente.

—Si tan buen trabajo tiene tu marido, ¿por qué seguís viviendo en este cuchitril? —le preguntó un día Silvina.

—¿Y tú qué les darías de comer a tus hijos si nosotros no fuéramos tus vecinos? —le contestó en aquella ocasión Eldes, dolida ante la ingratitud de su vecina. Silvina era de esas personas que jamás se alegraban de la buena fortuna de los demás, incluso aunque, en el caso de Eldes y de Dago, a quienes aún seguía teniendo reparos en considerarlos sus amigos, la compartieran con

ella. Al menos, desde que el esclavo había degollado a Rufio, no tenían que compartirlo con nadie más. No es que Eldes se alegrara de su muerte, pero sí de acabar con una situación que ella siempre había considerado injusta.

Cecilio era más que generoso con el salario que le daba a Dago, al fin y al cabo él era viudo y su esposa no había podido darle hijos, así que solo tenía que mantenerse a sí mismo y a los sirvientes de su casa, pues, como orfebre, ni siquiera estaba obligado a pagar impuestos. El godo ganaba lo suficiente como para llevar una vida holgada y habría podido alquilarse una casa mejor en el Quirinal, incluso una pequeña *domus*, cerca de la joyería, pero Eldes se negaba a salir del barrio, donde ella tenía su vida y su hogar.

Estaban a punto de cerrar y los dos joyeros seguían clavando, soldando y martilleando a la luz de las velas, cuando apareció Flacco. Era tarde y a esas horas ya no esperaban la visita de ningún cliente, por lo que Cecilio se adelantó a bajar la

persiana para poder charlar a gusto con su amigo de la infancia.

—¡Felicitemos a Dago! ¡Roma cuenta con un nuevo orfebre, el mejor! —dijo Cecilio cerrando la persiana tras él, suponiendo que Flacco se alegraría. Le constaba que tenía en buena estima a su empleado.

—Dios sabe que me alegro por él, y también por ti, Cecilio, pero no son orfebres lo que necesita Roma, sino oro —dijo Flacco sin demasiado entusiasmo. El desánimo que reflejaba su rostro hablaba por él. Venía directo del Palatino, donde se había convocado al Senado para debatir la postura del Imperio frente a Alarico. Todavía no había pasado por casa para quitarse la toga, pero sentía la necesidad de compartir con el joyero la aciaga tarde que se acababa de vivir en Roma. Habló delante de Dago, al que empezaba a considerar de la familia, sin importarle que también él fuera godo—: Alarico amenaza con marchar contra la ciudad si no le

entregamos todo el oro que nos pide como pago a los servicios prestados durante años esperando a que se iniciara la campaña del Ilírico. Estilicón se ha puesto de su lado y el Senado ha aceptado concederle las cuatro mil libras que nos exige, a pesar de la resistencia de muchos de nosotros. Es así como soluciona Roma sus problemas, con oro. Prefiere dejarse humillar por los godos antes que llevar a sus ejércitos a la guerra. ¿Es que ya ni siquiera nos queda el orgullo de haber sido lo que fuimos? ¿Es así como vamos a defender nuestro Imperio a partir de ahora, alimentando con nuestro oro al enemigo? Esto se acaba, Cecilio, esto se acaba...

El pesimismo de Flacco por el incierto devenir de Roma era compartido también por Cecilio. No eran pocos los que creían que el Imperio romano estaba próximo a su final: sus dos emperadores enfrentados, amenazado por las usurpaciones, invadido, saqueado, con las arcas vacías, los dioses en contra y sus ejércitos cada vez más

débiles y mermados, insuficientes para hacer frente al peligro que se les estaba viniendo encima, el de los bárbaros. Eran argumentos poderosos que habían calado entre los senadores que, como el propio Flacco, veían con añoranza el glorioso pasado que ellos mismos representaban. El pesimismo cundía entre las clases más ilustradas mientras que el pueblo, ignorante de lo que les esperaba, se dedicaba a vivir y, en el mejor de los casos, a trabajar para poder hacer frente a los abusivos impuestos que les imponía el Estado, cada vez más alejado de las decisiones que sus gobernantes tomaban por ellos. Los partidarios de la religión ancestral se lamentaban del ataque a las tradiciones y del creciente poder de la Iglesia y los obispos, que utilizaban su influencia sobre los emperadores para, a fuerza de decretos, imponer el catolicismo que ellos proclamaban en los altares. Unos y otros denunciaban la corrupción de las costumbres, el derroche, los vicios y la falta de moral de una

sociedad, la romana, que en esos momentos parecía estar enferma de muerte.

No hacía mucho Estilicón había sido aclamado por los senadores como el salvador de Roma, la única persona capaz de hacer frente a los bárbaros, pero su afán por arrebatarse el Ilírico a Constantinopla le había hecho dar un paso en falso que acabaría costándole la vida. Le había llevado a pactar con Alarico, al que había vuelto a dar alas al restituirle en el cargo de general máximo de la región, del que la corte de Constantinopla le había privado con anterioridad, por lo que su nombramiento desde Rávena fue visto desde allí como una provocación. No en vano, Estilicón les estaba provocando. Preparaba con los godos una campaña contra Oriente, que no se llegó a efectuar dados los problemas que sobrevinieron a la parte occidental del Imperio durante aquellos años, y que le obligaron a cambiar de estrategia y a buscar un acercamiento con el gobierno oriental mientras dejaba que los godos se consumieran en el Epiro

esperando a entrar en combate. Un tiempo demasiado prolongado por el que ahora su jefe pedía indemnización.

Flacco miró con desprecio la maravillosa pieza de oro y piedras preciosas que había encima de la mesa, aún más maravillosa a la luz de las velas. Desde hacía semanas, Cecilio y Dago se hallaban trabajando en ella. Era una corona votiva para la iglesia de San Pedro, encargo de Placidia y de Serena. Cecilio lo había recibido con emoción, reconociendo que nunca antes había tenido un encargo como aquel, digno de un orfebre de palacio y no del propietario de un pequeño taller de la capital. Cuando los sirvientes le mostraron el material casi le da un infarto: esmeraldas de Egipto, zafiros traídos de India y perlas para guarnecer el oro. Una bolsa entera de monedas y joyas dañadas o pasadas de moda que la emperatriz les había entregado para su refundición. Nunca había visto tantas riquezas juntas, todas destinadas a una sola pieza. El anciano no creía en

Cristo ni en los santos, pero una joya así solo podía ser regalada a alguien muy poderoso.

—No estaría de más que Serena utilizara sus riquezas para pagar los desperfectos de su esposo Estilicón, ya que todos tenemos que pagar por ello, en vez de conspirar a sus espaldas —comentó Flacco, con desprecio. El viejo senador estaba angustiado por el futuro de Roma y el de sus propios bienes, y no se daba cuenta de que con aquel comentario había herido el corazón de su amigo. Tanto Dago como él se estaban dejando el alma en aquella corona.

Era el Senado de Roma el que había de hacer frente al pago de la deuda con Alarico, cuatro mil libras de oro. Las arcas del Estado estaban vacías de oro y a los ciudadanos no se les podía exigir más impuestos de los que ya pagaban, de modo que tendrían que ser los senadores quienes compraran con su patrimonio la paz de la ciudad.

Dago seguía trabajando, pero al oír aquello no pudo evitar levantar la vista hacia el mostrador

donde su patrono y Flacco departían sobre las exigencias de Alarico. Tuvo que morderse la lengua para no hablarles del sótano donde Cleón ocultaba el oro que le faltaba a Roma.

Esperando a Alarico

Alarico no llegó a cobrar la indemnización para sus tropas que había prometido embolsarle el Senado de Roma y marchó por segunda vez hacia Italia reclamando una vez más los pagos que se le estaban negando. Su aliado en la corte, el general Estilicón, había sido ejecutado por orden del propio Honorio, víctima de una conjura de la que no se iba a librar ningún miembro de su familia. Le habían acusado de traición. Arcadio había muerto recientemente, dejando a su heredero Teodosio, con tan solo siete años, como sucesor y, cierto o no, Estilicón fue culpado de querer usurparle el

trono de Constantinopla para su hijo Euquerio, al que, desde niño, él y su esposa Serena se habían encargado de reservar un lugar privilegiado en la familia imperial, prometiéndolo con la hermana del emperador, Gala Placidia, la única que parecía garantizar la sucesión dinástica en Occidente. Tras la desaparición de su principal baluarte, la corte de Rávena había iniciado una clara ofensiva contra los bárbaros, pero Alarico era más fuerte que nunca y el gobierno de Honorio tenía otros muchos problemas que resolver: la invasión de los pueblos bárbaros que habían cruzado por la frontera renana y la ocupación de Britania y la Galia por el usurpador Constantino, al que a duras penas podían combatir.

El ejército godo de Alarico se había visto reforzado con la llegada de nuevos contingentes. A sus tropas, formadas mayoritariamente por los federados tervingios que en su día habían cruzado el Danubio con Fritigerno, a los que se les habían ido integrando una amalgama de gentes —

greuntungos, hunos, alanos... e incluso romanos—, se les sumó desde Panonia el ejército de Ataúlfo, cuñado del *reiks*; y, previamente, las tropas auxiliares mandadas por Estilicón y duramente represaliadas a su caída. Los bárbaros de Estilicón estaban profundamente resentidos con el Imperio al que habían servido después de que los ejércitos regulares de Honorio masacraran injustamente a los suyos y confiscaran sus propiedades, así que se unieron a los godos de Alarico clamando venganza por sus familiares muertos. Mientras el *reiks* buscaba secretamente la paz con Honorio, sus tropas querían la guerra.

—¡Alarico se dirige a Roma dispuesto a arrasarla! ¿Y vosotros os lo queréis perder? ¡Preparémonos para recibirle como se merece! Somos muchos, entre esclavos y libres muchos más de los que las autoridades calculan, ¿me apuesto esta cerveza a que la mayoría de vosotros ni siquiera estáis en el censo? Si nos unimos podemos ayudar a destruir esta maldita ciudad

desde dentro. ¡Creo que ya va siendo hora de dejar de beber y empuñar las armas! —Waldo se había subido a la mesa para hablar. Estaba tan borracho que su fuerte cuerpo se tambaleaba amenazando con caer de un momento a otro sobre las cabezas de sus compañeros. Tal vez por eso, porque estaba borracho, se atrevió a desafiar al jefe—: ¿Y tú qué piensas de esto, Burila? Se te ve hoy muy callado.

El entusiasmo con el que les había hablado no tardó en contagiarse entre sus compañeros, hastiados como estaban de tanta palabrería. Eran demasiado jóvenes para pasarse la vida escuchando los discursos de un viejo y necesitaban pasar a la acción:

—¡Waldo tiene razón! No basta con repetir nuestro odio una noche tras otra si luego seguimos agachando la cerviz ante los romanos que cada día nos vejan y nos humillan por ser extranjeros, bárbaros, como dicen ellos. Insultan a nuestras mujeres, les dicen que huelen mal, escupen a nuestros hijos solo por ser rubios, huyen de

nosotros como si tuviéramos la peste... y nosotros, para ganarnos la vida, acabamos haciendo lo que a ellos les repugna hacer. Nos hemos convertido en la hez de su sociedad. ¿Cuánto tiempo más tenemos que soportar que nos sigan tratando con el desprecio con el que nos tratan? Los godos somos un pueblo orgulloso, pero, no sé por qué, siempre hemos dejado que Roma nos maltrate. Roma no ha sido nunca nuestra enemiga, ¡ha sido nuestra dueña! Si no, preguntadle a Belario —intervino Oila, el enterrador, señalando a Belario con la barbilla. A él la cerveza le había hecho decir todo lo que pensaba y, sin embargo, a Belario le había sumido en un estado de profunda melancolía que acabaría haciéndole hablar de Gacha.

—¡Roma está débil, el Imperio se muere! ¿No es eso lo que siempre nos dice Burila? —les preguntó Waldo, sacando a relucir el espíritu guerrero que había heredado de su madre. Él era nieto de Walderico, un verdadero Balto. Hablaba con el ardor propio de la juventud. Estaba

eufórico, presentía que les había llegado el momento de luchar contra Roma.

—¡Bájate de ahí, Waldo, o acabarás partiéndote la crisma! —le gritó Félix, no menos borracho que él.

Waldo apenas se podía mantener en pie. Tuvieron que ayudarle a bajar de la mesa. Cuando se vio en el suelo hizo que le sirvieran otra jarra de cerveza con la que humedecerse el gahzate antes de empezar a hablar de nuevo:

—Las palabras están bien para la taberna, pero no para la guerra. ¡Los godos hemos nacido para ser guerreros, no siervos! ¡Basta ya de humillaciones! ¡Luchemos con Alarico y librémonos de Roma de una vez por todas!

—¿Con qué ejércitos? ¡Estáis locos si pensáis que nuestra rebeldía servirá de algo! Lo único que conseguiremos será acabar en la cárcel. —Burila trató de poner freno al entusiasmo de Waldo. Al ver el modo en que se dirigía a los demás, se arrepintió de no haberle parado los pies antes, la

primera vez que presumió ante los demás de ser también él un Balto. Fue entonces cuando empezó a dar muestras de querer hacerse con el grupo. Apretaba sus finos labios con disgusto, sentía que la situación se le estaba escapando de las manos.

La cerveza corría entre ellos como si fuera agua.

—¡Ervigio! ¿Es que pretendes matarnos de sed? ¡Sírvenos más cerveza, que hoy hay mucho que olvidar! —farfulló Belario desde su asiento. *Carnicero* dormitaba a sus pies, ajeno a la excitación que embargaba a los más jóvenes aquella noche.

—¡Yo puedo buscar la manera de conseguir armas! —se ofreció Totila después de rematar la jarra de un trago. Ladrón, contrabandista, mendigo profesional... a Totila no se le conocía ningún oficio honrado, aunque sí una gran habilidad para buscarse la vida. Formaba parte de la escoria que Roma no quería en ninguna parte y que cada anochecer acudía al puerto para trapichear y hacer

negocios sucios en la cercanía de los muelles. Nadie sabía cómo había llegado a la ciudad, si había sido esclavo o soldado, pero su odio al emperador hacía sospechar que él también había sufrido lo suyo.

—Agila nos enseñará a utilizarlas —dijo Waldo. Empezaba a tomar decisiones.

—Os recuerdo que he sido guerrero de Radagaiso —interrumpió Félix, dispuesto a enseñarles todo lo que sabía. Su verdadero nombre era Ragnaris, pero él prefería que le siguieran llamando por su nombre de esclavo. Decía que para no olvidar en qué le había convertido Roma. No se arrepentía de haber matado a su dueño.

—Armas... ¿Y con qué dinero piensas pagarlas, Totila? —intervino Burila malhumorado. Esos niños no sabían a lo que estaban jugando.

—Nadie piensa en comprarlas —replicó este, divertido por los excesivos remilgos con que les estaba sorprendiendo Burila. Se suponía que él era

el jefe, al que todos respetaban por su sangre guerrera, que esa noche parecía estar un tanto aguada. Totila comenzaba a sospechar que su actitud tuviera algo que ver con el odio visceral que siempre había manifestado hacia Alarico. Se dirigió a él y brindó a su salud alzando la jarra—: ¡Por ti, Burila! Las robaremos, pero además tengo un par de ideas para conseguir dinero.

Agila aceptó entrenarles con ayuda de Félix. El gladiador era un tipo singular al que todos acabaron teniendo afecto a pesar de sus rarezas. Supersticioso hasta decir basta, mucho más que cualquier romano, no movía un dedo antes de conocer qué le deparaba el cielo para ese día. Dejaba a un lado cualquier asunto importante hasta haber averiguado en qué lugar se encontraba Mercurio o en qué parte de la constelación de Marte se hallaba la luna, y gastaba fortunas en astrólogos y adivinos que calmaran su

incertidumbre ante la muerte. El deseo de saber si moriría o no en la arena le había hecho confiar más de la cuenta en la magia, el zodiaco y las adivinaciones. Agila no la temía, pero estaba obsesionado por conocer cuándo iba a ser su final. Había sido precisamente su valentía la que le había convertido en gladiador. Sus compañeros de celda, prisioneros de guerra al igual que él, se quitaron la vida antes de ser arrojados a la arena, pero él prefirió luchar y lo hizo con tal arrojo que el prefecto le concedió la libertad. Fue entonces cuando decidió ingresar en la escuela de gladiadores para convertirse en un profesional de la muerte.

Félix y él tenían que convertir en guerreros a aquella banda de borrachos. Contaban con su fortaleza, pues muchos trabajaban como *saccarii* en el puerto, aunque entre ellos había carniceros, enterradores, barqueros, ladrones, pintores e indigentes; pero pocos sabían lo que era realmente la disciplina. Acudían al caer el sol a una zona

boscosa de las afueras de Roma, al norte del Campo de Marte, donde en otros tiempos cazaba la aristocracia romana, y allí se ejercitaban cada día hasta dejarse la piel. Entrenaban como soldados: corrían, saltaban zanjas, libraban obstáculos, arremetían contra los árboles del bosque como si fueran enemigos y aprendían a utilizar las espadas y a protegerse con los escudos de mimbre que Agila había pedido prestados del vacío cobertizo de la escuela de gladiadores donde había pasado los últimos años de su vida y que había cerrado sus puertas para siempre por orden del emperador. Su mundo, el mundo de la gladiatura, en el que había creído, había desaparecido sin que él hubiera encontrado la muerte en la arena. Al menos tenía una causa por la que luchar, el odio a esa Roma que le había utilizado.

—¡Os voy a enseñar a matar! —les anunció Agila el día en el que por fin los vio preparados—. Regla número uno: jamás miréis a los ojos del enemigo. Regla número dos: frente a vosotros no

va a haber hombres, sino animales. —Al decir aquello le hizo una señal a Félix para que abriera la trampilla del viejo carro que habían conseguido robar en una granja cercana y de él salieron media docena de gorrinos, tan delgados que se les notaban las costillas. Aprovechando la sorpresa de los hombres, Agila les gritó—: ¡Ahora matadlos! ¡Clavadles la espada hasta que les salga sangre por la boca! ¡Con decisión! —el gladiador asestó una estocada mortal a uno de los sacos de grano con los que practicaban, dejándoles los cerdos para ellos, y les dio un último consejo—: ¡El filo corta pero no mata, lo que debéis es clavarles la espada! ¡Así!

Los gorrinos fueron vencidos antes de que cayera la noche. Mientras se asaban, recibieron una inesperada visita. Fulvia apareció en el bosque montada a lomos de un caballo. Cabalgaba como si lo hubiera hecho toda la vida.

—¡Estás loca! ¡Te vas a matar! —le gritó Waldo dándole la bienvenida. Fulvia, el ser más

maravillosamente imprevisible que él había conocido. Aparecía y desaparecía con el viento, volandera como las hojas de aquel otoño que acababa de comenzar. Waldo dejó de sonreírle, temía que pudiera hacerse daño—: ¡Baja de ahí ahora mismo!

—Tranquilo, rubio, que este bicho se mueve menos que tú —bromeó ella. Estaba preciosa con el pelo revuelto sobre la espalda. Hacía tiempo que le había vuelto a crecer.

—¿De dónde has sacado ese caballo? —le preguntó Waldo presa de la curiosidad.

—Lo he comprado —contestó Fulvia, dándose importancia.

—Ese animal vale más de lo que tú puedes ganar en un año. ¿A quién le has robado el dinero esta vez?

—Te equivocas, rubio. Lo he ganado honradamente. Un servicio especial... para la secreta. No te asustes, no es la primera vez que trabajo para los agentes públicos. Un trabajito sin

importancia.

Fulvia trabajando para los agentes públicos y ellos convertidos en una banda de delincuentes. Mientras esperaban la llegada de Alarico, se habían organizado para cometer pequeñas acciones contra Roma. Primero fueron delitos sin importancia: pintadas, bulos, robos de estatuas, incendios provocados... luego, comenzaron los secuestros a cambio de dinero, con los que consiguieron amedrentar a la alta sociedad romana y hacerse con una pequeña fortuna, que luego repartían entre todos como si fuera un botín de guerra. Se habían metido en una peligrosa espiral que acabaría poniéndoles bajo sospecha.

—Últimamente, mi madre no deja de hablar de la emperatriz Placidia —dijo Waldo como quien no quiere la cosa mientras devoraba un pedazo de jamón. Casi nunca hablaba de su familia—. Se siente orgullosa de que mi padre haga joyas para ella. Dice que se la suele ver por la joyería de los Saepta Iulia donde trabaja el viejo, el taller de un

tal Cecilio, creo que se llama. Y me pregunto... ¿cuánto podrá valer la vida de la Augusta?

—Lo que Alarico nos quiera dar por ella —se adelantó a contestar Totila. Había captado a la primera lo que Waldo les estaba insinuando, pero la idea de ofrecérsela a Alarico les había sorprendido a todos.

—Oye, Fulvia. ¿Y... ese amigo tuyo... cómo se llamaba... el que trabajaba como guardaespaldas de la Augusta? —de sobra sabía Waldo cómo se llamaba.

—Rigo. ¿Qué es lo que quieres de él, que os ayude a secuestrar a la emperatriz, a la que se supone que está protegiendo? —preguntó esta algo asustada por lo que le estaba pidiendo su amigo. En ese instante recordó la extraña sensación que le había embargado cuando se lo encontraron de casualidad en el anfiteatro, entonces presintió que aquella conversación no iba a terminar ahí.

—¿Crees que podrías convencerle? —le preguntó Waldo endulzando discretamente el tono

de voz, lo suficiente como para que su amiga se diera cuenta de quién se lo estaba pidiendo. Estaba seguro de que a él no se lo negaría.

—¿Acaso lo dudas, rubio? —Fulvia se arrepintió al instante de haberse dejado embaucar. No sabía por qué diablos se metía en eso. Aquella no era su guerra y, como tonta no era, sabía que si no se andaba con cuidado terminaría pagándola también ella.

Gacha

Una noche Waldo apareció en el apartamento de sus padres. Fue Eldes la primera en correr a recibirle. Tan feliz estaba la pobre de ver a su hijo que ni siquiera le dejó pasar de la puerta. Se le echó encima y empezó a cubrirle de besos hasta que este, incomodado por el excesivo afecto de su madre, se la quitó bruscamente de encima. Quería dejar claro que él no había ido hasta allí para que le trataran como a un niño, sino para que se sintieran orgullosos de él. Se había convertido en un guerrero y estaba dispuesto a luchar por los godos. Hacía tiempo que no pisaba la casa de sus

padres y se sentía crecido ante la inminente llegada de Alarico. Según sus contactos, un ejército con más de treinta mil soldados, más sus familias, sus carros y sus animales, avanzaba hacia Roma por la Vía Flaminia. La misma que habían recorrido ellos acompañando a Shelomo, hacía de eso más de una década.

—Vengo a darte la oportunidad de que te unas a nosotros —dijo Waldo en cuanto consiguió cruzar el umbral, seguro de sí mismo e incluso podría decirse que provocador. Menospreciaba el carácter tranquilo y servil de su padre y siempre le había tratado con cierta superioridad. Para él, Dago no era más que un pobre hombre, honrado y trabajador, eso sí, pero sin más aspiraciones en la vida que la de sacar a su familia adelante.

—¿Vosotros, y quiénes sois vosotros? —preguntó Dago, desaprobando una vez más la conducta de su hijo. Quería hacerle ver que no sabía nada de su vida y que para nada le importaban los jaleos en los que andaba metido.

—Los godos de Roma. Somos muchos, padre, más de los que las autoridades creen, y estamos organizados. Esto va en serio. Tenemos noticias de que Alarico está dirigiendo a sus tropas hacia aquí y en pocos días estará tomando la ciudad. ¡Tenemos armas! Nos uniremos a ellos y lucharemos desde dentro de las murallas hasta que Roma caiga. ¡Luchemos juntos, padre! ¡Vengüemos a nuestro pueblo! —insistió Waldo, desconcertado ante la frialdad con la que su padre estaba recibiendo la noticia del final de Roma.

Dago no podía ocultar su disgusto al ver en lo que se había convertido su hijo. Echaba la culpa a Eldes por haberle llenado, de crío, la cabeza con las gestas de héroes. Él debía haber impuesto un poco de cordura en sus juegos, pero su mujer jamás se lo hubiera permitido. Ese era su mundo, el mundo que Eldes había querido regalarle a su hijo para que jamás olvidara sus orígenes guerreros. En realidad, hacía tiempo que esperaba algo así. Waldo y sus amigos de taberna estaban

dispuestos a acabar con todo por lo que él había luchado. La mayoría de ellos no tenía nada que perder ni donde caerse muertos, por eso estaban dispuestos a arriesgarlo todo en contra del Imperio.

—Waldo, hijo mío. Ese no es el camino —se limitó a decir.

—¿Y cuál es el camino, tal vez tú lo sepas? —repuso Waldo, poniendo claro que estaba dispuesto a declararle la guerra. Se enfrentó a él —: ¿Qué es lo que pretendes, padre, que siga tu ejemplo? Ese sí es el camino, ¿verdad? Lo que a ti te hubiera gustado es que me hubiera matado a trabajar por un sueldo miserable para que esos afeminados pudieran lucir sus dedos repletos de joyas. Soy un godo, padre, no puedes obligarme a que sea como tú.

—¿Y cómo soy yo, hijo? —se interesó Dago, con cierto sarcasmo.

—¡Un cobarde!

—¡Waldo! —intervino Eldes, disgustada por

lo que acababa de salir de la boca de su hijo.

—¡Déjalo, Eldes! Y tú escúchame bien: ¡jamás en la vida vuelvas a decir eso! Soy tu padre y no soy menos godo que tú, por mucho que te creas un guerrero —le aclaró Dago levantándose de su asiento, dispuesto por una vez a no dejarse intimidar por la agresividad de su hijo.

—¡Si no estás con nosotros, es que estás con ellos! —le acusó Waldo.

—Lo estoy, Waldo. ¡Estoy con Roma! ¿Quién si no nos da de comer? —A Dago no le tembló la voz al decir aquello. Compartía el temor de los romanos, ¿cómo no iba a hacerlo? Le horrorizaba pensar lo que pasaría con ellos cuando las tropas de Alarico llegaran a la ciudad. Él sí sabía lo que eran los saqueos, las muertes y las violaciones, las había vivido de niño.

—¡Me avergüenzo de ti, padre! —Waldo escupió en el suelo ante la atónita mirada de Eldes, que no podía creerse que su hijo se atreviera a escupir en su propia casa—. Soy un

guerrero, nieto de guerreros, lo llevo en la sangre y no cejaré hasta ver agonizar al último romano. Los godos claman venganza, ¡nuestro pueblo clama venganza!, y te juro, padre, que Roma, esa Roma a la que tanto amas, acabará sucumbiendo bajo nuestras espadas.

—Los jóvenes... os creéis que lo sabéis todo y ¡no sabéis nada! ¡Nada! ¿Me oyes? ¡¡Nada!! —gritó Dago con indignación. Los ojos se le humedecieron al ver el semblante asustado de Eldes.

Había pasado mucho tiempo desde aquello y cada vez le era más difícil sobrellevar los malos recuerdos de su juventud. Nunca antes los había compartido con su hijo para no sembrar el odio en él, pero otros lo habían sembrado por él. Se los había estado guardando para sí durante años, dejando que fueran fermentando en su memoria hasta quedar reducidos a tragos tan amargos como la cerveza. Pero ahora, viendo al joven que tenía delante, comprendía que había cometido un error

al callar. Le había ocultado demasiadas cosas pensando que así le protegía, cosas que debía saber para que no volvieran a suceder. Lo había hecho por su bien, para evitarle que creciera con ese miedo que a su madre y a él no les había dejado ser del todo felices. El miedo a no estar seguros en ninguna parte.

—Escucha bien lo que voy a decirte. Te crees muy valiente, pero tú nunca has tenido que pasar por lo que ha tenido que pasar tu padre, al que llamas cobarde. Tú nunca has dormido entre cadáveres, ni has tenido que caminar sobre las vísceras de tu propia madre. Ignoras lo que es sentirse desamparado y que nadie mueva un dedo para protegerte... No tienes ni idea, Waldo, de lo que puede llegar a hacer el miedo con un niño. — Se acordaba de Anulfo, pero era incapaz de contarle a su hijo lo que había pasado con él. Le clavó la mirada antes de preguntarle mientras le acusaba con el dedo—: Y... ¿sabes por qué nunca te has sentido así, por qué nunca has vivido lo que

he vivido yo? Porque, gracias a Dios, has crecido en Roma. En esa Roma de la que quieres vengarte con tu espada de guerrero. Esa Roma contra la que conspiráis tú y tus amigos, mientras amáis a sus mujeres y os emborracháis con el vino de sus tabernas; a la que consideráis enemiga de nuestro pueblo, sin valorar todo lo que ha hecho por vosotros. Esa Roma contra la que creéis luchar.

—¡Contra la que luchamos! —le corrigió Waldo, defendiendo su orgullo.

Entonces, inesperadamente, intervino Eldes:

—Hijo, quiero que sepas que vuestra lucha es también la mía. Yo tampoco perdono.

—Vosotros dos haced lo que queráis, ¡yo me voy a la cama! —anunció Dago, contrariado por la intervención de su mujer; se ocultó tras la cortina que dividía su casa en dos, y, por lo que se veía, también a su familia. ¿Hasta cuándo iba a tener que soportar los desprecios de Eldes? Podía haberle recordado todo lo que él había hecho por ella, pero ese no era momento para seguir alimentando

rencores.

El cubículo quedó prácticamente a oscuras y Eldes tuvo que levantarse a encender un candil con el que poder ver bien a su hijo. Comprobó con nostalgia que el pelo se le estaba oscureciendo y que ya no lo tenía tan blanco como cuando era niño. A la luz de las velas se parecía mucho más a los recuerdos que ella guardaba de su padre. Podía decirse que era su viva imagen, quizá más joven de lo que era él entonces y vestido de otro modo, a la romana, con una túnica demasiado corta y ajada para resultar digna bajo la que asomaban sus musculadas piernas de porteador. Le hubiera gustado que llevara *bracchae*, pero las leyes prohibían su uso en la ciudad.

—No le hagas demasiado caso. Se está haciendo viejo. Ven y siéntate a mi lado, que quiero hablarte de algo —pidió Eldes con dulzura, palmeando suavemente el asiento vacío que tenía a su diestra. Le echaba de menos y ya le había perdonado el modo tan injusto con que les había

hablado.

Waldo se acercó y se sentó junto a su madre. Le tomó la mano y la besó con ternura, intuyendo que el húmedo contacto de sus labios le haría sentirse bien. Eldes conocía a Waldo mejor que nadie y, como madre, reconocía sus faltas. Podía llegar a ser agresivo y cruel con quienes más le amaban pero también dulce y cariñoso como nadie más en la Tierra. Le tomó de las manos y las estuvo acariciando durante un buen rato, mientras pensaba. Estaban ásperas, eran las manos de un hombre. Esa noche sentía la necesidad de que su hijo la escuchara:

—Tu padre siempre se ha sentido culpable por haberme alejado de Gutthiuda, sabe que yo hubiera sido más feliz allí, pero no es justo dejarle que piense así. ¿Qué hubiera hecho yo sin él? ¿Sabes, Waldo?, ¿sabes quién le decía yo que era cuando éramos niños? Filimer, siempre le decía que él era el rey Filimer, igual que te lo decía a ti de chico. El valiente rey Filimer. —Eldes se echó a reír con

ternura y los ojos se le llenaron de lágrimas. Eran lágrimas de emoción más que de tristeza. Continuó hablándole, con la voz cada vez más quebrada—: Tu padre era el que tenía que conducirnos hasta las ricas tierras de Oium. Yo misma me inventé ese juego... pero no acabó bien. Cuando volvimos a la aldea, todos habían muerto y él y yo nos quedamos solos. Algo pasó que perdí la voz; la recuperé al poco de nacer tú. Siempre he pensado que fuiste tú quien me la devolvió. Hacéis bien en luchar contra ellos. Los romanos, hijo, se aprovecharon de nuestro miedo y nos engañaron para que fuéramos a morir a sus tierras, incluso nos ayudaron a cruzar la frontera, prometiéndonos una vida que ellos sabían que no podrían darnos. Nos querían para lo que siempre nos han querido, para que lucháramos en su lugar. La mayoría de ellos no tienen agallas para hacerlo. No son como los godos, Waldo. Éramos miles, muchos más de los que las autoridades habían calculado, y no sabían qué hacer con nosotros. Nos trataron a patadas, ¿qué

digo?, ¡peor que a patadas! No puedes imaginarte cómo nos trataron... Estoy orgullosa de vosotros y también yo creo que ha llegado la hora de que nos venguéis por lo que nos hicieron.

Waldo miraba a su madre como si acabara de descubrir a otra mujer mucho más fuerte de la Eldes que le había criado. Creía conocerla bien, aunque nunca se termina de conocer bien a nadie. Todos guardamos nuestros pequeños secretos y ella tenía los suyos. Sabía que los recuerdos le dolían y él no podía hacer otra cosa que escucharle:

—El campamento... el campamento donde nos metieron era un infierno. Entonces yo tenía un amigo, Belario... ¡sí, Belario, lo recuerdo como si fuera hoy! Era el niño más guapo que yo había visto en mi vida. Tenía un lunar muy cerca de la boca, por aquí. —Eldes señaló el lugar en la cara de su hijo, sin darse cuenta de la incredulidad con que este la miraba. En su boca había brotado una sonrisa tierna, en la que, a pesar de la dureza de lo

que estaba contando, se dejaba entrever una cierta nostalgia, como si algo se le hubiera perdido en aquel campamento y quisiera volver para recuperarlo.

Eldes estaba dejando que el pasado regresara después de tantos años. Nunca antes le había hablado a nadie de aquello y consideraba que ya era demasiado tarde para contárselo a Dago. Siempre había presentido que le haría daño:

—Se portó muy bien conmigo, me llamaba Gacha. —Su sonrisa se transformó en un gesto amargo al recordar lo que vino después—: Los romanos me lo quitaron, se lo llevaron como esclavo a cambio de unos perros. Muchas veces sueño con los ladridos que nos despertaban por la noche. Teníamos tanta hambre que la gente vendía hasta a sus hijos para poder comer.

—¿Cómo has dicho, madre, cómo has dicho que se llamaba? —preguntó Waldo, sintiendo que el corazón le daba un vuelco.

—Belario. Mi amigo se llamaba Belario... y yo

era Gacha... Gacha —repitió Eldes con los ojos cerrados, saboreando el nombre con una sonrisa llena de nostalgia. Waldo pudo ver cómo su rostro se tornaba tenso de nuevo y su voz se le agriaba—: Desde entonces odio a los romanos. ¡Y yo no olvido! Por mucho que nos haya dado el Imperio, no puedo olvidar que fue Roma la que nos condenó a vivir lo que vivimos. Y eso, Waldo, que tu padre y yo hemos sido muy afortunados. Él ha trabajado mucho para que lo seamos.

Una tarde Waldo la convenció para que cruzara el río con él. Eldes no salía del barrio donde tenía su vida, era como si de verdad temiera ser engullida por la inmensidad de la urbe. La condujo hasta el Emporium, donde, en la taberna de Ervigio, la esperaba alguien que no la había olvidado. Belario, su amigo Belario, estaba allí, sonriéndole. Al verla aparecer por la puerta de la taberna supo que no estaba tan loco.

Eldes se tapó la boca de la emoción. Sintió que le costaba respirar.

—Belario... —murmuró Eldes al reconocer a su amigo. Se le acababa de romper el alma al ver en lo que se había convertido, en qué les había convertido el paso del tiempo, pues ella también había abandonado su cuerpo de niña y se avergonzaba de su aspecto. Belario era ya casi un viejo y los bonitos caracoles de color dorado que ella recordaba habían desaparecido de su pelo grasiento y gris. Parecía un pordiosero, vestido como un mendigo y rodeado de todos aquellos perros que a ella le causaron horror en cuanto los vio recostados como leones a su alrededor. Pero todavía conservaba su sonrisa.

—No te preocupes, Gacha —la tranquilizó con esa sonrisa que Eldes no había querido borrar de su memoria—. Están bien alimentados... En cuanto puedo, les doy carne romana —le dijo guiñándole un ojo, en un tono socarrón que Eldes interpretó como una de sus fantasías, como cuando le

aseguraba que comían serpientes o que en su isla crecían manzanas de todos los colores. Se atrevió a sonreírle. La de ella fue una sonrisa cohibida; la de él burlona y alegre. Era tanto el dolor que sentían, tanta la felicidad, que en esos momentos se sentían incapaces de llorar.

Belario no la veía a ella, sino a su amiga Gacha. Hubiera querido correr a abrazarla, a tocarla, a darle mil besos y esconderse con ella bajo las tripas de un carro para contarle lo que había sido de él durante los años en los que habían estado el uno sin el otro; en realidad, más de media vida. Quería decirle que no debía preocuparse por su aspecto, que su existencia no había sido tan dura como la de otros, que había tenido suerte. Aunque al final no hubiera podido ser guerrero, ni bandido, ni un exótico comerciante de sedas, había sido el esclavo más amado de Roma, y lo fue hasta que su ama, demasiado vieja para el amor, decidió concederle la libertad; entonces se dedicó a pintar e hizo una gran pintada

en contra del emperador que, si no hubiera estado tan loco, le hubiera costado la vida. Se moría de ganas de hablarle, de recordar los ratos que habían pasado juntos, de oírle hablar.

—¿Quién te devolvió la voz? —preguntó Belario, acercándose a ella con timidez y tomándola de las manos. Se sentía observado. Pensó en decirles a los demás que se largaran de allí y dejaran de mirarlos.

Eldes miró a su hijo con tanta ternura que le hizo avergonzarse delante de sus compañeros. Entre ellos no cabían los sentimentalismos, eran guerreros y pronto lucharían junto a Alarico.

—Creo que fue Waldo, al nacer —respondió.

—Ah, Waldo. ¡El mejor de todos nosotros! Ese chico tiene alma de rey. Acabará siendo el jefe — se arriesgó a decir mientras lanzaba una mirada burlona a su alrededor que ofendió a Burila. Belario seguía siendo capaz de cambiar el mundo. Se acercó hacia su oído y le propuso con voz segura y clara—: Si quieres, Gacha, puedo hablar

con Alarico para que lo tenga en su séquito. No sé si te acordarás de él, es uno de mis hermanos. ¡Menudo diablo!

Eldes era incapaz de recordar el nombre de sus hermanos aunque sí se acordaba de ellos. De todas formas, pensó que bromeaba, que Belario estaba fantaseando de nuevo, pero ocurrió algo que le hizo sospechar que podía estar hablando en serio. Al oír aquello, Burila, a quien su hijo y sus amigos tenían por jefe, dejó caer con gran estruendo la jarra que portaba en las manos y se marchó de allí con aires destemplados, provocando cruces de miradas entre ellos que ni a Belario ni a ella les pasaron desapercibidos. Más de uno estaba pensando que había llegado la hora de sustituirle.

Les dejaron solos. Ervigio les abrió su casa, en la parte de arriba de la taberna, para que pudieran alejarse de las indiscretas miradas de su clientela. Se les oyó llorar y también reír. Pasaron juntos toda la tarde y cuando al fin bajaron

parecían un par de chiquillos radiantes y agradecidos. La vida les había dado la oportunidad de despedirse, pues tanto uno como otro sabían que no volverían a verse. Estaban vivos. Habían logrado sobrevivir a la crueldad de Roma, aunque ninguno de los dos perdonaría jamás aquella despedida.

Al día siguiente, el Transtiberim amaneció lleno de pintadas en sus paredes. Ovejas, caballos, un gran río con una isla dentro, el enorme sol alumbrándolo todo y carros, muchos carros donde poder esconderse; y en medio, dos figuras. Parecían dos niños cogidos de la mano. Nadie en el barrio se explicaba quién podía haber hecho semejante locura, solo Eldes tenía la certeza de saberlo. Si alguien se hubiera fijado en el travieso gesto con que miraba de reojo aquellos dibujos, con una sonrisa pícaro y aniñada, como si acabaran de sorprenderle pellizcando un pastel o quién sabe si besándose a escondidas con su primer amor, hubiera sospechado que ella sí lo

sabía y que guardaría el secreto para siempre.

El oro de Roma

Los planetas se habían alineado a su favor para que todo les saliera según lo habían planeado. Burila, Agila y los demás se habían reunido aquella noche en la taberna y bebían confiados en que, en pocas horas, Gala Placidia estaría en su poder. Los astros no volverían a regalarles una situación como aquella. Alarico había llegado a las puertas de la ciudad y se hallaba acampado con su enorme ejército a los pies de las murallas, esperando pacientemente a que el hambre fuera debilitando a los romanos. Contrario al espíritu de venganza que movía a su gente, Alarico no tenía la

más mínima intención de conquistar Roma y lo único que pretendía con su asedio era que Roma, la eterna Roma, se rindiera ante el poder de los godos. Mostrarle al emperador Honorio hasta dónde podía llegar un bárbaro si seguía negándole la tierra y la paz que él exigía para sus gentes. Tenía la intención de conseguir un pacto con Rávena en condiciones similares al acuerdo firmado décadas atrás por Teodosio, que les asentara como federados de Occidente bajo el compromiso de que serían ellos, los godos, quienes combatieran a los otros pueblos bárbaros que asolaban, con su barbarie, buena parte de las provincias occidentales; para él, seguía reivindicando un alto cargo en el ejército imperial, y estaba dispuesto a conseguirlo.

Si Roma no se rendía, perecería de hambre. Alarico y sus hombres se habían ocupado de cortar los suministros. Las puertas de acceso a la ciudad estaban vigiladas, el Portus ocupado y la navegación del Tíber controlada, de modo que era

prácticamente imposible que los romanos pudieran recibir un solo grano del exterior. Pronto se agotarían las existencias, los molinos del Janículo dejarían de moler por falta de trigo y las autoridades se verían obligadas a reducir los repartos de pan hasta la nada. De sobra sabía el *reiks* Alarico cuán importante era el pan para la subsistencia de Roma.

Gala Placidia era el rehén más valioso del que podía hacer uso Alarico en sus negociaciones con Rávena. Se trataba de la hermana del emperador y, después de los acontecimientos que habían sacudido al entorno de la corte, la única representante de la familia imperial en Roma. Si se lo propusieran podían pedir una fortuna a cambio de la joven, pero entre todos habían acordado no pedir más recompensa por ella que la que el *reiks* quisiera dar, pues tenían entendido que se mostraba largamente generoso con los que le apoyaban. Si eran hábiles, y más de uno lo era, el secuestro de Gala Placidia podía abrirles las

puertas al entorno de Alarico.

Fulvia había conseguido que el tal Rigo colaborara con ellos. Se había vuelto a implicar más de la cuenta en los feos asuntos de los godos y había convencido a sus compañeras para que actuaran de plañideras tras el ataúd que habría de conducir a la emperatriz hasta el barrio de la Subura, donde la mantendrían oculta hasta el momento en que Burila pudiera ofrecerle la mercancía a Alarico. Ella misma les había teñido el pelo para que pasaran desapercibidos entre los transeúntes, pues con sus cabellos rubios hubieran levantado demasiadas sospechas. Todo estaba tan minuciosamente pensado que no podían fallar.

Esa mañana Cecilio aún no había llegado a la joyería. En Roma se vivía al borde del abismo y el joyero había tenido que atender los histéricos sollozos de una mujer que le había importunado en las mismas fauces de su casa reclamándole

comida. A Dago le preocupaba que le hubiera pasado algo. Estaba inquieto por lo que ocurría en la calle, y más aún por lo que podía estar ocurriendo al otro lado de la muralla, entre los carros de los godos, tanto que a duras penas conseguía centrarse en el trabajo. Ni siquiera en aquel barrio de los Saeptha Iulia había tranquilidad. Los ricos también empezaban a notar la escasez de alimentos y estaban tan asustados como los pobres por el impresionante despliegue de los bárbaros al otro lado de las murallas. Las tropas de Alarico les tenían completamente cercados desde hacía días. Dago trataba de engastar cada zafiro en la cenefa de perlas y piedras preciosas que ornaría el cuerpo de la corona, una labor pacienzuda que requería de una gran concentración y bastante destreza. Pero ese día, las piedras se le escapaban de las manos y se negaban a introducirse en las frágiles celdillas de oro que tenía reservadas para ellas. Su cabeza se hallaba en otra parte, a extramuros de la ciudad. Había oído decir que con

Alarico viajaban muchos de los tervingios que, como Eldes y él, habían cruzado el Danubio reclamando el asilo del Imperio y no podía dejar de pensar en todas las personas que había conocido siendo niño, con las que había compartido buenos y malos momentos, en Ruodwoulfo, en Uanda, en su amigo Taar... Se preguntaba quiénes de esas personas estarían allí, acampadas a los pies de Roma. Pensaba en lo que hubiera sido de ellos dos si hubieran permanecido con su gente y, al pensar en su vida anterior, volvió a sentir miedo después de mucho tiempo. Le dolía reconocerlo pero les temía a ellos, a los suyos. Le asustaba lo que podía llegar a pasar si la ciudad era tomada por las tropas de Alarico.

Gala Placidia había hecho todo lo que estaba en sus manos por librar a la ciudad de aquella amenaza. En un acto desesperado, había confirmado ante el Senado la sentencia de muerte

de su tía Serena, pensando que tal vez así lograrían alejar a Alarico de las puertas de Roma. Hubiera creído o no las acusaciones que corrían sobre Serena, pues había quien dudaba de sus verdaderas intenciones, fue ella la que en última instancia permitió que la estrangularan. Una muerte humillante para la que había sido la mujer más influyente de la corte. Se le acusaba de haber atraído a los bárbaros hasta Roma en un intento desesperado e inútil por salvar la vida de su hijo Euquerio. Ciertamente o no, Alarico no había llegado a tiempo y Euquerio había sido ejecutado por mandato de Honorio, al igual que su padre, el general Estilicón. En aquel momento, Serena no podía imaginarse que también le llegaría el turno a ella, con la connivencia de su sobrina. Sin su tía y su prometido, Gala Placidia se había quedado sola en Roma. Con apenas veinte años, veía con horror el negro futuro que les esperaba. Nunca había sentido el hambre tan de cerca, podía sentir el miedo en cada rincón de la ciudad, y lo único que

le quedaba era encomendarse a Dios.

Apareció en la joyería a media mañana, sin más séquito que un joven guardaespaldas de cuerpo fuerte y gesto bobalicón que se quedó esperándola en la puerta, pendiente de lo que sucedía en la calle. A esas horas los foros estaban tan concurridos como cualquier otro día. Las ricas matronas paseaban sus vestiduras de seda por la colina del Quirinal como si quisieran hacer creer a los demás que para ellas no había nada extraordinario en aquella mañana, mientras en los barrios más populares la muerte se cebaba con los más pobres. Ni la emperatriz ni nadie podían sospechar que el joven guardaespaldas estaba dispuesto a entregar su señora a una banda de godos, a los que, por mucho que miraba, no lograba localizar.

—¡Ahí está Rigo! Pero ¿¿qué hace?! ¿Por qué no entra? ¡Si no deja de buscarnos con esa cara de idiota nos van a descubrir! —comentó Waldo a media voz. Agila y él aguardaban a la emperatriz

ocultos a la entrada de un estrecho callejón sin salida, lo suficientemente alejado de la joyería como para no ser vistos por Dago aunque lo suficientemente cerca como para vigilar su entrada.

—¡Tranquilo! Rigo no nos delatará. Está tan pringado en esto como nosotros —le tranquilizó Agila—. Fulvia tiene que haberle prometido el cielo.

Waldo escupió al escuchar aquello, sin perderle el ojo al guardaespaldas.

Era la primera vez que Dago veía a la Augusta sin la compañía de Serena y estaba conmovido por el aspecto desolado que mostraba su rostro. Guardaba luto. Una oscura *palla* le cubría casi por completo el rostro y la protegía de miradas indiscretas. Tras ella asomaban los ojos más tristes que Dago había visto en mucho tiempo. Al escucharla comprendió que la tristeza de su mirada

no era solo por el duelo que en aquellos momentos debía afligirla sino por Roma.

—Cecilio, debes darte prisa en terminar el trabajo —le apremió Placidia mientras Dago trataba por todos los medios de pasar desapercibido en su mesa de trabajo. No quería que Cecilio se viera en un problema por haber empleado a un godo en su taller. Por suerte, el joyero había llegado a tiempo de recibir a la dama imperial. Esta le hablaba al borde de las lágrimas —: Mi corazón no descansará hasta que vea cumplida la voluntad de mi tía. Ella quería que esta corona colgara del altar de San Pedro, a cuyos pies me postro para pedirle que nos proteja de todos los males que nos acechan. ¡Pídeselo tú por mí! Graba con tus manos mis plegarias para que el Santo interceda por Roma ante Dios Todopoderoso. Escribe en letra clara donde todo el mundo lo pueda ver: «Pedro, protege a tu pueblo.»

Era Rigo quien debía proteger a Placidia esa mañana, pero su amiga Fulvia había hecho lo imposible para que traicionara la confianza de su joven señora, por la que, en aquellos días, sentía más compasión que odio. La oyó despedirse del joyero a sus espaldas y al instante se arrepintió de haberse dejado meter en aquel lío del que no iba a poder salir tan fácilmente. Echó una última mirada hacia el callejón. Waldo y el gladiador les estaban esperando y no le quitaban los ojos de encima, refrescándole la memoria por si se hubiera olvidado de lo que debía hacer. Tenía que apañárselas para desviar a Gala Placidia de su camino y conducirla hacia allí. Simularían un forcejeo, la dejaría en manos de esa banda de borrachos y él acudiría corriendo a la residencia de la emperatriz lamentándose de lo ocurrido y de no haber podido evitar que los godos se la hubieran llevado secuestrada. Lo más probable es que perdiera el trabajo, pero eso tampoco importaba cuando estaba a punto de perderse

Roma.

—Señora, debemos huir de las multitudes. Sabes mejor que nadie que tu vida corre peligro —la disuadió Rigo, dirigiéndola hacia el callejón.

En cuanto los tuvieron cerca, Waldo y Agila se abalanzaron sobre ellos y los ocultaron en el interior de la calleja. Mientras el gladiador arrancaba a la emperatriz de la protección de su guardaespaldas, Waldo aprovechaba para saldar antiguas cuentas con él. Rigo, sorprendido por la saña con que le golpeaba el godo, intentó defenderse, pero este no dejó de darle puñetazos en la cara y en el estómago hasta que lo vio retorcerse en el suelo.

—¡No me mires así! Acabo de hacerte un favor. Cuando te encuentren, nadie va a sospechar de ti... siempre que mantengas la boca cerrada —se despidió Waldo, dejando al guardaespaldas arrastrándose como un gusano hacia la salida del callejón. Los celos le habían hecho comportarse como un animal.

Oila les estaba esperando con el ataúd. No resultó fácil amordazar a Gala Placidia. La joven trató de quitarse a sus raptos de encima con mucha más valentía que cualquier otro noble de los que habían secuestrado, mientras Oila y Agila la reducían entre risas y alguna que otra chanza de mal gusto, sorprendidos por el fuerte carácter de la emperatriz. Pensaban que si Honorio hubiera tenido ese carácter, Roma no estaría asediada. Les costó un mundo meterla en la humilde caja de madera de pino en la que fue conducida, a hombros, hasta el barrio de Ienocinio de Roma, el peligroso barrio de la Subura donde la emperatriz jamás había puesto los pies. La acompañaba un cortejo de plañideras, todas ellas chicas del barrio, que amortiguaban con el llanto sus gritos de socorro. Fulvia las presidía, incapaz de perderse aquello, encantada de formar parte del espectáculo. Era la única que conocía por quién estaban llorando y lo hacía con tal aflicción que parecía la hermana de la muerta. Roma se había

quedado sin su emperatriz y el barrio ocultaba otra nueva víctima entre sus apestosas calles.

Roma se había convertido en una tumba y el otoño traía hedor a muerte. Los cadáveres se amontonaban en las esquinas esperando a ser enterrados en el gran cementerio que crecía durante aquellos días a la sombra del anfiteatro ante la necesidad de enterrar a los muertos, dado que era imposible sacarlos de la ciudad. Alarico no parecía estar dispuesto a levantar el cerco. Les estaba dejando morir. Dago estaba tan asustado como el resto pero aun así no había dejado de trabajar en la corona, convencido de que la ofrenda de la emperatriz debía colgar cuanto antes sobre el altar de San Pedro. Desde su mesa de trabajo podía escuchar la conversación que el joyero mantenía con el senador Flacco; como de costumbre, hablaban de Roma. El senador acudía cada día con noticias frescas para compartirlas

con su amigo y juntos se lamentaban del agónico final que les esperaba.

—Se rumorea que la hermana de nuestro emperador ha sido secuestrada —dijo Flacco, bajando el tono de voz como si temiera que le pudieran escuchar desde la calle.

—Gala Placidia secuestrada... —repitió Cecilio, incrédulo. Su rostro se contrajo en un sinfín de pequeñas arrugas al recordar la última visita de la dama—: No hace mucho que estuvo aquí.

Dago sintió que se le encogía el corazón al oír aquello. Era incapaz de seguir trabajando, necesitaba saber más.

—Lo sé, Cecilio. Dicen que desapareció al poco de visitarte. Los agentes públicos están detrás de un grupo de godos que desde hace meses está sembrando el pánico entre los nobles de la ciudad. Este no es su primer secuestro, aunque jamás habían llegado tan lejos. Puede que interroguen a tu empleado. —Al decir aquello,

miró a Dago de reojo y sus ojos se encontraron. Flacco habló también para él—: Quería que estuvierais preparados.

—Yo no sé nada —se defendió Dago, con los ojos llorosos. Se temía que su hijo hubiera podido cometer alguna tontería.

—Tranquilo, Dago. Te doy mi palabra de que haré todo lo que esté en mis manos por ahorrarte el mal trago. Ni Cecilio ni yo tenemos alguna duda sobre ti —le tranquilizó el senador. Volvió a dirigirse a su amigo—: Quienquiera que haya sido no lo ha hecho para cobrar un rescate, pues de ser así a estas horas ya hubiera pedido una fortuna; seguramente tiene la intención de ofrecérsela a Alarico, tal vez quiera ganarse su confianza. Y es evidente que todavía no han podido sacarla de Roma, pero que en cuanto haya oportunidad de salir la entregarán como rehén.

—Y, ¿cuándo será eso? ¿Lo veremos, Flacco? ¿Qué es lo que tenemos que hacer para que Alarico levante este maldito asedio al que nos

tiene condenados? —le preguntó Cecilio con preocupación. Empezaba a convencerse de que morirían todos antes de que eso ocurriera.

—El Senado ha estado negociando con él y ¿sabes lo que contestó Alarico ante esa misma pregunta? Dijo que: «solo se retiraría de nuestras murallas cuando Roma le entregara todo el oro y toda la plata que había en la ciudad, todas sus riquezas y todos los esclavos que pudieran probar sus orígenes bárbaros; que solo así se iría de Roma». Uno de nuestros senadores le preguntó: «¿Y a Roma, qué le quedará?», y él le replicó, riéndose, que si no se conformaba con conservar la vida. Si te lo digo yo... Esto se acaba, Cecilio, esto s... —A Flacco se le quebró la voz, a él le resultaba demasiado penoso ver en lo que se había convertido su amada Roma, e intentaba no buscar culpables de lo que les estaba ocurriendo, pero no podía dejar de pensar en que su emperador les había abandonado. Roma no podía morir de aquella manera, entre todos tenían que salvarla y

él iba a tener que pedirle ayuda al joyero, pues no contaba con suficiente patrimonio como para contribuir con dignidad a la colecta que estaba haciendo el Senado entre todos sus miembros—: Sí, Cecilio... esto se acaba. Alarico es el dueño de nuestra vida y nos pide un alto precio por ella. Después de mucho negociar hemos conseguido rebajar sus exigencias, pero aun así no podemos pagarlas. Nos reclama cinco mil libras de oro... un oro que Roma no tiene y que no va a poder conseguir a no ser que fundamos las estatuas que adornan nuestros templos; además de tres mil libras de plata, cuatro mil trajes de seda, miles de libras de pimienta... Tú no tienes hijos, tal vez puedas...

Dago había estado escuchando con angustia las condiciones de Alarico. El Senado había decidido fundir las estatuas y privarse ellos mismos de las riquezas que habían cosechado sus familias. Él deseaba tanto como ellos que Roma se librara de los godos y sabía algo que Flacco y Cecilio

ignoraban. Había ocultado el secreto de Cleón durante mucho tiempo, tal vez había llegado el momento de contarlo.

—Yo sé dónde está el oro que os reclaman — interrumpió Dago ante la sorprendida mirada de los dos amigos. Se sentía aliviado después de callar durante años por miedo a lo que pudiera contar Cleón.

La puta y la emperatriz

Fulvia se moría de ganas de presentarse ante la Augusta. Por fin iba a poder verle la cara a la hermana del emperador, de la que todo el mundo hablaba últimamente en Roma. En adelante, sería ella quien se encargara de su bienestar. Desde el mismo momento en el que Waldo le confió que ocultara a Gala Placidia entre las chicas de la Subura, fantaseaba con la disparatada idea de convertirse en algo así como su dama de compañía, al menos durante el tiempo que pasara encerrada entre las mugrientas paredes del lupanar. Estaba claro que aquello no era un

palacio y que el maloliente barrio de la Subura, mucho más maloliente desde que la ciudad se había visto cercada, no compartía el selecto ambiente del Palatino, pero con un poco de buena voluntad por parte de las dos podrían conseguir que los días de encierro se hicieran algo más que llevaderos. Le traía una manta y un poco de caldo caliente para ayudarla a soportar la humedad y, al abrir la puerta, esbozó una bonita sonrisa con la que pretendía darle a entender que al menos ella no iba a hacerle daño. Pero la sonrisa se le borró en cuanto oyó el modo tan autoritario con que la emperatriz se dirigía a ella. Demasiadas cosas tenía en la cabeza como para reparar en lo indecente de su indumentaria, una túnica de gasa que apenas velaba su cuerpo desnudo y maquillado para el sexo. Ciertamente poco apropiada para presentarse ante la principal dama de Occidente después de que Honorio repudiara a su segunda esposa, la otra hija de Estilicón. Era su ropa de trabajo, con la que se ganaba la vida, y no pensó

que con ella pudiera ofender de tal modo a su prisionera. Su primer encuentro no fue ni mucho menos como lo había imaginado en sus fantasías:

—¡Tápate, desgraciada! ¿Cómo te atreves a presentarte así, medio desnuda, ante mi persona? ¡¿Es que no sabes delante de quién estás?! —le reprochó Gala Placidia con una altivez que a Fulvia la hirió en lo más hondo de su orgullo. Desde que sus raptos la dejaron abandonada en aquel apestoso cuchitril no había dejado de oír los gemidos de las prostitutas y, pese a los esfuerzos de su tía Serena por apartarla del mundo, ella no era tan ingenua como para ignorar dónde la habían metido. Puede que esa desvergonzada ni siquiera supiera a quién tenían en aquella casa de lenocinio, así que la sacó de dudas, exigiéndole que se la tratara al menos con el decoro que merecía—: Tal vez nadie te haya dicho quién soy yo. ¡Soy la emperatriz!

—¡Y yo la reina Zenobia! —le gritó Fulvia, mostrándose tan ofendida como se había mostrado

ella.

Gala Placidia no era, ni mucho menos, como se la había imaginado. Esperaba encontrarse con una mujer hermosa y cargada de joyas, tal y como aparecía en las representaciones que circulaban por Roma, y no a la joven poco agraciada que tenía enfrente, sentada en el borde del catre con una dignidad que justo allí, en la Subura, resultaba ridícula. El luto no favorecía a su piel cetrina, y sus ojos, enmarcados por unas cejas oscuras y espesas, eran demasiado pequeños para resultar bonitos, al igual que su boca, fruncida y redonda como un corazón. En su decepción, Fulvia pensó que la emperatriz se ganaría mal la vida con los hombres. Aquel inesperado recibimiento le había hecho dejar a un lado las buenas intenciones y en lo único que pensaba en esos momentos era en bajarle los humos a la damita imperial. Aun así, obedeció sus exigencias, envolvió su desnudez con la manta y le acercó la sopa a la mesilla que había junto a la cama. Una vez la hubo servido se retiró

de su lado, manteniendo las distancias adecuadas para poderle dejar las cosas bien claras, sin refinamientos y en el único lenguaje que ella conocía, el de la calle:

—Oye, guapa, no sé qué te has creído. Aquí todas somos iguales —le recriminó, haciendo gala de su vulgaridad.

—¡Mi hermano, el emperador Honorio, te hará pagar por esta humillación! —la amenazó Gala Placidia, clavándole los ojos. Los tenía enrojecidos por haber estado llorando.

—¿Tu hermano, dices? Nuestro emperador Honorio tiene tanto miedo a los godos que no creo que vuelva a poner los pies en Roma, así que mejor será que no confíes en él —le respondió Fulvia, dispuesta a no dejarse amilanar por el fuerte carácter que demostraba tener la Augusta.

—¡Yo misma haré que te estrangulen! —exclamó Gala Placidia con el rostro contraído por la indignación.

—Como a tu tía... —insinuó Fulvia, mostrando

su lado más femenino y cruel. También ella había oído rumores de lo sucedido. Al ver la reacción de la joven, continuó hurgando en la herida que acababa de abrir—: ¿Es así como pagas en la corte a quienes pretenden cuidarte?

—¡Así es como pago a mis carceleros! —la desafió Gala Placidia, dejándose traicionar por la indignación. Acababa de revelarle a una puta de la Subura algo tan íntimo que debía haberla acompañado a la tumba.

Fulvia no le quitaba ojo al aparatoso anillo que lucía la emperatriz. No llevaba más joyas que esa y un par de sencillos zarcillos de oro que apenas lucían bajo la oscura *palla* que todavía cubría su cabeza.

—Me voy a quedar con tu anillo —la avisó, cambiando repentinamente el tono de voz. Tuvo el valor de sonreírle y no apartarle la mirada mientras se lo robaba, tomando su mano y arrastrándolo con mucha suavidad por el dedo hasta quedarse con él. Cuando por fin lo tuvo en su

poder, se lo probó, estiró la mano y contempló el efecto que hacía la joya en ella. Fulvia rio satisfecha, agradeciéndole el regalo que le acababa de hacer—: ¡Es una maravilla! Creo que si las dos ponemos algo de nuestra parte podemos llevarnos bien.

Gala Placidia la fulminó con sus ojos oscuros y tristes, aunque Fulvia estaba tan encantada con la joya que le dio absolutamente igual.

—Estas son las normas: aquí no se grita salvo que te lo pida el cliente y mejor será que no intentes llamar la atención porque si el *leno* te encuentra te va a poner a trabajar. Y te aseguro, *Nobilissima Augusta*, que al principio no es muy agradable, luego te acostumbras, ¿qué le vas a hacer? Eso sí, se está mejor sin hacer nada. Así que te recomiendo que empieces a disfrutar de tu retiro y no me des problemas.

—¿Qué es lo que queréis de mí? —preguntó la Augusta cuando Fulvia ya estaba abriendo la puerta para salir. Parecía mucho más serena

aunque se le notaba en la cara que había estado llorando.

—Entregarte a Alarico —respondió esta con naturalidad.

—¿A cambio de Roma?

—A cambio de lo que él esté dispuesto a pagar por ti. Todas tenemos un precio, incluso las damas —contestó Fulvia, volviéndose coquetamente hacia ella. Entonces, vio en los ojos de la emperatriz algo que la impresionó y le hizo cambiar el gesto. Vio sus ansias de libertad.

Puede que no fueran tan distintas; las dos querían ser libres y que nadie decidiera por ellas. Habían nacido perros y hubieran preferido ser gatos. Fulvia conocía los rumores que circulaban por las calles de la ciudad sobre la muerte de Serena y al ver la rebeldía contenida en los oscuros ojos de Placidia se convenció de que todo lo que se decía de ella era cierto. Corrían rumores de que siempre había querido su muerte y de que había firmado su condena ante el Senado no por el

bien de Roma, sino por deshacerse de una vez por todas de ella y de la estrecha vigilancia a la que desde muy cría la había sometido. La propia Placidia se lo había reconocido sin darse cuenta. Había sido víctima de la ambición de su tutora y se decía por ahí que no soportaba a Euquerio, el hijo de Serena y Estilicón, con quien, de no haber sido acusado de conspiración, habría tenido que casarse a la fuerza solo porque así lo habían decidido ellos con la aprobación de su hermano Honorio, con quien nunca había tenido buenas relaciones. Bien sabía Fulvia lo que era que otros tomaran las decisiones en su lugar; lo había hecho su madre y lo hacía el *leno*, creyéndose dueños de su vida y de un elevado porcentaje de lo que ganaba.

Una noche la oyó llorar. Empezó a darle vueltas a lo que estaban haciendo con ella. ¿Quiénes eran ellos para retenerla? No pudo pegar ojo en toda la noche y nada más levantarse por la mañana, corrió hacia el puerto esperando

encontrar a Waldo entre los godos. Desde que Alarico había asediado la ciudad, no había trabajo para nadie en el Emporium y los estibadores mataban el tiempo bebiendo en las tabernas de los alrededores. Como era de esperar, lo encontró con una jarra en la mano y tan borracho que a duras penas se mantenía derecho en la barra.

—Rubio, la Subura no es lugar para la emperatriz. ¡Llévatela de ahí! No quiero seguir siendo su carcelera.

—Vamos, Fulvia, ¿a ti qué más te da? Además... veo que ya te has cobrado el alquiler —dijo Waldo, señalándole el anillo con la barbilla.

—¡Quiero que te la lleves! —exigió ella molesta ante las insinuaciones de Waldo, por muy ciertas que fueran. Estaba dispuesta a quitársela de encima, así que insistió—: ¡Si no lo haces, Waldo, yo misma le abriré la jaula y la dejaré marchar!

Era la primera vez que Fulvia le llamaba por su nombre. Le estaba hablando en serio.

Dago les contó a Cecilio y a Flacco lo que había escuchado aquella noche en que se había quedado encerrado en los sótanos de la fábrica y cómo había corrido a advertir a Heliodoro sin que este diera pábulo a una sola de sus acusaciones. Prefirió pasar por alto el final de aquella historia: la paliza que le dejó sin trabajo y las amenazas de Lupo. Hacía ya mucho tiempo que se había repuesto de sus heridas pero le avergonzaba reconocer que había sido sorprendido robando, aunque en el fondo de su ser no sentía arrepentimiento alguno de haberlo hecho. Cleón le había puesto en la calle por ladrón y no porque fuera godo o porque hubiera descubierto el feo asunto de corrupción en el que andaba metido, del que Dago no acababa de saberlo todo. Y si no le había delatado antes había sido por egoísmo, porque sabía que al hacerlo se estaría descubriendo a sí mismo. Sentía sobre todo defraudar a Cecilio.

Las minas estaban agotadas y, a pesar del

esfuerzo de los emperadores por fomentar su explotación, cada vez llegaba menos oro de las provincias y las arcas hacía tiempo que habían dejado de llenarse. Y por si no fuera suficiente, solo una parte del oro que desembarcaba en Portus era fiscalizado por el Estado mientras que los funcionarios se encargaban de desviar cuanto podían por la puerta de atrás. La corrupción se había extendido de tal manera que ya no solo afectaba al trigo público, también a ese metal en principio incorruptible sin el que Roma estaba perdida.

Roma necesitaba el oro. El oro que Cleón y sus compinches, todos ellos hombres relevantes, habían estado ocultando bajo el suelo de la fábrica. Los agentes secretos hacía tiempo que sospechaban algo pero, también por corrupción, habían preferido no actuar. Fue el prefecto quien se acabó encargando del asunto, aceptando enviar a la guardia urbana para que les escoltara hasta allí después de que Flacco lograra convencer al

Senado de que le dieran un día más, solo un día, antes de que comenzaran a fundirse las estatuas. Para él y para Cecilio, ambos defensores de las antiguas tradiciones, era de vital importancia evitar que los templos se quedaran sin los dioses que protegían a Roma. Confiaban en lo que Dago les había contado. Este no había llegado a verlo e ignoraba de cuánto oro se trataba pero por lo que pudo colegir de aquella conversación, que él jamás debería haber escuchado, había oro más que suficiente para saciar la avaricia de Alarico.

Los condujo hasta la fábrica a través de las calles desiertas de la ciudad, sin vida después del largo asedio al que les estaban sometiendo los godos. El otoño se despedía con lluvias y un olor pastoso e insalubre impregnaba el aire. Dago aún recordaba el lugar exacto por donde había escapado de aquel laberinto de galerías y corredores subterráneos que comunicaban el sótano con la orilla del río. Le extrañó no ver a nadie por los alrededores. Con el cerco de

Alarico, la actividad industrial de la ribera del Tíber también se había paralizado y las chimeneas de factorías y talleres habían dejado de soltar ese humo negro que ensuciaba el cielo. Dago dudó unos instantes al ver que la fábrica estaba cerrada y bajó por la ribera del río hasta casi alcanzar la orilla, escoltado por la guardia urbana y sus dos acompañantes, que le seguían con torpeza. Se detuvo a esperar al resto mientras intentaba localizar la pequeña portezuela por la que había escapado en aquella ocasión. Tal y como recordaba, la puerta conducía hasta los sótanos de la nave. Dejó que fueran los guardias quienes abrieran paso.

—¡Escucha, esto está lleno de ratas! —susurró el senador mientras caminaba a tientas a través de un estrecho túnel.

—Me temo que no son ratas. Allí hay alguien —señaló Dago. Se oía hablar en el otro extremo del corredor. A medida que avanzaban las voces se escuchaban con mayor nitidez y aumentaba su

incredulidad. Había reconocido la voz de Cleón y ¡la de su interlocutor! Era una voz sonora y atildada, con un marcado acento griego que le hacía arrastrar las palabras. La reconocería en cualquier parte, pero ¿qué hacía Heliodoro ahí?

El agua de la lluvia se filtraba por el techo y las paredes, encharcando las galerías. Caminaban despacio intentando amortiguar el ruido de sus pisadas pero incluso su aliento parecía resonar entre los muros del estrecho corredor por el que deambulaban, encorvados, en dirección al pequeño resplandor que brillaba frente a ellos. La luz de un candil iba y venía advirtiéndoles del ir y venir de su portador. Estaban ya tan cerca que, aunque no les estuvieran viendo, podían entender lo que decían:

—¡Date prisa! ¿O es que quieres regalarle el oro a Alarico? —preguntó Heliodoro sin ningún tipo de prevención. En esos momentos no podía imaginar que les estuvieran escuchando y en lo único que pensaba era en vaciar los nichos de

aquella galería antes de que los godos entraran en la ciudad. Corría el rumor de que Alarico estaba planeando el ataque. A juzgar por los gritos que dirigía a diestro y siniestro debía de estar muy alterado—: ¡Lupo, trae más capazos! ¡¿Y qué hacen estos aquí?! ¡¡Sacadlos, maldita sea!!

Heliodoro y Cleón se estaban incriminando sin saberlo:

—¿Y por qué piensas que el oro no está seguro en la fábrica? —preguntó Cleón. Parecía molesto por la decisión que había tomado el judío de llevárselo de allí, pues para él no había un lugar más seguro que aquel. No en vano, se había pasado los últimos años custodiándolo con el celo de un grifo.

—Cleón, estamos hablando de los godos. En estos momentos, al *comes* poco le importa que el oro esté aquí o en el Capitolio, pues también él está esperando a que Alarico desvalije sus arcas. Y dime una cosa: ¿si tú fueras a saquear una ciudad, dónde buscarías? Cuando esos malditos

godos entren en Roma lo primero que harán será vaciarte la fábrica y luego matarte a ti, ¡así que será mejor que colabores y nos ayudes a sacar todos estos capazos de aquí!

—¿Y adónde te lo vas a llevar, si se puede saber? —Estaba visto que Cleón desconfiaba.

—¡Deteneos en nombre de Roma! —ordenó de repente uno de los guardias, obligando a Lupo a depositar su carga en el suelo—: ¡Tú, suelta eso!

—¡Pero...! —titubeó Cleón, tan sorprendido como Heliodoro por la irrupción de la guardia. Ninguno de los dos los había sentido llegar. Tras ellos, apareció Dago. El griego pensaba que, ahora que le iban tan bien las cosas, se habría olvidado de ellos y mantendría la boca cerrada.

—¿Heliodoro? —preguntó Dago. Era su forma de pedir explicaciones. Su presencia le había dejado boquiabierto y, aunque tuviera motivos para sospecharlo, se negaba a comprender qué hacía el benefactor en medio de todo ese oro robado.

—¡Maldita sea, Cleón! ¡¿Qué es todo esto?! — preguntó el judío—: Te dije que no debías echarle, bastaba con que le dejaras seguir hurtándote a escondidas.

—Puede que a Cecilio le interese saber a quién tiene trabajando en su taller —contraatacó Cleón, dirigiéndose a su antiguo operario—. ¿Les has contado, Dago, por qué tuve que echarle de la fábrica? Es bueno, el mejor operario que he tenido nunca, pero me robaba.

—Traicionaste al maestro. Le arrebataste el manuscrito a la fuerza, ¿no es así, Heliodoro? Por eso el baúl estaba forzado —le reprochó Dago, dolido por lo que acababa de descubrir. Shelomo no alcanzó la paz que le había hecho emprender aquel penoso viaje a Ostia, enfermo como estaba. Advertido por los ancianos del consejo de los feos asuntos en los que estaba metido su discípulo, se negó a entregarle el manuscrito de María y allí empezó el suplicio que le llevó a la muerte.

—Por lo que se ve, nos hemos adelantado a

Alarico —intervino el senador—. ¿De dónde ha salido todo este oro?

—Puede que no lo sepáis, pero nos encontramos bajo la fábrica de joyas más grande de Roma. Estamos protegiendo nuestro oro.

—¿Vuestro oro o el de Roma? —replicó el senador, tomando uno de los lingotes que colmaban los capazos y mostrando el sello del Estado—. ¡Prendedles!

Traición

—¡Esto sí que es una sorpresa! No me imaginaba que fueras tú la putilla del bárbaro — reconoció el agente, sinceramente sorprendido, nada más traspasar la puerta de la celda. Sus pesquisas por la Subura le habían llevado hasta una vieja conocida. Frente a él estaba Fulvia, atractiva y vulgar, con una insinuante túnica de color rojo que dejaba entrever cada curva de su cuerpo.

—Las putas no somos de nadie, no tenemos dueño. Solo obedecemos al dinero —respondió Fulvia a la defensiva, aunque no menos

sorprendida que él.

—¿Y cuánto cuestas hoy? La última vez me saliste muy cara —trató de bromear el agente, calibrando la mercancía con ojos expertos. Hacía calor allí y Catulo tuvo que apartar la vista para no empezar a sudar.

Fulvia se dio cuenta de cómo la había mirado y se le acercó cariñosa, rozándole el cuello con las yemas de los dedos:

—Depende de lo que quiera el cliente —le informó al oído con un cálido bisbiseo que debió asustar al agente. Este se apartó bruscamente temiendo caer en la trampa que le estaba tendiendo la chica. Fulvia podía hacerle olvidar lo que había ido a hacer allí y muchas cosas más, era demasiado atractiva como para no resultar peligrosa. Esta cambió por completo el tono de voz al notar que el agente se apartaba y, señalando el cartel que había a la entrada de la celda, le sugirió mucho más seca—: Ahí tienes los precios. ¡Échales un ojo si quieres!

—«Fulvia, muchacha complaciente, tres nummi. Te la chupa por seis nummi...» —leyó el agente en voz alta como si realmente estuviera interesado en contratar algún servicio. Si la chica quería jugar, jugarían.

—Oye, decídate ya, que no tengo toda la tarde —le apremió Fulvia impaciente. No era tan ingenua como para no darse cuenta de que el agente no quería sexo. Buscaba a Gala Placidia, pero, por suerte, Waldo se la había llevado de allí y ni siquiera estaría en Roma.

—¿Y al bárbaro, también le cobras o se lo haces gratis? —preguntó el agente volviéndose de repente y esbozando una sonrisa de medio lado. Catulo era un hombre ya maduro aunque interesante con sus sienes plateadas que, sin embargo, le rejuvenecían el rostro. Al verle sonreír daba la impresión de que nada le podía salir mal en la vida.

—Deja de enredarme y dime qué es lo que quieres —le exigió Fulvia un poco harta de tanta

sonrisita. Había dejado de fingir y se había desprendido de esa voz melosa que a él le estaba poniendo cachondo. Quería mostrarse tajante para aclarar las cosas de una vez por todas—: Porque... tú no has venido a divertirte, ¿verdad?

—No —se limitó a contestar el agente.

—Es una pena... ¿sabes que no estás nada mal? Lo hubiéramos pasado bien juntos. ¿A qué has venido entonces? ¿No tendrás otro trabajito para mí? —preguntó Fulvia. Trataba de desviar el tema como fuera y de quitarse de encima al agente sin decir una sola palabra que pudiera implicarles. Debía de tener mucho cuidado con lo que pudiera escapársele pues a veces le daba a la lengua más de la cuenta. Era evidente que la noticia del secuestro de Gala Placidia había corrido como la peste por toda Roma y había puesto en jaque a los servicios secretos.

—Es por tu amigo, el godo —soltó él sin más dilación. No la había mirado a los ojos desde que había llegado y lo hizo con una profundidad que a

Fulvia la dejó temblando.

—No sé de quién me hablas —mintió Fulvia, haciendo verdaderos esfuerzos por mantenerle la mirada. Sus ojos, bonitos a pesar del exceso de maquillaje, acusaban la tensión; también su voz—: Me da a mí que te equivocas, guapo. La Subura está llena de mujeres como yo, tal vez sea otra la amante de ese godo al que estás buscando.

—Pues yo creo que no. Se os ha visto muy juntos últimamente —afirmó Catulo con un absoluto dominio de la situación. Se acercó un poco más para acusarla, convencido de que estaba jugando sobre seguro—: He estado preguntando... y dicen que colaboras con ellos.

—Perdona pero no sé de qué me hablas. Por mi cama pasan muchos godos. —Fulvia quiso dar por terminada la conversación—: ¿Eso es todo? Si no quieres sexo será mejor que te largues antes de que el *leno* se enfade con los dos. Le disgusta que sus chicas perdamos el tiempo.

—Veo, Fulvia, que no tienes ganas de

confidencias. Pues a ver si entiendes esto: tu godo y sus amigos son un peligro para Roma y tú les estás ayudando. Entre otros delitos, son sospechosos de hacer daño a la familia imperial. Aunque... tú de eso seguro que no sabes nada — insinuó el agente mientras estudiaba su reacción. Al verla allí en aquella sucia habitación pensó que pese a su vulgaridad era una chica preciosa y sintió que se hubiera tenido que meter en un lío como aquel. Le recordaba mucho a una mujer a la que había amado con locura hacía mucho tiempo. Quiso advertirle de lo que le convenía—: Fulvia, eres una chica muy bonita y supongo que no querrás acabar como ellos, condenada por conspirar contra el emperador. Te lo advierto, no juegues con fuego o terminarás ardiendo en la hoguera. Un final espantoso para alguien como tú. Colabora, sé buena y no tendrás por qué preocuparte. Solo tienes que decirme dónde cuernos se han metido tus amigos y no volveré a molestarte.

—¡Ya te he dicho que no sé nada!

—Yo no estoy tan seguro, pero te voy a dejar unos días para que pienses. Aquí tienes donde encontrarme, por si decides colaborar —le dijo mientras escribía una dirección en la pared, junto al lecho de ladrillo, donde otros clientes, poetas anónimos, habían dejado su obra inspirados por el placer que Fulvia les regalaba por un puñado de monedas. Cuando terminó, se dirigió hacia ella. Adoptó un tono paternal con el que consiguió que su amenaza sonara a consejo—: Espero por tu bien que no tenga que volver a refrescarte la memoria.

Estaba dispuesto a pagarle por el tiempo consumido. En cuanto hizo ademán de hacerlo, Fulvia ahuecó la mano esperando cobrar por un servicio que no había hecho. Le llamó la atención el magnífico anillo que lucía en uno de sus dedos, más propio de una emperatriz que de una trabajadora de la Subura. Le cogió la mano con fuerza y se la llevó a los labios. La besó rozándole apenas y, sin dejar de mirarla, añadió:

—Es una joya preciosa. Te habrá costado una fortuna. Debes de haber trabajado mucho para poderla pagar.

Fulvia retiró la mano como si se hubiera quemado con el contacto de su boca. Fue un movimiento involuntario, nervioso, que bastó para que el agente confirmara sus sospechas. Catulo hacía años que trabajaba como *agens in rebus* para los servicios secretos del Imperio y nunca antes se había encontrado con una situación tan delicada como la que le había llevado hasta aquel lupanar de la Subura. Gala Placidia, hermana del emperador Honorio, había sido secuestrada a plena luz en los alrededores de los Saepta Iulia sin que su guardaespaldas pudiera hacer nada para evitarlo y no había forma de dar con ella ni con sus raptores, un grupo de godos que llevaba varios meses actuando en la ciudad. Estaba convencido de que mientras Alarico mantuviera el asedio la emperatriz permanecería en Roma, pero, en cuanto se abrieran las puertas, la habrían perdido para

siempre. Las circunstancias les habían abocado a una búsqueda desesperada, en la que no había tiempo que perder, pero había que hacerlo con habilidad para no precipitar las cosas a un final de todo punto indeseable. Y Catulo acababa de dar con la persona que iba a llevarles hasta Gala Placidia. Esperaría. Esperaría pacientemente a que la chica se decidiera a salir de la Subura para advertir a sus amigos del peligro que corrían. Pues no cabía duda de que ella era la putilla del godo que les había traicionado.

Fulvia había conseguido mantener el tipo delante del agente pero, en cuanto este cruzó el dintel de la puerta, estalló en un sinfín de sollozos que puso en alerta a Dafne y a Cintia, demasiado ocupadas bajo el peso de sus clientes para acudir al consuelo de su amiga. Acertaron al pensar que tendría mal de amores. Sufría por Waldo más que por ella misma. Presentía que iban a tener que pagar un alto precio por la libertad con la que se les emborrachaba la boca durante las noches de

taberna. Las amenazas del agente la habían hecho dudar. Resonaban en su cabeza empeñadas en recordarle de parte de quién debía de ponerse. Ella era romana y se sentía orgullosa de serlo y aquella pueril batalla en contra de Roma en la que Burila les había metido era asunto de los godos, no de ella y ni siquiera de Waldo. Se equivocaban si se creían que les iba a llevar a alguna parte. Ya eran demasiado mayorcitos para jugar a guerreros. No se daban cuenta de que perseguían un sueño imposible, ya que ni todos los bárbaros juntos conseguirían jamás tomar Roma, la ciudad que había conquistado el mundo. Y ella ¿qué? Se había dejado arrastrar como una tonta por complacer al rubio y ahora se encontraba entre la espada y la pared, sin saber cómo actuar, si delatar a los godos y seguir viviendo en paz o si callarse la boca y acabar pagando con ellos las consecuencias de aquella chiquillada que no tenía sentido. Una chiquillada que les había llevado a secuestrar a la hermana de los emperadores. Fulvia culpaba a

Waldo de haberla metido en eso, pero le amaba como jamás había amado a nadie y no podía permitir que le ocurriera nada malo.

Fulvia abandonó el lupanar dispuesta a advertirle. Anduvo despacio por las estrechas callejas de la Subura para no despertar suspicacias entre sus compañeras. Era su corazón el que latía deprisa. Grandes lámparas de aceite iluminaban las rojas fachadas pintadas de almagre indicando a los paseantes dónde se obtenía placer a cambio de dinero. En el barrio de los falos erectos, siempre bullicioso a esas horas de la noche, reinaba el silencio. El asedio de Alarico había dejado a la clientela falta de fuerzas para el amor y el dinero se destinaba a comprar otro tipo de carne, si es que aún quedaba algo de carne en la ciudad. Los mercados estaban desabastecidos de productos frescos y se habían dejado de matar animales en ellos; sin embargo, la carne nunca llegó a faltar en la mesa de los ricos. Cada vez con más frecuencia aparecían cadáveres mutilados de

nalgas y senos por las calles de Roma y los rumores eran cada jornada más evidentes. Las autoridades no podían seguir ocultando la verdad y se limitaban a pedir a los debilitados ciudadanos que extremaran el cuidado tras la caída del sol. Alguien pasó a su lado, rozándole, y no pudo evitar pensar en todas las atrocidades que se contaban por aquellos días. Había oído decir que una madre se había alimentado con la carne de su niño recién nacido, recibiendo en su seno al que poco antes había dado a luz. Nunca pensó que el hambre pudiera envilecer de aquel modo a la gente, pero lo cierto era que, por aquellos días, en Roma nadie estaba a salvo. Sintió algo de alivio al abandonar los oscuros callejones de la Subura para salir al espacio más abierto de los foros por la Puerta Esquilina.

El blanco mármol de los foros la recibió más vacío que nunca. A su alrededor no se oía más que el inquietante eco de sus pisadas y el maullido de algún gato que se quejaba de hambre a la luna.

Pasó por delante de los templos vacíos, acelerando el paso con el propósito de alcanzar cuanto antes los muelles del puerto donde sabía que encontraría a Waldo. Bordeó la colina del Palatino y el Circo Máximo en el que habían dejado de competir los héroes de Roma, pues ya no los había, y se adentró en las sinuosas calles del Aventino por las que tantas veces se había perdido. Ni ella misma era consciente de que aceleraba el paso a medida que se iba acercando a la zona del Emporium.

Desde hacía rato presentía que la estaban siguiendo. Estuvo tentada a correr pero se obligó a mantener la calma. La asustaba el sonido de sus propias pisadas. De vez en cuando echaba la vista atrás creyendo escuchar otros pasos que no eran suyos. Tenía la extraña sensación de que, a pesar de no haber nadie por las calles, no estaba sola. Al volverse de nuevo creyó ver una sombra que le hizo estremecerse y entonces, solo entonces, se dio cuenta de lo incauta que estaba siendo. Sentía que

el corazón le iba a estallar de un momento a otro, de modo que se detuvo a recobrar la calma. Algo más sosegada, pudo pensar. El aire traía el insoportable hedor de los cientos de cadáveres insepultos que se pudrían en las aceras esperando a ser recogidos. Puede que no fueran imaginaciones suyas y que en verdad la estuvieran siguiendo. Arrastraba aquella presencia desde el mismo momento en que había salido de la casa del *leno*. Se imaginó que era el agente quien iba detrás y decidió ser más lista que él. Si pensaba que ella le conduciría hasta donde estaba Waldo, se equivocaba. Dudó unos instantes antes de abandonar la idea de ir hasta el puerto y siguió caminando recto en dirección al río.

Algo se movió a su espalda. Podía oír los pasos con total claridad, como si le estuvieran pisando la sombra. Prestó atención. Sonaban demasiado ligeros para ser los pasos de un hombre, tal vez se tratara de algún animal. Un perro. Creyó adivinar quién era el que la estaba

siguiendo y la evidencia la hizo sonreír.

—*¡Carnicero!* ¡Menudo susto que me has pegado! ¿No te ha enseñado Belario que no se asusta así a los amigos? —Fulvia se acuclilló en el suelo y le tendió los brazos para que se acercara. Se sentía aliviada al comprobar que era el perro el que la había seguido por las desiertas calles de Roma y en lugar de reprenderle le abrazó con todas sus fuerzas. Al hacerlo comprobó que tenía el hocico manchado de sangre. Le habló cariñosa—: ¡Veo que te has dado un buen festín! Estamos pasando mucha hambre últimamente, ¿no es cierto?

El perro no estaba a gusto en sus brazos y Fulvia enseguida supo que quería decirle algo.

—Pero ¿qué te pasa? ¿Adónde me llevas? *¡Carnicero, espera!* —gritó Fulvia, corriendo tras él. Se dio cuenta de que la estaba llevando hacia la casa de Belario.

Lo que se encontró al abrir la puerta de la caseta superaba todos los horrores que había visto

e imaginado aquella noche. Fulvia se quedó paralizada sobre el cartel que el propio Belario había pintado para advertir sobre sus perros, imitando los mosaicos que alertaban a los ladrones en la casa de los ricos. Una macabra coincidencia. «*Cave canem.*» Cuidado con el perro. El destino le tenía reservado un siniestro final. Belario había sido devorado por sus propios perros.

—Veo que estás muy bien relacionada. ¡Pobre diablo! Su locura ha terminado destrozándole. — La voz del agente la sobresaltó. Había salido sin previo aviso de la oscuridad, como un fantasma.

Fulvia comprendió que era él quien la había estado siguiendo. En esos momentos no le importaba ni el agente ni sus intenciones, solo podía pensar en lo que le había ocurrido a su amigo, incapaz de apartar los ojos de aquella carnicería. Puede que Catulo tuviera razón, pero no había sido la locura sino el odio a Roma lo que le había matado. Había acostumbrado a sus perros al sabor de la carne humana después de que le

hicieran creer que su propia carne, la carne de un godo, era distinta a la de los romanos.

El agente entró en la casa y, sin mediar palabra, recogió algo del suelo. Una medalla. Entonces se dirigió a ella:

—¿No es esta la medalla de tu godo? — preguntó sabiendo que interrumpía los negros pensamientos de Fulvia. Al no obtener respuesta, se lo volvió a preguntar, sacándose de la manga la baza que sin saber por qué se había estado guardando y empezó a presionar a la chica, seguro de que se derrumbaría con la tensión y terminaría cantando—: Es esta, ¿verdad? ¡Contesta! Te voy a decir una cosa que no te había dicho antes, quizá porque no quería herirte. Tu godo es un impostor. Os ha estado engañando a todos. Belario debía de saberlo y por eso tenía esta medalla en casa. Debió de encontrarla en el mismo sitio que yo, mira por dónde los dos conseguimos desenmascararle, aunque veo que Belario, si tan amigo dices que era tuyo, no llegó a tiempo de

contarte la verdad. Las hay a puñados en los foros de Trajano... ¡Sus runas no quieren decir nada, no son más que una burda imitación! ¡Es mentira que fuera noble!

Fulvia dejó de mirar el cuerpo despedazado de Belario y se volvió sin comprender lo que el agente le estaba intentando decir:

—¡A ver si te enteras, bonita! ¡Tu godo es un traidor! Es igual de noble que tú o que yo, pero con esta baratija —Catulo le mostró la medalla apretándola entre su puño— ha conseguido que esa banda de borrachos con la que te gusta codearte le hiciera su jefe, así les tenía controlados. Seguro que te tenía impresionada... ¿Pensabas acaso que te estabas acostando con un miembro de la aristocracia goda solo por que llevara una medalla colgada en el cuello? ¿Qué es lo que te prometió, entrar en la corte de Alarico? ¿Convertirte en concubina real? Que sepas, Fulvia, que jamás en su vida se ha visto con Alarico y que todas esas entrevistas que aseguraba tener con el entorno del

reiks no eran más que fantasías. No es Alarico sino los servicios secretos del emperador los que le han estado pagando, hasta que también nos ha traicionado a nosotros. Y ahora, ¡dime! ¿Dónde está Gala Placidia?

—¡Yo no sé nada! —mintió, deshaciéndose en un mar de lágrimas tan falsas como la medalla que el agente le acababa de enseñar. Lloraba como solo lo puede hacer una mujer engañada, con desconsuelo y rabia, aunque en el fondo solo sentía pena por Belario. Fingir era parte de su trabajo y Fulvia fingía como pocas en la Subura. Hizo todo lo posible para que el agente no saliera de su error y siguiera confundido sobre la identidad de su amante. Al menos Waldo estaba a salvo, pues estaba claro que a quien buscaban era a Burila. Fulvia estuvo convincente. No eran sus palabras sino el despecho con que miraba a su alrededor, como si quisiera vengarse hasta del aire que respiraba, lo que conmovió al agente—: ¡Déjame en paz, que bastante daño me has hecho!

¿Por qué me has contado eso? ¡¿Por qué me lo has tenido que contar?! Burila un traidor, y yo he arriesgado mi vida por él. Debí haber hecho caso a Belario... nunca se fío de él... ¡pobre Belario! Si supiera dónde está ese cabrón de Burila te lo diría ¡solo por verle la cara cuando le prendierais! Fui yo la que le pedí que se llevara a la emperatriz de mi casa, sus lloros me estaban volviendo loca, y te juro por mi vida que no sé dónde la tiene. Busca en el puerto, en la taberna. Es allí donde se emborracha.

Fulvia sabía que la encontraría cerrada. Hacía días que Ervigio había decidido echar el cierre para evitarse problemas con las autoridades. Y sí, ella sabía dónde estaba Gala Placidia. De camino a Portus para ser entregada a Alarico.

Belario se había ido sin poder demostrarles que no estaba tan loco como creían y que lo que contaba de Alarico era tan cierto como que Burila

era un traidor. Le estuvieron esperando en los muelles hasta que supusieron que no había querido acompañarles por no enfrentarse a una mentira que ni él mismo creía. Era imposible que se les pasara por la cabeza que Belario, el hombre de los perros, no había podido acudir porque estaba muerto. Roma seguía asediada pero el río era de los godos y ellos confiaban en que la emperatriz les abriría las puertas hasta Alarico, como así fue.

Remaron en dirección al mar en una barca pequeña e inestable que Totila se había encargado de conseguir. No iban todos, solo Waldo, Agila, Totila, Félix y por supuesto Burila. Una vez en Portus pidieron ser conducidos ante Alarico, que estaba acampado entre su gente a las afueras de la ciudad, esperando el oro y las riquezas prometidos por el Senado para levantar el cerco y encaminarse de nuevo al norte de Italia, cuyas principales ciudades habían caído en manos de los godos. Waldo, que había nacido y crecido a la sombra del Imperio, quedó sobrecogido al

contemplar el espectacular despliegue de carros y bestias que se extendía a su alrededor como un inmenso mar. Era la primera vez que se hallaba entre los godos. Veía a las mujeres pasar con sus hijos a cuestras, a esos hombres pacíficos y tranquilos a los que Roma había querido convertir en guerreros, a los viejos; les oía hablar en la lengua de su madre y sentía que era parte de ellos. Acababa de tomar la decisión de quedarse.

—¿Qué es lo que te pasa, es que nunca has visto un carro? ¡Vamos, esa debe de ser la tienda del *reiks*! —le apremió Agila, cansado tras el interminable periplo que les había llevado de vuelta a las murallas de Roma.

El lujoso interior de la tienda de campaña contrastaba con las paupérrimas condiciones en que se hallaban acampados el resto de las gentes, godos o no, que habían seguido a Alarico hasta allí y que esperaban con ansia el momento de poder apoderarse de todas las riquezas que escondía la ciudad. A Waldo ese otro mundo de sedas,

alfombras y jarras de oro le resultaba más familiar que el de los carros y los gorrinos, por mucho que él se hubiera criado en una granja. Era el mundo de los jefes, con el que Eldes había alimentado sus sueños desde muy niño cuando le hablaba de su abuelo Walderico y de las heroicas gestas de sus antepasados, que ella se ocupaba de adornar con palabras. Allí estaba el *reiks*.

A Waldo le decepcionó comprobar que Alarico desentonaba en ese mundo de guerreros que él se había ido forjando en su imaginación. Tendría la edad de su padre y vestía como uno de esos magistrados romanos a los que a Fulvia y a él les gustaba perseguir a cambio de un mendrugo de pan. En modo alguno parecía un guerrero y ni siquiera llevaba *bracchae*. Le acompañaba su cuñado, un jefe de aspecto rudo y largos bigotes que encajaba mejor con las expectativas de Waldo.

—Os traemos a la emperatriz. Aelia Gala Placidia, hermana de nuestro enemigo el emperador Honorio. ¡Utilizadla según os

convenga! —dijo Burila, arrojándola a sus pies como si se tratara de un fardo.

—¿Cómo os atrevéis?! ¡Levantadla! —ordenó Alarico dejando que fuera el esposo de su hermana, Ataúlfo, el que recogiera a la emperatriz del suelo. Fue apenas un instante, algo tan rápido que nadie más que ellos pudo percibirlo. Una fugaz promesa. Gala Placidia depositó sus ojos oscuros y tristes en los de aquel hombre, de un azul tan intenso como el mar, atraída por su mirada, sin saber que sería en él en quien terminaría depositando sus esperanzas de salvar a Roma, y también su amor. El *reiks* quiso saber quién los mandaba, pues le costaba creer que fuera alguno de esos patanes que se habían presentado ante él, maltratando a la dama imperial como a una vulgar prostituta—: Y decidme, ¿quién es vuestro jefe?

Burila se disponía a dar un paso al frente cuando el fuerte brazo de Agila le detuvo. Sintió una enorme frustración al darse cuenta de que no

era a él al que miraban sino a Waldo, a quien le acababan de reconocer su autoridad.

—¿Cómo te llamas y quién eres? —preguntó Alarico arqueando las cejas intencionadamente para mostrar su extrañeza. En su rostro brillaban dos grandes ojos que parecían querer conquistar el mundo. Tenía la misma mirada que su hermano.

—Waldo, señor. Aunque haya sido condenado a crecer en Roma, pertenezco a tu estirpe. Soy un Balto, un guerrero, señor, y estoy dispuesto a morir por tu causa —contestó Waldo sin poder evitar que le temblara la voz. Decepcionado o no, era consciente de ante quién se hallaba. Aunque no tardaría en descubrir que su causa, por la que él creía luchar, no era ni mucho menos la de Alarico.

—Waldo, dime. ¿Cómo están las cosas en Roma? —preguntó Alarico, paseando sus enjorjadas manos por el aire. Tenía los modales de un cortesano.

—El hambre les está venciendo. La ciudad no resistirá el asedio. Cuando se te abran las puertas

no hallarás más que cadáveres —contestó Waldo, evitando ser cautivado por el resplandor del oro—. Pronto serás el dueño de Roma.

—¡No es eso lo que deseo! ¿Habéis visto a toda esa gente que acampa a nuestro alrededor? No es la muerte de Roma lo que yo ansío para ellos. Quiero tierra, Waldo. Tierras que puedan cultivar y donde puedan vivir en paz. Los godos no pretendemos destruir el Imperio sino formar parte de él, es lo que hemos querido siempre, por eso cruzamos el Danubio. Y la mujer que me habéis traído me ayudará a conseguirlo.

—Pero, señ... —se atrevió a replicar Waldo. Alarico no se lo permitió.

—Prometo recompensaros por ella —cortó, anticipándose a sus objeciones. Aquel jovenzuelo al que esa banda de patanes desharrapados decía tener por jefe no era el único que exigía venganza. Sus hombres también lo hacían, incluso su propio cuñado Ataúlfo presionaba para que juntos conquistaran el Imperio. Soñaba con apoderarse

de Roma y hacer de ella una nueva Gothia, una nueva Gutthiuda, mientras que él, Alarico, a lo que aspiraba, y por eso quería llegar a un pacto con Honorio, era a que Gothia fuera también Roma. Formar parte de ellos, para eso estaba negociando. Y Gala Placidia le iba a resultar de gran ayuda en sus negociaciones. Dudaba de que el emperador dejara pudrirse a su hermana en manos de los godos. Les agradeció habérsela traído hasta allí y se despidió de ellos haciendo por asegurarse su fidelidad—: Cuando Roma pague el precio de su libertad, recibiréis vuestro botín. ¡Volved! Os necesito al otro lado de las murallas. Reunid a los godos y esperad a que se nos abran las puertas de la ciudad.

El Senado pagó bien cara la libertad de su pueblo y los godos levantaron el asedio colmados de riqueza, pero regresaron. Las continuas negativas del emperador a llegar a un acuerdo de

paz con Alarico les hicieron volver. La Ciudad Eterna fue asediada de nuevo. En esta ocasión, el rey de los godos paseó la toga por las calles de Roma e incluso se atrevió a forzar al Senado a que nombrara emperador a uno de sus senadores, Atalo, con el que pretendía forzar el tan ansiado pacto con el gobierno de Rávena que habría de asentarles definitivamente en el Imperio y a él convertirle en general de los ejércitos imperiales, su máxima aspiración. Con tres emperadores en Occidente (Constantino el usurpador, Atalo y el propio Honorio), Galia y el norte de Italia arrasadas por los bárbaros, Roma asediada y hordas de suevos, vándalos y alanos campando a sus anchas de Galia a Hispania, la situación del Imperio era lo suficientemente preocupante para no alargar por más tiempo la agonía de Roma. Pero, a pesar de los ruegos del Senado y del propio obispo de Roma, Honorio seguía empeñado en rechazar la vía diplomática para resolver un conflicto que se le había escapado de

las manos, el de los godos. Durante meses la vieja capital imperial vivió pendiente de un tira y afloja entre Honorio y Alarico que acabó con el fin de las negociaciones. Y la ira de los godos se dirigió contra Roma, esta vez para destruirla.

La conquista de Roma

—¡Dago, han entrado! ¡Están destrozando Roma! —exclamó Eldes. Jadeaba. Había subido a toda prisa los ciento veintiún peldaños que les separaban del caos que se vivía en las calles. Estaba tan excitada que no podía dejar de hablar —: ¡Hay hunos! ¡Los he visto! Nuestros guerreros, Dago... nuestros guerreros se están comportando como salvajes. La gente corre a refugiarse en las iglesias, es lo único que respetan. He vist...

—Cecilio... —la interrumpió Dago y, enfundándose la túnica, le pidió—: ¡No te muevas de casa, Eldes! ¡Espera a que vuelva! ¡Aquí

estarás a salvo!

A Dago le preocupaba Cecilio. Conociéndole, sabía que él jamás aceptaría la protección de la Iglesia. Confiaba demasiado en sus dioses.

Tras dos asedios frustrados, la entrada de los godos en la capital les había pillado desprevenidos. Los romanos vivían confiados en que aquello no podía llegar a suceder, que Roma nunca iba a ser tomada. Estaban convencidos de que todo ocurriría como había ocurrido las otras veces. Alarico había acampado con su gente bajo las murallas, les había cortado los suministros; luego negociaría con el Senado y se marcharía por donde había venido, dejando que cada cual continuara con sus vidas, al igual que había sucedido en las dos anteriores ocasiones. Pero esta vez no fue así. Alarico, harto de las ofensas del emperador, tenía decidido arrasar Roma. Fingió que iba a levantar el asedio, les engañó. Había conseguido infiltrar a sus godos entre los romanos para que fueran ellos quienes abrieran las

puertas de la ciudad.

En la madrugada, Félix y un grupo de esclavos se deslizaron hacia la Puerta Salaria, asesinaron a los guardias y permitieron que las tropas godas entraran en Roma. El *reiks* no pudo o no quiso contener la ira de sus hombres, que se dispersaron por calles y casas repartiendo su venganza entre los aterrados habitantes de la capital. Ninguno de ellos pensó jamás que podría ser testigo de las atrocidades que se vivieron durante los tres días en los que duró el saqueo. Su ciudad, su orgullosa ciudad, estaba siendo devastada. Los godos les estaban haciendo pagar, no ya con oro sino con sufrimiento, por años de humillación.

—¿Sabes, Waldo? Hay una cosa que siempre he querido hacer —dijo Agila, apurando las últimas gotas de vino. Habían pasado la noche en la taberna bebiendo y esperando la entrada de Alarico.

Waldo consintió en acompañarle. Se dejó conducir hasta lo alto de la colina del Capitolio, comprobando con extrañeza que los grandes edificios públicos del centro de la ciudad estaban siendo respetados. A su alrededor se erigían, con la eterna arrogancia de los romanos, un sinfín de templos, templetos, altares, pórticos, estatuas y monumentos levantados para honrar antiguas glorias de un imperio decadente y caduco que nunca volvería a ser lo que había sido. Los contempló y no pudo evitar sentirse decepcionado al recordar lo que el propio Alarico les había confesado. Su intención no era la de conquistar Roma, y ese era el motivo de que ningún godo se hubiera atrevido a atacar el corazón de la ciudad. El Capitolio estaba desierto. Se quedó a los pies de la gran escalinata que ascendía hasta el templo de Júpiter observando a Agila que ascendía por ella con agilidad, deteniéndose de vez en cuando para mirarle sin poder contener la risa. Aquello que pretendía hacer era una chiquillada. Una vez

arriba, permaneció un rato de espaldas a su amigo, arqueó su fornido cuerpo hacia delante y en cuanto hubo acabado le gritó desde lo alto mientras se sacudía las últimas gotas:

—¡Ya está! ¡Acabo de mearle las barbas a Júpiter! —Agila se había orinado en lo más sagrado de la tradición romana, lo que para él era como mearse en Roma. Voló escaleras abajo, arrastrando su espada por cada peldaño, y esperó a reunirse con Waldo para decirle—: Ahora tú. ¿Algún deseo antes de que nos unamos a la fiesta?

Lo tenía, aunque tampoco él reveló de qué se trataba. Dejó que Agila le acompañara por las sinuosas calles del Transtiberim hasta la parte alta donde la familia de Lidia tenía su fastuosa *domus*. Hacía mucho tiempo que no la veía, tanto que se había olvidado del rosado rubor de sus mejillas y del suave olor a rosas que la muchacha desprendía al caminar. Pero la crueldad con la que fue rechazado no la había olvidado. Todavía le dolía recordar sus palabras. Agila desconocía la

existencia de la joven y le intrigaba conocer qué habían ido a hacer en esa casa tan elegante.

—¡Espera aquí! Esto tengo que hacerlo solo — le pidió Waldo, derribando la puerta de entrada de una patada. La aldaba del elefante golpeó la madera por última vez.

Fulvia no podía creerse lo que estaba ocurriendo a su alrededor. Había oído los gritos de las mujeres poco antes del amanecer y, al salir a la calle, se había encontrado con los primeros guerreros. Al verlos entrar y salir de las humildes casas de la Subura con las espadas manchadas de sangre sintió que se le partía el alma. Esa no era la libertad por la que habían estado luchando. Los guerreros le daban miedo. Vio morir a gente mientras se precipitaba por las sucias callejas por las que había discurrido su vida y en lo único que pensaba era en encontrar a Waldo antes de que se convirtiera en uno de ellos. Corrió todo lo rápido

que pudo hasta alcanzar los foros, donde siempre se había sentido segura. Aminoró el paso y, de repente, como si hubiera adivinado su presencia, echó a andar hacia el Capitolio.

Waldo caminaba con Agila en dirección al río. Pudo verlos de lejos; los siguió. Iban vestidos con las *bracchae* de los bárbaros. Sus ropas les habían convertido en guerreros pero, al menos, sus espadas estaban limpias de sangre. Quiso llamarles pero casi le estalla el corazón al comprobar que se disponían a subir hasta la parte alta del Transtiberim, pues de sobra sabía ella quién vivía allí. Sintió celos. En vez de intentar alcanzarlos mantuvo la distancia para no ser descubierta, presa de una curiosidad insana de la que pronto tendría que arrepentirse. Podría haberse evitado las lágrimas y tal vez la muerte si en vez de perseguirles se hubiera reunido con ellos.

Se ocultó tras el tronco de uno de los pinos que llenaban de sombra a aquella tranquila calle.

Desde allí pudo ver a Waldo derribar la puerta de una patada y desaparecer tras ella. Al comprobar que Agila no le seguía, su instinto más femenino la puso en guardia, obligándola a salir de su escondite.

—¿Qué estáis haciendo aquí? —preguntó simulando perplejidad. Los celos le quebraban la voz y no la dejaban fingir. Nadie hubiera creído que ella estaba allí, en la colina del Transtiberim, por casualidad.

—Eso mismo me pregunt... ¡Fulvia! —Agila no llegó a tiempo de retenerla. Antes de que hubiera acabado de decirlo ya se había deslizado por los setos del jardín.

El Transtiberim estaba ardiendo y la gente huía asustada de las casas. Los bárbaros de Alarico se estaban cebando con los barrios más pobres de la capital. Primero la sangre y luego las riquezas. Eldes esperaba a Dago en casa, en una espera llena de recuerdos y vivencias que en nada se parecía a la vacía espera de todos los días. Era

una espera repleta de desesperación. Dago tardaba en regresar y Eldes temía que pudiera haberle ocurrido algo. Le sobró tiempo para darse cuenta una y cien veces de lo mucho que se querían. De pronto, notó que un humo espeso y gris se colaba por debajo de la puerta. Siempre había tenido pánico a que un incendio les echara de su casa.

Se asomó por el patio, vio las llamas que ascendían con furia desde los primeros pisos y supo que la *insula* se estaba quemando. La detuvieron los lloros que salían de casa de Silvina. Quería escapar, huir de allí, pero no podía dejar morir a aquellos niños. Dio media vuelta y comenzó a aporrear la puerta de su vecina hasta que consiguió entrar. Se colgó al pequeño de la cadera y dejó que los mayores se ocultaran bajo la manta. Con ellos a rastras se precipitó escaleras abajo, mucho menos liviana de lo que le hubiera gustado. El humo les estaba ahogando. Tosían. Tosían y lloraban. Descendieron a oscuras bajo la manta hasta que, sin saber cómo, oyeron la voz de

Silvina que llamaba histérica a sus hijos. Habían conseguido salir del edificio.

—¡Silvina, están vivos! —le dijo con la voz entrecortada por la fatiga. Liberó a los niños de debajo de la manta y dejó que se reunieran con su madre. Entonces, se dirigió a ella con preocupación—: ¡No podéis quedaros aquí! Corre hacia tu iglesia, allí estaréis a salvo.

—¿Y tú? —quiso saber la mujer, sinceramente preocupada por ella.

—Dago... he de reunirme con él. No temas, soy goda. Los míos no me harán nada —dijo Eldes. Al decirlo sintió que pudiera odiarla por eso.

—Gracias, Eldes —le agradeció Silvina con una apretada sonrisa, abrazándose a sus hijos.

—¡Adiós, Silvina! —se despidió Eldes, conmovida por el gesto de gratitud de su vecina, a la que tanto habían ayudado y de la que hasta entonces no habían recibido más que reproches. Guardó su sonrisa en el corazón y deseó que la venganza de su pueblo no tuviera que caer sobre

ella y sus pequeños.

Waldo sorprendió a Lidia en el atrio de la casa, acompañando a la nodriza que, sentada en una silla de anea, lloraba sin consuelo la pérdida de la ciudad. Se lamentaba de ser tan vieja, demasiado como para tener que soportar una desgracia así, y no dejaba de repetir que ella lo único que quería era morirse, mientras los demás habitantes de la casa se afanaban en recoger todo lo que pudiera haber de valor en las habitaciones. Aculeo Iustus, el orgulloso procurador de elefantes, tenía decidido marcharse de Roma. Negociaría con los godos. Les pagaría lo que fuera menester con tal de salvar a su familia, aunque tuviera que entregarles a cambio todo lo que había ganado con el comercio legal e ilegal de animales exóticos. Para él, como para otros, ya no era momento de arrepentirse de no haberse ido antes de la ciudad. Podía haberse marchado a la

magnífica villa de recreo que tenía a orillas del Adriático, siguiendo el ejemplo de muchas familias de la aristocracia romana que, como cada verano, habían salido de la capital huyendo del calor, a las que la entrada de los godos les había sorprendido lejos de Roma. Pero se había confiado pensando que Alarico les dejaría en paz en cuanto viera sus carros nuevamente cargados de oro. Al igual que la mayoría de los romanos, Aculeo Iustus había menospreciado su sed de venganza.

Ese día hacía un calor inaudito, como solo lo puede hacer en Roma. Aquel había sido un tórrido verano. Los acueductos estaban casi vacíos, los caños secos y en el *impluvium* de la *domus* no quedaba una sola gota de agua. Las flores del jardín también se habían marchitado al igual que había ocurrido con la lozanía de la joven Lidia. Waldo se sintió decepcionado al comprobar que ya no tenía esa jugosidad de la fruta recién cogida con la que él tantas veces había soñado. Iba

vestida de azul, como el día en que le rechazó. La estuvo contemplando unos instantes sin que ella se diera cuenta, deleitándose con cada caricia que ella dedicaba a su vieja aya. Hasta que debió presentir algo y se volvió hacia él, sin esbozar esa sonrisa que Waldo hubiera querido arrancar de su boca.

No le dio tiempo a gritar. Waldo la atrajo para sí y le tapó la boca amenazándola con matarla si intentaba llamar la atención, al tiempo que con la espada ayudaba a la nodriza a cumplir sus deseos. Le pareció mentira que un cuerpo tan seco pudiera contener tanta sangre. Todo fue mucho más rápido de lo que había soñado. La muchacha estaba tan asustada que ni siquiera luchó para defender su virtud. Dejó que la violara sin oponer resistencia. Dago la penetró con rabia una y otra vez, molesto por la forma en que ella le miraba. Perpleja, con sus grandes ojos castaños desmesuradamente abiertos diciéndole que no le reconocían. Lidia no sabía por qué le estaba haciendo eso.

—*Barbarus!! Barbarus!!!* ¿Recuerdas? — preguntó Waldo con una brutal embestida que hizo gemir de dolor a la muchacha. Le costaba admitir que se hubiera olvidado de él, y se lo recordó con furia—: *Barbarus!!!* ¡Fue aquí, en la puerta de tu casa!

En una esquina del jardín, junto a los restos de un rosal marchito, estaba Fulvia. Viendo cómo Waldo descargaba en la muchacha la ira que había acumulado durante años, sintiéndose morir.

—Ahora solo espero que vivas para parir al hijo de un godo —espetó Waldo, besándola en los labios antes de retirarse. Pensó que las cosas podrían haber sido de otra manera si ella hubiera querido.

Satisfecho, se retiró de la joven y comenzó a vestirse, dejando a Lidia en el suelo junto al cadáver ensangrentado de la nodriza. Se oyeron voces desde el interior de la casa. A Waldo no le dio tiempo a saborear el placer de la venganza, con el que tantas veces había soñado. Al levantar

la vista, comprobó con disgusto que no habían estado solos.

—¿Y tú qué haces aquí? ¿Qué pasa, que ahora te gusta mirar? —reprochó a Fulvia que les hubiera estado mirando.

Esas no eran las palabras que ella necesitaba escuchar de su boca. Hubiera querido suplicarle un «te quiero», o al menos un beso como el que acababa de darle a la otra mujer, pero en su mirada solo pudo encontrar odio. Aquel Waldo que tenía delante no era el mismo que había compartido la risa con ella. Era un ser mucho más vil, más ruin, que el muchacho rubio con el que había compartido tantos momentos de complicidad. Aquel Waldo, si lo era, en nada se parecía ya a su amigo. Pensó que no quería volver a verle y salió huyendo de la casa dispuesta a perderse por algún rincón de la ciudad.

El fuego estaba por todas partes. Había

cadáveres y sangre, gente llorando y corriendo, hombres con espadas, guerreros. Eldes los apartaba de su camino gritándoles en su lengua que ella era goda y que no le hicieran daño; y sin dejar de gritar ni de correr se dirigió hacia el barrio de los Saepta Iulia, rezando para que Dago estuviera aún en la joyería. La ciudad era un auténtico infierno. En su camino encontró a un grupo de guerreros que actuaban a la orden de un superior. Este, que debía de ser un jefe, les advertía de lo que les ocurriría a todos si no respetaban los lugares sagrados. Buscaba el rostro de Dago entre la gente, miraba a su alrededor comprobando con estupor hasta dónde podía llegar la ira de los suyos. Ni siquiera ella era capaz de odiar de esa manera. Pensaba en Dago. Le aterrorizaba imaginar que ya no volverían a verse. Hasta ese día no había sabido cuánto le quería, quizá más de lo que pudiera expresarse con palabras. Tanto que si le perdía, si no conseguía reunirse con él, también ella estaría perdida. Unas voces llamaron

su atención, un hombre vestido de blanco interpelaba a los cristianos por haber dejado perecer a Roma: «¡Los dioses nos han castigado! ¿Dónde está vuestro Cristo, no era Él quien tenía que salvarnos?» Se le pasó por la cabeza que también les había abandonado a ellos cuando les dejó morir en el campo de refugiados donde vendieron a Belario. Y, como entonces, Dago y ella volvían a estar separados en medio de la desesperación. Tenía que encontrarle. Estaba tan desesperada que sin darse cuenta empezó a hablar en silencio con él. Le prometió que si volvía a su lado se quedarían en Roma si allí era más feliz, pues ella lo único que necesitaba era tenerlo a su lado. Le recordó que en la vida no había hecho otra cosa que quererle; pero él mejor que nadie sabía que había sido difícil. Y le agradeció que la hubiera cuidado toda la vida. Ignoraba que en esos instantes Dago estaba a punto de renunciar a Roma.

—¡Dago! Alarico... no pudimos impedirlo —le recibió Cecilio a punto de echarse a llorar. Su cara era la imagen misma de la desolación.

—Cecilio, la corona. Debes entregársela al Apóstol, él nos protegerá. Ese fue el último deseo de la emperatriz —trató de convencerle Dago. Sabía que aquel era el único modo de que el joyero aceptara la protección de la Iglesia.

—Van a saquearlo todo. Pero por mucho oro que se lleven de Roma, por muchas vidas que siguen, no conseguirán llevarse nuestra Historia. Roma es eterna. Emergerá de sus cenizas, como el Fénix —murmuró Cecilio, por no darle la razón a Dago. Aunque le pesara, sabía que no eran los dioses sino los santos los que iban a proteger al pueblo romano y que él debía pedirles su protección si quería continuar su vida. Seguía aferrándose a los sueños de eternidad en los que siempre había creído y se consideraba ya demasiado viejo para admitir que la luz del mundo se estaba apagando ante sus ojos, mientras el

emperador recibía las noticias de su muerte desde su corte de Rávena. Había permitido que la asesinaran o tal vez había sido la propia Roma la que se había dejado morir. Cecilio sentía que se estaba despidiendo—: Puede que muchos de nosotros muramos en manos de esos salvajes, pero ellos se irán y Roma seguirá existiendo hasta el fin de los tiempos. ¡Quédate, Dago! Es aquí donde está tu sitio.

—Sabes mejor que yo que no puedo hacerlo. Soy godo. Tal vez haya llegado la hora de que vuelva a reunirme con mi pueblo. Adiós, Cecilio. Y gracias por todo.

—Hasta siempre, Dago. No es fácil decir adiós al mejor orfebre de Roma. —Cecilio hablaba con el corazón, pero sabía que tenía que ser así. Después de ese día las cosas no volverían a ser iguales para nadie. Si Roma sobrevivía, ningún godo sería ya bien recibido y, si caía en manos de los bárbaros, los romanos serían aniquilados o tratados como esclavos. Dago y

Cecilio se fundieron en un fuerte abrazo. El joyero no quería alargar por más tiempo aquella despedida, pues su corazón empezaba a resentirse. Últimamente se emocionaba con demasiada facilidad. Buscó su estuche de herramientas por el taller y lo depositó en las manos del godo, dejándole la puerta abierta para siempre, por si quería volver—: En mi taller seguirás teniendo tu mesa.

Fulvia caminó entre los guerreros como una sonámbula buscando su propia muerte. Deambulaba sin rumbo dejando que las lágrimas le mojaran la cara, incapaz de asumir la desgracia que se cernía a su alrededor. No quería ver más allá de sus recuerdos. Esquivaba a la gente sin mirarles a la cara para no compartir con ellos su tristeza. No llegó a ver la espada que le atravesó el pecho justo en el instante en que Waldo gritaba su nombre. El dolor fue tan intenso que le hizo

cerrar los ojos.

—¡Fulvia! —aulló Waldo. La había visto caer y corrió a su lado. Al sentir su cuerpo inerte entre los brazos supo que la estaba perdiendo. Comenzó a hablarle—: ¡Fulvia, despierta! ¡No puedes morirte ahora! ¡Somos libres, Fulvia, somos libr...!

—Rubio... —le llamó. Su voz se estaba apagando.

—Dime, Fulvia.

—N... nos habéis conquistado —le dijo con una sonrisa, sintiendo que su corazón se detenía.

—Te quiero. Te necesito. No te vayas, por favor —le suplicó Waldo, desprendiéndose de la dura coraza de guerrero bajo la que se había estado ocultando en los últimos años. Lloraba como un niño, dejando que sus lágrimas cayeran sobre el pálido rostro de Fulvia, un rostro tranquilo y feliz a pesar de la muerte.

Fulvia se había despedido de la vida con una sonrisa.

—¡Vamos, Waldo! Somos guerreros,

¿recuerdas? —Agila le animó a que se uniera a ellos. Debían luchar con los suyos, para eso se habían entrenado.

Pero Waldo se negaba a separarse de ella. Al verla sonriendo entre sus brazos se dio cuenta de que, por mucho que lo intentara, no podía odiar a Roma porque Roma era Fulvia, las tardes al sol y las noches sobre los tejados. Roma era todo lo que él había amado. Ojalá nunca hubieran tenido que salir de Roma. Se la llevó en brazos hacia la Puerta Salaria. Quería cruzarla con ella y no regresar. Le había prometido que serían libres.

El corazón de Eldes se detuvo de repente. Había visto pasar a Waldo entre un grupo de guerreros, marchaba hacia una de las puertas con una mujer en brazos. No pudo reconocer a Fulvia y tampoco le vio llorar. Se sintió orgullosa al comprobar que vestía las *bracchae*.

—¡Waldo! —le llamó, pero su hijo no podía

oírle.

Su voz se perdió en el aire y ella volvió a sentir la angustiosa sensación que había sentido de niña cuando vio marchar a su tío Wudga entre la multitud sin que ella pudiera detenerle. Pero esta vez era diferente, confiaba en que se reuniría con él al otro lado de la muralla, entre los carros.

—¡Eldes!

—¡Estás aquí! Te estaba buscando.

La felicidad no la dejó seguir hablando. Era Dago. Le había encontrado entre toda esa gente que corría a su alrededor huyendo de los godos. Se abrazaron diciéndose una vez más que se tenían el uno al otro. Era lo único que les quedaba. Su mundo había sido destruido por segunda vez, demasiadas para una sola vida.

Nota del autor

En el mes de agosto del año 410 las tropas del jefe godo Alarico entraron en Roma y saquearon la ciudad durante tres días. Los tesoros que Tito había traído desde Jerusalén más de tres siglos antes tras vencer en la guerra contra los judíos, y que habían sido depositados en el templo de la Paz, fueron ahora solamente una parte del botín. Desde la parte oriental del Imperio, Jerónimo anunciaba: «La luz más brillante del mundo se ha apagado.» ¿Qué había sucedido? ¿Quiénes eran esos *Gothi* que asolaban Roma?

El Imperio romano, habitado por varias decenas de millones de personas, había cambiado mucho desde los tiempos de Augusto, fundador del

sistema de los emperadores, que murió en 14 d. C., hace dos mil años. Los cambios son perceptibles a distintos ritmos según las zonas, pero me refiero a cuatro procesos. Primero, la multiplicación del gasto público con el aumento de la burocracia central, el coste militar y la administración provincial. Esto deparó un recrudecimiento de la presión fiscal. Segundo, el fortalecimiento de la gran propiedad y de las relaciones de dependencia social. Tercero, el triunfo del cristianismo. Constantino había decidido apoyarse en los obispos a comienzos del siglo IV, por más que, como conté en *Martyrium. El Ocaso de Roma*, también en Ediciones B, las rivalidades internas entre las distintas interpretaciones sobre Jesucristo eran irreconciliables. A finales de siglo, Teodosio impuso una de esas variantes, la nicena y católica, por vía de decreto y con el aparato jurídico del Imperio. Cuarto, los bárbaros. El Imperio tenía bien definidas sus fronteras en Britania, norte de África, Oriente, y en el Norte del continente

européico, en los dos grandes ríos, el Rin y el Danubio. Ya desde Marco Aurelio, en la segunda mitad del siglo II, los bárbaros fueron realmente un problema para Roma. La gran diferencia de la época de la que trata esta novela con respecto a la historia anterior de Roma es que, ahora, algunos grupos bárbaros van a asentarse y a consolidarse dentro del mundo romano. De ahí la impresión que el saqueo de 410 provocó. Ahora bien, no supuso el final del Imperio. La deposición del último emperador de Occidente tuvo lugar en 476. Pero el escaso margen de maniobra del Imperio occidental frente a los problemas de comienzos del siglo V había quedado expuesto con crudeza. Idea que Jerónimo proyectó desde su retiro, según la cual «la ciudad que había conquistado el mundo, ha sido conquistada», una suerte de anticipo que ha inspirado el subtítulo de este libro. La novela se ambienta, por lo tanto, en la crisis del mundo romano, y se centra en la instalación dentro del Imperio de lo que los propios romanos llamaban

barbari. He intentado simplificar al máximo los hechos políticos y militares, pero sí aparece lo sustancial de los mismos entrelazado en la narración de lo que les va ocurriendo a los personajes. Para los detalles de la situación política pueden verse multitud de ensayos, algunos muy recientes, pero quiero citar, por el impacto que me causó cuando era estudiante, la obra clásica de J. B. Bury, *History of the Later Roman Empire*, Londres, 1923. Sobre el tema de la corrupción, que como bien sabemos está de plena actualidad, y que desde luego aparece en la novela, la obra de referencia es la de R. MacMullen, *Corruption and the Decline of Rome*, New Haven, 1988.

Esta novela cuenta la historia de Dago y Eldes. Se trata de dos personajes de ficción. A través de sus ojos entramos de lleno en el fondo histórico de este libro, que no es otro que la entrada de los godos en el Imperio romano y el avance de la crisis de Roma, que ya había comenzado a novelar

en *Martyrium. El Ocaso de Roma*. De la mano de Dago, Eldes, Anulfo, Belario, y los demás personajes de la novela, el lector asiste a los ataques hunos a las aldeas godas en lo que hoy es Rumanía y el sur de Ucrania, así como al paso del Danubio de grupos godos en 376, merced a un pacto con el emperador Valente. Y a la batalla de Adrianópolis de 378, que supuso la mayor derrota romana en siglos, y el inicio de la expansión de los godos dentro del Imperio. Años después, liderados por Alarico, saquearán Roma en agosto de 410, en lo que supuso un impacto psicológico de primer orden para la intelectualidad y el sistema de poder imperial. *Barbarus*, bárbaro, es el término que los romanos habían recibido del mundo griego (*barbaros* en griego), que inventó un vocablo que reflejara su desprecio por gentes a las que no entendían, y que a sus oídos emitían sonidos inentendibles (bar- bar- bar-). Los pueblos que quedaban más allá de la frontera estaban en el *Barbaricum*, como contraposición al *Imperium*.

Sin embargo, bárbaros y romanos distaban de ser realidades totalmente ajenas. Hoy sabemos que comerciaron durante siglos, y en particular, los jefes bárbaros pronto importaron bienes de prestigio, que resaltaban su preeminencia «a la romana» entre sus poblaciones. Lo que los romanos llaman *nationes*, *populi*, y sobre todo *gentes* (*gens Gothorum*, *gens Francorum...*), no eran tanto unidades étnicas claramente definidas, sino más bien amalgamas de pueblos. En el caso de los godos, se trataba de un término que acumulaba grupos muy diferentes, y que con el tiempo se transformó en una masa de aluvión, en la que había tervingios, greutungos y otros grupos identificados desde los siglos III/IV, pero también, después, alanos, hunos, esclavos romanos... En el estado actual de los conocimientos científicos existe un debate muy intenso sobre la llamada «etnogénesis» de estos pueblos. No aburriré al lector con referencias bibliográficas sobre esta discusión que mantenemos entre los estudiosos del

tema. Solamente quiero llamar la atención en el papel que en la novela tiene Eldes en este sentido. El lector ha visto cómo la niña, hija de un poderoso magnate godo, que vivía en una de las aldeas a buen recaudo de las rivalidades entre los jefes godos, ya hace gala en los juegos infantiles de su conocimiento de leyendas e historias sobre el supuesto origen de los godos. Ese tipo de leyendas y canciones, como las que cantará a su retoño Waldo, formaban un bagaje de tradiciones que algunos especialistas consideran la base sobre la que los magnates de estos pueblos legitimaron su preeminencia dentro de cada grupo. Los cuentos, leyendas y canciones servían así para justificar a la propia aristocracia guerrera. Entre la densa bibliografía, y por citar solamente una referencia, puede verse W. Pohl, *Le Origini etniche dell'Europa: barbari e romani tra Antichità e Medioevo*, Roma, 2001.

Este es un libro de ficción, pero anclado en una realidad histórica, que en cifras absolutas

podemos situar entre los años 376 y 410. Ambas fechas marcan la entrada de los godos en el Imperio y, en última instancia, el saqueo de Roma. Los personajes de ficción, Dago, Eldes, Waldo, Anulfo, Belario, Fulvia, Rufio, entre otros, se mueven en circunstancias en muchos casos ciertamente históricas. Lo fue por ejemplo la vida de las aldeas al norte del Danubio, por más que nos resulte muy mal conocida. Se discute hoy si es posible atribuir ciertos artefactos a grupos reconocidos en los textos como godos, y estamos lejos de llegar a un consenso generalizado. En cualquier caso, el ambiente de las aldeas al norte del Danubio, en lo que era *Gutthiuda*, llamado *Gothia* por los romanos, ha sido reconstruido a partir de la cultura material del siglo IV de las actuales Rumanía y Ucrania, como recoge por ejemplo la monografía de M. Kazanski, *Les Goths (Ier-VIIe après J.-C.)*, París, 1991, y del ensayo propiamente histórico y social de H. Wolfram, *History of the Goths*, Berkeley, 1988, así como la

selección de fuentes sobre los godos del siglo IV en su día recogida por P. Heather y J. Matthews, *The Goths in the Fourth Century*, Liverpool, 1991. Del lado romano, la propaganda imperial vendió la paz de Valente con los godos en 369, tras varias guerras, como la prueba de la superioridad imperial. Podemos verlo en el discurso de Temistio en honor de dicha paz (*or.* 10), en cuyo texto, por cierto, menciona las preocupaciones de su época por la situación de los elefantes, los leones o los hipopótamos, asunto que se ha incorporado en la novela. Los acontecimientos de los años siguientes variarían esa percepción. El paso del Danubio en 376, así como la dramática experiencia en los campos de refugiados en la ribera romana, son episodios descritos en toda su crudeza por una de las fuentes más importantes de toda la historia de Roma, Amiano Marcelino. Es su información la que ha servido de base a la recreación que aparece en la novela. El episodio del intercambio de carne de perro por esclavos

godos, por ejemplo, que aparece en la novela en el caso de Belario, personaje de ficción, es cierto. Hubo contrabando de carne de perro a cambio de godos que fueron vendidos como esclavos. Amiano pone el acento en el comportamiento inhumano de Lupicino, el jefe militar romano en Tracia, como una de las causas de la sublevación goda que condujo finalmente al desastre romano en Adrianópolis.

La situación de los judíos en el mundo romano fue cambiante, pero a estas alturas, entre finales del siglo IV y comienzos del V, algunas leyes imperiales comenzaron a ponerles muy difíciles las cosas, como se ha tratado de mostrar en las peripecias que había pasado el personaje de Heliodoro. El personaje de Shelomo es un arquetipo, y el tema de lo que nosotros llamamos «alquimia» tiene base histórica en la *chemia* que se fundamentaba en tradiciones como la procedente de María, llamada «la Judía», así como los fragmentos de Zósimo de Panópolis y

conocimientos sobre procedimientos metalúrgicos recogidos en papiros del siglo III; a este respecto la obra de referencia es la publicación de los documentos dentro de la colección de ediciones críticas de *Les Belles Lettres*, de la que cito solamente el primer volumen, de R. Halleaux, *Les alchimistes grecs*, París, 1981. Fue en la época de nuestros protagonistas, entre finales del siglo IV y comienzos del V, cuando el antijudaísmo cobró unos bríos que iban a tener tristes consecuencias desde la Antigüedad tardía en adelante. Nuestro protagonista, Dago, termina convirtiéndose en un excelente orfebre; y fue otra de las características del momento, precisamente, la transformación en el arte del trabajo del metal, hacia la búsqueda de contrastes en los relieves, las luces y las sombras, la profundidad, el color, los calados, las incisiones, incrustaciones de piedras preciosas, a fin de romper visualmente las secuencias decorativas. El oro siempre había seducido a la sociedad romana, y también a los jefes bárbaros.

Alarico negoció con el Senado imponentes pagos en oro, plata y manufacturas suntuarias. El papel de Dago, en ese mundo de atracción por el oro cobra un significado muy especial; a través de su trabajo veremos el comportamiento de una sociedad en profundo cambio.

Gala Placidia, hija de Teodosio y hermana de los emperadores Arcadio (Oriente) y Honorio (Occidente), aparece ya al final de la narración. Se ha novelado su secuestro. No sabemos con certeza cuándo pasó a manos godas, en todo caso ya fue rehén de Alarico en la época del final de la novela. Entre la densa bibliografía, han sido especialmente claros los detalles contrastados por H. Sivan, *Galla Placidia. The Last Roman Empress*, Oxford, 2011. Las circunstancias concretas de su secuestro aquí narradas pertenecen a la ficción literaria, no así el hecho mismo de su situación de rehén de los godos. Algunas versiones, recogidas más tarde por las fuentes, dejarán caer que hubo algún tipo de ayuda desde

dentro para la entrada de los godos en Roma, bien a través de miembros de la aristocracia romana bien por esclavos, así como el equívoco papel del obispo de Roma, Inocencio. Lo que aparece confirmado en nuestras fuentes es que los godos respetaron las iglesias de Roma. Ha de recordarse que, como también aparece en la novela a través de otro personaje de ficción, Anulfo, la conversión al cristianismo en su variante arriana fue una de las consecuencias del pacto con el emperador Valente. En adelante, los godos se vincularán al cristianismo arriano, hasta su conversión oficial al catolicismo ya en Hispania, en época del rey Recaredo, a finales del siglo VI.

El ambiente de Roma ha sido tratado con la máxima aproximación posible al rigor histórico. La situación política a comienzos del siglo V era realmente preocupante para los intereses del Imperio occidental. No solo surgían usurpadores, sino que distintos grupos bárbaros se habían ido infiltrando en las Galias y en Hispania, y los godos

eran una amenaza, tanto los de Alarico como los de Radagaiso. Este fue derrotado definitivamente, aquel solo provisionalmente. Las fuentes dan la impresión de movimientos dentro de Italia de apoyo a Alarico entre grupos de bárbaros y esclavos, que se han intentado sintetizar en torno al grupo de Burila, Waldo y Agila. La tensión llegó a extenderse dentro de las murallas de Roma, de hecho se publicarán leyes a finales del siglo IV que prohibirán expresamente el uso de *bracchae* dentro de la *Vrbs*; se trataba de los pantalones típicos de los pueblos de las estepas que eran frecuentemente usados por los godos. Véanse por ejemplo las disposiciones imperiales recogidas a este respecto en *Codex Theodosianus* 14.10.2, 3, de los años 397 y 399, momento en el que tenemos ya situados a Dago y su familia en Roma. A efectos de la realidad arqueológica más reciente, han sido de suma utilidad sistematizaciones como las de J. Lipps, C. Machado, P. von Rummel (eds.), *The sack of Rome in 410 AD: the event, its context*

and its impact, Wiesbaden, 2013. A modo de detalle, los chistes que cuenta Rufio, personaje ficticio, son auténticos y aparecen recogidos en el *Philogelos*, es decir, «El amante de la risa», una colección de chistes del siglo IV. En cuanto a los combates de gladiadores, fue precisamente en época de Honorio (395-423), en la que nuestros protagonistas llegaron a Roma, cuando el declive de este espectáculo comenzó a ser irreversible, asunto para el que son esenciales los ensayos de Juan Antonio Jiménez Sánchez, *La cruz y la escena. Cristianismo y espectáculos durante la Antigüedad tardía*, Alcalá de Henares, 2006, y *Los juegos paganos en la Roma cristiana*, Roma, 2010. Alarico había sido *magister militum*, general imperial romano, en la zona del Ilírico, en los Balcanes, y había comandado a los miles de godos que habían ayudado al emperador Teodosio a vencer al usurpador Eugenio. Todo esto puede sorprender al lector. En realidad, Alarico, como otros jefes bárbaros, no pretendió ni destruir Roma

ni liquidar el Imperio, sino más bien incardinarse en sus núcleos de influencia, acceder a subsidios y tributos; en una palabra: beneficiarse del Imperio, pero no acabar con él. Su cuñado y sucesor, Ataúlfo, se casaría después con la mismísima Gala Placidia. El saqueo de Roma, sin duda, llevó consigo violencia y desmanes. Pero no supuso una merma importante en términos materiales; sí, en cambio, en los psicológicos. No pocos partidarios de la religión tradicional romana vieron llegada su oportunidad de achacar al cristianismo las culpas de la debacle. De revertir la situación. El contraataque cristiano vino de la mano de Agustín de Hipona, con la redacción de su *De civitate Dei*, La Ciudad de Dios, que marca el punto de inflexión de la cosmovisión cristiana de la Historia, que triunfa en la Antigüedad tardía y en la Edad Media.

Quiero terminar esta nota con unas mínimas palabras de agradecimiento. A la editorial, Ediciones B, que apoyó *Martyrium. El Ocaso de*

Roma, y ahora *Barbarus*. Gracias a Ernest Folch, director editorial, a Carmen Romero, a Carmen Jover, a Ilu Vílchez, a María Lacalle, puesto que todos ellos en sus distintas facetas editoriales y publicitarias me ayudaron enormemente con *Martyrium* y ahora lo hacen con *Barbarus*. Y, por supuesto, también en Ediciones B, a mi editora, Lucía Luengo, que ha confiado desde el principio en estos proyectos, que ha supervisado *Barbarus* y que siempre ha estado ahí, aportando seguridad y confianza. A mis alumnos, que soportan cada mañana en la Facultad mis clases de Historia de Roma y de Metodología de la investigación histórica. A mi familia, que siempre está ahí, a pesar de los cientos de kilómetros que separan León de Logroño y de Castellón. A mis hijos, Vega y Enrique. Y a Delfina, mi esposa. Lo dejé escrito en *Martyrium*, y lo reitero ahora. *Barbarus* no hubiera podido ser posible sin ella, al punto que es verdadera coautora de este libro.

